

Las muestras más representativas de la variada y amplia obra de Carlos Real de Azúa, desde fragmentos de su olvidado y primigenio *España de cerca y de lejos* hasta algunos capítulos de sus trabajos inéditos, son reunidos en este volumen de *Escritos*, seleccionados y prologados por Tulio Halperin Donghi, quien rastrea minuciosamente la trayectoria vital e intelectual de Real de Azúa, y lo define en relación con su tiempo y su Uruguay, como una figura excéntrica, de ávida curiosidad, que al mismo tiempo "no podía ser más uruguayo ni estar más marcado por las crisis de un tiempo convulsionado".

CARLOS REAL DE AZUA nació en Montevideo en 1916 y falleció en la misma ciudad en 1977. Cursó estudios en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, de la que egresó en 1946.

Ejerció la docencia de literatura en Enseñanza Secundaria y Preparatoria (1937-1966) y fue Profesor de Literatura Iberoamericana y Rioplatense (1954-1967) y de Estética Literaria (1952-1976) en el Instituto de Profesores Artigas. Por concurso de oposición accedió a la cátedra de Ciencia Política (1967-1974) en la Facultad de Ciencias Económicas y Administración.

Fue Investigador Asociado del Instituto de Economía de la Universidad de la República (1969-1974) y del Centro de Información y Estudios del Uruguay (CIESU) (1975-1977), actuó como profesor visitante de la Universidad de Columbia (Nueva York) en 1975, y participó en el XVIII Congreso del Center for Latin American Studies en la Universidad de Florida en 1977.

Autor de una vastísima obra ensayística, la mayor parte de la cual se encuentra dispersa en publicaciones periódicas, fundamentalmente en *Marcha*, y en prólogos y volúmenes colectivos, entre sus libros más destacados se cuentan *El patriciado uruguayo* (1961), *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo* (1964), *El impulso y su freno* (1964), *Historia visible e Historia esotérica* (1975).

CARLOS REAL DE AZUA



ESCRITOS

ARCA

CARLOS REAL DE AZUA

ESCRITOS

REAL

e

ARCA

ARCA

Carlos Real de Azúa

Eso que se ha llamado la imaginación sociológica tuvo en él un brillante exponente y siempre he pensado que no se trató simplemente de un don intelectual recibido gratuitamente, sino de una invención intelectual hija de su temperamento, la que fue construyendo a lo largo de su vida. Esa existencia llena de entusiasmos, posiciones y beligerancias, pronto reconvertidas, estoy por decir escurridas, para adquirir una nueva disponibilidad, sin que esto afectara una raigal conducta moral que hacía de la función intelectual una ética (por lo cual se le podía emparentar al zigzagueante camino de André Gide y a su misma persecución de la autenticidad en un mundo cuya opacidad exigía constantes esfuerzos de reconversión y adaptación) contribuyó a desarrollar un pensamiento crítico, forzosamente independiente, cuyo campo de ejecución sólo podía ser el de la oposición; de ahí que sus mejores contribuciones se desarrollen mediante el enfrentamiento con tesis o sistemas, los cuales sometía a nervioso análisis y los invadía de un pensamiento desarticulante y problematizador.

Angel Rama

ESCRITOS

Carlos Real de Azúa

ESCRITOS

Selección y prólogo

Tulio Halperin Donghi

arca

Diseño de tapa: Fermín Hontou

**©Copyright by ARCA Editorial S.R.L.
Andes 1118, Tel. 90.03.18, Montevideo
Hecho el depósito que marca la ley
Printed in Uruguay - Hecho en Uruguay**

PROLOGO

La trayectoria intelectual y vital de Carlos Real de Azúa lo muestra en una relación peculiarísima con su tiempo y su Uruguay; en éste era sin duda una figura excéntrica, y sin embargo su mundo de referencia no podría ser más uruguayo, ni estar más marcado por las crisis de un tiempo convulsionado, desde que se asomó a él en la década del treinta, cuando la marea ascendente de los fascismos ocupaba el primer plano, hasta su muerte misma, luego de haber asistido —como espectador apasionado y participante nunca libre de reticencias— a tantos otros flujos y reflujos de tantas otras mareas.

Esa trayectoria problemática es lo que más eficazmente trasunta a sus escritos de una vida no marcada por otra parte por transiciones bruscas. Esta no podría haber avanzado de modo más lineal: nacido en Montevideo, iba a abandonar su casa natal junto con sus padres, en 1942, por el apartamento que iba a ocupar hasta el fin, en compañía de una riquísima biblioteca y una fidelísima doméstica. Abogado poco entusiasta, sólo muy tarde abandonaría del todo el foro por la enseñanza, que ya había comenzado a ejercer mucho antes y que iba a seguir ejerciendo hasta no mucho antes de su muerte. Sus viajes —salvo los de Buenos Aires, que no podía contar como el extranjero— fueron poco frecuentes hasta sus últimos años, pero (acaso por eso mismo) dejaron fuerte huella en una vida no marcada con igual intensidad por otros incidentes exteriores, desde el de España, que en 1941 inspiró una inflexión decisiva en la marcha de sus ideas.

Esas experiencias tan influyentes son en suma las de un observador, así fuese él apasionadamente participante: es ocioso buscar en la obra o en otros testimonios la huella de otras de las que hubiese sido menos vicariamente protagonista, en parte porque un recato invencible le hacía impensable el cultivo de cualquier literatura confesional, así adoptase ella el modo alusivo, en parte también porque —por lo

que puede adivinarse— su vida no conoció crisis resolutorias (salvo la que se columbra poco antes de su muerte). No podía quizá conocerlas: en el plano más personal estuvo ella encerrada en una *impasse* por definición insoluble entre exigencias y aspiraciones vividas como intrínsecamente contradictorias, y ello desde su temprana conversión que, en una brevísima cronología de su trayectoria ideológico-política, fechó en 1934, es decir a los dieciocho años.

Una versión atendible quiere que haya influido en ella la lectura de Julien Green, cuyo *Pamphlet contre les catholiques de France* ofrecía en prosa neo-pascaliana una requisitoria cerrada contra quienes habían reducido a una fe a la vez esperanzadora y terrible a las dimensiones de la más rutinaria cotidianidad. Frente a ellos el reciente converso yankee-francés evocaba la admirable intolerancia de la España del Siglo de Oro, para quien la fe había sido asunto de vida o muerte, y no el amable trasfondo sentimental para la misa que antecede al almuerzo en familia de los domingos. Para Carlos Real de Azúa se trataba, como para Green, de una conversión; entre la fe que había recibido en la infancia de una madre a la que adoraba, y abandonado luego, y la que ahora se apoderaba de él, como de una presa, parecía no haber medida común. Y la que ahora proclamaba suya se revestía de la radical intransigencia que Green quería para la propia: su identificación aun más precisa con el catolicismo a la antigua española —que pronto iba a seguir— parecía confirmarlo aun más.

La conclusión sería sólo parcialmente justa. Sin duda en el plano más personal Real de Azúa vivió su fe como la aceptación de una exigencia desmesurada e irrealizable, como una revelación reiterada de su propia y radical insuficiencia. ¿Sabía ya entonces que su índole más personal le impediría construir una vida cristiana en sus conductas objetivas como en sus motivaciones interiores? Sin duda lo iba a saber muy pronto, aunque acerca de este aspecto de su vida personal mantuvo silencio tan completo como sobre otros que es menos usual mantener reserva. Pero desde el comienzo su catolicismo tuvo una dimensión político-social para él más importante que para Green: para éste la España clásica inspiraba un repudio que era el del mundo, territorio extranjero al que el cristiano no debe apegarse; a Real de Azúa le sirve para definir su relación con el mundo moderno.

Esa definición desplaza al plano político el rechazo que Green proclamaba en la frontera entre la esfera de la gracia y la mundana; ese desplazamiento, aunque le conserva toda su intransigencia, varía ya sutilmente el sentido de ésta.

Sobre todo porque esa intransigencia tiene una específica definición política que Real de Azúa caracteriza retrospectivamente como católico-fascista, y el término mismo —que simplifica con una clara voluntad de auto-denuncia retrospectiva posiciones que parecen haber sido bastante más ambiguas— reconoce la presencia de inspiraciones no surgidas del retorno a la fe, sino del espectáculo de la crisis en curso, cuyo desenlace político interesa a Real de Azúa más de lo que sería legítimo si su conversión lo hubiera llevado a la condena global de la esfera mundana.

Más aún: aunque esa intransigencia ya señalada conserva toda su fuerza en el plano político, ella convive con una dosis notable de eclecticismo ideológico. Sin duda éste es rasgo común al pensamiento de derecha, en esa etapa como en otras; en Real de Azúa ese eclecticismo es a la vez el primer signo de la que va a ser su búsqueda en el terreno de lo político-social de las conciliaciones y reconciliaciones que en el plano más personal le están vedadas.

Esa confianza en la dimensión social y colectiva revela hasta qué punto Real de Azúa ha sido ya moldeado por una tradición histórica —la de su Uruguay— contra cuya blanda tibieza, enemiga de extremidades, vino a oponerse su ardiente catolicismo. Sin duda la herencia familiar incluía la memoria de un Uruguay, de un Río de la Plata mucho menos apacibles, desde que el primer Real de Azúa llegó al Plata en 1794, en la cima de la ola de emigración de la España cantábrica que acompañó a la creación en las Indias de una nueva élite mercantil y burocrática gracias a las reformas borbónicas. Radicado en Buenos Aires al año siguiente, Gabriel Real de Azúa casó con la hija de un comerciante asturiano y salvó vida y patrimonio de las tormentas de la revolución, que hicieron estragos entre sus pares; al morir en 1840, en el Buenos Aires de Rosas, dejó a sus hijos fortuna considerable; el mayor, Gabriel Alejandro Real de Azúa, nacido en 1803, había ya publicado un volumen de versos en París; en 1846 aparece establecido en Copiapó, entre los no pocos que han hallado refugio de tormentas po-

líticas en el Norte Chico de Chile, de renovada prosperidad minera. Su hermano, Ezequiel María, nacido en 1804, casó con Mercedes Lavalle, hermana del general, en 1836; murió en 1848, dejando cinco hijos y una viuda de treinta años, que volvió a casar en 1851 con Carlos Horne, norteamericano; en 1854 el matrimonio se estableció en Montevideo, y allí Gabriel Real de Azúa, hijo de Ezequiel y Mercedes, casó con Cipriana Muñoz, de familia patricia, opulenta y colorada. Entre sus diez hijos se cuenta Gabriel, médico que iba a alcanzar vasta reputación, incrédulo en religión y de sólida fe batllista en política; Carlos Real de Azúa iba a ser uno de los tres hijos nacidos de su matrimonio con María Esperanza Tocavent, en la vasta casa de la calle Soriano, en la Ciudad Nueva.

Pero si esa historia de familia era también la de un siglo de discordia y desgarramientos, y necesitaba apenas una mínima estilización para ser incorporada a la leyenda de sangre de la Tierra Purpúrea, ella no era recordada así por la memoria familiar: un leve, armonioso eco de tormentas ya amainadas se sobrevivía en una leyenda de vago y ligero orgullo y muy escasa nostalgia. Esta la va a agregar Carlos Real de Azúa desde perspectivas que hubieran sido totalmente incomprensibles a sus antepasados; esa misma nostalgia, sin embargo, no pasaba de hacer de ese pasado cuya herencia llevaba una presencia con la cual mantendría una relación mucho más desprovista de complicaciones de la que por ejemplo mantiene Borges con un legado de tradiciones familiares que presenta con éste más de una analogía.

Aun esta historia de ásperos conflictos sugiere, al desleírse en algunos recuerdos sonrientes, la validez del estilo de convivencia acuñado por el Uruguay en su breve experiencia histórica, y cuya originalidad Carlos Real de Azúa percibió desde el comienzo muy bien; era el "país de cercanías" no sólo geográficas, la tierra "tenuemente cristiana" que apenas participa del legado enaltecedor y trágico de la España de la Contrarreforma, cuya *forma mentis* estaba marcada por una tibieza que iba pronto a detectar en Rodó como un rasgo nacional más que individual. Si descubrió todo eso con tanta nitidez, fue porque el descubrimiento fue a la vez un rechazo; precisamente de esa tibieza, de esa tolerancia —se ha señalado ya— quería refugiarse en su catolicismo. Pero, aun al repudiar esa tradición que juzgaba trivial, seguía

contando con ella. ¿Qué habrá sentido el doctor Gabriel Real de Azúa, incrédulo y batllista, frente a ese trozo de prosa perversa sobre la Cruz y la Espada, que su hijo de veinte años incluyó en una conferencia, y citó luego —de nuevo con clara intención autopunitiva— en una nota de España de cerca y de lejos? No lo sabemos; sí sabemos que se consagró a reunir en albums los testimonios del talento de ese muchacho extraño y valioso que tenía por hijo.

Aun para su problemática más personal podría contar con esa tolerancia. Al catolicismo sin vuelo ni hondura que sobrevivía como parte de la tradición familiar podía quizá juzgarlo (como el que Green descubrió entre los católicos de Francia) inferior al austero protestantismo del marco familiar en que Gide vivió su propia experiencia. Pero gracias a esa versión "tenuemente cristiana" de la tibieza uruguaya Real de Azúa nunca se vio movido a proclamar "familles, je vous hais"; por la suya mantuvo sin esfuerzo ninguno un tenaz y poco complicado cariño. Si ésta, por su parte, parece haber visto el que era el drama insoluble de su vida sobre todo como la más extrema de sus excentricidades, no fue quizá tan sólo por influencia de una índole nacional que no tiende a ver los conflictos del mundo sobre un diapasón excesivamente dramático; sin duda influía también sobre ellos la convicción, inescapable para cuantos lo conocieron, —aunque él prefiriese no creerlo así— Carlitos Real de Azúa era obviamente una buenísima persona.

Esa confianza en la conciliación e integración que subtendía aun su apasionada exaltación de la intolerancia, se apoyaba además en otro rasgo que figuraba entre los más hondos de su personalidad intelectual, y no sólo de ella: una incansable curiosidad por la variada, ambigua, inagotable riqueza del mundo en torno. Mientras su mundo interior se le daba bajo el signo de la contradicción, de las alternativas insuperables, el que le ofrecía su experiencia exterior se ubicaba bajo el de esa pululante multiplicidad, y su reacción instintiva frente a ella era tratar de entenderla en toda su riqueza, más bien que oponerle, a fuerza de aceptaciones y negaciones, una versión depurada pero también empobrecida.

Sobre todo por esa curiosidad se iba a dejar guiar en esa exploración tan libre y a la vez tan disciplinada que es el tema de toda su

obra. Como nota muy finamente Lisa Block, en su despegue por la literatura confesional había algo más que un rasgo de pudor: él se apoyaba en la convicción que, si los desgarramientos del mundo interior son sin duda importantes (cómo no podría no creerlo si creía que del modo en que los resolviese dependía su salvación o perdición eternas) eso no los hace necesariamente interesantes; interesante es el mundo en su rica, desconcertante variedad.

No es sorprendente entonces que se apresurara a trasladar un catolicismo, descubierto a través de una experiencia interior al plano mundano, y específicamente al político-social. Que durante ocho años haya encontrado expresión en ese plano en posiciones cercanas al fascismo era algo que no dejaría nunca de sorprenderlo; en todo caso participó entonces en el moderadísimo florecimiento de la derecha católica en un Uruguay en que el doctor Terra llevaba aún al ejercicio de la dictadura esa nativa desconfianza por los extremos contra la que Real de Azúa acababa de rebelarse. En la otra orilla del Plata estaba floreciendo en suelo más propicio una versión más vehemente de su credo político, y en Buenos Aires iba a frecuentar ese círculo que —como recordaría en 1943 Marcelo Sánchez Sorondo— comenzaba a ver en el fascismo la expresión política más adecuada para su reencontrado catolicismo.

Por entonces llevó también adelante, sin entusiasmo y sin urgencias, sus estudios de abogado, que le llevaría once años concluir. No fueron sin embargo los textos de derecho los que más influyeron en esta etapa formativa: el lugar central de su atención lo tenían otros que abrían perspectivas sobre la vasta crisis de un mundo convulsionado. En su estudio sobre Mallea, en que por una vez adopta una perspectiva explícitamente personal, nos ofrece un breve inventario de los que fueron para él más significativos, al describirse como uno de aquellos “que en la década del treinta vivimos con pasión los movimientos espirituales y políticos de Europa (. . .) los que todavía adolescentes, nos sucedía leer en los mismos años *La primauté du spirituel* y *L'enquête sur la Monarchie* (ya antigua), la *Vida de Trotsky* y la *Vita di Arnaldo*, los primeros Berdiaeff y *El mundo que nace*, los *Débats* de Henri Massis y los conmovedores discursos de José Antonio Primo de Rivera, el *Au delà du nationalisme*, de Thierry

Maulnier, los ensayos de Aron y Dandieu o *Les grands cimetières sous la lune*”.

Esta guía de lecturas es más la de Real de Azúa que la de su generación (es revelador el lugar central que en ella ocupan los debates internos al catolicismo francés, más aun que los de la derecha política de ese país). Pero tiene algo en común con las que podían haber trazado muchos que fueron jóvenes junto con él: su irreductible eclecticismo, que la hace “variada, estremecedora y revulsiva”. Al adoptar la intolerancia para sí mismo y para los demás, Real de Azúa no parece haber considerado siquiera extenderla a la exploración del mundo de las ideas; por detrás del estilo nacional de convicción, es la vocación hispanoamericana por el eclecticismo y sincretismo ideológicos la que revela aquí todo su peso (más de un siglo antes, el chileno Juan Egaña, identificado con una piedad tan sólida como tradicional, cuando su hijo le solicita una guía de lecturas le indica ésa que ha preparado la materna previsión de la Iglesia: es el *Index* de libros prohibidos).

¿Sólo esa curiosidad intelectual disparada en todas direcciones lo separaba por entonces de ese sombrío ideal que había hecho suyo? Es difícil saberlo; el testimonio que nos proporciona sobre esta etapa es a la vez reticente y retrospectivo. Pero basta leer *España de cerca* y *de lejos* para advertir que la experiencia de su viaje a España en 1941 le proporcionó, más que una súbita revelación de realidades nunca sospechadas, la confirmación agravada y sistematizada de previas impresiones, no lo bastante fuertes para apartarlo de una adhesión que se quería intransigente a una fe política cuyo extremismo era su principal atractivo. Las alusiones fuertemente negativas al nacionalismo argentino, ya presentes en el testimonio español, y que se reiteran luego en el ensayo sobre Mallea, son evidentemente reflejo de una experiencia directa, y revelan cómo su misma afirmación de la intransigencia como virtud eminente lo enfrentaba, antes que a adversarios exteriores, al que llevaba ya dentro de sí mismo.

De su experiencia española iba a nacer en 1943 su primer libro, y éste refleja ya un mundo de referencia, un haz de orientaciones y perplejidades que se han integrado ya en una constelación destinada a no modificarse sustancialmente en el futuro (hasta disolverse quizá

en la etapa inmediatamente anterior a su muerte). Esa constelación se estructura bajo el estímulo inmediato de la visión directa de un régimen como el que había estado en sus votos; es este duro despertar el que lo empuja brutalmente a la madurez. Pero precisamente porque ha alcanzado ésta, ha logrado ya una integración (que se mantendrá constantemente problemática y cruzada de tensiones no resueltas) entre su aproximación al mundo como teatro de alternativas que le imponen opciones prácticas inmediatas, y como espectáculo marcado sobre todo por una variedad y una diversidad que quisiera captar sin traicionar su riqueza. Esa integración difícil se impone porque Real de Azúa ha advertido ya que sólo es capaz de justificar ante sí mismo sus opciones prácticas a partir de las imágenes que ha logrado elaborar en esas exploraciones inspiradas por una curiosidad omnívora.

Eso agrega ya complejidad y profundidad a su testimonio español, y hace que este libro que examina una opción política no sea en rigor un libro de política, en cuanto tiende a resolver los dilemas prácticos en alternativas tradiciones histórico-culturales. Política—mente lo que descubre Real de Azúa en España sólo puede ser sorprendente para su extrema inexperiencia: que los más reflexivos y valiosos integrantes del bando vencedor no participan de su previo entusiasmo por la intolerancia como máxima virtud religiosa y política; que ésta es cultivada en cambio por los más mediocres (comenzando por el Caudillo, todavía no transformado en *senior statesman* por las largas décadas de triunfal supervivencia que iban a premiar su cazurrería gallega, y cuyo breve retrato refleja un sólido, tenaz, personalísimo aborrecimiento), y que en éstos la intolerancia no proviene de ninguna imperiosa fe trasmundana, sino de mera estrechez de entendederas, combinada con la mundanísima ambición de transformar a esa España exangüe —cuya postración no despierta piedad alguna en esos corazones integralmente cristianos— en miserable botín de su victoria.

No más sorprendente —aunque sorprenda a quien viene de un país cuya historia le ha ahorrado, hasta donde llegaba memoria de hombre, cataclismos comparables a la guerra civil aún mal cerrada en la Península— es la extrema libertad (y marcada corrupción) de

costumbres, que el rígido estilo de vida impuesto bajo el siglo de la Cruz y la Espada no alcanzaba a disimular.

Pero, si la crítica política es candorosa, la visión es penetrante y va a lo esencial: esta España corrompida por la victoria tanto como por la derrota, que hoy evoca para nosotros Juan Marsé en *Si te dicen que caí* es ya la que retrata en pocos trazos admirablemente justos ese profesor uruguayo joven y simpático cuya presencia fugaz en la tertulia de José María de Cossío registró su cronista Díaz Cafiabate. Y, lo que es más importante, no es sólo la eficacia del testimonio inmediato la que compensa las limitaciones de la crítica política; éstas son rescatadas más plenamente al resolverse esa crítica en el examen de una tradición histórica.

Al tomar este camino, Real de Azúa anticipa el de tantos españoles que buscan darse una razón para una España frente a la cual se saben radical e irreconciliablemente disidentes. Ante el permanente escándalo que significa la duradera victoria de Franco, adoptarán estas dos líneas interpretativas opuestas. La primera ve en él una mera aberración en el curso de la historia de España, que —si tiene sus raíces en ésta—, las encuentra en una sucesión de episodios que han venido a sacarla progresivamente de quicio. Manuel Giménez Fernández va a representar mejor que nadie esta posición: en doctos estudios publicados en España mostrará —de modo necesariamente alusivo— en los avances de corrientes extrañas a la tradición medieval castellana la deplorable preparación de un aún más deplorable presente. Américo Castro por su parte hará de la opuesta el punto de partida de una deslumbradora reconstrucción de la “realidad histórica” de España; para él el presente franquista arroja una luz cruel, pero no engañosa, sobre aspectos esenciales de esta realidad.

Real de Azúa se anticipa a esta segunda línea interpretativa: aun las modalidades más aberrantes de la instauración de un orden que se dice cristiano sobre el cuerpo martirizado de España (aun, por ejemplo, el uso del sacramento como instrumento de castigo de presos políticos recalcitrantes) se le aparecen como herencia legítima de una tradición cultural e ideológica, de un estilo de piedad que eran ya los de la España del Siglo de Oro. Su perspectiva es sin embargo radicalmente distinta de la que va a dotar de su trágica grandeza a la

partida para una síntesis que se quiere superadora de las tradiciones incompatibles de las que deriva; la misma ambición se da en el personalismo francés, que le ofrecía, quizá desde antes de 1941, la más obvia alternativa. Pero ocurre que entre estas ideologías complejas y ricas y la acción política, enmarcada en opciones brutales, se da un inevitable hiato.

La presencia de ese hiato, evidente para todos salvo para quien los pronuncia, hace en efecto conmovedora la lectura de los discursos de José Antonio: un pensamiento frágil, ingenioso, mesurado, en suma muy poco fascista, habilita muy mal para atravesar los tiempos de hierro que el orador anuncia con alborozo; oyendo póstumamente a este muchacho tan inteligente como incapaz de entender qué pasa a su alrededor, se reconoce ya en él a la futura víctima de la tormenta que convoca. Los personalistas advierten mejor ese hiato, pero no son capaces de colmarlo más satisfactoriamente; Mounier descubre en el autoritarismo filofascista una versión bastardeada pero quizá no irremisiblemente contaminada de las exigencias que el personalismo formula; luego de que la experiencia del Estado Francés surgido de la derrota lo persuade de que esa contaminación es irredimible, emprende el camino de la resistencia contra éste y el ocupante. La victoria habrá de aportarle nuevas decepciones: la mayor será el surgimiento en el marco de la Cuarta República de un partido que ha hecho suyo el vocabulario del personalismo, pero cumple funciones análogas al Radical durante la tercera. Esas síntesis ideológicas que buscaban, cada cual a su manera, integrar los aportes del catolicismo tradicional y la democracia moderna, desembocaban así en experiencias políticas que se reducen a crueles caricaturas del orden tradicional o a versiones apenas retocadas de la democracia liberal.

Si ello puede llevar a dudar de la validez de esas tentativas, no es esa duda la moraleja que Real de Azúa deduce de su propia, decepcionante experiencia. Concluye más bien que debido a ella sus aspiraciones y exigencias, sin hacerse más claramente compatibles, se han modificado, y le es preciso buscar una nueva síntesis ideológica capaz de hacer justicia a la vez a todas ellas.

Se ha recordado ya que la encontró en las formulaciones de Luis Alberto Sánchez, que adecuaban las del aprismo a la coyuntura de la guerra antifascista liderada por los Estados Unidos. La elección es menos arbitraria de lo que podría parecer retrospectivamente. Real de Azúa ha descubierto en su experiencia española la gravitación de una irreductible realidad americana, ha descubierto además la necesidad de definir de otro modo una política de Cristo, muy diferente a aquella cuyos frutos amargos había saboreado en España.

El primer descubrimiento lo lleva a asentir a un panamericanismo que en el contexto de la unidad antifascista no olvida la problemática de la inserción de Latinoamérica en el mundo, tal como se elaboró en la entreguerra en torno al tema del imperialismo: si el aprismo introducía ahora variaciones sustanciales en esa temática, el resto de la izquierda, y con particular energía la comunista, lo dejaba de lado por inactual. Para Sánchez, en efecto, el viejo combate anti-imperialista desembocará en la postguerra en una lucha conjunta de las fuerzas populares de las Américas contra la fortaleza del privilegio económico, ya asediada en Estados Unidos por el New Deal. Compartiendo esa previsión quizá más sinceramente que Sánchez, Real de Azúa la examina desde una perspectiva del todo ajena a éste: la de una renovada política de Cristo, cuya inspiración raigalmente católica no excluye ya la colaboración con esfuerzos surgidos en el marco de otras confesiones cristianas.

No es ésta, sin embargo, la innovación más significativa en su concepción de una política cristiana: mucho más pesa el repudio del integralismo profesado hasta la víspera. Frente a la visión integralista que confería a las posiciones políticas del cristiano la misma fuerza apodíctica que a sus definiciones de fe, Real de Azúa retoma ahora una imagen más antigua del cristiano en el mundo como mero huésped nunca totalmente arraigado al horizonte temporal, y cuyas tomas de posición en ese horizonte —que es propio de la política— son necesariamente relativas y contingentes.

¿Es posible adivinar, tras de la reticencia del cristiano frente a cualquier compromiso mundano, la del intelectual ante soluciones políticas que imponen simplificaciones brutales al complejo haz de exigencias que por un momento prometieron satisfacer (cuando no

las traicionan abiertamente)? Lo cierto es que a esta redefinición de la política de Cristo no sigue ninguna militancia sobre las ideas redefinidas. La etapa que comienza la caracterizará, él mismo como una de "indefinición, multiplicidad", a lo largo de la cual se da un subterráneo y sinuoso avance "del antitotalitarismo al tercerismo y al ruralismo".

En ella la trayectoria de Real de Azúa se torna paralela a la de tantos intelectuales uruguayos en la desconcertante postguerra que se abrió en 1945. Cesada la emergencia que significó el fascismo, la atención de éstos se volvía a la circunstancia uruguaya, y ésta les revelaba con brutal evidencia el agotamiento del modelo ideológico y político que había impuesto su signo a la vida nacional durante el primer tercio del siglo, con resultados que enorgullecían aun a sus adversarios. Esa quiebra no podían dejar de percibirla los intelectuales, porque ella se reflejaba de modo particularmente vívido en la cultura oficial, tanto en las figuras promovidas en esta esfera por la restaurada democracia, que a menudo nada tenían que ver con la vida cultural del país así (en los casos no infrecuentes) como en las instituciones y figuras que habían remozado su prestigio en la lucha antidictatorial, inspiradas ahora por criterios tan absurdamente inactuales que las transformaban en cada vez más fatigados actores de una cada vez menos divertida farsa.

Esa experiencia de horizonte limitado ofrecía el primer estímulo para una titubeante exploración del país y del mundo, vistos con ojos renovados por el desencanto. Pero la rutinaria cotidianidad de la vida uruguaya, entre la derrota de Herrera en 1946 y la efímera emergencia de un neo-batillismo industrialista y populista, comienza por ofrecer a Real de Azúa menos materia de reflexión que la tanto más dramática experiencia argentina, y es precisamente en sus escritos de tema argentino donde puede rastrearse mejor su lento avance a través de un haz de perplejidades por el momento nada angustiosas.

Dos escritos de 1947 reflejan un momento preciso en ese itinerario. Su reseña de *Las ideas políticas en Argentina*, de José Luis Romero, lo muestra —inesperadamente— en acuerdo casi completo con la perspectiva del libro. Celebra que Romero "con real intelligen-

cia histórica" se abstenga de fallar entre "los generosos sueños de libertad, de vida digna y asegurada de los doctores porteños" y "el calor multitudinario que rodeaba a los caudillos"; del mismo modo se congratula de que contemple "con visión levantada y sin histerismos el presente", marcado por la consolidación del régimen peronista; sólo objeta como "un poco violento" colocar los años que van de Urquiza a Roca, bajo la égida del "pensamiento conciliador" y llega a evocar aquí, aunque en tono considerablemente asordinado, la protesta de Martín Fierro.

Esa adhesión la da a una imagen del pasado rioplatense que —si huye de las más toscas versiones facciosas— la integra en una síntesis en que una de ellas es fuertemente privilegiada. Esa había sido ya la hazaña de Mitre, de quien Romero es aquí tributario: lejos de condenar a la herencia federal a las tinieblas exteriores, la incorporaba a su imagen del majestuoso avance de la historia nacional como el momento débil en una tríada dialéctica: con ello —como no podía escapar al historiador que era también avezado político— le privaba de legitimidad más que retrospectiva con mayor eficacia que mediante cualquier recusación frontal.

Si Real de Azúa no tiene mucho que objetar a esta operación no es sin duda porque no advierta sus propósitos: es porque en lo esencial coincide con ellos.

Pese al tono muy distinto, la reseña del *Sarmiento* de Martínez Estrada está escrita desde la misma perspectiva. Martínez Estrada proclama el fracaso de Sarmiento frente a una conjura de la naturaleza, la herencia ancestral y "la conjuración anglosajona". Real de Azúa se niega a convenir en que en la Argentina nada esencial ha cambiado entre 1845 y 1945. Si ve en el eco que encuentra allí un estilo de pensamiento cercano al delirio una consecuencia de "las tribulaciones de la actual inteligencia argentina" bajo la poco esclarecida tutela del peronismo, concluye que "ni aun la conmovida simpatía" que ellas despiertan, "puede llevar a refendar la deformación lóbrega de un pasado y ¿por qué no? de un presente profundo".

Si condena ese temple sombrío no es entonces porque juzgue que la tradición cuya quiebra lo inspira no sea digna de ser llorada: es que no cree que esté de veras en quiebra. Si ve al presente peronista

ta de modo distinto que la mayor parte de los intelectuales rioplatenses, no es porque lo valore en más que éstos; por el contrario, parece reconcer en él una nueva y estridente versión de la "Argentina visible"; por debajo de ella confía en un "presente profundo" en que se continúa un admirable pasado: en la Argentina de 1947 Perón es presidente, pero Martínez Estrada, que llora su marginación con trenos de antiguo Testamento, sigue siendo el más representativo de los intelectuales.

Seis años más tarde, el escrito sobre Mallea refleja una visión más compleja y una mayor disposición a hacer explícitos los paralelos entre una trayectoria colectiva y la suya propia. Para Real de Azúa la crítica de Mallea a la Argentina visible es tributaria de la nacionalista a la nación forjada por los vencedores de Caseros y Pavón. La trayectoria posterior de Mallea es explicada —y justificada— no por las insuficiencias de esta última, sino como reacción frente a quienes la pusieron al servicio de un proyecto político inspirado en motivaciones éticamente repulsivas. Pero, al abandonar la problemática de la Historia de una pasión argentina y sus novelas de la década del treinta, Mallea es incapaz de hallar otra; su obra, primero organizada precisamente en torno a esa problemática es ahora reconocible sobre todo por una manera. No es ilícito tratar de adivinar tras de este análisis paciente de un autor que no admiraba demasiado, pero en cuya trayectoria hallaba analogías con la propia, algunas conclusiones válidas para ésta: a saber, que el antitotalitarismo, reacción sana y valiosa con la que se siente (y se sentirá siempre) totalmente solidario, no impone necesariamente solidaridad con las etapas del pasado vilipendiadas en el Plata por los partidarios de ese totalitarismo; más aún, que el antitotalitarismo es de todos modos insuficiente: no haber ido más allá de él es lo que ha bloqueado los horizontes en que se desenvuelve la obra de Mallea. Ya en 1953, entonces, parece adivinar que un día tendrá que romper él mismo un bloqueo análogo.

Mientras llega ese día, la búsqueda de una autodefinición político-ideológica pesa ahora menos que en cualquier etapa anterior o posterior de su carrera. Por el momento parece más interesado en organizar la riqueza de hechos e ideas acumulada en la etapa de

exploraciones movidas por aquella búsqueda. La curiosidad por la varia riqueza del mundo —siempre tan poderosa— madura por fin en interés autónomo por la realidad histórica. En 1950 *Ambiente espiritual del 900* lo muestra capaz de definir con pulcra precisión el nivel de realidad que se propone someter a análisis, que designa en lenguaje orteguiano como el de "ideas y creencias". Bajo ese signo coloca, una breve exploración del *outillage mental* de que disponían los hispanoamericanos entre 1895 y 1905. El cuadro que nos ofrece no sólo es admirable por su concisa precisión, su justa seguridad de tono. Esa admirable todavía porque no es propiamente hablando un cuadro; Real de Azúa no olvida ni por un instante que la realidad que examina es dinámica; esa "aguja de navegar diversidades" en la que confía debe permitirle también, en consecuencia, distinguir "la muy diferente vitalidad de lo retardado, de lo germinal, de lo vigente y lo minoritario". Así el análisis de las ideas se transforma en auténtica historia de las ideas, con clara vocación de volcarse en una historia sin adjetivos limitativos.

Esa historia se apoya en un saber muy seguro acerca de realidades pasadas cuya relevancia para los que habían sido sus angustiosas preocupaciones dominantes no es nada evidente; hay que concluir que aun en la etapa en que éstas lo habían obsesionado su aproximación al mundo de las ideas y de la cultura tuvo una dimensión más hedónica y desinteresada de lo que retrospectivamente se le aparecía: su nativa agudeza no podía sino haberle revelado bien pronto que en toda esa mediocre literatura y mediocre prosa de pensamiento de las que ahora mostraba tener un conocimiento tan seguro, no podía esperar hallar la clave para las preguntas que lo habían atenazado; habían sido entonces, otros estímulos los que lo habían atraído hacia ella.

Esos estímulos no eran solo los de una golosa curiosidad ante la variedad del mundo exterior; venían también del respeto hacia la maciza realidad de ese mundo exterior. El contacto con la España de Franco no lo había llevado a disminuir su comprensión simpática por la figura de José Antonio, pero sí a admitir que las virtudes que la hacían atractiva no la hacían menos irrelevante a la sombría y sordida realidad española. Frente a Martínez Estrada y su pesimismo

desesperado, le basta por ahora, evocar la figura física de la Argentina de 1946. Su vivo interés por las ideas y su historia se combina así con una desconfianza igualmente viva por las ideologías, como enmascaradoras de la realidad, que sobrevive en perpetua lucha con una tendencia igualmente profunda a la adhesión afectiva a ciertos complejos de ideas.

Es esta una de las tantas tensiones que caracterizarán para siempre a su estilo intelectual, que tendrá su paralelo en la que se da entre su visión de la realidad como "diversidad", como variedad pululante, y su convicción de que su tarea era no sólo evocarla en esa riqueza inagotable, sino descubrir un modo de orientarse en ese laberinto, sin traicionar esa contradictoria variedad de su objeto. El instrumento que buscaba para superar esa tensión era en efecto una "aguja de navegar diversidades", no un enrejado de categorías, que las reduce a artificial homogeneidad, y su búsqueda subtiende su exploración de la historia, primero centrada en la de las ideas, y luego volcada hacia áreas temáticas cada vez más amplias. Ella va a imponer a esa exploración una estrategia que será característica de los trabajos de Real de Azúa, marcada por constantes zigzagueos y retornos al punto de partida, necesarios para hacer justicia a una realidad cuyos caminos parecen bifurcarse a cada paso. La tendencia no hará sino acentuarse, y la comparación entre este escrito de 1950 y *El modernismo y las ideologías*, publicado póstumamente, que cubre sustancialmente el mismo territorio, y en la cual la límpida línea de análisis se apoya en unas desmesuradas notas desbordantes de cosas y de rápidos escorzos, de realidades más aludidas que propiamente evocadas, notas en conjunto bastante más extensas que el texto al que sirven de sostén y glosa.

Ese interés apasionado y múltiple por la realidad histórica en su contradictoria complejidad, por la vida de las ideas, pero a la vez por éstas mismas, no ya como objeto de su curiosidad, sino como orientadoras de su modo de ver el mundo y actuar en él, se expresa característicamente en sus escritos polémicos. Estos conceden atención a veces casi obsesiva a ciertos datos de hecho, percibidos con admirable justeza por Real de Azúa, pero cuya significación no parece siempre justificar a primera vista un escrutinio tan meticuloso. Así

las que mantuvo con Alberto Zum Felde y Arturo Ardao: la primera prueba con abrumadora abundancia la falta de todo criterio coherente en el volumen que Zum Felde dedicó al ensayo hispanoamericano, la segunda muestra en un razonamiento ceñido cómo la continuidad que quiere establecer Ardao entre el tercerismo florecido en el Uruguay en la segunda postguerra y ciertas tomas de posición del tardío siglo XIX, aunque apoyada en una recolección y análisis de fuentes llevada adelante con criterios filológicamente irreprochables, es intrínsecamente errada, porque lo que ha cambiado radicalmente entre una fecha y otra es la situación histórica mundial ante la cual estas tomas de posición se dan.

Esa abrumadora acumulación de hechos y argumentos ceñidos a los datos de la realidad empírica podía parecer quizá fruto del ensañamiento polémico: era sobre todo desconfianza frente a las construcciones de ideas, a las ajenas no más que a las propias. Y es frente a estas últimas donde esa desconfianza cumple su función correctiva con máxima eficacia. Es en este sentido ejemplar su obstinado combate contra quienes postulan un "ariélismo" latinoamericano, inspirado en Rodó. Pese a que Real de Azúa se identifica afectivamente con más de un aspecto de ese vilipendiado arielismo, no se propone en absoluto reivindicarlo, sino sobre todo señalar todo lo que apartaba de él a Rodó; éste era demasiado ecléctico, demasiado moderado, en suma demasiado uruguayo, para identificarse por completo con un combate de retaguardia contra los avances de la nueva sociedad de masas.

Los artículos polémicos de Real de Azúa los publica sobre todo *Marcha*, y por una década larga, a partir de mediada la del cincuenta, en el público de *Marcha* va a encontrar el suyo propio. Es demasiado pronto para que se haya estudiado qué significó *Marcha*, no sólo en el Uruguay, en esos años, es quizá demasiado tarde para que el recuerdo baste para saberlo, sino a unos pocos: un semanario que ofrecía del Uruguay del cada vez menos plácido otio de la era batllista una imagen crítica, pero implícitamente enaltecedora, gracias al testimonio de su mera presencia, en el que entre otras cosas el análisis y la crítica cultural alcanzaba una extrema riqueza y sutileza, y se ofrecía cada viernes en pasto a una masa de lectores inespe-

radamente vasta, sin que éstos se fatigaran al parecer jamás de todo ello. Un remedo democratizado del público letrado (de curiosidad más vasta que disciplinada, pero enormemente receptiva) que Hispanoamérica había conocido al filo del siglo, y que había dado el contorno necesario a una legión de ensayistas y cronistas capaces de estilizar en formas literariamente refinadas la experiencia inmediata de sus lectores, se ofrece así a Real de Azúa y le hace posible desarrollar su obra dando rienda suelta a tendencias que son desde el comienzo muy poderosas en él.

El resultado es el triunfo —en el ensayo, en la polémica, en la reseña, en el libro— de un estilo expositivo laberíntico, apoyado en una erudición nada caprichosa, pero no gobernada por ningún sistema clasificatorio, y cuyo avance sigue la marcha misma de su pensamiento, a través de una secuencia de preguntas cuyo encadenamiento es a la vez lógicamente solidísimo e impredecible (si es claro por qué cada pregunta sucede a la anterior, es menos evidente por qué es ésta la que ahora se plantea, y no alguna otra vinculable de modo no menos plausible con la que la precede).

Es ésa la marcha de sus polémicas, pero lo es también de sus reseñas (son ejemplares las que dedica a los escritos de Juan Oddone y Blanca París sobre el liberalismo, el principismo y su gravitación en la Universidad) en que marca, con escrupulosa exhaustividad, simpatías y diferencias, y razona y justifica unas y otras con imparcial abundancia, o en libros en que no intenta superar las ambivalencias de su actitud hacia sus temas, sino utilizarlas para iluminar todas las facetas de realidades ellas mismas contradictorias.

No solo no varía entre los escritos de Marcha, los publicados en periódicos de público más limitado y los de sus dos libros de la década de los sesenta la marcha de su pensamiento; tampoco varía la implícita exigencia a sus lectores, y aquí cabe pensar que acaso su confianza de haber encontrado un público se deba en parte a un malentendido: es probable que muchos en ese público se sentían desconcertados ante su riqueza de alusiones fugaces, de juicios nerviosamente abreviados, y la excesiva reputación de oscuridad impenetrable y caprichosidad impredecible que entonces adquirió es sin duda expresión de ese parcial desencuentro. Pero no todo era malenten-

dido: esos lectores no objetaban recibir dosis macizas de una prosa a primera vista inexpugnable, de la que brotaban breves relámpagos singularmente iluminadores. No hay duda en suma, que ellos le ofrecían la máxima integración asequible a un escritor tan poco dispuesto a acomodarse a las exigencias de cualquier público como era Real de Azúa.

Hay otro aspecto de esa relación que se presenta igualmente problemático. Muchas de las cosas que interesaban vitalmente a Real de Azúa desconcertaban a su público no porque fuesen de inabarcable complejidad, sino porque —por buena voluntad que pusiera en ello— no encontraba mucho que justificase el entusiasmo que Real de Azúa ponía en evocarlas.

Todo el refinamiento cultural de Marcha no le impedía haber adoptado una imagen implacablemente actual de la cultura: ésta era constantemente renovada, infatigables vanguardias con las que era preciso no perder contacto. Cuando este punto de vista perdió parte de su imperio, se vio desplazado primordialmente por una visión más anclada en lo político-social, pero no menos actualista, ni menos alejada de la actitud esencial de Real de Azúa.

Sólo que, sin variar en nada esa actitud esencial, Real de Azúa iba a participar de modo cada vez más apasionado en el redescubrimiento de una quemante problemática político-social, que iba a agregar urgencia al debate cultural de la década del sesenta, antes de contribuir a desencadenar otros menos incruentos. En este aspecto su avance no iba a ser en absoluto lineal. Según el breve itinerario trazado por el mismo, tras de pasar “del antitotalitarismo al tercerismo y al ruralismo” entre 1942 y 1959, la etapa de 1959 a 1965 lo orientó “hacia la izquierda y la acción autónoma”; el punto de llegada fue su adhesión a la “izquierda balanceada” entre 1965 y 1970; desde 1970 se ve como “el abogado del diablo de la izquierda y el marxismo”.

Lo más notable de esta trayectoria brevemente evocada es el contraste entre un compromiso político-práctico cada vez más pleno y una identificación cada vez más reticente con los supuestos ideológicos de las posiciones políticas a las que su acción apoyaba. A esa acción llega a través de un proceso que no puede sino ser paralelo al

de otros intelectuales de su tiempo, testigos también del agotamiento final del Uruguay batllista, pero a lo largo de todo él esa semimarginalidad —que desde el origen signa su trayectoria— no desaparece.

Es indudable que Real de Azúa comenzó por asistir con alborozo a esa victoria blanca de 1958, que ponía fin a la que era caracterizada —según él bien sabía, no muy exactamente— como una casi centuria de predominio colorado. Un Uruguay frente al cual sus sentimientos habían sido siempre dolorosamente ambiguos caía en pedazos; si su sentido histórico le aseguraba que ello no hacía posible reanudar la historia nacional como si acabara de cerrarse un irrelevante paréntesis abierto con la caída de Paysandú y la instauración de Flores en Montevideo, le era posible —y le gustaba— creer que el futuro ya no se construiría contra ese pasado más remoto, con el que se sentía más afín que con el de la etapa batllista.

¿Qué lo ligaba a ese pasado? Nos lo dice en su polémica con Carlos Rama, en que reivindica como legítima su nostalgia del Uruguay pastoril: "sociedad pastoril es simplemente el nombre histórico del mundo natural", el de un paraíso perdido, que sabe irrecuperable y no desea recuperar, pero que se enorgullece en aflorar.

Se advierten muy bien los peligros potenciales que encierra una orientación política asumida a partir de una definición en su área que se reconoce como políticamente irrelevante. Ellos se insinúan ya en la polémica contra Carlos Rama: allí Real de Azúa esgrime como argumento final contra su adversario la victoria electoral del frondizismo argentino; con ésta y la del blanco-ruralismo se identifica por igual. Ahora bien, ambas llevan al triunfo políticas muy distintas: el frondizismo favorece la industrialización y la defensa de una política exterior independiente de la tutela norteamericana; la coalición blanca encarna una neta reacción frente a los sectores urbanos, y en primer lugar los industriales, y en su elemento más dinámico —el ruralismo, por el cual Real de Azúa se sentía particularmente atraído— ofrece apoyo militante a la política de los Estados Unidos. ¿Qué tienen ambos, pues, en común? Sus reservas frente a la etapa en que fueron creados tanto la Argentina como el Uruguay modernos, reservas que se deben a razones distintas y en buena medida opuestas. Se advierten muy bien cómo adhesiones

políticas movidas por razones tan extrínsecas amenazan quitar coherencia a cualquier acción inspirada por ellas.

De ese riesgo salvó a Real de Azúa la creciente claridad de los dilemas planteados por la década del sesenta. Mientras tanto, el primer resultado de su acercamiento a la política del día fue dotar a su visión del pasado de una dimensión militante que antes había permanecido en sordina, y ahora domina —por ejemplo— su recordatorio de la caída de Paysandú al cumplirse su centenario. Pero esa manera militante de escribir historia, que acerca el tono de este escrito al de los muchos que entonces inspiraba en tantas plumas incansablemente prolíficas el revisionismo, refleja una actitud mucho más alejada de lo que parece a primera vista de ese revisionismo, que sólo lograba interesarse en el pasado proyectando anacrónicamente sobre él los dilemas del presente.

Real de Azúa advierte y rechaza lo que el procedimiento tiene de mitificador. Frente a Francisco Pintos que, tras de haber creído reconocer a la burguesía progresista entre los agiotistas de la Defensa, proclama ahora que debe ubicársela más bien en el Paraguay de López, sugiere respetuosa pero firmemente la urgencia de renunciar ese juego necesariamente perdedor de identificaciones arbitrarias. Su militancia tiene un origen opuesto; en esa hora en que el Uruguay ha perdido su forma de medio siglo y no se ha dado aún otra, el entero pasado nacional readquiere para él la apasionada inmediatez de un dilema contemporáneo.

Frente a él no renuncia a su habitual lucidez. Si hay un héroe en el escrito sobre Paysandú es el presidente Berro: sus graves insuficiencias políticas son meticulosamente inventariadas como tales, no resueltas en meras consecuencias de su superioridad moral, que lo haría poco eficaz en la lucha contra adversarios inescrupulosos. Si hay villanos, ellos son Flores y Mitre; de Flores admite de buen grado que era un hombre mucho mejor que sus acciones, para Mitre se niega a aceptar el papel de agente consciente del Brasil y Gran Bretaña, que la historiografía revisionista le asigna; a su juicio lo mueve la ambición, en sí no innoble, de reconstruir la nacionalidad rioplatense en el cuadro de las de una América española que impru-

dentamente se ha dividido y subdividido en el curso de su historia revolucionaria.

Pero su horror por el entero episodio no es por eso menos intenso. No sólo por el cruel desenlace de Paysandú, no sólo por el espectáculo de un Montevideo entregado "al candombe y el triptaje"; por esos sórdidos y cruentos caminos el Uruguay entra en la modernidad, y esto es lo que deplora sobre todo Real de Azúa. Lo deplora aunque sabe que es de todos modos inevitable, y que en esto apenas influye la discutible victoria de Flores (como nota en una página honradamente desconcertada, ninguna de las terribles consecuencias de ésta en cuanto a la situación internacional del Uruguay vino a realizarse).

Ese haz de sentimientos complejos inspira en buena medida sus actitudes frente a los dilemas del presente, aun cuando éstos se hacen más abruptos y urgentes. Es en ese sentido reveladora su briosa reseña polémica de *Masas y élites en Latinoamérica*, el reader publicado por S. M. Lipset y Aldo Solari como resultado de un simposio reunido en Montevideo en medio de viva controversia. Real de Azúa ubica sus objeciones bajo el signo del antiimperialismo, pero se advierte de inmediato que éstas se dirigen, tanto como a la dominación de los Estados Unidos, a la presentación de la sociedad y cultura norteamericanas como modelos de validez universal; es la gravitación que sobre esta actitud tiene el legado de la Ilustración, en lo que éste tiene de anti-histórico y abstractamente universalista, la que provoca una reacción curiosamente afín en espíritu a la del Thomas Mann de *Consideraciones de un apolítico* contra la cruzada democrática que estaba a punto de doblegar a su Alemania en 1918. Sólo en parte su interés por el tema puede justificarse por la voluntad de desenmascarar la función apologética de esa ideología. Otras construcciones más claramente apologéticas despiertan en él rechazos menos vivos, y algunas de ellas su inesperada (pero no incondicionada) aprobación. Es evidente que no hay razones políticas para encontrar admirable a Samuel Huntington y deplorable a Kalman Silvert (como lo demuestra la trayectoria de ambos, habría en cambio muy buenas razones para alcanzar la conclusión opuesta). La razón profunda sigue siendo el rechazo de un cierto estilo inteltec-

tual, marcado a su juicio por un progresismo apriorístico y abstracto; es en el fondo la misma que había provocado su toma de distancia frente a Carlos Rama.

La crisis latinoamericana abierta por la revolución cubana no lo impulsa, como se ve, a modificar su sistema de referencia; lo persuade más bien de que las disyuntivas irremediablemente inactuales que lo apasionan están recuperando una inesperada vigencia actual. La pasión que en una hora que todos proclaman decisiva para Latinoamérica —le incita a volver al pasado como si fuese el presente tiene —se ha sugerido ya— dos dimensiones a la vez opuestas y complementarias: una es nostálgico-elegíaca, la otra implícitamente denunciatoria. La excelencia de las dos obras históricas que publica a comienzos de la década del sesenta nace de que en ambas ha logrado admirablemente disciplinar ese ambiguo estímulo sentimental poniéndolo al servicio de reconstrucciones magistralmente matizadas y equilibradas de dos etapas de la vida uruguaya.

De esas dos obras *El patriciado uruguayo* es la más feliz, en todos los sentidos del término: esta perfecta joya de la historiografía hispanoamericana es ante todo el fruto de una afinidad profunda entre el autor y su tema: aunque está lejos de ser la "payada inteligente" a la que la reduce privadamente en carta a su sobrino Santiago Real de Azúa, y se apoya por el contrario en un material excepcionalmente rico y admirablemente controlado, se ubica bajo el signo del gozo más bien que del esfuerzo.

Pero si esa afinidad le abre el camino a una comprensión prodigiosamente segura de la realidad que estudia, ella no le impide advertir con infatigable lucidez las muchas limitaciones de ese grupo que se quiere dirigente y sólo ocasionalmente se salva de ser marginal a un territorio bravío y una sociedad fragmentada contra sí misma. Su cariño por el patriciado lo impulsa a revivir desde dentro sus limitaciones como límites que le son impuestos, y por lo tanto con una perspectiva más fecunda para el análisis histórico que la de la diatriba póstuma, tan frecuentada por historiadores y ensayistas por esos años. Ese cariño no lo arrastra nunca a las deformaciones magnificadoras o embellecedoras que son la alternativa más habitual a esas diatribas. Sobre la moralidad colectiva del grupo patricio ofrece un

balance sin ilusiones: es la que puede esperarse de quienes deben defender su autorespeto, su patrimonio, su supervivencia social misma contra acechanzas casi cotidianas; la mezcla fascinante de noble candor y criollísima malicia de algunos de sus héroes la evoca con ánimo comprensivo y compasivo; nunca la toma por lo que no es, y su escepticismo se hace zumbón frente a algunos ejemplos precoces de los "fiscales de la República", Catones aspirantes al catonato rentado, que ya aparecen ocasionalmente en esa etapa temprana.

Su escepticismo corroe también, e igualmente de modo nada militante, buena parte de las nociones aceptadas sobre el pasado uruguayo. Los caudillos y la *communio mystica* entre ellos y las masas rurales, misterio gozoso evocado entre transportes por sus admiradores póstumos, son sometidos al mismo examen sonrientemente desmitificador: las masas que se supone guiadas por instintos tan oscuros como certeros esperan de su caudillo servicios muy precisos. Y por otra parte esa masa no es todo el séquito caudillesco, y, sería difícil interpretar las relaciones —tan importantes— entre por ejemplo Rivera y el clan de los Obes como fundadas en lealtades primarias, irrazonadas y pasionales. El patriciado uruguayo se inscribe así implícitamente en contra de las versiones fuertemente dicotómicas de la historia nacional; y no sólo la que se centra en la oposición entre doctores y caudillos, sino la más reciente que la organiza alrededor de las luchas de los partidos históricos. Esas versiones no sólo centran la historia nacional en la historia política; más grave es que ofrezcan de los protagonistas de ésta una imagen a la vez simplificada y rígida que no respeta las ambigüedades de una realidad más indefinida e indiferenciada de lo que esas versiones quieren reconocer. Y a la vez más abierta a la contingencia: lejos de ofrecer el esqueleto de la historia nacional, los partidos tuvieron durante largas etapas significación muy disminuída: su desaparición, que estuvo en los votos de tantos hombres públicos en la segunda mitad del siglo, fue a juicio de Real de Azúa una posibilidad real en la etapa en que ella se dio en efecto en la Argentina. El mismo surgimiento de una nacionalidad en el Uruguay le parece colocado bajo el signo de esa contingencia hasta mucho más tarde de lo que generalmente se admite; ello le permite no sólo eludir las acrobacias interpretativas que hacen posible a algu-

nos historiadores prolongar hacia el pasado la prehistoria del sentimiento nacional uruguayo, sino registrar sobriamente el consenso patricio que por un instante rodeó a la Cisplatina.

Si se niega a ordenar la historia del siglo XIX oriental en torno a una historia política abusivamente reificada, es para rescatar no sólo la ambigüedad de la política de esa etapa, sino más aun la rica complejidad de una sociedad en proceso de autodefinición. Esta es, por detrás del patriciado, la protagonista de su libro, y también sobre ella dirige una mirada a la vez afectuosa y desmitificadora. Pero esa lucidez a la que el afecto libra de la tentación de la denuncia desfallece al evocar el ocaso del patriciado, visto como un aspecto de una catástrofe histórica. Esa noción es difícilmente justificable, y no se descubre en efecto razón válida para llorar la desaparición de un grupo social que Real de Azúa nos enseña a comprender y compadecer, pero al que nunca ha propuesto como particularmente admirable. La razón es desde luego otra: el ya evocado horror por la incomprensiva modernización de la Tierra Purpúrea, el luto por esa realización histórica del "mundo natural", vilipendiada por quienes construyeron sobre ella y contra ella el Uruguay moderno.

Sólo en la última etapa de su esfuerzo desfallece entonces la voluntad de disciplinar el afecto nostálgico que lo lleva a evocar un retazo del pasado poniéndolo al servicio de una reconstrucción históricamente válida. En *El impulso* y su freno debe disciplinar un sentimiento más poderoso y menos amable: ese ya evocado horror por la modernización, que puede proporcionarle medios de tomar distancia y ganar perspectiva frente a la experiencia batllista pero que, incontrolado, podría llevarlo a negar lo que, como admite de antemano, ella tuvo de valioso. El título, que declara describir las insanales ambigüedades del batllismo, describe quizá todavía mejor su actitud frente a éste; el impulso negador es constantemente frenado por una inquebrantable voluntad de hacer justicia a lo que el batllismo representó en la vida uruguaya. Esa doble motivación priva a esta obra de la feliz armonía de la que la precede, pero no está en la raíz del modo sesgado con que Real de Azúa encara su tema.

Más que el batllismo le interesa indagar las causas del agotamiento de la experiencia a la que dio nombre; buscar en las de su

éxito inicial las de su fracaso en plazo más extenso. El planteo muestra hasta qué punto la obra está marcada por el momento en que nació: aquél en que se hizo evidente, no sólo que el ciclo del Uruguay batllista se había cerrado para siempre, sino que el júbilo que acompañó a la victoria blanca que lo clausuró era, a pocos años de distancia, difícil de entender. Real de Azúa, que había participado de ese júbilo, comenzaba a ver la etapa batllista con sentimientos de los que por primera vez la nostalgia era un ingrediente considerable. Pero esa nostalgia está lejos de inspirarle un juicio más benévolo para la experiencia clausurada; paradójicamente viene a agregar al inventario de insuficiencias del batllismo una que las resume todas: no haber sido capaz de durar más de medio siglo.

No parece éste el mejor punto de partida para una visión históricamente válida del batllismo: si dejar su impronta sobre el más exitoso medio siglo de la historia de su país supone el fracaso de un movimiento político, la historia universal registra un número afilientemente corto de éxitos. Pero no sólo es discutible la concentración en los secretos anticipos de decrepitud que declara hallar ya en las más tempranas etapas de la trayectoria batllista; es sugestiva la frecuencia con que éstos se identifican con los rasgos que hacen difícil a Real de Azúa eliminar reticencias frente al fenómeno batllista. Estos son el espíritu faccioso, a la vez colorado y anticlerical, que redujo el que pudo ser gran proyecto de una entera nación, unificada en torno a sus metas, a empresa de una colectividad que a través de ella busca dar nueva validez a las fronteras que la aislan de sectores que se obstina en considerar irreductiblemente enemigos dentro de la sociedad y la política uruguayas.

Ahora bien, una vez más la aguda mirada de Real de Azúa no se equivoca: el espíritu faccioso, es una de las notas distintivas del batllismo. Pero cabe preguntarse si él tiene efectivamente el papel que le asigna en la curva del movimiento. Como muestra su fino análisis del contexto en que se da el anticlericalismo batllista, éste —más allá de su expresión a menudo tosca y ramplona— refleja muy bien rasgos profundos de la forma mentis nacional: un hedonismo ético y vital, apoyado en una doble confianza en el hombre y en el destino, que como horizonte espiritual Real de Azúa había encon-

trado siempre sofocante; pero si él le impedía identificarse con el batllismo, no se seguía que tuviese necesariamente el mismo efecto sobre los más entre sus compatriotas, cuya limitación de horizontes reflejaba a su juicio demasiado bien.

Del mismo modo, Real de Azúa advierte muy bien que su intransigente lealtad a la tradición colorada impidió al batllismo ganar la adhesión de mayorías decisivas; cabe al mismo tiempo preguntarse si el modo más útil de analizar históricamente este hecho indudable es deplorar que el batllismo no haya buscado definirse por encima de las tradiciones partidarias, si no hubiera sido más fructífero examinar el surgimiento del batllismo como fruto de una mutación del que fue partido del Estado, con bases numéricamente más restringidas que el adversario y relaciones con las clases propietarias marcadas por el respeto de sus recíprocas esferas de intereses, más bien que por una integración profunda. En este contexto algunos de los rasgos que no escapan a la perspicacia de Real de Azúa adquirirían más justo relieve: entre otros la presencia en el batllismo de un sentido del estado que falta en otros populismos así sean estos más decididamente autoritarios, y la presencia en él de *grands commis d'état* cuya austera ética de servicio no es menos sentida que la hedonística con la que convive contradictoriamente.

Del mismo modo la caracterización del nacionalismo batllista es a la vez exactísima y curiosamente desenfocada. Sin duda —como señala— él no se apoya en ninguna reivindicación de lo vernáculo y tradicional; la observación le sirve para marcar distancias, más bien que para preguntarse por qué en el Uruguay de esa etapa fue precisamente esa la forma de nacionalismo políticamente eficaz, mientras el tradicionalista de Luis Alberto de Herrera, libre de esas que a Real de Azúa se le aparecen como limitaciones, se acompañaba de una identificación con la potencia entonces hegemónica capaz de llegar a los extremos de lealtad cuasi-dinástica por los ocupantes del trono de Westminster que hace penosa la lectura de más de un pasaje de *La misión Ponsonby*.

Sería erróneo ver en el testimonio trabado y reticente de El impulso y su freno un signo del retorno a la condena maciza del Uruguay moderno. No es sólo que cada una de las constataciones

negativas está amonestada por correcciones y limitaciones inspiradas en la ya señalada decisión casi obsesiva de hacer justicia a una realidad hacia la cual es incapaz de acercarse más efusivamente. Aun esas constataciones negativas sirven para razonar dos reproches fundamentales: uno es que el batllismo ya no es capaz de orientar el avance histórico del Uruguay, y su desfallecimiento en ese papel ha dejado a la nación en el desamparo; el otro, que al obstinarse en su identificación con una doble tradición facciosa, le hace imposible aproximarse a él sin reticencias. Es decir, que Real de Azúa quisiera que el batllismo, sin dejar de ser batllismo, hubiese sido tal que en el Uruguay de la década del 60 pudiese seguir siendo batllista, y que él mismo pudiese serlo.

Ello revela hasta qué punto, cuando escribe *El impulso y su freno*, Real de Azúa está ya convencido de que no se trata de combatir contra un Uruguay que ha entrado en definitiva disolución, sino de evocar lo que su herencia tiene de valioso para integrarlo en un conjunto más vasto de tradiciones, cuyo auxilio era necesario para salvar la durísima crisis nacional en curso.

Si la que se daba a escala latinoamericana le había ofrecido sobre todo la esperanza de que todo volvía a ser posible, desde el comienzo iba a advertir, cuando ésta contribuyó a agudizar la de las bases mismas de un estilo de convivencia social y política que había llegado a ser una de las notas del modo de ser uruguayo, hasta qué punto su gravedad se debía a que muy poco de lo que los uruguayos habían creído posible lo seguía siendo. La conciencia de que la nación vivía una extrema emergencia lo llevó a una participación menos indirecta en la vida política, y a aceptar como precio de ella una disciplina en la acción y —hasta cierto punto— en la formulación de posiciones intelectuales que eran nuevas en él. No es que estuviese dispuesto, en homenaje a su alineación en la política del día, a ir más allá que expresar en palabras sabiamente medidas verdades muy duras que no tenía intención alguna de callar. Es más bien que a la luz de su primera experiencia política vivida como participante —sin duda muy marginal— y no como observador apasionado, son esas verdades mismas las que se modifican.

En primer lugar, porque su percepción de la seriedad de los dilemas vividos por el Uruguay lo cura del tremendismo exhibido por ejemplo en su algo truculenta evocación de Paysandú mártir. La sobriedad con que ve el presente no es sin duda nueva: es notable la diferencia de tono entre la ya demasiado mencionada conmemoración de Paysandú y el extenso estudio de la política externa del Uruguay publicado en *Marcha* en 1964, y que llega al presente más quemante. Es más notable y meritorio que esa sobriedad se acentúe precisamente cuando advierte que, ahora sí, la crisis afecta la vida nacional en sus niveles más hondos y decisivos.

En segundo término, el modo en que la crisis se desencadena lo ayuda a abandonar una vieja ilusión, que hace tiempo sospechaba quizá no fuese más que eso: la de que, en medio de las ruinas del Uruguay moderno el legado del pre-moderno bastaría para orientar a la nación que se interna en la *terra incognita* de un nuevo ciclo histórico. Ya en *El impulso y su freno* se apoyaba implícitamente en la noción de que todo el pasado nacional debía inspirar a la nación en esa hora decisiva, pero sólo podría hacerlo eficazmente si se advertía que ninguna etapa de él ofrecía ya una enseñanza literalmente aplicable al futuro. Ello lo lleva ahora a acercarse por primera vez sin reticencias al legado batllista: si antes había declarado, contra Carlos Rama, su repugnancia por “las disciplinadas huestes de la doctora Roballo”, se alegra ahora en cambio de encontrarlas en sus mismas filas.

El cambio de actitud no proviene de que ahora las encuentre necesariamente menos repulsivas, sino más bien de que ha decidido por fin aceptar que la política es el arte de lo posible, y ello no sólo en cuanto a los medios que emplea, sino también en cuanto a los fines: ya no es el terreno privilegiado en que ha de alcanzar la reconciliación, en una fórmula sabiamente balanceada, de sus contradictorias exigencias interiores.

Al descubrir por fin qué es la política no se siente sin embargo tentado a renunciar a su independencia de criterio, para buscar la guía de quienes la hacen desde más antiguo. Por el contrario, ese descubrimiento, que elimina algunas de las reticencias con las cuales se había acercado paulatinamente a los que ahora reconocía como

sus aliados, introduce también reservas nuevas. Lo que alarma a Real de Azúa en éstos es su resistencia a reconocer que el Uruguay ha entrado en una etapa de duras opciones, que impone renunciar a muchas blandas costumbres colectivas. El quisiera que los legados del entero pasado nacional se utilizasen para crear una nueva política capaz de salvar lo que de ellos merece ser salvado (un estilo de convivencia que preserve la diversidad ideológica y la solidaridad y una cierta medida de igualdad social) poniéndolo en la base de un esfuerzo colectivo que —sin eludir los sacrificios de todos modos inevitables— asegure que éstos servirán para otra cosa que perpetuar las condiciones que los han hecho necesarios.

Muchos de sus conmlitonos que se consideran —y a quienes él considera— más revolucionarios de lo que él es, no parecen en cambio imaginar siquiera la posibilidad de que ese Uruguay que está desapareciendo no esté aún escondido tras de algún recodo del camino, que él no sea el fruto de una victoria que por otra parte les parece menos improbable de lo que él mismo juzga posible esperar. Esa alarma es la que expresa (en términos sopesados con una nueva prudencia) en su ensayo de Uruguay hoy. Quizá lo alarmaría menos si pudiese creer que sus aliados, al emprender una lucha difícil, callan dudas y certezas que podrían ser desmoralizantes. Teme más bien que estos crean lo que dicen, y que a su juicio no tiene sentido. Cuando exaltan a la vez la violencia redentora y el constitucionalismo más estricto y literal, la construcción del socialismo y el culto del equilibrio presupuestario (tan descuidado en el Uruguay luego de la desaparición del presidente Cuestas), cuando se identifican con el pasado pastoril y a la vez con el Hombre Nuevo, sin imaginar siquiera la posibilidad de renunciar a un estilo de vida que es el de la sociedad de consumo, no están tratando de llevar confusión a las filas enemigas, reflejan demasiado bien la que reina en sus propios espíritus.

Su mayor sobriedad frente a la problemática política es quizá facilitada por su ingreso en la enseñanza universitaria como profesor de Ciencia Política en la facultad de Ciencias Económicas. Hasta entonces había profesado en liceos y en el Instituto Artigas historia y literatura, cuya enseñanza se adaptaba muy bien a la marcha espontánea de su pensamiento y a su modo también espontáneo de aproxima-

arse a los problemas de la sociedad y la cultura. En la ciencia política ve la oportunidad para hacer suyo un modo alternativo de aproximación a éstos. Note que nada lo hacía necesario, en Francia Jouvenel o Duverger hacen ciencia política perfectamente respetable sobre la base de recursos análogos a los que Real de Azúa poseía de antiguo: un conocimiento sólido de los clásicos del siglo XVIII y XIX y la agudeza necesaria para percibir el mundo en torno. Pero a ese ejemplo prestigioso va a preferir el de la ciencia política norteamericana, con su indigencia cultural, pobreza especulativa y abstracto empirismo, y quizá más de uno encontrará levemente irritante que —tras denunciar todo eso abundantemente— entrara a profesar a ratos viva devoción por Samuel Huntington, cuyo éxito se debe, quizá más aun que a su identificación con el orden político norteamericano, a que encarna quizá mejor que nadie esos rasgos dudosamente admirables de la tradición intelectual de su país. Ese interés por una actitud que le era radicalmente extraña surge quizá del descubrimiento de que otras a él más afines le servirían menos en el momento en que la actitud con que se ha aproximado siempre a la actividad política acaba de revelársele como radicalmente inadecuada.

Esa actitud debe ahora adaptarse a las necesidades de una disciplina que no puede ya ser estrictamente individual. No sólo la aproximación a un cierto estilo de ciencia política, sino otros estímulos externos, impulsan su estilo intelectual en la misma dirección. El Uruguay vive, en medio del cotidiano agravarse de su crisis, un efímero florecer de empresas editoriales; en ese nuevo contexto Real de Azúa va a ofrecer una serie de estudios breves, ordenados en torno a un tema más que a un problema, que tratan de combinar lo informativo con lo crítico-analítico. Es éste un esfuerzo que no es del todo nuevo en él, pero si hasta ahora había encontrado su terreno propio en el estudio literario y de historia ideológica, va a invadir el de la historia y el análisis político. A él debemos una breve historia del Uruguay, que marca sin estridencias, en un texto cuyo orden exterior refleja (por primera vez plenamente) la disciplina rigurosa del estilo intelectual de su autor, una imagen del pasado nacional alternativa a la dominante en la historiografía uruguaya; debemos también un escorzo admirablemente equilibrado de la trayectoria

de los grupos de presión en el Uruguay, pero debemos sobre todo un muy lozano Herrera, que recupera la felicidad de tono del estudio sobre el Patriciado; de nuevo Real de Azúa no olvida ni por un instante las graves limitaciones de su personaje, pero no puede evitar encontrarlo invenciblemente simpático, a través de esas limitaciones mismas.

Esa tardía experiencia de acción colectiva se cerró —es bien sabido— con una derrota para él no inesperada. Ella tuvo consecuencias personales: la más directa fue el fin de su carrera docente, que ya se le había hecho cada vez menos grata debido al clima en que debía desenvolverse. Las menos directas lo afectan con mayor dureza: resuelta la larga impasse político-social, lo que muere no son sólo las contradictorias esperanzas de aquéllos a quienes se había sumado. Muere también por fin, tras de su interminable, fiera agonía de más de una década, el Uruguay creado bajo el signo de batllismo, que había sido el marco para una existencia cotidiana marcada por algunas costumbres queridas. Culmina ahora, por ejemplo, la mutación de la ciudad, impuesta por la crisis de la sociedad urbana, que se ve intensificada por el desenlace de la crisis política. Montevideo no tiene ya un centro que es patrimonio de todas las clases; las prósperas construyen su propio espacio social al borde del mar, separado del resto por el espesor de los barrios ricos; mientras tanto, van cerrando uno tras otro los cavernosos cafés de la ciudad vieja y la nueva, que fueron la sede verdadera de la vida intelectual durante tres cuartos de siglo. El andamiaje institucional de ésta no resiste mejor los embates del cambio: es todo un estilo de convivencia intelectual el que está terminando de morir, junto con la sociedad que lo había hecho posible.

Mientras todo eso lo golpea, su salud desfalleciente se hace sentir cada día con signos que él no juzga peligrosos, pero sí monótonamente fastidiosos. Decir que lo soporta con admirable entereza es a la vez exacto y extrañamente inadecuado: su actitud no tenía nada de la estoica rigidez que la palabra evoca. Las raíces de esa actitud han de hallarse quizá en la tradición patricia; frente a una crisis total es la izquierda la que gusta de recordar a sus adversarios que el fin de un mundo no es el fin del mundo. La memoria

patricia no necesita de ese recordatorio: el que ahora vive no es el primer fin de un mundo al que asiste. Real de Azúa recordaba con vergüenza que, en la muerte de otro Uruguay para él más querido que el que ahora veía morir, su abuela Muñoz había bailado con los negros de Flores; ella quizá lo había recordado también sin orgullo, aunque por otras razones (no la Cruzada Libertadora, sino los bailarines que le eran impuestos). De todos modos, ella había sobrevivido para una vida larga y feliz, y por su parte él estaba allí para contarla. Ahora que otro Uruguay terminaba de morir y todavía otro, irreconocible, emergía de la larga tormenta, él quería sobre todo contarla, como esos testigos de un siglo XIX tan lleno de tribulaciones que nos dejaron de él una memoria tan inesperadamente apacible. Contarla a su manera, necesariamente más analítica, que la de un Isidoro de María: quería en suma entenderlo. Pero no sólo eso, también conservaba su interés en un mundo más vasto sobre el que se volcaba con la omnívora curiosidad de quien despierta de una larga obsesión.

La que pierde sobre él su imperio no es tan sólo la de la política, que en rigor se había desvanecido en el momento mismo que se volcó activamente en ella, así fuese en posición muy marginal. Su definición religiosa, sin perder quizá la posición central en su visión del mundo, la había retenido cada vez menos en sus preocupaciones más personales; paulatinamente había ido abandonando las prácticas devotas primero colocadas en el centro de una experiencia religiosa vivida dramáticamente. El cristianismo parecía trocarse cada vez más en el núcleo ordenador de una tradición en la que se siente cómodo; es cada vez menos la denuncia apasionada de su radical insuficiencia frente a la exigencia desmesurada que hace de la aspiración a la vida cristiana un compromiso a la vez irrenunciable e imposible de cumplir. Es dudoso aun que al fin de su vida haya conservado siquiera esa así redefinida posición central.

Se adivina aquí un cambio, y también una ocasión y un estímulo que es —de nuevo como cuando España le mostró la imagen precisa de la sociedad cristiana que había imprudentemente invocado— el que le ofrece el choque con una concreta realidad.

Mientras todo anuncia la crisis final de su Uruguay, Real de Azúa, profesor invitado en Columbia University, no sólo hace el descubrimiento de la sociedad de consumo, sino de una sociedad que vive una de sus revulsiones contra su herencia puritana: treinta años de paulatina revolución cultural han preparado el asalto decisivo a la noción misma de pecado original. Pero el descubrimiento dostoevskiano de que, si Dios no existe, todo está permitido no alcanza aquí ninguna resonancia demoníaca. El legado rousseauiano que tanto ha contribuido a la "fe cívica" norteamericana asegura que el hombre ha nacido bueno; una lectura extravagante de Freud lo confirma: una vez restaurado a su bondad originaria por su liberación de las trabas interiores y externas creadas por la entera historia universal, el reino del instinto será una cosa sola con el reino de la virtud.

La herencia de todo esto es un nuevo avance en la trivialización de la problemática moral y social norteamericana, que progresa enmascarado a través de ese supuesto proceso liberador; en lo inmediato éste da a la juventud "sin Marx ni Jesús" la maliciosa inocencia propia de una prolongada rabona escolar. Real de Azúa no sólo es espectador fascinado de ese episodio: es sacudido por él hasta tal punto que reconoce valor singular a la literatura celebratoria que él inspira, y que ve en la emergencia de la sociedad post-industrial una oportunidad para el retorno a los orígenes edénicos (como ese *The greening of America*, cuya pobreza no hubiera podido ocultarse a su mirada aguda si su lección no hubiese sido tan precisamente la que necesitaba en ese momento).

¿Creía ahora de veras que la culpa no tiene correlato objetivo alguno, y es sólo un síntoma sicopatológico por fortuna pasible de tratamiento? Parece adivinarse que por lo menos creyó posible alcanzar una moraleja más limitada, pero para él no menos importante: que los insolubles dilemas ético-religiosos que constituían quizá el núcleo mismo de las tensiones irresueltas en su vida como en su obra, no tenían acaso razón de ser.

Una conclusión como ésta no podía haberla alcanzado si —aunque él no lo advirtiese del todo— esos dilemas no hubiesen perdido ya para él en parte la importancia que primero les había asignado. Pero, una vez alcanzada, debía afectar aun más seriamente la posición que

reconocía al legado cristiano en la visión del mundo que caracterizó a su última etapa: si ésta era, ya visto, cada vez menos como uno solo con la experiencia interior de una exigencia desmesurada e irrealizable, y cada vez más como el núcleo de un legado tradicional con el que se identifica, ahora es dudoso que pueda ser retenido aun en ese papel todavía central, pero más modesto.

Ese cambio se puede seguir en el vasto ensayo sobre la Universidad, su experiencia reciente y sus posibilidades de futuro, que escribió sin esperanza de que viese la luz en un futuro previsible. En él indaga las razones más profundas de su insatisfacción con la experiencia universitaria que acaba de cerrarse: ellas se fincan en su imagen de la "misión de la Universidad" y su papel en la transmisión de una cultura, que es a la vez el avance de una tradición.

Aquí subraya enérgicamente que la cultura se presenta a quien primero se aproxima a ella como un puro dato externo, y que el proceso de apropiarla incluye una imprescindible primera etapa en que la legalidad interna a cada una de las creaciones culturales no es transparente a quien se propone hacerlas suyas; sólo acatando esa legalidad que comienza por aparecer irremisiblemente opaca puede alcanzarse a descubrir finalmente su secreto sentido.

He aquí una concepción explícitamente tradicionalista, en la que el eco del Eliot que le había gustado citar un cuarto de siglo antes es claramente perceptible. Pero no es que Real de Azúa trate de superar las perplejidades que nacen del derrumbe de su mundo mediante un retorno a los orígenes; la tradición que él invoca no es ya la cristiana con que Eliot se ha identificado: es claramente postcristiana en cuanto reconoce la variedad de orientaciones y aspiraciones como uno de sus rasgos ineliminables y por otra parte legítimos. Al mismo tiempo, la memoria de pasadas experiencias lo lleva a subrayar —acaso más vigorosamente que Eliot— la legitimidad, también de las "experiencias de despersonalización y contemplación identificadora", que abren el acceso a "la más alta felicidad". Pero esa inclusión en la tradición con que se identifica de la vena mística integrada en el legado cristiano subraya paradójicamente la distancia que ha tomado ya frente a éste: lo que defiende, en efecto, es, más que una imagen de lo real, un cierto modo de experiencia

que declara valioso, y que —puesto que lo es— debe ser preservado junto con otros que también lo son.

La lección que ha aprendido a través de una experiencia de duros desgarramientos es —como se ve— curiosamente cercana a la que Rodó extrajo de esa tibieza de temple que en él había denunciado: en ese legado tradicional se incorpora también un elemento con él irreductible, como lo es la aspiración a trascender la entera experiencia mundana de la que esa tradición es parte. Esa reconciliación de lo inconciliable refleja sin duda una serenidad duramente ganada, pero a la vez despoja al mundo de Real de Azúa del que había sido su núcleo dinámico a fuerza de ser contradictorio. Expulsado del centro de sus obsesiones íntimas y ahora del centro de una tradición cuyo rasgo fundamental es carecer de todo centro; de avanzar como un haz de corrientes íntimamente entrelazadas y a la vez separadas por insolubles tensiones, el legado cristiano no puede ofrecer ya, ni el nexo entre su problemática más personal y su reverente curiosidad por el mundo exterior, ni un implícito criterio ordenador de la infinita riqueza de este último.

Y sus escritos más tardíos van a reflejar sobre todo la ausencia de este último, que le había permitido la más extrema libertad para trazar el itinerario de sus exploraciones. Puesto que esta era ya imposible, le es necesario adoptar un estilo de indagación y presentación más sistemático; el modelo para éste lo encuentra en las disciplinas que han tomado por tarea estudiar sistemáticamente los temas por él frecuentados: cree desde ahora vedadas las excursiones antes tan libres en las fronteras entre los territorios de la ciencia política, la histórica o la literaria, y el contraste con el paso más vivo y la marcha aparentemente más caprichosa de sus escritos anteriores es lo primero que salta a la vista.

Como en casos anteriores, esa evolución, dictada por necesidades interiores, es facilitada por cambios en sus circunstancias. El ensayo y la polémica los había cultivado en el marco de una relación con el público que no había sobrevivido a la crisis de su Uruguay. Sin duda aun luego de ella iba a reunir en *Historia visible e historia esotérica* algunos de esos textos, que superan airoso el compromiso implícito en la publicación en libro, pero hubieran sido

indudablemente distintos si hubiesen sido escritos con ese destino. Los que ahora escribe verán la luz en publicaciones más especializadas y profesionales, no ignora que los más extensos corren riesgo de permanecer inéditos por largo tiempo, debido entre otras cosas a la disminuída actividad de la industria editorial uruguaya.

En estos escritos tardíos renueva más bien el estilo de aproximación a temas y problemas que el elenco de éstos. El más extenso de los consagrados a temas de ciencia política, *El clivaje mundial centro-periferia (1500-1900) y las áreas exceptuadas (para una comparación con el caso latinoamericano)*, aborda uno cuya importancia había anotado al pasar en su conmemoración de Paysandú. La pregunta es por qué el Japón y por su parte Estados Unidos y los Dominions blancos, incorporados primero a la periferia del mundo capitalista, escaparon a esa condición periférica sin salir de la esfera capitalista, y por qué Hispanoamérica no lo logró. La marcha de la exploración es algo titubeante: decidido a acatar la metodología de la ciencia política, Real de Azúa no parece muy seguro de dominarla; ello hace que no siempre subraye con la nitidez necesaria las conclusiones que ha alcanzado, y prefiera presentarlas con modestia infundada como sugerencias para futuras exploraciones.

Una de las que así anuncia fructifica en el artículo que publica la revista de la CEPAL sobre la dimensión del estado-nación y el estilo de desarrollo constructivo. También aquí retoma una vieja preocupación: en más de uno de sus escritos se revelaba hasta qué punto se había resignado mal a la frustración de destinos históricos alternativos que hubiesen podido deparar a su Montevideo un contorno nacional más vasto que el Uruguay de 1830. Pero ahora se vuelve sobre todo al presente: tras de una introducción que rastrea el tema de la dimensión del estado desde Aristóteles hasta Tocqueville, ofrece un examen ceñido de las facilidades que un país pequeño de territorio y de población homogénea, acotado por vecinos más grandes, ofrece a un "estilo de desarrollo constreñido" (caracterizado por una minuciosa desmovilización política, social y económica y un muy lento progreso económico). Concluye que un orden así caracterizado puede implantarse establemente, ya que no genera fuerzas capaces de desafiarlo con éxito. En tono sobrio y neutro,

expresa así la convicción de que ese Uruguay irreconocible que acaba de emerger de la crisis le ofrecerá el marco para lo que le quede por vivir.

Por oposición a ese presente que anuncia un largo futuro, el entero pasado nacional se le presenta dotado de una homogeneidad nueva. Si, al ver avanzar la crisis, había proclamado la necesidad de reconciliar los legados de la Tierra Purpúrea y el Uruguay batllista, esa tarea se le aparece como cada vez menos problemática, ya que ambos, vistos retrospectivamente, son menos antitéticos de lo que le habían aparecido. La nostalgia del Uruguay premoderno se integra en la de la civilización liberal, cuyos blandos encantos había solido apreciar menos, y que ahora ve dominando con sus prestigios todo el pasado nacional, aun en medio de la dureza a ratos salvaje de la lucha facciosa.

La ausencia de esa dicotomía entre tradicionalismo y apertura al futuro, en que había reconocido una de las claves de la historia nacional, es un rasgo negativo pero esencial del punto de vista reflejado en otro vasto manuscrito, en que explora los orígenes del sentimiento nacional en el Uruguay, en fiera polémica contra quienes declaran descubrir su presencia en fechas muy anteriores a 1828. La hostilidad contra el uso de la historia como materia prima de mitos patrióticos se extrema contra quienes —dominando los requisitos artesanales de la reconstrucción histórica— traicionan deliberadamente su espíritu. ¿Algo más que la defensa de la honradez histórica científica ha inspirado este torrencial esfuerzo erudito? Real de Azúa probablemente opinaría que no: que el intelectual busca la verdad le parecía a la vez un principio moral y un dato irrecusable de su experiencia; ver a algunos desertar de esa búsqueda era para él un espectáculo intolerable, y expresar tan extensamente como era necesario hasta qué punto lo era podría parecerle justificación suficiente de cualquier empresa.

Pero no cabe duda de que cuando emprende esa exploración tan vasta del problema de los orígenes de la nacionalidad uruguaya, su modo de ver la dimensión problemática implícita en la existencia misma de esa nacionalidad ha sufrido un cambio quizá decisivo.

No comienza ahora a subrayar hasta qué punto el surgimiento de una nacionalidad separada en el territorio uruguayo fue un hecho contingente; su disidencia con la visión esencialista que domina en este aspecto a la historiografía nacional no es tampoco nueva. Pero, aunque contingente, el surgimiento de esa nacionalidad se le había aparecido siempre como intrínsecamente valioso: era una cosa sola con la definición de un peculiar estilo de convivencia en que se reflejaba la coincidencia en un implícito y original sistema de valores; su propia relación con éste, desde el comienzo ambigua, había sido uno de los aspectos esenciales de su auto-definición. Ahora la vigencia de todo eso había caducado y ello obligaba a redefinir su relación con una historia de la que se sabía criatura y parte, pero cuyo sentido era transformado por un desenlace que imponía a la nación una nueva figura. La desazón frente al descubrimiento de que en el estilo nacional de los uruguayos había aun más elementos contingentes de lo que había adivinado, contribuye quizá a agregar acritud a su discusión de una historiografía que sigue imperturbablemente practicando sus ritos celebratorios en medio de las ruinas.

Si en historia o en ciencia política estos escritos de su última etapa reflejan un esfuerzo disciplinado de adaptación a un estilo intelectual que no le es todavía propio, ese esfuerzo es desde luego innecesario en los de tema literario-cultural. Aquí el desvanecerse del núcleo obsesivo que había subterfugado su obra previa, o bien no se refleja en escritos que continúan en la línea de otros mucho más tempranos, y ya excepcionalmente libres de su imperio (como el ya mencionado *El modernismo y las ideologías*), o bien se traduce en la conquista de una serenidad opuesta al paso nervioso tan característico de aquéllos.

Es ésta la que confiere al prólogo de Ariel en su edición de Rodó para la "Biblioteca Ayacucho" su inmediata justeza de tono, y una suerte de ingrátida armonía a la que sólo se había acercado en *El Patriado uruguayo*, sin alcanzarla ni aun allí plenamente. Ese breve escrito ubica para nosotros a Ariel en el contexto justo de un género hoy olvidado, vuelve a explorar las dudas y la originalidad de Rodó, examina lo que en él hay de derivativo y nuevo en el marco de una imagen global de su personalidad, y hace todo eso con sabia

economía de recursos y una constante, infaliblemente feliz seguridad de toque.

Esa serenidad, nacida de un temple de alma en que la melancolía se parece a una sombra de la felicidad, corresponde muy bien a una etapa final signada por el disiparse de las esperanzas que, en cuanto a sí mismo y en cuanto al mundo, habían agregado tensión a su vida: podía por fin aceptarse, y también aceptar su condición de sobreviviente de un mundo que sólo ahora advertía hasta qué punto había sido el suyo.

Esto es sin duda verdad, pero es sólo parte de la verdad: basta recordar al Carlos Real de Azúa de esa última etapa, tan inagotablemente curioso de realidades como siempre, tan chispeantemente malicioso como siempre, para advertir hasta qué punto este rastreo de una trayectoria vital e intelectual, desde la radical insatisfacción consigo mismo y el mundo hasta la crepuscular serenidad de la aceptación de ambos, no agota el sentido de su vida y su obra.

Al principio como al final, la obra, llena de la alegría de la exploración, sugiere algo que el conocimiento personal confirmaba: que esa vida que avanza monótonamente en angosto teatro, y tras de cuya rutinaria monotonía se adivinan devastadoras tormentas interiores, no estuvo sin embargo colocada bajo el signo de la infelicidad. Junto con los desgarradores dilemas del intelectual que vive con despiadada intensidad sus dramas y a la vez los de su siglo, reconocemos aquí una capacidad para construirse una vida, en medio de la tormenta primero interior y luego externa que era quizá el secreto último de un cierto estilo patricio y criollo del ochocientos, el secreto que Hudson exploró en *La Tierra Purpúrea*: como en esos héroes de una historia de sangre que paradójicamente tolera los tonos del idilio, en Carlos Real de Azúa un desamparado candor se combinaba con una maliciosa sabiduría, una invencible fragilidad con una negativa tan discreta como obstinada a dejarse destruir por ella, para hacer posible ese milagro de energía indomable y sonriente que le permitió, al borde mismo de la muerte, conservar intacta la ávida curiosidad por un mundo que había sido hasta el fin tan duro con él.

SOBRE EL PRESENTE VOLUMEN

Una selección de escritos de un autor de la índole de Real de Azúa es necesariamente problemática, ya que son varios los criterios alternativos, todos ellos legítimos, que podrían aplicarse.

Aquí se ha buscado seguir la trayectoria de su obra a través de escritos que, a más de valiosos en sí mismos, son representativos de etapas y modalidades de ésta. Se han excluido los publicados en libro, excepto pasajes de *España de cerca y de lejos*, agotado desde hace décadas, y —dado el tema— de poco probable reedición, y del largo estudio bibliográfico sobre *Masas y élites en América Latina*, incluido en un volumen colectivo también agotado y también de interés ocasional.

La recolección de materiales y de datos sobre la vida y obra de Real de Azúa no hubiese sido posible sin la colaboración generosa e inteligente de muchas personas. Quiero mencionar en particular a Lisa Block de Behar, a quien debo una bibliografía de sus publicaciones en periódicos y revistas, una entrevista a Olivia Lira, la empleada de la familia Real de Azúa y luego de Carlos, muy útil para completar el perfil biográfico de nuestro autor, y todavía materiales bibliográficos e ilustrativos de gran valor. Y a Santiago Real de Azúa, su sobrino, que me comunicó parte de su correspondencia de años recientes y algunos textos de esa misma etapa. Y a Juan Oddone y Angel Rama, que me hicieron llegar fotocopias de otro material publicado por Real de Azúa en periódicos, y recogido por ellos en bibliotecas de Washington y la ciudad de México. A todos ellos, mi más vivo agradecimiento. Quiero igualmente agradecer a la Hoover Institution de Stanford (California), en cuya biblioteca se conserva la colección de *Marcha* cuya consulta me ha sido preciosa para organizar la presente selección.

DE "ESPAÑA DE CERCA Y DE LEJOS"

"La predilecta de Cristo"

I

Desde la amplia vía libre que les abrieron Núñez Reigada y los otros teólogos, la guerra civil - internacional española fue, para los franquistas, "guerra santa".

Ya se tomara la "santidad" en un sentido de santidad "subjetiva" o "teleológica" (no era "santa" la sociedad que se defendía, pero eran "santas" las intenciones, "santa" la sociedad que se quería instaurar); ya en el sentido de una santidad nuclear, central, aunque batida (conceptos de persona humana, justicia, familia y fe) en el seno de una sociedad pecadora y laicizada; ya en el difícilmente aceptado, de una santidad total de las estructuras temporales, el denominador de esta argumentación de tipo religioso no admitía excepción alguna.

Victoriosos en 1939, los sostenedores de la "guerra santa" tenían que comprender, si aspiraban a que su criatura tuviera eficacia, prestigio, pretensiones de validez permanente, la urgencia de empeñarse, una vez en la rutina y posibilidades de la pacificación, en construir algo semejante a lo prometido. Había que crear una paz santa; una nación totalmente informada de las esencias de la Cristiandad; una sociedad regulada por los valores de Justicia y Caridad.

Como punto de partida de este intento, el Estado español se declaró un Estado Católico. Es el único adjetivo, junto al de totalitario, que le cuadra sin duda alguna; el único adjetivo de un sustantivo tan dudoso, como es esto de que España tenga un Estado.

Ahora, al Estado católico le cabe naturalmente un fin: cristianizar. ¿Se cristianiza positivamente en España? ¿Cómo se cristianiza? ¿Qué sello lleva esta tarea?

Para verlo, es necesario considerar antes, las características del catolicismo español.

Buen momento para hacerlo, para indagarlo. Barrido por el sacudimiento feroz de la guerra y la revolución, todo lo que podría ser adjetivo, adherencia, resabio, está desnudo lo esencial, como tal vez nunca lo estuvo.

Porque cabe hablar de un catolicismo español. Dentro de la universalidad de la fe religiosa, cada pueblo da su acento íntimo y peculiar. Dentro de una misma confesión positiva, no actúan en forma idéntica un inglés, un español, un francés, un argentino. Desde lo cotidiano a lo eterno, nada se esconde a la impronta de una patria.

En un examen medianamente atento, nos parecen indiscutibles en el catolicismo español, los siguientes rasgos:

1. Una actitud "confiada" de vinculación entre lo espiritual y lo temporal. Lo religioso ha corrido siempre en él, con una suerte de impregnación familiar; ha entrado en los cauces de la vida menuda. Perpetuamente mezclado con las cosas del orden secular, esta alianza nunca ha sido demasiado limpia, ni demasiado cuidadosa de las esencias sacramentales. Un amor de "proximidad", inmanentiza a la Iglesia española con todo lo terreno.

2. Esta confusión, históricamente prolongada, fragua en una identificación que es toda la historia de España: la de Hispanidad y Catolicismo. Nace de la concepción de la "gesta Dei per Hispania". Ser español, significa ser católico; la actitud personal o colectiva poco importa y significa. Por pertenencia automática a la comunidad nacional, se disfruta de esta segunda calidad, que ni trae riesgos ni implica compromisos.

3. Es la defensa temporal, con medios temporales, coactivos, armados, de la Fe y sus verdades; un dominante desprecio de los medios caritativos, en su acepción normal. Ni la Cruzada, ni la Inquisición, ni la Guerra Santa son ideas españolas. Pero es evidente, que España las ha utilizado, esgrimido y encarnado, más abundantemente que pueblo alguno ¹.

4. Una fe más voluntaria y pasional que intelectual. España es el país de la Mística y de la Teología; de San Juan y de Santa Te-

resa, de Suárez y de Molina. Pero desde la extinción de las grandes voces de la escolástica y la oración, en contradicción con el esplendoroso renacimiento católico de Francia, el catolicismo español ha quedado estancado en una mediocridad de pensamiento, de la que representantes aislados, como Balmes, como Menéndez Pelayo, como Arintero, como Bergamín, no han sido capaces de sacarlo. Suficiencia de apologética barata; mal gusto y retórica de sermón gerundiano; orfandad de comprensión, de delicadeza, de perdón, de cordialidad, son, desde hace tiempo, el tono más habitual de la predicación y la polémica.

5. Como contrapeso de esta deficiencia intelectual, una religiosidad de Fe sobreabundante. Hay una visión católica del Mundo y de las Postrimerías; del Pecado y de la Gracia, de la Caída y de la Redención, que encontramos infinitas veces en las zonas más extrañas, y en las mentes más distantes.

6. Un tipo de creencia confiada en la salvación, enemiga de la casuística, de los retorcimientos y de los "cas de conciencia"; enemiga, sobre todo, de cualquier moral estrecha, rígida, exigente.

7. Una evidente impotencia para disociar a la Iglesia de las fuerzas del privilegio y de la desigualdad social. Esta tarea, heroicamente intentada y en victoriosa realización, por las mejores energías religiosas de todo el mundo, está aún en España, y con mucho optimismo, en sus primeros vagidos.

Frente al real o verbal radicalismo del "sindicalismo vertical" falangista, la "sociología cristiana"² no ha abandonado aún su argumentación benéfico, paternalista, calculadora³. Leíamos con asombro, en una pared de Vigo, en 1942: "Patrones, si queréis que vuestras industrias prosperen, enviad a vuestros obreros a la Santa Cruzada"!!!

II

Todos estos rasgos, que tan suscitadamente hemos enumerado, pagan su exageración en defectos gravísimos, que son los que configuran a la postre, a la Cristiandad española.

La identificación de estructuras sacro-temporales viola, tantas veces, el deslinde de lo temporal y lo espiritual que el mundo gana trabajosamente desde la "polis" griega.

No entendemos, naturalmente, aquí, un deslinde a lo liberal, en el que la religión se convierta en el coto privado de la conciencia, sin irradiación ordenadora sobre las relaciones humanas y la colectividad civil; nos referimos a este otro, que parece ser la gloria y la conquista de nuestro tiempo, en el que el Espíritu gana primero en pureza limpia, en despegado desinterés, en austero vuelo, para volcar después sobre el "siglo", su dulzura y su verdad.

De esta inextricable trabazón hispánica del cielo y de la tierra, de la gracia y del pecado, salieron Lope y el auto sacramental, salió el realismo cotidiano y caliente de la escultura polícroma. ¿Qué sale hoy, en cambio? La "Marcha Real" en la Eucaristía, la ropilla del torero convertida en falda de la Virgen, la paganía de las procesiones. Todo un vicioso pintoresquismo, todo un esteticismo desmoralizador, que está trabando en el catolicismo español, la faena impositergable de inteligencia y santidad.

Porque no se trata solo de que lo espiritual, corporizado en la Iglesia, se haga presente en la sociedad. Es necesario que esta encarnación sea para ganancia del Espíritu, y no para lastre de la palabra de Dios. Decíamos sociedad, y decimos amor y hasta matrimonio, entre lo que es eterno y lo que es del tiempo, pero para espiritualizar y trascender éste; no para que las potencias de la tierra y el mal triunfen y caricaturicen la libertad y la verdad del espíritu.

Este parece ser el sino trágico de la Iglesia española. Destilar muy pocas esencias. Confundirse demasiado con lo que es ella. Cubrir demasiadas mercaderías. Y sufrir las consecuencias.

Es entonces que una organización externa, inmovilizada, oficial, de lo religioso, se difunde, hoy como ayer, en la vida pública. La religión está presente en todas partes, y todo lo consagra, lo ratifica y lo bendice. El que se guiara por estas apariencias, caería en la trampa del Estado Cristiano. Pero esta presencia se ve falsificada, frustrada, por un aflojamiento de la tensión religiosa de las almas. La Cruz deja de ser motivo, y se hace adorno. Cristo-Rey es Rey, sin duda. Pero en muchos corazones, a veces reina y no gobierna.

En esta línea de observaciones, no se trata aquí de discutir la contribución de España a la Fe. Con este su estilo peculiar, con ese lastre de su fondo de nihilismo y orgullo senequista, que haya puesto en el tono de sus empresas, es apenas cotizable en medida carnal, la evangelización de un mundo, la Escolástica, la Mística, las Ordenes, el siglo XVI y XVII enteros.

Pero toda esta misión y esta obra exigían continuidad creadora. La complacencia tradicionalista no le sirve de custodia y vida. La identidad de Hispanidad y catolicismo era y es falsa. Ni aún en una acepción contingente y pragmática, la Fe es identificable con ninguna fórmula histórica. Pero mismo, si una relación de servicio, de paralelismo, de inspiración, fue pasajera y aceptable, esta relación dejó de ser válida, cuando advinieron a la historia del país, generaciones en las que todo fervor desfalleció.

El cuento y el recuento de todo esto es largo, pero lo cierto es, que el hombre cristiano español descansa demasiado en los servicios prestados por España a la Fe, en el pasado, para preocuparse algo de prestárselos él mismo. Una segunda y suplementaria comunión de los santos, de sello, cuño y límites nacionales, parece ganarle bienes. Y si no se los gana, no le falta al español medio, la ciega convicción de que ello suceda.

El empleo de medios temporales al servicio de lo espiritual, tiene un tremendo peligro: su eficacia. Su aparente, mentida eficacia. La trágica paradoja es la de que el ambiente puede hacerse bautizado, el aire vestirse de Gracia, y las almas quedar más encharcadas que nunca o siempre, en el secreto frenesí de la indiferencia y del pecado.

Porque aquel dócil, ingenuo y maravilloso hombre del siglo XII, de los siglos medios, aquellos auténticos cristianos, tantas veces cristianizados por el prestigio del carismas, el temor y la espada, parecen no darse ya más. En el hombre moderno, todo recelo, ironía, desconfianza, indocilidad y sarcasmo, los medios del poder resultan cada vez más inútiles en su labor moralizante. Fácilmente, su empleo inmoderado o torpe, se convierte en el escándalo de la crueldad apostólica. La hipocresía religiosa, tremenda máscara universal de un

nihilismo cada vez más hondo, aflora en todas las caras, dibuja todos los gestos, mueve todas las genuflexiones.

¡Cuántas comuniones sacrílegas en las cárceles, en los congresos políticos, en las reuniones sindicales!

Dijimos crueldad apostólica. Porque del pensamiento de que es más escandalosa y clamante un alma que se pierde, una conciencia encenagada en el error, que el sufrimiento del cuerpo y la dádica de la sangre; del valor absoluto y sin par de una persona espiritual, sobre las cosas del mundo, y con todo ello la legitimidad cohonestada, de un sacudimiento depurador y cilicial; ¡qué fácilmente se cae en esta crueldad apostólica e inquisitorial, de triste tradición!

Porque la Caridad es la que entonces sufre. La virtud teologal más postergada en la España de ayer y de hoy. Hay mucha saña agresiva, mucho seco corazón, entre los que tienen la misión taxativa de poner bálsamo, de suscitar dulzura.

Un alto jerarca de la Acción Católica nos relataba el presente del doloroso caso del catolicismo vasco. Este pueblo, acrisoladamente puro, sano, intrépido; este pueblo, el más cristiano de España, uno de los mejores del mundo, se ha sentido, junto a la persecución cruel y estúpida que padece, abandonado por su Iglesia. El catolicismo español parece querer secundar, pasivamente, las sanciones del poder, y, para esto segrega, como un miembro podrido, al sector más preclaro de sus hijos. El fervor se enfría, y día a día se cava una separación más honda, entre estas masas admirables y su fe tradicional y hondísima.

En 1941, el inteligente obispo de Madrid - Alcalá, tuvo que hacer una advertencia a los capellanes de las prisiones. Esta advertencia consistía en recordarles que su función no imponía un agravar la dureza de la represión legal, no era la de un acentuar con terrores infernales, la persecución y el dolor del preso. No les tocaba ser un suplemento del carcelero.

Y éste no es un episodio aislado. Es la anécdota de un rasgo general.

De igual manera, no puede negarse que toda esta riqueza imaginativa y pasional de la manera española de entender lo cristiano, se hipoteca por la falta absoluta de una apologética intelectual que la

complemente. No por repetido, deja de ser grave el hecho de que España no produzca ningún gran poeta, ningún gran dramaturgo o novelista católicos desde el siglo de Oro. Ni un Thompson, ni un Blake, ni un Coventry Patmore, ni un Chesterton, ni un Belloc, ni un Baring, ni un T. S. Eliot. Ni un Claudel, ni un Bernanos, ni un Mauriac, ni un Jammes. Porque es indudable que no podemos calificar de grandes, la laboriosa y meritoria poesía de Pemán, o las fuertes novelas de Pereda, equiparable a un honesto René Bazin montañés. Unamuno fue una cumbre demasiado aislada, y en los filos de la heterodoxia para ser aquí síntoma de nada. La dispersión, por la discordia y la catástrofe, del grupo de "Cruz y Raya", reunido por José Bergamín, fue una desgracia sin medida para la catolicidad de España.

La Primacía de la Fe, la concepción de la Fe como un carisma nacional, se refleja en la desviación hacia una creencia sin obras; la visión católica del mundo y del pecado se expresa, preferentemente, en una complacencia en el pecado mismo y en su práctica.

Tal el ejemplo ilustre y famosísimo de Lope de Vega. Tal la variación final, que el genio español le imprime a la leyenda de Don Juan, al hacerle, ya sobre el estribo, creer y salvarse.

Porque una confianza exagerada en la salvación, (sólo en España pudo escribirse "En Condenado por Desconfiado"), configura una alienación tan acentuada de una auténtica vivencia cristiana, que hace que la fe se convierta en poco más que un pósterio principio rector, en una última y final contricción. Estamos ante unos hombres llevados alternativamente al goce orgiástico de las cosas, alternativamente arrastrados a una austeridad adusta y triste. Se pasa de la ceguera ante la hermosura del mundo, al desprecio de la continencia y de la santa pobreza.

III

El rasgo central de esta situación, resulta de la tendencia, incontrolada hoy, como en el siglo XVI, de hacer reinar a Cristo en la vida pública por medios coactivos, con las consecuencias desgraciadas de un paramentalismo espectacular y nominalista, que se

contenta, externa y superficialmente, con la presencia material del clero y con un repertorio todo, de gestos sin vida. Domina un método de cristianización por la Ley; una Ley esgrimida sin prudencia ni caridad. (Es, por ej., elocuente, el resultado de la derogación, con efecto retroactivo, del divorcio).

Esta disposición y otras semejantes, de efecto contraproducente casi siempre al deseado, han causado tragedias íntimas que difícilmente se olvidarán. Y si no las causan, se convierten en la hipocresía de instrumentos jurídicos sin vida y que, como la famosa ley de persecución al adulterio, se utilizan al azar de la regulación más política y arbitraria; gladios que cuelgan sobre muchos, pero que sobre muy pocos se dejan caer.

El control de la Iglesia se ejerce en especial a través del grupo tradicionalista, que rige al Ministerio de Justicia y Culto, pero además domina toda la existencia pública. Sobre la Educación Nacional, la influencia decisiva es la de la "Asociación de Padres de Familia", que ha significado, en algunos episodios, un verdadero factor de barbarización cultural.

Cuidando sus grupos fieles, tampoco descuida la Jerarquía, la mejor contemporización con la Falange. El Cardenal-Arzbispo de Toledo, Monseñor Plá y Deniel, se fotografía en el día de la consagración, con el brazo en alto. Un prelado se preguntaba hace poco en una conferencia: "sentido ascético y militar; sacrificio y servicio, ¿qué son, sino catolicismo?" Sería muy fácil analizar la peligrosa ambigüedad moral de estos términos: demostrar que, para ser cristiana, faltan en la fórmula Libertad, Amor, Esperanza, Caridad, Justicia, Inteligencia y Fe sustancial.

Las opiniones más extremas de la Falange, califican como "una victoria cedista y clerical", la ley de Enseñanza Media, aprobada durante la guerra, y que pone prácticamente en manos de las Ordenes religiosas, la educación de la adolescencia. Argumentan que la formación política se resiente —a Dios gracias—, y que en el examen final y único (establecido en esta ley, como en tantas otras, contra el antipedagógico examen anual) el alumnado proveniente de los institutos particulares, escolla totalmente.

Uno de los redactores, nos hacía notar la característica extraña y original de este instrumento legislativo, elaborado en pleno período totalitario y que tiene, puesto que no sólo las Ordenes religiosas pueden enseñar, un evidente sentido societario y antiestatal. En "ultima ratio", la causa práctica de esta disposición, residió en el hecho de que eran las Ordenes religiosas las únicas que podían atender inmediatamente a la labor enseñante, desorganizada por la guerra.

Llevan también el sello de la intervención eclesiástica, las innumerables formas de la censura cinematográfica, vestimentaria y editorial.

En todas partes se mezclan curiosamente, una velada inmoralidad y una exigente e imperativa pudibundez pública.

Las reacciones que esta situación suscita, se plantean en forma harto compleja. Porque, por una parte, se siente vivamente que la Iglesia española, en cuanto sector de la Iglesia universal, puede cumplir allá, como en toda Europa ha cumplido, la misión de tener en jaque a los valores del mundo totalitario. Al afirmar la sustantividad de la persona, de la familia, la catolicidad (universalista, literal), la paz, la justicia y la libertad, el carácter absoluto de los valores morales, el tesoro occidental de la cultura, y la comunidad internacional, lo haga la Iglesia bien, mal, o regular, cumple hoy su mejor tarea.

Por las insinuaciones de esta actitud, como es dable imaginárselo, la Iglesia en España recibe ataques y obtiene adhesiones. Ciertamente el sector de la Falange no se lo perdona.

Pero su intervención, ni demasiado hábil, ni demasiado prudente, en la dirección del Estado, provoca reacciones muy vivas. Paradójicamente, también es popular, pasible de éxito —y verdadera—, una política que tienda a ponerle vallas a esta ingerencia estrictamente "clerical".

Si evidentes las formas de intervención eclesiástica, la posición de las minorías actuantes del catolicismo frente al Estado y a la política es —en el reverso—, poco clara.

Pareció preferir la Iglesia el "statu quo" franquista a una irrupción de la Falange extrema, con su crudo sabor totalitario. Al tiempo, que por una parte, se levantan críticas y suspicacias frente a la tan dudosa catolicidad de la Falange, de los sectores más auténticos de

ésta, corre el clamor de que el partido está siendo "copado" por la influencia clerical, a la que se atribuyen los excesos de la censura en materia moral, la desnaturalización del sentido social y la posición tibia hacia Alemania (a pesar de lo representativa que pudiera ser en esto, la posición de un Laín Entralgo y otros).

En el otro extremo de la gama, tampoco parece sentir la Iglesia gran atracción por la solución monárquica. Le aleja de ella, el sentido regalista que ésta tiene, y el sospechoso tufillo escéptico y liberal, que grandes núcleos del realismo, especialmente del alfonsino, han tenido siempre en España.

Salvo para aquellos que sienten que la humilde aceptación de ser perseguida, puede ser para la Iglesia, en ciertos momentos excepcionales, la única salida honorable; para todo el resto, República y Demonio, son términos sinónimos.

La Hispanidad. América de hielo a hielo.

A la necesidad de reconstruir una civilización en el Espíritu, la "hispanidad" proporciona la receta de la modalidad española del catolicismo.

Las características de ésta, ya la hemos visto⁴: inmersión "de compromiso" en lo terreno; servicio militar - temporal de los valores religiosos; deficiencias de refracción evangélica, de rigor y de fineza intelectual. Y ellas nos explican por qué los matices más valiosos de la nueva Cristiandad mundial y europea, quedan fuera de este temperamento. Es la noción del "pobre", tan pronta, tan trágicamente aguda en todo el catolicismo francés, desde Leon Bloy hasta George Bernanos. Es su corolario, su faz transitiva: una posición abiertamente revolucionaria en lo social: "el orden divino de la Justicia —decía Bergamín— es el orden humano de la Revolución". Es todo el admirable movimiento de los "jocismos" francés y centro-europeo. Es el drama del alma del hombre, enfeudada a los poderes económicos que en forma tan magistral desarrolla el pensamiento cristiano francés desde Charles Peguy hasta Pierre Henri Simon. Es el valor de la persona y su más digna ubicación, en Emmanuel Mounier, en Daniel Rops, en Gabriel Marcel. Es un nuevo sentido de la liturgia, desde Huysmans hasta Guardini. Es el esfuerzo magistral de Chesterton para reacerar a la sensibilidad contemporánea, una religiosidad reconciliada con la alegría y la belleza y la dignidad del mundo y de las cosas. Es la tendencia incoercible a usar las energías religiosas, no para un simple montar guardia al ultramundo, que en la transformación progresiva de nuestro contorno humano, en una terrestre "encarnación". Es el esfuerzo, tan admirable en Maritain, por construir, alejándolo de cierta accidentalidad medioevalista que lo hipoteca, un pensamiento cristiano sobre las realistas circunstancias político-sociales y psicológicas de nuestra hora. Es la reintegración de lo religioso a su conmovedora raíz etimológica,

a un "religar", a un acercar cuerpos y almas, a un cuajar en comunidades, a un hacerse coro y coral.

Todo esto se pierde, pero hay algo más.

¿Es posible, hasta para las más extremas esperanzas ortodoxas, darle "hic et nunc" a América, una espiritualidad católica?, ¿construir para el continente un orden espiritual provisional, en torno a una fórmula literalmente romana?

Nada de sincretismos, naturalmente. Nadie iría a extremar, a gravar el americanismo, adosándole una nueva religión continental. Cabe en cambio (la respuesta negativa a la primera pregunta nos parece obvia a una visión lúcida de la realidad religiosa y cultural de América), un acuerdo mínimo en torno a afirmaciones comunes, de todos los grupos religiosos, de todos los núcleos de energía espiritual del continente.

Mirados en la perspectiva, una natural perspectiva generosa, toda su actividad parece dinamizada hacia una meta común e inviolable. Hay en el tránsito diverso a sus dialécticas finales, una compartida etapa intermedia, que es necesario clarificar, ensanchar, enervar. Residen en ella, la supervivencia de los valores evangélicos, el quillate real de la persona humana: intimidad, trascendencia, libertad, servicio; el desprecio de todo medio maquiavélico; el desdén de todo agotamiento pragmatista, de todo maquinismo deshumanizador. Residen en ella una restauración de las raíces "religiosas" y cósmicas del hombre; la tendencia a la simplificación señorial de la vida, la primacía de lo espiritual; la creación de una organización económica, sin desigualdades, urgencias, ni injusticias.

Tal vez ni una sola línea de esta adorable tarea, se pueda realizar con un catolicismo a la hispánica: beligerante, enfeudado a lo militar y a las fuerzas de regresión social, monopolista e imperativo; con un catolicismo, en el cual, todo método de caridad, todo método de inteligencia, se ve frustrado por ese conjunto de inclinaciones que fraguan en la fórmula preferida: la Cruz y la Espada⁵.

¿Nos ofrece la "hispanidad", con sus diversos tipos humanos, un proyecto deseable? Entiéndase bien, que decimos deseable en un triple sentido: el de integrarse con elementos vivos y no con actitudes que haya que restaurar arqueológicamente; el no despreciar nada de

lo nuevo y valioso que el hombre de América encierra; el contener aquellos elementos que una época, la nuestra, exige inexorablemente.

El hombre hispánico, con ser excelente y repleto de valores no empalma, en total, con los imperativos de un nuevo ideal antropológico, con esos imperativos a los que hay que crear la humanidad continental.

Ya hemos visto el balance del programa vital ibérico; lo que nos ofrece y de lo que nos priva. Se trata, de cualquier manera, de un tipo humano dado, de uno de esos estabilizados tipos humanos que Europa presenta, ya concluidos históricamente, ya cerrados sobre sí: el mismo francés, con su agudeza y lúcida inteligencia, el mismo inglés con su buen sentido bondadoso, operante y dinámico. Ni cabe trasplantarlos, ni cabe otro sincretismo, ahora de razas o aportes nacionales. El asociacionismo fue un fracaso como posición filosófica en general, y lo fue en etnología, en extremo grado.

Porque sabemos lo que no puede ser: "un sincretismo dirigido", una elección unilateral y pasadista. Dilapidar el venero hispánico, malbaratar su entrañable yacimiento, sería tan loco como abdicar en él, la maravillosa, la sin par originalidad naciente del hombre continental.

Esta originalidad es la que atisba Mallea con su pintura del "hombre profundo" de la Argentina y de América, de su humildad, de su profundidad, de su recatado orgullo, de su densidad silenciosa.⁶ Y Vasconcelos, con su "raza cósmica", con sus intuiciones geniales sobre el sentido estético y solar de la vida. Y que es en Keyserling, la mezcla de delicadeza y de finura, junto a la de primitividad, que según el filósofo de Darmstadt, caracterizan al habitante de nuestro mundo. Y en Frank, la búsqueda del Orden, la angustia laberíntica de nuestro caos. Y en todo el continente su fuerza telúrica; y la maravilla de dulzura, inteligencia, riqueza carnal de la vida brasileña. El residente americano y América entera, es hija de esta naturaleza fresca, matinal e invasora, de este cortante o perfumado viento adolescente que nos hermana en secreto. Continente construido sobre el espacio, y no sobre el tiempo, tiene importancia decisiva este modo general de asiento; un modo, que con tal esloza, crecida hasta la cultura, se da por primera vez en la historia.⁷

Hay que poner en este luminoso paradigma, en este tránsito creador, dosis pródicas que no siempre están explícitas en el hombre español, en el hombre hispánico; que no siempre laten en su tan fácil propensión dogmática y absolutista, en su ascetismo un poco obtuso, en su incontinente psitacismo, en su envarado orgullo y vanagloria. Pero para vencer, a la larga, el miraje hispánico, América tiene que crearse ese arquetipo vital, que a la postre, ordenó la realización humana en todos los períodos de esplendor. Como el caballero y el monje, como el hidalgo y el cortesano, como el discreto y el burgués, como el "gentleman" y el "pionero". Latinoamérica tiene que crearse otro, con la riqueza de elementos de que dispone. Pero en sociedades anticlasistas como lo son, como lo serán cada vez más las nuestras, este arquetipo no será monopolio de ningún estamento social, flor de ningún estado privilegiado de cultura.

* * *

Religión, humanidad, política.

Porque el "hispanismo" es rigurosa, aunque embozada, política. Desde Madrid se apoyó y difundió la mentira, se apoya y difunde aún, de que la mercancía no tiene proyección civil, respetando así la realidad democrática de América.

Se opone a esto, no sólo el planteamiento agudamente político, inmediatamente político de todos los problemas en nuestra hora, sino esta tendencia a la "integridad", que todas las formas históricas de lo colectivo-social poseen. La estricta vinculación que, de los primeros principios a la vida cotidiana, une todas las posiciones filosófico-culturales, la tendencia a la "totalidad" de todas las concepciones del mundo y lo precario de sus inconstancias, es una de esas valiosas generalizaciones que ha ganado el pensamiento actual. En la posición ante el espíritu, la vida y los valores morales que la España franquista profesa, y que es un reflejo de la totalitaria, es difícilísima, si no imposible, una realidad democrática en lo político. Para que ella exista, no bastan una soberanía, una representación, un sufragio. Es necesario que una actitud del hombre ante el hombre y la realidad, los sostengan y vivifiquen. Y no se trata sólo

de la "hispanidad" fraguada sobre la tradición ortodoxa e imperial, cesárea. Dejadas a su puro juego, las tendencias nativas del español hacen muy arduo el trámite de una sociedad democrática. A esto, larga vista, plazo largo, agreguemos la situación actual, la realidad imperante en España, su calidad de criatura berlinesa, y veremos que la "hispanidad", por su lado esencial, actual, se nos cierra a cal y canto.⁸

Pero el hispanismo político del falangismo no es sólo un imbécil trastrueque de soluciones. Es también un escamoteo de problemas. Ya hacía notar Haya de la Torre, en ese libro magnífico que se llama la "Defensa del Continente", la peculiarísima situación de su Indoamérica, de este mundo en el que calzar —literalmente, poner zapatos— a la población de países enteros, constituye una tarea de entidad primerísima.

Ya hay así una empresa que, ni norteamericana, ni europea hasta 1939, nuestro continente tiene que afrontar: elevar a una mínima categoría humana, decorosa, civilizada, la mayor parte de su población.

Otro problema, entre muchos, es el del imperialismo económico, característico de nuestra situación feudal y semicolonial; único para Latinoamérica, dentro de las diferencias notables que Haya, al que siempre hay que citar cuando se habla del continente, sintetizaba en su distinción de las cuatro zonas imperialistas: la del Caribe, Brasil, el Río de la Plata y el Pacífico.

Es innegable, hay que tener la valentía de decirlo, que la realidad del imperialismo económico puede envenenar el incontenible impulso de la solidaridad americana hacia las Naciones Unidas. Puede servir, esgrimida demagógicamente por las minorías nazificantes, la casta militar y una prensa abyecta (como pasa en la Argentina), para disculpar una política que no hubiera resistido sin ella, la primera prueba.

La propaganda hispanista, aún menguada, está aprovechando mucho este antimperialismo, sobre todo ahora, en que las izquierdas, con la inteligente excepción del aprismo y de las chilenas, lo han dejado de lado, como si no significara hacer más profunda, más afincada

nuestra identidad con los países que luchan por nuestra libertad, develar sin estridencias la cuestión, en el aire de un diálogo fraterno.

Toda aportación de América Latina al mundo nuevo resultará falseada, mientras el caucho y el petróleo, las frutas y el trigo, los ferrocarriles y el salitre, la caña de azúcar, el estaño, los frigoríficos, permanezcan en otras manos que en las nacionales, o mejor; que en las de una gerencia universal en la que participemos.

El tema del imperialismo es demasiado vasto para ser desartollado aquí. Simplemente dejamos al pasar, la necesidad de conciliar para una crítica integral, el fuerte análisis marxista, tan afinado desde Bujarín, a pesar de que se vicia en una dialéctica apriorística, con las viejas críticas del idealismo, que, como la de Rodó, eran, hoy lo vemos, tan falibles en el análisis. Unidas, al día, y desarrolladas, permiten, sin embargo, la perspectiva integral del imperialismo, como hecho económico y hecho espiritual, dentro de un realismo histórico impecable.

Después del imperialismo, el indigenismo. Una proporción, crecientemente abrumadora de América, es india y mestiza. Con la escasa, y no siempre clara excepción de Méjico, esta masa vive al borde de todo beneficio perceptible de la sociedad civil. Su continental reivindicación fue recogida en la fórmula, aún explosiva, del aprismo.

Contiene esta A.P.R.A. cuatro elementos fundamentales: a) el antimperialismo; b) un socialismo de las clases bajas y medias, reivindicando el valor de las antiguas comunidades indígenas, más una enérgica oposición antioligárquica; c) un movimiento literario y artístico sobre el indígena, de tipo beligerante y romántico, y una interpretación histórica de América, negadora de lo español, y de lo europeo en general; d) un marxismo heterodoxo, hostil al monopolio político del partido comunista, como instrumento de interpretación en lo económico social.⁹

El problema racial no es un mito en América. Un problema que debemos afrontar los blancos, sin racismos, sin superioridades, con claridad objetiva, una gran caridad, después de una gran justicia; sin literatura que confunda el culto de la muerte con la promoción a una nueva vida; sin esa eterna constante romántica del gusto por

la ruina, del sabor de ceniza al viento, que late en el corazón de todo indigenismo estético.

Se ve hoy, a distancia, que la medida colonial de poner al indio bajo minoridad y tutela, algo salvó. Esos quince millones de indios y treinta mestizos¹⁰ son, en cierto sentido, testimonio de un acierto. Acierto parcial, tan recortado por crueldades y por crímenes, pero acierto al fin.

Los principios que ordenaron la política americana durante el siglo XIX, fueron muy diferentes. El dogma de la igualdad política racional, sin igualdad social correlativa, que fue en Europa la miseria de muchos millones de hombres, llevados a formar un día, un proletariado rencoroso y abandonado, fue en América la agonía creciente de toda una raza y sus varios mestizajes; —agonía acelerada sobre la del Colonaje (que Dios nos guarde de idealizar)—, abandonados al despojo de las comunidades (Perú, Bolivia, México), a la exacción fiscal, al capitalismo naciente, al látigo y a la fiebre.

El indio había caído demasiado para encrespase en sostenidas rebeldías, para pedir un sitio, para dar sus voces propias. Fueron los blancos los que se las han prestado, muchas veces con prosa y verso traspasados por un odio quemante de sus propias vidas mediocres y sin luz.

Hoy, toda una literatura y una política se han edificado sobre la reivindicación del indio. Junto al aprismo, instrumento político, surgen obras potentes como las de Jorge Icaza y Ciro Alegría, admirable la del segundo, por elevarse de la beligerancia militante, a una cósmica, admirable objetividad de gran arte.

Pero la "hispanidad" no es sólo una equivocación, un escamoteo de problemas y de soluciones. Los componentes de la realidad política son universales. Los ingredientes religiosos, morales, técnicos, sociales, están presentes, en dosis distintas, en todos los pueblos y hacen ¡ay! tan relativos los "regímenes originales" ("nuestro nacionalismo no es imitación de ningún otro", "las autoctonías puras", etc., siempre tan esgrimidas por los partidos que quieren ocultar una universalidad sospechosa, desprestigiante). El totalitarismo no es un producto exclusivo de Europa; la división tajante dentro de cada pueblo, la eterna constante de la ambición de poder, la deso-

rientación moral, los antagonismos económicos, el nacionalismo "místico" y las luchas de fronteras, el imperialismo, las reivindicaciones, la proliferación de "estados" en el Estado, la desesperación en el hombre, la necesidad de religiones primarias, no son necesariamente europeas, pero le han dado impulso, aliento y fuerza a la fórmula totalitaria en Europa.

Pero los regímenes políticos, aunque son, potencial o actualmente, universales, "realidades" de vigencia sin fronteras dentro de un prudente historicismo de grandes ciclos (no moldes "nominales", metáforas de las situaciones nacionales), permiten la expresión de las características de cada pueblo, de cada continente, dentro de una tipología ecuménica. Hay ciertas diferencias que, sin llegar a la "originalidad", dan un sello propio, un último estilo diferente.

Así, la realidad americana es la Democracia. En este sentido, la declaración de Lima, fijando taxativamente cinco valores: democracia, libertad, repeto de la persona humana, tolerancia y paz, a pesar de cierto optimismo tan común, rebasó el ámbito y trascendencia usual de estas proclamaciones. No se trata de una vigente, conseguida, triunfante democracia. (Nunca lo es un régimen político que tiene la obligación de adecuarse a esas variaciones de lo económico, de lo técnico, de lo espiritual, que están socavando siempre su estatismo, su reposo).

Ni en el presente ni en el pasado, caben satisfacción sostenida. Fue un fracaso la independencia, debemos tener el valor de decirlo; si la independencia se hubiera hecho para cincuenta años, para un siglo¹¹. Hicimos un doloroso y ciego camino que nos atrevemos hoy a llamar aprendizaje, porque siempre lo fueron, a la larga, el extravío y el dolor. No fue un triunfo ni es una realidad, continental por lo menos. No somos ni hemos sido, integrales democracias. Pero si nuestro proyecto histórico tiene algún sentido, es el sentido de su norte democrático. De su intocado, de su inalcanzado norte democrático.

No salvaremos a la democracia en América, con esa ciega complacencia que confunde aspiración con realidad; el equilibrio verbalista con la militante, nocturna, heroica tensión creadora de un mundo libre, limpio, fresco, responsable, claro, fraternal¹².

* * *

La animadversión de los "hispanistas" hacia los Estados Unidos, utiliza tres argumentos esenciales. Ellos son:

1) Una oposición de orígenes, raizal, de punto de partida, entre la América Sajona y la América Latina.

2) Una identificación de los Estados Unidos con el fruto de tres siglos cuyo espíritu se rechaza: humanismo antropocéntrico, liberalismo, capitalismo, maquinismo. Es decir: la nación como civilización, como contenido espiritual.

3) Un antagonismo entre la América del Norte sajona, con las del centro y sur latinas; esto es: los Estados Unidos como proyección política exterior, como acción en el continente¹³.

El punto de partida fue distinto, es cierto.

"Nosotros los del Norte, somos hijos del siglo XVIII: de los padres de la ciencia física y política, de la mecánica de la justicia social. Vosotros sois hijos de los años de 1500 a 1700: los años de los descubridores y conquistadores de mundos; los años de los místicos, armados con la ley, la Cruz o la espada, que soñaban con un estado universal cristiano; los años de hombres que todavía aceptaban que la vida es trágica, que el sacrificio es fecundo, que todas las dimensiones del mundo tienen la luz en el Misterio; los años en que la humilde, inmemorial comunión de cada hombre con su suelo y consigo mismo (en la que encontraba a Dios), aún no había sido rota por la voluntad ambiciosa y por el orgullo de la ciencia".¹⁴

Pero eso no demuestra que el de llegada lo sea.

"Frente a la dualidad irreductible del Viejo Mundo, América presenta una contextura unitaria, en la que figuran expresos, los dos términos de una soluble dualidad. El pragmatismo sajón con sus conquistas materiales es complementario del espiritualismo latino con sus promesas trascendentes. Sobre que habría mucho de espiritualismo en el éxodo de los "padres peregrinos", cuya realización es probable que venga por obra de Hispanoamérica, y mucho de ambición material en la sed de oro de los conquistadores, cuya evolucionada consecuencia afluirá por vías norteamericanas. Ambos términos representan los dos fueros, el exterior y el interior, el objetivo y el subjetivo. Entre sí se acoplan, necesitando mutuamente para alcanzar su natural desarrollo y conjuntamente esa dimensión resul-

tante de la multiplicación de lo material por lo espiritual que reclama el reino del hombre".¹⁵

La filosofía histórica reaccionaria encarna en las naciones anglosajonas la gerencia, siempre triunfante, de las fuerzas que destruyeron "el orden".

Queremos ser breves. A condición de no repetir, estas páginas terminan quemando trancos. Hemos visto el sentido de esta "filosofía histórica reaccionaria", su peso, sus tremendos olvidos; la falsedad de identificar una corriente histórica ecuménica de centurias, con una nación o naciones determinadas. Hemos denunciado la verdadera bellaquería intelectual que significa cuajar irrevocablemente una nación en un valor o valores dados, cerrando el cauce natural a toda síntesis de culturas. Si ciertas preferencias pueden marcarse, y se marcan, en mentes de evidente simpatía al mundo anglosajón¹⁶, ninguna entidad humana agota su valor en un signo. La identificación, por otra parte, no es unánime: Jesús Guisa y Azevedo, reaccionario mejicano y germanófilo cabal, le atribuye al Reich la tenencia del proceso¹⁷. Con esto continúa la inclinación de los escritores franceses de derecha: Maurras, Sallière, Bainville, Massis, Laserre; prolonga mismo antipatías muy acentuadas del pensamiento tradicionalista español¹⁸.

Hay, ha habido, una realidad imperialista. Hablamos de ella. Si bien no solos (Francia los acompañó en las tentativas territoriales, Alemania en las inversiones industriales y financieras), los países anglosajones desempeñaron en ella una función prominente. Pudieron ser identificados en un momento, con este proceso de hipoteca, despojo, mediatización.

Estamos con los países libres, no por su historia imperialista, sino a pesar de ésta. Por nuestra fe, no ciega, no pasiva, no laxa, de que dentro de ellos no dominan, no dominarán las fuerzas que la movieron. Porque nuestra actitud también es una ayuda para impedir su dominio¹⁹ (cosa que no se ve frecuentemente). Porque confiamos en una paz que les ponga definitivo jaque. Y aunque tuviéramos que seguir luchando contra un imperialismo ¿no hay una escala de valores para medir unas remediabiles tarifas, unos remediabiles salarios, y el decoro del hombre, salvado?

Además, los "hispanistas" presentan una visión de los Estados Unidos, falsa, caricaturesca, perimida. Contra ella es eficaz hacer un balance de excelencias y lastres. La causa de nuestra gran hermana gana con él.

Se trata de vencer:

1. La primacía de lo económico en los fines vitales; el materialismo, el hedonismo; el culto desatentado del bienestar y del confort; la concepción de la libertad como posibilidad indefinida de goce; la religión del Dinero, la Ganancia, la Prosperidad y el Exito; todo lo que el mundo moderno simboliza en el Oro, como corruptor de la inteligencia y del corazón. (Todo lo que el mundo, con mayor o menor malignidad, viera simbolizado en los Estados Unidos del tercer decenio del siglo, de la "prosperity", hasta que el gran aldabonazo de la crisis y el derrumbe, fue como un camino de Damasco sin énfasis, hacia un orden del pueblo, de la vida, de la justicia).

2. El fruto y a la vez la dinámica de todo esto: el supercapitalismo, los monopolios, el imperio del financiero, la desigualdad social, el frío ánimo de adquisición, el principio anárquico del individualismo económico.²⁰

3. Las calidades de presa, de dominio: sus pecados contra la igualdad racial e internacional: el imperialismo financiero y político; el desprecio del negro y la semidestrucción del indio; el mesianismo de raza, el nacionalismo expansionista, en sus formas militar y de inversiones.

4. En su tradición cívica: la subordinación y estrecha dependencia, en lo interior, y en lo exterior, de la cosa pública a los negocios; la mediatización de lo político a lo económico, traducida en el carácter financiero de la elección, en las múltiples formas de presión de los "intereses" sobre el Parlamento, Justicia y Prensa. Es la concepción de los partidos como máquinas enroladoras; las oligarquías demagógicas, como el famoso "Tammany"²¹; la mediocridad frecuente del equipo dirigente, salvada periódicamente, es cierto, por la aparición fulgurante de grandes jefes: Jefferson y Hamilton, Washington, Adams, Lincoln, Cleveland, los dos Roosevelt.

5. Todo lo que lo "yanki" fue tradicionalmente, como sinónimo de chato, vulgar, chillón, antiespiritual, extravagante,

"colosal", falto de cortesía y de buenas maneras. (Era el repertorio de modales, de gustos, de reflejos, de una clase sin educación tenaz, sin tradiciones, rápidamente enriquecida, sentada en absoluto sobre el principio económico, llena de instintos de potencia, emulación, afirmación de sí).

6. En lo religioso, la difusión del ateísmo (no más general que en la "católica" Hispanoamérica), las tendencias tan frecuentes a la magia, a la excentricidad, al crudo pragmatismo simplificador; a una religión sin ética, dogmas, precisiones intelectuales, oración, mística, iglesia ni metodología. Y el contrapeso que la supervivencia del rigor puritano tiene en una licencia vital incontrolada, de la cual la delincuencia espectacular, el abuso del divorcio y cierta "ética" cinematográfica, no son más que las expresiones extremas.

7. Algunas tendencias enfermizas de su cultura: cierta inclinación, cada vez más combatida, más relegada a lo plebeyo, por un arte puramente sensual, dominado por el comercialismo, y el lugar común; su peligroso declive a la imitación, la traducción, el resumen; la vulgarización, lo fácil, popularizado, elemental, utilitario. Cierta hostilidad a lo creador, austero, original, difícil, profundo, desinteresado, puro. Y la inscripción especulativa en una etapa cientificista, "evolucionista" y empírica, ya superada en general por el saber moderno.

8. Un ideal de vida dominado por principios puramente activistas y económicos, sobre los de la contemplación solitaria, sobre los del goce moroso y espiritual de la existencia; la tendencia a la simplificación contra el encanto de lo resistente; la primacía de la cantidad sobre la calidad; el maquinismo y el urbanismo, y sus influencias deshumanizadoras; la carencia de fines últimos, el naturalismo difuso de todas las reacciones nacionales.²²

9. Fuerzas tremendas de propaganda y homogenización tienden a crear un estrecho conformismo social, una mentalidad vulgar y en serie. Es el abuso de una noble credulidad, y su resultado, la anulación del libre juicio, de la responsabilidad individual, de la inteligencia propia. Prensa y Radio utilizan la cifra, la imagen y el "slogan"; sirven al culto de la noticia, de la sensación, de las realidades brutales.²³

Todos estos males han sido denunciados, antes que por nadie, por los propios estadounidenses. Estos son fieles a esa larga vocación de verdad, de sinceridad, de público y universal debate, que hacen un islote al mundo anglosajón, entre un mar de inmundas egolatrías nacionales.

Todos estos males, también, son universales. Y no se puede decir que América del Norte los haya exportado. Para Estados Unidos, algunos ya son viejos: la etapa del literal "yankismo" y la del capitalismo monopolista e imperialista parecen cada vez más superadas. Porque a diferencia de una humanidad que aún sufre, sin muchas esperanzas de liberación, un orbe de valores ya rebasado por la inteligencia, la patria de Roosevelt ha engendrado, y tiene actantes, las fuerzas que lo derrotarán. En la moneda hay otra cara, otra insurgente cara. Y de ella es hoy el alba, y mañana será la victoria. La que los "hispanistas" ocultan. La que un mismo filoyankismo banal, no deja siempre ver.

Es su magnífica hambre espiritual y religiosa; la acción transitive, grandiosa, que en su entraña realiza una energía cristiana fuerte y sin trabas; "el catolicismo más libre del mundo", al decir de los últimos Prós. Y es su sabiduría política, que indudablemente no puede imitarse, no debió imitarse, a base de ciertos esquemas simplistas, como lo hicieron nuestros antepasados, sino por una plena posesión de la realidad yacente bajo esos esquemas. Esta realidad profunda es la que nos explica cómo en pleno liberalismo, tuvo Estados Unidos una tradición: la admiración a Inglaterra, que Hamilton impuso, al revés de nuestra ruptura. De cómo tuvo una clase dirigente continua, y a veces brillante; un Estado unitario, cada vez más fuerte; un algo dogmático, real, universalmente acatado: la Constitución, a la vez concebida como símbolo de la existencia colectiva, que, precisa, simple, empírica, sin excesivas supersticiones teóricas, dócil a la intuición; un poder jurídico-moral: la Corte Suprema, clero custodio de ese algo indiscutido, y de sus principios implícitos y explícitos: libertad, unión, igualdad, bienestar, búsqueda de la felicidad.

Esta grandeza civil vive de condiciones humanas, de cuño entrañablemente democrático: el hábito de la responsabilidad, la par-

ticipación cotidiana y total en lo público, el sentido del "self government", la vivencia de la iniciativa individual, la solidaridad, la tolerancia creadora. Y es su resultado: la estructura y el arquetipo social de grupos y personas orgánicas, activas, participantes, iguales, responsables, y sobre todo cooperantes. Todo lo vivifican sus virtudes: su bondad, su generosidad, su sensibilidad, su humanidad, su hospitalidad, su buena voluntad social²⁴; sus calidades dinámicas: su gusto y sentido del trabajo, de la organización, del esfuerzo, de la iniciativa; su entusiasmo, su dureza, su poder, su disciplina, su gusto del peligro y del riesgo, su virilidad, su confianza, su vehemencia, su ardor. Y su imperioso realismo, su atrevimiento, su optimismo, su adudacia. Su alegría, su cordialidad, su sencillez, su simplicidad, su dignidad²⁵. Y todas las virtudes ocultas de "su espiritualismo reticente", de su silencioso orgullo, de su callada exigencia de verdad y de belleza.

Tiene todas las condiciones biológicas, materiales, para la creación, para la mejor continuación de lo civilizado: espacio enorme y raza joven. Para una radiosa humanidad, sentada imperialmente sobre las cosas del mundo, señora de su belleza, ofrece el esplendor físico de su hombre y mujer, el éxito de sus mezclas raciales, su gusto del deporte, su dominio de las cosas, de la máquina, su creciente victoria sobre la necesidad; sus éxitos en el plano del confort y del bienestar; su conmovedor respeto de lo real, de la naturaleza, de la materia viva.

Y como su hambre religiosa, su hambre espiritual; el apetito, en todas las clases, de conocimiento y de belleza, mostrado en la acción de la energía social y privada, a través de sus museos y bibliotecas de maravilla; junto a los impares medios técnicos de creación de cultura, junto a su generosidad y a su humildad en la recepción de todo positivo pensamiento perseguido. Es dueña ya de una robusta filosofía, una novela de trascendencia revolucionaria, una altísima lírica, una ciencia de milagro.

Y más que esto aún, vale su grandiosa empresa de superar los viejos males, ordenando sus ingredientes en un futuro y auténtico orden del Pueblo. La tarea es la de vencer la primacía de lo económico, como motivación central de la vida y criterio de desigualdad

e injusticia, en una comunidad igualitaria, fraternal y democrática —hacia adentro y hacia afuera, en lo estadounidense, en lo americano y en lo universal—; en una comunidad jerarquizada en el Espíritu, pero en un "espíritu encarnado"²⁶ Porque, por primera vez en la historia, estos Estados Unidos, esta sociedad en trance de creación —los signos vienen de toda la rosa— tiene el fuerte sillar, nunca tenido, de una naturaleza, una máquina, un oro, una técnica a su servicio.

El crecimiento hacia el espíritu significa para la colectividad y para la persona, muchas cosas. Pero esta conversión hacia una norma grave, superación dialéctica de los malos fermentos de una infancia, de una adolescencia demasiado rápidas, demasiado felices, valen más que nada en la historia. Porque nunca habíamos tenido posibilidad de que ese "espíritu encarnado", fuese para gloria y plenitud de todos, y no de unos pocos, como lo fueron hasta ahora todos los conocidos²⁷.

NOTAS

- (1) "En las brechas que abren los cañones, florece el Evangelio". Monseñor Miguel de los Santos Díaz de Gomara, obispo de Cartagena, durante la guerra civil - internacional española.
- (2) Por ahora, la "sociología cristiana", no es más, sobre todo en los países sudamericanos, que un "deber ser", un normativismo de lo social, enderezado principalmente, a fines de política legislativa.
- (3) "Pero en su corazón, este entrar en conciencia, aun por los trabajadores más oprimidos, de la dignidad de la persona humana en su función de trabajadores —en donde está todavía lo esencial de sus vidas— representa una ganancia espiritual incontestable, es el dato espiritual central del problema económico. Condena irremediamente, toda forma de "paternalismo", es decir, toda iniciativa de las clases actualmente dirigentes, para aportar a la clase obrera, "de afuera y de arriba", alguna mejora de su suerte . . . El obrero tiene hoy una demasiado viva conciencia de la ilegitimidad del poder capitalista, ha acumulado demasiado rencor y humillación, para que no se sienta en estado de dependencia degradante respecto a toda gestión de la clase capitalista, globalmente entendida". Emmanuel Mounier. "Manifeste". Pág. 174.

- (4) Capítulo IV: "La predilecta de Cristo".
- (5) "Nos habíamos olvidado que la Espada podía ser rematada por una Cruz, y que la Cruz no es blandura sensiblera y liberal, sino que una cima de vertiente, sin compasión y sin matices, para la verdad que la afirma y para la mentira que la niega. Que la violencia del cuerpo se justifica cuando es para evitar la violencia horrible de las almas. El conquistador y el misionero siempre han andado juntos, porque el guerrero y el monje, la Espada y la Cruz, se identifican como vocaciones excelsas de olvido de sí mismo, para un darse, fervoroso y exacto, al servicio de los demás". C. R. de A. De una conferencia de 1937.
- (6) "Cada hombre, cada habitante, un solo destino: el parecerse, el ser uno con el espíritu de la tierra; lo mismo que nadie es verdaderamente hasta que su semblante no se parece a su pasión, a su furia o a su tranquilidad. Poca cosa, los hombres que no se parecen a lo que llevan adentro: entonces es que no llevan nada; nada. Pero de un modo secreto y natural, en algunos hombres del país había comenzado a ver reflejado ese extraño parecido con su tierra, ese reflejo fundamental. (¿Podría darse plenitud comparable?). Y era el reflejo de un clima americano, de un clima pródigo, el clima mismo de una fertilidad. El clima que llevaba era el clima mismo de una fertilidad. Había comenzado a reconocer —con qué gozo— en algunos ese reflejo. Ninguna avaricia, ninguna usura: cierta intrepidez joven, cierto desinterés joven, un estado de disponibilidad, de participación pronta en la vida, de permanente asistencia, de presencia, rica y espontánea, como la presencia del voluntario que siempre está listo para ofrecerse, de menosprecio por las usuras naturales. El clima mismo de la fertilidad..." Eduardo Mallea: "Meditación en la costa". Buenos Aires, 1939, págs. 93 y 94.
- (7) En América Hispana esta tendencia fue contrariada; en la Saona fue obedecida. África sería el caso contrario; construida sobre el espacio, pero no hasta la cultura. Europa y Asia, naturalmente, están edificadas sobre el tiempo.
- (8) Estos principios, sin embargo, dan sello, a los grupos "nacionalistas" iberoamericanos que hemos nombrado. En todos encontraremos, más o menos, estos rasgos: 1.— la religión unida a la política —a la española— con oposición a las corrientes de tendencia exclusivamente religiosa, evangélica, 2.— nacionalismo iberoamericano, "hispanidad", 3.— antimperialismo exclusivamente dirigido contra las inversiones e influencias angloamericanas, 4.— filosofía histórica de la Reacción: apostasía y negación, vuelta a la "tradición" con todas sus contingencias, 5.— anticomunismo, antimasonería, antijudaísmo, 6.— solidaridad sobre todo por razones tácticas y de sentimiento, con el Eje; odio a Inglaterra, a los Estados Unidos y a Rusia, 7.— pedido de un estado fuerte, predominio

- de los términos duros sobre los términos blandos, en el sentido de Maritain: ascetismo, dinamismo, pasión, fe, sentido militar, 8.— cierto sesgo paternalista, ineficaz y retórico de la justicia social; corporativismo, 9.— reivindicación del caudillismo, de lo autóctono; nacionalismo defensivo, inclina al extranjero.
- (9) "Dos afirmaciones centrales del marxismo ortodoxo — "las etapas no se suprimen por decreto", que dice Marx en el prólogo de "El Capital", y "La realidad no se inventa: se descubre", que afirma Engels en su "Antidühring" — respaldaban el nuevo afrontamiento propugnado por el líder aprista. Había que acelerar la evolución, pero sin perder de vista la realidad, sin dejarse sugestionar por los libros ni los modelos extranjeros". Luis Alberto Sánchez: Raúl Haya de la Torre o el Político", Santiago de Chile, 1934, pág. 109.
- (10) Datos de Angel Rosenblat en "Tierra Firme" No. 1, Madrid, 1935.
- (11) "En diez años que llevamos — De nuestra "revolución" — Por sacudir las cadenas — De Fernando el "balandrón" — ¿Qué ventaja hemos sacado? — Las diré con su perdón: — Robarnos unos a otros, — Aumentar la desunión — Querer todos gobernar, — y de "falción" en "falción" — Andar sin saber que andamos: — Resultando, en conclusión, — Que hasta el nombre de pascano — Parece de mal sabor, — Y en su lugar yo no veo — Sino un eterno rencor — Y una tropilla de pobres — Que metido en un rincón — Canta al son de su miseria ... — No es la miseria mal son! Bartolomé Hidalgo: "Diálogo patriótico interesante, etc.". (12) "Si fuera lícito decir las cosas con toda rudeza, yo proclamaría la verdad de que nosotros no estamos defendiendo una tradición, sino un futuro. Que no tomamos bandera en la guerra contra Hitler para defender el mundo de nuestros padres, sino el de nuestros hijos. Que nos entusiasma volver a los días caóticos de nuestro siglo XIX, ni aún siquiera sostener lo que nos queda de injusticia hoy, bajo una aparente democracia, sino por conquistar lo que nos queda por vivir del siglo XX para fundar aquí la patria del hombre libre y de la justicia social". Germán Arciniegas: "Democracia e Intelectuales".
- (13) Se hacen, además, argumentos de un orden más ocasional. Los nazis argentinos son "maestros" en ellos. Fundamentalmente, consisten en decir que el Interamericanismo, la "Good Neighborhood", corren peligro. Y que estos peligros son económicos, estratégicos, sociales, y que sobre todo, están en la política interna estadounidense. La novedad no es muy grande. Para el que tenga una visión a la vez realista y esperanzada de la historia ¿cómo dudar que esta revolución copernicana de las relaciones y de toda la vida continental, está acechada de enemigos por todas partes? Pero es también gracioso que justamente aquellos que más odian una causa sean siempre los más maternalmente alarmados por los peligros que ésta corre. Los nazis no se dirán tanto antidemócratas, como illo-

rarán tiernamente sobre la guerra de los "boers" o sobre la Ley Lynch, al fin y al cabo, una milésima de los que ellos hicieron y hacen. Los "nacionalistas" latinoamericanos no se manifestarán tan contrarios a la "buena vecindad", como impacientemente apesadumbrados de su no completa vigencia.

(14) Waldo Frank: op. cit. págs. 67 y 68.

(15) Juan Larrea: art. cit. pág. 19.

(16) "Mas reparemos en la acción que emprenden relativamente a esta tradición los dos grandes antagonistas del duelo de que salió uno protagonista creciente de la edad moderna hasta nuestros días, iniciándose y desarrollándose con ello esta misma edad. Bien significativo, parece el hecho de la ausencia, prácticamente, del pensamiento inglés en los períodos de la gran sistemática metafísico-cristiana y, por el contrario su presencia constante y preponderante en los alternos períodos de disolución de esta sistemática. San Buenaventura, San Alberto Magno, Santo Tomás, son germano-italianos; en el período cartesiano, muy internacional, entre dos grandes franceses, un gran judío ibérico-holandés, un gran alemán, el gran inglés es algo aparte, como que es más que nada un gran ligamen entre dos de los períodos de la disolución; la última gran sistemática es exclusivamente teutónica. En cambio, los grandes autodisolutores de la escolástica: todos de las Islas Británicas: Duns, Ocam, el mismo Rogerio Bacon; en el período renacentista, Francisco Bacon; en el propio período cartesiano Hobbes; los protagonistas creadores de la ilustración (los franceses son mucho más propagadores), Locke, Newton, Hume y entre ellos, en todos los sentidos decisivos del "entre", hasta el apostólico Berkeley; en los subsecuentes positivismo y pragmatismo, hasta el día de hoy, figuras eminentes, Stuart Mill, o las fundadoras, James, Schiller, Dewey. Si la revelación de los pueblos es su historia, el haber sido el antagonista vencedor del pueblo que aceptó el papel de campeón de la Cristiandad pudiera ser por sí solo bastante para pensar que Inglaterra es el pueblo que más, desde sus senos profundos y propios, más empeñosa y más eficientemente contribuyó a la disolución de la Cristiandad por la instauración de la modernidad y del inmanentismo. Más que Alemania... En cambio, el pueblo español aceptó un papel de campeón de la Cristiandad que primero lo condujo a que su pensamiento todo, y con él las partes capitales del occidental, la escolástica y la mística, alcanzasen su trascendentismo sumo o nuevas alturas comparables a las sumas, en obra en tanta y tal proporción suya como la Contrarreforma, que está diciendo su reacción primaria, espontánea, propia, contra la disolución de la Cristiandad y la instauración de la modernidad y del inmanentismo, pero que luego contribuyó a conducirlo a la decadencia política internacional y a la cultural y nacional toda: y sólo a unas con la Cristian-

dad misma vencido, decaído, con posterioridad, reflexiva sobre su vencimiento y decadencia, reactiva contra ésta, mimética del vencedor, comprensible aunque erróneamente en parte —en la parte en que no hizo como parece haber hecho el Japón, apropiarse la técnica del extranjero sin enajenar su alma—, entra, y aun no sin resistencia ni lentitud, por el inmanentismo y sus efectos materiales, que se creían instantánea e irresistiblemente confortables. Si la revelación de los pueblos es su historia, la del español parece revelar inequívocamente como un pueblo tan vocado como a su misión y destino a un "más allá", que habría desviado su espíritu de su solar, descuidándolo y abandonándolo materialmente, en querencia de "otra vida" ultraterrena y de un "nuevo mundo" terráqueo, según dirá aún la última y siguiente de estas notas; como un pueblo, pues, a cuya más vieja tradición, ni siquiera a la más reciente, ni en conjunto a la más robusta y propia, respondería al inmanentismo. Pero justamente por ello pudiera tener el pensamiento hispano-americano la originalidad y plenitud de ser el extremo crítico del inmanentismo contemporáneo. El pudiera ser el llamado a decidir para sí, eventualmente para el pensamiento contemporáneo, sobre este inmanentismo". José Gaos: "Significación filosófica del Pensamiento Hispano-Americano" en "Cuadernos Americanos" No. 2, 1943. Págs. 79 al 81.

(17) "El peligro alemán representado ahora por Hitler y por el hitlerismo viene del protestantismo, del prusianismo, de la filosofía alemana, del germanismo, de la ciencia pura y, en una palabra, de la vieja oposición, irreductible, entre lo pagano y lo cristiano. Las violencias, el estatismo, la exaltación grosera de la carne, la justificación de nuestros actos mediante el recurso de nuestra propia conciencia, vienen del protestantismo y de Lutero. El alemán es profundamente anárquico. Vive su vida interior, su sueño metafísico, sus nebulosidades de pseudomístico. Y por esto es apto para el regimiento, para la disciplina externa, para ser presa del estatismo, para convertirse en célula. El desorden interior, la falta de disciplina, por lo mismo de personalidad, la repulsión de lo objetivo, de lo externo a nosotros, hacen que el alemán, siendo anárquico, se avenga al dominio, a la reglamentación del Estado. La anarquía interior, que no otra cosa es el libre examen, y el constreñimiento de fuera, que no es otra cosa el estatismo, son fenómenos servidos e impulsados por el protestantismo. Prusia se apodera de esto y Prusia forja el nuevo Estado alemán. Nada tiene de extraño el Kaiser en 1914 y nada tiene de extraño Hitler en 1939. Que los tratados, que las injusticias, que las humillaciones internacionales, que el espacio vital que reivindica Alemania, que la conjuración de los aliados para ahogarla, son palabras. En el fondo se trata de una lucha a muerte entre el germanismo y la civilización de Occidente".

Jesús Guisa y Azevedo: "Doctrina Política de la Reacción". México, 1941. Págs. 64 y 65.

- (18) "No soy amigo ni de Prusia, ni de su política, ni de su engrandecimiento, ni aún de su existencia; la creo entregada a Satanás desde que nació, y estoy persuadido que por una fatalidad de su historia está dada a él para siempre". Juan Donoso Cortés: Carta al Conde Raczinski, 24 de Mayo de 1852.
- (19) "Niño grande, todo lo quiere probar, todo lo quiere experimentar, aunque fracase. Wall Street conoce el secreto de su víctima. Por eso, mis opiniones no han cambiado: sigo creyendo que el norteamericano debe ser informado de cuanto nos ocurre, y ese es el problema que me abrasa, que me convierte en llama viva, porque cuando sepa la verdad, el norteamericano impedirá la repetición de tanto bochorno como los que nos han abrumado a nosotros materialmente, a ellos moralmente y al futuro del continente en su médula. Plenso igual que cuando vine, excepto en que me siento más hermano del hombre de la calle de los Estados Unidos, y confío menos en su sistema, elaborado hace muchos años y con un gran lastre tradicional que lo intimida y detiene. Plenso igual de Wall Street, nuestro enemigo, y de sus monopolios. Plenso de la Standard Oil de New Jersey, exactamente lo que piensa hoy el promedio de los norteamericanos, lo que han dicho el "New York Times" y "The New Republic", el "Herald Tribune" y "The Nation", al descubrirse que había negociado, pese al peligro de guerra, fórmulas para fabricar caucho sintético con una firma alemana. Plenso que el capitalismo no tiene entrañas, pero que, felizmente, está, además de las entrañas, perdiendo la cabeza. Y cuando la pierda, no será para daño sino de pocos, quizás de esas cincuenta mil personas a quienes lesiona el tope de ganancia anual de 25.000 dólares propiciado por F.D.R., pero, en cambio, seremos felices los millones que no formamos en esas filas. Plenso que el norteamericano puede y debe ser nuestro aliado y nuestro hermano, para que juntos derrotemos a Wall Street y cuanto ahí se esconde ...". Luis Alberto Sánchez: "Un sudamericano en Norteamérica", Santiago de Chile, 1942, págs. 318 y 319.
- (20) "Se ve ahora de cerca lo que "La Nación" ha visto desde hace años: que la república popular se va trocando en una república de clases; que los privilegiados fuertes con su caudal, desafían, exasperan, estrujan, echan de la plaza libre de la vida a los que vienen a ella sin más fueros que los brazos y la mente; que los ricos se ponen de un lado, y los pobres de otro; que los ricos se coligan, y los pobres también; que la inmigración, no bien destilada ni contenida, aporta más de sus vicios europeos que lo que adquiere de virtudes americanas; que el lujo, el lujo descompuesto y casi bestial, obliga la mente a tales agudezas y el honor de ambos sexos a tales sacrificios, que la virtud va por todas partes quedándose atrás, como poco remunerativa; que a liber-

tad más amplia, la prensa más libre, el comercio más próspero, la naturaleza más variada y fértil no bastan a salvar las repúblicas que no cultivan el sentimiento, ni hallan condición más estimable que la riqueza, asimilan al carácter nacional las masas indiferentes u hostiles que se les unen". José Martí: "Los Estados Unidos". Madrid s/a. Págs. 202 y 203.

- (21) Véase el espléndido libro de Theodore Cousins: "Politics and political organizations in America". New York, Mac Millan, 1942.
- (22) "La más grande de todas nuestras debilidades —producto de todas estas— nos es peculiarmente propia. Me refiero a la ausencia, casi universal en los Estados Unidos, del sentimiento trágico de la vida". En esto tuvo su éxito más rotundo, en los Estados Unidos, el frívolo siglo XVIII europeo. En ninguna parte de Europa como entre nosotros, las profundas intuiciones religiosas y ascéticas de la Edad Media, fueron arrolladas tan completamente por el éxito de la máquina, por el culto del "confort", y por la ilusión de la perfectibilidad humana sobre planos superficiales de adaptación física y económica. En ninguna parte como entre nosotros, floreció la herejía —la herejía más peligrosa de todas!—; que el hombre ha sobrevivido a la tragedia y que sus problemas, siendo exclusivamente sociales y empíricos, son solubles y pronto serán resueltos. Esta herejía también viene de Europa. Pero por florecer más fuertemente en nosotros produjo un arte popular que ha dado la vuelta al mundo. Me refiero sobre todo a nuestras películas, cuya pulida técnica disfraza un sentido de la vida viciosamente falso y simplificado. Pero que esta herejía es universal, lo prueba la popularidad del cine norteamericano, en todas partes, y en todas las Américas". Waldo Frank, op. cit. Pág. 59 y 60.
- (23) "La influencia de la máquina no se ha ejercido sólo en el obrero. Sus efectos se han sentido por doquier. La producción en masa de artículos económicos ha conseguido que los norteamericanos vestan igual, actúen igual, hablen igual y piensen igual. Como de cada cinco personas, una posee automóvil, nos hemos convertido en un pueblo que anda sobre ruedas. Esas diferencias de lenguaje y de costumbres que se adquieren viviendo en lugares distantes, ya no existen. Como toda la nación escucha al mismo tiempo el mismo programa de radio, no es de extrañar que tantas personas manifiesten idéntico punto de vista. A veces parecemos fabricados tan en serie como las piezas de una máquina". Faulkner, Kepner, Bartlett: "Vida del Pueblo Norteamericano". Trad. E. de Champourcin. México, 1941. Pág. 155.
- (24) Aunque ya conocida, no podemos dejar de citar la admirable frase de Jorge Santayana, el filósofo hispano-yanqui, sobre el pueblo de los Estados Unidos: "Existe aquí mucha capacidad de olvidar, mucha falta de respeto para lo pasado y lo extranjero, PERO HAY TAMBIEN UN FONDO DE VIGOR, BONDAD Y ESPERANZA COMO JAMAS

NACION ALGUNA TUVO ANTES... ESTE ES UN PUEBLO INTREPIDO Y LIBRE DE MALICIA, COMO SE LO PUEDE VER EN SUS OJOS Y ACTITUDES, HASTA CUANDO SU CONDUCTA NO LO DEMUESTRE".

- (25) "Hay algo que América conoce bien, y que enseña, como una lección grande y preciosa, a quienes se ponen en contacto con su sorprendente aventura. Es el valor y la dignidad del hombre corriente, el valor y la dignidad del pueblo. En este país, lo que llamamos hombre corriente, no es ni servil ni arrogante: tiene el sentido de la dignidad de la existencia humana, y él, a su vez, existe como un valor en la conciencia colectiva de todos y cada uno de los hombres. Tenemos aquí, en forma tan simplemente humana que los pretenciosos y pedantes no pueden verlo con claridad, una ganancia espiritual de infinito precio. La civilización americana tiene como incentivo esa dignidad que cada cual posee en la existencia diaria, y para cuyo más cabal cumplimiento, no sólo en su país sino en el mundo entero, América se ha levantado de su aislamiento tradicional y ha aceptado la guerra y ha partido hacia un mundo nuevo. América sabe que el hombre corriente tiene derecho a la "busca de la felicidad"; a la busca de las condiciones y bienes elementales que son los requisitos previos de una vida libre, y cuya denegación, sufrida por tan grandes multitudes, es una horrible herida en la carne de la humanidad; a la busca de los bienes más altos de la cultura y del espíritu; a la busca de la liberación de la pobreza horrenda, del temor y de la servidumbre; a la busca de esa libertad y esa realización humana, unidas al auto-control, que es el fin más elevado de la civilización, y que, en un orden superior, requiere para su perfecta realización la transformación espiritual del ser humano a costa de mucho amor y del incesante don de sí mismo. Aquí se requiere heroísmo, no para domeñar la tragedia, sino para llevar a una conclusión satisfactoria la formidable aventura iniciada en este país por los Padres Peregrinos y los pioneros, y continuada en los grandes días de la Declaración de la Independencia y de la Guerra Revolucionaria". Jacques Maritain, en "Sur", No. 103, págs. 10 y 11.
- (26) "Tout éternel est tenu, est requis de prendre une naissance, une inscription charnelle, tout spirituel, tout éternel est tenu de prendre une insertion, un racinement, plus qu'une inflorescence: une plantation temporelle. J'entends tout éternel humain". Charles Péguy: "Victor Marie, Comte Hugo", Paris, 1934, págs. 30 y 31.
- (27) Esta nueva civilización americana promete salvar victoriosamente, una serie de dualismos que llevan al mundo entre un polo de empobrecimiento espiritual o vital a otro polo de injusticia, ignorancia, anarquía. Son el dualismo de la naturaleza y el progreso mecánico, urbanístico; el del conocimiento y el misterio; el de la masa y las calidades impares; el de la iniciativa individual y la sociedad planificada; el de las virtudes viriles y dinámicas, y un mundo ordenado por la razón para la paz.

LAS IDEAS POLITICAS EN AMERICA

Para José Luis Romero las "ideas" son, en puridad, las tendencias psicosociales con que la circunstancia política, económica y cultural va configurando a los grupos clasistas, regionales y raciales, que contienen en el tiempo argentino.

La historia intelectual y social, la intrahistoria, distinguida de la militar y de la crónica edificante o puramente externa de los cambios del poder, es potenciada así a racionalidad, a una amenazada y precaria racionalidad, que no es trascendente y que está en las manos y en la cabeza de los hombres. El título, pues, puede resultar angosto. Es una verdadera historia, en sus mejores esencias, la que se consigue en "Las ideas políticas en Argentina".

Dentro de una general inmersión de lo ideológico, se toman adecuadamente en cuenta las ideas de las figuras representativas o de los grupos reformadores: Moreno, Rivadavia, Dorrego, Goyena, J.V. González; del equipo director de Buenos Aires, de la segunda emigración antirrosista, del radicalismo, de la "reforma universitaria". Siempre es a través de una de estas dos vías, que el pensamiento nuevo irrumpe sobre rutinas y vigencias.

Tres grandes períodos encuentra Romero en el desenvolvimiento argentino: la "era colonial", la "era criolla", la "era aluvial". (La misma calificación de las épocas ya indica el repudio a una vertebración puramente ideológica del proceso.)

En la "era colonial", rastrea los dos espíritus que van a chocar a lo largo del vivir nacional: "el espíritu autoritario", que moviera la actitud de la casa austríaca, y "el espíritu liberal", importación borbónica y dieciochesca, arraigado en la minoría criolla de Buenos Aires, y motor decisivo de la independencia.

La "era criolla", que 1810 inicia, se escinde a su vez en dos líneas: "la línea de la democracia orgánica" (Buenos Aires, Rivadavia, la unidad, formas de vida europea), rectora de la política argentina hasta 1820, y "la línea de la democracia inorgánica" (localismo, personalismo, autoridad, modos tradicionales de ser), que en el año 20 prepara, con sus montoneras en las calles porteñas, el advenimiento del "aventurero feliz" que San Martín profetizara.

Con real inteligencia histórica no entra Romero a fallar, como lo hacen tantos otros, a favor de la ambivalencia de la palabra, de qué lado estaba la democracia: si en los generosos sueños de libertad, de vida digna y asegurada, de los doctores porteños, o en el calor multitudinario que rodeaba a los caudillos.

Esta "era criolla" polarizada así, va a encontrar, nacido en la lucha contra Rosas, "el pensamiento conciliador": la aceptación honrada de la realidad "desde" la cultura, el repudio —un poco entristecido— del utopismo. De este grupo decisivo, de esta generación de 1837, traza JLR, con ejemplar elegancia y concisión, el cuadro de su ideología y aquí sí, hace historia de las ideas políticas. El pensamiento de Echeverría, Sarmiento y Alberdi engrana pulcramente en el esquema.

Siempre son los cambios de orden económico, social y humano los que traen la nueva época. En el tránsito de la Presidencia de Avellaneda a la de Roca, la Argentina ha cambiado. "Lo criollo" empieza a batirse en retirada; inmigración en masa, racional ganadería, alambrados y ferrocarriles instalan un distinto estilo de vida, caracterizado por la sobreestimación del éxito económico y la irrupción cosmopolita. Es "la Argentina aluvial", y nótese bien que esta "Argentina aluvial" comienza aquí y no en el 52. El cambio de signo político no es bastante para hacer advenir un período nuevo.

Romero, que si bien admite la coexistencia de las líneas, caracteriza cada segmento temporal por el triunfo de una de ellas, establece la vigencia del "pensamiento conciliador" desde el pronunciamiento de Urquiza hasta Roca. El esquema resulta aquí un poco violento. No parece muy abonado por ese "pensamiento conciliador" un suelo en que toma sus jugs la protesta de "Martín Fierro".

En "la línea del liberalismo conservador", que a nuestro juicio Romero no ata lo suficiente con "la línea de la democracia orgánica" de la "era criolla", la minoría constructora, el grupo que se trasmite el poder por cooptación escasamente resistida, se hace oligarquía usufructuaria. Fomenta la inmigración, pero hipoteca el país. Impulsa las obras públicas, pero se enriquece con ellas. Escepticismo moral, farsa republicana y "unicato", concluyen la ferviente aristocracia directora de los Mitre y los Avellaneda.

La nueva "era aluvial" se escinde así (se advierte claro el duro juego dualista que es casi toda nuestra historia) en esta línea del "liberalismo conservador" y en la otra "de la democracia popular". La última se agrupa en torno al radicalismo y lucha por el triunfo desde 1890 a 1916, se pregunta después qué hacer con ese triunfo, y entre el 16 y el 30 en que es desalojada, es invadida por el temperamento "liberal-conservador" de Alvear.

"Los interrogantes de un ciclo inconcluso" plantean el problema de un proceso imprevisible "que se caracteriza por la originalidad y la inestabilidad", perplejidad de historiador, sobre la que el partidario dice su robusta esperanza.

Romero declara en la página final —230—, su fe socialista. Esta fe le permite no abanderarse sentimentalmente ni en el "liberalismo conservador" ni en "la línea de la democracia inorgánica" que tironean poderosamente a casi todos sus colegas, le faculta encarar con lucidez los puntos más candentes del debate histórico argentino. Rastrea con indudable equidad las raíces de "la democracia inorgánica"; ve las virtudes de la oligarquía, explica la filiación rosista-radical, contempla con visión levantada y sin histerismos el presente.

Romero no cuida, desde luego, la superada exigencia de una "imparcialidad". Está en su visión y se siente cómodo en ella. Es lúcido, no neutral. Trabaja con esa honradez de buen historiador que es tener al frente todos los datos, todos los datos importantes, por lo menos todos los visiblemente importantes de un pasado mal conocido —¿es algo más la imparcialidad?—. Ve limpiamente toda una realidad y la califica de acuerdo a su escorzo. Serán discutibles los adjetivos; el sustantivo está donde está, anclado sólidamente. Tiene una concep-

ción de la historia y da la casualidad que ella no es ninguna de las dos que han obnubilado a los abogados de nuestro ayer.

Toma en cuenta, y en forma principalísima, el factor económico, su reflejo psicológico cuajado en formaciones sociales pero nacido, no sólo de lo económico, sino del libre viento de las ideas. Una interdependencia realmente inteligente de los factores históricos quita a su construcción toda rigidez, toda unilateralidad.

Son notables en este libro el excepcional don sintético, la legítima acuñación del juicio, la vivacidad de una elaboración que nunca se deja vencer por el material.

Utiliza hábilmente las fuentes españolas, las memorias, el tan despreciado e invaluable testimonio de los viajeros: hay párrafos de Antonio Pérez y de Jovellanos, de Azara, de Azcarate Du Biscay, de Gillespie, de Brackenbridge y de Paz.

Algunas negligencias afean ligeramente la obra: anunciar en el prólogo una bibliografía que no aparece, una indisculpable errata, calificar de "despotismo ilustrado" algo que se filia a gritos en la línea media de "los doctrinarios", con su "soberanía de la razón", conciliatoria de la del pueblo y la del monarca.

José Luis Romero: *Las ideas políticas en Argentina*, Colección "Tierra Firme", F.C.E., Méjico.

SARMIENTO INSEPULTO

Este "Sarmiento" continúa en la obra de Ezequiel Martínez Estrada una línea de preocupación argentina, en la que "Radiografía de la Pampa" (1933) resalta como el logro más ambicioso y completo.

El libro anterior, junto a agudísimas páginas de inquisición nacional, nos parecía aunar el doble —e invencido— peligro de un presuntuoso lenguaje científico (muy 1900, muy C.A. Bunge) y de una apresurada destilación filosofante y generalizadora, inequívocamente inspirada en las meditaciones con que Ortega, Frank y sobre todo Keyserling concluyeron sus visitas al Río de la Plata.

En lo temático y en lo estilístico el "Sarmiento" guarda con su antecedente una coherencia estricta. Es un opulento tributo a lo que Benda llamaría "l'Argentine Bizantine". El desprecio de la objetividad y del desarrollo lógico, el placer de la contradicción, el lirismo y la dispepsia gobiernan de tapa a tapa. El tono magistral, altivo, no extraña a sus fieles leyentes, pero en este libro aparece exacerbado. Una misma y varonil entereza recubre la paradoja, la vaguedad y la no infrecuente recurrencia del lugar común aderezado (como los de las págs. 68 y 72). Utiliza sin tasa latines de cómoda equivalencia castellana: "corpus", "status", y su antiestético plural "stata", aparecen con facilidad aterradora.

En ningún caso como en este libro la crítica o el comentario tienen una previa faena de construcción. El confuso material, dividido en trece segmentos, es en realidad uno: todo es una continuada meditación que se enlaza y desenlaza libérrimamente. Apenas una cuestión más adensada especifica las partes. El desarrollo que aquí esbozamos ha sido elaborado por nosotros. ¿Hay otros? ¿Existe alguno?

El centro de la obra está ocupado por un nuevo examen de las fuerzas que Sarmiento enfrentó, y cierto es que la palabra "civiliza-

ción" tiene una entraña lo suficientemente diversa, como para que su disponible dicotomía con la "barbarie" pueda ser incesantemente replanteada.

Desde "Radiografía de la Pampa", EME se alista entre los que abrevados en la crítica de los pensadores de nuestras postguerras, ven en nuestra presente existencia material maquinista, urbana y atomizada, la afluencia destructora del primitivismo en la decadencia. Su posición central, aunque no expuesta sistemáticamente, se acerca bastante a la de un Waldo Frank y finca en la reverencia a un principio espiritual libre y a la vez unificador y ordenador (dentro de un monismo más o menos expreso) que re-vincule, que re-ligue al hombre con su intimidad, con sus prójimos y con la vida cósmica. Junto a esta postura se agrupan consignas de indisimulada raíz iluminística; hablando argentinamente, de filiación rivadaviana que no parecen compaginarse muy bien con las anteriores.

Para Martínez Estrada, la fuente que envenena el crecimiento material es esa desigual distribución de los bienes sociales a la que nuestras generaciones circunscriben "la injusticia": "con la adaptación de aquellos sistemas del progreso mecánico entrarían colgando de los vellones de la barriga, las iniquidades del sistema de esclavitud a salario, de ignorancia a programa, de conquista a sordina. . . Sin un plan social de justicia, el progreso es una maldición".

Pero no apurarse. No hemos clavado el alfiler en la mariposa. El pensamiento agorero del autor de "La cabeza de Goliath" es esencialmente oscilante, trabaja en la imprecisión. Lleno de asco, de desaliento, de cansancio, se acerca a Sarmiento y traslada a su encarnación rioplatense el dilema. Lo traslada con extraños resultados.

Y no se dirige por casualidad a Sarmiento. Hay una razón argentina y hay una razón personal.

Los altibajos de la valoración de Sarmiento han marcado siempre con suma fidelidad el clima espiritual del país. Desde el que Groussac nos diera —un personaje todavía marcado por las animadversiones que despertó en vida— hasta los de Lugones, Palcos, Rojas y Aníbal Ponce, pasando por el trunco de Bunge, dentro del general tono admirativo, los matices mentales y las disidencias no perdían ocasión de manifestarse. Ciertamente que lo usual —¿por qué no decirlo?—

era el ditirambo irresponsable. Unos pocos enfrentamientos hostiles poco podían contra ese uniforme tono de glorificación vigente durante el primer cuarto del siglo. Y los que loaban lo hacían desde el punto de vista de los ideales sarmentinos, ideales de cuya robusta supervivencia nadie se permitió dudar sin paradoja y que nos parecían dar la pauta de algo así como una fe nacional.

Las disidencias hacían poco más que acusarla, que vitalizarla.

Pero hacia 1930, con la ola que trae Uriburu, el elogio —con subentendidos—, se escinde, y el tema se polariza cada vez más hacia el prócer democrático desgajado de impurezas o al "antiargentino", al "entregador" de los Gálvez, de los Doll, de los Cano, apoyados todos en tradiciones y valores con los que Sarmiento se enfrentó decididamente.

Pero todavía quedaba una tercera actitud, y es la de Martínez Estrada: adherir apasionadamente el ideal sarmentino y negar todos los medios con que trató de hacerse efectivo y toda perennidad a la obra.

Además el personaje le gusta. Es contradictorio como él. Lo acaricia y lo maltrata. Muchas páginas: aquéllas sobre la vocación enseñante como forma de paternidad (7 y ss.), las que tratan de la acción y el magisterio (20 y s.), las observaciones sobre el temor a penetrar en sí y el poder de la reminiscencia y la nostalgia (42), la concepción biográfica de la historia (132), Sarmiento y las cosas (161), el idealista, el realista y el místico (158), —y un etcétera anchísimo— son magníficas, y redondean un Sarmiento tan desde dentro que bien merecían el trabajo estradiano. De cualquier manera son minoría, y en todo el resto del libro D. Domingo Faustino es sólo la oportunidad de este doloroso rumiar sobre la civilización y la barbarie de un 1847 que es 1947.

Sarmiento sólo tuvo una aparente claridad en este planteo. Indio, Colonia, España y campo se superpusieron con demasiada facilidad; también con libertad excesiva fueron al mismo saco, Europa, los países anglosajones, la ciudad y la civilización hispánica. D.F.S. no supo ver, según nuestro autor, la necesidad de una común empresa americano-española contra las superfetaciones tradicionales; no previó, por lo menos a tiempo, el peligro de una maciza importación imperia-

lista de técnicas sin Espíritu. El resultado fue una hibridación: la barbarie corrompida por la cultura. Una epidermis civilizada fue trabajada, domada, utilizada por la entraña bárbara: "Sarmiento siguió creyendo en la antítesis civilización-barbarie, sinónima de Europa-América y de España-Argentina. No vio que civilización y barbarie se integraban en un tipo de cultura, en un status social complejo, como que historia argentina (o suramericana) implica un status político, un tipo de cultura cívica de la misma complejidad: lo que el lenguaje técnico denomina "cultura bastarda", "una lucha por la vida de características inferiores en los territorios marginales de la Historia".

La tesis no es convincente y su precaria entidad no se logra sino después de hacer la historia de un pensamiento poco ordenado. EME anota las contradicciones sarmientinas y por su adhesión a algunas de ellas va marcando las propias. Alternadamente el "Sarmiento" define en forma peyorativa lo español y utiliza con énfasis las consignas resobadas de "la leyenda negra" (págs. 21, 110, 130, 142, 143, 203) o reconoce que la España de la generación de "El Iniciador" era un emblema de atribuciones apresuradas (págs. 95 y 153) y que lo hispánico fue más históricamente abierto en España que bastardeado en América (págs. 97 y 203).

Insiste ¿antes? ¿después? en un matiz indiscernible entre europeizar y desespañolizar (págs. 92 y s.) sugiriendo que despreció lo segundo: plantea que lo español-bárbaro era lo lastrado por el indio (págs. 88 y 97); le atribuye a Sarmiento su concepto de "cultura bastarda" (pág. 63) después de decir (págs. 60 y 61) y ratificar (págs. 85 y 105) que profesaba el enfoque elemental y termina incluyendo intempestivamente lo inmigratorio en el rubro "barbarie" (pág. 85).

De cualquier manera, esta "cultura híbrida" tiene un ingrediente fijo y dominante: la Colonia. La caída de Rosas no significó la clausura fáctica del período, ni aventó las causas de su persistencia.

El error de Sarmiento fue creer en el afianzamiento regimental de lo republicano, fue considerar a la Colonia como refluencia ocasional.

Pero la Argentina de hoy es la Argentina de Facundo. Lo que sobre ella vino, la tarea de tres generaciones liberales, la obra a que Sarmiento arrimara su genio sólo ha echado un barniz indefenso, una su-

perestructura de instituciones. Leyes, hábitos, escuela, Universidad, economía, son lapidariamente inauténticos. Si alguna vez tuvieron alma (la que D.F.S. les dio), la han perdido. Debajo, la realidad no ha variado y el choque de paramento y fondo se llama "fraude": "finalmente, en el conflicto de poderes, el instrumento técnico, el órgano se adaptaba a una función desnaturalizada y a esa desnaturalización se le puede llamar fraude. Por lo tanto, un fraude legalizado, un fraude propio, legal del instrumento, una pseudo estructura con vigencia legal, fuera de la ley".

Todo permanece (pág. 154); hay dos fuerzas en presencia (págs. 55 y 65). Hay que volver al punto de partida, retrotraer las cosas a 1810 (págs. 54 y 66). El triunfo de la contrarrevolución, la persistencia del fondo colonial promulgan la virtual anulación de Sarmiento. Bajo la reverencia proceral sólo hay desprecio u odio. En vida fue un luchador sin camaradas, solitario; en sus últimos años la sordera ya le habría cortado de la tierra. La muerte fue sólo un requisito biográfico. "Loco" y "antiargentino" después (pág. 139), sufrió la conspiración del olvido, fue el osario común de los utopistas (págs. 95 y 144). Sarmiento, Echeverría, Alberdi fueron los desterrados, lo siguen siendo. Al margen de la "verdadera historia" edificaron sobre la arena. Los poderes de facto eran la Argentina, eran sus fuerzas históricas dicentes. El "Facundo" sólo pueden leerlo los desterrados, leerse desde fuera.

En este "fraude" invencido, tres son las notas sobre las que insiste Martínez Estrada:

Primera: la supervivencia de los estamentos: Ejército, Clero y Burocracia, incambiados en poder y sustancia: "Tres son los estamentos de la Colonia que operan todavía como llaves centrales de coacción y regulación: el ejército, el clero y la burocracia. Nadie ha podido desde el gobierno ni desde la cátedra rebelarse contra su poder subrepticio sin ser destruido a corto o largo plazo". Para EME la religión es un poder político, el aparato espiritual de la dominación, con la misma voluntad con que la trasplantó España a América (págs. 109 a 113).

Segunda: "la conspiración anglosajona". Una axiomática verdad le da a Estrada a la presunta tentativa de Inglaterra y Estados Unidos

de mantener en minoridad colonial a los países latinos, unciéndolos al destino de "España borbónica", de "la Italia monárquica y católica", e instrumentos todos del dominio sajón del mundo (págs. 104 y 105, 107, 152 y 153). "La identidad del destino histórico hispánico viene a explicarse, además, con la revelación, hoy indiscutible para cualquier hombre sensato, de que tanto la España peninsular y borbónica como la Italia monárquica y católica de los Saboya y los países hispanoamericanos, son víctimas de un plan de dominio mundial que las naciones vencedoras de la Alemania hitlerista no han tenido reparos en dejar en descubierto. Plan que anuncia Pitt, que Beresford y Whitelocke declaran indiscretamente. . . El sistema de dominación de Felipe II y de Ignacio de Loyola ha sido adaptado por el neo-nacionalsocialismo de los países imperialistas".

Para la ingenua filosofía política de EME el plan no ha sufrido cambios sustanciales desde 1800 hasta Ernest Bevin y consiste en promover personajes que le son tan amistosos como Mussolini, Serrano Suñer, Laureano Gómez y Perón. Para el autor, la subsistencia de un "status" colonial está centrada en el monopolio (p. 47). Gladstone, Cobden, las generaciones de la plenitud británica que identificaban la rectoría imperial de Inglaterra con la difusión del principio libre-cambista estaban luchando, a un siglo de distancia y con presciencia maquiavélica, por las aspiraciones de Lord Beaverbrook o de John Foster Dulles (según Vishinki). . .

Están presentes así, todos los modos mentales de los contendientes invisibles. También los antisarmientinos, los liberticidas piensan la historia como algo cuajado en eternas insidias, fidelidades, fatalismos y consignas secretas. La actitud antihistoricista, antihistórica del libro no sostiene "constantes" al modo dorsiano. Toma un momento de una realidad social, hija del tiempo ella, amasada también por factores movientes y la transforma en geología del devenir argentino. Todo lo que llega después es postura y falsedad. Formaciones históricas, nada más que históricas, fueron tocadas por una inmortalidad misteriosa. La Argentina de 1946, con su Santa Fe italiano y cereal, con su Buenos Aires trimillonario y cosmopolita, con su judaísmo pujante, con su diversidad ideológica es la misma nación rota que protagonizaban las montoneras.

Igualmente dudoso es el origen del nacionalismo en la textura colonial; mucho más verosímil su nacimiento, cercano, en la etapa de euforia argentina del Primer Centenario, en ese clima de imperial suficiencia que se condensa poéticamente en el "Canto a la Argentina" de Darío y en las "Odas Seculares" de Lugones.

Tercera: el fracaso de los medios. Inmigración, escuela, capital extranjero y fomento económico formaron la síntesis programática a la que Sarmiento —y con él su generación toda— atribuyó un poder mágico de promoción. Coincidiendo con el enfoque antisarmientino, Martínez Estrada nos dice que resultaron errores gigantescos. "Insistió Sarmiento con su infatigable obstinación para la verdad en los peligros graves de la inmigración indiscriminada, pero no advirtió que esa inmigración (que él denominaba emigración, por considerar que el móvil era la fuga por inadaptación a medios progresivamente exigentes en sus países de origen) que no traía otras iniciativas de progreso que la ambición informe, aquí se maleaba y hasta procreaba una prole subrepticamente más perniciosa". Sarmiento —un Sarmiento por lo general mozo o ya caduco— lo ratifica con textos impresionantes, como los de las págs. 100 a 104.

Las citas antiimperialistas —sorprendente en verdad la de la pág. 150— son sólo de los años 41 y 42 e irrelevantes, a fuerza de previsibles, en la contradicción del sanjuanino.

La Escuela fue ineficaz para vencer al medio (pág. 27), desvinculó lo docente de lo social (pág. 29) y terminó ganada por las fuerzas negativas de la hibridación y semicultura (págs. 24 y 25). Se buscó por medios directos lo que debió haberse buscado por medios indirectos (pág. 28).

EME distingue entre un Sarmiento lúcido y crítico hasta el retorno y un Sarmiento de decadencia y transacción desde el 52 hasta la muerte.

En general no es blando con su personaje. No sólo su obra fue un fracaso. Luchó y construyó sin plan (págs. 95 y 197); careció de comprensión económica: "En pocas palabras, era un pragmático, un materialista y un dialéctico, pero no era un marxista. El problema de las clases sociales se reducía para él al problema de la educación, tanto de la mente como de las manos; pero no advirtió que la estructura

económica de las sociedades que creaban por cristalización de intereses las clases sociales, tenía tanto o mayor fuerza que la ignorancia..." Acreditó sin restricciones, no tanto al influjo de la educación como a un eticismo sin raíces, lo que no es obstáculo para que la propia solución estradiana esté teñida de lo mismo: "El único plan viable ha de surgir sobre la base de la vida ordenada del pueblo, de su conciencia, de la honradez en su tarea de convivir y trabajar, de su repudio de la ilegalidad, de su condenación de la indignidad y del fariseísmo de los gobernantes, de su reeducación para abreviar". No tuvo fe en el pueblo: "Sarmiento se hubiera hecho quemar por sus ideas, pero por amor al pueblo no habría dado una gota de su sangre. No tuvo amor al pueblo, a la plebe. . . Los problemas de masas lo repelían. Otra cosa eran Echeverría y Mitre, los hombres del Pueblo". Se desperdició en cantidad de pequeñas cosas (pág. 13); transigió al crear, fue flojo y vio tardíamente (págs. 108 y 109, 114 y 115, 192, 199 a 201). Era un contrarrevolucionario (pág. 114).

¿Resultó "la rueda que engrana" "el más argentino de los argentinos", o el que ignoró la realidad (pág. 66 y 67)? El libro oscila constantemente "entre los extremos invocados".

Iguals imprecisiones registra la actitud del autor ante la obra central. El "Facundo" es la verdadera historia argentina, la intrahistoria. "Tiene la trágica invariabilidad de los genes típicos en las hibridaciones". "Es una autobiografía y una sociología, una obra literaria y un fragmento de historia; una acusación de defensor de pobres y ausentes y un capítulo de la antropología americana". Acompaña a las "Memorias" de Paz, al "Martín Fierro", al "Dogma Socialista", a las "Bases", al "Matadero", a "La Excursión a los Indios Ranqueles", a "La Bolsa" de Martel, en el corto número de los atisbos sobre el auténtico ser nacional. Sin embargo, intenta desencarnarla: lo histórico, lo anecdótico, lo personal, poco valen (págs. 117 y 145). Su verdadero hallazgo fue la reducción de la Historia a Biografía, a vidas representativas (págs. 127 a 132). Este es el valor impar de "Facundo", pero, pequeño error, ejemplarizó mal: "¿Está fijado Quiroga en su verdadero papel como lo está Rosas? Es lo que más tarde se preguntó Sarmiento. No era Quiroga el agente de la traición, sino Rosas, su enemigo. . ."

Hay maneras un poco torcidas de interpretar la valiente consigna crociana de hacer historia "desde" el presente, iluminando e interpretando con nuestro "hoy" el curso humano. Pero por un cambio de signo, al principio invisible, los hombres llevamos el presente a la historia, y esto que ya es otra cosa es el largo ejercicio de esta meditación. En el libro, Perón aparece una vez (pág. 132) si bien junto a la referencia directa a la realidad argentina de 1946 "que nos parece absurda, increíble, anómala, falsa" la alusión sesgada y el tono luctuoso saltan en cada página.

Las tribulaciones de la actual inteligencia argentina merecen toda nuestra conmovida simpatía, pero este vínculo cordial no nos puede llevar a refrendar la deformación lóbrega de un pasado y ¿por qué no? de un presente profundo. Sin duda hay algo quebrado en un país en el que Leopoldo Lugones y Lisandro de la Torre apuestan por la muerte. ¿Pero es que hay cotidianeidad valiosa para los puros, para los ardientes, para los lúcidos?

La audiencia de Ezequiel Martínez Estrada, su figura argentina, resultan ser el mejor desmentido a sus humores. No parece cercano el momento en que su indiscutido lugar sea tomado por algún oscuro De Angelis sin camisa, sin eco, sin réplicas.

Ezequiel Martínez Estrada: *Sarmiento*

UNA CARRERA LITERARIA

Con toda su angustia juvenil, un ejercicio, más que nada; una digitación liviana y jubilosa: *Cuentos para una inglesa desesperada*, en 1926. Un silencio después de nueve años. Y luego dieciocho libros, desde *Nocturno Europeo* hasta este 1955 en que Mallea le anuncia al director de una revista literaria la terminación de una novela próxima al millar de páginas. Una carrera literaria, entonces en su sentido cabal. En el escritor, una poderosa voluntad de creación y continuidad, un fervoroso y rectilíneo quehacer, una total identificación con la tarea. (Que el recientemente publicado *Diario de los Enemigos del Alma* nos muestra en su cotidiano esfuerzo). En el escritor, ante todo, un sumo rigor, una máxima gravedad. Y hacia afuera un caudal muy grande de suscitaciones y de resonancias, de aprobaciones y de disentimientos. Pocas carreras más completas en la literatura de nuestro lenguaje, más unitariamente signadas. Y sin embargo más extrañas.

Incluyendo el primer libro, la obra de Mallea se despliega en cuatro vertebrados grupos: relatos: *Cuentos para una inglesa desesperada* (1926), *Nocturno Europeo* (1935), *La ciudad junto al río inmóvil* (1936), *Fiesta en Noviembre* (1938), *El Vínculo* (1946), *Chaves y Sala de Espera* (1953); novelas: *Bahía de Silencio* (1940), *Todo Verdor perecerá* (1941), *Las Aguilas* (1943), *Los enemigos del Alma* (1950), *La Torre* (1951); ensayos y artículos: *El Sayal y la Púrpura* (1941) y *Notas de un novelista* (1954), y por último: *Conocimiento y expresión de la Argentina* (1935), *Historia de una pasión argentina* (1937), *Meditación en la costa* (1939), *Rodeada está de sueño* (1944) y *El Retorno* (1946). Integran estas cinco obras una serie en la que se aúnan, en el modo más característicamente malleano, el lirismo y el discurso, la meditación y la introspección, la confesión y la mirada abarcadora, el recuento y el pronóstico.

A actividad tan empeñosa, a vigilancia tan ceñida, no ha correspondido, sin embargo, un correlativo crecimiento de adhesiones y de influencias. *Bahía de Silencio*, 1940, marca, me parece, el ápice de la presencia de Mallea en la literatura y en la conciencia argentinas; los quince años posteriores la capitalizan difícilmente, y aún: la administran sin fortuna. ¿Por qué?

Contestarle se me antoja fundamental. Primero, por la importancia que tiene en sí la obra del ensayista-novelistas (una obra de la que parece difícil escribir más allá de notas apuradas e inorgánicas).¹ Y, segundo, porque, tal vez, una razón del demorado esclarecimiento de nuestro destino como comunidades se imbrique en la respuesta.

I

El Primer Mallea

Sin perjuicio de su variedad y soslayando, por ahora, sus peculiares lenguaje y sintaxis, los libros de la primera década y —sobre todo— los del primer quinquenio, se mueven sobre líneas ideológicas y emocionales muy nítidas; se organizan sobre una serie de claves.

Brindan —para empezar con lo más percibido y destacado— una visión del país, una imagen de la realidad física y humana de su nación. Aunque esta visión no tenga nada de catálogo y se construya sólo sobre algunos planos prototípicos (capital, campo, costa y algunos pueblos) dudo que exista en la literatura en que se adscribe (y no olvido a Sarmiento, ni a Hudson, ni a Payró ni a Gálvez) otra que tenga tal esfericidad, tal integridad, tal poder de convicción. Y como no es, claro está, un registro pasivo de elementos accidentales y desfile pintoresco de diversidades, como es un apasionado compromiso en el que autor y lector se embarcan sin remisión implica, y la palabra no es enfática, una conciencia. Los primeros libros de Mallea son una conciencia sin soborno de lo argentino, una conciencia crítica. En el juego dialéctico de una adhesión de raíz casi religiosa y de tajantes rechazos, esta conciencia crítica se resuelve en necesidad y en hallazgo de una expresión, en necesidad y en hallazgo de una

actitud, de una conducta humana. Conocimiento y crítica, expresión y conducta son las cuatro claves últimas de este primer Mallea.

Al orden profundo de la cultura y de la vida llevó Mallea la antítesis maurrasiana de un "país legal" y de un "país real". Debajo de la Argentina aparente, la silenciosa comunidad, la invisible. Un mundo que está poblado de seres extrañamente dignos, seguros y firmes, un mundo de seres erguidos rotundamente sobre una vida a la que poco le piden, a la que nada le exigen. Un pueblo de generosos. Un pueblo de hombres y mujeres a la vez disponibles de toda disponibilidad y tan firmemente dibujados y terminados como la piedra inmemorial.² Son almas que no tienen domicilio, ni estrato, ni clase, región o uniforme. Mallea las sitúa variada y fugazmente. *Son la mejor gente de su pueblo, entre los ricos y entre los pobres, naturalezas de natural hermosura (. . .) en el pueblo, en el hondo y no en la plebe, y en los pocos antiguos señores verdaderos, en las viejas cepas de la nación.*³ Están en el Buenos Aires criollo,⁴ en los viriles fundadores; en alguna clásica figura como la del General Mansilla y su tan argentina (. . .) *distinción espiritual y física,*⁵ en la lección del pasado todo que muestra *cierto señorial desprendimiento, cierto coraje sin gala, cierta fuerza inteligente y sin bajeza (. . .) en el fondo de la historia de este pueblo joven, cuya expresión militar más alta se llamó a sí mismo no un conquistador, ni un triunfador, ni un César, sino "un fundador de libertad".*⁶

Y sobre todo eso, el país aparente y visible, su Argentina, nuestro Uruguay y América entera: ruido y espectacularidad, afán de riqueza y bulto, deslealtad, vacío interior.⁷ Tampoco Mallea ha querido realizar un deslinde riguroso de este mundo superfetado, de este infeliz resultado. Sin embargo los señalamientos son mucho más ricos e inequívocos que los del país invisible. Si de su visión de la Argentina profunda se ha podido afirmar que es programática, que *se acerca más a un producto de la pasión que a la idiosincrasia real del tipo*, que expresa un deseo, un sueño, una intuición con *función histórica de profecía, de fuerza subjetiva operante, plasmante,*⁸ la del país visible (aunque es en buena parte la del visible antes de 1943) tiene desgraciada, naturalmente, un poder de persuasión muy superior.

Históricamente nace esta Argentina visible en la trayectoria nacional posterior a Caseros, en las generaciones de *un trabajo desprovisto de espiritualidad*,⁹ en todo lo que sigue especialmente al 80 y al 90, *primer remanso efectivo de la vida nacional* en el que *la masa del país entró por la puerta ancha del progreso económico*¹⁰ y, más cerca aún, la nación de la primera preguerra, la nación en que *la gente (. . .) más que vivir lo que hacía era instalarse en la vida*.¹¹ Este mundo visible es sobre todo *la metrópoli (que) es (. . .) lo superficial difundido por toda la nación, o mejor, la parte de la nación cubierta por lo trivial*.¹² Es también la época,¹³ la vida colectiva entera.¹⁴ Es, más aún, tipos vivientes y actuantes a todo lo largo de la tierra. El porteño¹⁵ y su vida,¹⁶ los profesores universitarios *mediocres, cínicos y rutinarios*,¹⁷ los inmigrantes presurosos y ávidos.¹⁸

Aunque Mallea no localice, estrictamente, en clase alguna las fuerzas de estos dos mundos en multiforme conflicto, no es difícil inferir, por ejemplo, que el argentino profundo yace en los estratos más olvidados del pueblo campesino, en las ciudades provincianas, en el viejo patriciado con sentido de servicio y al que no corrompió, hacia la primera década del siglo, el dinero ni el prospecto de la *inmensa estancia conservadora*.¹⁹ Ni es difícil inferir tampoco que la Argentina visible es la Argentina de una burguesía de *risueños y gozadores, locuaces, epicúreos*,²⁰ o la de esa alta burguesía que *se llama en América aristocracia*,²¹ con su *satisfacción vanidosa*,²² *una clase cuya heráldica está de más en más hecha de explotación criminal de la vida, de farsa, de estupidez y vicio ávido*,²³ *con esa aureola de aristocracia que una grande fortuna trae en América a los que no ignoran cómo refinarse*.²⁴ Y es también el mundo de la clase dirigente política y cultural, el mundo de *los campantes renacuajos regalados, notorios y festejados*.²⁵

No existe, eso sí, en Mallea ninguna concepción dinámica del choque posible de esos dos mundos, y en todo lo ulterior a 1943 es difícil aún, el rastreo de cualquier alusión a tácticas concretas para lograr una epifanía de "país profundo", o una derogación del aparente.

Los personajes más típicos del escritor viven y agonizan en un movimiento pendular entre esa Argentina superficial y esa profunda, entre la visible y la invisible. Se asfixian dolorosamente en la primera, la desertan, luchan contra ella con armas puras e ineficaces. Intuyen la segunda en experiencias fugaces y memorables, desfallecen, vuelven sin remisión a lo aparente, guardan el gusto del fruto perdido. Existen en función de la peripecia total del país, son representativos, (son figurales, para usar la expresión de Auerbach), sin que esto les quite univocidad y corporalidad. Sus pasiones son "argentinas". Mujeres, libros, familias, fortunas y movimientos los afanan, los frustran o los distraen. Pero todo ello con un secreto trasluz de significación, con una tática ulterioridad.

Mallea ha creado una memorable serie de imágenes de su contraste fundamental, de su básica antítesis. La del *sayal y la púrpura* no sólo da sentido y orden a uno de sus libros sino que se explaya también en novelas y artículos.²⁶ Pero existen otras menos evidentes. La de las ambigüedades del "mundo", por ejemplo. Cuando alguna de sus criaturas se mueve en lo que Mallea llama peyorativamente *el mundo, el mundo febril y vanilocuo*, el mundo de la esgrima verbal e intrascendente se pregunta: *¿Qué tenía que ver el mundo de esas peripecias que relataba incesante, con el verdadero mundo, el mundo mismo, el mundo de otros, el mundo humano y vario, el triste y doloroso mundo compartido?* O piensa que están *afuera, las pasiones; el miedo, el gozo, el dolor real. Afuera la vida, las ciudades, la gente, el aire, el agua, la tierra y el fuego. Afuera, la experiencia en su plenitud*. O cuando oye esos comentarios *descarnados que nacen del aire y van a morir en el aire*, siente cuánto le gusta *¡por contraste! la conversación sólida de la gente real que habla desde la vida hacia afuera, desde la experiencia real!*²⁷ La dualidad se desarrolla otras veces sobre vastos escenarios: *Tierra desierta y urbes (. . .) tierra desierta y urbes, ruido vertiginoso y soledad*.²⁸ Otras, dentro de la urbe misma.²⁹ Otras, sobre una arrolladora significación de puras cosas: *Las primeras bañaderas de Bristol vinieron entre esos muros a alternar con el cedro y el nogal de unos zócalos olorosos a encierro, a pocos metros de las ráfagas sueltas enviadas por la tierna alfalfa y el vellón esquilado*.³⁰ Otras, sobre las figuras de

los fundadores y los que disfrutaron lo que ellos crearon.³¹ Y otras, en un pequeño cuadro, en un breve paisaje: *Cuando fueron a ocupar aquella casa todo estaba devorado por el pasto malo y las lianas, los bejucos, los insectos, las arañas, las horrendas enredaderas; sólo el pequeño arroyo adyacente parecía conservar cierta pureza en medio de tanto desastroso parasitismo.*³²

Pero si los dos mundos coexisten uno en otro imbricados, son sobre todo Buenos Aires, gran tema de Mallea, y la densa galería de sus mujeres —su gran fruición— las figuras obsesivas de esa coexistencia.

Buenos Aires es *grandiosidad helada, hermetismo, desierto espiritual, impavidez, concentración indecible, aridez, inmigración ávida, Babilonia de tercera mano o sorda Babilonia.*³³ Pero es (era) también, afirma alguno de sus seres *más amplitud, más universalidad, una cultura vasta en algunos hombres y una curiosidad y una necesidad de bien que daban a la ciudad por dentro un dulce y delicado tono.*³⁴ Y es un moroso despliegue de sensaciones y de experiencias: olores,³⁵ estancias,³⁶ lugares y plazas,³⁷ y barrios encantadores.³⁸

Sus mujeres se mueven también entre el sustrato invisible y la dispersiva superficie. Son seres de frondosa vitalidad, predatorias, poderosas unas. Las que arrastran consigo *el olor de la riqueza, un aroma de ropa rica, esencias, educación, pereza, refinamiento, lasitud, desafío, delicadeza.*³⁹ Otras parecen casi minerales, en su impávida serenidad, en el estar por encima de las cosas. Otras (o tal vez las mismas) están ardidas en un fuego espiritual, en una fertilidad humilde y callada. Entre las del primer tipo está la Ira Dardington y *el viento de vida que consigo llevaba*⁴⁰ de *Nocturno Europeo*. La Ana Borel de *La Angustia*, que *no tenía amigas, ni culto, ni ambición, ni esperanza, ni envidia, solamente su imaginación silenciosa, su ardor grave y secreto. Pero (que) estaba hecha para el culto, para la fe, para la esperanza,*⁴¹ aúna rasgos de la segunda y la tercera casta. A esta tenebrosa y luminosa raza de Ana Borel pertenecen también algunas de las mejores criaturas femeninas: la Marta Rague, de *Fiesta en Noviembre*, la Mónica Vardiner de *Los Rembrandts*, la Gloria Bambil de *Bahía de Silencio*. Del linaje de las misteriosas, de las impasibles, tal vez sea la Sara Gradi de *Los Enemigos del Alma* el más extremo

superlativo. La mujer ante la que se pregunta el hombre: *¿Qué extraña unidad de belleza y hambre se consumaba en aquella figura a un tiempo cautivante y compasible? (. . .) ¿Por qué al actuar (. . .) no abandonaba la joven cierto automatismo visible, cierta frialdad, cierto éxtasis en que todo gesto suyo parecía, tras el primer impulso, suspenderse?* En la que obraba una especie de resplandor álgido (que) mantenía suspensa y muerta su belleza.⁴² Y es seguramente Calila Montes, en *La Torre* la expresión lograda de una misteriosa alquimia que conjuga lo frívolo, lo impávido y lo ardiente. (Los adjetivos se van y retornan como en una obsesiva marea). Roberto Ricarte ha visto a esta Calila Montes. Y cuenta: *Tenía algo de estatuario, de tremendamente hermoso, de mineral, de inhumano. Usaba, siendo la hora final de la tarde, un traje sastre azul, azul muy oscuro, y debajo una blusa ligera de seda grisácea. No podía pedirse más sencillez, más despojo de adornos; nada, al mismo tiempo, más impresionante, menos sólito, menos olvidable.* Y la ve más tarde: *Su belleza mineral, inhumana, aquella extraña cruda del continente, aquellos ojos que parecían no pestañear, lentos, perezosos, se movieron con ella unos pasos. Tenía algo de muy definidamente proporcionado, de estatuario.*⁴³

Símbolos así, figuras y mujeres, dualísticamente imantados llaman y retraen a los sombríos héroes de Mallea, a sus transparentes portavoces. Porque, en realidad, dos movimientos se dan en su obra como impulsos cardinales de la condición de persona, dos situaciones extremas atraen, bipolarmente, su acomodación en el mundo: el comunicarse y el fortalecerse, la donación y la resistencia. *Nocturno Europeo* e *Historia de una Pasión Argentina* sobre todo, pero también *Meditación en la Costa* y *Bahía de Silencio* resuenan con la aspiración agónica de encontrar una causa a la que darse sin restricciones; se estremecen en la nostalgia del calor humano, de la camaradería viril. Vibran con la esperanza de la acción rotunda y buena, justa y solidaria, con la aceptación de un total compromiso. Proclaman la caducidad del individuo, del *hombre con fronteras.*⁴⁴ La trascendencia, como nota de la persona, se afirma con vigor dramático: *¿Valía, en cambio, volver los ojos hacia dentro? No el mismo estancamiento pestilencial: porque, desgraciado el que comience y acabe en uno*

*mismo: no tardará en verse paseado de gusanos.*⁴⁵ Se habla de la vuelta hacia afuera, del darse, de la comunión, de la nostalgia de una entrega humana, de esa triste sed de unidad humana.⁴⁶ Su propia introspección le muestra en disponibilidad de navegación y dolor insular.⁴⁷ Todos los personajes de *Bahía de Silencio* se mueven a impulsos de esta exigencia, y en sus ensayos sobre la función del intelectual se acentúa también, conceptualmente, esta idea y esta necesidad de servir, mediante un compromiso total, cierta indigencia del hombre.

En las primeras obras, el acto de donación, o mejor, su ansia, su pronóstico, su planteo, tiene acentos encendidos. *Darse, darse. Eso era lo que estaba destinado a buscar: cómo darse. No otra cosa, el modo de darse y su puesto en el mundo. Su lugar frente al hombre, los acontecimientos, el tiempo, las cosas, la fruta.*⁴⁸ Hay que improvisarse, cada cual a su modo, un heroísmo. ¿Y qué puede ser un heroísmo en un camino ardiendo y explosivo? Andar con las manos, la piel, el alma, extendidos; hacerse un espíritu extenso, que no se prevenga con fronteras, que no se escatime en cantones parciales. Tal vez.⁴⁹

En ocasiones, la experiencia artística abona inopinadamente esta posibilidad, hace patente esta nostalgia: *En un aparato de radio de la vecindad se oía un spiritual negro; la música crecía, se hacía plástica, penetraba en todas partes con su fluida potencia de amor, entrega, enriquecimiento y deleite para el que la reciba. (. . .). Sentía que yo quisiera también eso. Que el fenómeno humano, en toda la faz del mundo, tuviera similitud con esa forma de amor. Cada hombre como un canto valiendo por la intensidad de su vibración, por lo generoso de su sonoridad, de su fuerza levitadora y activa.*⁵⁰

Sólo la donación, sólo la comunicación será lo que dará sentido a esas vidas tan típicamente urdidas de generosidad y de cansancio, de pasión y vacío, como la de Marta Rague, de *Fiesta en Noviembre*, o la de Adrián, en *Nocturno Europeo*.

Pero este movimiento no es el único. Antes de darse, el portavoz malleano siente la necesidad de fortalecerse en unos límites que sólo él —y después— por acto voluntario va a declarar perimidos. Siente la necesidad de explicitarse, de poner un dique a las fuerzas

de dispersión, de endurecerse a las solicitudes turbias del mundo. Hay una especie de ascesis previa a la acción comprometedora y final, una suerte de vela de armas en la que el hombre se perfila, se afina y se aclara. En el plano personal es ese destierro a la patria interior del que se hablaba en *Historia de una pasión Argentina*.

Si en el darse de Mallea resuena indudablemente el eco de la hora de las ortodoxias, la dinamización militar de los ismos entre las dos guerras y —también— el catecismo de los escritores arriesgados, de los donantes libérrimos, de los ejercitantes de una santidad laica al modo de un Saint Exupéry o de un Malraux (o aun de los más lejanos Peguy y T. E. Lawrence), fue el proceso político y social del mundo a partir de 1933 el que impulsó en Mallea la preocupación creciente por esta invasión u ocupación fraudulenta llevada a cabo de unos ánimos en los otros.⁵¹ Es seguramente la clave de su oposición al fascismo en cuya temática genérica sus primeras obras están impregnadas. (Ya he señalado el tema de la comunión en una acción temporal y el proyecto —tan característico— de una alianza tácita de lo popular y lo aristocrático contra plebe y burguesía).

Esta resistencia es consigna de una soledad especial, de una soledad no (. . .) fría, sino densa de temperatura y poblada. Es modo de esperar, activo.⁵² Es clausura: *Cerrar las puertas de uno a la humanidad mientras sea noche y vivir para mejorar de adentro hacia afuera, sin prisa, sin espejismos, sin codicias, sin agravios y hasta con muy pocas esperanzas.*⁵³ Sin ellas, como Solves, todo hombre corre el peligro de perder sus fronteras, de tener como él esa calidad indefinida y extensa, siempre huyente sin encontrar confines de su tierra.⁵⁴ Vida es resistencia: *No vive más que lo que resiste, no vive más que lo que dura*, afirmaba Mallea en discurso pronunciado en Tucumán, el año 1941.

Y esta resistencia no queda en palabra mayor sino que es avatar de inspiraciones muy varias, muy pormenorizadas, desde el mandato a resistir el aplauso en la *Carta al hermano menor* o a las formas de comicidad política organizada en la *Carta a Montherlant* hasta el impulso a no aceptar un destino hecho y brillante como lo decide el Roberto Ricarte de *La Torre*, en la más extrema necesidad.

Es difícil no ver en la dialéctica de estos dos impulsos algo de esos otros movimientos pendulares entre la disponibilidad y el compromiso y entre la inmersión en lo cotidiano y la restitución a la vida auténtica que tan frecuentes resultan en los actuales planteos existenciales. O las figuras del Retiro y el Retorno concebidas en el pensamiento de Toynbee como los dos polos de toda acción histórica profunda. Porque esa armonía entre ellos, que en su caso tiene el nombre de polaridad, la limpia sucesión antitética de uno y de otro también se expresa en Mallea certeramente. Se explyea en dos páginas muy densas del *Encuentro en lo de Parcolevine*, de *La Ciudad junto al río inmóvil*.⁵⁵ En la *independencia íntima y pronta a comunicarse*.⁵⁶ Se da en los títulos de dos libros complementarios y contruísos con técnica similar: *Rodeada está de sueño* y *El Retorno*. En el primero afirma: *Cuando uno está solo, ve que es enorme y al propio tiempo, nada. Y es el modo de preparar en sí una gran voluntad de propagación de sí mismo. Pero para propagarse, para verse, es necesario saber lo que se tiene para dar. Piensa después: tengo que oponer resistencia. Y sin embargo, el yo de un hombre no es más grande cuanto más resiste, sino cuanto más se ha fundido con los elementos del universo*.⁵⁷

En el doble ejercicio del escritor y el hombre, ambos impulsos ganan cierta regional primacía. La literatura de la grandeza del hombre ha de ser, sobre todo, una literatura de defensa del hombre amenazado.⁵⁸ La novela que Mallea postula en una conferencia y cuyos valores de solidificación de una forma personal elogia en Strindberg,⁵⁹ tendrá, en última instancia, un tema único: *la necesidad que cada uno lleva en sí de integrarse a sí mismo, en un ímpetu y pensativo esfuerzo por alcanzar y constituir dramáticamente su forma humana completa, en medio de un mundo que tiende a disolverlo, disminuirlo y parcializarlo, acosándolo, aterrándolo y fragmentándolo*.⁶⁰ Una novela de figuras para usar como arma contra un mundo desfigurado.

El acto de donación —unidad dialéctica de donante y donatario— acto intencional de naturaleza espiritual, importa en Mallea el inicio de un gran tema: el tema de la conducta. Puesto que la

donación presupone la presencia, con óptico espesor, de un objeto creído y servido, implica esa fe que es la gran ausente de sus trágicos fantasmas de *La Ciudad junto al río inmóvil*. La falta de esa fe, como acto de amor, de pasión, de sacrificio, de compromiso, que tan despiadadamente pervade a un Jacobo Uber, a ese Jacobo Uber *a quien lo que más le hacía sufrir era imaginarse a la humanidad como un todo al que él no estaba unido por lazo alguno, como no fueran las superficiales vinculaciones que su vida vegetativa le creaba*,⁶¹ es justamente por esto tremenda: porque destruye nuestros lazos con hombres y con cosas, porque nos disuelve desde dentro, sin remisión. Este problema, que es una obsesión de Mallea le ha llevado a obras como *El Vínculo*, que vale, entre otras cosas, por una admirable reducción fenomenológica de toda la textura de la soledad y la relación humana. La fe, en su más humilde significación, lejos del buceo interior, lejos de la "complacencia en los abismos",⁶² es el único seguro de una *voluntad de prolongarse, de dar fruto*,⁶³ de *no perdurar ineficaces e inadecuados*,⁶⁴ el único, de una conducta.

Así la conducta humana, la actitud en el mundo que buena parte de la obra de Mallea predica apostólicamente, descansa en una concepción esencialmente activista, esencialmente misional. Implica al mismo tiempo que una última disponibilidad y una última libertad frente a los valores y compromisos del orden civil, una valerosa inmersión en ellos que asegure que, a la hora del relevo, *quede concluido el proyecto de una vida circundante algo menos abyecta, todavía perfectible*.⁶⁵ En las primeras obras, sobre todo, este proyecto de vida se afina indisimulablemente en elementos emocionales y telúricos muy reiterados, aunque embarque, sin duda también, valores cristianos (puesto que cristianos, con vetas senequistas, con vetas clásicas, son los valores que informan el sueño de su hombre profundo, de su americano invisible). Pero si cristianos son, no los mueve al parecer una dinámica que los lleve a una última imbricación, a un núcleo definitivo. De *interioridad cristiana* en Mallea habló Karl Vossler y, como todos los suyos, el diagnóstico es seguro. Pero es seguro también el que, como reproche, planteaba Emile Gouiran a propósito de *Historia de una Pasión Argentina*.⁶⁶ Mallea encontrará

(seguramente ya lo ha encontrado) que la patria no es el valor último y que las grietas de la casa,⁶⁷ de las que hay que tener conciencia primera —y conciencia urgente— son grietas que, bien rastreadas, rasgan el universo entero. No sin sentido, algún personaje de *Los Enemigos del Alma* piensa sobre qué difícil (es) buscar fuera de la fe un equivalente de la fe.⁶⁸

II

Significado y Circunstancia

Esta obra de Mallea (y sobre todo *Nocturno Europeo, Historia de una Pasión Argentina y Bahía de Silencio*), incidió en un momento muy decisivo de la conciencia colectiva de estos países. Con otras obras y otros libros contribuyó a dotar de madurez a esa conciencia, a hacerla —la palabra es inevitable— militante. Porque toda la labor de Mallea en esos años está coralmente adscrita a la constelación de lo que un crítico⁶⁹ llamó, acertada y brevemente, el “descontento creador”. Con Ezequiel Martínez Estrada, Carlos Alberto Erro y Bernardo Canal Feijóo, sus más próximos en tono e intereses; con Manuel Gálvez, Ernesto Palacio, Ramón Doll y Julio Irazusta desde la vertiente nacionalista, Eduardo Mallea colaboró (especialmente en aquellos libros primeros) en una revisión implacable de la Argentina liberal y novecentista, la Argentina heredera de Caseros, económicamente transitada por las grandes fuerzas del capitalismo internacional. Una Argentina bien maridada a todos los extremos del optimismo, el conformismo y la facilidad.

Alguna de estas expresiones últimas puede ser engañosa. La revisión de un Martínez Estrada o de Mallea tiene implicaciones políticas sin duda (¿qué no lo tiene?) pero es mucho más que política, como es además válida bastante más allá de la Argentina misma. (Su coincidencia con un *estado histórico de espíritu* ya fue señalada en 1937 por otro de los protagonistas: Bernardo Canal Feijóo.⁷⁰)

Era una nueva visión de nuestra realidad social lo que Mallea nos daba, y eran las claves de nuestra adscripción a ella.

Se ha señalado lo mucho que esta visión les debe a las contemporáneas de Keyserling, Ortega y Gasset y Waldo Frank. Como Frank ante la catedral de Chartres, Mallea descubrió en París, y sobre todo en la noche de Fiésole, las notas diferenciadoras de Europa y América. Y entre éstas una: expresión de Europa y silencio americano. Con lo que esta obra encuentra una de sus grandes preocupaciones: la de darle voz a ese silencio.

La afirmación de que la Argentina y el continente americano entero carecen de una expresión correlativa, la necesidad de hallarla y de decirla, cruza con distintas tonalidades y diferente énfasis todos los libros del escritor. Le obsede la idea de que la entidad americana: *vida densa, anchura, poesía, gran reserva vital de sensibilidad*⁷¹ clama por una comunicación, por una imagen. Es un mundo *mudo pero no ciego* revolviéndose dolorosamente entre formas no ajustadas a su ser cabal. Una arquitectura, por ejemplo, *de horrible e imprevisora imprevisión*⁷² y una literatura que, después de *Martín Fierro*, sólo vive del reflejo ajeno, una literatura de extranjeros.⁷³ Una escritura profética, en cambio, una literatura de anunciación será el instrumento revelador de un mundo, del que sus viajes y la distancia (última perspectiva europea, al fin) le han dado los trazos más profundos.⁷⁴ Esa literatura habrá de volcar sobre un orbe yermo la nueva belleza de un tipo humano, *la gran fuente emocional americana.*⁷⁵

Mallea no había descubierto, sin duda, este tema, pero hizo de él eso mismo: una *gran fuente emocional.* Le dio una elocuencia casi religiosa, una elocuencia de repetido impacto.

Para los que en la década del 30 vivimos con pasión los movimientos espirituales y políticos de Europa, para los que, todavía adolescentes, nos sucedía leer en los mismos años *La Primauté du Spirituel* y *L'Enquête sur la monarchie* (ya antigua), la *Vida* de Trotsky y la *Vita di Arnaldo*, los primeros Berdiaeff y *El Mundo que nace*, los *Débats* de Henri Massis y los conmovedores discursos de José Antonio Primo de Rivera, el *Au delà du nationalisme* de Thierry Maulnier, el *Manifeste* de Mounier, los ensayos de Aron y Dandieu o *Les grands cimetières sous la lune*; los que nos nutrimos en esta forma tan variada, estremecedora y revulsiva, encontramos en un Mallea americano el complemento y el eco admirables de ese

mundo y sus afanes. Las palabras complemento y eco no tienen nada de peyorativo, nada de ancilar. Porque era eso, Mallea, exactamente: algo más entrañadamente cerca nuestro, más nítido y directo, más fácil y plenamente comunicable. Lo que es cierto es que nos acercaba a un mundo que buscaba a la vez las formas más eficaces de vida comunitaria y la defensa, llevada a cabos de pasión agónica, de cierta imagen del hombre. Una imagen que es tan clásica como cristiana, con sus extremos de intimidad y trascendencia, de señorío y consentimiento, con sus torcedores modernos de complejidad y angustia, con sus vías, tan intransitadas, de religamento, de relación, de literal religiosidad. Mallea, sobre todo, nos entregaba estas posibilidades en un lenguaje de cálido lirismo y de trabajosa lucidez.

Nos ofrecía, como seguramente nadie lo había conseguido antes, un delicado equilibrio de perspectivas. A una problemática estrictamente universal le daba posibilidad de residencia y ejercicio americanos; éstos, a su vez, en el quicio de la primera, cobraban una seguridad de significación, una respirabilidad, si se quiere, que no tenían desde los planteos idealistas de la generación del 900 (y que ya no podían resultarnos verdaderos). Así pasaba, por ejemplo, con las notas que *Nocturno e Historia* señalaban y que nos parecían las únicas salvables inflexiones de la vida americana. Mallea lograba una adhesión irrestricta cuando encarecía la anchura y la disponibilidad de nuestro mundo, cuando predicaba la reanudación de una tarea fundacional, cuando infundía la confianza en cierto tipo humano que compaginaba lo vivo de la tradición ascética con un modo de disfrute, señorial y despegado, de las cosas buenas de la tierra, y que acendrabá en sí calidades a la vez aristocráticas y populares que eran la negación de todo lo que a nuestro alrededor nos rechazaba, sin dejar de ser la lectura de un texto que detrás de nuestro dintorno podía estar oculto.

Su actitud ante la vida: compromiso, responsabilidad, lucha, "agonía", tenía también un irresistible atractivo.⁷⁶ Lo tenía, por lo menos, para todos aquellos a los que resulta inaceptable una filosofía hedonista del arte y la conducta y a los que, a la vez, correlativamente, una necesidad incoercible de trascendencia les impide cua-

drarse en ninguna postura de lucha por simples valores civiles y económicos, por puros objetivos temporales.

Para nosotros, que teníamos veinte años en 1936, Mallea significó mucho más de lo que significó Rodó en dos generaciones anteriores a la nuestra.

Y las implicaciones políticas de sus ideas eran también valederas en todos aquellos países americanos que, como la Argentina, sufrieron un proceso similar y coetáneo de cosmopolitismo, industrialización, enriquecimiento, penetración imperialista, oligarquización y masificación. El mismo proceso, en suma de "modernización".

Porque difícil hubiera sido que obra nacida con tales preocupaciones y en una década tal —la década que va del triunfo de Hitler al final de la segunda guerra mundial— no hubiera importado una actitud política. Ya he señalado las implicaciones civiles del "resistir" y de "la comunión" y el deslinde entre lo plebeyo y lo popular, entre lo "gran burgués" y lo auténticamente aristocrático.⁷⁷

Algunos críticos han señalado, al pasar, esta significación política de la obra de Mallea. Torres Rioseco, con absoluta ininteligencia y manejando gruesas categorías, afirma que esta obra *oscila entre una posición derechista aristocrática y una actitud demagógica de izquierda*.⁷⁸ Más brevemente lo hacen Newton Freitas⁷⁹ y Guillermo Díaz Plaja, que destaca la intención política de *Las Águilas*.⁸⁰ Luis Emilio Soto ha subrayado en la obra de Mallea la impregnación de la problemática nacionalista y la presencia en ella de las raíces sociales que la explican.⁸¹

La crítica de la Argentina visible que la obra de Mallea desenvuelve se halla muy cercana al clima emocional e intelectual que dio tanta trascendencia histórica al nacionalismo posterior a 1930. (Tan distinto al liberal y sarmentino de 1910, confiado y jubiloso, con sus opulentas odas *A los Ganados y las mieses*). La misma filiación de "la Argentina visible" en el desarrollo posterior a Caseros y al 80 es, también, de claro parentesco nacionalista.

Pero notas más concretas afirman este acercamiento. La primera, y tal vez la más importante, es la insistencia en un retorno a lo entrañable, al espíritu de la nación, al reconocimiento de lo que se es. Es la in-

sistencia en la consigna de reconquistar ese espíritu y lo que lo porta: *la reconquista de nuestro objeto, la reconquista de nuestra tierra*.⁸² Es la preocupación por un guardar la originalidad o por reencontrarla. Es la denuncia de esa *perversión que es el desapego de la tierra*, de esa que es *ser extranjeros, sin haber sido todavía, algo, gentes de esta tierra*.⁸³ Son todas sugerencias que sitúan la posición de Mallea en la línea más común y más ortodoxa de los nacionalismos del siglo pasado y del presente.

Con esto se da también una nota afín, que es una especial inflexión de su tema de la comunión: la necesidad de integrar el destino individual en un destino colectivo, de sumirnos en él, apasionada y humildemente. Ser, —como lo dice el protagonista de *La Torre— una de las velas del candelabro; la más insignificante tal vez, pero una de ellas, una de las del concierto*.⁸⁴

Desde *Historia de una pasión*, la grandeza está concebida en términos colectivos.⁸⁵ La creencia en destinos activos, el rechazo de los pueblos en *los que dormita lo imperial e impera lo pasivo*, se hace fe en el destino nacional. Así se habla del *rostro de una dignidad argentina, diferenciada y diferente*,⁸⁶ así, es el discurso de Tucumán ya mencionado, se afirma con confianza que su pueblo es *país con misión, con destino en América y con voz distinta en un mundo venidero*. En un artículo de 1940, expide, Mallea, con ambición de más amplia audiencia, el anhelo de una *grandeza colectiva, de una fundamental voluntad de comunión y de destino*.⁸⁷

Esta voluntad de comunión es, por otra parte, reacción deliberada contra un pasado inmediato de escisiones. *Los hombres que nacimos en la Argentina después del 900 nos encontramos con que en nuestro país todo dividía, todo era motivo de división: la cultura dividía, la política dividía, la codicia, el arte, la idea de nacionalismo, la vacua suficiencia individual dividían*.⁸⁸

Ello hace que, en el Mallea de este tiempo, tenga prioridad este clamante encuadre del hombre en un marco que le sostenga sobre el ideal de una libertad y una disponibilidad vacías, cuyas heces se apuran en *Nocturno Europeo*. Un reconocimiento de la complejidad polar de los valores de la vida social le mueve, aún años después, a advertir contra el peligro de que se haga religión de esa libertad.⁸⁹

Por eso también, las grandes pruebas unificadoras, las grandes tormentas de la cohesión son apeladas y reclamadas. En *Nocturno Europeo* ya expresaba que *un estado de anarquía profunda no se remedia en los pueblos sino con extrema flagelación*,⁹⁰ y más tarde que *la capacidad de sufrimiento (...) es fundamental en un pueblo*.⁹¹ En *Bahía de Silencio*, afirma que los argentinos carecen del sentido del *dolor virtuoso* y que *para que una tierra alcance un gran destino necesita haber sufrido a borbotones*.⁹²

Y son coherentes también con esta actitud su crítica de los valores culturales del mundo inmediato: cientificismo, liberalismo, racionalismo.⁹³ La caducidad del orbe de la razón, el énfasis en la primacía de la pasión, de la emoción, de la sensibilidad, del "alma", llena sus primeras obras.⁹⁴ Igualmente, la sátira de cierto tipo intelectual que es para él *desorden, deformación, principio demoníaco*.⁹⁵ No creo que exista nacionalismo de tipo moderno sin esa nota antintelectualista que en Mallea está abundantemente rubricada.

No faltan, sin embargo, afinidades más rotundas, más inequívocas que éstas, más concretas, sobre todo: las alusiones, por ejemplo, a la entrega de las riquezas del país, a la figura del *vendedor*, del *senatorial*, del abogado de intereses extranjeros. (Son los años de las primeras denuncias estrepitosas de los grandes negociados de las carnes y la electricidad, los años de las obras de análisis antimperialista de Raúl Scalabrini Ortiz y los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta, los años en que el tipo del político y el jurista intermediarios entre el interés foráneo y el Estado concesionario se convierte en el gran aborrecido de la vida nacional). En *Las Águilas*, los ingleses, *unos nobles con dividendos en los ferrocarriles*,⁹⁶ son simplemente la expresión más benigna de una fuerza más difusa y amenazadora: *Otras caras se mezclaron a las caras de los nombres notorios; rostros casi desconocidos y recientes, de leve rubicundez extranjera, poderosos y sonrientes capitalistas que a cambio de unos manejos confiscatorios y de algunas operaciones de garra habían puesto su nombre, no ya en las listas financieras, sino a la cabeza de la nomenclatura social*.⁹⁷

A estas nuevas presencias se corresponde, del lado nacional, la farsa de los que reclamando pureza, enajenan el patrimonio de todos: *Cuanto más intereses privados acumula el individuo de esa*

fauna, más estridente, intransigente es su grito en favor de la pureza pública.⁹⁸ Tal, los grandes abogados, los decadentes patricios de Bahía de Silencio.⁹⁹

La disconformidad y la fe, ínsitas en toda actitud revolucionaria, mueven la exigencia entonces de una gran acción purificadora, de una limpieza cabal. ¿Qué otra ciudad ante un mundo de fantasmas, honorabilidades y cretinos,¹⁰⁰ el mundo de los caballeros de la orden del mérito público (. . .) estos ejemplares de la viveza nacional, seres profundamente —no ya deshonestos— ininteligentes, vulgares, superficiales, falsamente instruidos, locuaces, buenos comilones, espíritus míseros y analfabetos del alma?¹⁰¹

Bahía de Silencio es una larga rumia de todos los problemas de una acción de ambición revolucionaria y técnica periodística e intelectual, de intención política e impaciencia activa, consumida en la espera de traducirse y encarnarse.¹⁰² (Sólo conozco libros como algunas novelas de Koestler y, sobre todo, *Eté, 1914*, de Roger Martin du Gard, en que los problemas de la táctica política ocupen un lugar semejante). La acción que en Bahía de Silencio se debate, es la acción que busca clarificar los supuestos de un estado nacional y reemplazarlos por un planteo orgánico de otros; es una actividad de desinterés, de arrojados, una acción de desclasados que no piensan en términos de intereses concretos —particulares o de grupo— sino en los términos más anchurosos de aquella anhelada grandeza nacional. Morosamente debaten entre ellos los móviles de ese esfuerzo, sus ingredientes de pasión, de fanatismo, de inteligencia o ardimiento.¹⁰³

En una actitud de este tipo contempló Mallea —en aquella decisiva década a que aludí— a una porción o sector nacionalista de la juventud argentina. El interés y aun la devoción que ella le despierta las ha expresado el autor muy claramente en un ensayo de 1940: *Yo admiro a una parte de la juventud cuyas ideas no comparto; la creo ineligente, argentina, sincera. La veo pensar muchas veces en términos dignos. Me enorgullezco por esta calidad compleja. Si ellos tienen razón bienvenido sea lo que quieren (. . .) Y si no tiene razón, su decencia, su nobilidad, su pureza me serán siempre válidas. Pues así como las grandes desmesuras tienen la virtud de traer a veces al hombre a su centro, del mismo modo estos ideólogos adolescentes*

*pueden estar en camino de encontrarse de manos a boca con la realidad nacional.*¹⁰⁴

Me parece pues, indudable que la política implícita en la obra de Mallea, se filia dentro de la corriente intelectual y activa de un nacionalismo inflexionado por elementos europeos. Sin embargo, y en contrapunto con estas afinidades; o, pesando mejor: por exigencias de perspectiva, por necesidad de coherencia, contra ellas, se articula desde *Nocturno Europeo e Historia de una pasión* el horror (también activo) a un mundo de violencia ciega, desconfianza, mentira, orden vacío, exasperación e intimidad violada. En Europa sintió flotar, ya en el 35, algo que había en la atmósfera, el aire deletéreo.¹⁰⁵ Es ese aire el que justamente le hará volver los ojos, con pasión y sed, al mundo americano.

Ante este atmosférico desafío, empero, las respuestas son más concretas. Decisiva me parece la entrañable exigencia de cierta confianza básica entre los hombres, la de una última y cardinal simpatía entre todos ellos, la de un mínimo crédito que permita desenvolverse en un plano humano la vida de relación. Fundamental también, la creencia, de indudable estirpe clásica, griega, en una medida intrínseca de las cosas, en una naturalidad, en una organicidad, en una seriedad que han de imponerse al fin, a través de pruebas y derrotas, sobre todos los excesos y los enfatismos, “las comicidades” y las desmesuras, la espectacularidad, las tensiones. Porque *el peligro de un estado fuerte puede consistir en hallarse constituido por almas cansadas de tensión, hartas de ser tenidas en férrea rigidez impersonal como el tornillo de una dinamo.*¹⁰⁶ *Para reconstituir la verdadera verdad hay que partir en cambio de esta base: no hay orden espiritual que permanezca y perdure por otra arquitectura que la señalada por lo legítimo de su propia proporción íntima.*¹⁰⁷

Estos dos valores: el de la confianza contra el recelo que se hace violencia y el de la medida contra la exasperación y toda tensión institucionalizada, fueron sin duda las claves de su evolución política en cierto período de su mentalidad, tan inicialmente indeterminada, en esto, como el mundo en que se desenvolvía. Algunas magníficas reflexiones que Oliveira Salazar recogió en esos años sobre la necesidad de organizar “lo cotidiano” podrían haber sido suyas.

(¿Y qué es, al fin y al cabo, el novelista sino el personaje para el que "lo cotidiano" importa supremamente?)

Por entonces, en la figura del poeta fusilado, de *Fiesta en Noviembre*, se salvan ilesas, como fuerzas activas y creadoras de la historia, la juventud, la energía, la pasión, la honradez, la sinceridad. La admiración a Ernst Toller, Jefe comunista alemán *existencia tan franca, tan insobornable, tan humana y tan viril*,¹⁰⁸ o a José Carlos Mariátegui, el teórico marxista peruano,¹⁰⁹ es la admiración a hombres antipódicamente situados respecto a esos ismos a los que ciertos tonos de ese tiempo tanto le acercan.¹¹⁰

En 1939, en 1940, la opción, sin embargo, es clara. *¿Puede haber algo más rotundo, más transparente, más neto? De un lado, el sentido pesimista y negativo del hombre; del otro, el sentido positivo de la criatura humana, la adhesión a sus reservas de genio, caridad, comunidad y poesía. Algunas inteligencias teorizan con brío la necesidad de estimular un despotismo para beneficio común. No hay beneficio común que arraigue en un principio de anulación del hombre.*¹¹¹

Para un tiempo más amplio, también estas preferencias valen frente al marxismo y a toda ideología economista y compulsiva. No le es posible creer en un enderezamiento del hombre que lo enderece desde fuera; que no comience por presentarse en términos de conciencia, en términos de libertad, en términos de intimidad: *Yo no soy marxista ni fascista porque no creo que el hombre pueda modificarse por su accidente sino por su naturaleza.*¹¹² Ante el sentimiento cada vez más nítido de la deformación del hombre,¹¹³ sólo confía en una instancia en la que *el individuo asume un grado de existencia en que se trasciende a sí mismo por la inteligencia y el amor, en que sobrevive la persona, es decir, el estado —ontológico— de generosidad.*¹¹⁴

Una exigencia de interna conexión, decía, y una noción muy viva de las filiaciones cada vez más imperiosas entre este clima universal y sus prospectos argentinos, va a reflajarse en Mallea en forma de reservas y en forma de discordias que rodean de cautela su entusiasmo nacionalista y que dibujan, última y definitivamente, su actitud ideológica en estos años.

Creo que la más importante es la que se refiere a la concepción —y a los ingredientes— del objeto nacional mismo. El espíritu y la figura de una nación, el espíritu y la figura argentinas, insistió desde entonces Mallea, no se inventan, no se imaginan: se descubren, se reconocen. *Un destino nacional no es el objeto de un azar inspirado sino un proceso de recolección. Destino nacional es potencia, siega de las propias especies cultivadas.*¹¹⁵ La nación no es ni *compadrazgo*, ni *hecho económico*, ni *hecho práctico*, *enfático*, de *naturaleza no espiritual.*¹¹⁶ No es, sobre todo, oportunismo. Ciertos nacionalistas *son también, en el fondo, extranjeros, pues a lo que vinculan su enfática exaltación es a lo que va a pasar, son los que gritan contra tal o cual imperialismo sin haberse preguntado nunca lo que es la argentinidad, lo que es el fondo de la argentinidad.*¹¹⁷ Naturalidad, proporción "diagnóstico contra proyecto", son las vías que limpiamente se dibujan en la tentativa honrada de una formulación y un recuento con lo nacional. Son la antítesis de toda hinchazón, de todo énfasis, de *toda inhibición que se torna en ánimo descompuesto, son lo contrario de las formas de vejez y endurecimiento, del despotismo y la sistemática furia.*¹¹⁸

La misma clave, pues, de la medida y la sumisión a lo real contra "las místicas" y los sueños del resentimiento y la arrogancia. Porque el destino de la nación, la grandeza colectiva que lo obsesiona no es poderío sino caridad; es generosidad hacia afuera y hacia dentro. Porque un nacionalismo ha de integrar todo el ser nacional y recoger todos sus ingredientes fieles. Mallea, naturalmente, no afirma nunca que esa actitud tenga que sujetarse a una especie de inventario pasivo y sistemático de todo lo que se es y de lo que se ha sido; no niega que en la historia de una nación no existan períodos de abdicación, y de falsedad, etapas de negación y renuncia a los mandatos de un ser histórico. De un ser histórico que no es entidad fija sino justamente eso: histórica, enriquecible, móvil. Pero Mallea ha debido enfrentarse con una ideología que construía la imagen argentina con los gualdos de la Colonia y el rojo de Rosas. Que excluía —con la escasa salvedad de Saavedra y San Martín— toda la obra y la significación de ese patriciado fundador, de ese patriciado de la independencia cuyas *virtudes humanas intrínsecas* cuyas *características morales (...)* *definen un tipo*

muy característicamente nuestro; un tipo que dio su máxima representación en nuestra historia (...) en el período que se extiende desde la fecha de nuestra emancipación hasta el advenimiento de Rosas. La acción, la idea, el sentimiento, la concepción profundamente extensa y cualitativa de un verdadero mundo nuevo aparecen armoniosamente articulados en este tipo argentino (...) Os parecerá vasto y confuso el término patriciado. Quiero apresurarme a aclarar que no aludo a un grupo innominado de próceres en su manida alegoría estatutaria, sino a muy particulares circunstancias de naturaleza y espíritu que aparecieron conjugándose en algunos hombres de nuestro albor estadual y que alcanzaron su máxima sustanciación en San Martín. 119

Desechar lo que va de mayo de 1810 al 1835 del advenimiento del Restaurador importaría una mutilación terrible de esos componentes del ser argentino. La importarían también todas filosofías históricas "ad hoc", de resurrección imperial (o colonial, para usar el término más enseñado). A mediados de 1940, afirmaba Mallea orgullosamente, en Tucumán: *A veces presenciamos con sonrisas el énfasis e infatuación de los portadores de la palabra imperialista de preteridas metrópolis que después de habernos ignorado durante cien años nos descubren entre sueños, creyendo que somos todavía hijos menores. Pero no somos hijos menores (...) Somos los argentinos más cabeza de metrópoli que cola de imperio.* 120

Los mejores momentos de un sarcasmo dolorido (prefiero llamarle así a ese "humorismo" de que habla Patrick Dudgeon 121, y que me parece estar ausente de toda esta obra) los logra Mallea en el retrato y en el discurso de ciertos ejemplares humanos que portan esas ideas, marcando así una última y definitiva disidencia con el ámbito nacionalista. Creo que Mallea ha odiado —literalmente— en algunos de sus representantes, un complejo de desatinado orgullo, de violencia fría, de desprecio, de básica frivolidad. Ha despreciado sus planteos tajantes de una restauración arqueológica de ciertas instancias fijadas, arquetípicas del pasado, desafortunadamente idealizadas. Sus planteos inoperantes. Sus planteos ingenuos. Jazmín Guerrero, por ejemplo, el "bien pensante" de *Bahía de Silencio*, con su filosofía prestada, su concepción maurrasiana de la religión y su contento con *un barrido y un fregado de superficie*. O Plon Vivar (com-

puesto patronímico, como el anterior, lleno de puntas). Y Encina y sus razonamientos. Los hace discutir: *En fin —dijo Blagoda— a usted, todo nuestro pasado como país libre les es indiferente. Quieren otra cosa. Quieren empezar desde el principio. —Quieren suprimir la Revolución de Mayo —sugirió Anselmi, elemental, con sorna. —Esa fue una revolución impopular —dijo Encina. —Lo cual, consecuentemente con sus ideas, debiera ser su mayor título de gloria —insistió Anselmi—, su prueba de calidad... —Claro —dijo Tauste.* 122

El tipo lo dibuja un personaje y portavoz del mismo libro. Lo dibuja rotundamente: *Son la peor especie (...) porque son políticos que hablan con la especie de las inteligencias espirituales. Son la peor especie, Son lo bastante duros, rígidos y dogmáticos para ser buenos políticos pero también para ser malos bichos, espiritualmente hablando. Creen detentar la espada de la justicia en el interior de su verbo aristocráticamente soberbio (...) No tienen adentro bastante amor como para que cualquier cosa que hicieran, si se les dejara hacer, fuera humanamente eficaz, saludable, benéfica. Dicen "hay que matar" y no piensan que quien afirma eso es porque ha empezado por matarse y no sirve ya más que para sí, para velarse.* 123

Tales los antimalleas y el Mallea que antes de 1940 enfrenta y adhiere a ciertas formas y deformaciones del expediente argentino. La Argentina posterior al cardinal 1944 desenvolvió un proceso histórico por todos conocido. Un proceso que se concretó en algo en que no sé hasta qué punto —recogiendo posturas por él prestigiadas— no ha tenido bastante que ver Mallea, y otros con él. Un proceso que se desplegó en una invasión fraudulenta de las resistencias de la persona; en un nuevo e inesperado triunfo de "la Argentina visible"; en una dinámica de lo nacional en sus formas más extremas y menos naturales; en una confirmación de lo plebeyo sobre lo popular; en una compulsión —en su plano más bajo— de aquellas formas de comunión anheladas.

Del contraste entre las esperanzas de aquellos hombres y estas realidades, del cotejo entre los sueños y las presencias, una cierta conclusión —sin pretensiones de pomposa tercería— parece válida, para oficiar en el clásico conflicto de la libertad y la necesidad en la historia. Es la del advenimiento inexorable de ciertas estructuras, la

de la llegada inevitable de algunas crecientes lejanas. La de que la perención de una clase, por ejemplo, se produzca. La de la afirmación de otra. La de que un Estado busque una forma o una nación su unidad concreta. Pero es también la de que es la acción de los hombres, su calidad, su quilate íntimo, la que les da su dirección y su nivel. Su austeridad. Su inteligencia. Su caridad (que no su blandura). Su capacidad de amor y de confianza en la vida. Que son las que hacen de las estructuras nuevas Leviatán o Ciudad, Cárcel o Misión; las que hacen de las crecientes torrentada devastadora o lento entrar en quicio que deja tras de sí, no sin estagnaciones y sin miasmas, el limo de la vida.

III

Énfasis, abstracción y manera

En las obras de los últimos años, cambian su sentido algunas de aquellas claves que en Mallea señalaba. Desde *La Torre*, específicamente, la figura del argentino entrañable experimenta una de esas mutaciones. No me parece impreciso decir que pasa de ser objeto de atestiguación a ser objeto de apelación. La pasada orgullosa convicción en su existencia, —convicción, al fin, en cierto modo genérica, pues el "argentino invisible" no aflora demasiado en episodios o seres concretos— se hace, lentamente, reclamo y, lentamente, inseguridad. Desde *La Torre*, Mallea busca en planos cada vez más accesibles, y por eso más firmes, las señas perdidas del antiguo y valioso estilo. Son el peón y el hombre criollo (Juan y Cande), el pueblo criollo,¹²⁴ la casa criolla,¹²⁵ el mundo y el país criollos.¹²⁶ Román Ricarte, el fracasado, toca en algún breve instante de plenitud, esa yacente armonía: *¿Qué importaba haber perdido el título usufructuario de aquello si la plenitud de tanta tierra era suya, de su hijo, de Mota, de cada cual, de quien pasara, por una especie de bendición del país? Y aquella anchura tan venturosa, tan sobrada de sí, tan bella por la obra de una conjunción de riquezas, ¿no daba la pauta a los pobladores, indicándoles tácitamente la regla de una ventura superior por naturaleza, o sea de una posesión que no necesitaba de la propiedad, sino que estaba*

*ahí y era de todos? Tal vez la dulce cortesía de su hijo, de otros, de tantos, la calidad de la nación, no provenía sino de semejante potencia.*¹²⁷

En la dialéctica del comunicarse y el resistir, la nota del resistir se va haciendo ahora, crecientemente obsesiva. Está en la textura de *Los Enemigos del Alma*¹²⁸, y vertebra casi la intención de *La Torre*. Es el ideal, dilatadamente rumiado, de Roberto Ricarte: *Uno elige su cantón interior y resiste en él, o todo explota y se viene abajo y dispara en huidas frágiles o aparatosas. Pero resistir, resistir desde lo que uno es, resistir desde lo que se quiere defender o construir, esa es la ley, o no hay ninguna.*¹²⁹ *Sí; en el tiempo en que todo pugna por invadirnos, había que salir a fortalecer en uno la voz que pasaría a los otros para que algunos, unos cuantos, tal vez muchos más, se opusieran de dejarse invadir.*¹³⁰ El resistir se hace —melódicamente— sueño de una vida limpia y a la intemperie, de una vía libre de légamos y compromisos y destinos falsificadores. Un proyecto de simplicidad y pobreza. Un evitar *el destino hecho, el destino de cajón.*¹³¹ *La andanza por la vida con las manos abiertas, los ojos abiertos, el corazón abierto, el alma abierta y la inteligencia hecha pan, que se nutriera a sí mismo y sirviera, también para los demás.*¹³²

Ya en *Todo verdor perecerá*, el tema de la comunión tiene una coloración desesperada: *¿Comunión? ¿Quién pensó llamarla nunca a comunión? ¿Dios, la tierra? Nadie, nada.*¹³³ En *La Torre*, el énfasis de la donación activa se trueca en melancólica necesidad de creer, admiración a *(esa santa e infatigable credulidad de la especie, a esa gente —su gente del campo criollo— eminentemente persuadible. Eminentemente, sublimemente.*¹³⁴ Y en esta nueva temperatura, la comunión —con mayúscula—, la entrega del hombre a una tarea colectiva y en marcha, es ahora, mucho más sencillamente, más humildemente, devoción a un trabajo creador, a una construcción de firmes bases. Porque *muy tenue era la calidad del país ya construido. Tan tenue que requería en su gente mano noble, mano delicada. El primer trabajo rudo fue hecho; después, gesta e historia, todo fue tenue, generoso, espiritual. Y eso era lo que había que proteger, que sostener: en cada uno. No vagamente, no. En cada uno. Mediante la voluntad y mediante el propósito.*¹³⁵ También en esta tarea, la comunicación

adquiere un nuevo sentido. Es el contacto entrañable con las cosas y la tierra que esa tarea, transitivamente, tendrá que manejar. Y a manejar con *mano delicada*, con mano que obedezca a su ser y a su valor. La *melodía, el canto de la tierra* que ya suena en *Bahía de Silencio*,¹³⁶ crece en este retorno a la *patria interior*, en esta nueva versión del *Menosprecio de la Corte y Alabanza de la Aldea* (tan cercana también al también español *Leoncio Pancorbo* de José María Alfaro). Ahora es una especie de *comunidad sanguínea mucho más fuerte que los parentescos físicos de la sangre, que lo hubiera hecho llorar, culpable, si allí librado a lo que su alma deseaba, hubiera podido olvidar convenciones y gritar al aire todo lo viejo que traía en su interior*. . .¹³⁷

Y es que sólo ante el mundo natural parece conservar ahora Mallea aquel antiguo manso deleite por gentes, caras, obras de arte y toda suerte de objetos; aquel deleite que le llevaba —a pesar de todas las angustias— a arrancar del universo ciertos trémolos de memorables intensidad y pureza. En *La Torre*, mucho más tarde, son únicamente el campo, las mañanas del campo, las noches del campo, las cosas y los pueblos del campo los que, en un registro variadísimo y de extrema eficacia, le devuelven en su plenitud el viejo estremecimiento.

La actitud ante el mundo humano varía, sin embargo, radicalmente. Y creo que en ninguna parte mejor que en el lenguaje puede rastrearse este cambio. En cierto énfasis, en cierta abstracción des-realizadora, en cierto amaneramiento.

La abstracción y el énfasis no eran desconocidos en los primeros libros de Mallea, pero aparecían como fundidos, y diluídos, en la alta temperatura de las introspecciones, de las visiones, de los debates apasionados. La abstracción, pero el énfasis, sobre todo, no podían ser extraños a obras de indagación agónica (*Nocturno, Historia, Meditación*) que se explayan en retrospectos, planes de vida, regresos y partidas.¹³⁹ No podían faltar en libros en los que el personaje central y portavoz parte y termina planteándose y replanteándose el sentido de su existencia y el de la colectividad a que pertenece, en situaciones extremas y en escenarios de suma desnudez, significación y dramatismo. (Ya sean naturales, como los de *Meditación en la Costa*; ya como los de París, Fiésole u Holanda creados con mano de hombre según las leyes de cierta perfección¹⁴⁰).

Para esos deshabitados que se observan en ámbitos de primera categoría, bajo la noche tibia de Europa o contra la desolada negrura austral,¹⁴¹ cada inflexión de la vida se hace palabra mayor.

Escenarios y estados de espíritu se funden en un clima común que integran el dolor de la insularidad, la derelicción más extrema, la tensión y la melancolía, la identificación con el universo o su repulsa. En estas emociones, de una indisimulable raíz existencial y romántica,¹⁴² el lenguaje del énfasis y la elocuencia no sólo son aceptables sino imprescindibles.

Los relatos autobiográficos, tan frecuentes, en su forma directa o indirecta, en toda la obra de Mallea,¹⁴³ son ricos también en momentos de una exaltada intensidad introspectiva. Otro tipo de exaltación, coral y despersonalizada, se da en las visiones sinfónicas del país o de sus regiones, muy repetidas, también, en diversos libros.¹⁴⁴

Con validez para todo esto, Francisco Ayala ha señalado cómo, en el Mallea de la primera época, la vida se despoja *para convertirse en puro clamor*.¹⁴⁵

Pero eso sí: entendámonos. El énfasis que puede resultar de un forzar la voz más arriba de lo familiar, de lo íntimo, de lo prosaico, de un impostar, puede resultar también de un tenerla naturalmente en ese más arriba. No goza de buena prensa en la literatura contemporánea, pero está en ella. Y está en algunos de los mejores. Hay énfasis en Camus, por ejemplo. Hay énfasis —y grande— en el Malraux de las novelas y, sobre todo, en el de *Les Voix du silence*. Importa poco que cierto pudor, cierto universalizado "self restraint" lo tema o lo eluda. Algunos temas, una temperatura de la expresión lo exigen. Para los que no lo solicitan, ya el pseudo-Longino hablaba del "delirio extemporáneo" y el sayo le cabe a la exaltación fría de los neoclásicos, a tanto "poeta condóreo" que ha transitado —y todavía quedan— nuestro romanticismo americano, a tantos políticos de todas partes, que viven y hablan y piensan en el mundo de cierta impubilidad y que, en tren de comunicarse *urbi et orbi*, tienen que falsificarse ese tono, que es horrible, porque el otro apestaría. El énfasis auténtico es otra cosa. Resulta de una magnitud del tema, o de una presencia de esa emoción devastadora, opresiva y sin forma,

para la que los clásicos elaboraron su teoría de lo sublime. O de una presión interna y pasional demasiado fuerte para objetivarse sin presiones en "la ficción del ánimo conmovido". El énfasis, a menudo, no es mala palabra.

El énfasis, decía, no es raro en el primer Mallea y menos en el intermedio. Por ejemplo: *Ella, herida; ella portando en el vientre desierto y en el alma desierto y en el corazón desierto y en la mente desierto, tratada por aquel hombre como un objeto a quien se arrastra sin más ni más por los recintos de la tiniebla y la taciturnidad. El, resentido; ella, herida. Y los dos lanzados a la vida como apastados del tiempo, mutuamente desnudados de caridad.*¹⁴⁶ (...) *Filosos ángulos, gárgolas agresoras emergían de la masa madre, como ademanes repentinamente congelados, solidificados, fulminados en lo más crítico de alguna secreta culpa.*¹⁴⁷

A medida que las obras se suman a las obras, este tono se hace mucho más reiterado. En *Los Enemigos del Alma*: (...) *sin embargo estaban unidos. Estaban unidos por un principio terrible, más fuerte todavía que la sangre. Estaban unidos por su condición. Y su condición era compartir el cruel misterio de la desunión humana, haber nacido de recelo y de separación, ser frutos del desierto tras años y años de aridez. (...) permaneció inmóvil esperando que se le remitiera a los gestos mecánicos necesarios, a cualquier horrenda e imprescindible ceremonia con la que descendería al abismo del rebajamiento, a una especie de fondo lacustre de ignominia y oprobiosa vindicación. (...) Hubiera resistido toda la vida el soportar la carga del sarcasmo y del agravio, de la contumelia y el insulto, del desprecio y la cotidiana ignominia; pero la idea de recibir esas befas de parte de la satisfacción y el triunfo vil le producía una rebeldía sorda, un recóndito resentimiento.*¹⁴⁸ En *La Torre*: (...) *sólo al despedirse, cuando ya el tren arrancaba, captó en aquel otro rostro que permanecía en el andén diciendo cariñosamente su adiós, aquel interior vuelo nocturno, que era como el despojo volatilizado de la muerte agitándose sobre el terreno que asoló.*¹⁴⁹ En *Sala de Espera*: *Me lancé tras de ti, tras del agravio que yo mismo te había hecho, tras mi recuperación si te recuperaba recuperando tu perdón, benigno, tras la sombra de tu inocencia grave y limpia, tras el aspecto de mi culpa reflejada*

*en tus dulces rasgos tristes. (...) Yo era esa magnitud, ese maravilloso semblante, ese afinado cuerpo, esos dos senos altos, eréctiles, insólitos. Ellos se alzaban sublevados, mientras toda la casa, el silencio, el viento, el fracaso, el sacrificio, la indiferencia, el desamor, la indigencia, eran fuerzas de muerte, peligrosas: decadencias, marchitamiento, cárceles. (...) Me noté haber sido sólo el sebo de ajenas llamas, o el instrumento incondicional de mi propio placer físico, una especie de culpa eternizada en culpa, eternizada en su repetición infernal sin disidencia, aferrada al pecado por lo pecaminoso del pecado y no por la ilusión o el dolor que a él nos lleva como el pasaje necesario hacia unos tristes triunfos.*¹⁵⁰ Y, por último, en *Chaves*: *¡Cómo luchaban sus palabras con las palabras de ella y cómo se mezclaban y herían en la conjunta demencia, alzándose la una en susurro y la otra en promesa, caricia y llanto! (...) Y junto a aquella cara de órbitas comidas y ojos vueltos a lo hondo, que ya volaba por la más indiferente indiferencia, las flores, las flores de montaña, las flores grandes y secretas estaban ya encogidas, precursoras, y al revés de ella que parecía con la agonía haberlo cobrado, asumirlo, tenerlo ya del todo, las flores, ya vencidas, mostraban perdido su secreto.*¹⁵¹

Creo que todos estos párrafos son, de por sí bastante reveladores. El énfasis es en todos ellos vehículo de una trágica tensión: situación, confesión o recuerdo. Se expide en juegos de aliteraciones, en retruécanos, en series nominativas increíblemente dilatadas. Adelgaza situación, confesión o recuerdo a unas pocas claves obsesivas: *culpa, perdón, secreto, misterio, pecado, muerte*. Abstrae una materia, la desrealiza, o por mejor: la inmaterializa y la deslíe.

Aunque en *Historia de una Pasión Argentina*, Mallea se declara incapaz de canjear la existencia por la esencia,¹⁵² en lo posterior de su obra esta opción aparece cada vez menos neta. (Anoto, al pasar, que la resistencia señalada en alguna página reciente al existencialismo de tipo francés,¹⁵³ es lógica en un escritor que abrevó tempranamente en sus fuentes más inequívocas: Pascal, Kierkegaard, en el más reciente Chestov, y en el trágico Benjamín Fondane. En un escritor que, por lo tanto, nada necesitó de la moda existencialista para transmitir en sus libros una experiencia existencial).

Los principios de la vertiente abstractiva se encuentran, sin embargo, en las primeras obras de Mallea. Pienso que una de sus causas originales es la necesidad de mencionar de un modo tipificador y generalizado los males y las realidades argentinas, necesidad inexorable en un mensaje que no quiere tener carácter panfletario ni estridencias e inmediatez de tal. Otra podría ser la ambición de crear una tipología moral de su país, ya marcada desde el plan de *Las cuarenta noches de Juan Argentino*, en *Bahía de Silencio*, y cumplida, aunque con muy diferente intención, en *Los Enemigos del Alma*. También, en fin, parece muy importante, para un rastreo de esta tendencia, la condición de desterrado, la situación de virtual exilio en la que, para Mallea (adelantándose al *Sarmiento* de Martínez Estrada y a *El Pecado Original de América* de Murena) se encuentra una inteligencia fácticamente inserta en una realidad que le es últimamente ajena.¹⁵⁴ El mismo Murena en su provocativo y agudo libro señala la *transobjetividad* como el ámbito típico de la conciencia americana,¹⁵⁵ y subraya el rasgo de la exterioridad, de la ajenidad a lo real de todo este núcleo de escritores.¹⁵⁶

No faltan, pues, causas para una modalidad que no soy el primero en apuntar. Luis Emilio Soto, señalaba que en los últimos libros del escritor los personajes *patinan sobre el hielo de abstracciones pertinaces*.¹⁵⁷

Para explicar todo esto no puede menospreciarse la importancia de una característica idea malleana: la de una *distancia justa de las cosas* (para usar la frase de uno de sus personajes),¹⁵⁸ y la de que esta distancia tenga que ser, en el designio consciente de algunas novelas, una gran distancia.¹⁵⁹ En *Rodeada está de sueño*, protesta Mallea contra la exigencia de que el novelista se acerque demasiado a la realidad.¹⁶⁰ Parece que en sus libros últimos esta lejanía ambicionara que las cosas y los actos accedan a la obra convertidas en esencias o, para emplear la expresión dorsiana, que las anécdotas se truequen en categoría. Una página muy expresiva de 1944 así lo afirma: *De la última muerte, de la última violación, de la última quiebra bancaria, de la última salida ingeniosa oída en la ciudad, del último desastre, sólo me llegan —¿qué decir?— una esencia. Como si yo estuviera, tan sólo, comunicado, no con los hechos mismos en*

*su faz externa y anecdótica, sino con el universo —mucho más extraño y misterioso— donde se originan, de donde se ponen en marcha.*¹⁶¹

Vale la pena apuntar que esta creciente importancia de la abstracción no significa en Mallea una invasión de la razón elaboradora sobre la diversidad y el espesor de lo real. Dos relatos suyos bastante recientes —*Juego y Celebración*— pueden identificarse en una intención de venganza de ciertos planos: lo humano, la realidad, el misterio contra los que los desconocen; contra los que sólo oyen las voces del pronóstico férreo y la inteligencia infalible.

De cualquier modo, los procesos e imágenes abstractivas son cada vez más frecuentes. En el *Vínculo* y en *Bahía de Silencio* sólo afloran muy raramente. En *Los Enemigos del Alma*, de 1950 y en *La Torre*, de 1951, el uso del lenguaje y las formas abstractas se hace casi general.

En *Los Enemigos del Alma*, por ejemplo: *El alma se le estrangulaba mortalmente en la vacancia de los sentidos. Tampoco quería encenderse en ideas desinteresadas. A propósito bajaba la mecha de la razón hasta no dejar encendido más que aquel tenue borde correspondiente a la memoria. (. . .) Esa satisfacción fácil, esa satisfacción pertinaz, encendió una vez más en su mujer un sentimiento de repulsa. En la misma satisfacción, la satisfacción de hombre orondo, que antes le causaba gracia. . . (. . .) Al verla explotar así en él, toda posibilidad de risa desaparecía en uno, debido a una suerte de singular transvasación; y no quedaba sino el ánimo de mirar con algún embarazo a un ser que se arrogaba tan decididamente y tan a fondo, tan de lleno, la facultad de transformarlo todo en una especie de irrisión cósmica.*¹⁶² En *La Torre* las notas son más breves pero aparecen el *desconcierto desintegrativo*, los *periodos clarificativos*, y una *cámara distinta, de separación y de voluntad estables, para los que no había más apelación que la espera.*¹⁶³

Otras veces en un episodio, es una escena lo que se cuenta con intención desrealizadora. Tal el caso de alguna comida en *Los Enemigos del Alma*.¹⁶⁴ Otras es el discurso moral el que se hace generalizador y homiliario.¹⁶⁵ Otras, los tipos y las figuras.¹⁶⁶ En ciertas ocasiones, la abstracción corre dentro de la imagen misma, que esconde tácitamente su cuerpo: *Descendió luego finalmente de la expectación*

tativa a la voz, encaminada por aquellos atajos, llenos de siruposo interés en que de pronto se embarcaba. (. . .) Se les puso la cara de su falta. La cara atroz de lo incompleto que busca la parte perdida: ese esguince, ese tirón, esa oblicua flacura del defecto. . .¹⁶⁷ (. . .) Era como si la sonrisa, por su cuenta, campando por su propia licencia, contuviera el estrago de sus fracasos. (. . .) la vió abatir los ojos desde las alturas arrogantes de la sentencia al lleno del secreto.¹⁶⁸ En *Chaves*, a pesar de su cortedad, se pueden anotar diversos tipos: una transparencia desencadenada; un bajó de las palabras a la llanura de su soledad.¹⁶⁹

Junto a la abstracción, cierta propensión aforística que en Mallea tampoco es nueva —Ana M. Berry la señalaba hace años,¹⁷⁰— se acentúa en las últimas obras y, sobre todo, en aquellas que abundan en materia intelectual y siguen un tren discursivo.¹⁷¹ ¿Por qué, para el mundo, que cambia tanto, el hombre cambia tan poco? He aquí la argucia: la vida simplifica para la muerte. O ésta: Cuando las ideas se tambalean es cuando vemos qué vale su estabilidad; si es buena o mala.¹⁷³ Creo que la progresiva abundancia de la forma aforística obedece a la misma economía: despego, generalización y abstracción; responde a un mismo proceso de alejamiento de la materia.

La misma raíz de sombría afirmación, de resistencia interior y distancia tiene el amaneramiento creciente que muestra el lenguaje de Mallea, el uso cada vez más sistemático de la perífrasis, del giro académico, del cultismo.¹⁷⁴ En textos de diversas épocas,¹⁷⁵ Mallea señala su preocupación por el deterioro de un lenguaje colectivo argentino cada vez más irreal y desencarnado, más maleado y más pobre, más socorrido y primario, su preocupación por un lenguaje chirle, líquido, grisáceo. Esta cavilación se hace correlativa con la proclamada necesidad de que el escritor se cree su lenguaje y de que ese lenguaje sea un lenguaje de agresiva significación y de resistencia a las cosas. En sus últimas *Notas de un Novelista* se reitera con pertinencia esta importancia de una lengua que debe preexistir a la creación de la obra, que debe embarcarla después en su cuerpo suntuoso o pobre, significativo o desvaído.¹⁷⁶

La práctica no siempre es feliz. Continuó empero, fina, alta, delgada, su camino, con cierto orgullo contumaz, principesco, refle-

jado en su abismal recalcitrancia. (. . .): las dos hijas mellizas del confitero, presuntuosas y monosilábicamente engreídas en la abundancia color castaño de sus trenzas colgantes.¹⁷⁷ En *Los Enemigos del Alma* el predominio de la manera es mucho más riguroso: (. . .) le gritó que él pertenecía a la especie de los alegres atribuidores de ignominia, a aquellos en quienes la ajena corrupción florece en corolas de complacencia, en sarcasmos, en sonrisas cómplices, en fin, en una frívola relajación de los resortes de soledad.¹⁷⁸ Un personaje se va sin saber a ciencia cierta si era en serio objeto de plácemes o víctima palmaria de escarnio. Otro lanza un grito, adentrándose ya en las esferas de lo espiritual frenético.¹⁷⁹ En *La Torre*, el músico Riobaldi se la pasa pagando ricas comidas con la especie de ricos sofismas, literarias especies y paradójicos escarnios. Un personaje ve en una reunión que en uno de los intervalos de la danza, un solista atacó al piano con denuedo de orate, llenando el espacio de vibraciones furiosas, que de pronto se abatían latamente en deliquios lánguidos. Otro: Irónicamente rió ante Roberto, y levantó, con airecillo feral, su copa de vino blanco, ofertando al cuñado aquel brindis, tinto en escarnio.¹⁸⁰ En *Sala de Espera*, Isolina Navarro cuenta: la soledad me fue secando, me agravié con lo sobrenatural, guardé rencor a todo lo que me relegaba a la prisión de mí misma, a la esterilidad y la soltería, a la virginidad espantosa de las feas.¹⁸¹ En *Chaves*, el crepúsculo finiquitaba su labor, y los borrachos ostentaban las deformaciones de lo espiritual.¹⁸²

Por lo general estas expresiones se construyen con perífrasis, términos de origen culto y uso (a veces) peninsular. Se construyen, lo que parece más extraño, con ciertas palabras, de origen periodístico, típicamente convencional, cargadas en ese horror a lo directo, con esa pudibundez ante el objeto, ante el señalamiento de lo desgraciado o lo diferencial, ante la carnalidad de la imagen, que ha llevado a llamarle a los ciegos, *no videntes*, a los negros, *gente de color*, y a los Asilos, como en nuestro país, *institutos*. Pero otra reiteración alarma, en verdad. Es la de vocablos cargados de una hostilidad sistemática, de un abarcador desprecio. La abundancia de *ludibrio*,¹⁸³ *irritos*,¹⁸⁴ *befa*,¹⁸⁵ *contumelia*,¹⁸⁶ *escarnio*,¹⁸⁷ *sarcasmo*,¹⁸⁸ *agravio*,¹⁸⁹ *insulto*,¹⁹⁰ *ignominia*,¹⁹¹ y otros. En ba-

se a ellos y a determinados sustantivos: *estantigua, enana, vulpejas*,¹⁹¹ b) Mallea obtiene deliberadamente en muchas de sus páginas, una compacta textura de agresividad, de dureza.

A veces, como soplabla por todas estas fuerzas, la construcción sintáctica se retuerce en imágenes superpuestas, en giros que han sufrido varias vueltas de tuerca en demasía, en comparaciones que yerran, por exceso de elaboración, todos sus blancos. En *El Vínculo*, sólo aparece una *sangría de claroscuros martirizados*.¹⁹² No es feliz, pero no es extremo, el *del todo arriado el crepúsculo lo mismo que una cortina baja*.¹⁹³ Es en *La Torre* en la que cierto barroquismo intempestivo se despliega a profusión: *Después de las fiestas virgilianas un denso hermetismo trasuntaba la adustez del campo sembrado, cuya seriedad, después de la risa, salía al paso de la nueva fiesta vespertina, la cual acababa en muerte, tinta en sangre, y tras la cual la riqueza parafernalia de la noche oficiaba de capilla al deceso*.¹⁹⁴ O en *Chaves* en que *cada vez que (. . .) volvía al silencio, que era su mansión natal, ella se retracta y adoloría, fugaba en espíritu, partía, y él tenía que acudir a ese marchitamiento saliendo a cazar pájaros nuevos por el camino de su dócil voluntad*.¹⁹⁵

A la altura que la obra toda de Mallea se sitúa; en escritor de la variedad de sus recursos y técnicas, esto tiene que tener una explicación que se sitúa más allá de ciertas vertientes del gusto, más allá de ciertas tolerancias con la frondosidad. Una explicación en la que con seguridad impulsos oscuros y deliberados propósitos entren parigualmente. Este tono no nace de una imposibilidad: algunos relatos de Mallea y especialmente alguno reciente (*Juego, La Celebración*) señalan la facultad de contar leve y transparentemente y aún la de utilizar una impostación deliberadamente canallesca, prosaica, callejera (que es, sin embargo, menos extrema que la de algunos recientes experimentos de Borges y Bioy.).

Descartado esto, señalo, para empezar, que existe en Mallea, y las recientes *Notas de un Novelista* lo atestiguan,¹⁹⁶ una consciente inclinación hacia una literatura de *exageración y grandeza*, abonada en el ejemplo de Dickens cuya *grandeza está en la facundia de sus poderes exagerativos* o en el de Chesterton y su afirmación de que *la exageración es la definición misma del arte*.¹⁹⁷ Un deliberado

disgusto, también, por una literatura que tienda a *asesinarse y acecinarse en sus posibilidades de grandeza, debido a un exceso de gusto*.¹⁹⁸ Motivaciones menos deliberadas pueden registrarse en la frase de que *el que hace de sus defectos un todo complejo y expresivo, es eficaz*.¹⁹⁹ escrúpulos indescartables en la de que *cuando se escribe novela hay que estar viendo las figuras, apartados los ojos de las palabras*.²⁰⁰

En el *Diario de Los enemigos del Alma*, de 1948, Mallea se pide a sí mismo un lenguaje *tenso, concentrado y casi crispado* para un clima que debe serlo igualmente.²⁰¹ Me parece visible en esta petición la defensa del lenguaje de su obra actual. (Me parece visible, dejando de lado el problema o la posibilidad de que la relación entre el lenguaje y el mundo que crea no sea unívoca). Pero si este lenguaje de tensión, resistencia y tono mayor cabe en Débora Guillén, de *Los enemigos del Alma* o en Isolina Navarro de *Sala de Espera*; si las dos cuentan espléndidamente los episodios prácticamente iguales del rechazo del único galán de sus vidas,²⁰² si la abstracción creciente es eficaz en Chaves, tan alejado y dividido del mundo, ¿no es significativo que este lenguaje sea, además, el lenguaje de todos sus personajes últimos y el de un libro como *La Torre*, al que esta tensión, esta abstracción, esta manera, no le son acordes? ¿No es significativo, también, que tantos personajes lo exijan? ¿Y que otros que no lo exigen, hablen como el niño de *Sala de Espera* de *mis rumias* y hagan juegos de palabras con *inapto e inepto*?²⁰³

Roberto Levillier, en 1936, ya señaló la uniformidad de ciertas reflexiones e introspecciones en personajes muy distintos; Mario Benedetti, muy recientemente, calificando su lenguaje, habla de su *anfractuoso estilo y elaborados adjetivos*.²⁰⁴ Díaz Plaja, por último, analiza cierta incapacidad mimética que es una evidente repugnancia desdoblarse en distintos seres y a hacerlos hablar en distintos lenguajes que el propio.²⁰⁵

Porque es el mismo lenguaje del escritor, y no el de sus personajes, el que ha experimentado estos cambios. Y creo que dos formas más limitadas lo señalan.

Una forma especial de este énfasis, de este amaneramiento —forma mansa si se quiere— porta una muy especial intensidad desig-

nativa, un subrayado muy intencional. Son las trincas, estructuras paralelas de tres sustantivos, con tres artículos, o tres adverbios, que se encuentran desde antiguo en las obras de Mallea, pero que en las últimas novelas se hacen mucho más frecuentes. En *Bahía de Silencio*, por ejemplo: *Y era espantosamente triste la fisonomía de esos inteligentes, de esos ardientes, de esos puros*.²⁰⁶ O en *Todo verdor perecerá*: *vió entrar aquel hombre blanco, aquél partido por el rayo, aquél mudo*.²⁰⁷ O en *Los Enemigos del Alma*, donde es menos habitual: *aquel vago fondo de sonrisa ligero orgullo, ligero ludibrio, ligero triunfo de la mundanidad*.²⁰⁸ En *La Torre* aparece en cambio diez veces y en formas más deliberadas aún, menos naturales: *Aquel abogado, aquel Román, aquel académico*.²⁰⁹ Otras veces la estructura se hace cuaternaria: *esos claros, esos limpios, esos netos, esos directos*,²¹⁰ o binarias,²¹¹ o se ciñe a una pura serie sustantiva,²¹² o se llena de adverbio o adjetivo,²¹³ o toma forma oracional.²¹⁴

En las últimas novelas no es infrecuente tampoco cierto giro esperpéntico (para usar el término de Valle Inclán), que cobra hondo sentido. Es la imagen rápida, cargada de sarcasmo, violenta, voluntariamente deformadora: En *Los Enemigos del Alma*, por ejemplo: *dijo inesperadamente el Dr. Zacarías Zé, dando su fosco exequátur al cartelón. Es: la escualidez pasmada de Godo; es que un belfo sustituía al leve labio, y la forma iba asumiendo (. . .) la definitiva imagen, sí, de un toro: un rígido y magro animal agresivo de sensualidad y de carne*.²¹⁵ En *La Torre*: *El rematador, acariciando ojiriente la cadena pesada, viró hacia la ironía (. . .) Con sororal aristocracia las tres hermanas levantaban al aire sus narices puntudas, bajando el párpado superior, tristón y capotudo (. . .) el músico invertebrado tartamudeaba por su parte de apuro convulso (. . .) Alonsito, se tornó, alzando al aire su bigote de alcurnia, en este eterno fastidiado que ahora pontificaba. (. . .) El hombre rubio agitó negativamente en el aire una mano fofa, como pata de conje-to descalabrado*.²¹⁶

Los novelistas españoles contemporáneos (y algún portugués) han sido siempre importantes para Mallea. En el Pérez de Ayala de *Troteras y Danzaderas*, en el Unamuno de *Niebla*, en Baroja, está

—según él— buena parte de la novelística yanqui de este siglo, Joyce, Huxley, Pirandello.²¹⁷ En *Rodeada está de Sueño* y en *El Retorno*^{217 b} corren páginas de típica filiación azoriniana (y del mejor Azorín), si bien esta influencia se desvanece después. Y es importante que una de las presencias que le sucedan sea de un Valle Inclán epilodal, agrio, solanesco y encarnizado.

Aventura: abstracción, amaneramiento, perífrasis, énfasis se filian estilísticamente en una actitud de resistencia interior, de despegue de la materia circundante, de forzar patético de la propia voz, de apelación tensísima a la nocturna vastedad del todo. Señalan que la relación agonial, pero en último término posible, con el contorno, es cada vez menos posible; que las potencias de la oscuridad son cada vez más despiadadas. Señalan, por fin, que “los universales” (las abstracciones —si se quiere—) se han hecho más amistosos, más seguros, en su pura limpidez entitativa, que los objetos mismos, ásperos, amenazadores, invasores.

Todo verdor perecerá. Se cumple en Mallea, no sin vaivenes (uno de ellos es *La Torre*), algo que señala admirablemente Woringer: *Todo arte trascendental tiende (. . .) a privar a los objetos orgánicos de su valor orgánico, es decir, a traducir lo cambiante y relativo, a valores de necesidad absoluta. Pero tal necesidad la sabe sentir el hombre sólo allende lo viviente; en la esfera de lo inorgánico. Es lo que llevó a la línea rígida, a la forma muerta, cristalina (. . .) Pues las formas abstractas, sustraídas a lo finito, son las únicas y las más altas en que el hombre puede descansar de la anarquía del panorama cósmico*.²¹⁸

González Lanuza señala en una carta,²¹⁹ que toda la obra de Mallea, desde *Historia de una Pasión Argentina*, es una denuncia de ese terrible engendrador de espejismos que llamamos el Mundo. *Los Enemigos del Alma* con su Mundo, Demonio y Carne actuando a través de Mario, Débora Cora harían pensar —sin una ulterior reflexión— en un tránsito hallado de lo simbolizante a lo simbolizado, de la abstracción a la corporeidad. El propio Mallea se ha encargado de contrarrestar la especie en la contestación a la carta mencionada: *Mi libro no está planteado en el plano de la teología sino en el plano de lo trágico individual*,²²⁰ agregando en otra parte que sus

personajes no son símbolos sino coincidencias.²²¹ Agrega, sin embargo, la reserva, el pero: *Nada de lo humano vale la pena de ser pensado sin un asomo de su acepción de eternidad.*²²³

Y esto es lo importante: no el que la eternidad se vaya asomando a través de las cosas, en proceso de simbolización, sino el que las cosas mismas vayan asomando su esquelética y común entidad, su abstracta tesitura, su figuralidad.

Abstracción, énfasis y manera son la forma de la respuesta en un mundo donde nada contesta a nadie, ni nadie acepta que no se le conteste.²²³

IV

Encuentro y desencuentro de un público

Énfasis, manera, abstracción, predominio del resistir y otros cambios son índices concordantes. Son índices de crisis. La carrera literaria de Mallea parece encontrarse hoy en una encrucijada y es un excelente crítico uruguayo, Mario Benedetti el que, creo, por primera vez lo ha señalado.²²⁴

En algún momento de esta carrera, el autor había tenido la *sensación estupenda del poder pastoral.*²²⁵ ¿Cuándo? Porque esta carrera —decía— es una carrera extraña. Se inicia —y en esto parece muy semejante a la de nuestro Rodó— con tres éxitos de cierto estruendo: *Cuentos para una Inglesa Desesperada*, *Nocturno Europeo* e *Historia de una Pasión Argentina*. El mismo Mallea los ha recordado.²²⁶ Engrana después una intensa y actuante militancia en un momento augural, muy fértil, muy blando, de la conciencia argentina y de América. Cambia después el marco histórico y el autor retrae su gesto apostólico ante un país dividido en odios nuevos.²²⁷ Su mensaje sufre los cambios de intención y de cobertura que indagué. (No intento, naturalmente, una interpretación social y política rígida de la presunta crisis de Mallea: el escritor argentino posee su libertad y son anchos los cuartos en que se mueve. La clave del pesimismo no me resulta tampoco demasiado atractiva, pero una

comparación de *Historia de una Pasión*, las intermediarias y las últimas obras, le daría gran fuerza. Valentín de Pedro ya señaló este pesimismo en 1942.²²⁸) Se inicia —y esto parece muy decisivo— el divorcio con un público. Porque ¿existe un público de Mallea? ¿Quién lo integra? ¿Dónde se recluta?

Mallea ha sido siempre un escritor preocupado por los problemas de la comunicación. Alguna vez afirmó: *una de las escasas cosas que en la vida deparan auténtico descanso, es la sensación de que nuestra palabra ha llegado a la atmósfera que le corresponde y puede obrar sola en ella; así como, por el contrario, uno de los sentimientos más atroces y desoladores nace de la condición del hombre a quien sus propias palabras retornan siempre sin haber hallado puerto, como aves rechazadas y nefastas.*²²⁹

De cualquier modo, no sé hasta qué punto comprende Mallea cómo la vigencia de su obra depende de un cierto público y hasta qué punto este público tiene que ser raro, de conscripción difícil. Porque toda obra se juega sociológicamente sobre esta posibilidad de tener un público, de dirigirse con eficacia a un comunal destinatario. Si es cierto que la obra de un escritor tiene un radio potencial infinito en su posibilidad de imponer la propia ordenación y expresión de la vida, fácticamente es fácil comprobar una relación —de tipo dialéctico— en la que, desde una parte se lanza “el mensaje”, el desafío, la invitación a la visión y desde la otra se aquieta la indiferencia, se endurece el rechazo o se mueve la lenta o rápida aquiescencia, que suscita nuevas e indefinidas ofertas, en un proceso que se segmenta caprichosamente en el tiempo y se entrecruza a cada instante con cientos de análogas invitaciones y recepciones. Si la difusión de cada obra —que no sea un eco servil y olvidable— tiene que derribar una resistencia tras otra para ganar un público, no parece inútil recapitular cuáles ha tenido que enfrentar, con cuántas tiene que hacerlo, la obra de Mallea.

Decía Papini que, para entender a Dante, había que ser florentino, artista y católico. No basta ser sudamericano o rioplatense, ni ser presuntamente educado, ni presuntamente inclinado al ensayo o a la novela para gustar plenamente esa obra o, como mínimo, comunicarse con ella.

Y es así que distintos críticos de Mallea han señalado, con discreción, esta dificultad del reclutamiento de un público. Roberto Levillier y Guillermo Díaz Plaja ofrecen explicaciones que no me parecen válidas: el primero la resistencia del lector por lo abstracto (aunque con el acierto de señalar muy tempranamente la presencia de este elemento); el segundo, muy próximamente, la necesidad de un mínimo realista en toda obra que se dirija al lector medio, *a las muchedumbres*.²³⁰ No creo que para el autor de libros como *Bahía de Silencio*, *Las Águilas* y *La Torre* estas explicaciones valgan como tales.

Entrado a recapitular, creo que algunas resistencias parecerán mínimas, o poco decisivas. Pero existen.

Para empezar, Mallea cuyos antepasados transitan por las páginas de los *Recuerdos de Provincia* de ese Sarmiento identificado por él con el lenguaje y el ser de una Argentina entrañable,²³¹ ofrece una visión que parece difícil pueda ser recogida en su plenitud por el argentino o el rioplatense nuevo. Todos sus personajes típicos tienen la nostalgia de un orden patriarcal o "pre-moderno", mejor, de un "orden natural" y, aunque saben que no pueden volver plenamente a él, portan la conciencia de ser continuadores de un linaje, sienten subir ese mandato *desde profundidades eternas*.²³² Es con esa luz o ese recuerdo dentro que buscan una acomodación menos precaria, un ritmo menos frenético de cosas y de destinos. Casi todos los argentinos de Mallea son "argentinos viejos" y pertenecen a estratos que no es peyorativo llamar "decadentes". (No sería imposible adscribir a una tipología de vocaciones revolucionarias, su permanente insatisfacción, su repudio casi total de lo que les rodea en un catilinarismo de clases altas venidas a menos, desposeídas del predominio social).

Y en su desolación, en su derelicción, en su frecuente pobreza, el mundo de los personajes de Mallea es un mundo de refinados, de gustadores de lo caro, de lo raro, de lo ilustre. Como a cierto personaje de *Bahía de Silencio* que *nació habituada a la familiaridad con las cosas de calidad, segura de sus propensiones, de sus gustos, de sus preferencias y rechazos*,²³³ o como al que, en la casa de Baradoz le gusta que todo sea *materia de calidad, nunca rozada de vileza o subalterinidad*,²³⁴ a todos, como a Román Ricarte les atraen, tal vez a su pesar, *los objetos de lujo, las formas de distinción, los ritos del señorío,*

el estilo lento del aristócrata, el refinamiento de las ricas mujeres, los perfumes penetrantes de la casta.²³⁵ Hay un ideal de lo ascético-refinado que portan, por ejemplo en *La Torre*, la elegancia traslúcida y desposeída de Calila Montes y su cuarto,²³⁶ o Ricardo Nielo *pobre de cuna y pobre por vocación, misterioso de lazos y misterioso de hartazgos, vestido en su sencillez con más poderío que un poderoso (. . .) dueño de una gran delicadeza de maneras, alto, sutil, tranquilo, pensativo*.²³⁷ Para cierta herejía demagógica de lo ordinario como estado de virtud —parafraseando el juicio de Borges sobre el *Martín Fierro*— chocan violentamente sus criaturas raídas pero de buena etiqueta, sus criaturas sobrias de jamón y melón, currie y Chateau-Margaux, sus despegadas criaturas que tienen la experiencia frecuente de auténticos Duffy, Utrillo, Braque y, sobre todo, Hyeronimus Bosch, sus americanas criaturas que prefieren leer a Yeats y a Dryden, a Jacobson, Thoreau, los Webb, Holderlin, Heráclito y Savigny, y escuchan, cuando escuchan, a Scriabin o a Purcell.

Creo, para seguir, que la conmixtión tan frecuente en Mallea de la materia discursiva y ensayística con la novelesca ha dañado al prestigio de su obra para los muchos devotos de la pureza de los géneros. Sus ensayos, salvo los de *El Sayal* y *la Púrpura* y *Notas de un Novelista*, nunca parecen suficientemente ensayos, y sus novelas y relatos, salvo *Todo verdor perecerá*, *Fiesta en Noviembre*, *Chaves* y, tal vez, *Los enemigos del Alma*, nunca resultan bastante y puramente narrativos para los que tal cosa exigen.

Añado los trazos crecientes de un lenguaje y una perspectiva ya examinadas, aunque éstos no pueden importar razón bastante para la experiencia de cualquier lector contemporáneo.

Existen razones más profundas, más radicales.

No pienso, ya en ellas, que Mallea puede convertirse en devoción de alguien a quien no le duela hasta el dolor y le preocupe hasta la angustia el destino de la sociedad en que vive, a alguien que no sienta una parte muy decisiva, por lo menos, de su destino, embarcada en el destino común, en los azares de la colectividad en que está inserto. El pleno comercio de Mallea exige la participación, no sólo en su mundo, sino también en sus prospectos, en sus incitaciones a la acción, en su apostolado de una conducta. Exige una fe muy viva en

la fuerza de las ideas y las emociones colectivas, una creencia muy firme en la eficacia histórica de las conclusiones del espíritu, en su poder de encarnarse, de realizarse. No sé hasta qué punto esta fe es habitual en nuestro tiempo. Hasta qué punto las clases dirigentes de la cultura occidental, sabiendo plenamente que la cultura y el espíritu, la ciencia y las técnicas de hoy, proponen una riqueza maravillosa de soluciones para ordenar el mundo, no han renunciado a moverlas históricamente; no se han resignado a dejar la dilucidación del futuro a la gigantomaquia de unos colosos más armados de fuegos que de razones, espiritualmente atrasados, emocionalmente indigentes. No sé qué queda, por ejemplo —más allá de las pomposas tonterías de nuestros diplomáticos, de la insondable estolidez de nuestros estadistas— de aquella creencia en la misión de América, sin adjetivos, que expresaron hombres como Juan Larrea, o Alfonso Reyes; que se virtió en la primera época, la más recordable, de los *Cuadernos Americanos*.

De estas esperanzas, de estas inquietudes, de este recorrer dolorosamente un cuerpo crecido y tenso, la obra de Mallea puede parecer muchas veces, un despliegue demasiado moroso, un balbuceo angustiado en una impostación excesivamente uniforme. Puede resultar a menudo la reiteración sistemática de un mismo gesto de gravedad patética, de seriedad sin humor.

Poco se han acercado también a Mallea los que prefieren una literatura de ejercicio intelectual a una literatura de esclarecimiento de la existencia, a la típica novela tolstoiana del sentido de la vida. Y aquí se impone la mención de Jorge Luis Borges. Algún amigo mío opina que la existencia de Borges ha sido la gran realidad obsesiva de la carrera literaria de Mallea. Tal vez la gran constancia deformadora. Amigos, coetáneos, de cualquier manera no existen sin interferencias, sin una acción recíproca y a veces tácita, dos escritores de sus estaturas en una literatura nacional americana. Borges tiene en el Uruguay, y también en la Argentina, una profunda, una sólida influencia. Mallea no la tiene, aunque sí tal vez una estimación más apacible y extendida que el fervor grupal que suscita Borges —un fervor correlativo a cierta hostilidad que fuera de esos grupos despierta. Sea como sea, la actualidad de Borges, marca un sesgo en el "gusto

literario", en el sentido de Schuking, y es un hecho de primera categoría en ese plano.

Borges ha realizado una obra fragmentaria pero profundamente unitaria. Ha creado un mundo de implacable claridad intelectual, muy disimil en nitidez, sorpresa y extrañeza al mundo real de su dintorno; un mundo a espaldas del mundo. Ha creado un lenguaje, una adjetivación, modos de decir, una sintaxis. Ha establecido un peculiar linaje de meditación metafísica: la realidad y el tiempo, la eternidad, la memoria, que no busca, ni al modo patético ni al modo agónico, la vía de salvación, pero la que fundamentales cuestiones de la vida del hombre se juegan y tornasolan a la luz de una inteligencia y una fineza indeclinables. Borges ha dado, sobre todo, su cuño a un mundo de vigencias culturales, de alusiones, de nombres, en el que entran, además de los comunes ingredientes, el pensamiento oriental, lo alejandrino, lo nórdico, las literaturas modernas menos transitadas y, en suma, todo el pensamiento mundial, y toda la *weltliteratur*. Este fondo cultural, ejemplarmente manejado, es en parte materia de un ejercicio sobre materiales ya desbastados (un caudal que completa la vida y la propia experiencia) y, en parte y a menudo, un juego, una travesura sin vanidad ni pedantería. Borges ha creado, por fin, un estilo expresivo de la inteligencia, un "estilo del pensar", que diría D'Ors, en el que parecen confluír la fuerza metafórica del ultraísmo, la agudeza conceptualista y la concisa sabiduría de la tradición. Es un autor ingenioso y, agrego, para los que son sus verdaderos lectores, un autor auténticamente divertido, entretenido en la mejor de las acepciones. Un autor que parece estar más allá de su compromiso, más allá de su tema, más allá de su ejercicio. Un escritor inmune al provisorio morir que es esa clase de obra en la que todo el creador se juega —que no *juega*. Y se compromete. Borges podría ser un escritor radicado, argentino, sudamericano. Pero tal vez sólo pudiera serlo —y no le deseo naturalmente ese destino— a la manera del Francisco Narciso de Laprida de su *Poema Conjetural*, de aquel que encontró su destino sudamericano cuando las lanzas de los montoneros penetraban en su cuerpo. Porque sus temas del arrabal porteño, su interés en la poesía gauchesca, sus cuentos de cuchilleros tienen motivación argentina, pero es indudable que en Borges la elaboración estética, el lúdico regodeo de estos

motivos domina sobre su valor de signos de una realidad, de señas de un país que se examina y se despliega. H. A. Murena ha señalado, a mi juicio con acierto, la falta de participación de Borges en los sentimientos nacionales que sus temas portan.²³⁸

En Mallea, para volver a él, el bagaje cultural parece muy similar al de Borges. Las literaturas modernas y clásicas, en sus zonas más inusuales, lo inglés —abrumadoramente—, forman en realidad el patrimonio común de la generación argentina —la de *Martín Fierro* y la de *Sur*— a que Borges y Mallea pertenecen. Y que es, sin duda, la de más completa cultura (o lecturas) que la literatura americana haya tenido. En Mallea, sin embargo, la cultura actúa en un modo distinto a lo que actúa en Borges. En él opera fundamentalmente como un desafío o una invitación a la creación —como experiencias humanas comparables y enriquecedoras. En otro plano, también, es la decoración de sus refinados, el timbre de su distinción.

En la literatura de Borges domina la creación de un lenguaje, un mundo especialísimo, el ingenio, la metafísica. En la labor de Mallea preside la tentativa de un esclarecimiento de la existencia, pero de una existencia radicada. Este esclarecimiento se dinamiza éticamente, se hace o busca hacerse conducta. Pues mismo cuando la temática malleana se ucroniza, como en *Los Enemigos del Alma* es siempre sobre un quicio moral, de moral clásica, que tal proceso se hace posible. Mientras en Borges domina la lucidez no comprometida y como un último aire de extrema inmunidad, en Mallea la temática de la vía de salvación a través de la comunidad todo lo impregna. Borges, un día del año 1944, en la Plaza Francia, de Buenos Aires se asombra, realiza *el descubrimiento de que una emoción colectiva puede no ser innoble*;²³⁹ toda la obra de Mallea se respalda en la duda de que una emoción puramente individual pueda no serlo.

Y sin faltar en él la preocupación metafísica, es evidente que en sus libros el hombre se salva o se pierde en su situación en un aquí, en un aquende, y que no decide la disyuntiva ningún elemento inserto en la allendidad. En Mallea existe siempre profundo compromiso con el tema y en estos temas no es el ingenio, sin duda, el ingrediente más corpulento. La riqueza verbal del estilo se organiza en torno a un pensamiento flotante, un pensamiento que lo es porque dentro de él late

la palabra certera que dará sentido a la vida; un pensamiento orlado con bordes emocionales, que la expresión busca dar en toda su complejidad y riqueza, cargado de esa seriedad apasionada que lo suele hacer enfático, y de esa abstracción del que convierte la peripecia en representación y quiere apresarle en fórmulas válidas, comunicables y generales.

Por todo eso, y más que casi todos los escritores, Mallea exige un público de sensitivos, un público de apasionados, un público de exigentes y extremosos de ciertas calidades, de indiferentes a otras. (Y no puedo evitar imaginarme como arquetipo de ese público a la angustiada y la pura Ana M. Berry, una de sus primeras comentaristas).

Ya señalé sus contactos con ese nacionalismo que tan señalada significación tuvo en la década más activa de Mallea (1935-1945). Ese nacionalismo, o por lo menos vastos sectores de él, pudo formar un público fiel y entusiasta. Pero también destacué todo lo que lo alejaba de sus fórmulas y cómo, especialmente a partir de 1939, su actitud ante los fenómenos universales en los que ese nacionalismo se engranaba, fue más tajante, hostil, inequívoca.

Poco importa me parece, para concluir, que las novelas de Mallea se vendan o no. Apriorísticamente, Mallea aparece hoy como un escritor sin audiencia previsible, sin estrato receptivo. (Tiene, eso sí, un público, en cuanto éste puede formarse por una suma de lectores aislados pero ese, probablemente, no es el público ideal de un escritor y, en particular, de un escritor como él). Registrar estos hechos señala sólo el temple actual y los gustos de la masa sudamericana; no incide en el hecho de que Mallea ocupe en su literatura presente un lugar tan grande como cualquiera de los mayores. Pero es índice, más que consecuencia, de la crisis que he venido rastreando en su propia obra.

El símbolo de Chaves, el silencioso, es tremendamente transparente de una de las fuerzas que trabajan en el interior del escritor. En una carta a Ozorio de Almeida ya decía Mallea, premonitoriamente: *Yo estoy lleno, no de palabras; sino de silencio, ante el modo cómo ha escogido Francia su parte de martirio*.²⁴⁰ Creo que la frase tiene validez más allá de la circunstancia que la hizo nacer, que marca

una disyuntiva, un conflicto que sigue vivo en los adentros del Mallea de estos años. Ciertos personajes de distintos libros encarnan uno de sus términos. El Ireneo Vargas, de *El Retorno*, por ejemplo.²⁴¹ O Tomás Botón, de *Sala de Espera*, su casi mellizo, con el tremendo repliegue interior del que se siente *hollado, descalificado, registrado*, del que nota *la extraña transformación de todo en otra cosa*.²⁴²

Pero este silencio, este repliegue, lucha con una empecinada vocación creadora, contra esos períodos siempre repetidos de su vida laboriosa, con esas series de *dos años y medio sin pausa ni tregua* que recapitulaba el escritor en una reciente carta.²⁴³

El conflicto entre la abstención y la participación, entre la continuidad creadora y el retiro parece planteado, de todos modos, en Eduardo Mallea. Todos los signos que he señalado tienden a ratificarlo.

Pero Mallea recién rebasa la curva de los cincuenta años. Tiene tras de sí una obra rica de vida, rica de criaturas, rica de iluminaciones. Si lo *que escrib(e)* no le *da ya felicidad*,²⁴⁴ es dueño, a pesar de eso, de uno de los más prodigiosos registros verbales que en el español existan. Y ese registro (del que sólo la insurgencia es peligrosa como él mismo lo sabe cuando señala que *la lucha más pertinaz del escritor debe encarnizarse contra el crecimiento vicioso de su propio estilo*²⁴⁵) está a disposición de un caudal de visiones, de emociones y de ideas que no sé que dispongan muchos escritores de nuestra lengua.

Como su personaje de *La Torre*, Mallea sabe que *ya no nos queda más que la voz. Pero con la voz, vaya, se puede hacer tanto*.²⁴⁶ Como el admirado Chesterton sabe que el más hermoso ejemplar de luchador, es *el luchador desesperado*.²⁴⁷ Y que *los verdaderos ecos se hacen esperar, esos que se mueven lentos y profundos como los estrechos ríos*.²⁴⁸

NOTAS

Para abreviar en lo posible la larga serie de referencias, designo con un número romano, ordenándolos cronológicamente, los diversos libros de Mallea. Al mismo tiempo, indico la edición utilizada: I — "Cuentos para una inglesa desesperada" — Gleizer, 1926; II — "Nocturno europeo" — Sur, 1935; III — "Conocimiento y expresión de la Argentina" — Sur, 1935; IV — "La ciudad junto al río Inmóvil" — Anaconda, 1938; V — "Historia de una pasión argentina" — Sur, 1937; VI — "Fiesta en Noviembre" — Club del Libro, 1938; VII — "Meditación en la costa" — 1939; VIII — "Bahía de silencio" — Sudamericana, 1940; IX — "Todo verdor perecerá" — Espasa-Calpe, 1941; X — "El sayal y la púrpura" — Losada, 1941; XI — "Las Águilas" — Sudamericana, 1943; XII — "Rodeada está de sueño" — Espasa (Austral), 1944; XIII — "El retorno" — Espasa (Austral), 1946; XIV — "El vínculo" — Emecé, 1946; XV — "Los enemigos del alma" — Sudamericana, 1950; XVI — "La Torre" — Sudamericana, 1951; XVII — "Chaves" — Losada, 1953; XVIII — "Sala de espera" — Sudamericana, 1953; XIX — "Notas de un novelista" — Emecé, 1954.

(1) Como tantos escritores iberoamericanos de importancia, Mallea no ha tenido la crítica que se merece. Entre los estudios de conjunto, el de Patrick Dudgeon es entusiasta, simpático y frecuentemente agudo. Pero en buena parte de su transcurso no pasa de ser una glosa y en otra ubicación del escritor para lectores ingleses. El de Díaz Plaja, en "Poesía y Realidad" es mediocre, desconoce buena parte de la obra que juzga y abunda en rellenos didácticos. El de Francisco Ayala, en "Historicismo y representación" (p. 213-226) es breve pero inteligente, como todo lo suyo. Son prescindibles los análisis de Newton Freitas y, menos, el de Valentín de Pedro. De las notas de "Sur" merecen recordarse, sobre todo por su valor de testimonio emocional, las de Ana M. Berry (39 y 57), la de Emile Goulrán, por sus discordias (40), la de Bernardo Canal Feijóo (38), la de Amado Alonso (54) y, por su acierto y simpatía, las de Luis Emilio Soto (115 y 202), y la de Santiago Montserrat (123). El artículo de Roberto Levi-Lier, en "Nosotros", de 1936, posee el valor de significar un enfoque típico de la generación anterior a la de Mallea. Agudas o brillantes son las observaciones de Karl Vossler en "Estampas del mundo románico", las de Mario Benedetti en "Marcel Proust y otros ensayos" y las de H. A. Murena en "El pecado original de América". De las historias literarias iberoamericanas sólo pueden recordarse los desarrollos de la reciente de Enrique Anderson Imbert, y del más reciente aún "Índice Crítico" de Alberto Zum Felde. Otros libros, como el "Proceso y contenido de la novela hispanoamericana" del lamentable Luis Alberto Sánchez, clasifica "Bahía de silencio" en el rubro temático de "las novelas de río" (P. 451). No he visto los artículos de Gabriela Mistral en "Argentina libre".

De más está decir que no intento, con estas notas, suplir la ausencia apuntada al principio. Ellas dejan al margen, por otra parte, toda la cuestión de una teoría de la novela y un ejercicio de la novela; la de la formación literaria de Mallea; la muy decisiva de su concepción de la naturaleza y funciones de la literatura; la del mundo de sus personajes.

(2) Rasgos del "argentino invisible", según Mallea: sencillez, "nada de orgullo o jactancia", llaneza, "sin presunción"; cortesía, mansedumbre; generosidad, abundancia, anchura "tan sobrada de sí", vastedad; timidez, "escrupulosa prudencia"; riqueza de naturaleza, prodigalidad, fertilidad, disponibilidad; humanidad; densidad de alma y de sangre; pensamiento, conocimiento, "llimpla de ojos"; serenidad, nada de desolación o angustia; lejano del arrebatado y de la digresión, estricto, medido, limpio, "natural hermosura"; "claridad viril"; lealtad franqueza; almas "refinadas", "afinadas"; delicadas, vulnerables, con profundidad, hondura, frescura, riqueza interior; desinterés, desapego, liberalidad, generosidad, despreñimiento; "desprecio por la parte vil y predatoria de la vida", "desdén de las prebendas públicas", ni avaricia ni usura; parquedad, mutismo, "efusivos por dentro"; reserva, silencio, taciturnidad, gentes "nada teatrales", tálitas; varonil fervor, ardor, decisión viril, fuerza inteligente, coraje, resistencia; distinción, honor, decoro, señorío, superioridad sobre la vida, dignidad; elegancia; naturalidad, simplicidad; respeto sin altivez, orgullo; sobriedad...

(3) XVI, 287 (4) XI, 45-46 (5) XII, 54 (6) VIII, 492 (7) Rasgos de la Argentina y el argentino "visibles" según Mallea: Culto del dinero, explotación, codicia mostrenca; caos, inmadurez, grito y charrería; consentimiento; satisfacción y suficiencia; servilismo y pasividad de convicciones; ambición predatoria, agresión y poderío; indefinición, desarraigo, falta de pregunta sobre el ser, falta de memoria de los orígenes; impureza, vicio ávido y bienestar; indiferencia y menosprecio; odio a la osadía, amor por la ponderación y la mesura; mediocridad, estupidez, trivialidad, vacuidad, esterilización humana, sobrevivencia; vida gratuita y sin fundamento, "irrealidad insular y petulante"; farsa, desnaturalización de sí, dispersión, vida extramedular, culto del parecido "enfermedad argentina" y sustitución del vivir por el representar; ocio elegante, indolencia, inercia, placer, comodidad, negligencia a lo heroico, blandura, vida protegida...

(8) Zum Felde: "Índice crítico", 458-460; Santiago Montserrat: "Sur" No. 123 p. 81 y con mejores palabras Francisco Ayala, op. cit. p. 226 (9) V, 138-139 y VIII, 49 (10) XI, 186-187 (11) XI, 145 (12) XIX, 43 (13) XVI, 38 (14) X, 11-13 (15) XI, 182 (16) XVI, 59 (17) V, 60: XI, 146-148; XVI, 190-192 (18) V, 97-98 (19) XI, 88 (20) XI, 30 (21) IV, 50 e idéntico XI, 180 (22) VIII, 293 (23) VI, 145 y V, 184 (24) XVI, 41 (25) X, 196 (26) VIII, 42-43 y "La Vida Fácil: El Hogar" de 23 de agosto de 1940 (27) XV, 266; VI, 52 y VIII 59 (28) V, 36 (29) XVI, 287 (30) XI, 10 (31) XI, 226 (32) "Sur" No. 33 p. 38 (33) IV, 22, 25, 89, 90; VII, 111-116; 72, 503; XVI, 170 (34) XVIII, 84 (35) IV, 85, 91, 93 (36) VIII, 68 (37) XVI, 237 (38) XVI,

149, 221, 317 (39) XVIII, 18 (40) II, 181 (41) IV, 121 (42) XV, 128, 131 (43) XVI, 196, 267 (44) IV, 78 (45) VII, 87 (46) II, 158, 21 (47) VII, 14 (48) II, 214 (49) VI, 167 (50) VI, 313 (51) VII, 68 (52) XII, 28, 45 (53) VIII (54) IV, 69 (55) IV, 224, 225 (56) VII (57) XII, 18, 20 (58) XIX, 19, 20, 134-135 (59) XIX, 57 (60) XIX, 77 (61) IV, 153 (62) II, 189, 190 IV, 217, VIII, 138 (63) IV, 130 (64) VIII, 415 (65) VIII, 469 (66) "Sur" No. 48 p. 78 (67) XVI, 346 (68) XV, 140, (69) Romualdo Brughetti (70) "Sur" No. 38 p. 82 (71) VII, 149 (72) VIII, 178 (73) "La vida fácil", XI, 162, 163; XIX, 66 (74). Rasgos diferenciales básicos de Europa y América según Mallea: la primera: silencio y homogeneidad; potencia, formas inacabadas, inarticulación; generosidad; desorden cósmico, disolución; Europa: palabra, expresión, diversidad; orden cósmico: prudencia, concentración, "aura humana", "hombres hechos de siglos" (75) VII, 152 (76). El uso del tiempo pasado en este caso, como en otros similares, obedece a que estamos recapitulando una experiencia intelectual ya realizada; no porque creamos melancólicamente que ella haya perdido vigencia o sentido para nosotros (77) X, 186 (78). "Las grandes corrientes de la literatura iberoamericana" p. 234 (79) en "Ensayos Americanos" (80) "Poesía y realidad" p. 207 (81) en "Sur", No. 115 p. 92-94 (82) VII, 158, 159 (83) VII, 133, 89 (84) XVI, 177 (85) V, 156 (86) VII, 102 (87), "La vida fácil" (88) III, 19 (89) X, 103 (90) II, 107 (91) V, 160 (92) VIII, 180 (93) X, 40, 154, 155 (94) V, VII, 148-50; X, 159, 166 (95) II, 136, 141 (96) XI 212 (97) XI, 194, 195 (98) VI, 44 (99) VIII, 33, 45, 287-289, 304, 307, 413, 418 (100) IV, 195 (101) X, 191 (102) VIII, 34, 53, 74, 100-102, 106, 108, 136, 142, 189, 200, 208, 211, 217, 275, 396, 546 (103) VIII, 189, 339, 349, 421 (104) V, 172, 174 (105) II, 33 (106) X, 109 (107) VII, 71 (108) X, 35, 36; XII, 35 (109) VII, 171 (110) X, 103; VIII, 129, 273, 502, 503 (111) XII, 44 (112) X, 30 (113) VII, 50 (114) VII, 54 (115) X, 173 (116) VII, 143 (117) VII, 144, 145 (118) VII, 141 (119) III, 32, 33 (120). Discurso en Tucumán. En "La Nación" del 27 de julio de 1941 (121) Patrick Dudgeon: "Eduardo Mallea" (122) VIII, 141 (123) VIII, 424 (124) XVI, 56 (125) XVI, 30 (126) XVI, 338 (127) XVI, 324 (128) XV, 330, 331 (129) XVI, 60 (130) XVI, 115 (131) XVI, 234 (132) XVI, 236 (133) IX, 199 (134) XVI, 350, 376, 377 (135) XVI, 309 (136) VIII, 73 (137) XVI, 130 y 69, 132, 310, 311, 420, 421 (138) XVI, 11, 19, 21, 22, 56, 96, 99, 121, 152, 332, 339, 357, 364, 379, 419, 421 (139) XII, 45, 46 (140) XIV, 167 (141) V, 184 y VII, 8, 12, 120, 121, 136 (142). Señalada al pasar por Ana Berry en "Sur" No. 39, p. 83 (143) V, VII, XII, 19, 50 y ss.; XIX, 23, 25, 28 (144) III, 28, 29; V, 36, 37; VII, 99-101; XVI, 33, XVII, 66 (145) "Histrionismo y representación" p. 223 (146) IX; 24, 15 (147) XIV, 157 (148) XV, 48, 326, 341. Además 15, 16, 18, 19, 22, 26-27, 39, 45, 50, 54, 72, 74, 81, 90-92, etc. (149) XVI, 395. Además 27, 31, 38, 68, 71, 84, 88, 145, 146, 164, etc. (150) XVIII, 48 y 70. Además 84, 85, 174, 181, 182, 193 (151) XVII, 84, 95 (152) V, 79 (153) XIX, 18 (154) V, 314 (155) op. cit. p. 200-201 (156) ídem. p. 127 (157) en "Sur" No. 102, p. 59 (158) XVI, 387 (159) XIX, 71, 278 (164) XV, 86 (165) XV, 291, 297 (166) XVI, 146, 250 (167) XV,

70 y 207 (168) XVI, 31, 52 (169) XVII, 84, 97 (170) en "Sur" No. 39 p. 84 (171) IX, 27, 67, 69, 99, 166; XII, 65, 148; XIV, 23; XV, 168, 203, 209, 238, 243, 257, 276, XVI, 34, 44, 53, 57, 58, 68, 82, 94, 129, 148, 178, 192, 231, 339, 389, 394 (172) XVII, 32, 99 (173) XVIII, 83 (174) Germán García en "La Novela Argentina", habla de su "extrema minuciosidad y lentitud" y ve en ellas las causas de la pérdida del vigor de la prosa (p. 258) Emile Gouiran, en "Sur" No. 40, p. 76, destacaba la filiación de Mallea en "San Agustín el retor" y confesaba que "deseé al leerle que la frase se detuviese. Una estrella vale más que un cometa" (p. 77) (175) X, 121: "La vida fácil"; XIX, 43-44 y 116 (176) XIX, 116, 117, 105, 106 (177) XIV, 100, 190, 191, (178) XV, 78 (179) XV, 203 y 241. Además 13, 23, 33, 38, 40, 50, 51, 55, 59, 70, 74, 78, 79, 80, 90, 91, etc. (180) XVI, 208, 227, 252. Además 10, 17, 25, 26, 33, 41, 47, 57, 65, 67, 75, 76, 92, 115, 175, 272, 277, etc. (181) XVIII, 174. Además 29, 45, 46, 216, (182) XVII, 19, 21 (183) XV, 17, 18, 27, 338, XVII, 26, 49; XVIII, 134 (184) XV, 22, 49, 139, 165 (185) XV, 17, 215, 244, 320, 341, (186) XV, 24, 198, 288, 341; XVI, 42 (187) XV, 338, 340, 351, 352; XVIII, 134, 147 (188) XV, 336, 341, 351, (189) XV, 341 (190) XV, 341 (191) XV, 341 (191 bis) XV, 105, 246, 247, 315 (192) XIV, 60 (193) XV, 260 (194) XVI, 323 y también 16, 21, 35, 36, 46, 47, 66, 263-265 (195) XVII, 37 (196) XIX, 58-61 (197) XIX, 59 y 61 (198) XIX, 58 (199) XIX, 19 (200) XIX, 78 (201) XIX, 99 (202) XV, 190-93; XVIII, 180, 181 (203) XVIII, 212, 214 (204) en "Número", 25 p. 102 (205) "Poesía y realidad" p. 225, 226, (206) VIII, 395 (207) IX, 83 (208) XV, 18 (209) XVI, 40. También 28, 29, 57, 130, 176, 198, 343, 372, 379, (210) XI, 244 (211) XII, 139, XV, 211 (212) XV, 201 (213) XVI, 127, 196 (214) XVI, 305, 321 (215) XV, 164, 197, 307 (216) XVI, 81, 142, 210, 250, 258, (217) XIX, 63 (217 bis). Por ej.: XIII, 47-48 (218) Worringer: "Abstracción y naturaleza", p. 136 (219) "Sur", No. 197 p. 39 (220) Idem, 44 (221) XIX, 101 (222) "Sur" No. 197 p. 44 (223) XVII, 23 (224) "Número", 25 p. 102 (225) XII, 131, (226) XII, 77 (227) XVI, 389 (228) en "Nosotros" No. 75 p. 255 (229) VIII, 135 (230) op. cit. p. 217 y 225 (231) "Aseveración sobre Sarmiento en Sur" No. 48; "Prosa de ver y de pensar"; "La Vida fácil" (232) XVI, 33 (33) VIII, 159 (234) XVI, 184 (235) XI, 43 (236) XVI, 196, 199, 213 (237) XVI, 73, 75, 273 (238) "El pecado original. . ." p. 55 (239) "Otras Inquisiciones", p. 156 (240) "Sur", 61 p. 118 (241) XIII, 88-94 (242) XVIII, 96, 94 (243) "Índice, de Madrid", No. 76 (244) XIX, 118 (245) XIX, 83 (246) XVI, 352 (247) X, 143 (248) VIII, 438.

AMBIENTE ESPIRITUAL DEL 900

I

El Cuadro

En una provisoria aproximación, podría ordenarse escenográficamente el medio intelectual novecentista hispanoamericano. Colocaríamos, como telón, al fondo, lo romántico, lo tradicional y lo burgués. El positivismo, en todas sus modalidades, dispondría en un plano intermedio, muy visible sobre el anterior, pero sin dibujar y recortar sus contornos con una última nitidez. Y más adelante, una primera línea de influencias renovadoras, de corrientes, de nombres, sobresaliendo los de Nietzsche, Le Bon, Kropotkin, France, Tolstoy, Stirner, Shopenhauer, Ferri, Renan, Guyau, Fouillée...

Tal ordenación indica, naturalmente, que no creo que pueda hablarse de una "ideología del 900", sino, y sólo, de un ambiente intelectual caracterizado, como pocos, en la vida de la cultura, por el signo de lo controversial y lo caótico. Por ello, el esquema que intento aquí tiene un mero fin de claridad; quisiera ser aguja de navegar diversidades y no la artificiosa construcción de un corte realizado en la historia. Hacerlo, valdría desconocer que hay una temporalidad de las ideas muy distinta de la de las cosas, y que no cabe ensamblar, en un mismo panorama, con una entidad común, igualitariamente colocadas, la muy diferente vitalidad de lo retardado, de lo germinal, de lo vigente y de lo minoritario.

No aparecen tampoco muy impositivamente los límites cronológicos que permitan acotar un coherente período. Los anuncios de la crisis de las convicciones dominantes en Hispanoamérica durante la segunda mitad del siglo pasado se escalonan copiosamente a lo largo de su última década. Desde nuestra perspectiva uruguaya, sería un inicio significativo la aparición de *El que vendrá*, de José Enrique Rodó,

en junio de 1896. Sus páginas, angustiadas y grávidas, eran síntoma insoslayable de una inquietud histórica y de una inminente revisión.

La clausura de estos años se marca en cambio, con mayor claridad, hacia 1910. Fue la hora de los diversos centenarios de las naciones continentales. Estuvo subjetivamente marcada por una mentalidad de balance y de prospecto. Accedió por entonces a la vida americana una nueva generación, diversamente llamada *arielista* o *centenarista* o *de 1908* (por el primer congreso estudiantil en ese año realizado). Nuevas influencias intelectuales —James, Xenopol, Hoffding, Bergson— cobraron una imperatividad de la que habían carecido.

Diversos libros —algunos de ellos ejemplares, como la *Historia de la Cultura en la América Hispánica* de Pedro Henríquez Ureña— nos han mostrado el proceso cultural americano en una organización formal que, si no es falsa, resulta, por lo menos, una sola de las dos caras o planos de la rica evolución de nuestro espíritu. Se ha dado, y se da, en estos países, el proceso cultural como lógica secuencia personal, y grupal, de creaciones, de empresas y de actitudes. Neoclasicismo, romanticismo, realismo, positivismo, modernismo, insurgencia y surrealismo, tienen, según esta perspectiva (que es también un método) su etapa de lucha, sus hombres y obras representativas, sus planos de pasaje y su agotamiento. Pero en Hispanoamérica, mucho más acendradamente que en Europa, tales procesos no agotan la realidad de la cultura como vigencia objetiva de cada medio y época, como sistema actuante de convicciones de vastos sectores letrados y semiletrados, verdaderos protagonistas de la vida del continente.

En este ámbito, en estos repertorios de “ideas y creencias” cuya indagación hacia 1900 es en realidad mi objetivo, no asume la misma importancia que en el anterior la creación personal americana, la auténtica respuesta del individuo o la escuela a la sugestión foránea. Doctrinas hay, que han influído hondamente, sin una perceptible o recordable elaboración por nuestra parte. ¿La han tenido, acaso, el biologismo evolucionista o el organicismo sociológico? No aparece ahí tampoco una rigurosa sucesión de obras o de escuelas. Todo —o casi todo— está librado al azar, que en esta historia tiene el nombre de editoriales. Un capricho, o una manía, o un sectarismo, han obrado a veces decisivamente al lanzar a un autor a ancha publicidad, o al esca-

motear la obra o trascendencia de otros. Lo que impone —y anoto como rasgo final— la frecuente coexistencia de orientaciones antagónicas, cuya conflictualidad casi nadie ve y que se instalan así, cómodamente, en la incoherencia mental del hombre medio.

Todos estos rasgos pueden comprobarse en el medio intelectual del 900. Por lo pronto, el origen transatlántico, no suscitado en lo americano, de esas corrientes y de esas ideas. Ciertamente el hecho es general en toda nuestra historia ideológica, pero en otras etapas de ella hubo una más clara suscitación de necesidad hispanoamericana y, sobre todo en lo literario, un orden mejor de agotamiento y renovación. Y aun entonces, mayor calidad en lo sensible e imaginativo. Por un Darío, un Lugones, un Herrera y Reissig, o un Díaz Rodríguez, poco significan un Ingenieros, un Bunge, o un García Calderón. Están menos radicados o son menos valiosos. (Excluyo a Rodó del conteo por el carácter dual —arte y pensamiento— de su obra.)

En esta realidad, cobra una primordial importancia la labor de las editoriales españolas y francesas, sobre todo la de las primeras. Unamuno tronó algunas veces contra *el alcanismo* y la *literatura mercurial*. Es evidente, sin embargo, que los grandes y verdes *Alcan* (de filosofía y sociología), los más pequeños roji-naranjas de *Flammarion* (de las mismas materias) o los amarillos del *Mercure de France* (de literatura) influyeron, gracias a la amplia difusión del francés, sobre el sector creador y protagónico de la cultura. Es, en cambio, con las listas de publicaciones de las grandes editoriales españolas que puede reconstruirse casi medio siglo de influencias intelectuales sobre estratos mucho más grandes o profundos. En lo que importa a la ideología novecentista, debe iniciarse la nómina con las series de *La España Moderna*, magnífica empresa madrileña de fines de siglo. Tuvieron después gran repercusión la *Biblioteca Sociológica Internacional* de Heinrich, de Barcelona, y, desde la misma ciudad, la selección de *Los Grandes Pensadores* publicada por Maucci (más generalmente dedicada, al igual que Hernando, a la literatura) como instrumento propagandístico del pensamiento anárquico-positivista-ateo de la *Escuela Moderna*, de Francisco Ferrer. Por la misma época, la casa valenciana de Sempere (más tarde *Editorial Prometeo*) recogió en sus catálogos muchos de los títulos de las editoriales anteriores y ejerció en América

una importancia global decisiva e incontrastable. Daniel Jorro, desde Madrid, continuó esta serie de grandes influencias editoriales, oficiando, en cierto modo, de enlace entre esa época y los años marcados por el imperio de la *Revista de Occidente* que presidió la formación intelectual de estos países hasta el año 1936 en que se inició la guerra de España (para ser sucedida en su función —y desde América— por el *Fondo de Cultura Económica*).

También se ve en este medio intelectual del 900 esa coexistencia anotada de posturas y corrientes. No es difícil sorprender la tonalidad romántica en los sentimientos, en la ideología política y en la filosofía de la historia, conviviendo con el positivismo ortodoxo y sus derivaciones, o con lo tradicional en las costumbres —y a veces en las creencias religiosas—, y a todos y cada uno de estos temperamentos con las reacciones o superaciones del positivismo, sin que la noción de su múltiple conflicto inquiete largamente.

Y es que si toda visión del mundo, o conjunto, o retazos de ellas, se adapta inflexiblemente —determinando y siendo determinada— a una situación histórico-social, pocas parecen hacerlo con la libertad, y aun con la imprecisión, con que lo realiza en la situación hispanoamericana, la ideología novecentista.

No debe exagerarse, ante todo, el volumen real que ese pensamiento tiene en estos países ni su trascendencia en las convicciones generales de la sociedad. Muchas de sus notas más características permanecieron confinadas en cenáculos más o menos juveniles sin irradiación contemporánea o posterior sobre medios más amplios.

Por otra parte, aun en obras tan dignas y preocupadas como el *Ariel*, parece estrictamente al margen de toda formulación intelectual esa realidad hispanoamericana del 900.

En casi todo el continente es, políticamente, la hora de las dictaduras. Gobiernan Cipriano Castro en Venezuela, Manuel Estrada Cabrera en Guatemala y Porfirio Díaz en México. Cuba se encuentra bajo la ocupación militar norteamericana. Chile, Argentina y Brasil en las manos de sus oligarquías liberales y progresistas. En el Uruguay, el constitucionalismo democrático ha vencido al pretorianismo y se prepara a radicalizarse. Sobre esta diversidad de regímenes se vive en general una seguridad mayor; crecen constantemente, fomentadas por

la paz y las garantías, las posibilidades de un trabajo útil y altamente remunerativo. Todo esto favorece un bienestar más extendido que otrora; la inversión extranjera colabora en este proceso de alumbramiento y desarrollo.

Muy pocos ven —o pronostican— el fenómeno imperialista: es todavía la hora de miel del “capital honrado”. Sólo en el norte de Hispanoamérica los Estados Unidos son una amenaza de orden militar y territorial; en el resto del continente se extiende apenas un vago temor, salvo en hombres o minorías aisladas, llamados a la realidad de la potencia norteaña por su victoria en 1898 sobre España, o por sus manejos de 1902 en el istmo de Panamá.

Mientras estos países se convierten en lo que habrían de ser dócilmente durante casi cuarenta años: los grandes abastecedores de materias primas del mundo: y sus carnes, sus vellones y sus metales se hacen indispensables en la vida económica de Europa, en el campo se transforma decisivamente la explotación campesina y en las ciudades sube una potente clase media. En las capitales del costado atlántico se va formando por aportes extranjeros lo que ya tiene fisonomía de un proletariado; es allí también que las corrientes inmigratorias dan a la vida un tono que se ha calificado equivocadamente de cosmopolita y que más valiera calificar de multinacional.

Muy a menudo como reacción ante ese fenómeno, el nacionalismo es ya una realidad, que estimularían hacia 1910 las celebraciones centenarias y su caudaloso cortejo verbal. América, en cambio, es una presencia borrosa o intermitente; sólo alguna obra excepcional —un *Ariel*, unas *Prosas Profanas*— o la noticia de algún desafuero tiránico o revolucionario rompe el insular silencio de las naciones. Europa es la gran presencia. Su imperio es absoluto en lo económico, en lo cultural y en lo humano. Europeas son las ideas; nuestra economía depende de las alternativas de sus ciclos y de la intensidad de sus compras; el inmigrante replantea todos los días —en nuestras calles y en nuestros campos— la discusión de su ventaja o desventaja, el debate de las excelencias o peligros de sus respectivas naciones.

El tono de la vida es bonancible, esperanzado y burgués; parece definitivamente positivo, y muy poco dispuesto a ambientar los dilemas espirituales de la Europa finisecular.

No se extiende hasta su ideología, la buena literatura de que disfruta, en general, el 1900. Parecería que fuese más fácil volverse, enternecidamente, sobre el aire y el porte, ya clausurados, de una época, que llevar esa emoción, esa ternura, hasta ideas y doctrinas cuyas consecuencias, y a veces terribles transformaciones, se viven y se sufren.

Sus mismos hombres —o jóvenes— representativos divergen en el tono de su evocación hasta esta medida abismal que separa éstos de dos textos que espigamos de una larga antología posible:

“Soñábamos un orden mejor, no consistente como el nuevo que hoy se preconiza con la palabra y con la fuerza, en la regresión a los imperios rebaños de la antigüedad, sino en una sociedad armoniosamente organizada sobre la ley de una más justa distribución de los bienes de la vida (...). Socialistas revolucionarios, que pensaran transformar catastróficamente el orden social los había pero eran los menos. Vagamente se creía que el fruto, sazonado por el irresistible calor de los movimientos populares, caería maduro del árbol. Ya veíamos la luminosa ciudad soñada, al extremo de la oscura calle por donde marchaba desde tantos siglos, fatigada y doliente, la humanidad...” (Roberto Giusti.) (1)

“Lecturas imprudentes y atropelladas, petulancia de los años mozos, y el prurito de contradicción, que es el peor riesgo de la juventud, me llevaron (...) a frisar en la heterodoxia. Nietzsche, con sus malas obras y especialmente su *Genealogía de la Moral*, me contagió su virus anticristiano y antiascético. Poco después, el confuso ambiente universitario, la indigestión de los más opuestos y difíciles sistemas filosóficos, la incoherente zarabanda de las proyecciones históricas, pauta apenas por el tímido eclecticismo espiritualista de Fouillée, o tiranizada y rebajada por el estrecho evolucionismo positivista, me infundieron el vértigo de la razón infatuada, engreída de su misma perplejidad y ansiosa trepidación. ¡Cuántos ingredientes tóxicos se combinaron en aquella orgía del pensamiento! Al rojo frenesí de Nietzsche el demente, se sumaron el negro y letal sopor del budista Schopenhauer, las recónditas tenebrosidades del neokantismo, la monótona y grisácea superficialidad disciplinada de Spencer, y la plúmbea pedantería de sus mediocres acólitos, los sociólogos franceses de la *Biblioteca Alcan*. Espolvoreando la ponzoña, disfrazaban la acidez de estos man-

jares intelectuales las falaces mieles del diletantismo renaniano, la blanda prole de Sainte-Beuve, el escéptico, la elegante sorna de Anatole France y las muecas de Remy de Gourmont.” (José de la Riva-Agüero.) (2)

II

Las vigencias

Fue el positivismo filosófico —en su versión spenceriana— el ingrediente de más volumen de ese ambiente intelectual de fin de siglo. Las casas editoriales españolas dieron a la obra del filósofo inglés una difusión que posiblemente, ni antes ni después, haya tenido entre nosotros pensador alguno. El impacto spenceriano oscureció completamente el prestigio de Comte, muy fuerte en tiempos anteriores, pero cuyas conclusiones en materia político-social resultaban indeseables, y hasta repelentes, a la mentalidad hispanoamericana.

Desde el enciclopedismo francés, ningún movimiento había corporizado históricamente, con tal prestigio y coherencia, como el positivismo inglés del último tercio del siglo pasado, las que podrían calificarse de *tendencias de larga duración* del pensamiento de occidente a partir del Renacimiento.

La visión del mundo y de la vida edificada sobre las ideas de *razón*, de *individuo*, de *progreso*, de *libertad* y de *naturaleza*, halló en ese positivismo, y en su doble aptitud sincrética y sistemática, un instrumento de difusión que llevó la tonalidad inmanentista y antropocéntrica a sectores hasta entonces inmunizados a lo moderno por sólidas barreras tradicionales.

Ese positivismo fue un repertorio bien arquitecturado de ideas, pero tuvo mucho también de un catálogo de suficiencias y de un método de exclusiones o ignorancias. En numerosas expresiones —tantas veces las más vulgares, pero también las más influyentes— le movieron una caricaturesca idolatría de la Ciencia (con olvido de las mo-

destas y trabajosas ciencias), un racionalismo, un agnosticismo y un relativismo suficiente, que postergaba o mutilaba sin beneficio la incontenible tendencia hacia la verdad y hacia el conocimiento cabal por la totalidad de sus vías posibles. Ignoró o despreció lo psíquico, lo metafísico, lo vital y lo histórico. Aplicó a todas las zonas de lo óntico las categorías y los métodos de las ciencias físico-naturales; se detuvo —como ante un vacío— allá donde el conocimiento experimental parecía no funcionar. Determinista y causalista, asociacionista, cuando se trataba de explicar todo tránsito entre lo simple y lo complejo, tuvo mucho de un balance y de un reposo, pero fue también la vía muerta de la que el conocimiento salió con grandes dificultades y no sin olvidables lesiones.

Resultó el positivismo el núcleo generador de eso que Joad ha llamado comprensivamente "the world of nineteenth century materialism": un mundo de sólida materia primordial que se diversifica y afina hasta lo psíquico y que se mueve y perfecciona desde lo inorgánico hasta lo humano, en una ordenada escala en el que cada uno de sus peldaños está determinado por una estricta causalidad desde el inferior.

Una de las características más firmes de esta corriente intelectual es la que encarnó ejemplarmente Max Nordau, y su explicación del genio en *Degeneración*. Se han referido a ella, contemporáneamente, Jean Grenier y Arthur Koestler. Es la constante operación disociadora y negativa que explica —y socava— el ámbito superior de los valores por la actuación de lo prosaico, de lo interesado, de lo morboso o de lo inconfesable. Esta filosofía del *no es más que...* tendría su más esplendorosa manifestación en toda la construcción derivada del psicoanálisis freudiano; ya gozaba por esos años de una difusión en la que no es posible desconocer uno de los rasgos mentales más tenaces de la modernidad.

Su fondo ético era el de un utilitarismo bastante limitado; deformado —especialmente en América— hasta un materialismo práctico que dio a nuestro ambiente ese tono *fenicio* o *cartaginés* al que tantos se han referido; refinado —en los mejores— en una sistematización social en que la última palabra era la adaptación a las vigencias de la generalidad, o la solidaridad, o los deberes, hacia la especie.

Históricamente, fue la concepción del mundo de la clase burguesa triunfante y de un tipo de vida movida variable, pero en la entraña paralelamente, por el ansia de placer o de lucro. Le caracterizaba una acción de tipo y finalidad individualista, que poseyó, en última instancia, una liberal comprensión de lo diverso, pero que en la práctica era fundamentalmente homogénea y estaba sellada por una tonalidad común, de la que el hombre no se salía sin riesgo o sin escándalo.

Cuando hablamos de positivismo vigente en 1900, englobamos dentro de él, en puridad, una serie de corrientes coludidas con su significación, lateralmente poderosas y de prestigio autónomo. Ejercieron una honda influencia en América el llamado *positivismo penal*, el evolucionismo biológico de Darwin y Huxley, las teorías deterministas de Hipólito Taine, el monismo materialista de Buchner y de Haeckel, y la crítica religiosa y la exégesis bíblica protestante, liberal o atea.

La escuela criminológica italiana, de abundantes proyecciones sociales y políticas, fue ampliamente difundida por *España Moderna* y por Sempere. Lombroso, Ferrí y Garófalo, sobre todo; Rossi, Longo y Sighele, laboraron sobre la línea de la explicación mesológica y antropológica del delito, afirmando la preeminencia de los factores económicos, biológicos y sociales. En esta difundida concepción, según la cual el delincuente es más que nada una víctima o un enfermo, se liquidaba, siquiera indirectamente, las nociones de responsabilidad y libertad éticas.

El evolucionismo levantó en Hispanoamérica su inexorable ola de polémicas y dejó su trascendente huella en la visión del hombre y de la vida, con un corolario y serio debilitamiento de la noción creacionista de raíz religiosa.

La doctrina forjada por Hipólito Taine para la explicación del producto artístico y cultural por los tres factores de raza, medio y momento, llevó (ayudada por su atractiva simplicidad) el modo de pensar asociacionista, determinista y mesológico a la condición de un dogma que —con detrimento de la libertad humana y de la acción misteriosa del espíritu— dominó hasta hace pocos años en ambientes que no pueden calificarse completamente de vulgares.

Había sido anteriormente intenso el debate histórico-religioso. Parecía vencedora, hacia 1900, la corriente doctrinal adversa al cristianismo y a toda religión revelada. Corrían en materia de exegética y filosofía o historia religiosa, las obras de Renan, Harnack, Strauss, el libelo de Jorge Brandes, los tratados y manuales de Salomón Reinach y Max Müller. Se reeditaban los libros, de intención antirreligiosa, de Volney, de Voltaire, de Holbach, de Diderot, el catecismo del cristianismo democrático y romántico de Lammenais, *Paroles d'un croyant*, se vertían al español los más actuales y ambiciosos ataques de Laurent, de Lanfrey, de Sabatier y de Guignebert. Sin necesidad de estos golpes frontales, las vigencias filosóficas poco tenían para respaldar la fe tradicional y en casi todo servían para denostarla o ignorarla; el monismo materialista, el evolucionismo y sus conclusiones sobre el origen del hombre —punto central de una repetida pugna—, el pesimismo de Schopenhauer o el amoralismo y anticristianismo de Nietzsche. Aceptábase, salvo esta última excepción, el magisterio humano de Jesucristo; érase terminante en la negación del aspecto sobrenatural e histórico del cristianismo; mostrábase en la historia de la iglesia la de una entidad tiránica y anticultural, permanente conspiradora contra la libertad y la justicia humanas.

El monismo materialista, que tuvo el valor de algo así como un superlativo de las negaciones positivistas, contó con las aportaciones significativas de Buchner y Moleschott, y especialmente, con la de Ernesto Haeckel, cuyos difundidísimos *Enigmas del Universo* —de 1899— publicó poco después Sempere. Con su rigurosa argumentación naturalista y la facilidad vulgarizadora que le permitía llegar a un vasto sector semiculto, fue contribución decisiva a esa imagen del materialismo decimonónico a que nos hemos referido. También Guillermo Oswald, por aquella época traducido al francés, y Félix Le Dantec dentro de una inflexión vitalista colaboraron en la misma corriente.

Llevó el sello de todas las corrientes anotadas la sociología de esa época. Fue también causalista, determinista, mesológica; tendió a asimilar lo psíquico y lo social a las realidades de la naturaleza, examinándolos con los métodos de las ciencias de ésta. Tuvo la ambición y la suficiencia de las grandes construcciones y el gusto por las fórmulas abarcadoras. En Le Bon, en Letourneau, en Novicow y en Gumplo-

wicz, puede rastrearse la función principalísima que esta sociología asignó a las categorías biológicas de la Raza y del Organismo, el papel que en ellas desempeñaron las nociones evolucionistas de lucha, de selección y de herencia.

Tarde y Durkheim (algo después), sin particularizarse del todo de estas características, purificaron los métodos, reencontraron la sustantividad de lo social o destacaron la realidad de lo psíquico; Tarde fue figura destacada del clima intelectual finisecular y sus seductoras *Leyes de la Imitación* despertaron admiración unánime; Durkheim, en plena producción hacia el final del siglo, no se difundió en realidad en España y América hasta las publicaciones de Jorro.

Se entendía la ciencia como dominio progresivo de la naturaleza y como explicación exhaustiva del universo, destinada a reemplazar la filosofía como instrumento cognoscitivo y a la religión, reclusa a las zonas cada vez más alejadas de lo incognoscible. El entusiasmo del Renan joven de *El Porvenir de la Ciencia*; su fe —fe de unos pocos hasta décadas anteriores— se hizo desde entonces religión difundida y consoladora, esperanza socializada y secularizada. La vulgarización científica cobró una gran fuerza en casi todos los sectores; en una rama especialmente, en la de la Astronomía, Camilo Flammarion produjo abundante obra que tuvo resonancia universal y es paradigma del género y de su intención. La facilidad literaria de sus páginas la hacía apta para llegar a manos de todos; su central afirmación de la inmensidad cósmica en contraste con la pequeñez humana terráquea ejerció un hondo efecto en la crisis de las ideas religiosas y en la desmonetización de la imagen teocéntrica del mundo.

La fe en la democracia como corriente histórica incoercible era generalísima y las reservas que se le oponían lo eran en calidad de atenuaciones a sus excesos posibles o en condición de límites al agotamiento de su dialéctica.

De los tres clásicos postulados revolucionarios, el de la libertad era el más vivencialmente prestigioso. La igualdad era poco apreciada, salvo en los medios revolucionarios, y la fraternidad tropezaba con las negaciones del evolucionismo. La libertad se concebía, sobre todo, como ilimitada posibilidad de autónoma determinación, en conexión

con una concepción inmanentista de la personalidad, como progresista eliminación de cortapisas ambientales y sociales.

Al combinarse el movimiento ascensional de las clases medias, la imagen positivista y naturalista del mundo, la fe indeclinable en el porvenir y en la ciencia y un anticlericalismo que autorizaban las corrientes intelectuales dominantes y nacía de una actitud social muy generalizada en los países mediterráneos, se definió el llamado "radicalismo", que aglutinó en Francia el asunto Dreyfus y triunfó al alborar el siglo con las leyes de Combes, como fuerza política más actual y en rigor más novedosa. El batllismo uruguayo fue en Hispanoamérica una temprana expresión de la tendencia y de los factores que la configuraron. También se benefició este temperamento "radical" del poderoso aval literario e ideológico que importaban el grupo de escritores del XIX francés que profesaron un liberalismo optimista teñido de socialismo o mesionismo, y del equipo republicano español. Las obras del Víctor Hugo posterior al 1851, de Quinet, de Michelet y de Zola; de Pi y Margall y de Castelar circularon mucho en Hispanoamérica y definieron un tipo y una mentalidad que las sobrevivió largamente.

El liberalismo, de tono doctoral y universitario, siguió, sin embargo, siendo el rasgo más general del pensamiento político hispanoamericano. Mucho más liberal que democrático —es decir: mucho más amigo de la libertad de una clase superior y media que preocupado e imantado por lo popular (recuérdese si no aquella observación uruguaya sobre "las blusas" y "las levitas" en una recepción política de principios del siglo)— respetó, en verdad hondamente, los conceptos básicos de representación, soberanía, constitución y garantías individuales; se inflexionó a menudo de aristocratismo, como imperativo de adaptación a una realidad social oligárquica o como gesto de impaciencia ante la inoperancia de las multitudes; asintió sin embargo, a la perspectiva de un final y reivindicador advenimiento mayoritario.

Como oficio, como preocupación y aun como divulgación, la política ocupó en estos años hispanoamericanos un lugar que el afán cultural o los empeños económicos se esforzaron por minorar, no sin teñirse algunas veces del color de sus pasiones, fáciles, violentas, olvidadizas.

III

Reacciones y Disgregaciones

Este cuadro de creencias fundamentales permaneció sin cambios en sus elementos hasta muy avanzados los años de nuestro siglo. Su signo fue pasando, sin embargo, de lo actual a lo superviviente; su imperio perdió terreno, a grandes quites, en el espíritu de los sectores realmente creadores y dirigentes de la cultura continental.

A la negación de lo antiguo, uniéndose entonces la de lo que se calificaba como moderno. Poseídos los hombres de un minucioso frenesí revisor (valga aquí la interpretación de Federico de Onís del *Modernismo*, como versión hispanoamericana de la crisis mundial de las ideas y las letras después de 1885), nunca tuvo esta faena de demolición histórica tales señas de alegre intrepidez y tal semblante de confiada —e ingenua— seguridad en el poder palingenésico de la afirmación intelectual y en su capacidad para derrotar intereses, pasiones o tradiciones. Nunca tal gesto de desprejuiciado aventar lo que parecía un patrimonio fácilmente mejorable y reemplazable de formas y contenidos de pensamiento, de acción, de convivencia.

La quiebra del positivismo arrastró consigo la de su inescindible fe en la ciencia, como mágica solución de todos los conflictos. Las ideas sobre su *faillite* que enunció con elocuencia Ferdinand Brunetière (y subrayó el escuchado Paul Bourget) tuvieron tanta resonancia como las ya referidas de Renan en el período auroral de esta esperanza. El mismo Brunetière que arrimó a la batalla su poderosa pasión polémica y su prestigio crítico y docente, lanzó en 1896 su pronóstico sobre *el renacimiento del idealismo*: una vasta y compleja serie de anuncios pareció ratificarlo. El positivismo ético utilitario había escorado en un superficial materialismo y la indigencia ontológica de la filosofía en boga hacía nacer, en el sesgo de lo literario y lo social, un caudaloso reclamo de últimas razones de existir y de actuar. Fue la hora de la importante conversión de Paul Claudel y la de ese idealismo social que se vertió por vías tan distintas como el evangelismo

anárquico de Tolstoy, el *socialismo cristiano* de de Mun y La Tour du Pin y el reformismo de los sectores marxistas occidentales.

El simbolismo, y especialmente la obra de Maurice Maeterlinck, se fortaleció y prestigió en la creencia de que había redescubierto el alma, rescatando de la brutal realidad cuantitativa los veneros de la intimidad. Fouillée, con su doctrina de las *ideas-fuerzas*, restituyó al Espíritu su estilo de actuación en lo histórico; Dostoiewsky, conocido en Hispanoamérica a través de *Maucci* y de *España Moderna*, aportó con terrible y poderosa potencia esta dimensión de lo espiritual que parecía olvidada, o reducida cuando más al pequeño chispazo confortable de lo psicológico, dentro de un limitado inmanentismo.

No se hicieron sentir hasta el final del período que recorremos las verdaderas fuentes de renovación filosófica del positivismo. Sólo la línea ecléctica y espiritualista del pensamiento francés que buscaba suscitar el ideal del seno de lo real, con Guyau y Fouillée, sobre todo, o el pragmatismo de James, tuvieron una amplia circulación americana. Las tres venas por las que —partiendo de raíz positivista— se disolvió el edificio; la de la historia y el historicismo (Dilthey), la de la vida (Nietzsche), la de la intuición y el movimiento (Bergson), más el replanteo del problema gnoseológico que significó el neokantismo, fueron de actuación posterior, y aun muy posterior en nuestro ambiente intelectual. La boga bergsoniana fue posterior al 10; la de Nietzsche, en lo más fino y entrañable de ella, se dio más tardía y diluadamente; la de Guillermo Dilthey no se ejerció hasta treinta o cuarenta años después.

Pero aun puede particularizarse el deterioro de la concepción decimonónica en una serie de significativas disgregaciones:

La primera fue la del *individualismo*, que cabría llamar, más correctamente, la del egocentrismo, o la del heroísmo protagónico.

El siglo XIX había sido —en todo su curso— el gran siglo individualista; su cosecha de grandes figuras resulta, a la distancia, más rica tal vez que la de cualquier otro período de la historia. Hacia las postrimerías de la centuria el tono de la vida que se entendía “moderna”, el industrialismo, el advenimiento de las multitudes a través de la democracia, la obsesión utilitaria, junto a otro temor que en seguida esbozamos, pareció suscitar éste, de un agotamiento o desa-

parición de la energía creadora del individuo. De un Nietzsche simplificado hasta lo más grueso y esquemático —“el *superhombre*”, “la *voluntad de potencia*”, “*más allá del bien y del mal*”; “la *moral de los esclavos y la moral de los señores*”— salió lo más sustancial de esta gran protesta finisecular. Ibsen la robusteció con el prestigio de sus tesis, en las que se enfrenta el hombre fuerte y aislado contra la cobarde rutina social. Max Stirner, con *El Único y su propiedad*, fue un puente de unión entre el anarquismo y este fiero individualismo intelectual. La postulación heroica recibió el apoyo de la más conocida obra de Carlyle, y el prestigio de los *Hombres Representativos* de Emerson.

El planteo del problema social como antítesis de individualismo y socialismo, tan característico y nuevo en estos tiempos, permaneció incambiado hasta el fin del primer tercio del siglo XX.

Segundo: por lo estético. Tuvo abundante versión hispanoamericana la apelación europea contra lo burgués y mesocrático, contra la fealdad moderna, contra “la *muerte del ideal*” y el “*calibanismo*”. Un largo rol de escritores, en el que se destacan Barrès, Huysmans, Wilde, D’Annunzio, Eça de Queiroz y France, reivindicó los fueros de la belleza y del arte, de la delicadeza, de la inteligencia, del desinterés, amenazados al parecer vitalmente por la sed de felicidad en un aquí y un ahora, por el espíritu de lucro y la vulgaridad de una sociedad crecientemente igualitaria, sellada por la coerción ciega de las multitudes.

Tercero: por lo social. En la segunda mitad del 800, prodújose la transferencia desde los ideales de libertad nacional a los de reivindicación social de ese mesianismo reformador iniciado por el romanticismo. El optimismo progresista y ético, de indisimulable raíz cristiana, confirió a la final epifanía del pobre una necesidad confortadora de persecuciones y desventuras. El marxismo había cerrado la etapa utópica del socialismo: poco había llegado de él a América hispana hacia 1890 y 1900. Corría un breve digesto de *El Capital* editado por Sempere, algo de Engels, y más tarde recopilaciones de Jaurès, y obras de Kautsky y de los Labriola. El gran contradictor, Proudhon, estaba, en cambio, muy bien difundido; su ardor, su individualismo, su contenido ético triunfaban, empero, de manera

más clara en el anarquismo, que fue la gran realidad de la protesta social hispanoamericana de principios de siglo.

Con fuerte raigambre ítalo-española cuadraba mejor a los elementos inmigratorios y ciudadanos, impregnables por los credos revolucionarios. Tuvo un gran prestigio literario a través de Kropotkin, Bakunin, Stirner y Reclus, sus dioses mayores. Junto a ellos, una amplia publicidad española difundió las obras de Faure, Grave, Etzbacher, Nakens, Fabbri y Enrico Malatesta.

Característica fundamental en esta América del 900 es su frecuente —y casi diríamos general— conmixión con el sesgo individualista y la inclinación estética. Ilustró esta mezcla, muy reiterada entre nosotros, la figura del poeta elocuente y libertario —“vate” todavía— tocado a la vez por la disolución decadentista o por el orgulloso reclamo de la exquisitez distinguida. También el español Rafael Barret representó en el medio rioplatense, con mejor entrafía humana y más quilates de expresión, esta después irrepetida coexistencia.

El anarquismo, credo individualista y acentuadamente ético, propicio al gesto airoso y mosqueteril, prestó su franquía a una protesta que no quería dejar en las aras de ninguna coordinada disciplina los fueros del yo sagrado.

Otro rasgo de esa actitud social es el de su optimismo y la ingenuidad con que desconoció la capacidad de resistencia de las fuerzas orgánicas sociales o confió en el nudo impulso de un entusiasmo suscitado por la palabra tonante y exaltada. Propiedad, Estado, Ley y Familia fueron puestos, tumultuosa y benignamente, en entredicho.

Dominó también en ella esa tonalidad ética que concebía la reforma social como una parte, y casi como una consecuencia, de la reforma individual, una palingenesia de lo íntimo con sentido religioso, al modo del evangelismo tolstoiano, de tan enorme prestigio y difusión en esos años.

No faltaron, sin embargo, las apelaciones a una violencia teatral y aislada, ni estuvo ausente la confianza en “la huelga general”, apocalipsis del orden burgués, a la que Sorel diera años después tan despiadada elocuencia.

Pero “la huelga general” no bastó. Parecía excesivamente visible, resultaba una utopía demasiado manuable. Para satisfacción de la necesidad imaginativa, esta edad vio enriquecerse un género que abarcó desde los ensueños materialistas de Bellamy con su *Año 2.000*, hasta *La Isla de los Pingüinos* de Anatole France. (Sumamente típico de ese tiempo es ese linaje de “la utopía optimista”, lejana descendiente de Moro y Campanella. Cuando en el nuestro se produzcan prospectos semejantes, éstos serán inexorablemente estremecedores, en el grado variable en que pueden serlo *Brave New World* o *Ape and essence* de Aldous Huxley o *Nineteen-Eighty-Four* del irremplazable George Orwell).

Henry George, con su pausada argumentación económica de *Progreso y Miseria* gozó también de gran difusión en esos años; su prestigio sobrevivió largamente y es visible hasta en la vetusta tradición fiscal de nuestro país.

La esperanzada creencia en un mundo de trabajo, justicia y abundancia, de igualdad, concordia y amor, unificado por la victoria sobre fronteras y recelos históricos, estuvo centrada en la influencia espiritual de Emilio Zola, y de sus *Evangelios*. El autor de *Nana* conservó su prestigio ideológico —robustecido por su intervención en el asunto Dreyfus— cuando la hora del naturalismo hubo pasado. Máximo Gorki también representó para muchos este aspecto de la beligerancia social del escritor. Las persecuciones que tuvo que sufrir del régimen zarista (cuando todavía estaba en el bando de los perseguidos) conmovieron hondamente a los sectores avanzados de Iberoamérica.

Cuarto: por el vitalismo El impacto nietzscheano no se limitó al reclamo del *superhombre*. Su *voluntad de poderío*, su conmovido énfasis sobre la vida, desencadenaron una difundida reacción contra el intelectualismo idealista que afirmó fervorosamente las nociones de voluntad, energía, fuerza, trabajo y salud. Whitman y Kipling contribuyeron a su prestigio literario, la sociología y la biología evolucionista le prestaron argumentación muy copiosa y dogmática. (Reyles resultó entre nosotros la versión más ajustada de la corriente).

La influencia de estas ideas fue significativa en el orden político: el imperialismo y el nacionalismo cobraron fuerzas hacia 1900

de un repertorio de razones que las mencionadas posturas de vitalismo energetista permitían inferir inequívocamente. Sin embargo su boga se limitó en general a la Europa del centro y occidente; en Hispanoamérica, predestinado sujeto pasivo de aquellos poderes su huella resultó mucho menos visible.

Otras presencias fueron la del escepticismo, la del amoralismo, la del pesimismo.

Renan, Remy de Gourmont y Anatole France —el último especialmente— hicieron escuela de esa sonrisa pronta y burlona que fue toda una postura de pensamiento ante realidades, ideas y valores. El gesto tuvo sus tornasoles variantes desde la blanda melancolía hasta la mueca rutinaria; aspiró a ser inteligente y a presentarse como tal; no puede negarse su frecuente éxito en tal sentido. La dispersión diletante, el nihilismo ético, el escepticismo filosófico resultantes de un clima vital fácil y de una ideología sin exigencias, hicieron nacer esa *superficial fineza* —si corre la contradicción— que se impuso así como arquetipo de una actitud novedosa y de una inteligencia aguda.

Un complejo de corrientes, en verdad ya muy mencionadas en estas páginas: el determinismo materialista, el escepticismo, el nihilismo ético, el amoralismo nitzscheano, el esteticismo, la concepción décimonónica de la libertad, suscitó hacia fin de siglo —con abundante ilustración en la literatura— cierta divinización del impulso erótico y genésico sin trabas, muy diverso, sin embargo, de la trascendente pasión romántica encarnada en las grandes figuras de 1820 y 1830. Lo que le peculiarizó entonces, en la doctrina del *amor libre*, fue un sesgo político-social de protesta contra la regla burguesa y de desafío a las convenciones de la generalidad. Tampoco se le concibió (nuestro Roberto de las Carreras vivió entrañablemente esta actitud) sin el refinamiento y la buscada perversidad decadentista, sin la sed de lo extraño y de lo mórbido, sin la sazón cultural de algo a espaldas y contramano de la naturaleza. No se le separaba de la urgencia de experiencias nuevas, vinculadas al valor que las últimas escuelas estéticas habían asignado a los sentidos, ni se le desgajaba de la rebelión necesaria y hasta estrepitosa contra la ética tradicional.

Arturo Schopenhauer fue el gran estimulante filosófico de un caudaloso pesimismo que no deja de ser ingrediente extraño en época por lo común tan eufórica y esperanzada. El pensador alemán era más conocido por su divulgadísimo cocido español de *El Amor, las Mujeres y la Muerte* que por sus obras fundamentales, aunque *El Mundo como voluntad y representación* se tradujo y difundió a través de la editorial *La España Moderna*.

El pesimismo era un resultado del vacío extremo del diletantismo y del escepticismo (además de ser una inclinación constante del alma humana) y un fruto natural en la historia moderna, de los conflictos y amenazas de la época. Hacia fin de siglo tuvo el poderoso refuerzo de esa especie de milenarismo acongojado que suscitó en algunos la clausura de una centuria y la iniciación de otra. Mientras unos se exaltaban ante la perspectiva de lo venidero, otros veían, como Rubén, que “*un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste*” y creían —tan proféticamente— que los sueños de la historia sólo eran capaces de parir monstruos imprevistos y terribles.

El esteticismo, el individualismo, lo biológico, la preocupación social pusieron por ese tiempo en entredicho, dentro de las minorías, lo más sustancial de los postulados democráticos.

Libros como el famoso de Henri Bérenger, *L'Aristocratie Intellectuelle*, de 1895 (de gran influencia sobre Rodó y sobre C. A. Torres) sistematizaron un debate en el que se alegaba variablemente o la incompatibilidad del triple lema revolucionario *Libertad-Igualdad-Fraternidad* con la realidad cósmica de jerarquía, estructura, lucha e implacable selección, o la contradicción entre la efectividad del progreso científico, obra heroica de unos pocos, y toda presión, dirección, concurso multitudinario.

El esteticismo enrostró abundantemente al régimen de vida democrático su presunta fealdad y su inocultable vulgaridad: tuvo en su requisitoria asombroso aunque efímero éxito.

La preocupación reformadora anarco-socialista denunció en la democracia occidental la satisfacción puramente política de la igualdad, escamoteando paramentalmente una positiva estructura económica jerarquizada por el poder del dinero, dominador, en las instancias decisivas, del contralor de la opinión pública y la cultura.

El individualismo planteó, con más estridencia que eficacia, el presunto conflicto entre la democracia y la aparición y afirmación de las grandes figuras (en verdad, todo ello al margen de que el período finisecular las haya producido en abundancia y definiera, en pureza, el último medio histórico medianamente propicio a la libre realización personal).

A la difusión de estas ideas, de evidente curso continental, se juntó en Hispanoamérica la preocupación por la crisis racial. La *raza* —confusa noción que oscilaba desde lo histórico-cultural hasta lo biológico— era concebida, y aun sentida, como el modo más natural de integración supranacional de las comunidades con características afines. La idea racial había sido prestigiada por el romanticismo, el positivismo, la sociología evolucionista y la mayor parte de las corrientes de la época. Entre 1895 y 1900 aparecieron, casi simultáneamente, varios libros en los que se denunciaba o presagiaba la decadencia latina y el triunfo inminente de lo sajón o lo eslavo. El más difundido de ellos fue el de Edmond Desmolin: *A quoi tient la supériorité des anglo-saxons*, de 1897 y traducido en España dos años después. El tema tuvo, desde este lado del Atlántico, una modalidad especial. Fue la de la colusión, casi nunca evitada, entre la decadencia de lo español, vencido en Cuba en 1898, y la incapacidad de lo mestizo, pronosticada por el racismo arianista, ya entonces actuante. Las dos ideas se ayuntaron para esparcir una alarma que fue intensa y que se acendró con la presencia y la expansión triunfal de la potencia y el modelo estadounidense. El *Ariel* rodoniano se concibió en ese clima.

Sin ser nuevos, se robustecieron hacia fin de siglo los lazos de filiación con lo francés, muy visibles en la literatura pero que no lo fueron menos en el orden de las ideas y las doctrinas. Respecto a España, hubo una rápida liquidación del prestigio de los grandes nombres de la Restauración (o generación del 68), aunque Castelar, a través de las innumerables historias de sus años parvos, mantuvo una amplísima circulación en América. En la última década, el cuarto centenario del descubrimiento de América y la guerra de Cuba fueron ocasión de verbosas, aunque sinceras, exteriorizaciones de lealtad hispánica. En cambio, se inició triunfalmente la irradiación de las

grandes figuras del 98: Unamuno, Baroja, Valle Inclán, Machado, Azorín, Maeztu. Se vio estimulada por la intensa labor periodística de algunos de ellos (Unamuno y Maeztu), o por la corroborante de algunos escritores menores. Francisco Grandmontagne y José María Salaverría fueron también muy leídos e influyentes.

Comenzó, paralelamente, la inquisición rigurosa de lo americano en obras de naturaleza panfletaria o de aparatoso argumento científico. (Sólo el *Ariel* resultó una excepción a estos rasgos por su brevedad, su seriedad y su carácter programático.).

La Universidad iberoamericana se halló en esos años relativamente ausente del proceso creador de la cultura. Asumieron los autodidactos el papel protagónico de la renovación intelectual; tuvieron en la peña del café —completada a veces con la mal provista biblioteca— el natural sucedáneo de la clase, del foro y del desaparecido salón.

En realidad, en países como los nuestros, faltos de una tradición de cultura cabal, con sus zonas forzosamente esotéricas o simplemente difíciles, la autodidacta o la formación universitaria no presentan la misma diferencia que asumen en otras partes. Ambas se realizan a base de libros extranjeros, a los que tan poco agrega la exposición servil como la aprehensión tumultuosa y solitaria. Escasos matices hubieran podido anotarse entre la demorada deglución horaria de la cátedra, ilustrada por un solo texto (realidad general de nuestra enseñanza hasta hace muy pocos años) y la lectura ferviente y empeñosa de un Spencer, un Durkheim, un Cosentini, un Duruy, un Menéndez Pelayo o un Lanson. Siempre fue el libro, y sólo el libro, el ineludible vehículo transmisor de esos contenidos, cuya diversidad hemos tratado de ordenar.

LA HISTORIA DEL ENSAYO: EL JUICIO Y EL LENGUAJE

I

El Cesarismo, la democracia y otras cosas

Es en este tomar partido ante la materia político-social en que sus adhesiones, y negaciones, se subrayan con mayor radicalismo. Con gran énfasis expresa Zum Felde su adhesión a la ortodoxia democrático-liberal y al más inflexible principismo. Antirrelativista y antihistoricista, no hace —en el plano americano— la menor concesión a inmadureces ni circunstancias.

Es así que con un mismo acento enjuicia las tentativas teocrático-cristianas de un García Moreno hacia 1860, los planteos antidealistas y capitalistas de Reyles, ya en nuestro siglo, las inclinaciones pronazis de un Arguedas o de un Astrada o las doctrinas diversas del militarismo o del caudillismo cesáreo-popular. Lo único que Zum Felde no rechaza en modo alguno (además naturalmente de esas pausas de democracia efectiva tan raras en Hispano-América) son las oligarquías civilistas —conservadoras o liberales— de sesgo europeísta, que en forma mucho más duradera han gobernado en nuestro continente. Esas oligarquías dirigieron a Chile, desde Lircay hasta Balma-ceda y aún hasta a Alessandri; a Perú, durante medio siglo; a Paraguay desde 1865 hasta la guerra del Chaco, a la Argentina, prácticamente hasta 1916 y aún hasta después... Estas notas no quieren derivar hacia la polémica histórica, pero observemos sólo tres cosas:

Primero: que esta actitud —parece ocioso destacarlo— es muy escasamente discriminatoria, muy escasamente histórica. La imagen de una democracia siempre inocente y siempre joven, siempre incambiada e intangible, siempre acechada por tenebrosos enemigos, todos diversos pero todo confabulados entre sí a pesar de sus aparentes

diferencias, podrá emocionar hasta las lágrimas a algún editorialista de *El Plata*, pero nada tiene que ver con lo que —sin pedantería— cabe llamar la realidad. La realidad histórico-social.

En segundo término, esta posición parece incoherente con las que ha sostenido más al detalle el mismo Zum Felde, cuyo libro "El ocaso de la democracia" editado por **Zig Zag** en Santiago de Chile y en 1939, pese a que el autor jamás lo mencione tiene un interés que el cambio de las circunstancias no le ha quitado. En él, justamente se desarrolla con profusión la antítesis entre las determinaciones de la historia, los factores irracionales y el realismo frente al idealismo doctrinario y racionalista.

En tercer término, tenemos algo todavía más grave. Y es que aquí mucho más que en otras partes, parece agudizarse la inclinación de Zum Felde a basarse, mejor que en el conocimiento directo y total de los libros, en ojeadas apresuradas, en estribillos, en opiniones hechas y llevadas de mano en mano. Creemos, por ejemplo, que ningún lector advertido quedará con la convicción de que Zum Felde leyó con un cuidado muy vigilante la prosa de don Gabriel García Moreno. Pero pongamos un ejemplo mucho más cercano. Repitiendo un juicio muy reiterado por la pluma escasamente responsable de Luis Alberto Sánchez, Zum Felde afirma muchas veces que el libro del venezolano Laureano Vallenilla Lanz, "Cesarismo democrático", es la teorización servicial y abyecta, de aquel infausto régimen que el don verbal de Rufino Blanco Fombona bautizó con el nombre untuoso y medicinal de gomezoloto. Muchas veces ha dicho esto Sánchez, y muchas veces lo repite Zum Felde que le llama engendro y monstruosa alcahuetería, sin hacerle otra concesión que la de estar bien escrito.

Y bien, el libro de Vallenilla no es nada de eso. Ni es una teoría de la dictadura del Tigre de los Andes ni siquiera una teoría de nada. Es apenas un espléndido libro de historia. De una historia que no es naturalmente, la leyenda edificante que han remunerado tan largamente todos los Presupuestos americanos, sino magnífica historia profun-

da en la que, tal vez no por primera vez, pero sí de las primeras, se hace una interpretación social y clasista de las luchas de la Independencia.

En Vallenilla Lanz se da evidentemente el reflejo de la sociología organicista de fin de siglo y de su desprecio por la persona humana, la libertad y la autonomía. Se da también el desdén por la ideología revolucionaria que obra en la mayor parte del pensamiento histórico social francés desde Taine hasta Maurras, a la que se concibe como un desvarío libresco y cruel que destruyó estructuras históricas edificadas por la sabiduría del tiempo y de la experiencia. Se da también la primacía de los valores del orden y de cierta concepción casi policial de la Paz sobre cualesquiera otros. Todo esto es cierto. Pero su concepción del cesarismo-democrático es, diríamos científicamente neutra y no es invento suyo, porque las formas de este cesarismo plebiscitado por multitudes efectivas atraían dolorosamente la atención de los teóricos desde los grandes triunfos electorales de Napoleón I petit. El cesarismo-democrático, agreguemos, apunta a una realidad política indiscutible de la que la propia y más reciente historia americana nos da ejemplos numerosos. La teoría correlativa de Vallenilla: la del gendarme necesario, no es como la otra, neutra, lo reconocemos, pero importa una racionalización que se ha aplicado profusamente en las interpretaciones de nuestro siglo pasado; ha sido una clave hermenéutica para ciertas salidas a situaciones de extrema anarquía y se ha usado y discutido sin escándalo y sin gestos pudibundos. Si Vallenilla pensaba en Gómez cuando escribió su libro no nos lo dice. Es probable, es posible; más, es casi seguro. Pero ello depende de la voluntad del lector, tan dueño de discrepar entonces como ahora de que el cruel Tirano de los Andes, como lo llama O'Rourke, fuera necesario para alguien, salvo para él mismo y los intereses de su descomunal fortuna. Tan de la voluntad del lector depende eso como suponer que "El ocaso de la democracia", escrito en 1939, se publicó

para cohonestar la causa de alguno de los bandos en la guerra que en ese año se inició. No lo creemos, naturalmente, y nos recordamos lo bastante para evitar todo puritanismo ridículo, pero debió recordar Zum Felde aquello de que con la vara que midiéreis...

II

Favores y desfavores

Por el radicalismo negativo de algunos juicios (y aún por algunas sospechadas valoraciones), el "Proceso Intelectual del Uruguay" ya despertó en su hora (1930), disenterias y rencores. Aunque esos sentimientos no se hayan expedido en forma escrita no es difícil rastrearlos en integrantes de otras generaciones anteriores a la nuestra. La promoción que se inició a principios de siglo fue, sobre todo, la que más lesionada se sintió con sus rechazos tajantes. En varias, sin embargo, hay como un erizarse de piel ante la sola mención de nuestro crítico mayor; en varias, una difusa pero inflexible hostilidad para su obra y nombre. No creemos que esta actitud —más algunos episodios que el anecdotario de nuestra vida intelectual recuerda— sea ajena a la posición solitaria de la figura de Zum Felde en el país, a su alejamiento de toda sociedad visible.

Cierto es que gaje de la crítica sincera son estas amarguras; posición inevitable de todo aquel que hace un deber del ejercicio estricto de su juicio. Son las parias que paga el derecho inalienable de opinar con lucidez y con franqueza sobre hombres, libros e ideas.

Y antes de pasar adelante, hagamos una aclaración. Tiene validez general para los diversos artículos en que estamos indagando en este Índice. Zum Felde ha sido —seguramente— nuestro primer crítico puro. Se inició en un ambiente que estaba habituado —como el actual— a la crítica de amigos, al autobombo y al bombo recíproco. Este mal se doblaba con otra modalidad específica, hoy menos visible.

Era la crítica del estímulo, que repartía espaldarazos y promovía cualquier balbuceo a una alentadora publicidad. Herrera y Reissig y Rodó la cultivaron con fruición. Zum Felde impuso otros patrones y esto es lo que se le reprochó. Muchas de sus valoraciones permanecen firmes, sin que nos demos cuenta siquiera del coraje que fue necesario para siquiera plantearlas. Su despegue por las calidades literarias que pueda ofrecer nuestro siglo pasado —por ejemplo— es irrevocable. Sólidas son también las razones con las que fundamentó la importancia de Acevedo Díaz y de Florencio Sánchez. El rodonismo que podríamos representar algunos miembros de generaciones posteriores está mucho más cercano de sus posturas que de la copiosa bobería de los que deshojaban la encendida rosa de (su) pasión y el pálido lirio de (su) desfallecimiento junto a la tumba del autor de Ariel. Su hostilidad al énfasis y la vaciedad de buena parte de la generación del 900 fue fundadísimo. No vamos por esas vías, sino por las contrarias. Y la propia distancia que ha guardado Zum Felde de todo el mundo de la infraliteratura oficializada, su cuidadosa ausencia de AUDE no hace más que acrecentar nuestro respeto. Entiéndase esto bien. Y entiéndase que cuando señalamos errores, vacíos o lenguaje, tenemos conciencia de estar haciendo algo con que la obra de Zum Felde debió contar desde sus inicios y no contó. Porque, Zum Felde crítico severo pero descuidado en todo lo que atañe con las complejísticas tareas preliminares a la crítica y a la historia (información, cronología, bibliografía, etc.), Zum Felde crítico, decimos, no tuvo críticos. Si la oquedad innominada que lo rodeó, la oquedad resentida que fue el clima de su tarea se hubiese expresado en crítica, y en crítica leal aunque severa, muchos aspectos que se están señalando no hubieran existido. Su obra hubiera ganado en rigor sin ablandarse por eso en concesiones.

Todo esto es cierto. Pero también lo es el hecho de que el crítico y el historiador juzgan de acuerdo a valores y antivalores, opinan desde ángulos y perspectivas de juicio que, de alguna manera, han de ser coherentes. Ellos no tienen porqué ser previsibles ni siquiera explícitos, ni estar contenidos en ninguna profesión de fe. Pero una lectura inteligente deberá ser siempre capaz de señalarlos y una tarea —ardua

o fácil— hacer de ellos algo parecido a un sistema, a una norma, a una postura.

Lo que puede y debe exigírsele al crítico es coherencia entre sus juicios y sus valores; es que no operen dispepsias, resentimientos o ignorancias entre sus valoraciones concretas y su aparato, más o menos formal, de apreciaciones. Y puede reclamársele también —salvo la improbable legitimidad de un arranque masoquista— que no exista identidad entre sus propias características y aquéllas que critica acerbamente en otros.

Si la posición ideológica de Zum Felde es la que se ha reseñado, si esa es la perspectiva de su juicio, muchas cosas tendrán que resultarnos injustas.

Injusto hasta la diatriba es también Zum Felde con José Vasconcelos, a pesar de ser éste sólo un muy tenue arielista y resultar mucho mejor vinculable al decisivo grupo del Ateneo de la Juventud de México y de la Revolución de 1910. Aunque le conceda algunas calidades humanas y personales imposibles de negar, la resta empieza muy pronto. Así rebaja sistemáticamente sus planteos hispanoamericanos —los de “Indología”, “La raza cósmica” y “Bolivarismo y Monroísmo”— sosteniendo que ninguno de esos temas es nuevo. Sin duda que sí pero ya es difícil afirmar eso si de los temas se pasa a las posiciones, a las intuiciones. La novedad, sin embargo, que importa en Vasconcelos, no es siquiera esa, sino una muy distinta. Es la de la ardiente conexión entre la postura intelectual y la acción histórica concreta a través de la milicia en la primera gran revolución popular de Hispanoamérica y la posterior rectoría de la cultura mexicana en la tercera década del siglo (“Por mi raza hablará el Espíritu”). Es la conexión entre esa postura y la predestinada infancia en las márgenes del Río Grande del Norte, el río de Pecos Bill, en una zona de clamoroso conflicto de culturas, de modos de vida, y todo lo que ella dejó. Las dos circunstancias importan sin duda un enfoque muy distinto al de esos apacibles

espectadores de la nordomanía del tipo de Rodó o del de esos líricos cruzados turísticos del antimperialismo de la clase de Manuel Ugarte.

En base a un texto publicado en una revista colombiana, también del Vasconcelos filósofo se burla Zum Felde acerbamente. El texto no es, sin duda, un prodigio de coherencia, ni un prodigio de sensatez y parece claro sin recurrir a él sino a sus libros más ambiciosos (la “Metafísica”, la “Estética”) que la filosofía de Vasconcelos, en su estricta literalidad, no es válida más que para él mismo. Pero como expresión de un estilo del filosofar hecho de audacia, intuiciones geniales, grandeza (también caprichos, vacíos y peligroso desprecio del buen sentido); como reflejo de una poderosa personalidad y como reiteración de intemporales recurrencias del pensar metafísico, la filosofía de Vasconcelos es importante. Zum Felde tal vez crea despreciable (por no responder a ninguna fenoménica ni a ninguna historicidad) esa inspiración plotiniana que iluminó, entre el de otros, el genio de Baudelaire. Pero esa inspiración y su elaboración vasconceliana han sido juzgadas en toda su significación por hombres que como José Gaos y Antonio Castro Leal, son dueños de un juicio más cauto que el del autor de “La estética del Novecientos”.

III

Cabo

Y esta extensa glosa y análisis llega aquí a su fin. Aunque una manifestación como la que sigue no sea habitual en estas páginas, reiteramos: no la ha dictado una hostilidad que no sentimos sino muy otros motivos. La segura difusión del libro en el mundo hispanoamericano, la significación de Zum Felde en nuestra historia intelectual exigían una precisión y una morosidad que no tendría sentido aplicar a un primerizo. Además, el Índice de la Ensayística toca la más cardinal, la más radical de nuestras preocupaciones: el destino iberoame-

ricano. Como en tiempos de Bolívar y como en tiempos de Rodó, todo lo que se refiera a él es —entre vivos ámbitos— prenda de influencia y seguro interés. Pero esa influencia y ese interés imponen una responsabilidad de justicia, de exactitud, de abnegado trabajo, que no era (que no es) posible soslayar.

LOS PROBLEMAS NACIONALES Y LA SOCIOLOGIA

Autos para alegar: “Real de Azúa c. Rama”.

En la discusión que promoviera el Dr. Real de Azúa a propósito de mi libro “Ensayo de Sociología Uruguaya”, cabe distinguir tres tipos de cuestiones:

1. Observaciones de carácter gramatical o estilístico. Desgraciadamente sobre ellas se ha centrado en buena parte la polémica. No me apasiona discutir las jotas o tildes de ningún texto, y menos del que me pertenece.

Como ya dije, todo eso será tenido en cuenta cuando corresponda y trataremos de hacerlo mejor.

2. Discusiones sobre la conceptualización sociológica, en las cuales inversamente el Dr. Real de Azúa no está debidamente enterado. Es imposible seguir una discusión donde si critico su inclusión de Martínez Estrada como sociólogo, él me contesta trayendo a Heidegger a la palestra. ¿Qué pasaría —me pregunto— si ahora niego a Heidegger?

3. Hay sin embargo un tercer aspecto más importante y en el cual una polémica puede ser fecunda y es la discusión de algunas de las tesis del libro.

Parafraseando una polémica más importante del siglo pasado, digamos que si mi crítico no es sociólogo por lo menos ha leído mucho, y su opinión interesa como la de un hombre de gran cultura literaria y filosófica, y exponente de una ideología tan particular como interesante.

Dado que soy “el agredido”, creo tener derecho a delimitar el campo para evitar circunloquios, fintas, o cualquier salida por la tangente.

Mis puntos de vista han sido extensamente tratados en las 400 páginas del libro. Ahora emplazo a Don Carlos Real de Azúa a que claramente:

- a) articule su defensa del gran latifundio, la Liga Federal y la sociedad pastoril.
- b) que explique claramente porqué entiende que el peronismo es un movimiento socialista.
- c) que aclare los fundamentos de su ataque a José Pedro Varela.
- d) que defina lo que encuentra defendible en el golpe de Estado del 31 de marzo de 1933.
- e) porqué no entiende aconsejable la extensión de la enseñanza.
- f) a quién o quiénes atribuye la provocación y orientación de las guerras civiles en el Uruguay.

Esperamos que el Prof. Real de Azúa sea tan cabal en la hora de la verdad, como ha sido de elegante en los juegos preliminares.

Una discusión centrada en esos seis temas sería realmente provechosa y podría eventualmente demostrar las ventajas de la sociología para el estudio de los problemas nacionales.

Carlos M. Rama

FIN DE UNA POLEMICA

Alegato

El profesor y amigo Dr. Rama comienza olvidándose su derecho procesal. Porque si los autos están para alegar ¿cómo sostiene al fin de su carta que todo lo ocurrido hasta ahora son juegos preliminares? Si los autos están para alegar, y le tomo la expresión, ello quiere decir que (por lo menos) ya ha existido demanda, contestación y prueba. Pero no extrememos estas manoseadas analogías. Quiero ser breve, a pesar de que mi replicante tiene el arte de escribir corto para hacerse contestar largo. Y si debo serlo, tengo que empezar por señalar que el Dr. Rama comete una simplificación clamorosa. Mis críticas se dividirían, según él, en dos tipos: tiquis-miquis de forma, en los que el autor se declara incompetente, y cuestiones metódicas, en las que me declara incompetente a mí. No se lo discutiré y sea ésta una manera de concluir. Pero, quienquiera haya leído mi texto inicial, puede recordar que lo principal de mi crítica no se mueve en ninguno de esos dos ámbitos. Y sólo acerca del primero, que tan poco aprecia, señalaré que la exactitud de la expresión, la pulcritud del dato, la minuciosa verdad de la referencia, la precisión de las filiaciones dibujan, por así decirlo, la realidad misma. Y la ciencia (cualquier ciencia) no puede renunciar alegremente a la realidad. A la realidad, no a ciertas bellezas estilísticas (o gramaticales), como él dice. Y en cuanto a esas cuestiones metódicas, de las que me excluye, sólo postularé que, sin ser un especialista y moviéndome en planos extraños a mi quehacer habitual, hice objeciones que no se han levantado.

A otra cosa. Y ésta se halla en la segunda parte de su carta. En ella mi replicante esgrime lo que se llama clásicamente el "argumento ad-hominem". En esa forma de "defensa-por-transferencia", que no defiende, en el caso, el libro, pero ataca a su presunto atacante, el Dr. Rama sugiere que todas mis reservas a su Ensayo han sido, digámoslo

así, pseudo-metódicas y cripto-ideológicas. Las objeciones a su obra sólo lo serían, en el fondo, a las posiciones que defiende.

En sustancia, que con su lista de seis preguntas, el autor me quiere hacer aparecer como socialmente reaccionario (partes de la pregunta (a), peronista (preg. (b)), enemigo de nuestra tradición liberal (preg. (c)), motinero (preg. (d)), oscurantista (preg. (e)) y en cuanto a la pregunta (f) confieso que, en puridad, no sé lo que quiere hacerme sostener. Después de decir, de paso, que me parecen demasiadas moscas para que vuelen en escuadrilla, señalo que, sobre todo con el verbo "articule" del mandato inicial, se pretende sugerir que yo "insinúo" tácitamente, que dejo entrever esas defensas. No me parece un modelo de *fair play* y podría contestarle a mi objetor que me señalara en qué pasajes de mi artículo ese verbo "insinuar" pudiera ejercerse. Y yo podría interrogarle, a mi vez, que, aún en la posibilidad de que en este instante declarara paladinamente las filiaciones que me atribuye, en qué sentido ello levantaría mis objeciones. Mis objeciones, pongamos por caso, a su planteo de una sociología nacional, a su filiación de los principistas, o a su terminología de las clases.

Pero en fin, el Profesor Rama me somete a un examen y me encuentro con que, a pesar de lo antedicho, si hurtara el cuerpo a él, ciertas partes de mi trabajo quedarían (como las fotografías tomadas con mala luz) veladas. Y sin más, a hacerle el gusto.

Latifundio, Liga Federal y sociedad pastoril

Al emplazamiento a) siento, aunque ya es empezar mal, no conformarlo. Como ya decía que en mi artículo no defendiendo en ningún instante el latifundio y sólo me limito a distinguir entre sociedad rural y latifundio, y como no soy escriba mercenario para defender causas en las que no creo, el Dr. Rama tendrá que buscarse otra persona para que le suministre tan espinosos materiales. Tal vez me molesta más que al Profesor Rama el reiterado alegato nacional de una clase que se dice la creadora de la riqueza pública, cuando es apenas la tenedora, la intendente (bastante inepta) de un poder telúrico y biológico que

trabaja por sí solo (la industria del toro en primavera, que tantos han dicho). Pero como toda persona que pasó de los veinticinco años me disgusta cierta demagogia antilatifundista que prescinde alegremente (aun sabiendo que existe) de toda consideración económica y productiva. Y aunque odie toda referencia personal, sepa el Profesor Rama que no tengo una sola hectárea de campo y que la posesión de magnas cantidades de tierra no me parece éticamente legítima. A pesar de ello, no comprendo la preferencia del autor por las reformas agrarias realizadas directamente por las masas y desde abajo respecto a las que planifique un Poder que sirva a los desposeídos con inteligencia y vistas largas. En un libro tan poco sospechoso de antiprogresismo como el admirable de Simone de Beauvoir sobre China ("La longue marche"), puede encontrar el Profesor Rama un examen comparativo, muy reciente y con validez mundial, de los dos caminos. Y recordar que, en sociedades de base agropecuaria, hay un límite infranqueable para cualquiera de ellos y ese límite es la producción misma, ese límite es, a contrario sensu, el hambre que a todos nos ronda cuando la producción decrece o desaparece. Pero esto nos llevaría muy lejos. Y busque simplemente el Dr. Rama los defensores del latifundio en donde ellos están: en ciertos sectores estridentes de la oposición, en ciertas instituciones, en ciertos diarios (incluso en alguno que ha tenido con él reiteradas gentilezas). Sé que entre esas instituciones no se encuentra la Liga Federal, representante notoria de la pequeña y media propiedad agraria. Mi replicante lo sabe tan bien como yo y no parece buen método pragmático de sociología (o lo que sea) la desfiguración deliberada de la verdad. Y para la defensa de la Liga Federal, el Profesor Rama y yo tenemos algunos amigos comunes que pueden hacerlo con evidente solvencia. Si quisiera recurrir, incluso, a algo ya édito le recomendaría dos artículos publicados en diciembre en "El Debate" (*horresco referens*) por la pluma notable de Alberto Methol Ferré.

En cuanto a la sociedad pastoril tengo que sintetizar, porque el tema me daría para otro libro tan voluminoso como el Ensayo. Sé que en sus términos literales y tradicionales es inviable. Pero también sé que el destino del país está tan distante de esas formas tradicionales como de ciertas líneas de industrialización corrompidas, desafortadas. La industrialización es la vía de emancipación de los países

marginales y el arma de liberación de las masas. Pero, como muchos, temo que tomando como dada la forma nacional cerrada, el problema para los uruguayos sea, en esos términos, insoluble. Pero el hombre (además) no es sólo presente y sólo economía. Como ser arraigado en un país y en una tierra, en términos emocionales, estéticos y hasta intelectuales, quien se sienta inserto en una tradición nacional no puede odiar o despreciar la sociedad pastoril. Y si confieso que prefiero el Uruguay de Hudson al de Berembaum y las lanzas de Aparicio a las disciplinadas huestes de la Dra. Roballo no me tome el Dr. Rama por un reaccionario. Porque sé que el Uruguay real está más cerca (eso sí, sin ladrones, sin concusionarios, sin bobalicones o sin cínicos) de "Sadil" que de Corralito. Pese a ello pienso que no es un hombre cabal y, sobre todo, un rioplatense cabal aquel que no sienta, por ejemplo, una desgarradora nostalgia cuando en los viajeros ingleses se narra la gloria de una mañana en el campo sin límites (y sin alambrados). O una noche de silencio y cielo inmenso. Y que, experimentando esa nostalgia, no busque, de alguna forma, su borrado sucedáneo entre el trajín y la fealdad de nuestra vida. Porque Sociedad pastoril es simplemente el nombre histórico del mundo natural, y de ese mundo sólo la locura de un urbanismo desorbitado puede segregarnos sin desconsuelo. Y si el Dr. Rama no cree lo mismo, simplemente lo lamento por él.

Peronismo y Socialismo

Estoy escribiendo estas líneas bajo la emoción y la alegría del triunfo avasallador de Frondizi. Y me parece que la victoria del pueblo argentino contra las oligarquías y el imperialismo, sus enemigos de siempre, y el camino reencontrado hacia los grandes nortes de la Independencia económica, la Unidad nacional y la Justicia social argentinas, me están dando la razón. Ya hice bastantes distinguos y no quiero aburrir a nadie. Igual no nos entenderíamos. El Profesor Rama habla en términos de "partidos", yo hablo en término de "corrientes". Y como las segundas son más complejas, confusas, ricas y fértiles que los primeros, la discusión podría proseguir hasta el infinito.

Los ataques a Varela

El inciso c) de esta absolución de posiciones (nada de autos para alegar) que estoy contestando, me resulta típico. Y no sólo típico del Profesor Rama. Porque es uno de los más tenaces métodos de la vida intelectual y política uruguaya el endiosamiento de las personalidades. Ante ese endiosamiento todas las reservas son ataques. Si mi replicante considera que lo son tales aventurar que Varela no era un gran pensador, que no era un sociólogo, que sus ideas básicas estaban antes en otros, que existieron otros uruguayos (en su época incluso) más interesantes, tampoco voy a convencerlo de lo contrario. Pero si el Profesor Rama quisiera enterarse realmente de lo que puede ser un ataque a Varela recurra al capítulo del "Juan Carlos Gómez" (Semblanzas del pasado) de Melián Lafinur. Curiosamente no lo incluye en su copiosa bibliografía y tampoco quiero decir que yo lo suscriba. Pero compárelo con mis tímidas precisiones y extraiga la conclusión después.

El 31 de marzo de 1933

La sociología y la historia social no son neutrales, y en eso estoy de acuerdo con el Dr. Rama. Trabajan sobre supuestos axiológicos, profesan un punto de vista, se mueven con ideales. Pero reconocido esto, no me parece el modo más científico de abordar sucesos históricos ese de una disyuntiva polémica entre lo defendible y lo indefendible. Supuesta una perspectiva nutrida de valores, el juicio histórico debe mirar todas las cosas *sine ira et studio*. Y antes de entrar en lo que el golpe de marzo tuvo de dolorosamente útil (por lo dicho anteriormente prefiero este término a los que desecho), observaré que en ninguna parte de mi nota adopté posición ante él. Sólo destaqué que una terminología panfletaria de clases: burguesía ultrarreaccionaria, por ejemplo, escamoteaba lo que fue específicamente el 31 de marzo: esto es la ofensiva violenta de las clases ganaderas endeudadas con vis-

tas a aliviar su propia situación. Leer el Registro Nacional de Leyes de 1933 es topar constantemente con leyes de moratoria hipotecaria: los pobres rurales se habían gastado alegremente el dinero de los años de las vacas gordas y cuando la crisis vino, en 1929, los encontró sin cobertura. Ese factor, claro, no era el único. También fue importante la presión de los grupos inversionistas extranjeros, aunque me inclino a pensar que más bien aprovecharon la situación que ya se había creado. Entre los factores políticos, Quijano recordaba hace poco tiempo uno: la desesperanza nacionalista de vencer al coloradismo y la tentativa de dividirlo. Del lado del coloradismo, y concretamente del batllismo, operó el conflicto (latente desde mucho tiempo atrás, pero destinado a explosión apenas llegara al Poder Ejecutivo un presidente dinámico y ambicioso) entre el poder constitucional de la Presidencia y el principio del gobierno colectivo por medio de la Agrupación Colorada de Gobierno. Agréguese a todo esto ese transfondo histórico en que se mueven la crisis económica, la ola fascista mundial, el ejemplo iberoamericano de dictaduras y la evidente usura que, en ciertos sectores de la opinión pública, presentaban los principios en que se apoyaba el orden político. ¿Cuál puede haber sido la utilidad de la crisis de este cuadro, que es el propio golpe del 31 de marzo? Me parece, la primera, el haber demostrado la absoluta esterilidad, la radical inutilidad de los golpes de estado, al modo clásico sudamericano.

La otra utilidad del golpe (que no revolución) de marzo, es también de índole negativa. Y es la de haber demostrado que el batllismo (un batllismo mucho más puro, coherente y convencido que el de 1958) es, salvo algunos núcleos y dirigentes, un partido oficial. Y que como partido oficial segregará, siempre que el mandamás de turno, el que tiene la sartén por el mango, lo quiera, un coloradismo independiente. ¿Qué fueron sino el vierismo, el terrismo, el baldomirismo, y ¿por qué no? qué es el quincismo (salvo la diferencia accidental de estar presidido por alguien que lleva el apellido epónimo)? Estas reiteradas bifurcaciones políticas no dejan de brindarnos luces valiosas (aunque aquí me paro) en un inmediato futuro. Aunque no veo de paso qué tiene que ver todo esto con la sociología uruguaya.

La extensión de la enseñanza

Busque de nuevo el Dr. Rama el pasaje de mi artículo en que la objete. Mi contradictor rotula aquí, me temo, como oposición, lo que es complemento o es precisión. Porque cualquiera tendría que comprender que hablar de extensión de la enseñanza no es nada si antes no hay acuerdo de cuál es esa enseñanza que tan onerosamente hay que extender. Confieso mi escepticismo ante lo que enseña la escuela (y no sólo la pública, como el Dr. Rama sospecha). Confieso mi descreimiento ante los bienes que irroge la multiplicación infinita de liceos en el interior. Enseño en Preparatorios y tengo a menudo, como la mayor parte de mis colegas, la sensación de arar en el mar. Descreo menos de la enseñanza universitaria, pero la crisis de los contenidos pedagógicos es ya un problema de orden público nacional y me parece insincero mientras se insiste en ella clamar, sin un acuerdo previo sobre otros nuevos contenidos, por la extensión, puramente horizontal de todo aquello en que se duda. Pero el tema me llevaría mucho más de lo que el espacio ya me da.

Las guerras civiles y sus causas

Y llego con alivio al apartado f) de mi absolución de posiciones. Decía al principio que no sospecho en este punto qué es lo que mi contradictor piensa que voy a decir. Lo reitero ahora. Y como ya enunciaba en mi primera contestación una lista de posibles núcleos sociales determinantes, a ella me remito. Creo, sin embargo, que el gran correlato histórico de nuestras guerras civiles son los clásicos desajustes de estructuras y superestructuras, la permanente discordia de nuestro "país real" y nuestro "país legal". Sin ellos, todas las fuerzas levantiscas se habrían mellado contra la solidez, la densidad, de una sociedad bien enquistada. Para volver al plano de lo que pudiéramos llamar los impulsos menores, pienso que, en cada caso, hay que hacer distinguos. La inquietud de los militares motineros fue muy evidente del 51 al 75. La influencia deletérea de una prensa muy valiente

pero irrealista y agitadora me resulta visible a lo largo de medio siglo pasado. En lo que respecta a las últimas guerras civiles, la lectura de varias vidas de Saravia me ha dejado la impresión de que al volver del Brasil y de sus hazañas con Gumersindo, Aparicio hubiera encontrado en cualquier parte motivos (e impulsos) revolucionarios. En fin, que hay para todos los gustos, y aun los determinantes más privados pudieron operar poderosamente en una sociedad donde todo se resolvía dentro de pequeños círculos.

Leyendo hace pocos días, en la Revista Histórica del Museo (T. XXVII) la conclusión de los certeros informes diplomáticos de Maillefer, ministro de Francia, comenta éste el destierro impuesto por Lorenzo Batlle a los redactores de El Siglo, José Pedro y Carlos María Ramírez, cuya propaganda virulenta amenazaba el orden público. Y registra Maillefer: A uno de mis colegas americanos quien se asombraba de que un establecimiento de esta importancia se precipitara de cabeza en una aventura semejante (de una revolución se trataba): "¿Qué quiere?, respondió el Sr. Duncan Stewart, Ministro de Hacienda. El padre de los Ramírez (Juan Pedro), Senador, salvado de la ruina total por el Barón de Mauá, quedó debiendo 50 mil pesos a la Comisión fiscal de los bancos; el vencimiento cae el 1 de marzo próximo y no es la primera vez que una revolución llega a punto para sacar de apuros a deudores insolventes".

No quito ni pongo rey: hablan Maillefer, que, con sus diecisiete años de vida montevideana, no debía creer en brujas, y Duncan Stewart, que fue un patriarca de nuestra vida administrativa. El ejemplo es sólo para señalar la cantidad de factores privados que por la guerra civil trabajaban, es apuntar a la audacia, y el peligro, de fallar, sin la debida compulsión histórica, por una sola causa. Y nada más.

Pero no sin reiterarle al Profesor Rama que se equivoca en cuanto a que éste es el debate real y todo lo anterior juego preliminar. Este, por el contrario, es un juego epilógico. O, como se dice en algún deporte, el período de alargue. Que me sirva, por lo menos, para pedir disculpa a mi replicante por cualquier exceso en que pueda haber incurrido; que me sirva para reclamarle que, cerrado este surco que tal vez nos dé algún fruto a los dos, la antigua cordialidad sea restablecida.

PARTIDOS POLITICOS Y LITERATURA EN EL URUGUAY

Puede decirse, en general, que en los países marginales de Occidente, con base cultural occidental, sin restos autóctonos importantes, la situación misma desde 1800 engendró un cuadro preestablecido de partidos.

Habrà, y lo hubo en casi todos los países de América hispana, un partido antimodernizador, presidido por las clases directoras de formación tradicional y base social y económica agrarioseñorial. Habrà un partido modernizador, protagonizado por las burguesías ciudadanas, de formación cultural (romántico-positivista) europea, con clara afinidad (de muy variado registro) con las naciones imperialistas, inversoras y modernizadoras. Existirán formas partidarias intermedias una de las cuales, por ejemplo, será constituida por las clases tradicionales que busquen, aliándose con las burguesías, al modo del núcleo "tory" inglés, incorporarse al proceso modernizador. Habrà, aunque son difíciles de rastrear, barruntos de formaciones políticas dentro de las cuales, las clases desposeídas en la estructura social tradicional, insurgirán a la vez contra la burguesía modernizadora y contra unas clases tradicionales que, aliándose con ésta, quebraron el contrato patriarcal de vida. Inorgánico, hasta inconfeso a veces, no tienen mejor expresión en el Río de la Plata que cierto período del pensamiento político de José Hernández. Habrà, ya a fines del siglo pasado, un partido en el cual las nuevas clases medias, nacionales o de origen inmigratorio, intentaron arrebatar la titularidad y el provecho del proceso modernizador de manos de una ya consolidada alianza de las clases tradicionales, las viejas clases medias y los intereses económicos foráneos. Y habrá por fin ya en nuestro tiempo, la total y casi caótica redistribución de fuerzas que arrastran a la vez la clausura de la Modernidad y sus ideologías como etapa histórica, el advenimiento del proletariado a la dirección social, el robustecimiento de la clase burocrático-estatal

y los tremendos conflictos del agrarismo, el urbanismo y la industrialización.

Desde ya se sienten tentaciones de orientalizar el esquema. Y de ejemplificar; en el primer caso, el viejo Partido Blanco, oribista; en el segundo, el Partido Colorado en su época de la Defensa o en su período "Conservador"; en el tercero, el Partido Blanco al hacerse Nacional entre 1870 y 1880; en el cuarto, expresiones multitudinarias en torno a Rivera, Oribe, Flores o Aparicio (aunque el caudillo uruguayo sea, con mucho, un modernizador); en el quinto, naturalmente el Batllismo y, en todo lo que sigue, y casi sin excepciones, rica revuelta y promisoría, la actual ordenación, o mejor, inordinación, de fuerzas.

Sin embargo, nada es así de simple. Existen, por lo menos, tres factores diferenciadores uruguayos que todo lo complican.

El primero, dado en buena parte por nuestra situación periférica en el Continente, por la falta de sustrato indígena, por nuestro mismo origen de nación mediatizada, es que la impregnación ideológica liberal, moderna, europea, heterodoxa, se haya realizado entre nosotros casi sin resistencias. Desde la época colonial fuimos, si se nos compara con Chile, México, Perú o aun la otra Banda, "tierra de he-rejes" y el signo va a ser en nuestra historia, decisivo.

Esa precariedad nacional que, en el siglo pasado, nos convirtió en marca fronteriza disputada, con colaboraciones orientales infaltables, por porteños, imperiales, franceses e ingleses (y esto hasta 1870) decidió que nuestro sistema de multiplicación y división incesante de partidos aparezca en buena parte enfeudado al ministerio de esas presiones, de esas tentaciones, que el extranjero tan bien supo manejar.

El tercer hecho decisivo fue, tal vez, el final de la Guerra Grande. Ese final echó un velo de indefinición sobre la pugna de las fuerzas históricas, entreveró todas las líneas y, a diferencia de lo que ocurrió en Argentina, mantuvo, por casi cincuenta años, el equilibrio precario de lo "moderno" y lo "tradicional".

El cuarto fenómeno individualizante lo constituyó, por fin, la circunstancia de que, moviéndose los partidos sobre un visible común denominador de clases e ideologías, ambiciones individuales frenéticas y tenaces aspiraciones de grupo, hayan visto franqueada la posibilidad

para que, con su acción, todas las líneas posibles de inteligibilidad, todas las claves se confundieran y fragmentaran.

Todo esto decide que nuestros partidos parezcan, y sobre todo hayan parecido, excesivamente entecos como para sostener una "mundividencia", una "cosmovisión". Con lo que ocurre que se nos perderá el vínculo más firme para sostener la adscripción de nuestros intelectuales a un partido, dado ya que esas "mundividencias", al modo que en Europa pueden serlo el marxismo, el democristianismo, y el cristianismo a secas, o el liberalismo, son los planos más eficaces, más nutritivos en los que la obra de un escritor pueda filiarse políticamente.

En la precaria entidad que, hasta 1880, fue el Uruguay independiente, parece haber dominado ante la realidad del partido una sola actitud. Esa actitud no fue sólo abrumadoramente mayoritaria en el intelectual, en el escritor, en el hombre de cultura, en el político universitario: también participaron de ella militares, caudillos, hombres de empresa. El partido político es la división maligna, artificial, destructiva, que las pasiones de los hombres, la ambición sin control de las minorías, el artilugio de las presiones extranjeras promueven dentro de una colectividad que sólo reclama unidad, trabajo, paz, "fomento" a la moderna. En el caso específico del intelectual se marca también, desde esta época, un fenómeno que, siendo universal, adquiere en América, adquiere aquí, formas muy particulares. Este fenómeno es que el hombre de cultura tienda a no encontrarse cómodo en los partidos experimentando un desajuste, casi nunca salvado, entre las exigencias de su acción y las exigencias que el partido promueve. Habrá oportunidad de ver cuáles son las razones de la discordia en nuestro siglo pero, en lo que va del pasado hasta el viraje decisivo desde el militarismo y el civilismo oligárquico a las agrupaciones de masas, el partido le resultará al intelectual una colectividad demasiado pasional, variable e inmediata como para satisfacer los más modestos reclamos de coherencia, consecuencia y racionalidad que la cultura pueda postular.

Por lo pronto, lo único importante que queda registrar es que la cara que el partidismo adopta no es otra que la de la guerra civil y ésta, con su gruesa cauda de muerte, odio, división y pobreza despertó los acentos más entrañables de toda una poesía y algunos valiosos ejemplos de teatro, cuento, novela. Desde los poetas neoclásicos del "Parnaso Oriental" hasta el "Viejo Pancho" ("2 de noviembre de 1904") pasando por Acha, Magariños Cervantes, José María Castellanos, del Busto, Carlos María Ramírez y muchos otros, la guerra civil fue tema de gimoteo pero también de meditación generosa y edificante pasión. "La loca de Bequeló", de Ramón de Santiago, es la muestra más representativa de esa veta.

Con relativa posterioridad y más segura importancia, se esbozará el motivo del paisanaje y el pequeño caudillo rural llevados a la matanza por las arterias políticas de Montevideo, por la ambición de los "doctores", por el designio de oscuras fuerzas que están más allá de su comprensión. Este tema se desplegará desde los ya mencionados acentos partidistas de Antonio Lussich hasta "El León Ciego" de Ernesto Herrera, la figura de Pantaleón en "El Terruño" de Reyles o el cuento de Viana "Ultima campaña", incluido en "Campo", su mejor colección narrativa.

No es sólo esta abrumadora consecuencia, sin embargo, la que marcó la condición insatisfactoria del partido en cuanto cuadro del esfuerzo social.

Un estudio biográfico de las figuras capitales del siglo XIX señalaría, por ejemplo, que la filiación, la adhesión partidaria fueron casi siempre intermitentes; siempre tendieron a decolorarse; a menudo se arrastraron por la vida como un maltrecho ideal de juventud, un ideal melancólicamente ajado por los años. El partidismo se enciende en cuanto se pertenece al núcleo director y la adhesión partidaria parece frecuentemente condicionada a esa situación. Las "desilusiones" de Andrés Lamas, de Juan Carlos Gómez, de Carlos María Ramírez fueron, por ejemplo, notorias. Todo un partido, incluso, el Constitucional, desde 1870 pero sobre todo desde 1881, se formará con estos desilusionados. Unos desilusionados que, en el caso, provenían de los dos bandos: Arrascaeta, viejo oribista; Blanco, Ramírez, antiguos colorados. Pero con los constitucionalistas irrumpe en la vida nacional

una posición que ha pervivido hasta nuestros días: ya no es lo malo el partido sino la antítesis pasional y beligerante de los dos partidos históricos, el partido sin ideas puesto que son las ideas, los principios, las instituciones los que califican a los partidos, las que habilitan su andadura histórica constructiva. Las pasiones, los hombres, la arbitrariedad son el enemigo para este curioso unilateralismo que racionaliza e intelectualiza la vida histórica. El Partido Constitucional es el resultado de tal postura y no deja de ser revelador que una estructura eminentemente formal como la constitución es, sea erigida en excelencia presidente de un nuevo estilo político.

A esta actitud respondió, en cierto modo, otra paralela. Puede rastrearse en páginas de Lamas o Angel Floro Costa y aunque para ella las fuerzas enemigas (los hombres, las pasiones) sean las mismas que aquellas que enfrentaba el principismo constitucional los lemas que invoca como remedio ya no son los de aquel sino las cosas, los intereses. Es una posición de sesgo netamente utilitario, no lejana de algunos aspectos de Alberdi y aun del marxismo; refleja, como es inequívoco, la postura de las nuevas fuerzas económicas, las del naciente capitalismo no siempre bien orquestadas por el principismo universitario de Montevideo.

Desde la llamada generación del 900, la realidad del partido es una evidencia incontrovertida y una evidencia a la que nadie piensa en sustraerse, ya que todos los novecentistas, en lo que les es personal, tendrán una filiación partidaria. Como en ninguna otra época de nuestro pasado, adquiere en ésta caracteres de suprahistórica verdad racional, de presunto "derecho natural", la doctrina liberal de la multiplicidad de partidos, diferenciados por opiniones, creencias, temperamentos, intereses, dentro de un régimen más o menos espontáneo de opinión pública y una estratificación (tácita, solapadamente coactiva) de la sociedad. Con todo, y como en tiempos anteriores, el hombre de cultura tampoco se siente cómodo en esos partidos. A aquella realidad que adjetivábase: inmediata, pasional, variable, le oponía este hombre reclamos de coherencia, consecuencia, racionalidad. Las notas del

partido que importarán (ahora) serán las de utilitario, igualitario, disciplinado. Las tres chocarán con las exigencias de libertad, de distinción y de esa (tan ambigua) distancia que los "arielistas" llamaban desinterés.

En Rodó, por ejemplo, con ese pudor que siempre usó para referirse a sus conflictos personales, se inicia el tema del partido como cárcel, como estructura demasiado rígida para ambientar la expresión de la autenticidad personal. Un intelectual individualista no se siente holgado en ningún alvéolo y Rodó no se sentiría en el suyo aunque tampoco fue, seguramente, el único en vivir esta experiencia.

Con una figura menos notoria, su contrincante de 1906, Pedro Díaz, insurge también a la vida nacional otra tacha antipartidaria, otra acusación: es la de la infidelidad de los partidos. Los grupos llamados liberales, más estrictamente anticlericales y antirreligiosos que actúan en la primera década del siglo y presentan candidatos al Parlamento en 1910, enrostran esa infidelidad al Partido Colorado, cuya tradición liberal les parecía reclamar otras definiciones. No nos importa lo justificado de la exigencia; nos importa el síntoma, que después tendrá sucesivas versiones en muy distintos planos.

Reyles representa aquí una actitud extremadamente interesante y precursora. Es la del partido como forma, íntimamente desvalorizada, a nutrir, como rótulo histórico-tradicional que busca henchirse de intereses económicos y sociales bien definidos, activamente operantes. En sus discursos de Melilla (1901) y de Molles (1908), en su actividad al frente del Club Colorado "Vida Nueva", en su labor fundadora o teorizadora, junto con José Irureta Goyena, de la "Asociación" o la "Federación Rural", Reyles, latifundista innovador, nietzchiano, "metafísico del oro", representa la pendular actitud de los grupos de presión que en nuestro país, hacia su tiempo, se definen. Una es la de penetrar y dominar en un partido (lo que significa la contundente estrategia de "copar"), imprimiéndole una conducta a sus elementos neutros o masificables. Otra es la de quedar fuera de todo rígido cuadro político, incluyendo, en cambio, por los variadísimos medios que los grupos de presión pueden ejercer.

En alguno de aquellos discursos, Reyles marcó también una de las "constantes" de toda actitud culta, juvenil, ante los partidos polí-

ticos. Y decía: hasta el presente, poco han tenido que hacer en la vida pública los hombres de pensamiento. Tuvimos pensamiento cuando realizamos los grandes hechos de nuestra historia, pero después, en general, las ideas y las grandes expansiones del alma fueron desterradas de la política, y empleamos los medios comunes de las naciones sin ideales y de los organismos enfermos: las intrigas de gabinete, las triquiñuelas de los estadistas y las bayonetas de los soldados, armas con las cuales se abrían paso hasta el corazón del pueblo, los intereses de círculo y las ambicioncillas personales, un ridículo y vano ajetreo de hormigas que dejaba indiferentes (...) a los hombres puros, a los elementos sanos, y sobre todo, a la juventud ilustrada, insensible por su misma juventud e ilustración, a las seducciones del interés (...). Hoy es otra cosa. El ambiente (...) da claros indicios de que ha sonado la hora de los nobles esfuerzos y de ensayar la alta política, la política educadora, la verdadera política que consiste en elevar el espíritu de las masas para luego hacer viables todas las fórmulas del progreso (...). Yo sé que la mayoría de los hombres de estado y de los practicones de la cosa pública se burlan de esa política superior; pero esos no son políticos ni hombres de pensamiento ni hombres de acción sino sofistas y sopistas...

No sería difícil rever, cada diez años y con levísimos toques, planteos semejantes. La actitud ante los partidos, la afiliación a un color bajo los impulsos conjugados de la fidelidad familiar, la tenue afinidad ideológica, el compromiso, la busca de protección y promoción, deben entenderse dentro del ancho espacio de insatisfacción, de discordia, que aquellos deslindan. Y esta tensión de fuerzas no varía, sustancialmente, ni para el escritor ni para los otros sectores uruguayos, en los cuatro o cinco lustros que siguen. Cuatro o cinco lustros ocupados por la plenitud y la declinación de la generación del 900 y la irrupción de todo lo que se define contemporáneamente al fin de la Primera Guerra Mundial y a la instauración del primer Colegiado.

Los dieciocho años que corren desde 1933 a 1951 marcarán, por el contrario, un viraje fundamental en la significación del partido y los partidos en la vida nacional. La situación del mundo: rearme alemán, guerra de España, marca fascista, segunda Guerra Mundial, crisis del imperialismo y el colonialismo, guerra fría y mundialización

de las pugnas ideológicas, convocará al hombre de cultura a definiciones que tenían mucho menos que ver con un color partidario que con fidelidades universales de temperamento, de actitud moral o de ideología. A esos reclamos la "intelligentsia" uruguaya respondió con una coherencia mucho mayor que en otros países hispanoamericanos en los que la cosmovisión liberal-progresista había penetrado menos profundamente que entre nosotros.

Dentro de este contexto, se desarrolló el movimiento ateneísta ante el golpe de Estado, y los de ayuda a la España Republicana y contra el nazismo. Una revista tan influyente en su tiempo como "La Pluma" (fundada en 1927) mostraba ya el dominio de los temas políticos universales y aun en la bastante anterior poesía de Julio Raúl Mendilarsu podría rastrearse el origen de cierto difuso fervor que combinaba la adhesión aliadófila, la nota socializante, la militancia anti-yanki y el entusiasmo ante la declaración de Balfour sobre Palestina.

Fuera más forzosamente, todavía, de los partidos también se dio, por ese tiempo, la veta, débil cuantitativamente, de una disidencia antiliberal y prototalitaria. La representaron Adolfo Agorio, Mario Falcao Espalter, alguna obra de Zum Felde. Pero, lo que es tal vez más importante, en el interín de esas (casi) dos décadas, la vida nacional contempló el deterioro del prestigio moral y político de casi todos los partidos, actores, cómplices o víctimas, alternativamente, de golpes o contragolpes; ingeniosos compositores, otras veces, de esa legislación electoral que ha concluido en esa práctica (y embretadora) dictadura comicial que hoy conocemos. Una encanallada avaricia, al mismo tiempo, por asegurar a sus oligarquías directoras todos los beneficios más tangibles del poder, asestó el tiro de gracia a la significación que estas agrupaciones, antaño promedialmente honestas, pudieron tener en las primeras décadas del siglo.

Se trae a colación, en otra parte de este trabajo, el ejemplo de la revista "Ensayos". Cuando unos diez años más tarde el mismo grupo que la editaba intenta, en 1947, repetir la plana con una segunda época de los "Anales del Ateneo", la tentativa apenas durará cuatro números. Los bríos demócratas de 1938 se habían mudado ya del Ateneo a Cantegrill e iban camino de ser los prósperos millonarios de 1958. Y, en verdad, el mismo movimiento nacional de anchísima

adhesión, por las naciones occidentales en guerra marcaba ya este cambio de temperatura. En la acción pro-España republicana habían predominado las clases culturales, las clases medias, los sectores obreros. En el movimiento aliadófilo de la Segunda Guerra Mundial dieron, en cambio, la pauta los importadores, los despachantes de aduana, los aspirantes a beca, los finos egresados de universidades inglesas. Silva Valdés, es cierto, escribiría su "Canto al hombre inglés". Ortiz Saraleguy el suyo a Roosevelt (no el del "big stick" sino el de la "pretty nice constitution" que redactara para Haití) y Secco Ellauri traduciría (trascendental contribución) el "If" de Kipling. Entre 1942 y 45 se multiplicaron también, claro está, mil borradores de himnos a Stalin-grado.

Todo ese período contempló, al compás de esos síntomas, esa selección al revés, esa suerte de voluntaria purga de acuerdo a la cual es lo menos valioso de las dos últimas generaciones culturales la que concurre a los cuadros de los partidos mayores y aun, podría decirse, con más relativo entusiasmo a los menores. La posibilidad de una segunda profesión, profesorado, sobre todo al margen de los partidos; el periodismo a partir de la ley de Consejos de Salarios influyó en parte también a que la posición excepcional otrora, del abstemio político tendiese a generalizarse. Si bien "los viejos abstemios" solían responder a una postura de individualismo egolátrico y de desprecio, en bloque, del país, es ahora una definida voluntad de limpieza, de libre disponibilidad, de auténtico enfrentamiento con el país, la que dicta actitudes que sólo exteriormente se asemejan a las pasadas. Parecería como si una inminente coyuntura revolucionaria (aun sacándole al adjetivo parte de su explosiva carga), como si una adviniente reordenación de la colectividad alejara a la flor de las últimas promociones de partidos que no sólo lucen irrecuperablemente enfermos sino que, mucho más que agrupar, actuarían separando, aislando artificialmente las más entrañables afinidades.

Y hoy pasa, en suma, que la crisis entera de la vida nacional, la crisis que configuran la irrupción y la afirmación asfixiante de una cla-

se estatal-burocrática (reclutada originariamente en la pequeña burguesía pero con intereses específicos y agresiva conciencia de sí); la que configura la quiebra de los patrones morales y los orgullos colectivos que normaban nuestra sociedad; la que configura el desorden estructural de nuestra producción, el nominalismo de una política social tuteladora volatilizada por los factores monetarios; todos esos síntomas y mil más se reflejan (no pueden dejar de hacerlo) en la política y en los partidos. Desde abajo hasta este epifenómeno: el progresivo ahuecamiento de los partidos. El término ahuecamiento no es indeliberado. Le decíamos no hace mucho: partidos a los que nadie sirve, partidos de los que todos se sirven, puros y seniles instrumentos de enérgicos quereres sociales. La uniformización progresiva de sus ideologías por las máquinas de presión universales, el cintillo tradicional que logra la conscripción de clases y de sectores hacia posturas distantes de sus reales, de sus notorios intereses, esa uniformidad, así, precaria y falsa de lo heterogéneo; esa franquía a toda disidencia y a toda tribalización que queda salvada, en el día del comicio (sólo en él) por la aparente consistencia de un lema, todos esos factores, en la más visible capa superestructural le han dado a los partidos su creciente fragilidad, han roto sus estructuras, han divorciado las masas y sus direcciones, los han trocado en máquinas nutridas con los estratos sociales menos responsables o más venales.

En el vacío que esta perención de una firme voluntad partidaria ha producido, todos los grupos sociales: productores, gremios, sindicatos obreros, federaciones de empleados, han concurrido a ocupar su sitio. El hecho de que los escritores no hayan llenado el suyo nos dice —es importante— dos cosas: o que el escritor no es tan clase como los otros grupos o, también es posible, que la función del escritor no pueda ser puramente gremial (como no realice un gremialismo tipo A.U. D.E.) y el escritor, entonces, por serlo, no pueda dejar de pensar la sociedad, el país mismo como un indisoluble todo.

La alianza, hoy inextricable, entre las regencias políticas y económicas (el "Régimen" en una palabra) que encorpan la máquina política oficial, los grandes nombres dinásticos, la prensa multimillonaria, la industria protegida, los intereses bancarios y la alta clase latifundista forma un blindaje impenetrable a toda sugestión cultural. Tam-

bién, ni que decirlo, a toda sugestión nutricia de lo nacional y lo popular. Tan extremo panorama llama al intelectual, políticamente, a una pesada responsabilidad. Porque, como hemos aventurado, la crisis actual de nuestros partidos refleja, pese a su relativa y aparente autonomía, la quiebra de la estructura liberal-capitalista-burguesa y esa crisis pone a su vez al sistema de partidos en su debido lugar, esto es, en su relatividad histórica. La opción de la clase cultural no se hace con ello más fácil sino, por el contrario, más compleja. Exige al mismo tiempo conciencia histórica y conciencia del presente. Conciencia de que las luchas de partidos comenzaron siendo entre nosotros una añagaza, en buena parte, de las potencias imperialistas o de sus centros americanos interpositos (Francia, Inglaterra, Brasil, Buenos Aires se turnaron en el papel). Conciencia actual de que el sistema de partidos, regidos desde dentro por oligarquías, gobernados desde fuera por intereses clasistas púdicamente embozados y por la coacción de los aparatos de opinión pública mundial, hoy, crudamente, ya no funciona.

Pero eso no basta. Al simplificarse las tensiones entre la condición semicolonial y marginal de nuestros pueblos y el hambre de unidad, de justicia, de auténtica libertad que a todo lo ancho del continente, contra esa condición, trabaja, la imaginación histórica de las nuevas generaciones iberoamericanas, y las de escritores en primer plano, tiene ante sí la invención de nuevas formas políticas y sociales, de nuevas estructuras, que estas reflexiones no intentarán, siquiera, esbozar.

Hasta fines del tercer cuarto del siglo XIX, "el partido" es poca cosa más que el séquito ciudadano de los intereses del Jefe, el aparato montevidiano del que Rivera u Oribe o Flores (también el Brasil) extraerán sus capacidades. Sin embargo, y como en otra parte se subraya, ante ellos, indócil, recomponiéndose, disolviéndose, entendiéndose por encima de las divisiones, buscando sus puntos de entente contra todos los meteoros de la vida nacional que les son adversos, el equipo montevidiano planteará sus propias exigencias y pugnará, cuando sea posible, por un más autónomo, más libre ejercicio.

En esos partidos del siglo pasado, el dirigente de origen patricio o el proveniente de las clases medias es un hombre culto y en puridad, con toda la latitud con que se configuró este término (y en cuanto la vida se lo permita), un escritor. Escritores en el sentido cabal serán en sus exilios porteños Zorrilla, Acevedo Díaz y varios otros; escritor, y no otra cosa, el operante periodista, el agitador epistológrafo, el panfletario más o menos clandestino, el dramaturgo de ocasión, el esporádico poeta. Así lo fueron políticos, y aun militares, como Andrés Bamas, Juan Carlos Gómez, Melchor Pacheco y Obes, Bernardo Berro y hasta César Díaz. Casi todos los "principistas" movieron la pluma y aunque tener "principios" puede no ser lo mismo que tener imágenes (y hasta ideas) esos "principistas" se aproximan más al tipo del escritor que a cualquier otro tipo humano (comprendido a veces entre el resto el mismo del político...).

Caso más relevante en esos cuadros constituyó Eduardo Acevedo Díaz el ejemplo del periodista (el antecedente menor pudiera serlo Juan Carlos Gómez en su campaña de "El Orden") que desencadena una revolución con su labor, ya que esa importancia decisiva tuvo, seguramente, su lucha contra Idiarte Borda en "El Nacional" de 1895 y 96. En la que él, con frase tan duradera, llamó esta Andorra desgraciada, "Fibradura" (era su firma) cumplió de paso una trascendental innovación periodística y ella fue llevar el lenguaje gauchesco (o, por lo menos uno mucho más colorido, más poético, más concreto, más cercano al común de nuestras gentes que todo el que se empleaba) al área del editorial periodístico. Con ello descongeló, por así decirlo, el decir generalmente envarado y pedantesco del periodismo político montevidiano, iniciando allí una tradición de estilo que en el Partido Nacional prolongaron Roxlo (en parte) y sobre todo, personalísimamente, Herrera.

Por su situación social y económica (clase media tradicional y relativamente empobrecida) por su misma ideología (liberal individualista) la vida de Rodó marcará un tornante de acuerdo al cual la situación del escritor, del intelectual en la política y en los partidos varía en forma radical.

Hacia fines del siglo anterior, la pugna del militarismo y el civilismo había sido un choque entre minorías relativamente ayu-

nas de pueblo y no es ocioso señalar que, correlativamente, tal vez haya sido esa época la edad de oro del escritor en nuestra actividad política. Aunque, a diferencia de la Argentina, no hayamos tenido tres escritores ocupando sucesivamente la presidencia de la República (Mitre, Sarmiento, Avellaneda), escritores fueron, a su manera, Berro, Julio Herrera y aun Cuestas; candidatos al cargo presidencial lo fueron Bauzá y Juan Carlos Blanco.

Al tramontar el nuevo siglo, pueden registrarse varios fenómenos que alterarán esa condición del intelectual en forma decisiva. La significación de Batlle en el viejo Partido Colorado, la aglutinación con miras revolucionarias de Saravia en el Blanco (o Nacional) y tras ella la tarea organizadora civil de Luis Alberto de Herrera; fundamentalmente: el acrecentamiento del caudal humano del país, el ascenso de sus clases medias, la perención de la guerra civil por causas técnicas, estratégicas, económicas y culturales, provocarán de consuno la formación de los tan comentados partidos de masas. Y en esos partidos de masas el intelectual va a representar, va a significar mucho menos de lo que antes importaba.

Se ha solido señalar aquí el tan mal entendido sectarismo de Batlle y creemos que el factor, aunque es menos decisivo que todo lo que precede, tiene su peso. En Batlle adquiere plena coherencia la idea del gobierno del partido (que en puridad hereda de su destestado Julio Herrera) y esta idea se fundamenta en el supuesto de que el gobierno es dirección única, rumbo cierto, prospecto nacional y no transacción inmovilizante, o sistema inhibitorio de pactos. Y si el gobierno es esa unidad de voluntad y de impulso debe ser protagonizado por hombres embarcados en una misma causa, ceñidos de una misma divisa. producto ese sectarismo de una mentalidad afirmativa e, instintivamente, dogmática, sentía con suficiente fuerza, abrazaba con suficiente pasión sus postulados como para no pensar que la pertenencia a uno u otro partido (que Batlle veía como actitudes enterizas ante la vida, la sociedad y la moral misma) no tuviese que teñir, de algún irrevocable modo, el propio juicio, el trato que los hombres merecían.

El Partido Nacional, por el contrario, franqueado por el mismo sentido de su nombre, por su base más telúrica que intelectual, por la misma heterogeneidad de sus componentes sociales (clases

campesinas alta, media y baja, clase doctoral y comercial montevideana) adoptaría una postura más integradora de las distintas variedades ideológicas del país. También profesaría una simpatía mayor hacia figuras extra-partidarias como lo probaría entre otros síntomas la actitud de Herrera ante Rodó y ante Reyles.

Podría señalarse, empero, que esta posición fue más la regla que la excepción y que existieron en aquellas décadas personajes de plena significación suprapartidaria. Tal sería Zorrilla de San Martín, que contaba con la abierta simpatía del mismo Batlle. Tal, Vaz Ferreira, desde entonces hasta su muerte. Y tal Rodó, propiamente desgraciado en la política pero a cuyos homenajes de 1916 y 17 mucho de lo más granado del batllismo adhirió.

Para con los escritores de su causa el período inicial (1903-1931) de dominación batllista fue de abierto estímulo y simpatía. Con figuras destacadas de su propia generación y que, de algún modo habían alentado o facilitado su marcha hacia el poder, Batlle tuvo gratitudes tan sustanciales como el Banco de la República para Zorrilla (batllistizante a fuer de católico y que lo llamara, con tanta benevolencia, el fanático de la legalidad) o sucesivas plenipotencias en el extranjero para Eduardo Acevedo Díaz, el calepino de 1903.

Con los escritores de la pequeña burguesía recién accedida a la cultura y al poder, Batlle llenó los cuadros de la actividad consular y diplomática siempre que, naturalmente, bajaran aquellos la llama de la rebeldía anárquica o el socialismo intelectual hasta esa rebeldía moderada y metodizada que el propio donante protagonizaba. Tres de los más estridentes poetas del 900, Falco, Vasseur, de las Carreras, fueron a llevar libros consulares por distintos lugares del mundo. Les seguirían Pablo Minelli González, otro exagerado; Montiel Ballesteros hacia 1920 y tras él muchos más. Williman pensiónó a Europa, en 1909, a Sánchez, con un visto bueno parlamentario en el que se unían Rodó, Massera y Arena, colorados o batllistas y Cortinas y Aureliano Rodríguez Larreta, nacionalistas. En 1913 Batlle pensiona a Ernesto Herrera y hacia 1920 Brum tiene un hermoso gesto de magnanimidad con el enconado enemigo que Javier de Viana era.

La cátedra de conferencias es, sin embargo, la recompensa mayor que por ese entonces se concibe para el intelectual. Vaz Fe-

rreira fue designado para ella en 1913, durante la segunda presidencia de Batlle. En 1916, durante la presidencia de Viera se le ofreció a Rodó. En 1932, en el período legal de Terra, le fue discernida a Carlos Reyles.

Todos estos gestos, empero, pueden testimoniar un alto aprecio por el creador de cultura, una clara comprensión de su significado. Pueden no testimoniar, en cambio, cuál es la función que cumple en la sociedad, la que cumple más limitadamente, en los partidos políticos.

Al alborear 1900, el Club "Vida Nueva", sucesor de un viejo Club Colorado "Libertad", representó una tentativa de acción autónoma por parte de las clases intelectuales dirigentes. Reyles lo presidió en 1904 y formaron en él Rodó, Martínez Vigil (el Tocles de "El Terruño"), Cosío, Onetto y Viana y alguna notable figura de anteriores generaciones como Angel Floro Costa. El fracaso de esta tentativa señalará que el Partido Colorado se convertiría en un partido radical de masas y clases medias; que rechazaría los condescendientes andadores de la burguesía liberal universitaria. El posterior destino de varios de estos hombres en el coloradismo antibatllista no es casual.

Otra asociación, en cambio, el "Centro Internacional de Estudios Sociales", nos permite registrar que la actuación histórica del intelectual fue decisiva en la constitución de los nuevos partidos "menores", o "de ideas", como se les ha llamado. En 1910 la abstención nacionalista provocó en Montevideo la aparición de una lista liberal-socialista y de otra católica. La segunda marca el nacimiento de la "Unión Cívica" en la que Zorrilla de San Martín fue personaje fundador. La primera juntaba los anticlericales de Pedro Díaz con el núcleo socialista que fundó Frugoni y tuvo a Vasseur por precursor.

Los precedentes hechos pueden ser, sin embargo, y pese a su carácter precursor, los hechos atípicos. Lo típico es que las minorías cultas creadoras sean dentro de los partidos de menos en menos decisivas revelando con ello, y de paso, lo que esos partidos crecientemente son: meras masas de lucha por el Poder (un Poder que representa

mayor proporción de la renta nacional para los sectores victoriosos y el prestigio carismático de las dignidades del Estado para sus jefes).

La penetración masiva de la cultura extranjera decidirá que ya no sean los talentos nacionales (nunca lo fueron demasiado) los traductores de las consignas universales, y el rumbo del país en trance decisivo de modernización hará irrumpir nuevos tipos humanos, nuevas funciones dotadas de mayor prestigio: el economista, el administrador, el técnico, el especialista en derecho público. Batlle se rodea en esta época de toda la generación (prácticamente) de los primeros ingenieros (Serrato es el ejemplo más notorio) y esos ingenieros, que hacen su carrera exitosa junto a él, son, como en ciertas novelas de Galdós, el símbolo del "nuevo orden".

Por otra parte, las camadas intelectuales posteriores a la generación del 900, no perteneciendo en general ni a la clase patricia ni a la alta burguesía de origen inmigratorio sino, con excepciones es claro, a la pequeña clase media, plantearán habitualmente menos reclamos en materia de preeminencia, a la par que un mayor grado de profesionalización en lo suyo, las hará menos confesadas (o sinceramente) sensibles al relumbrón de las situaciones expectables.

Con mayor validez hacia el pasado (si ya estamos aquí), el famoso episodio de la frustrada embajada de Rodó al Centenario de las Cortes de Cádiz, en 1912, puede ser revelador. Pero la misma circunstancia de que la postergación haya sido notada y comentada, de que sus reemplazantes: Espalter, Manini y Ríos fueron políticos cultos (cuyo nivel mental pudiera hacerlos, en nuestro tiempo, para esas misiones, un lujo impensable) señala que si la postergación del intelectual es cierta; si el sectarismo es efectivo, también opera una vigencia social de respeto a jerarquías extrapartidarias que tardaría tiempo, bastante tiempo en verdad, en debilitarse decisivamente.

Es expresiva también la sensación de relegamiento que cobraron algunos posteriores a Rodó por haber elegido sin acierto o haber vivido largas permanencias en el extranjero que los desvincularon del país. Tal es el caso, en variados testimonios de Luis E. Azarola Gil, de Hugo Barbagelata, de otros menos confesos. Y es expresivo, porque a ningún escritor de los tiempos que siguieron (posiblemente más importantes que ellos) se le ocurrirá ni quejarse ni asombrarse de la poster-

gación; de que un régimen al que no sirven ni quieren servir, los ignore; de que no haya alguna cornisa, fuera de la superficie del país que cubre "la política", en la que pararse, triunfalmente notorios, festejados, recompensados.

A los que escogieron con acierto se les plantearían, claro, otros problemas. La actividad intelectual había sido una tregua en la acción para las generaciones combatientes del XIX: Acevedo Díaz es un caso de ello. Se hacía literatura cuando no se podía hacer política y cuando se hacía política se hacía con la plenitud del ser. El curso posterior del país, más reposado, menos desperdiciador, más exigente de diversificación, hará que el ejercicio cultural sea o un hacer pronto abandonado o un parsimonioso refugio. En unos, cierta vocación temprana y espumosa caducó, por falta de autenticidad, cuando algún quehacer más sustancial vino a reemplazarla. En muchos casos no quedó ni siquiera la nostalgia, la amarga frustración que Rodó en su parábola "Albatros", poetizó. En otros, los menos, la actividad intelectual sería el "rincón placentero" en el que refugiarse parcamente sin dar obra y en último término también frustrarse. Tales los casos de Manuel Otero entre los contemporáneos de Batlle, de Juan Antonio Buero más tarde, de Gallinal mucho más cerca de nosotros. ¿Y cuántos ejemplos no podría darnos el presente?

* * *

El lapso que corre entre la constitución de 1917 y el golpe de Estado de 1942 —un cuarto de siglo justo— puede representar el período neutro de la función del intelectual, medio camino entre la relativa importancia que antes tuvo y las actuales cotizaciones. El escritor, hacia 1920, no tiene por sí cotización política y es ya notorio el hecho de que nuestra segunda carta fundamental sólo la hayan firmado, en tanto cabales hombres de letras, Emilio Frugoni y Gustavo Gallinal. El intelectual interviene activamente en política, pero no pesa ya demasiado. Ni Ipuche, ni Bellán, ni Oribe, ni Casaravilla Lemos, ni el mismo Zavala en esa época son figuras muy importantes en sus respectivos partidos (aunque también es seguro que la condición intelectual

no fue totalmente ajena a la exitosa carrera política del mismo Zavala, o de Gustavo Gallinal o de Ismael Cortinas).

Esta puede ser, en verdad, la condición normal del hombre de pensamiento en el mundo moderno, si bien por ese entonces (y aun ahora) los materiales para la prueba de tal aserto resultarían, en el Uruguay, insuficientes.

Y es que para medir la influencia real del escritor en la vida histórica tiene que darse una serie de condiciones que nunca se han registrado aquí. Una de ellas es la existencia de auténticos, de anchos prestigios sociales, del tipo de los que Rodó o Zorrilla disfrutaron a cierta altura de nuestro pasado, de los que un Tolstoy, un Croce, un Thomas Mann, un Gide, un Valéry, un Ortega, un Bernard Shaw, un Sartre, un Camus, tuvieron o tienen más allá del Atlántico. Otra condición es la existencia de períodos revolucionarios o, por lo menos, de gran fluidez política y en los que, por imperio de esa fluidez o esa revolución, se deshacen las máquinas partidarias y su sempiterna tendencia a la mediocridad y cobran excepcional eficacia en la desorientación social que es también fertilidad, la sugestión configuradora, la idea prestigiosa, el afirmativo mensaje. Última condición sería la de que esas comunidades tengan un centro, unidad, un ámbito resonante de ecos (ya que en la estructura rigurosamente seccionalizada de algunas sociedades modernas ni aquel prestigio ni aquella fluidez de que se hablaba, podrían asegurar, por sí mismas, la eficacia histórica del intelectual).

Para volver a aquel cuarto de siglo que examinábamos, puede verse que por aquella época los partidos se movían con una holgura de maniobra que hoy puede resultarnos inalcanzable. No se movían, para ser precisos, no decidían toda su política (y no porque el margen entre ellos fuera abundante) por el cuidado de los sufragios, de cada uno de ellos, de cada fidelidad, de cada complicidad, como hoy ocurre. Esa cura, ese desvelo, que en el presente no les permite poner al margen cargo, honor, distinción alguna, no era tan imperiosa entonces y una latitud mayor se tuvo todavía cuando al producirse el imperio de una situación irregular, Terra buscó promover, más dinámica que hábilmente, una "intelectualidad marzista". (Un llamado

al que sólo respondieron viejos colorados antibatllistas de significación menor y unos cuantos periodistas ávidos de cargos.)

Contemporáneamente a este empeño de un gobierno que ansiaba mostrar respeto a la inteligencia sino a la ley, y en clara función de réplica, se produjo un reagrupamiento partidario opositor que entre 1933 y 1938 tuvo su centro en el Ateneo y en el que el escritor, el intelectual tuvo, allí sí, un papel de primera fila. Tal vez la revista Ensayos, publicada desde 1936 y su núcleo director (Gallinal, Machado Ribas, Benvenuto, Gil Salguero, Ibáñez, Sabat Erasty, Petit Muñoz y Fernández Artucio) sea el mejor testimonio édito de esta acción y esta coincidencia. Y es que en "la década rosada" y a través del manifiesto, el poema o la conferencia, se hace notoria y reiterada, sino proficua, la participación del escritor en los problemas colectivos. Como no ha dejado ya de decirse, la realidad actual es muy otra.

Piénsese en el revuelo que causó en 1912 la nonata embajada de Rodó. Piénsese en el viaje a Europa, en 1955, sin dignidad alguna, en la casi extrema inopia de figura tan considerable como Alberto Zum Felde. Piénsese en las delegaciones actuales a la UNESCO (aunque Estable y Oribe alguna vez las hayan integrado). Mientras tanto cualquier asno fiel, cualquier cachafaz de bando oficial, cualquier festejado ladronzuelo, cualquier comodín invertebrado, puede tener la seguridad de llegar (se ve anualmente) a los altos cargos de la República y entre ellos, como si nada las especificase, a todas las dignidades de la representación y la función culturales. A pesar de eso, es cierto, existe una "cultura oficial" y obran jurados, exposiciones, revistas y Academias. Tiene esa "cultura oficial", sin embargo, menos que ver con los partidos (aunque sus jerarcas la usen como recompensa menor) que con la elección o ciega, o distraída, o amistosa, de algún burócrata. Sólo exige como condiciones el elogio indiscriminado y sobre todo mutuo, el conformismo, la escrupulosa eliminación de toda opinión arriesgada.

Los diarios políticos, expresión proceral de los partidos, ratifican lo ya dicho. Tomemos el ejemplo, por caso, de algún vespertino "independiente", órgano característico del gran capital bancario, del latifundio, del imperialismo inglés y de la alta burguesía doctoral. Los domingos le dedica una "página para luego" a las letras. Mejor es de-

jarla para nunca. Pero eso sí está y la encontramos, porque cualquier espectáculo deportivo de eco excepcional, cualquier intempestivo crimen dominical la hace pasar, entre otro material negligible, para mejor ocasión. Los ídolos de ese diario (que sólo tomamos como fácil ejemplo) son también típicos: los presidentes de Bancos, por caso. Los altos mangoneadores de la justicia. Los profesores de Derecho privado, árbitros esclarecidos del fraude honrado, agujas de navegar en la delincuencia segura. Su máximo deliquio lo constituyen, sin embargo, los miembros de esos institutos, tipo el de "Derecho internacional", en los que algunos coloniales más o menos retirados traducen al castellano las consignas recibidas (a veces parece que telefónicamente) desde Embajadas, desde agencias de publicidad.

El papel, importante, que el Comunismo le asigna al escritor podría ser una excepción en este cuadro, ya que le da al hombre de letras una función directiva, lo lleva a sus asambleas, lo coloca en sus listas parlamentarias (no demasiado arriba). Le garante, además, la difusión de sus obras en los países controlados. Le asegura, por fin, viajes muy largos y variados. Mientras el intelectual liberal, socialista, anarquista o cristiano busca difícilmente su "acceso al mundo", el comunista, con cierto deleite rastacuero, nos llena los oídos con Bombay, el Tibet o Crimea a la misma escala que los restantes podrían hacerlo, si fuera vistoso, con Buenos Aires, Carmelo o Pueblo Soca. Cuando permanece quietamente en el Uruguay suele jugar a los dos colores, el de la respetabilidad burguesa y el de la apocalipsis revolucionaria. Esto es: reclama el juego limpio del Estado burgués y agnóstico, pone el grito en el cielo ante cualquier incomodidad, cualquier postergación (lo que parece muy bien). Disfruta de sus sueldos (o de su fortuna). Pero confía, sobre todo, en el mañana, ese mañana en el que sus nombres, cubrirán como una ancha bandera, toda la literatura. Juega, como dijimos, a los dos colores. Tiene la seguridad de no perder. Tal actitud, sin embargo, (ya lo decíamos) sólo integra el rubro de las excepciones. Porque en el cuadro actual de los partidos, en cambio (y no deja de ser conclusión melancólica), el intelectual, el escritor, las ideas, las imágenes que su obra convoca, no tienen peso alguno. Sólo es sensible al dinero y al poder de arrastre electoral la firme, creciente y agobiante máquina de intereses que, más acá, más allá de

los partidos, configura "el Régimen". Esta es la situación nuda, indiscutible, sin fisuras.

Tiene aquí para nosotros una alta importancia la comprensión clara de qué tipo de regímenes son los que promueven la mejor forma de influencia del escritor, el crédito de su embanderamiento político. Es una meditación tipológica compleja, cuyos resultados aparecerán nada inequívocos. Esa influencia puede basarse, por ejemplo, en un elevado nivel cultural del equipo dominante, dentro de un estilo de gobierno que implique que ese brillo cultural sea, de algún modo, una carta de triunfo. Suele ser ésta la situación de un tipo de gobierno semioligárquico dentro del proceso de la democracia liberal del siglo pasado, en una etapa en la que existe ya un electorado independiente pero todavía dócil, educado, de clase media y, más que nada, de residencia ciudadana. Puede darse también en un momento anterior del proceso político occidental, en regímenes absolutamente oligárquicos, al estilo del inglés anterior a 1832, dentro de los cuales, sin presiones ni urgencias electorales, el equipo dirigente sea culto y quiera, pudiendo, recompensar a sus favoritos o esos favoritos pertenecen a él, "per se". Puede darse también en formas más cercanas de democracia liberal-burguesa europea, en las que exista una razonable libertad intelectual, una extensa masa lectora de sólida tradición cultural y obre en esa sociedad, de tipo esencialmente pluralista, un centro resonante de prestigios nacionales, un escenario. Notoriamente es el caso de Francia durante —por lo menos— el siglo último de su existencia. Y esa influencia puede darse, por fin, en los regímenes llamados totalitarios, en sociedades centralizadas y dirigidas, con un indiscutido (o mejor, indiscutible) dogma político-cultural. En ese tipo de regímenes, que emprenden por imperativo de su propia gravitación la reordenación total de las instituciones, las costumbres y las ideas de un pueblo, la colaboración de la literatura, su eficacia en la acción del convencimiento, el ablandamiento y (también) el embrujamiento, adquiere valor decisivo. En esos totalitarismos o en los grupos internacionales que los sirven, el escritor sí, disfruta de un prestigio y de unos gajes que si se hallan atrás de los del hombre de ciencia apenas tienen similares en la sociedad. Aunque anotemos el "pero", inminente desde el principio: todo eso reza con el escritor que sirve, con el que se alí-

nea. "El resto es silencio" y mismo ese que sirve está expuesto a la desgracia fulminante, a la cotidiana rectificación, a la minuciosa "autocrítica".

En ninguna de las precedentes condiciones puede tipificarse, como es notorio, el Régimen uruguayo. Pero una más ceñida indagación en este punto ya sería inútil. Reflejo, y no seguramente el único, de un período confuso, infortunado, inequívocamente transitorio, del desarrollo de Iberoamérica, su misma negatividad, su misma renuncia a lograr la adhesión de los nuevos sectores culturales y juveniles del país es, para el futuro, el mejor de los síntomas. Pues este fenómeno de tan extremo divorcio entre una superestructura político-económica y los mismos fueros de la vida, la creación, la inteligencia decreta que no son estas fuerzas, irrestañables, las que han de perimir, sino la inerte, la onerosa masa que las ignora y las constriñe.

LIBERALISMO Y PRINCIPIISMO

I

El libro de Oddone

Nuestra Vieja Universidad se consustancia con la ideología liberal y la demostración de la señora de Oddone, que en este punto es intachable, resiste a cualquier excepción que pudiera alegarse.

Más adentro, sin embargo, que su veta apologética, esta monografía histórica permite una cada total de nuestro liberalismo y su etiología una cala sin la cual todos los gestos, actos y propósitos de aquella Universidad parecerían aéreos, inconexos y, en puridad, inexplicables.

Decía hace poco Roberto Ares Pons (Marcha, 943) que el liberalismo es en América la máscara ideológica del imperialismo y de las oligarquías nativas y el concepto tiene hoy una caudalosa versión en la ensayística histórica hispanoamericana. Menos liberales aún que la mayoría de aquellos que lo suscriben, no nos molesta marcar nuestra disidencia con él.

Que el liberalismo sea la cohonestación racional de la europeización y ésta el correlato socio-cultural (no el único, ni el inexorable) del imperialismo, sea. Pero tampoco es imposible observar que no siempre la europeización y su correspondencia decimonónica liberal se agotan en la penetración imperialista. Y esto lo es por cuanto los fenómenos de aculturación y transculturación (el contacto y la interpenetración de culturas) como lo observaba en un brillante ensayo Gilbert Highet son uno de los hechos más constantes de la historia universal y cubren un área mucho más ancha de lo que hoy se entiende, bajo el estímulo marxista, por imperialismo.

Señálese, por una parte, que esa imagen de la máscara ideológica que el marxismo originó y hoy se ha universalizado, se atenúa en el marxismo mismo con una aceptación de la sustantividad y autonomía de las ideologías que muchos parecen ignorar y el marxismo

no siempre ejerce, pero que en la postulación teórica es casi ilimitada. Pero son, sobre todo, esos elementos de premeditación y deliberación ínsitos en esa máscara los que introducen en la historia inflexiones psicológico-morales que pueden parecer unas veces supérfluas y otras absolutamente improbables.

Desde el exterior de la comunidad nacional se hace del acontecer, entonces, un complot que utiliza ciertos disfraces pero, sobre todo, un persistente complot que se hereda de generación a generación y se sostiene en cuerpos e instituciones, con una secuencia imperturbable. Eficaz en cuanto consigue probar el pretexto ideológico en una medida de puro interés nacional, pensemos en la gestión Ponsomby en Río, en las conveniencias de Inglaterra, en la ideología nacionalista de 1830, ya lo es bastante menos cuando se trata de explicar en base a esos móviles psicológicos y morales, a esa voluntad de fraude y de clandestinidad, un siglo de persistida línea de cualquier cuerpo o institución. Digamos del Foreign Office, que es el ejemplo inevitable.

Desde el interior de la comunidad nacional, a la vez, la historia se hace en unos pocos, una traición deliberada que usa pretextos brillantes para vestir simples y nudos intereses. También se hace, para los más, una desarmada inocencia que sufre, con una obscurecida percepción, el complot externo y la traición interna.

Seducción, complicidad, inocencia son así conceptos que tendrían que revisar el día que algún Lenin emprenda el examen de las enfermedades infantiles del antimperialismo y esto no quiere decir, por nuestra parte, que no veamos constelada nuestra historia, con episodios en los que la seducción, la complicidad y la inocencia brillaron, sin equívocos. Si hemos de inteligir nuestro pasado, el iberoamericano, el de cualquier continente marginal, más profunda sin embargo, más eficaz, más científica es la clave explicativa que apunte al hecho de una coexistencia objetiva (con todas las correlaciones internas posibles de unos fenómenos que son, o fueron, el imperialismo, la modernización europea y el liberalismo, vividos con general buena fe por los hombres, de uno y otro lado del océano dejando para los bailes de carnaval o las historias de detectives y ladrones la mayor par-

te (no decimos todas) de las máscaras, los complots, las seducciones, las complicidades y las inocencias.

II

Condicionado estrictamente por una determinada situación social, económica y cultural, trenzando en una fuerte cuerda de coexistencias, el liberalismo europeo integró, por otra parte, valores humanos que han sido mucho más duraderos que él mismo y cuya activa operancia conoce, como cualquier otro, nuestro tiempo. Y es, nos parece, a través de esta calidad doble de riguroso condicionamiento y de latencia de ideales, normas y valores incondicionados que un análisis del liberalismo uruguayo tiene que partir.

Hagámoslo, entonces, con ejemplos. Uno puede ser un reciente y encantador libro de Genevieve Bianquis, "*La vie quotidienne en Allemagne à l'époque romantique*". El otro, los ya viejos y nutridos volúmenes del viaje del norteamericano Brackenbridge al Brasil y al Río de la Plata (1816). El primero es un retrato de ese superlativo de "*Ancien Régime*" que fue Alemania hasta 1810 y de las fuerzas que a partir del vendaval napoleónico lo agitaron. El segundo es el enfrentamiento de un radical yanki con el orden esclavista del Brasil, con los restos del orden colonial, con las parodias o las tentativas monarquizantes del Río de la Plata. Próximos en el tema aunque alejados en el espacio, en el tiempo y en la intención, los dos nos dan cierto perfume, cierto sentido del liberalismo que el mundo ha olvidado, cierto ejercicio de una ideología trabajando sobre la carne misma de las cosas. En los dos libros vemos cómo el liberalismo pudo ser como un fresco soplo, límpido y barredor en el que unos cuantos briosos valores humanos orearon todo lo polvoriento, enteco, cruel, ceremonial, inútil de las sociedades de tipo tradicional. Eran valores que no han perimido aunque hoy los veamos o los deseamos en otros contextos y ante otras circunstancias. Eran el de la igualdad contra toda artificial jerarquía. Eran el culto al trabajo contra todo ocio paramental y triste. Eran el odio al sufrimiento inútil, el sentido de lo

concreto y de lo vivo contra todo lo artificial, lo esclerosado, lo estratificado. Eran la cálida fe en la inventiva y la iniciativa humanas; eran el confiado impulso de dominar la naturaleza y hacer del mundo un lugar habitable para el hombre común. La "libertad" sólo parecía el gran rótulo de esos fragantes empujes, pero esa Libertad no era una abstracción retórica y aún podría decirse que todos los lemas tenían una tan tensa carga vital, una tan poderosa capacidad de actuación que cuando Brackenbridge, por caso, invocaba a "Razón, Industria y Virtud" contra "Superstición, Ignorancia y Esclavitud" no nos hace sonreír. Y si nos quedamos serios es porque debajo de la piel de esas abstracciones rechinaban los engranajes de la historia.

Cuando en cambio —y aquí ya estamos en el liberalismo uruguayo— los principistas universitarios de la Sra. Paris de Oddone gargarizaban en el 60, el 70 o el 80 sus interminables loas a la Libertad y al irrestricto arbitrio individual ¿en qué sociedad, en qué tipo de sociedad encuadrada esta prédica? Dígase sin circunloquios: una sociedad sin estructuras, sin formalidades, invertebrada, una sociedad cuya única jerarquía interna eran la tierra, la propiedad que el liberalismo santificaba. Una sociedad sin formaciones tradicionales: nuestro Ejército era una risa —y esto sea dicho sin detrimento de la posterior influencia del "militarismo"; nuestra Iglesia, una tenue cosa de escasa operancia y regularísimo prestigio. La misma entidad nacional era en extremo precaria y una política decidida de fortalecimiento implacable, de recelos, de inexorable desconfianza la canjeaba el liberalismo por sus dogmas de la libertad personal irrestricta y del "individuo contra el Estado".

De todo pudiera inferirse ya una provisoria conclusión y es la del profundo desarraigo de la solución liberal en un aquí y en un entonces; la radical inconexión del mal y del remedio; el radical divorcio de la teoría y de la práctica, que todo ello se produjo y no puede ser sinonimizado.

El desarraigo, lo más notorio, tuvo que pagarse, y se pagó, en varias monedas. La de la mediocridad es una de ellas: no es aventurado sostener que con haber producido el pensamiento uruguayo en otros períodos y bajo otros signos obras estimables, el liberalismo nacional no produjo tal vez una sola página saltante y recordable ni, por su-

puesto, nada parecido, al "Facundo", a cualquier ensayo de Montalvo, a la "Amalia" de Mármol o a los variados desarrollos de Juan Bautista Alberdi.

Además, como se sabe, los liberales creían en su liberalismo como una fuerza histórica incondicionada, sin límites espacio-temporales de validez, imponible "urbi et orbi", enfeudada a presuntos y radicales dictados del Derecho Natural. Esta ignorancia de los factores que lo condicionaban (sociales, culturales, geográficos: Europa, clase media, capitalismo, laicización, individualismo...) es madre de esa "conciencia falsa" con que el liberalismo vivió.

III

Si es nuestro liberalismo universitario el que manejamos y si éste es por ahora el que nos interesa, ese "perspectivismo", que se ignora, para en un "clasecentrismo" del que tal vez Varela fue el único en evadirse un poco y que erigió los intereses de una clase patricio-burguesa en normas del orden natural. Si recurrimos a los materiales de la Sra. de Oddone, él es el que explica, por ejemplo, ciertos enfoques desproporcionados de los cursos universitarios, cierta irremediable e infantil desmesura de las más típicas soluciones. Carlos María Ramírez dedicó, por caso, su primer y sonado curso de Derecho Constitucional en 1871, a las libertades individuales: entre estas se particularizó en la libertad religiosa y las de pensamiento y prensa. Es imposible dejar de pensar que esas eran justamente las libertades que interesaban a un reducido núcleo montevideano de oradores, profesores y periodistas de "cultura moderna" pero que esas libertades eran también, de seguro, indiferentes al restante noventa y nueve por ciento de la población de la República. A ese vasto remanente del país sin posibilidades intelectuales o materiales de expresión, sin deseos o sin impulsos de disidencia cultural, sedienta, más que nada, de dignidad civil, de seguridad, de trabajo.

Toda la actividad universitaria del liberalismo se mueve así bajo esa inconfesada condicionalidad histórico-cultural que los propios liberales parecieron incapaces de reconocer. En lo social, por ejemplo,

la prédica liberal estuvo ceñida por una insistente defensa del individualismo burgués y de las clases medias contra el Estado y el insurgente socialismo, todavía lejano pero ya capaz de alarmar a través de los recelos que le profesaban los patronos europeos, Pivel ha señalado que este énfasis en predicar, al modo spenceriano, "the man against the State" refleja las condiciones de las sociedades tradicionales que nuestros liberales, por espejismo mental, por esa falaz abstracta universalidad de sus posturas, trasladaban a nuestra tierra. También podría decirse que esas prédicas contra la personalidad prepotente del Estado en un país en que el Estado, institucionalmente, vivía en la más extrema precariedad, eran, o valían, la prédica del caudillaje y la anarquía, si el caudillaje y la anarquía, naturalmente, hubieran necesitado justificación intelectual para prosperar.

Aunque Pena, en 1876, y todos los demás (sólo Lavandeira es una excepción por su realismo y su sentido nacional) hablaran con énfasis regular de una clase destituida y misérrima, la esperanza y la intención pasaban rápidamente sobre ella hasta otra estación. Era el propósito de fortalecer a unas clases medias puramente ciudadanas, pues el campo era del latifundio y a él era dejado. Ahora bien: de testimonios del propio Pena y de los Ramírez que la Sra. Oddone recoge, es imposible no ver que para los liberales los intereses de una espectral clase media se confundían efectivamente con los del sector comercial y doctoral al que pertenecían.

Es natural que en los términos connaturalmente alienados a su situación con que estos hombres se expresaban: socialismo, clases medias, etc., sea difícil darse cuenta de a qué realidades concretas imputaban esos términos, pero es evidente la defensa de la visión y los intereses de su clase cuando advertían contra el socialismo, reprochaban a Ahrens y a Krause sus tendencias socializantes o se alegraban de que en América no existiera problema social, ya que las clases campesinas, desde el Río Grande hasta la Pampa no parecían contar para ellos.

IV

La primacía de lo ideológico sobre lo material, la perspectiva de lo genérico y lo abstracto desde la que se enfrentaba lo concreto, son también atributos de nuestra mentalidad liberal y no solo de esa variedad más limitada que se llamó el principismo. Eso, aunque no solo eso, debe haber sido la causa determinante de que ahondaran tan poco en la problemática del país. En el marco más limitado de aquellas sociedades universitarias que proliferan después de 1870 también resultó importante la exclusión del área polémica de todo lo que fuera política y partidos posteriores a 1830. Es fácil ver que si con esa medida se evitaba (se desviaba) una torrentada de pasiones se encerraba el debate universitario en una visión selenítica del país y en un trazo irremediamente aséptico de su realidad.

Debe haber sido Francisco Lavandeira el único bicho aristotélico en este tropel de siderales: su muerte, el 10 de enero de 1875, cerró una posibilidad que sólo los positivistas, bastantes años más tarde, actualizarían. Es sorprendente, por ejemplo, encontrar en Lavandeira la temprana protesta ante el hecho de que el Uruguay fuera factoría de los talleres del mundo, ya que en sus soluciones económicas es más perceptible que en parte alguna esa "conciencia falsa" con que los liberales universalizaban, como presuntos dictados del orden racional, lo que eran los intereses de las naciones comerciantes e inversoras. Seguramente se hubieran quedado estupefactos (porque si había una máscara ellos no eran los que la usaban) si se les hubiera observado que cuando defendían, por ejemplo, el librecambio absoluto (con la sola disidencia que anotábase y la de José María Castellanos) estaban simplemente ajustando las piezas que nos ensamblarían al mercado universal de la "Pax Britannica"; que cuando predicaban como solución —así lo hacía Carlos María Ramírez en 1868— el ferrocarril a todo trance y la colonización con el elemento regenerador de la raza sajona, ese observador de la libertad y del trabajo que sabe unir a la mística profundidad del sentimiento religioso, la actividad industrial y la energía innovadora de la vida moderna, estaban repitiendo frases y fórmulas que les venían confeccionadas desde fuera. Estaban sirviendo, con frecuente buena fe, los intereses concretos de naciones

ajenas y los abstractos de la propia, de un Uruguay que nada tenía que ver con la comunidad sufriente que malvivía en los campos e invadía ya — ¿qué otra salida les quedaba?— hacia conventillos y cuarteles, los arrabales de un Montevideo que empezaba a transformarse en la briosa urbe succionadora del país entero.

V

Dentro de este común denominador del liberalismo y su dinámica fueron los principistas uruguayos los que dieron durante una generación el tono de esa Universidad cuyo espíritu e instituciones la Sra. de Oddone ha historiado. Ensamblado en aquél, el principismo pierde algo de su descomunal y no siempre subrayada singularidad.

Porque ¿qué eran los principistas? Nos gustaría llamarlos los troskystas del liberalismo, los platónicos de la libertad. Un tal tipo humano no debe haberse dado en muchos países de Occidente con el perfil y la cuantía con que aquí se ofrecieron. Se ha trazado a veces la imagen de un principista: un ser austero, rígido, altisonante, que anteponía siempre sus geométricas convicciones (liberales) a todos los dictados del interés inmediato, a todas las deformaciones de la conveniencia (y hasta de la convivencia). Se le ha presentado abstraído un mundo de normas, esquemas y valores, impermeable a lo real, incapaz de recibir sus inflexiones de escuchar sus reclamos.

Tal vez pudiera ser el principista reconstruido, tal vez armado su raro esqueleto, señalando que en él los elementos normativistas de la ideología revolucionaria liberal, actuantes en todo el siglo XIX, adquirieron allí una desusada rigidez. Esta ideología revolucionaria liberal ya implicaba por sí una laicización de certidumbres y esperanzas religiosas; a esta latente religiosidad el Romanticismo va a dotarla de otra suplementaria, más cálida, más íntima, más connatural con ella misma. Algo similar ocurre con los utopistas franceses: un Leroux, un Fourier pero la diferencia clara se marca en la escasa actuación histórica de estos y en la relativamente abundosa que los principistas tuvieron. La innata religiosidad cuajó en ellos en una yerta efusión de grandes palabras, sonoras generalidades, fórmulas resplandecientes.

Kantianamente canjearon a Dios por la luz eterna del deber, por la moral absoluta, por la Religión de la Libertad. Y lo que es más extraño: durante unos años, al menos, parecieron vivir y caldearse con ellas.

Este gran tema (que esperamos abordar algún día) no queda con esto más que deflorado. Pero el libro de la señora de Oddone ofrece otra pista que nos resulta fundamental.

Con posterioridad a 1870, parece evidente que es la fuerza del ideal juvenil el que sostuvo el impulso de la Universidad en sus peores momentos, en los más amargos. Ese ideal, con nimbo y prestigio mesiánico, el mismo que reventaría treinta años después en la clara cresta de "Ariel", contagió a toda una generación. Y en su pista y en su influencia, entonces (esto solo puede ser planteado) el principismo debe, entonces, solo haber sido la modalidad generacional, la comunidad juvenil de la clase directora uruguaya que se inicia en la vida pública entre la muerte de Flores y el motín de 1875 (se ha solido llamársela la del "cenáculo de "El Siglo"). Cuando se revisan los roles del principismo se percibe que estaban integrados en su inmensa mayoría por jóvenes y sólo por unos escasos hombres maduros. De los Ramírez hemos dicho lo bastante para que se pueda inferir que si eran los jefes del principismo difícil es considerarlos principistas cabales.

De Vázquez y Vega y de Pedro Bustamante, los dos termómetros de máxima de la secta, militantes y fisiognómicos paladines de la adustez, debe decirse que uno murió demasiado joven para haber tenido tiempo de evolucionar y que el otro era un ser demasiado singular, atrabiliario, cejijunto, como para caracterizar ninguna constelación. El resto juvenil podría en cambio ser bien representado por Julio Herrera y Obes, cuando hacia el 90 recordaba melancólicamente sus años ilusos de geometría en el espacio.

Y es que entre el 70 y el 90, la geometría en el espacio había sufrido duros embates. Sin trascendentalizar demasiado, al modo de Murena o de Kusch, no sería imposible ver en ella esta devoción a esquemas rígidos prestigiados por el pensamiento europeo: uno de los múltiples casos en los que el horror hispanoamericano a un mundo sin formas se refugia durante el siglo XIX en un universo "ad hoc" ideal, en una patria espiritual cuyos perfiles no se volatilizan y cuyo suelo

no está manchado por "el pecado original". En ese "pecado original" habían sin embargo vivido diez años los principistas hundidos hasta el tobillo y parece indudable que cuando pasó la década del militarismo (Latorre, Santos) muchos de ellos comprendieron que habían sido ellos mismos, con su radicalismo, con su prédica demoledora de todo gobierno, los que la habían traído. La habían traído porque al crear el vacío de poder que hacia la época de Ellauri se crea, solo el Ejército, como fuerza y voluntad orgánica, apareció capaz de llenarlo. Muerto Flores, el último caudillo con base social y prestigios simultáneos en el campo y en la ciudad, desprestigiada al extremo la clase comercial y bancaria en la corrupción y el caso económico del período de Lorenzo Batlle y Pedro Varela: fracasada así en su primer ensayo sin andadores (esos andadores que con Latorre le serían tan eficaces) de gobernar el país: inhabilitados los propios principistas por espíritu de casta, soberbia y teoricismo, ¿qué era lo que quedaba disponible, qué voluntad sonante y ejercitante restaba sino la de los cuarteles?

Pero lo que los principistas aprenderían después de 1895 no es tema del libro de la Sra. Paris de Oddone ni puede serlo de estas ya demasiado extensas acotaciones.

BATLLE Y SU EPOCA: ANATOMIA DEL EXCLUSIVISMO

Entre las variadas reflexiones que puede suscitar el denso trabajo de Milton Vanger sobre "Batlle, el creador de su tiempo" se inscribe, se decía (*Marcha*, No. 1156) el intento de explicar lo que sin matiz peyorativo, cabe calificar de su **sectarismo**. El designio de dotar al Partido Colorado de un contenido programático enterizo, el de convertir al poder político que aquél monopolizaba en un instrumento metódico, ambicioso, de su realización es rasgo típico del batllismo de los primeros tramos. Pero este planteo no parece haberse originado sólo en una decisión teórica o táctica: habrían operado en Batlle (y algún testimonio ilustre lo corroboraba) reflejos pasionales, movimientos instintivos, casi viscerales de partidismo tradicionalista más fuerte que todo razonamiento y toda conveniencia.

Pero el lente puede todavía abrirse y la cuestión ser abordada desde consecuencias mucho más lejanas. Si al "Uruguay lo hizo el Batllismo", como reiteradamente se ha sostenido, no es ilegítimo imputar al padre algunos de los rasgos que porta tal hijo. Sabemos que tal enfoque, pasadas las décadas de euforia, podrá irritar; sabemos que se alegará, con alguna razón, la operancia de factores supervinientes. Pero ¿muchos de los rasgos peores de nuestro aparato político no estaban prefigurados en esta revitalización que Batlle le efundió a los partidos tradicionales? Su editorial de *El Día* del 13 de enero de 1902, permite inferir bien cuáles eran las razones de su adhesión a ellos; Vanger (pág. 33) comenta irónicamente que los defendió "de la hoy consabida acusación de que ellos fueron los responsables de las dificultades políticas uruguayas". La cuestión no es simple y nunca lo fue, pero puede observarse que al realizar la triple identificación de Gobierno, Partido Colorado y un contenido ideológico unívoco y muy marcado, Batlle puso a distancia valiosos sectores y personas que hubieran podido concurrir a una gran empresa de modernización y emancipación nacionales. Desde los blancos "calepinos" que lo vota-

ron y que quedaron sin suelo en que pisar, desde la escisión de Carnelli hasta nuestros días, ¿cuántos ejemplos no podrían alinearse? Desde aquellos años, votaciones tan reveladoras como la del divorcio (37 a 13, colorados y blancos —entre ellos Herrera— por la afirmativa; 5 colorados y 8 blancos por el no), pudieron revelar que la línea divisoria de casi todas las cuestiones fundamentales no pasaba entre los dos grandes partidos. Pues había colorados del otro lado de la valla y los hubo siempre. Y esto revela que si Batlle contó con las fuerzas aglutinadoras de la tradición de su propio partido, no contó que la del otro también la tenía —y grandísima— y sobrevaloró su poder compulsorio para hacer entrar en línea a los propios colorados. El resultado fue la existencia de un partido heterogéneo, sujeto a esas permanentes escisiones que recién la ley de Lemas haría inocuas, crecido y mantenido al calor oficial, orgánicamente débil para resistir cualquier tentativa personalista, como el 31 de marzo y Terra lo demostrarían y como Frugoni, en su libro “La Revolución del Machete”, lo subrayó con suma perspicacia.

Agréguese todavía que, contra lo que Vanger aventura, en Batlle parece haber pesado menos (salvo, tal vez, en su antipatía a José Pedro Ramírez) la hostilidad a los doctores que dificultaron la presidencia de su padre, que la pertenencia de éste al Coloradismo Conservador y a todo lo que él representó. Del coloradismo Conservador heredó Batlle la predisposición urbana y la hostilidad casi visceral al campo. (Glosando una visita suya a Minas, su admirador Luis Bonavita anotaba lo poco que le gustaba a Batlle el interior uruguayo.) Del Coloradismo Conservador recibió Batlle el esquema sarmientino de “civilización y barbarie” y todo lo que éste implicaba. Del Coloradismo Conservador le fueron legados la adhesión a los patrones culturales europeos y cultos, los valores racionalistas, hedonistas, individualistas, economistas. Que esos patrones importaran irrevocablemente el desprecio y hasta la ceguera para todos los ingredientes no-rationales, populares, comunitarios y tradicionales que la vida nacional portaba, pudo, eventualmente no tener consecuencias políticas graves. Pero esos patrones aquí fueron los que le hicieron orgánicamente adverso y despectivo hacia ese Partido Nacional que los representaba que mayoritariamente los encorpaba (subrayamos cuidadosamente el tiempo

pretérito). Circularmente, ese desprecio incomunicó su tarea con fuentes nutricias de lo criollo, que hubieran dado a su obra un vigor y perennidad que no tuvo. Porque, póngase un ejemplo, ¿qué no hubieran dado las vetas todavía fértiles del sacrificio y la abnegación nativas, al servicio de su gran obra nacionalizadora? En cambio ¿hasta dónde la filosofía vital de la facilidad, el espíritu acreedor, el ánimo del “derecho” y del “consumo”, del “viaje placentero” por la vida al que aludió a propósito del matrimonio no han contribuido a arruinar su obra? ¿A hacer por caso, de los grandes servicios nacionalizados que él promovió, de los partidos en que creyó, de las castas políticas cuya acción aseguró, lo que hoy —ahorremos los adjetivos— son?

En verdad, si se sigue en el libro de Vanger el comienzo (el comienzo sólido, lúcido, valiente) de esa parte, sin duda lo más perdurable de su obra, que es el nacionalismo económico, la defensa del patrimonio público, los esfuerzos industrializadores, resulta inevitable lamentar que Batlle no haya sido capaz de darle a su tarea y a su gobierno —cargándolos de misión y de sentido— la anchura, la amplitud “nacional” que algunos de sus mejores adversarios reclamaban.

Alguna vez dijimos que el ideal de Batlle del “gobierno de partido” y el ideal de Herrera del “gobierno nacional”, constituyen la tesis y la antítesis cuya síntesis dialéctica habrá de alcanzar un día un nuevo estilo político. Un nuevo estilo político (es nuestra esperanza cándida, pero indestructible) que tendrá que irrumpir cuando ya no puedan detenerlo los locutores fraudulentos y los mercaderes de jubilaciones.

Batlle y la cuestión religiosa

Después de lo dicho casi todo está dicho sobre un punto en que el “Batlle, creator of his times” se detiene con interés especial. También a la política religiosa de su primera presidencia llegó Batlle con una actitud tan definida y cargada de pasión que ella, como la postura ante lo blanco, parecía romper todas las vallas de la cautela, todas las prudencias del estadista.

Alguna vez se ha aventurado el peso que en esta pasión tuvo el problema familiar que Batlle hubo de afrontar (Vanger, sin falsos pu-

dores se refiere libre y minuciosamente a él). Y parece en verdad, fuera de duda, la trascendencia que en el corazón de un hombre debió tener el enjugar ciertos y reiterados desprecios, la calificación injuriosa que nuestro primitivo derecho familiar de raíz religiosa, hacía pesar sobre sus primeros hijos. Si no "admirable" la situación, como Vanger en su entusiasmo la califica, Batlle tuvo anchos hombros para soportarla. También, a diferencia de casi todos los seres víctimas de dictérios legales similares, estuvo en su mano el poder para conseguir rectificarla. No hay duda, sin embargo, que debió provocar un tremendo, duradero impacto en su vida. Tampoco, y parecería más sólida la explicación, deja de tener importancia su formación: Batlle (como alguien también decía de Rodó) no tuvo suerte con sus maestros y su relación entre fraternal y discipular con Prudencio Vázquez y Vega no pudo menos de dejar huellas en él. Y hay que decir que poco habilitaba para la mesura del estadista y la comprensión de la realidad de su pueblo la larga convivencia con aquella alma pura, pero sumaria, con aquel anticlerical fervoroso en el que se embozaba la pasta de un fundador de religiones (aunque fuera la religión santa, la religión purísima del deber, la de las sublimes revelaciones de la conciencia), con aquel ególatra delirante que aspiraba a que sus "profesiones de fe" fueran respaldadas por millares de firmas (como si el testimonio "sublime" de su conciencia, aparentemente, no le bastara).

Decisiva esta razón, o la anterior, o ambas, u otras, lo indudable es que el anticlericalismo de Batlle estaba, tanto o más que su actitud ante lo blanco, más allá de todo cálculo político. Picanear e irritar constantemente al elemento católico, situar en una contradicción insalvable al sector cristiano del Partido Colorado, fundar, como en el caso de la supresión de la pena de muerte, en argumentos antirreligiosos los arbitrios legales de naturaleza más diversa, teorizar en materia bíblica en términos de una ordinareiz y chabacanería indisolubles (es ejemplar el texto sobre "La Resurrección" de El Día del 17 de abril de 1906, que Vanger transcribe) parece haber sido el empeño permanente de Batlle. A diferencia de lo que la práctica política más usual recomienda, el propósito del hombre que ocupaba la primera magistratura no habría sido lanzar iniciativas y esperar la oposición a

ellas, sino al revés, dividir la opinión según el clivaje religioso, antes de iniciativa alguna.

Para quien participe de la actitud de Batlle, nada de lo anterior tiene sentido. Para quien no participe (y así nosotros) la inversa no se da mecánicamente: puede aceptarse que había y hay "razones" para ser antirreligioso y anticlerical y encontrar imprudente divisionista, estéril una postura tal, opinión en la que tal vez coincidiera (incluso) la política marxista ante la religión, tal como se ejerce en muchos países. Y aún hay más. Para quien no comparta la esquemática filosofía religiosa de Batlle (para ella, como en los tiempos de la Enciclopedia, las religiones eran el resultado de la candidez de los fieles y de la malicia de los dirigentes) podría resultar legítimo que en un ambiente social como Colombia, Perú o Chile una política modernizadora tuviera que ser antirreligiosa. Esto es, en países donde la Iglesia se consustanciaba con una rígida estratificación social y sacralizaba, en cierto modo, el privilegio y el abuso, Batlle pudo tener razón. Y que la tuvo lo creen muchos. Pero a precio de olvidarse que ya desde el siglo XVIII, llegado a la vida con el Iluminismo carolino, el Uruguay era un país liberal, donde la Iglesia tenía escaso poder social, y a ninguna política podía amenazar, donde el patriciado era racionalista y deísta, donde las otras clases como explícitamente se ha establecido, profesaban una religión mansa o vivían en la indiferencia, donde la Religión, en suma, salvo para un obsesido no era un hecho que hubiera que enfrentar. Un país en el que un estadista de talante antirreligioso pudo dejar al curso del tiempo, al impacto tremendo de la secularización de la vida que los tibios, que eran la inmensa mayoría, se hicieron o más religiosos o dejaron totalmente de serlo. Y en el que pudo convocarse a todos —cabían con comodidad— a la gran empresa nacional que Batlle, sin duda, emprendió. Sí, que emprendió, aunque prefiriendo aquí como en el plano político darle el tinte sectario que achicó sus bases que, a la larga, la hizo débil, o pleonástica, o disipable.

El nuevo colonialismo

Tal unas pocas de las muchas reflexiones que el lector uruguayo puede extraer del utilísimo trabajo de Milton Vanger. Es una obra que valdría la pena difundir ampliamente entre nosotros y que sería de desear no corriera el destino corrido hasta ahora por el "Artigas" del inglés John Street. Muchos encontrarán estimulante tan cuidadosa atención de estudiosos extranjeros y verán en ella el síntoma de una nueva jerarquía cultural internacional. Pueden verse las cosas por el reverso (también) y advertir en estos libros la seña indisimulada y gravísima de un nuevo colonialismo.

Pues recapitúlese. Se caracteriza siempre una cultura colonial o semicolonial, sometida a las tutelas imperialistas, por el desinterés radical hacia la propia realidad y la atracción, encandilada y chambona por el mundo, la historia y las culturas transmarinas. Entre mil ejemplos, nuestro Julio Herrera y Obes escribiendo sobre Godfrey Chaucer resulta uno cabal. Pero se olvida que una cultura colonial comienza haciendo de lo colonizable un blanco preciso, a menudo excitante e incitante de la mirada ajena. Entre mil ejemplos, también los textos de Alejandro de Humboldt, de Charles Darwin son bien representativos.

Y bien. Parece vuelto el momento en que no sólo nuestros libros más raros, nuestros manuscritos y hasta nuestros hombres de ciencia emigran a las naciones desarrolladas y centrales, sino también que sean hombres de ellas los que se empeñen —como nuevos etnógrafos— en estudiarnos mejor. El libro de Vanger, el de Street, sin perjuicio de la gratitud que nos merezcan son marcas de la marea. En la vecina Argentina, y en poco menos de un lustro, se han ido acumulando (entre otros) los libros de Mac Gann sobre las relaciones entre Estados Unidos y la Argentina, el de Ferns sobre las relaciones entre Gran Bretaña y la Argentina, el de Lynch sobre administración colonial española. No todos son de una perspicacia ejemplar, pero casi todos representan una suma de trabajo y de investigación que pareceríamos no ser capaces de llevar a fin. E importan, reiterémoslo, una advertencia, un desafío en el que es necesario pensar.

PEQUEÑA HISTORIA MAYOR

No sería prudente afirmar que nuestra historiografía clásica —nos referimos al sector que va de Bauzá a Blanco Acevedo y se centra en los "Anales" y el "Artigas" de Acevedo— haya desconocido los factores económicos, las "bases" estructurales que dieron fuerza al artiguismo, que le dotaron de tan grande capacidad de resistencia contra todas las adversidades que tempranamente lo rondaron. Ya la precedencia de Mitre en el examen de los conflictos que subyacen en el proceso político revolucionario había abierto los ojos y los verdaderos fundadores de nuestra historia no fueron ciegos a su prolongación cisplatina. Sin embargo, nadie, desde nuestra actual perspectiva, se animaría a decir que las tensiones y exigencias económicas hayan sido aportadas a esos planteos con más ambición que la de una ilustración corroborativa y en cierto modo lateral: lo político, y más que lo "político" lo "institucional" (federación o unidad, república o monarquía) era lo que enhebraba el hilo del discurso historiográfico, lo que brindaba, al fin, las inferencias decisivas. Por otra parte, y en esto Acevedo resulta ejemplo cabal, se daba en ellos algo que no es aventurado llamar una esquizofrenia metódica o criteriológica, una curiosa inconsecuencia que consistió en valorar y hasta sobrevalorar la trascendencia de los motivos económicos en ciertos trechos de nuestra historia (fueron un caso los enfrentamientos porteño-montevideanos antes de 1810) y prescindir completamente de ellos en posteriores y dilatados períodos. En estos últimos parecería que, angélicamente, nuestros dirigentes y nuestro pueblo sólo se hubieran movido por los impulsos ideales y por las grandes palabras prestigiosas (podría ser ejemplar de esta ausencia todo lo turbia, equívoca etapa que va desde 1824 hasta la primera Constitución).

Se dirá —y es cierto— que no es ésta ya la situación en que debe inscribirse el breve y ceñido libro de José P. Barrán y Benjamín Na-

hum (1). La renovación de la historiografía argentina desde las investigaciones de Levene y Molinari, la posterior profusión de los planteos revisionistas, provocativos y a veces fértiles en sus mismos excesos, las "Raíces coloniales de la independencia oriental" de Pivel Devoto y alguna obra fundamental y que ha nutrido tan decisivamente el trabajo que comentamos —nos referimos a la del polaco-norteamericano Miron Burgin, "Aspectos económicos del federalismo argentino"— transformaron (con otras muchas que forzosamente obviamos) la visión de este decisivo sector de nuestro pasado.

Fundamentalmente —y esto vale sobre todo para la primera parte de su libro— haber ensamblado en una síntesis clara y convincente todo lo que tal caudal aporta a la significación económica del artiguismo, a sus "bases", a lo que "el lenguaje actual llama la esfera económica y Artigas llamaba, más modestamente 'el sistema'", ha sido el mérito fundamental de Nahum y Barrán.

Sobre el fondo de la diversidad económica, ecológica y humana de las distintas regiones del virreinato, dibujan los autores los contrastes entre el interior agrícola y artesano, la provincia de Buenos Aires comercial-ganadera y el litoral tan decisivo. El litoral irrigado por los grandes cursos de agua, con intereses opuestos a la tentativa de Buenos Aires de centralizar en su puerto y Aduana todo el movimiento de mercaderías y materias primas pero con aspiraciones también diferentes a los requerimientos proteccionistas del interior y esa su incipiente industria cuya entidad y porvenir eventual tanto se ha controvertido. El federalismo artiguista y la "Liga" de 1815 habrían sido, en lo sustancial, la expresión política de lograr una síntesis equilibrada entre las exigencias en nada homogéneas del "hinterland" ex-virreinal, —unas provincias reclamaban cortapisas a la introducción irrestricta de la mercancía británica, otras ligaban su destino al desembarazado funcionamiento del pulmón de los ríos que podían ligarlas al comercio universal sin la intermisión abusiva de Buenos Aires y dar salida (valga el testimonio invalorable de los hermanos Robertson) a su estancada

(1) José P. Barrán y Benjamín Nahum: "Bases económicas de la revolución artiguista", Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1964, 148 pp.

pero enorme riqueza pecuaria (2). Dosificar, para conformidad de todos y fortalecimiento común, factores dinámicos para una sociedad económica "abierta" y cautelas defensivas para los sectores débiles y con tendencia al enclaustramiento, ayuntar semi-soberanías provinciales de latente vocación centrífuga, prestigiar un prospecto común y básicamente aceptable fue en buena parte la obra de Artigas y el fruto de su prestigio caudillesco pero Barrán y Nahum han subrayado también, las excepcionales condiciones de la Banda Oriental para dirigir esta empresa. La oligarquía porteña, con esa seca clarividencia que sería necio discutirle, las vio igualmente y nuestra tierra pagó antes que ninguna otra (y Artigas con el ostracismo) poseer el único puerto rival del de Buenos Aires y el constituir la orilla atlántica de una eventual confederación de pueblos que las contingencias de la historia segó en estado naciente. Los miembros restantes vivirían entre sobresaltos casi medio siglo más, hasta que la implacable tarea unificadora de Mitre (al fin y al cabo un contemporáneo de Lincoln y de Bismarck) diera buena cuenta de todo alarde de desarrollo autónomo, efectivo, real. Los autores resumen de esta manera la conclusión de la primera parte de su libro: "En el fondo se trataba de hacer prevalecer la justicia y la igualdad, único ideal posible de una auténtica revolución, con fuertes raíces populares. Pero Artigas no pudo imponer su "sistema": la oligarquía porteña y el imperialismo europeo (anglo-portugués) eran demasiado poderosos para ello. Y cuando, a mediados de siglo, el federalismo se implantó en la Argentina, era una cáscara política desprovista de su más honda significación, porque las economías provinciales que estaba destinado a proteger, ya casi no existían. Buenos Aires impuso su dominio, y el ideal de una correcta integración de todas las provincias, basado en la justicia y la equidad, quedó desnaturalizado".

La segunda parte del libro desarrolla el tema de "Revolución y la Tierra" y en ella Barrán y Nahum realizan un examen mucho más próximo a la concreta sustancia histórica que el forzosamente general

(2) Aunque posterior al período que los autores estudian, no deja de tener valor simbólico que Pedro Ferré, el caudillo del Corrientes antirrosista, fuera constructor de barcos de cabotaje.

que le precede. El proceso del latifundio colonial y un utilísimo recuento de los planes españoles para el "arreglo de los campos" forman el precedente inexcusable del centro del asunto, que no podría ser otro que la política artiguista de tierras. En el desarrollo de estos antecedentes, los autores ponen gran cuidado en los fines (defensa militar y población, sobre todo) de los entes públicos (virreinales, municipales) que movieron el proceso; no caen en ciertos simplismos que han tenido algún curso y, poniéndose en 1800 y no en 1900, afirman con verdad en un pasaje: "El desinterés por la tierra fue un hecho tan real en nuestra población campesina como, aunque parezca paradójal, el interés por la misma. No es sólo el hecho de que se divida el país en dos grandes zonas lo que explica esta aparente contradicción (un Sur ya repartido en su gran totalidad, un Norte aún "vacío") sino el tipo de vida que practicaba nuestro gauchaje el que lo explica. Mientras la subsistencia fuera fácil y los campos no estuvieran alambrados y con dueño a la vista, el seminomadismo de nuestra población rural era un obstáculo cultural casi irremediable para una fijación de la población. Fue una trágica paradoja la que produjo junto con la sedentarización del peón en la segunda mitad del siglo XIX, el reparto definitivo del país entre la clase propietaria y, entonces sí, una universalización del "hambre de tierras". Porque sólo el sedentario puede ansiar afincarse y ser propietario, no el gaucho cazador y errante. Y justamente cuando se logró la condición de estabilidad en nuestra población rural, la tierra no podía brindársele como premio."

Sobre este trasfondo complejo del juego táctico español frente a la clase estanciera y de la creciente conciencia grupal del Gremio de Hacendados, Nahum y Barrán recrean el proceso tan peculiar de nuestra revolución, "levantamiento de los campos", siguiendo en lo sustancial los planteos de Pivel Devoto en el libro ya mencionado. Tras el estudio de los "antecedentes inmediatos", el ensayo remata con el examen del Reglamento provisorio de la Provincia Oriental para el fomento de su campaña y seguridad de sus hacendados" del 10 de setiembre de 1815.

Es fino y con sus puntas de incontestable originalidad el estudio que realizan los autores de este texto, sin duda el de más extraño destino de todos los del artiguismo, ya que pasó —permítasenos la

comparación turfística— del pelotón de cola a la punta en poco más de tres generaciones. En 1880, Francisco Bauzá, sin mismo designarlo por su título, se refería a él de esta manera: "despojo injustificable, que si halagaba las ideas corrientes, chocaba contra los principios más elementales de seguridad social" ("Historia de la Dominación Española en el Uruguay"). En un conjunto tan representativo de los años veinte como el "Libro del Centenario", editado por Capurro en 1925, el anónimo (y solvente) historiador de nuestra tierra ya se refiere a él en distinto tono, reconociendo que aunque con algunos defectos y lesionando intereses legítimos adquiridos, establecía bases eficientes para el desenvolvimiento regular de la ganadería y los cultivos. Entre este juicio, todavía, y el estudio de Narancio en el "Artigas" publicado por *El País* en 1950 hay otro pequeño abismo: los tres textos permitirían marcar con qué eficiencia se ha operado, a través de un sugestivo ejemplo histórico, una profunda desmitificación de aquel derecho de propiedad que para Bauzá era sin duda "sacro" y que hoy, probablemente, hasta para ciertos beneficiados por él, tiene sólo aquel valor "instrumental" del que hablaba Celso Furtado. Barrán y Nahum habían anotado anteriormente el escaso respeto al derecho de propiedad que se expedía ya en los planes agrarios de la administración española en el Plata pero es aquí, sobre el "Reglamento" que la lucidez discreta que está haciendo de ellos dos tan promisorios historiadores les precave de una transferencia peligrosa y que ha tenido ancho curso en estos últimos años. Nos referimos, claro está, a la tendencia a ver en el "Reglamento" un borrador, pero un borrador casi literal, de las realizaciones agrarias revolucionarias del presente latinoamericano, una aspiración sin duda pragmáticamente loable pero capaz de deformar, por incoercible retroversión, el significado mismo del documento. Barrán y Nahum no negarían entre éste y aquéllas (el condicional cabe pues no son ellos los que hacen comparaciones ni siquiera las insinúan) la raíz común de una misma querencia de índole nacional, popular y humana, de una misma pretensión a asentar sobre sólidos fundamentos agrarios una sociedad sana y equilibrada. Aquí, sin embargo, deben comenzar las precisiones, y los autores, después de establecer que "para Artigas, el derecho de propiedad aparecía vinculado a la justicia revolucionaria, era un

premio dado a los valerosos gauchos, indios y mestizos que habían expuesto sus vidas y haciendas en la lucha" (lo de las "haciendas" debe haber sido bastante relativo) reconocen que la "Memoria anónima de 1794 por ejemplo, iba incluso más lejos que Artigas al proponer la anulación del derecho de propiedad privada a los grandes latifundistas ausentistas" e incluso reclamar que los grandes comerciantes montevideanos no pudieran ser propietarios de estancias. "El mayor problema no era encontrar la tierra sino el habitante", anotan con propiedad y destacan con acierto que el dechado humano que el Reglamento buscaba recompensar debería reunir la "condición de pobre, americano y casado, curiosa mezcla" (tal vez no tan curiosa) "por lo que esta preferencia está indicando de caridad cristiana y sentido nacionalista".

Fundar, sin embargo, una sociedad de propietarios ganaderos (sin excesivos cortapisas en cuanto a la dimensión de sus fondos), consolidar —políticamente— ese "séquito" eficazmente "comprometido" con su destino (usemos el término spengleriano) con que toda revolución tiene que contar fueron, no se les oculta a los autores, los dos móviles probablemente más poderosos del Reglamento. Ahora sí: su originalidad indisputable, si se le compara con la política porteña de tierras, era la amplitud (habría que decir también la hondura), del acceso a la condición del dominio a todos los niveles de la población de esta Banda. Aquellos "infelices que serán los más privilegiados" arden todavía en aquellas líneas —a siglo y medio de distancia— con un resplandor mesiánico que nada iguala.

Sin embargo, los autores han subrayado también la importancia que asume en el Reglamento —es el artículo 27— la disposición sobre concesión de papeletas a los peones por parte de los patrones y la condición de vago y aprehensible para los que de ella carecieran; no otra fue la pieza maestra por la que un riguroso orden estanciero (lo subraya un reciente magistral estudio de Tulio Halperin Donghi)(3), desde Pueyrredón hasta Rosas se consolidó en la provin-

(3) Tulio Halperin Donghi: "La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires", "Desarrollo Económico", volumen 3, Nos. 1 - 2, págs. 56-110.

cia de Buenos Aires. Aún, en las páginas epilógicas, Nahum y Barrán insinúan el posible sesgo "conservador" (mejor sería llamarle estabilizador) de un documento que ha sido visto en perspectiva revolucionaria: ante el desorden creciente que la Revolución fue promoviendo y con él el ataque indiscriminado a "malos europeos" y "buenos europeos", a "peores americanos" y "mejores americanos", el Reglamento habría tratado de encauzar y contener las depredaciones de tierras, hombres y ganados que arrasaron (y obligaron a reiniciar en el período lecoriano) ese incipiente "orden estanciero" que a través de medio siglo se había ido dibujando. "El Reglamento Provisorio podría verse también como un intento de Artigas y los hacendados criollos (no se olvide que fue junto a ellos que se redactó el Reglamento), de encauzar, frenando, este posible extremismo, producto de la espontaneidad revolucionaria." Ya esta interpretación conservadora de una "civilización rural" artiguista había sido planteada en un pequeño librito publicado en 1911 por una de las mejores cabezas de nuestra clase dirigente ganadera: Carlos Arocena; nunca nos cansaremos de encomiar su inteligencia y su valor precursor entre la faramalla de los mazacotes apoloéticos y la seudohistoria color sangre de toro de aquellos tiempos. (4)

Poco se extienden Nahum y Barrán, apenas una cita de De María, sobre los resultados, actitudes, reacciones que promovió el Reglamento Provisorio. Se ha hecho común sostener que su presunto "castrismo avant la lettre" le enajenó a Artigas la buena voluntad de la clase propietaria de los campos que tan unánimemente lo respaldó en 1811 y es, incluso, curioso ver a historiógrafos de tendencia conservadora, tal es el caso de Salterain Herrera en su "Lavalleja", adherirse a este punto de vista "progresista". Por una parte no existe la menor prueba testimonial directa, explícita, que corrobore esta suposición; por otra, si se piensa deductivamente, no hay muchas probabilidades de que una clase dirigente como la de la Banda Oriental, de extracción esencialmente ciudadana y comercial pudiera ver una declaración de guerra a muerte en la distribución de unos campos que

(4) Carlos Arocena: "Artigas y la Civilización rural", Montevideo, Barreiro y Ramos, 1911.

tan poco valían entonces y estaban en tan grande proporción vacíos. Nada demuestra que en esa clase dirigente —y menos en el desbarajuste de la Revolución— existiera apetito de tierras, a lo que debe sumarse que los miembros de ella con vocación agraria ya eran poseedores de vastos dominios que eran más fuente de sobresaltos que de rentas. Agréguese todavía a esto, que las contingencias de la caída de Montevideo en 1814 y el riguroso interinato jacobino de Alvear y los Rodríguez Peña habían golpeado demasiado fuerte a la oligarquía española de Montevideo como para dejarle pensar —con toda verosimilitud— en posibles, y muy futuras, contingencias de crecimiento lo que hace mucho más seguro que fue el desorden económico que la insurrección aparejó —difuso, inimputable— y no medida legislativa alguna, lo que fue apartando lentamente de Artigas a la clase estanciera. Sobre ello, la invasión portuguesa amenazando prolongar casi sin plazo el caos debe haber terminado de madurar un proceso psico-social que tan bien podría ejemplarizar la discutida e interesante figura de Tomás García de Zúñiga. No fueron sólo además —aunque los autores no lo resalten— los despojos de tierras sino también los de ganados y de gentes (¿con qué trabajaba una estancia cuyos peones y cuyos esclavos habían huido o sido enrolados compasivamente en las milicias patrias?) la causa fundamental de muchísimas ruinas: algo de esto se transparenta en el testamento de María Antonia Churro de Viana publicado por ese nostálgico historiador de nuestra aristocracia colonial que es Luis E. Azarola Gil. (5)

En un interesantísimo apéndice los autores insertan lo sustancial de un pleito, archivado en el Juzgado Nacional de Hacienda de Primer Turno (1824, L. 12 exp. 198) entre los herederos de Francisco X. de Echenique y D. Nicolás Gadea, pariente de Artigas. Por sí solo vale el libro. Y en una de sus perspicaces anotaciones, señalan Barrán y Nahum que ni una sola vez se alude en él al Reglamento de 1815. Lo que trae a colación otro problema: el de la efectividad. El libro —esperamos de él una segunda edición— debería haber sido completado con un examen de la aplicación del Reglamento, para lo que existen varias exhumaciones documentales muy útiles de Ariosto Fernández, publi-

(5) En "Veinte linajes del Siglo XVIII", París s/f., págs. 94 y ss.

cadas en el Suplemento de *El Día* y una página muy significativa de los "Apuntes" de Larrañaga y Guerra. Entre otras observaciones, estos criticaban algo que tiene un sabor muy actual, tal el error de dar tierras (leguas) sin ganado ni útiles porque "un pobre nada podrá hacer con la tierra si no se le da ganado y no se le anticipan fondos para custodiarlo y mantenerlo a rodeo". ("Revista Histórica", VII, pág. 550).

Si se recaban —además— todos los testimonios disponibles, no es dificultoso llegar a la presunción de que el "Reglamento" tuvo mucho de una mera formalización legal, a menudo olvidada, a menudo soslayada, de una política de distribución de tierras llevada a la práctica con gran irregularidad y por varias autoridades, ésta hace que todo estudio de "efectos" y de "reacciones" confunda inexplicablemente las que suscitó el "Reglamento" con todo este revuelto acompañamiento que lo precedió y subsiguio.

Queda, es claro, un rabo por desollar en este rastreo de derivas de actitud, de borrosos climas de opinión. Y si parece probable que ni factores estrictamente políticos ni estrictamente económico-sociales hayan sido los que dieran pie en el "Reglamento" (y anexos) para cohonestar la progresiva separación entre Artigas y la "élite patricia", pudieron, en cambio, ser causas "nacionales" y "familiares" las que hayan tenido inconfesa fuerza. Las disposiciones de aquél hacían pender graves males sobre la cabeza de españoles e hispanizantes nativos: no se olvide entonces que todo Montevideo era una gran familia criollo-hispánica tejida y retejida por numerosos vínculos, un rasgo que determina, si bien más parcialmente, menos acusado que en otras latitudes, la índole "civil" de las luchas por la independencia (6).

En sus notas bibliográficas de *Marcha*, tanto Barrán como Nahum se han peculiarizado por una gran cautela frente a la literatura histórica de sello revisionista, la que no excluye, sin embargo, una frecuente adhesión a sus planteos. Resulta, por ello curioso, que hayan

(6) Piénsese en personajes como Rafael de Zufriateguy o Francisco Magariños y los vínculos que los unían, con prácticamente, toda la clase media y superior del Montevideo de entonces.

incurrido en ocasiones en ciertas falacias de "transferencia" o de "proyección" que suelen debilitar a aquélla. Junto a alguna menor, nos parecen en cambio muy considerable el reiterado uso del calificativo de "no-nacional", o "de espaldas a la nación" a planes y actitudes de la clase dirigente de Buenos Aires: no sería difícil probar que rasgada la unidad —por otra parte siempre tan precaria— del Virreinato del Río de la Plata, no quedaba en esa década que los autores estudian más que dos coligantes de los cuales a ninguno cabe calificar con cierta estrictez descriptiva de "nacional". El localista, era el primero y llamar nacional al fervido común denominador de "americanos" que tan hermosamente suena en los documentos de la época es, casi seguro una transposición de nuestros deseos de hoy en las contingencias de ayer.

Alguna otra observación: marcar en 1810, como una nítida contradicción, la doctrina del "laissez faire" y la práctica proteccionista (pág. 32), presupone dejar en la sombra los fuertes ingredientes intervencionistas de las doctrinas económicas de la Ilustración española, seguramente más actuantes hacia este tiempo que un estricto liberalismo económico de tipo cobdeniano, de vigencia bastante posterior y dígase lo que se quiera, nunca incontrastado.

Reparos menores, rompe los ojos. Se estaba necesitando un libro así, que en forma ceñida y sin pretensiones de estruendosa novedad (pese a sus muchos originales análisis) condensara los aspectos más vigentes, más vivos del artiguismo para las presentes generaciones. Sobre todo en este año de gracia de 1964, en que empezará a caernos encima la catarata de gruesa cháchara, de correoso lugar común que el Bicentenario desatará. En este año en que nuestros políticos volverán a llenarse la boca con aquel "mi autoridad emana de vosotros y cesa ante vuestra presencia soberana, etc.". Olvidando seguramente que, pese a esas corteses palabras, Artigas conocía bien en qué honduras su poder se originaba. Olvidando, o tal vez sabiendo, que a ellos —los inventores del 383 y otras lindezas— una barra de grillos y un viaje a la Purificación (para que se purificaran) es lo que el Fundador les hubiera destinado. Al fin y al cabo, por menos, por muchísimo menos, éste quiso "atropellar" en 1815 al Cabildo de Montevideo.

POLITICA INTERNACIONAL E IDEOLOGIAS EN EL URUGUAY

Un examen de nuestra conducta internacional en los veinte años en que *Marcha* se ha publicado, no se puede reducir, como es obvio, a una escueta mención de las medidas concretas que el país durante ese lapso, y por intermedio de sus órganos especializados, adoptó. No debería reducirse tampoco a un retrospecto de ese algo más vago que fueron sus actitudes, sus proposiciones, su conducta, en fin. Una exposición cabal de política exterior tiene que tomar en cuenta, también, las corrientes de ideas que la animaron, los hombres que la cumplieron, los grupos de presión que la influyeron, la coyuntura internacional en que se insertó, la situación propia nacional que, leal o dolosamente entendida, constituyó de algún modo su punto de partida.

Tantos elementos desbordan, como es evidente, todas las dimensiones posibles de un panorama. Quede constancia, por lo menos, de la atención que debieron merecer los puntos enunciados. Quede constancia, especialmente, de la necesidad urgente de analizar en todos sus niveles, en todas sus variedades (que no son pocas), esas dos posturas que se disputan en la actualidad el pensamiento uruguayo sobre el mundo y sobre nuestra conducta en él. Son, como es obvio, el Tercerismo y esa corriente que cabe llamar el Neoliberalismo conservador panamericano, de creciente vigencia. Las conclusiones de una descripción de ellas tendría que conducirnos a ese orbe normativo que no puede ser indiferente a ningún uruguayo auténtico. Es el de las posibilidades de una política internacional propia, afincada en la condición peculiarísima del país, en sus limitaciones, en sus necesidades, conveniencias y deberes. Cuando *Marcha* cumpla el medio siglo, tal vez alguien, no nosotros, realizará esta tarea.

Tomando puntualmente el trecho de dos décadas, la historia comienza con un "fortissimo".

Como a todas las demás naciones latinoamericanas, la Guerra Mundial II planteó a nuestra apacible existencia el desafío más intenso que ella, por mucho tiempo, había soportado; como en todas las demás, su proceso y sus consecuencias ejercieron un impacto tan profundo que todavía, puede decirse, entre sus oleadas nos movemos.

Sujeta, así, a la suerte y peripecia de nuestras vecinas de hemisferio, el Uruguay lo hizo (lo consideramos indiscutible) con un rasgo específico, con una "nota diferencial". Y ese rasgo específico lo constituyó el hecho de que el país se convirtiera en la pieza más diligente de la acción política y estratégica de los Aliados en el continente.

Todo, en realidad, nos preparaba a ello; todo nos entrenaba para esa "militancia". La muy relativa entidad de las colonias de los países fascistas era evidente. Muy dispersa estaba la alemana, que recién ganaba posiciones en el campo comercial al compás de muy cortos años de auge. Bastante numerosa y vocinglera la italiana en los tiempos de las victorias pírricas de Abisinia, se mostró remisa cuando tuvo que jugarse en una coyuntura a la que su connatural tradición ideológica liberal, garibaldina o masónica, repugnaba. Cuantiosa la española, habíase alineado la mayoría, desde años antes, del lado republicano. Entre los sectores uruguayos, el nacionalismo histórico y político encontró su posición mayoritaria en torno a una actitud que en otra parte de este artículo se examina. La falta de núcleos de nacionalismo doctrinario de tipo filofascista, como tan numerosos los había en la Argentina, dio con escasez la postura de los que apostaron resueltamente, ya por devoción, ya por cálculo, a la carta del Eje. Menos pudo pues darse, dentro de ellos, la duplicidad de los que adherían al Eje por creer que portaba algún modo de organización positivo y la de aquellos que lo hacían por pensar que su triunfo importaba la franquía a la liquidación de esos imperialismos occidentales en cuya área nos desenvolvíamos.

No deben eludirse tampoco de este registro, las constantes más profundas que representaban el decidido filoyankismo del batllismo y la acentuada anglofilia de diversas variedades del sector blanco. Menos puede eludirse esa constante más honda aún que significa la sucesiva impregnación uruguaya de ideologías de tipo moderno y "progresivo": iluminismo liberal de la independencia; individualismo

liberal-romántico de la segunda mitad del siglo pasado; ideología radical-democrática de masas del período batllista; mesianismo social de la primera postguerra y pronunciado ejercicio de los temas de la "década rosada".

No debe omitirse, por fin, la poderosa acción compulsiva de las propagandas aliadas, concentradas y reiteradas hasta un extremo que el país todavía no había conocido. Vistas en perspectiva, resulta evidente que significaron la primera "instancia del presente proceso mundial de masificación de la opinión pública con sus secuelas de intimidación, estribillos y dualismos tajantes (y a menudo puramente verbales).

Las medidas concretas tomadas fueron al principio modestas. El 5 de setiembre de 1939 el Presidente Baldomir y el Canciller Guani dictaron el decreto de neutralidad del país. En 1940 hubo medidas de adhesión respecto a la administración estadounidense de colonias americanas de los países europeos invadidos. Cuando el acorazado "Graff Spee" vino a terminar su carrera frente a nuestras costas en diciembre de 1939 (sus marinos fueron internados en febrero de 1940) la neutralidad uruguaya no fue óbice para que ocho años después (apareció en los diarios el 11 de agosto de 1947) el embajador inglés Gordon Vereker agradeciera a Guani las medidas tomadas por el gobierno de la República en una carta efusiva y consagratória. Pero el dramático episodio del "Spee" sirvió sobre todo de espolazo a una convicción tan auténtica, como inusitada. Era la convicción de que la guerra, tangible, física, podía llegar "hasta aquí". Esta convicción, nacida de un incidente bélico accidental, no era necesaria para que en ciertos medios decisivos se hubiera planeado, desde el principio de la guerra, la radicación uruguaya de ciertos proyectos de defensa hemisférica. Pero es evidente que los estimuló, que los facilitó.

En 1940, la entrevista de los cancilleres del Plata, Roca y Guani, fue un intercambio de anhelos: los sectores militares neutralistas dominaban en Buenos Aires la máquina política y sólo quedaba el Uruguay como carta manejable. Es en ese momento que empieza a rondar el aire la obligación uruguaya de poseer bases aeronavales que hicieran posible la mejor custodia estratégica de esta porción, crecientemente importante, del Atlántico Sur. El senado uruguayo dio un

voto de repudio a las tratativas de Guani y a la idea de las bases aeronavales el 22 de noviembre de 1940 y fue en esa coyuntura que Haedo vivió (es probable) el momento más intenso y elocuente de su dilatada carrera. El voto del Senado no detuvo los planes que prosiguieron en 1942 y reaparecieron en 1944 bajo la fórmula de púlicas cláusulas de construcción de obras públicas en un empréstito que Guani terminaba de negociar en Washinton. La formación de bases y aeropuertos en Carrasco y Laguna de Sauce (más las carreteras de acceso a ellos) aspiraba a ser el primer paso de un trayecto que nos convertiría en "el Gibraltar del Río de la Plata". Honroso destino imperial. También una alianza con Brasil "contra toda agresión" apretaría más aún los lazos de nuestra seguridad.

En 1942 se habían adquirido armamentos, pero también el entrenamiento militar nacional debía completar el nuevo equipo defensivo. En 1943 un proyecto de Servicio Militar Obligatorio corrió un largo calvario de restas que lo dejó a la larga convertido en la institución voluntaria del Centro de Oficiales de Reserva. Pero también, desde ese entonces, una creciente proporción del personal militar completará en los Estados Unidos su mejorable formación uruguaya.

El 18 de junio de 1940 se promulgó la ley (9.936) de "Asociaciones Ilícitas". No comienza con ella una cavilosa vigilancia interior que juega a las escondidas con espías y conspiraciones. Una compleja confabulación alemana fue descubierta: tenía por fin convertir a la República en una colonia campesina alemana; su instrumento de movilidad había de ser el ciclístico, su factor más notorio resultó ser un fotógrafo paranoico y ocupó durante varios años a nuestra justicia. Una realidad mucho más seria: "las listas negras" obtuvo una indiscutida vigencia nacional. No faltó algún internacionalista ventripotente para fundar sesudamente una discriminación (y poco menos que para convertirla en ley de la República) que podía decretar, de un día para otro, la ruina o la prosperidad de extensos sectores del trabajo nacional. Una discriminación regulada de acuerdo a un procedimiento expeditivo de justicia secreta; una discriminación diligenciada por anónimas, e inapelables, oficinas extranjerías. Estos úkases congregaron cuantiosos intereses en su torno y no podía ser de otra manera. Al terminar la guerra, entre los fenómenos nuevos que el país ofrecía, se

daba el de un séquito rápidamente enriquecido de representantes, grandes abogados, despachantes y variadísimos agentes. El sector típico de "la burguesía compradora" de que los marxistas hablan, había duplicado su fuerza y pesaría hasta hoy, en la economía del país con un impacto que antes estaba lejos de poseer.

Los uruguayos, mientras tanto, fueron divididos en "nazis" y "antinazis", "demócratas" y "totalitarios" y esto no sólo al tenor de sus convicciones reales respecto al conflicto mundial sino también al otro, (y a veces no asimilable) de su reacción ante tantas cosas que en el entorno acontecían.

Dijo Quijano alguna vez: "Nazi y fascista fueron vocablos utilizados en las peleas de campanario para abatir al enemigo. Una opinión que incomodaba era nazi para los gobernantes quisquillosos. Un adversario temible era nazi para sus contendores. . ." Todo el pasado inmediato fue olvidado y en largos ciclos orales o escritos (hubo uno, de "Itinerario y Dimensión de la Democracia" que resultó extensísimo) fueron ungidos de redefinidores del Régimen los ex-dictatorales y algún "gaúcho" embajador vecino. La intervención en todos los aspectos de la vida nacional de los representantes diplomáticos de los países beligerantes siguió un estilo variable según fuera el temperamento de los investidos. Fue así discreta o desembozada, reservada o ubicua; entre 1939 y 1942, por caso, algún ministro británico de pintoresca traza y afable recuerdo, pudo darle a este intervención, entre el aplauso y aún la beatitud de la mayoría, contornos casi virreinales.

Política misional

Pero todo esto es ya anécdota y lo importante ocurre realmente en 1941. En julio de ese año, la cancillería uruguaya consulta a sus similares del continente para una acción colectiva de ayuda a cualquier nación americana que fuera agredida por una potencia extrahemisférica. El eufemismo era transparente y la eventualidad estaba cercana. Al día siguiente de Pearl Harbor, el 8 de diciembre de 1941, los Estados Unidos fueron declarados potencia no-beligerante. El decreto in-

vocaba la resolución de Lima de diciembre de 1938 estableciendo la asistencia recíproca entre los estados americanos en caso de ataque a uno de ellos. También invocaba las disposiciones análogas de la segunda Reunión Consultiva de Cancilleres Americanos de La Habana, en 1940.

Estas "reuniones de consulta", de las cuales la primera se realizó en Panamá en 1939, a raíz del estallido de la guerra y la tercera lo haría en Río de Janeiro poco después de este documento (en enero de 1942), se revelaron un eficiente instrumento de coordinación política y propagandística y el progresivo endurecimiento de la línea aliada y panamericana, que el Uruguay siguió desde entonces con creciente disciplina, tuvo en ellas su voz de orden.

Por de pronto, la República rompe sus relaciones diplomáticas, comerciales y financieras con el Eje el 25 de enero de 1942. Presente y anuente en todo, declara el 14 de febrero de ese año la no-beligerancia de Inglaterra, Polonia y Holanda. Participa en la Junta Interamericana de Defensa, creada en Río y se plega, a través de ella a la coordinación panamericana de armamentos.

En 1943 interrumpimos nuestras relaciones con Vichy y las anudamos con el Comité de Argel, de Darlan. Caído Mussolini, reiniciáronse en 1944, nuestras relaciones con Italia. El 12 de febrero de 1945 y para facilitar nuestra concurrencia a la Conferencia de San Francisco, fundadora de las Naciones Unidas, declaramos el "estado de guerra" con las naciones del Eje y si tardos fuimos nos desquitamos bien, pues éste no cesa para el Uruguay hasta el 8 de setiembre de 1953.

Asume mayor significación que estas medidas puramente formales, el hecho de que tenga su sede en Montevideo el Comité Consultivo para la Defensa Política del Continente creado a raíz de la reunión de La Habana de 1940. Bajo las ansias protagonizadas de Guani y con la eficiente colaboración de Charles Spaeth, este Comité se convirtió en un activo instrumento intervencionista y en una punta de lanza, sobre todo, contra la ambigua condición boliviana y la abierta disidencia de Argentina y Chile. Con esta arma comienza la tenaz tentativa uruguaya por quebrar los principios de no-intervención y reconocimiento automático. En otra parte de este artículo se señala algún

antecedente de la doctrina Rodríguez Larreta que es la culminación de esta línea. Es digno de señalarse, sin embargo, que adelantándose ya dos años a ella, en 1944, el núcleo dirigente uruguayo inicia el ataque a la doctrina Estrada, proponiendo consultas entre las cancillerías americanas con el fin de aunar opiniones en torno al reconocimiento del régimen "nazi" del boliviano Villarroel.

Hoy sabemos que una gran potencia y su voluntad de poder puede usar tanto el principio de intervención como el de no-intervención y aún prescindir de los dos. Hoy sabemos que una voluntad de poder no tiene más límite que otra equivalente o la sanción político-moral que prepara los caminos de esa otra voluntad de poder antagónica en un futuro lejano o cercano.

Entretanto, y sin instrumentos jurídicos, el Uruguay mismo sintió los efectos marginales de una lucha a muerte. En noviembre de 1941 se elimina a los nacionalistas de la Comisión Investigadora de Actividades Antinacionales y cuando la exigencia de bases aeronavales se hace más urgente, un puntual golpe de Estado los desalojará de la coparticipación del poder en febrero de 1942. El Dr. Juan Andrés Ramírez descubriría entonces la diferencia entre los "golpes buenos" y los "golpes malos", pero no importa ahora si el golpe de Estado de Baldomir que tuvo por ejecutor a un ocasional político salteño abrió el camino a "la democracia", por lo menos tal como el Dr. Ramírez la entiende. En el contexto de los sucesos, el golpe de Estado del 21 de febrero de 1942, casi inmediato a la resolución recomendando la ruptura de relaciones con el Eje, es una operación de limpieza en una lejana retaguardia.

Ni el principio de intervención, ni el de no-intervención fueron necesarios para que la situación quedara claramente despejada ante eventualidades que, por lejanas, no dejaban de ser posibles.

Llegados aquí, es inevitable subrayar la significación de Alberto Guani en toda esta política. Canciller de Baldomir de 1938 a 1942, vice presidente de la República de 1942 a 1946, orientador del Comité Consultivo, el melancólico tenor de sus últimos años, su muerte relativamente reciente, no puede obviar que razones de elegancia eludan el juicio de esta personalidad admirada y vilipendiada. Alma de aguas frías en continente que bien pudiera compararse al de algún cardenal

sibarita del Renacimiento, la imaginación de las gentes y una leyenda difusa le supuso una sonriente y madurada sabiduría vital que no estamos en condiciones de desmentir ni confirmar, pero con la que desentona clamorosamente la espesa, la capciosa vulgaridad de los pocos escritos no oficiales que de él se conservan. Era posiblemente un escéptico de todo y entre ese todo de las grandes palabras a las que parecía servir. Pero era especialmente un escéptico de nuestras posibilidades nacionales (no estaba, sin duda solo y no le faltaban razones); un escéptico de cualquier posible destino uruguayo que no fuera formar en la comparsa de los poderosos. Pero ese escepticismo tenía una fisura. Era la creencia en el papel estelar que a Alberto Guani, canciller de hierro de una desvaída y comarcal nación del Suratlántico le cabría en la historia de la guerra Mundial II. Penosa excepción.

Presencia de dos corrientes

Si, como al principio se afirmaba, sólo examinamos a lo largo de la Guerra Mundial II las actitudes de la política exterior uruguaya, el panorama que con ellas se construya resultará de una ilevantable parquedad. Porque esas actitudes tuvieron actores humanos, hombres o grupos que las impulsaron o resistieron, y esos actores se movieron a su vez, no tanto por intereses o dictados más o menos fortuitos como al compás de ciertas corrientes de ideas, de acción, de opiniones. Fueron esas corrientes las que más allá de una ideología definida, dictaron u objetaron esas actitudes; son esas corrientes las que las hacen inteligibles, significativas, materia histórica en fin.

Dos, creemos, fueron las fundamentales. La realidad es siempre dualista y en períodos de lucha enconada lo es hasta con furia.

La primera, que dominó por aquellos años y domina aún, dio primero la pauta de nuestra aliadofilia pero marcó después también los pasos de la conducta exterior de la República hasta hoy. Para comenzar con su configuración, podría decirse de ella que responde al diagnóstico de "lo colorado" (también de "lo batllista") en su acepción de "moderno", según ciertos diagnósticos histórico-culturales recientes.

Para ella la hechura de lo histórico es la racionalidad universal y la forma eminente de actuación de esa racionalidad es la "ideología". Todo lo que viene del pasado, todo lo que sobrenada en el presente en términos de contrastes, afinidades o intereses no investidos de su imaginaria universalidad es simplemente la materia blanda que el mordiente ideológico debe eliminar. Es indiferente que esa materia sea la de afinidades históricas, geográficas o económicas, contrastes del mismo orden, apego a la propia entidad, intereses contrapuestos, simpatías o adversidad de orígenes, lazos de vecindad.

Ocurrió que esta ideología fue la democrático-liberal con algunas vetas socializantes. Lo explicaba la dialéctica política de los años precedentes y la implícita filiación doctrinaria del país. Inscripta en creencia en las ideas de tipo iluminista, la democracia lo fue todo para esta posición y no hubo teórico ad-hoc del sistema que no lo identificase con todas las dimensiones posibles. Un poco más que un instrumento de control político, un poco más que una forma de organizar el Estado, un poco más que un estilo de convivencia social, la democracia fue convertida en una filosofía de la vida capaz de integrar religiones y culturas en los moldes de una síntesis definitiva. La nacionalidad abandonó como incómodo su lastre concreto de tierras y tiempo y destinos de seres vivos y concretos y se identificó con "la idea", con la Democracia, sin más ni más.

La propaganda de la Defensa Nacional no argumentó, como es regular, la necesidad de defender el país sino la Democracia contra "el totalitarismo nazi" primero y el "totalitarismo comunista" ahora. (Todavía el año pasado andaban por las paredes carteles de ese tenor.) Como la ideología apostólica vive desde el presente hasta su encarnación en el futuro, todo lo que surgía del pasado o de situaciones ya estabilizadas fue pasado por alto. La solidaridad rioplatense, por ejemplo. Los orígenes hispano-latinos. La comunidad social con la República Argentina, esa identidad que en tantos extremos nos hace dos Estados de una sola nación. La peripecia común de naciones hispanoamericanas y su condición de objetos seculares de un proceso de expansión imperia lista protagonizado por las mismas naciones cuyo triunfo se identificaba con el auge de la ideología.

La corriente resistente

Según los planteos a que aludíamos, la otra corriente podría ser identificada con el modo temperamental y es indudable que, si bien mientras los grupos doctorales "antipersonalistas" de ese color se inclinaron en masa hacia la vertiente anterior, el sector del Partido Nacional dirigido por Herrera la representó más efectivamente que cualquier otro. Tampoco, sin embargo, esa corriente dejó de señalar su influencia en grupos bastante diversos y creo difícil negar, por ejemplo, que marca buena parte (ya veremos con qué complementos) de la posición internacional que por años ha sido expuesta en este semanario.

Podría decirse de esta actitud que también es otra "ideología" y esa afirmación sería verdadera dentro del margen, inevitable en nuestro tiempo, en que todo conjunto de posiciones tiende a organizarse en un sistema coherente en un orden racional. Con todo, si una ideología fuera, también su tinte "antideologista" fue inequívoco.

Porque es el caso que, enfrentada con la homogenización doctrinal que los años de la Guerra aparejaron, la primera reacción de esa posición fue un instintivo descreer en las ideologías o, por lo menos, afirmar su relativismo. Podrá alegarse aquí que también actuaban en esa posición hombres y grupos que creían en los argumentos totalitarios, y los sostenían. Pensamos, con todo, que hoy, a dos décadas de distancia, resulta indiscutible que esos núcleos y esos hombres constituyeron algo episódico; pensamos que las razones concretas del enfrentamiento y la resistencia estaban más allá de su alcance, por lo que no fueron, en lo sustancial, determinados por ellos.

Cuando se descrece en las ideologías y en este caso en la ideología demoliberal con todas sus contingencias, es porque se descrece en las ideas como instrumento racional de decidir de los sucesos y de ordenar el rumbo de la historia. Pero es también porque se ve en las ideologías, cualesquiera ellas sean, simples máscaras de la voluntad de poder, simples portavoces de intereses, ya sean estos nacionales o de clase. Tal actitud puede tener un lejano, aunque cierto, abolengo maquiavélico; puede nutrirse también de las afirmaciones de Marx y

de su descendencia. El sustrato de la postura uruguaya resistente parece haberse sustentado en la primera vertiente y aquí nos adherimos a las agudas observaciones de Arturo Sampay sobre la influencia de Maquiavelo en Herrera. Se vio pues en la ideología democrática incondicionada la máscara de la voluntad de poder, la decorada coonestación de intereses nacionales empeñados en una lucha a muerte por su supervivencia. En la larga polémica de esos años, no careció, sin embargo, de excepciones, esa imputación monolítica a los "intereses nacionales" y la posición de *Marcha*, agreguemos todavía, fue mucho más capaz de discriminar entre una colectividad y los sectores privilegiados que la conducen.

Como no podemos ser minuciosos, pasemos entonces a que compensando esta descreencia en las ideologías, la posición resistente proclamó la primacía de lo tangible, de lo propio, de lo probado, de lo próximo. De la Historia, de la Geografía, de la Economía y hasta de la Biología. Sostuvo "el egoísmo sagrado" de la propia entidad nacional, la primacía de los concretos intereses uruguayos. Afirmó el valor de las afinidades de raza, de origen, de situación geográfica, de vecindad, de estilo de vida. Creyó que las situaciones de preeminencia y de subordinación que vienen de la entraña histórica no se borran con las palabras ni las promesas, que las contricciones de una conciencia nacional inquieta, los apremios del peligro y los artilugios de la propaganda puedan suscitar.

Este conjunto de determinaciones configuró para esa posición lo que puede llamarse "lo permanente", las líneas firmes de un contorno nacional nada fácil de cambiar.

Cada actitud uruguaya debía sopesar para ella las exigencias de ese contorno y contrastarlas con aquello que pudiera no pasar de ser pura alienación, novelaría.

En términos nuestros, defendió entonces la solidaridad regional del Río de la Plata, de lejano abolengo artiguista, la identidad del destino sudamericano, los vínculos raciales e históricos de lo hispánico y lo continental, la persistencia de los impulsos hegemónicos de los imperialismos y muy especialmente del estadounidense.

Su descreencia en las ideologías le hizo hostil a todo el maniqueísmo reinante, a toda discriminación mundial, continental o regional

en buenos y malos, justos y réprobos, absueltos y condenados. Se negó entonces a una división de pueblos y de gobiernos de acuerdo a tales categorías, resistiendo con todas sus fuerzas las tentativas de intervención que ya por vía directa, ya por la del "no-reconocimiento" fueron lanzadas. Si veía en cada pueblo, (con un respeto de raíz romántico-historicista) un desarrollo interno incondicionado, que no podía ser objeto de juicio; si veía lo precario de toda clasificación ideológica, es lógico que sostuviera los que pueden ser considerados los dos corolarios de esa actitud, esto es: la amistad indiscriminada con todos los pueblos, naciones y regímenes como norma única; el derecho de cada pueblo, en cualquier instancia, a darse el gobierno que desea. Y si a esto se atiende tampoco deja de ser lógico que considerara una limitación de ese derecho todo juicio exterior de si es realmente cada "pueblo" el que se lo está dando a través de su efectivo deseo o si se le está, simplemente, imponiendo. Pensaba en esto, no sin lógica, que tal discriminación era, justamente, una vía intervencionista, el principio inexorable de la imposición que se quería condenar.

A quince o veinte años de distancia puede, tal vez, juzgarse con relativa equidad el conjunto de actitudes que hemos tratado de dibujar. Con pasajeras disidencias, el sector nacional del herrerismo lo sostuvo con tenacidad ejemplar y contra todas las presiones hasta el punto de costarle su defenestración del gobierno de 1942 y cinco años de propaganda comunista de "Herrera a la cárcel". Pueda decir alguien que no pertenece a ese grupo político, que tal actitud resguardó valiosas posibilidades uruguayas y que defendió de una homogenización masiva, rasgos diferenciales y sustanciales corduras. Que tuvo también sus limitaciones, sus manquedades parece evidente. La misma preeminencia que lo cercano y lo experimentado tuvo para ella, debió pagarse en peligrosas desatenciones.

La que tuvo hacia la creciente interdependencia de todos los acontecimientos universales, hacia la ilimitada repercusión de cada uno de ellos sobre el orbe entero es, creemos, la más grave. Estos nuevos fenómenos, siempre acelerados por el desarrollo técnico que empuja el mundo, hicieron, "pari-passu", más inexcusable una actitud moral que no nace con ellos pero a la que ellos insuflaron ur-

gencia. Es la responsabilidad (se sea o no sartriano, se conciba diluida o brutal) por todo lo que sobre la tierra ocurre. Es el deber del juicio en el que, por lo menos, esta responsabilidad tiene que expedirse. Un juicio ineludible, aunque no sea estentóreo, ni sea tajante (como es el uso nacional y por el contrario conozca la prudencia, las cautelas de una buena información desprejuiciada, la complejidad peligrosa de todo hecho humano. La frase de Herrera, "allá ellos, los amarillos y los rubios del Norte" en ocasión de Pearl Harbor podría valer por expresión máxima de esta postura. Le hizo mucho mal a Herrera y fue una frase infortunada. Pero formaba parte de una posición. De una posición más coherente de lo que se veía por entonces y que no era sostenida, era el caso del emisor, por alguien que fuera un antiestado-unidense apostólico y menos muchísimo menos) un antibritánico del mismo cariz.

En la neta diferenciación entre lo que es permanente y lo que es accidental en la política internacional de un país, podría rastrearse hasta su más hondo calado ese tipo de compromiso entre historicismo y "naturaleza" que es rasgo de muchos estilos de pensamiento. Pero también cabe pensar de esa distinción que no toma bastante en cuenta la movilidad esencial de lo histórico la capacidad de invención, de creación, de libertad en suma, que la historia posee. Si se descartan esta movilidad y esta libertad es falta que las relaciones entre naciones y cada nación misma cuajen en una inamovible significación que las identifica (por debajo de la historia de sus clases, sus intereses y sus ideales) con tal o cual valor, sean ellos la Rapiña, la Libertad, la Cultura, la Democracia o la Fe. Si se prescinde de esa capacidad de invención de la historia, las mismas variantes torrenciales que la técnica impone pueden pasar a nuestro lado sin que seamos capaces de verlas. La solidaridad del Plata, por ejemplo, un argumento rector de aquella postura, planteada en los términos relativamente inmutables de la estrategia terrestre y naval que corre desde la vuelta de Obligado hasta la batalla de Punta del Este puede ser totalmente pasible de revisión en una estrategia mundial de armas teledirigidas.

Un estilo internacional

A la distancia de estos tres lustros, aparece con especial relieve que si la inclinación del país, sus conveniencias y su misma subsistencia le llevaban a embanderarse del lado de las Naciones Aliadas, el lujo de gestos y medios compulsivos que para ello se empleó no obedecía a razones de contralor interno de la opinión pública sino a muy otras razones. Porque si los núcleos resistentes a tal regimentación se hallaban dispersos y ninguno coincidía con las llamadas "fuerzas armadas" (única área medianamente peligrosa) no puede dejarse de pensar que el blanco a que se apuntaba estaba más allá de las fronteras del país. No nos parece dudoso que haber querido (y sin duda conseguido) cargar al Uruguay con un suplemento, aparentemente innecesario, de beligerancia, no fue movido por otro dictado que el designio de convertir al país en un celador bien apostado de la indecisa zona circundante del extremo americano (Argentina, Chile, Bolivia). En último término la tarea no se cumplió eficazmente y nos aparejó prolongadas inquinas internacionales. Es una conclusión a recordar. También a la distancia, resulta hoy que lo sustancial de la posición del país junto a las naciones occidentales y, desde 1941, a la Unión Soviética era justa. Y no porque fuese verdad el "mundo nuevo", el "free world" que en sus banderas tuvieron que inscribir —sólo luchaban a muerte por su supervivencia— sino porque el totalitarismo alemán contenía una dosis de bestial malignidad infinitamente mayor que todas las "místicas" y centralizaciones despiadadas de poder que le precedieron, coexistieron y sucedieron. El país supo olfatearla y no fue pequeño acierto, ya que lo sustancial de esa malignidad se reveló de pleno cuando el interior de las naciones del Eje —y especialmente sus campos de matanza— pudo ser conocido por el mundo. (La propaganda de horrores anterior se parecía sospechosamente a la de la Guerra Mundial I y a la de todas las guerras). Este dinamismo de la malignidad, y en esto también el país estuvo acertado, hacía que los planes de una neutralización mutua de las potencias imperialistas (alguna vez estuvimos adscritos a esa esperanza) dentro de la guerra misma fueran pura ilusión y un contundente vencedor resultara necesario.

Más allá de este acierto, todo el estilo político, internacional e ideológico que lo expresó resulta hoy para muchos algo más digno de olvidar que de recapitular.

Daudet y sus novelas están demasiado olvidadas para que hoy sea comprensible el término "tartarinismo", una palabra que en su época evocó en todo occidental culto la empresa heroica e inocua, la gesta a domicilio, el confortable ensueño hazañoso. Degradación burguesa (en cierto modo) de aquel "quijotismo" que sabía inventar riesgos auténticos, en el tartarinismo incurrimos muchas veces. Todos los uruguayos se sintieron participantes de la guerra, desde la rueda de algún café, desde el banco de algún instituto, desde las tertulias de los "fellows of the bellow". Los proyectos intervencionistas de Guani, las actitudes ante la Argentina resultaban manifestaciones de un doctrinarismo agresivo que se sabía resguardado bajo protecciones tan contundentes e irreplicables cuanto hubiera sido incapaz de enfrentar, a cuerpo limpio del país, mano a mano, las consecuencias de muchos de sus gestos.

El irónico imperativo del "animémosnos y vayan" pudiera aplicarse también a muchas de aquellas denuncias, a muchos de aquellos proyectos. Con un puritanismo democrático bronco y peleador, enjuiciamos gobiernos vecinos de naciones amigas y si no decimos gobiernos amigos de naciones vecinas resulta claro que la prudencia elemental de una nación pequeña y débil obligaba a la sinonimia. Con el mismo puritanismo rotulamos con etiqueta ilevantable gobiernos, personas y procesos. Y también aquí estábamos seguros de tales actitudes y sabíamos que un poder sin contrapeso nos tutelaba. Ante una de estas circunstancias dijo Quijano alguna vez: "Si bien nuestra pequeñez puede evitarnos que la imprudencia frívola tenga respuesta, ninguna condición nos exime del ridículo".

Hace casi un siglo, en su clase inaugural del curso de Derecho de Gentes, Alejandro Magariños Cervantes había enunciado una de las normas que rigieron más tarde nuestra conducta internacional. "Débiles como somos, no nos queda otro baluarte que el Derecho Internacional". Pero el Derecho Internacional en que Magariños pensaba era entonces un conjunto estable de normas detrás de las cuales nuestra discreción podría permitirnos vivir. Ahora ocurría otra cosa muy dis-

tinta y es que en los tiempos revolucionarios en que entrábamos queríamos esgrimir un Derecho Internacional que se estaba inventando como instrumento de nuestra proyección en el mundo, como trampolín de nuestras ansias ilimitadas de figuración.

Confiamos que ese Derecho y la instauración democrática que la guerra traería cubriría con su eficacia y compensaría ampliamente nuestro desdén de las solidaridades históricas, nuestra indiferencia a las afinidades geográficas, nuestras infracciones a esas razones de estilo que imponen conducta mesurada a una nación corporalmente endeble y a esas razones de elegancia que exigen que las grandes potencias saquen las castañas con su mano y no con las ajenas, y al parecer oficiosas, de las que forman en su séquito.

Cuando vinieron tiempos más apacibles, algunas proclividades se borraron.

El puritanismo intervencionista se desvaneció pero no faltó, en su reemplazo, la beligerancia decidida en problemas complejos y lejanos. El advenimiento del Estado de Israel, en 1948, despertó una sistemática adhesión a los postulados sionistas y una hostilidad, apenas disimulada, al despertar de los pueblos árabes. Nuestro oneroso delegado permanente en la O.N.U. encarnó esta posición y la sigue encarnando. Y aunque es indudable que tal postura contaba con las extensas simpatías que la tenacidad y la fe de Israel son capaces de suscitar por sí solas, es indudable también que un factor nuevo, el electoral-interno, pesaba decisivamente en tal conducta. Las elecciones de 1950 marcaron el ápice de la maniobra que, felizmente, se fue embotando más tarde cuando la colectividad hebrea demostró, con mejor sentido que sus aduladores, que su complejidad ideológica la hacía reacia a ser arrebañada en una sola dirección.

También quedó nuestro incontenible deseo aldeano de llamar la atención en las capitales. Cuando en 1946, pese a ser país que había visto la guerra de lejos, objetamos la aplicación de la pena de muerte para los juicios de Nuremberg y distrajimos a las Naciones Unidas repitiendo la cartilla archisabida y pedantesca de los argumentos contra ella: cuando en 1957 el Sr. Tejera conmovió al mismo organismo repitiendo esos argumentos con motivo de la simpática perra Laika, era ese "ego" uruguayo, madurado a través de una década de represio-

nes el que encontraba a través de esos episodios, tan inocuos como grotescos, su deahogo. Pues eran, en realidad, desahogos.

Porque, cuando terminó la Guerra, creíamos que nuestra violenta (aunque incruenta) beligerancia nos haría acreedores al reconocimiento emocionado de los vencedores. Pensamos que seríamos algo así como una Varsovia o una Licide vivitas, manuable y recompensable. Supusimos que Churchill y Attlee, Truman o Eisenhower mirarían enternecidos hacia el Sur y pensarían que allí tenían un país democrático, un país de confianza, un país a mimar.

Bastante abismal fue la desilusión cuando vimos que aquella beligerancia no se traducía, de emisión local, en otras admiraciones que aquellas, que trascienden del lenguaje prefabricado de visitantes o embajadores. Grande fue también la desilusión cuando vimos que las naciones cuya cuarentena habíamos buscado, ocupaban mucho antes que nosotros los puestos más visibles de los nuevos organismos internacionales. Tuvimos un juez en la Corte Internacional de Justicia y le dimos un Secretario a la burocracia ambigua y onerosa de la O.E.A. Poco más.

Y cuando, durante el año pasado, el cacique nativo que nos gobernara por casi una década quiso empinar su estatura, irremisiblemente suburbana, a la Presidencia de la Asamblea de las Naciones Unidas, su candidatura no llegó ni a las conversaciones previas y menos a las votaciones. Se dice que una negativa cortés, no carente de ironía, puso, varias estaciones antes, en su justo lugar, la descabellada pretensión.

La Doctrina Larreta

El conjunto de proposiciones que la cancillería del Uruguay presentó a fines de 1945 a las demás naciones americanas ha sido comentado a menudo en estas páginas desde su planteo inicial hasta posteriores, y muy cercanos intentos de revitalización. Es tradición del derecho internacional en América que toda oferta de normas reciba el título, seguramente excesivo, de "doctrina" y esa suerte fue que mereció la del Ministro de Relaciones Exteriores de Amézaga.

Un panorama de nuestra política internacional uruguaya no puede eludirla, porque si es en su contexto que la doctrina Larreta se ilumina en su verdadera luz y sentido, también es cierto que la nota uruguaya de 1945 culmina ese sostenido estilo internacional que tuvo su origen en los años iniciales de la Guerra Mundial II y que hemos tratado de caracterizar.

Como no nos toca prejuzgar sobre las intenciones humanas, supondremos que el estadista uruguayo que la lanzó creía buenamente suplir con ella una deficiencia del sistema interamericano y poner éste a la altura de nuevos y amenazadores fenómenos político-sociales. Pero el largo trayecto que va de las intenciones a los resultados es tema de algún adagio muy conocido y lo que corresponde entonces juzgar son los posibles resultados de una iniciativa que esporádicamente cobra vida y gana defensores.

La doctrina Larreta se basa, como es notorio, en la innegable relatividad de las soberanías nacionales (usemos la fórmula pretenciosa: en "la caducidad creciente de la forma nacional") y en indisputables derechos que la Sociedad internacional posee. Derechos ante situaciones que pueden comprometer la comunidad de naciones entera; derechos ante lo que dentro de una frontera pueda violentar escandalosamente los presupuestos morales o políticos mínimos sobre las que todas viven o dicen vivir. La doctrina Larreta olfateó habilidosamente cierto aire de "política misional" que el mundo respira desde hace un cuarto de siglo, de esa conciencia de una "misión" que, según Eugenio D'Ors, significa "meternos donde no nos llaman". La practica el comunismo desembozadamente, pese a sus postulados teóricos y también es pasible de recuerdo que para un sector del mundo tan vasto como el católico el principio de la "no intervención" está condenado por su trasfondo filosófico autonomista en una encíclica tan solemne y terrible como el "Syllabus".

Pero la doctrina Larreta, como todo planteo jurídico presuntamente abstracto e incondicionado, pasó por alto muchas cosas.

Pasó por alto, para empezar, que la comunidad de naciones americanas no es la constelación de naciones iguales que la misma idea de comunidad implica sino una desnivelada congregación continental (desnivelada hasta un extremo inimaginable en cualquier otro conti-

mentalismo) entre una "superpotencia", algunas naciones medianas y un cortejo mendicante de infrapotencias.

Durante los años de la guerra, la fuerte perspicacia realista del alemán Karl Schmitt advirtió, con alcance universal, este fenómeno. Poco tiempo después replanteó también el tema, sin falsos pudores, el norteamericano Fox. No se trataba de una simple constatación ni se quedaba en valer por tal; aspiraba a penetrar en las mallas, tan tenues por otra parte, del Derecho Internacional, reclamaba una reclasificación de sus sujetos. Y, aunque seguramente no fueron esas las consecuencias en que Schmitt pensaba, la constitución de las Naciones Unidas, en 1945, con su Consejo de Seguridad, sus miembros permanentes y su derecho al veto, consagró los nuevos y clamorosos desníveis en un documento internacional de vigencia principalísima.

Pero en ningún área mundial, sin embargo, reiteremos, se da este desnivel con mayor nitidez que en el hemisferio occidental y esa tan irremisible situación de hecho, la doctrina Larreta la olvida o elude. "La intervención colectiva", uno de sus tres puntos fundamentales, hubiera sido la intervención real de la superpotencia del Norte, a la que se le daba, con la hipocresía de corifeos siempre dispuestos, un instrumento dignificado de intervención. Todo esto ya lo advertía Quijano, en este *Marcha*, el 30 de noviembre de 1945, y la observación no fue levantada nunca.

Cosa de un año antes, el Dr. Guani, no sin sugerencias ajenas ciertamente, había intentado emplear el instrumento de las Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores para condenar la actitud de Argentina y lograr su expulsión de la Unión Panamericana. Con la doctrina Larreta, sin embargo, culminaba por mano del Uruguay la renuncia a un esfuerzo de medio siglo que había pugnado por arrancar de los Estados Unidos la renuncia total al derecho de intervención. Entre la VII Conferencia Panamericana de Montevideo de 1933 y la VIII de Lima en 1938 se había logrado tal fin y a veinte años de distancia no podemos dejar de pensar en ese triunfo con cierta melancolía y cierto orgullo. Porque si hoy sabemos (y supimos siempre) que evitar la intromisión de una gran potencia es como ponerle puertas al campo (y que la intervención de gobierno a gobierno es en cierta forma la más combatible y benigna) había en aquellos

esfuerzos, de cualquier manera, la intención de guardar un patrimonio, la voluntad de vigilarlo.

El "paralelismo de la democracia y de la paz" y "la protección internacional de los derechos del hombre" eran los restantes principios de la doctrina y traducen una inspiración homogénea, no obstante ser el primero declarativo y normativo el segundo. También puede decirse de ellos que forman parte de ese repertorio de convicciones y propósitos que todos los seres medianamente civilizados, con la excepción de malvados y excéntricos, portamos. Pero tampoco se necesita el hilado fino de los semánticos, apasionados investigadores de la fundamental ambigüedad del lenguaje político, para saber que cuanto mayor y más ancha es la deliciosa unanimidad que un principio suscita, mayores son las vías por donde lo contingente y lo ambiguo de toda realidad lo maltrata, lesiona, falsifica. El "hombre común" quiere seguridad y libertad y paz bajo todos los cielos, pero ¿en qué nación occidental u oriental gobierna "el hombre común" y en cuál no está manejado, y estrujado, por equipos, oligarquías o castas —como quiera llamárselas— económicas, políticas o militares? Y, si a pesar de sonar a pedantería, también es inevitable recordar que hay tantas concepciones de la democracia y de la paz y de los derechos humanos como ideologías se mueven y pugnan en el mundo (y tantas también como ellas las diferentes sensibilidades para sus eventuales quiebras) una sola conclusión, no por demasiado repetida, se impone. Es la del contraste entre la rigidez y la explosividad de cualquier medida de "intervención multilateral" o "colectiva" (que en la práctica se sabe sería otra cosa) y la desesperante imprecisión de las situaciones que podrían ponerla en movimiento, hacerla efectiva.

Las ideas de la "derecha liberal panamericana" tienen su cuadro particular de infracciones y tiene, especialmente, sus derechos y libertades predilectas. En algunos casos, es cierto, prácticamente todas las posiciones latinoamericanas pueden coincidir con ella. Las dictaduras patrimoniales del área caribe son ejemplo intergiversable de lo que todos repudiamos pero si se analizan otras actitudes de ese "neoliberalismo" que es el propulsor de la doctrina Larreta y que ha dominado los últimos veinte años de nuestra política internacional, se advierten posturas mucho menos unánimemente compatibles. Sin entrar a

análisis de detalle digamos que, y por distintas razones, son las asumidas ante Bolivia, Colombia, Paraguay, Argentina y más recientemente Cuba.

Un estudio de cada una de ellas nos llevaría a la conclusión que en otra parte debíamos desarrollar y es la de que esa derecha neoliberal profesa una concepción de la democracia, los derechos humanos y la paz que no difiere sustancialmente de aquella que las clases dirigentes europeas y las clases medias coloniales progresistas tenían hacia el principio de siglo. Una concepción en suma "particular", una "perspectiva" de ciertas realidades que sólo una generación ilegítima, ingenua o dolosa, puede identificar con toda concepción o perspectiva posibles.

Y ocurre entonces que este instrumento intervencionista que la doctrina Larreta hubo de crear, y aun no sería improbable que fuera creado, pudiera servir para barrer demasiadas cosas. Para barrer, por ejemplo, esas repulsivas dictaduras patrimoniales cuya caída sucesiva el continente entero festeja. Pero pudiera servir también para herir otros regímenes, otras corrientes, otras tendencias.

Los adjetivos "nacional" y "popular" han sido demasiado vilipendiados a través de dos años de la triste Argentina actual para que pueda usárseles por mucho tiempo. Pero es indudable que desde 1945 hasta hoy, están apareciendo en Latinoamérica movimientos nacionales que, con todas las imprecisiones, infidelidades, heterogeneidad y cautelas previsibles, merecen esos adjetivos. Tuvieron por precursora la Revolución mexicana de 1910 o por lo menos sus mejores, sus más frágiles aspectos. La actual revolución cubana puede ser ejemplo excelente de ese ritmo, de aquellos impulsos, de aquellos peligros.

Y aquí cabe afirmar, sin hipocresía pero con necesidad, pues no hemos encontrado el argumento en ninguna de las críticas que la doctrina Larreta ha merecido, que es ante estas realidades nuevas que su peligrosidad fundamental se pone en descubierto. Porque lo cierto, lo intergiversable es que vistas desde fuera y para la mirada gruesa las revoluciones nacionales y las dictaduras patrimoniales pueden parecerse demasiado. Y la causa de esto no es esotérica. Una ideología como la del neoliberalismo panamericano proclama con fácil generosidad derechos y libertades abstractas y universales. Pero lo efectivo

es que sólo asegura aquellas que más le importan a los sectores que por determinada situación económico-social están en condiciones de ejercerlas. Tal el caso, por ejemplo, de la libertad de prensa, del derecho de propiedad, del derecho a la organización de partidos.

Se está viendo todos los días como se entienden en Latinoamérica y en los Estados Unidos algunas de estas y otras libertades.

Cómo entendieron los derechos de propiedad, por caso, de la "United Fruit", violados en Guatemala, los grupos dominantes del hemisferio. Cómo están en vías de entenderla, o lo desearían, sin el control político, en la coyuntura de la reforma agraria cubana.

Pero si algún ejemplo es ilustrativo entre todos es el de la "libertad de prensa". Es el de cómo entiende esta libertad el poderoso y turbio grupo de la "Sociedad Interamericana de Prensa". Cómo identifica esa libertad y la convierte en piedra de toque de un régimen "democrático" (el resto de la sociedad sin expresión, los diarios pobres no importan) con la irrestricta existencia de los grandes leviatanes periodísticos. Cómo defiende, en fin, el núcleo de privilegios que hacen de esa docena de diarios americanos un fenómeno impar de retribución económica y espiritual (la buena fama y los millones casi nunca andan del brazo). O un estuario, dijéramos, en el que se encuentran el negocio sabrosísimo con el instrumento de influencia, de honor, de prestigio.

Toda esta situación, su precariedad y su radical injusticia no la ignoran los beneficiados en caso de amenaza y no es un tiro al aire el que lanzara hace pocos días el argentino Gainza Paz cuando, desde lo alto de su presunción multimillonaria miraba hacia La Habana y advertía a "los aspirantes a dictadores".

Y si ello es así, es también posible que por eso mismo, si se prescinde del sentido y dirección de los actos políticos concretos, esa identificación de que hablábamos pueda convertir a cualquier forma de intervencionismo en un instrumento demasiado indiscriminado.

Porque el caso es éste: la intervención unilateral o multilateral podría ser eficaz instrumento de sanción contra esas aborrecibles tiranías supérstitas que todo el continente desprecia. Pero también podría ser arma dirigida contra todos los movimientos que, al sesgo de las convicciones del equipo neoliberal, busquen a su modo, inexorable

modo, la promoción de los pueblos de Iberoamérica. Para la mirada que ve largo y hondo en el continente no resulta discutible que, si no hemos de ser como el gato de Shakespeare que quiere la sardina pero no mojarse los pies, sacrificios muy largos y duros nos esperan. Si; al modo argentino, no optamos por abrir el país al dominio de los consorcios internacionales, el prospecto unánime de ascenso de nuestros niveles de vida y su único instrumento posible de capitalización masiva tiene que implicar constricciones, restricciones de los grupos dominantes, dureza, fe inflexible. Muchas experiencias universales nos lo están señalando y la misma actitud de los núcleos filo-intervencionistas ante ellas, nos dice dónde está el peligro.

En busca de una conducta

Cuando estalló en 1939 la Guerra Mundial II, hacía más de medio siglo que el Uruguay vivía abrigadamente en la gran cavidad materna del orden mundial británico. Los vientos del mundo llegaban hasta ella, pero tamizados. Los problemas del destino americano sólo eran tema de especulación o de retórica: nuestra lejanía de las zonas del Caribe nos resguardaba de las más crudas experiencias que nuestro continente conocía. El reemplazo de Londres por New York como metrópoli prestamista, las restricciones comerciales y cambiarias a partir de la crisis de 1929, el avance comercial alemán desde 1934 fueron apenas las olas que rizan la superficie de una masa honda e imperturbada. Pese al asalto de las nuevas fuerzas (aunque muy abatido y precario) sobrevivía un sistema internacional relativamente estable y en la Sociedad de Naciones, entre otros estados fieles, el Uruguay le había prestado un apoyo sin pausas. Situados en condición periférica a las más gruesas, gravosas y dramáticas determinaciones de lo americano, al tiempo que habíamos cumplido sin tropiezos nuestra misión de "estado-tapón", pudimos secundar en los organismos colectivos hemisféricos ese período de relativa estabilización que fue la "good neighborhood" y que se confirmaba en el otro equilibrio mundial de las esferas de dominio de las dos potencias anglosajonas.

Al salir de la Guerra, en 1945, no creemos aventurado sostener que la convicción de que ese equilibrio estaba despedazado, caló hasta extremas honduras del subconsciente nacional. Cuando, en marzo de 1944, se elevó a Embajada nuestra legación en Gran Bretaña hubo discursos en el Senado. El folleto que los recogió es sumamente ilustrativo porque no falta en ninguno de ellos ese trémolo de angustia, de incertidumbre por lo menos, de aquel que contempla un cabo salvador escurrírsele de entre las manos.

Y más tarde todavía, cuando tras el envío de la misión Gallinal a Londres en 1948, se nacionalizaron en 1949 los gravosos ferrocarriles que Inglaterra nos dejó, tampoco sería excesivo ver en este episodio algo así como la ruptura de un cordón umbilical, algo así como el envío que nos dejaba, desnudos y berreantes, en la intemperie del mundo.

El advenimiento del peronismo, casi simultáneo a la ya examinada doctrina Larreta fue para el Uruguay el primer gran presente inmediato de esa postguerra tan idealizada hasta poco tiempo antes, tan hosca cuando vino. El peronismo planteó a la línea nacional uruguaya un desafío estruendoso por su calidad irrecusable de vecino y por todas las implicaciones que esta calidad aparejaba. Ese desafío a veces hizo bajar nuestros fuegos; otras los avivó, dándole al país el delicioso "frisson nouveau" de estar enfrentando riesgos reales. Nada pasó, sin embargo, de las protestas de Buenos Aires, en 1952, ante el empleo de un mapa de las Malvinas en un tratado de rutina con Inglaterra, de las tentativas de 1955 por redefinir los derechos del exiliado y la figura de la excitación a delinquir, de las dificultades aduaneras de 1953-55, de un Punta del Este semivacío, de los clásicos de Enero y de las peleas de Dogomar Martínez.

El intervencionismo de Guani, concebido en la forma de Consultas previas de Cancilleres para el reconocimiento de ciertos regímenes, había estado dirigido contra situaciones que ponían en peligro, o así se suponía, la tan cuidada solidaridad americana. Todavía en junio de 1948 y por intermedio de su embajada en Buenos Aires, el Uruguay lanzó de nuevo la idea de esas consultas respecto al reconocimiento de gobiernos nacidos de cuartelazos (Perú, Venezuela). La propuesta no tuvo andamio y era difícil que pudiera haberlo tenido, ante fenó-

menos que si importaban un asalto al poder en su forma más desembozada no comprometían esa "solidaridad americana" que los asaltantes eran los primeros en proclamar. Así, aunque a regañadientes, tuvo el país que reconocer en 1952 la vergonzosa situación de Venezuela, apelando a los argumentos clásicos de la "efectiva autoridad" y "la capacidad y la voluntad de cumplir las obligaciones internacionales".

Entre 1945 y los años que corren, si hemos de atender a los trazos más gruesos, y como un móvil que se mueve a un impulso ya dado, la política externa del Uruguay continuó registrando los rasgos que adquiriera en el período anterior. Quiere esto decir que continuó asumiendo, aunque con creciente menor convicción el papel de cruzado de las formas democráticas en Hispanoamérica; quiere también decir que siguió marcando el paso de la coordinación interamericana; significa, por fin, que hubo de alinearse, y lo hizo, en la decalización mundial de la "guerra fría".

Por una parte, concurre en 1945, a Chapultepec, donde se echan las bases de la O.E.A. En 1947 asiste a la Reunión de Janeiro que prepara el Tratado Interamericano de Asistencia recíproca que aprueba el año siguiente. En 1947 envía una brillante delegación a la memorable IX Conferencia Panamericana que conoció el tremendo "bogotazo" de la muerte de Gaitán y participa allí en la aprobación de algunos documentos más aparatosos y vanos de la historia del panamericanismo: la Carta Americana de los Derechos y Deberes del Hombre, la Carta Interamericana de Garantías Sociales, el Tratado americano de Soluciones Pacíficas, la Carta de la Organización de los Estados Americanos, en fin. (Recién aprueba alguno de estos documentos en 1955.) Asiste también a Washington, en 1951 (Cuarta Reunión Consultiva de Cancilleres).

Mientras tanto y al ritmo de la división del mundo, el país asumió, solidariamente con otras naciones latinoamericanas, las posturas occidentales.

En 1943 el Uruguay había reanudado con la Unión Soviética las relaciones que estaban rotas desde 1938. En 1945 envió allá a Emilio Frugoni. En 1946 reconocimos a Bulgaria, sólo diez años después lo haríamos con Hungría. En 1946 secundamos la cuarentena diplomática decretada por la O.N.U. contra Franco. Fuimos una de

las últimas naciones latinoamericanas en acreditar Embajador en Madrid. En 1947 adherimos a U.N.E.S.C.O. creada meses antes y el mismo año aprobamos los convenios financieros y monetarios de Breton Woods que implicaban la creación del F.M.I. y la del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. En 1948 reconocimos con júbilo una nueva nación: el Estado de Israel; apoyamos desde entonces, con fervor latino, el ingreso, logrado más tarde, de Italia en la O.N.U. y desempolvamos el mismo fervor (lo hace periódicamente el Embajador Sáenz) para expresar nuestras simpatías a las aspiraciones francesas a "la grandeur".

También seguimos la línea dura occidental y, paulatina y silenciosamente, despoblamos nuestra representación en la Unión Soviética (aunque esto no pareciera más que multiplicar el entusiasmo soviético por acrecentar la suya entre nosotros). En 1952 la llegada de un nuevo Ministro de la U.R.S.S. provocó una interpelación en el Senado en 1956, secundamos el repudio del mundo ante la masacre húngara, con un empuje de unanimidad y una seriedad que sólo maculó el gesto —"tartarinesco" saliendo de nosotros— de pedir "sanciones contra la U.R.S.S."

En el plano mundial, entonces, los acontecimientos (salvo una excepción que marcaremos) parecieron lo bastante unívocos como para que ningún fundamento tuviera que ser revisado. Fue, en cambio, en el orden americano, en el que el trueque de impostación, desde la beligerancia a la incertidumbre rompe, desde entonces, los oídos.

En 1953 el Poder Legislativo aprobó el Convenio de Asistencia Militar entre el Uruguay y los Estados Unidos, firmado en julio del año anterior por Martínez Trueba y Dupetit Ibarra. La aprobación estuvo sin embargo precedida por un laborioso proceso durante el cual, por primera vez, se planteó una disidencia nacional en política exterior que caló hasta estratos más hondos que los habituales. El debate pareció un diálogo de sordos y ya en esto fue expresivo. Mientras los objetores partían de postular la deseable conducta del país en el juego de las tensiones mundiales y, no sólo la efectividad posible de nuestro entrenamiento militar sino también la deseabilidad de su uso, los defensores poco pasaron de invocar, con cierto ademán fata-

lista, los instrumentos ya firmados y su condición de premisas que nos empujaban el corolario del nuevo compromiso. El Tratado Interamericano de asistencia recíproca, el mismo convenio de 1951 sobre instalación de una misión aérea en nuestro territorio, habría sido los pequeños pasos que nos empujaban a este otro, mucho más grande.

Cierto visible malestar que no estaba limitado a los sectores del país que eran tradicional y aun profesionalmente antiyankis, aumentó al año siguiente; 1954 fue el año de la X Conferencia Panamericana de Caracas y su famosa declaración anticomunista, condena implícita de Guatemala, que el delegado uruguayo Justino Jiménez de Aréchaga dijo haber "votado con pesar". La reacción popular latinoamericana ante la liquidación del régimen guatemalteco está demasiado fresca como para que sea preciso evocarla. Desde los estremecidos días de la Guerra española, en 1936, desde el trágico 1940, ningún acontecimiento movía tan revulsivamente la entraña de los sectores no oficiales de Latinoamérica. Haya sido o no alentado por el comunismo (que no carecía, por cierto, de contactos con el núcleo gubernativo desalojado) la amplitud de la reacción desbordó, con mucho, todo lo que la agitación soviética pudiera lograr.

Era, literalmente, el poniente melancólico de las "cuatro libertades" de 1942 y la primera vez que nuestros países rechazaron con gesto decidido la primacía, tan circunstancial como absoluta, de los argumentos de la defensa estratégica mundial contra el comunismo sobre las necesidades de crecimiento, promoción y justicia, para muchas de nuestras naciones tiranizadas y mediatizadas.

Ya es otro el estilo uruguayo, cuando en setiembre de 1956 la nueva Argentina pro-británica propone al Uruguay y al Brasil el Pacto del Atlántico Sur. Todo se diluyó, como se sabe, en vagas declaraciones militares y habiendo bloqueado Brasil la tentativa de Buenos Aires, tal vez por primera vez en muchos años nuestro país se sintió en la posición incómoda de haber perdido su respaldo y estar sin saber cuál elegir (las dos eran "democráticas" ahora) entre sus hermanas mayores.

Estos hechos (Pacto Militar, Guatemala, gestiones en el Atlántico Sur) marcan, es nuestra convicción, el punto cenital de la perplejidad internacional del país. Una perplejidad de la que no era imposi-

ble salir pero que tampoco por entonces (y aún ahora) se confina al área concreta de lo americano.

Es notorio, por ejemplo, que el Uruguay (oficialmente) no sabe qué pensar de la rebelión de las colonias, ni sabe qué actitud tomar ante esta asunción del nivel histórico con que vastos sectores del mundo llegan a su mayoría de edad. No sabe, en suma, cómo juzgar esta insurgencia, en la que el mismo país, naturalmente a su modo, también está comprometido. En la misma Asamblea de las Naciones Unidas de 1958 en que Mario Amadeo expresó la simpatía de las naciones americanas por la lucha argelina, nuestro delegado Carbajal Victorica no perdió la ocasión, para ofrecer, en un largo y difuso discurso, la consabida cartilla uruguaya —a franceses y argelinos— sobre lo que es democracia.

Hasta entonces, y es una causa evidente de la nueva perplejidad, el Uruguay había contado con la acción mundial solidaria de los Estados Unidos e Inglaterra y aunque los últimos ocho años no han terminado de abrirles los ojos a las clases directoras del país, la enconada lucha angloamericana en torno a la Argentina y al Medio Oriente, con el episodio de Suez en 1956, ya es algo que entra, aunque borrosamente, en su percepción. Siendo, como es, el proceso de emancipación colonial un campo predilecto de esa lucha, en complicación triangular con la U.R.S.S., es explicable el tono incierto de la posición uruguaya, que tanto nos trae el recuerdo de las tajantes actitudes del ayer.

Las dos Conferencias Económicas de Buenos Aires (la última en mayo del corriente año), la reunión informal de cancilleres en Washington de 1958, señalan a nuestro parecer, y culminamos con ellas este desarrollo, el advenimiento de un nuevo planteo internacional.

Hace dos meses apenas, tuvo que crearse un Banco Interamericano de Fomento y aunque su capital sea exiguo para las necesidades que debe cubrir y su radicación norteamericana mantenga los rasgos de esa centralización que remonta a 1889, el síntoma no es irrelevante. Todo el mundo sabe que si el Banco fue creado ello se debió, pura y exclusivamente, a que su postergación hubiera significado una catástrofe en las relaciones interamericanas. La situación paradójica que aquí comienza a dibujarse es la de que, justamente cuando pueden

considerarse completos los instrumentos jurídicos del sistema panamericano, el trato entre los países que lo integran haya asumido, inesperadamente, una tonalidad de insurgencia, de interpelación, de amarga protesta.

Los reclamos y los reproches comienzan a aparecer en las entre-líneas de los discursos confraternales; otros saltan a las líneas mismas y las ironías de pasillo se enriquecen con la frase de que "no somos bastante comunistas para que nos ayuden". Y tan similares son esos reclamos, esos reproches que puede decirse que aquel postulado anti-imperialista de que todas las naciones iberoamericanas solidarias dialogaran bilateralmente como un todo, con los Estados Unidos, tiene en ese estilo su primer vía de realización.

Sabemos cuáles son esos reclamos. Una generosa política de desarrollo económico. Una contribución sustancial al ascenso de nuestros niveles de vida, a nuestra industrialización. Un "nuevo trato" equitativo a nuestras materias primas, una estabilización de sus precios, una relación no siempre desventajosa entre esos precios y los de los productos industrializados. Cesar, en fin, con el apoyo indiscriminado a todos los gobiernos obsecuentes de Washington y enemigos de sus pueblos. Cortar la corriente de armamentos, inútiles en una estrategia mundial de "tocar botones" y sólo manejables para la represión interior. No sostener, por los mil medios en que esto puede hacerse sin escandalizar a los internacionalistas, a los dictadores de paz y palo y mucha "libre empresa".

Conocemos también cuáles son las réplicas posibles: respeto por los Estados Unidos al principio de no-intervención; exigencias de los productores internos; omisión hispanoamericana en poner orden en las respectivas casas; inclinación incoercible por nuestra parte a remendar con inflación los bajos índices de trabajo, la indisciplina social, el burocratismo inepto, el despilfarro legalizado, el cinismo de los equipos gobernantes.

No se trata aquí de examinar unas y otras ni de ver en qué diferentes niveles unas y otras pueden ser juzgadas desde un ángulo liberal, uno marxista, uno nacionalista. Sólo importa aventurar que

en este tocar tierra con los problemas concretos de Iberoamérica se encuentra tal vez, el fin de la perplejidad que señalábamos, el inicio de un diálogo franco (sin mieles, sin acíbar) con los Estados Unidos; los comienzos, sin duda modestos, de una política menos mediatizada.

LAS DOS DIMENSIONES DE LA DEFENSA DE PAYSANDU

A la memoria de José Hernández
que quiso defender a Paysandú
pero llegó tarde.

I

El 2 de enero de 1965 se celebrarán en Paysandú diversos actos conmemorativos del centenario de la caída de la plaza en manos de las fuerzas de Flores y Tamandaré y del fusilamiento de Leandro Gómez y sus compañeros. Se ha anunciado que se oficiará una misa, que se realizará un desfile, que —como es previsible— se pronunciarán numerosos discursos. El 2 de enero —también— la prensa blanca recordará (emocionada) el hecho y seguramente José Monegal le dedicará una enésima nota de su interminable serie sobre la Historia del Partido Nacional. Y si se reuniera el Senado ocurriría una nueva vuelta de la polémica oral entre Haedo y González Conzi. El 2 de enero —también— como desde hace tantos años, correrá, importantísima, desde Camino Cuchilla Grande hasta el Palacio Legislativo, la Avenida General Flores. Y, desde la Rambla Portuaria a la Rambla Sur, la calle Bartolomé Mitre. El 2 de enero —también— seguirán en su ritmo suburbano, en su empedrado modesto, las callecitas Leandro Gómez, Lucas Píriz, Emilio Raña, Comandante Braga, todas ellas confinadas, como por mano de una voluntad irónica, al ambiguo prestigio de la vecindad del Parque Central.

Y eso será todo. La Comisión de próceres y descendientes designada por el Ejecutivo para preparar el problema de las fiestas no parece haber tenido gran imaginación. El traslado de los restos, el mausoleo saldrán —como casi todo— a deshora. Si es que salen. Ciertamente es que la fecha no puede caer de modo más desafortunado. Entre las dispepsias del pan dulce y el mal champán. Entre los aguiñaldos por cobrar y el inminente veraneo, para casi todos difícil.

Hay también razones más profundas. Si a las celebraciones del Centenario se les ha dado carácter municipal —y no digo que

espeso— es porque no se les ha querido dar carácter partidario o carácter nacional. Acontecimiento zarandeado entre los dos partidos tradicionales, como todos los de nuestro pasado. La Defensa y rendición de Paysandú ha merecido, sin embargo, del lado colorado, elogios y hasta admiraciones que ningún otro ha suscitado. Esta circunstancia parecería ofrecer pie a la actitud que configuran las palabras del Ministro de Instrucción Pública al inaugurar los trabajos de la Comisión organizadora (diarios del 15 de abril del cte. año). Según ellas, Paysandú constituye una gloria nacional y no el fasto de un partido, lo que sería posible afirmar —siempre a estar al texto— trayendo a colación una larga serie de gestos colorados de reconocimiento hacia hombres y figuras del bando opuesto. En su buena y cordial intención, las palabras del Ministro parecen haberse salteado la no pequeña distancia que media entre que A. reconozca un mérito de B. y B. decreta que A. debe compartir y reconocer sus merecimientos. El sectarismo partidario ha decidido que no poseamos los uruguayos otro plano de concordia histórica que el artiguismo (lo que no es poco) y ampliar ese plano, o multiplicarlo, no resulta cosa que quepa en los alientos del presente país oficial.

II

La cuestión, con todo, merece ahondarse todavía. Si, muerto Herrera, el Partido Nacional no sabe qué hacer con su pasado, salvo poner los ojos en blanco y decir que fue heroico y, si la nación misma no es capaz de “tener un pasado”, es porque ni uno ni otra parecen tener un futuro. Claro que los términos de esta proposición, tan aparentemente provocativa, merecen una aclaración. Cuando me refiero a “un pasado”, entiendo por él algo de lo que T. S. Eliot llamaba “un pasado útil”, es decir: inteligible, capaz de sustentar, de dar sentido, a una faena histórica y nacional proyectada hacia adelante. Cuando digo “un futuro”, mento una cosa distinta a esta mediocre certidumbre de seguir vegetando como colectividad, a este tembloroso subsistir de dos millones y medio de existencias individuales, a esta gris, tenue esperanza en un “desarrollo” que sabemos no ser capaces de promover, que descreemos (felizmente) que alguien nos lo obsequie.

(-----)

III

Cuando aclaraba que lo que no teníamos era un “pasado inteligible”, sabía, perfectamente, que ésto, a su vez, podía exigirme una nueva aclaración. Y para poner un ejemplo, ninguno mejor que el que ahora me ocupa.

Como de otros períodos de nuestra historia, y aunque subsistan oscuridades —sobre los gobiernos de Berro y de Aguirre, sobre la invasión de Flores, sobre los dos sitios de Paysandú se posee un respetable caudal de hechos bien establecidos. Tiene un variable significado político, social, internacional, militar, psicológico. Cierta tipo de historiografía —y la de esta conmemoración pertenecerá casi toda a ella— se atenderá a estos hechos y a esos estrictos significados. Enseguida trataré de resumir lo que alegará, pero, antes de hacerlo, me adelanto también a señalar que negará como lo hace siempre —con displicencia, con sorna, a veces con odio— todo otro significado más amplio, más lato, más ambiciosamente esclarecedor. En el espectro de la historia se toma cierto meridiano de fenómenos. Y se deja —o se declara ilegítimo— todo lo que queda a sus costados: la micro-historia y especialmente la macro-historia (o lo que suele llamarse erróneamente “filosofía de la historia”).

Pero el tema daría para mucho. Vayamos a lo nuestro.

Una estricta evocación historiográfica señalará en el ataque, defensa y caída de Paysandú, la desproporción de las fuerzas: un puñado de hombres, de un lado; las tropas de Flores, la escuadra de Tamandaré y las municiones del Arsenal de Buenos Aires del otro. Podrá subrayar, dramáticamente, el falso anticlímax, el engañoso respiro, de la interrupción temporal del sitio. O el frustrado arribo de los socorros de Saa. O el sórdido fin de Gómez y sus compañeros, con la aparente prescindencia de Flores, la saña de Goyo Suárez, la torva ejecutoria de Belén.

En un radio más amplio, esa estricta evocación —y no sería tarea nueva— podría destacar muchos hechos, causas, circunstancias. La insinceridad de los móviles de la revolución de Flores y su desem-

barco en abril de 1863. Su casi póstuma solidaridad con la revolución de los conservadores que terminó en Quinteros y que él, en su hora, desaprobaba como desaprobaba y aun detestaba a sus actores y promotores. La falsedad de su alegada proscripción y de la presunta humillación a que se le sometía para reincorporarle al escalafón militar, como lo probó Florentino Castellanos en su entrevista con Mitre en oportunidad de su misión ante Jacinto Vera y Monseñor Marini.

Podría destacar el desamparo popular en que se movió la empresa de Flores hasta que sus correligionarios de olfato fino percibieron el decisivo respaldo que Brasil y Buenos Aires le iban a prestar. Su llegada a las costas del Uruguay con tres compañeros ha sido mostrada como una locura heroica parangonable con el cruce de los Treinta y Tres. Pero también, desmiente en buena parte la presencia de una masa proscripta de colorados en el litoral argentino, de una masa que, de existir, le hubiera acompañado. Vaga después por el país durante más de un año, sin otra posibilidad que su eficacísima táctica de desmarcación, sin otros contingentes que mercenarios y aventureros riograndenses, desaprobado por las levitas de su partido, repudiado por todos, sólo libre e ileso gracias a la memorable incapacidad de los generales de Berro: Olid, Moreno, Lamas.

La apología conmemorativa podría destacar asimismo —como lo ha hecho a menudo— la calidad del gobierno contra el que Flores insurgió. Desde los “Anales Históricos” de Eduardo Acevedo, ninguna presidencia de nuestro siglo pasado ha merecido los elogios que ha suscitado la de Bernardo Prudencio Berro. Progresista de gran aliento, legalista hasta el suicidio, decente hasta lo puritano, estricta hasta la cominería, ordenada hasta la manía, extrapartidaria, supra-partidaria hasta la más inverosímil prescindencia.

Y contra ella y la de su sucesor Aguirre confabuladas la inquina y la intervención de Buenos Aires y del Brasil. La de Brasil nadie la discute y fue descarada. Comienza con el juego dúplice de todas las “diplomacias sutiles”: Mauá es el banquero de Berro y desaprueba la revolución, desde Río Grande se alienta la acción de Flores. Este aliento y los abusos connaturales a una acción militar provocan represalias orientales y hasta algunos excesos: Acevedo ha escrito varias de sus mejores páginas sobre cómo se reclamó por ellos. Cómo se

inventaron agravios, o se inflaron, o se resucitaron otros antiquísimos, o se siguieron esgrimiendo muchos ya satisfechos. Todo con una mezcla de hipocresía y prepotencia que causa náusea, porque nada se decía del abierto apoyo brasileño a la empresa florista o se le hacía un gesto de retorsión por esos mismos presuntos agravios. Después, cuando las banderillas no funcionaron bastante, se entró a matar. La escuadra, y las tropas de tierra y la diplomacia se sacaron del todo la (ya casi) invisible careta.

La intervención porteña fue infinitamente más cautelosa y, en verdad, más páfida. Acevedo, cuya educación fuera costeadada por el gobierno de Buenos Aires, es igualmente inequívoco sobre ella. No hace mucho en “La Nación”, el señor León Rebollo Paz (uno de esos escribas especializado en el elogio del héroe de la casa que el diario de Mitre siempre ha tenido) publicaba la carta de Flores a Mitre del 16 de abril de 1863, en el momento de iniciar su empresa (Suplemento, 18-8-1963). De paso el señor Rebollo hace presidente del Uruguay en ese momento a Anastasio C. Aguirre (sic) y convierte a Flores, que se fue del país durante el gobierno de Pereira, en un “expatriado” por Aguirre. Dígase de paso: el nivel historiográfico de “La Nación” ha descendido bastante. Pero volvamos a la carta de Flores. De ella parecería desprenderse que ninguna connivencia inicial existió entre Flores y él, desde 1862, presidente de los argentinos. Pero también Fermín Chávez, el valioso historiador del litoral, ha documentado aún más recientemente en el boletín del “Instituto Histórico Juan Manuel de Rosas” la entrega de seis mil onzas a Flores por José Gregorio Lezama, mensajero de Mitre, poco antes de iniciarse la invasión, en la estancia “La Perfidia” (nombre simbólico) que Flores administraba. El carácter cauto y solapado del patricio porteño no hace nada difícil la gestión de este documento absolutorio mientras, eficazmente, encarrilaba los hechos en la dirección que deseaba. Y la reciente publicación de la correspondencia de Mitre y Elizalde (Universidad de Buenos Aires, 1960) abunda en tonos de un desenfado con frecuentes caídas en el cinismo, que dice mucho más que las palabras mismas. En carta a Elizalde de 1863 (pág. 89) ya decía el futuro historiador de Belgrano que *algo muy serio* sería necesario hacer con el Uruguay (mientras daba garantías de neutra-

lidad al gobierno de Montevideo). Y en otra epístola, del 6 de diciembre de 1863, prometía Mitre a Elizalde *estocadas de muerte* contra nuestro país. Mantuvo su palabra. La última estocada fue el envío de las municiones del Arsenal de Buenos Aires a la escuadra de Tamandaré en los últimos días de Paysandú. Pero ya antes, bajo la capa, al modo florentino, había lanzado otras.

Mucho más podrá decir la apología defensiva. Señalar, por caso, la insinceridad —¿por qué no decir de nuevo: la hipocresía?— de aquel verdadero “complot arreglista” que buscó desarmar la resistencia del país y al que tantos —inconsciente o insidiosamente— colaboraron. Buscaban la paz de todo trance los mismos que habían contribuido a traer la guerra al Uruguay. Ponían en pie de igualdad a gubernistas y revolucionarios, fuertes e intocados éstos, empujados sobre el apoyo brasileiro y porteño. Proponían la solución de misterios variables, pero todos signados por la actitud entreguista. Los nombres que rodaban: Tomás Villalba, Juan Miguel Martínez, Florentino Castellanos, estaban casi todos unidos por relaciones logísticas con los hombres de Buenos Aires; sobre todo el último, devorado por la ambición de ser presidente y que era el agente secreto de aquéllos en el gobierno de Aguirre, según la citada correspondencia de Mitre y Elizalde (pág. 100). El 7 de junio de 1864, Elizalde le escribía a su jefe desenfadadamente que (su) “plan es pues no hablar de bases sino de arreglos y hacer escribir que los que no quieren el arreglo son unos monstruos”. Sólo unos pocos hombres de oscuro o lúcido instinto americano aceptaron entrar en esta categoría; son la luz de esa hora tenebrosa: Jacinto Susviela, Antonio de las Carreras, Octavio Lapido, Juan José de Herrera, el mismo Atanasio Cruz Aguirre hasta casi el fin. Predominó el bando de Lamas y sobre todo prevalecieron las intenciones de los “mediadores”: Thornton y Lettsom por Inglaterra, Saraiva por Brasil, Elizalde por Buenos Aires. De ellas hablaré enseguida. Lo cierto es que Montevideo, tras Paysandú, se rindió sin lucha. La ciudad, que como se había probado veinte años antes era perfectamente defendible, se entregó a Flores y Tamandaré. La fuerza de los grandes importadores y registreros ingleses, de los tenderos franceses y de los artesanos italianos prevaleció sobre el estupor y la indignación de la población uruguaya. Aquellos no querían ver bom-

bardeadas de nuevo sus tiendas, sus depósitos, sus barricadas y al “traidor Tomás Villalba”, como lo llamó Antonio Pereira con todas sus letras, le tocó presidir el gobierno. La rapidez de los hechos desarmó los ánimos y una sola mujer, hija de Ignacio Oribe, María Oribe de Muñoz y Maines, tuvo el gesto de quemar una bandera brasileña ante la oficialidad invasora. Las pautas de galantería romántica obligaban a ser tolerantes con los desplantes de una dama indignada. Pero a niveles más bajos la cortesía no fue tan perfecta. Una pequeña parte de la población de Montevideo concurrió al “baile de la victoria”. Con pesar, con dolor, leí un día que mi abuela había estado en él, vestida de blanco, con una banda roja de terciopelo cruzándole el pecho adolescente. En ese baile, el negociante John Le Long, de oscuro pasado y Carlos de Castro, nueva luminaria de la situación, pronunciaron brindis llenos de Libertad, Progreso, Civilización y otras floridas monsergas.

IV

Probablemente, todavía, esa estricta historiografía que estoy previendo, subrayará un hecho tan conocido como obvio. El avasallamiento de la soberanía uruguaya representó, más que otra cosa, el prólogo, el inexorable proemio del ataque y arrasamiento del Paraguay. Con un litoral y un centro argentinos simpatizante de ambas y abrumadoramente hostil a los planes de Buenos Aires, con un gobierno nacional en el Uruguay, era tremenda la peligrosidad de una irrupción hacia el sudeste de la relativa pero sólida potencia militar paraguaya. La presencia platense del Paraguay podía, por sí sola, poner contundente fin a los planes de Mitre de “nacionalizar” la Argentina bajo la conducción y el exclusivo provecho de Buenos Aires. También de poner fin a la añeja aspiración brasileña de abrirse una vía fluvial hacia el interior de Sudamérica.

Se han recordado no hace mucho las ambiciones expansionistas de Buenos Aires y los textos, bastante impresionantes, que las documentan. También en su memorial del 22 de noviembre de 1962, con Mitre de flamante presidente, se fijaba la meta de “fomentar y conso-

lizar la reconstrucción de las nacionalidades de América, que imprudentemente se han dividido y subdividido". La sintaxis de los documentos mitristas es siempre penosa, pero la indirecta (a lo Tardáguila) no tiene otro blanco que el Uruguay y el Paraguay. No creo, sin embargo, que el principal móvil de este programa haya sido un apetito clásico de expansión, de más tierras a poner bajo una soberanía. Pienso que tal vez incluso la élite mitrista lo haya supuesto así pero que, si se rastrearán las razones subconscientes de la actitud, ellas estarían en que esas —Paraguay, Uruguay— eran las zonas peligrosas, las áreas desde las que podría formalizarse otra alternativa político-social que aquella que la oligarquía dirigente porteña propugnaba. No otra cosa había ocurrido en tiempos de Artigas y entonces lo secundario de toda magnificación del territorio se había marcado netamente: mejor Lecor que Artigas en la Banda Oriental (o que cualquiera, incluso los porteños, como trató de imponerlo Manuel José García).

De cualquier manera, ya antes de la entrada en Montevideo, Flores estaba ligado por compromisos solemnes a acompañar la aventura brasilero-porteña contra el Paraguay. El odio del país a la empresa se marcó enseguida, y los mil quinientos hombres que eran la cuota oriental fijada, hubo que sacarlos de las cárceles. Cuando sus filas, palúdicos, diarreicos, haraposos, volvían al Uruguay, la gente los miraba con una mezcla de piedad y de asco. En cierta ocasión, de un contingente de cuatrocientos volvieron cien. Traían, en cambio, trescientas concubinas. Carne barata para los prostíbulos. Los paraguayitos y las paraguayitas también sobraron. Para aplicar coscorriones, cebar el mate y tironear de las botas, los heroicos legionarios de Flores y sus familias tuvieron abundante mercancía. En la floresta paraguaya, con todo, el valor oriental hizo milagros. Y entre todas las negruras de la etapa sobrenada todavía la claridad serena del "Diario de Guerra" de León de Palleja. También su humanidad. También la grave manse dumbre con que se acercó a la muerte en lucha por una causa cuya injusticia hacía mucho tiempo que conocía.

Paraguay, al que ya Artigas había querido hacer entrar en el ruedo de la lucha y que se hurtó a ella entonces, como se hurtaría bajo Berro y Aguirre a los desesperados esfuerzos de Herrera, de Lapido,

de Vázquez Sagastume, abrió las hostilidades cuando era tarde y había que hacerlo en condiciones desesperadas. Aquella dilación le costó la vida. Porque lo que siguió para él durante un siglo apenas puede llamarse así.

V

Cierto es que en este plano que estoy tratando de delimitar, si la polémica histórica se entablara, hubo y habría repuestas. El recurso a la alianza con poderes extranjeros constituye un fenómeno bastante normal en el pasado iberoamericano y, sobre todo, en la cuenca del Plata. La subordinación de la soberanía del país a impulsos de la voluntad de ganar o de la simple descreencia de nuestras posibilidades de nación independiente tiene numerosos ejemplos. Con no ser estrictamente similares a la decisión de Flores, los planes oficialistas de neutralización del país, desde 1856 a 1865, darían mucho que decir.

También podría alegarse la práctica erradicación de la actividad política colorada desde la ascensión de Berro, (especialmente si se le considera un bien en sí), los numerosos descontentos que nunca faltan y el hecho de que la invasión y el triunfo revolucionario, cayere quien cayere, podían aparecer como fines legítimos a hombres enconados y apasionados.

Los defectos del gobierno y del carácter de Bernardo Berro —aunque lo positivo tanto dominen en ellos— han sido materia de alegación. En ciertos pasajes de su obra, Berro parece reunir los defectos más característicos de Artigas y Rivadavia (para hacer referencia a dos antecesores ilustres y cercanos). Envuelto en las mallas del juego diabólico de Buenos Aires y Brasil, desdeña —o no sabe— jugar ese único juego de báscula que podría haberlo salvado. Su centralismo, sus maneras autoritarias le enajenan las voluntades de lo mejor del elenco gubernista y los falsos problemas, los conflictos laterales van brotando como cizañas vivísimas a los costados de una marcha demasiado rectilínea. En el fragor mismo de la revolución, como el hombre de la enfiteusis, se concentra en los planes más ambiciosos, más leja-

nos, más postergables de un gran desarrollo económico. Su puritanismo, su minucia, quema o malogra sus energías. Su misma decisión de prohibir las divisas —tan razonable en el fondo— tiene ribetes indisimulables de ingenuidad y de petulancia. Y su propósito, tan lealmente cumplido, de hacer prescindente al Ejecutivo del juego electoral es una de las más crasas señas de utopismo que en aquel tiempo pudieran ofrecerse.

El mundo oscuro de las pasiones, los rencores, los odios parece haber rebullido debajo de él. Y si al sitio de Paysandú, al fin de Leandro Gómez se hace referencia, se podrá recordar que Goyo Suárez llevaba como un recuerdo lacerante el fin de su madre, quemada en el incendio de su rancho de Polanco, durante la represión de la revolución de 1858.

Y se dirá, sobre todo, que Flores era un hombre bueno. La bondad de Flores es una pieza capital de la polémica sobre el 65. Y en verdad que es difícil negarla. Primitivo, impetuoso, violento, capaz de todos los desafueros siempre es posible ver en él un último fondo, radical, de nobleza, de salud de alma, de equidad. Es capaz de avergonzarse y de desdecirse y de poner tras cada abuso un claro gesto de magnanimidad. Arrastrado por la influencia nefasta de su mujer y de sus hijos es, a menudo, consciente de ella y quiere zafarse del lazo que lo ahoga. Pero, más que eso, y especialmente del 63 al 65, Flores representa el hombre que “no se hace cargo de las circunstancias”, del hombre que no es capaz de asomar la cabeza sobre la endemoniada complejidad —y nocividad— de las fuerzas que lo remecen. Quiere la torta y le sale un pan. Ama con pasión al país que sacrifica. Trae en sus estandartes el Sagrado Corazón del Jesús y entroniza, una vez victorioso a Carlos de Castro y a Daniel Zorrilla. Hombre esencialmente honrado, instaló en Montevideo, tras su victoria, una administración de la que Gastón Maspero, el egiptólogo, nuestro huésped en esos años, dijera que “se había reclutado entre los bandidos más expertos del país”.

Pese a tal incapacidad de ver todo lo que estaba en juego, Flores, como el Bruto del discurso de Marco Antonio, era “an honorable man”. Como se ha dicho por parte de un historiador adversario —y se recuerda con fruición— en su figura el bronce domina largamente so-

bre el barro. Sin embargo ¡qué difíciles de vaciar en bronce tantos pasajes de su vida!

Aunque esto no se acostumbre a escribirlo y hablando en términos estrictamente nacionales, al invadir, asolar y ocupar el país con el apoyo decisivo de dos poderes externos que nos recelaban y odiaban, Venancio Flores fue —y créase que uso la palabra sin pizca de pasión— el mayor traidor de nuestra historia. Hay que pensar lo que en una nación con toda la barba hubiera ocurrido con la memoria de esta figura a la que se honró con avenidas y otros homenajes. En la historia de los Estados Unidos, y por infinitamente menos, una personalidad tan interesante como Aaron Burr ha pasado con nota de infamia. Hay que pensar lo que le hubiera ocurrido, incluso en el Uruguay, si los partidos de entonces no hubieran durado hasta hoy y la situación política que él consolidó no se hubiera prolongado casi hasta el presente. Pero ya antes —y es difícil que sea bronce— durante la Defensa de Montevideo, ya había, con sus desplantes, sus desafíos, sus renunciaciones, atormentado durante años la ecuanimidad y la bondad de Joaquín Suárez y aumentado la anarquía militar de la plaza. Entre 1853 y 1856 colabora en una anarquía política de radio más amplio y que aproxima al Brasil a sus objetivos de entonces. Durante el gobierno de Pereira se pone bajo el ala de Urquiza y después de la de Mitre y es uno de los jefes uruguayos (junto con Arredondo, con Sandes) que tras la batalla de Pavón colaboran en la repulsiva tarea de exterminar al paisanaje federal, es decir, al pueblo argentino. ¡Qué difíciles de vaciar en el bronce los degüellos de Cañada de Gómez! De la invasión del 63 ya se ha dicho mucho pero, para ceñirnos a episodios centrales ¡qué difíciles de vaciar en el bronce los fusilamientos de Paysandú y los anteriores de Párraga y sus compañeros en la Plaza de Florida!

Cierto, se dirá. Pero durante la anarquía de la Defensa de 1843-51, tuvo el mérito de hacerse eco de la indignación popular contra las prestidigitaciones financieras de Andrés Lamas. Y cuando Cañada de Gómez era un jefe que servía. Y cuando Paysandú, Gómez y los suyos fueron fusilados por Goyo Suárez y por Belén. Y cuando la toma de Florida estaba trastornado por la muerte de su hijo o Pá-

rraga y los otros jefes resultaron ultimados cuando ya había llegado su perdón por decisión personal de Eduardo Beltrán —famosa víctima de Latorre, poco después— según testimonio de actores, recogidos por Rómulo Rossi.

Y a todo podría contrarreplicarse y así hasta el infinito.

VI

Tristes, hermosos, educativos, edificantes pueden ser todos estos hechos, este violento fin de un eventual Uruguay independiente. Pero cualquier perspectiva que se detenga en su mero perfil —y esta es la segunda dimensión a que quiero referirme— mutila su significación. Porque estos sucesos sólo son plenamente inteligibles, sólo adquieren la fuerza trágica de ser criaturas de un “*fatum*” histórico, cuando se los sitúa en un cuadro más vasto de fuerzas y de principios en lucha.

Vayamos por orden. Existe en la conciencia histórica que de algún modo cohonestaba la insurgencia del mundo marginal una creencia que es casi un lugar común. Consiste en suponer que la digestión de las naciones de Iberoamérica, Asia, Africa por las potencias imperialistas de Europa y más tarde por los Estados Unidos constituye un fenómeno de naturaleza ineluctable. Primero habrían tenido que ser la ronda de los despojos de los imperios decaídos, después la penetración, la sugestión, el ejemplo; el asentamiento más tarde, el apoderamiento de las riquezas, la domesticación de las clases dirigentes, la imposición de los patrones mentales. Recién más tarde, consolidado este “*status*” de hegemonía de las potencias capitalistas del hemisferio norte, la rebelión anticolonial tendría sentido. Recién entonces serían válidos la “modernización” en provecho de los pueblos dominados, la insurgencia contra las burguesías-gerentes, la recuperación de la autenticidad cultural y otros impulsos paralelos.

Iberoamérica no representa un caso (lo reconozco) que pueda ser puesto en la misma línea en que se hallan los pueblos de Africa y de Asia. En las comunidades de cultura y origen extraeuropeos es bastante difícil imaginarse una alternativa diferente a lo que en efecto ocurrió. El caso de Japón —y esto sólo hasta el día de Hiroshima—

posee demasiados elementos diferenciales como para que pueda ser erigido en patrón de cualquier tipo de desarrollo. Como recién dije, en cambio, Iberoamérica, de raíz socio-cultural europea, integrante de Occidente, es una experiencia histórica diferente. E Iberoamérica, —como es posible aventurarlo ahora— pudo también recorrer una trayectoria histórica distinta.

Prefiero seguir desde aquí señalando que, habitualmente, los ejercitantes del materialismo histórico se afiliaron a la creencia más arriba perfilada. Para ellos (lo apuntaba yo alguna vez a propósito de Francisco Pintos) sólo serían legítimas las resistencias nacionales una vez que nuestras naciones hubieran sido digeridas por el imperialismo. Por el imperialismo y por sus varios agentes: el capitalismo, el liberalismo ideológico, los módulos culturales de la burguesía, la creencia racista en la superioridad de los pueblos blancos y nórdicos. Sólo entonces y aun bastante después, el surgimiento de las burguesías nacionales y la posterior formalización de las resistencias populares —y por supuesto, todo bajo el distante y benévolo magisterio de la U.R.S.S.— sólo entonces, rapito, la antítesis tendría sentido.

Una esquematización de nuestra historia en rígidas etapas así lo ha decidido, sin que, anotémoslo de paso, un coherente marxismo lo reclame o éste carezca de claves hermenéuticas más sutiles. Sin embargo, en este estado de elaboración doctrinaria, todas nuestras sociedades agrarias y sus correspondientes estructuras se sellan con el signo del “feudalismo” y se destinan a una justa extinción bajo la imposición burguesa.

Muchos retoques se le han hecho pero el esquema subsiste. Muchos, entre otros Germán Carrera Damas, han aventurado dudas sobre este “feudalismo” y esto, como el nombrado, desde una postura marxista. No tengo tiempo de echar aquí mi cuarto a espaldas. Sólo es de destacar esta tenaz vigencia. Sólo la de señalar hasta qué punto corresponde con aquella otra convicción de nuestro sino histórico, mucho más extendida que el propio marxismo. Para poner ejemplos cercanos, en ella encajaba el juicio de Pintos sobre la Guerra Grande. En ella (para venir aún más cerca) el de Alvaro Yunque sobre la Guerra del Paraguay. Porque para este distinguido portavoz marxista argentino, la Guerra del Paraguay era eso: la victoria de las burguesías

de Buenos Aires y Río sobre el feudo regresivo de Francisco Solano López. Y lateralmente, la caída de Paysandú, la de Montevideo, quedaban signadas por este esquema.

Ahora, desde este ángulo ideológico, las cosas parecen haber cambiado. Y resulta una buena prueba de ello, el reciente y simpático librito del ya citado Francisco R. Pintos, "La Defensa de Paysandú", editado por "Aquí Poesía" en su serie "Aquí Testimonio". Y como alguna vez me he metido con él, aprovecho para decir que con sus setenta y cinco años, con su medio siglo de militancia obrera, con su modestia de autodidacto, con sus libros, Francisco Pintos ha dicho muchas más cosas importantes sobre nuestro pasado que un montón de empingorotados inútiles. Pero vuelvo a su presente planteo. Para Pintos la presidencia Bernardo Berro y el régimen paraguayo de López serían el ejemplo de un desarrollo robusto, sólido de "burguesías nacionales" decididamente positivas. El progreso económico promovido por la Administración Berro, la unidad nacional que sobre la lucha estéril de las facciones quiso imponer, le sirven de elemento demostrativo. Y en el caso del Paraguay, la industrialización y el desarrollo de la siderurgia, sobre todo, ingredientes dejados de lado por anteriores condenaciones marxistas. La configuración total no es rica y aun diríase que todavía peca de geométrica. Porque hay más conglomerados dirigentes entre el cielo y la tierra que los que prevén las líneas de un marxismo simplificado y poco tenían de burguesías nacionales el patriarcalismo agrario-industrial del Paraguay y el patriado urbano-campesino que en torno a Berro se congregó. Discutibles o no los rótulos de Pintos, lo son mucho menos los de las fuerzas que Berro y López hubieron de enfrentar: la gran burguesía unitario-comercial de Buenos Aires y la monarquía feudal-esclavista del Brasil, unida a los terratenientes probrasileños del norte del país y del Río Grande, los Netto, los Canavarro, señores de horca y cuchillo apenas traspuesta la orilla norte de nuestro Río Negro.

VII

La historia es un cementerio de posibilidades frustradas y el drama —en último término local— del Paraguay y Uruguay del 65

lleva a pensar si no existió una vía histórica eventual, un camino distinto a aquél en el cual Europa y después Estados Unidos dirigieron el mundo periférico en su principal provecho.

Vale la pena reflexionar lo que esa vía pudo representar, qué elementos le hubieran dado dirección. Por lo pronto una cauta utilización de las técnicas, la cultura, los patrones, los contingentes humanos de Europa. Pero esto sí; sin deslumbramiento, con sentido de la medida, con conciencia de lo que tras de ellos se escondía, con aptitud de integración a lo que ya éramos. También trabajo empeinado e intensa actividad económica, concentrando lo decisivo del esfuerzo en promover esos primeros complejos minero-industriales que darían vida e impulso a todo el conjunto. Y relaciones cordiales con todas las naciones pero desconfianza a todas y una estricta actitud de guardia frente a sus previsibles apetitos. Y formas generosas de integración comarcal con las comunidades de similar condición, que, al tiempo que ensancharan los potenciales mercados de consumo cerraran las brechas a todo divisionismo y al ataque exterior. Naturalmente, formas político-sociales avenidas con la realidad y no tomadas del último, prestigioso figurín. Y presidiéndolo todo, la unidad inexorable del pueblo. Lo que quiere decir, también, la contención de toda escisión artificial, de toda inútil multiplicación, la escrupulosa vigilancia sobre esos sectores poderosos y sobornados —o seducidos— por el brillo distante de las metrópolis. Y, todavía, muchos etcéteras.

Que hubo en nuestra América barruntos, signos incipientes de una actitud de este tipo, el caso de nuestro artiguismo debería bastar para probarlo. El artiguismo, limpio de algunas apariencias engañosas, constituye, en verdad, un paradigma. Pero ¿no hubo otros? ¿Acaso el Chile portailano, la Argentina federal o el México en que Alamán cumplió su tarea? Siento que dos, por más lejanos y, sobre todo, los tres por más ambiguos, son extremadamente discutibles. No es muy fácil encontrar en América hispánica un equivalente al Japón de los Meiji, un caso de absorción de técnicas sin enajenación del alma. El desarrollo mismo de los Estados Unidos, izados a primera potencia mundial al socaire de Europa, sólo puede valer para la estricta posibilidad geográfica extraeuropea; en todo lo demás: espíritu, cultura,

técnicas, recursos naturales, aquéllos se hallaban mucho más cerca del centro del nuevo mundo industrial que de nuestros países.

¿Fue que faltaron decisivas concentraciones de capital, de capacitación técnica, de espíritu acumulativo, de empuje empresístico, para que la primera "modernización" se cumpliera en otro beneficio que el de las metrópolis? Sobre los ejemplos recién traídos, el México de Porfirio Díaz, el Chile de Anaconda y Kennecot, la Argentina, de Roca a Castillo, el mismo Japón posterior a 1945 parecerían responder afirmativamente a la pregunta.

Pero todavía vale la pena mirar a la cuenca platense del 65 y al enigmático Paraguay.

Desde Rodríguez de Francia, la "China americana", como la llamó Maillefer, se había cerrado celosamente a la irrupción extranjera. Y es sabido que hacia esa altura de la historia, el grado de civilización que a una nación atrasada se confería estaba medido por el entusiasmo con que recibiera a los mercachifles extranjeros. Con una clase superior casi siempre en jaque y, en su mayor parte exilada, Paraguay estaba más lejos que ninguna otra nación iberoamericana de la maldición del latifundio: restadas las tierras de los productores de mediana magnitud, la mayor parte de ellas pertenecía al Estado, que tenía así las manos libres para promover una agricultura de plantación de gran calado. Pero esta nación enclaustrada, sobria, modesta, gris, que vivía desde hacía medio siglo bajo gobiernos unipersonales (primero el durísimo de Francia, después el blando y humano de Carlos Antonio López, por último el de su hijo), esta nación que no conocía ni la agitación de una prensa virulenta ni las dentelladas sin fin de las facciones políticas, estaba internándose en un proceso de industrialización incipiente pero efectivo. Elaboración del hierro con técnicos vascos (uno de ellos ascendiente del famoso Ynsfrán), ferrocarriles, astilleros, todo ello muy primario, muy tosco pero paraguayo. Todo ello sin las descomunales regalías que en toda América la iniciativa europea solicitó y obtuvo para llevar adelante cualquier tipo de promoción económica.

Se comprende la etiqueta que en el mundo iberoamericano del 60 obsesado por la fe en los patrones de vida europeo un régimen de tal índole podía merecer. Como hoy, contra toda nación que se libre

del yugo se invoca la Democracia Representativa y el Occidente Cristiano, entonces se invocaron la Libertad y la Civilización. Predeterminado o accidental el estallido de la Guerra del Paraguay, una larga campaña periodística y oratoria había dado en Río y, sobre todo, en Buenos Aires los móviles doctrinales del inminente genocidio guaraní.

El Uruguay de Berro no presentaba esa simplicidad de líneas, no poseía esa originalidad tan concentrada. Muchos rasgos secundarios, muchas imprecisiones hacen más complejo un dictamen. Pero en todas las actitudes implícitas que explican sus decisiones fundamentales en lo interno y en lo externo, late una visible simpatía hacia esta búsqueda de formas propias que el Paraguay representaba. Su orden administrativo, su celosa defensa de la soberanía, su preocupación por el crecimiento económico no eran las habituales. Y una nota aún más caracterizadora la constituye su inicial condenación de las divisas, su condenación de los odios de facción que habían desgarrado el país, su énfasis en la unidad política y cordial de la nación. Un cursi romanticismo historicista supone que la fuerza de las divisas tradicionales fue, poco menos que desde los tiempos de Zapicán, incoercible. Y por incoercible, nulos y utópicos los esfuerzos que en nuestra historia se realizaron por superarlas, por integrarlas, por ofrecerle al país un señuelo, una empresa más ambiciosa y limpia. Incapaz de concebir la "historicidad" de los partidos políticos múltiples según la fisonomía que el siglo XIX les dio, ese romanticismo decreta la radical inviabilidad de toda otra alternativa. Hoy, sin embargo, sabemos que un país periférico que tiene que desarrollarse y defenderse no puede funcionar entre las rencillas inacabables de las castas políticas, tan a menudo corrompibles, tan a menudo sobornadas por los intereses antinacionales. En lo que al Uruguay toca, valdría la pena discutir por qué una tentativa tan sana como la de Berro no tuvo éxito; no creo en verdad que haya sido la "vitalidad de nuestros grandes partidos históricos" la que la haya decretado. Como en alguna otra ocasión ocurrió, es probable que la fuerza que hubo de oficiar de presión, de fundente, no haya sido la necesaria. O tal vez, también, como en todas partes, la agresión exterior fue la causa decisiva. Tomando, claro está, como lema la reivindicación de los grupos que se decían perseguidos. O constreñidos, o acallados.

Sería posible o no esta empecinada reconstrucción de lo que, en algún poema juvenil, Berro llamó *los fraternales vínculos estrechos*. Pero es más que cierto, en cambio, el que, en sus esfuerzos por lograrla, algunos violentos dualismos que operaron en nuestra historia parecen atenuados hasta la insignificancia. “Doctores” y “caudillos”, “campo” y “ciudad”, esas antítesis con las que se ha querido explicar nuestro pasado y que resultan tan efectivas diez, veinte años después de aquel período, se diluyen hasta la casi inocuidad durante el lustro que se inicia el 60. Con respaldo en la capital y el interior, con jefes políticos intachables y prestigiosos, aquel presidente estaba en vías de superar —creadoramente— esas tensiones. Y si “el candombe y el triptaje”, como los llamó Juan Carlos Gómez, se entronizaron después, no fue, ciertamente, por su culpa, que lo hicieron.

VIII

Viables o no, lo cierto es que estos barruntos paraguayo y uruguayo de un crecimiento continental no mediatizado fueron barridos a sangre y fuego. Esta es la cruda, simplísima verdad. Como en otras partes, fue la violencia —no el agotamiento interno— la que se encargó de la tarea. Recurrir a la existencia de una conjura, de una confabulación que hubiera estado al tanto de las alternativas resulta bastante infantil. Entre las astucias de la razón histórica está la de manejarse con la inconsciencia, con la ceguera e irresponsabilidad de los hombres. Si viéndolos desde fuera es habitual que los protagonistas de los grandes sucesos actúen como títeres movidos por fuerzas que no conocen, que no son capaces de otear, en el mundo periférico esa impresión es tremendamente más intensa que en las metrópolis. Allí también cada uno baila al son que le tocan, pero ese son le llega desde distancias inmedibles. Basta decir que eran de origen anglo-europeo y que cohonestaban de muy efectivo modo la irrestricta penetración imperialista, las modalidades ideológicas, las fuerzas que lograron erradicar esa tentativa de desarrollo autónomo que he tratado de esbozar. El liberalismo político y el librecambismo, la masonería y el romanticismo burgués, el unitarismo nacionalista, la fe en Europa y la Civi-

lización actuaron solventemente. Que tantos rubros de ese conjunto —caso del librecambismo— impregnaran a las propias víctimas no altera el cuadro de significados y sólo nos da una medida de su formidable poder.

Algunos historiadores revisionistas argentinos han tratado, previsiblemente, de hacer a Inglaterra cabeza de aquella eventual conjura. Y es cierto que la actitud inglesa durante todo el período es, por lo menos, ambigua. Thornton y Lettsom aparecen siempre en postura de conciliadores pero en decidida vertiente proflorista. La marina inglesa facilita una cañonera para entrevistas decisivas entre los agresores. ¿Basta esto? También la cancillería inglesa es la que deliberadamente provoca la reacción masiva de América al dejar filtrar los términos decisivos del Tratado de la Triple Alianza. Y aun todo esto podría matizarse. Pero son los resultados objetivos los que importan y no los designios de los hombres. Los resultados objetivos fueron ofrecer en toda la cuenca del Plata los cuadros de un desarrollo mediatizado, —“umbilical”, “hacia afuera” como hoy se dice— que Gran Bretaña llenó. Y todo lo demás es secundario.

Por eso, la circunstancia de que Brasil y Buenos Aires hayan sido los fautores de esta obra no debe oscurecer su perfil esencial. Florida, Paydandú, Montevideo y la campaña de Paraguay entera no fueron episodios de esas contiendas alocadas y sin norte que la anarquía y el despotismo americanos promovieron, que el divisionismo estatal facilitó. Es otro signo el que las preside. El que presidió otras gloriosas derrotas. El almirante Hotham, por ejemplo, rompiendo en 1845 las cadenas del Paraná en la Vuelta de Obligado. O los cadetes de la Escuela Militar de México masacrados dos años después por las tropas del general Winfield Scott contra *las murallas de basalto de Chapultepec*, como alguna vez recordó Martín Luis Guzmán.

IX

Si esto se entiende así, los fenómenos —sin perder su carnal densidad— se hacen desusadamente transparentes. Ofrecer esos cuadros a un “desarrollo mediatizado” suponía en el Plata la nacionaliza-

ción de la Argentina bajo la dirección de Buenos Aires y suponía también —ya lo he dicho demasiado— la erradicación de la alternativa Uruguay-Paraguay-Litoral argentino. La defensa, el martirio, la caída de Paysandú, “la cruzada” antiparaguaya, sólo en esta dimensión adquieren su cabal significado. *La reconstrucción nacional bajo las ideas de Buenos Aires*, como definía Mitre su empresa en carta a Elizalde (29.10.1861) no podía negociarse ni compartirse. Tulio Halperin Donghi, en alguna de sus luminosas clases, ha vinculado la labor historiográfica de Mitre a su política nacionalizadora, realizada con el instrumento de poder de Buenos Aires. Están ahí, sin duda, en la fórmula, los dos términos insoslayables: efectiva nacionalización de la Argentina; concentración de poder (militar, cultural, económico, financiero) de Buenos Aires. Lo que valdría la pena discutir es el modo en que se inscriben instrumento y fin, esto es: si el mitrismo —o el unitarismo liberal— usó el poder de Buenos Aires para nacionalizar la Argentina o si nacionalizó la Argentina para imponer la hegemonía de los módulos porteños.

No hace mucho, yo mismo ponía en una línea las implacables tareas nacionalizadoras de Lincoln, de Bismarck y de Mitre, tan estrictamente contemporáneas. Pero las diferencias son también notorias. Hay tras el más mínimo gesto de Lincoln un sentido concreto de humanidad, una visión coral y abarcadora de la existencia norteamericana, una efusión y una generosidad que falta radicalmente en sus coetáneos. En Bismarck la tarea prepara la puesta en forma de una gran potencia europea, capaz de actuar protagónicamente en las duras pugnas del poder del apogeo capitalista. En la faena nacionalizadora de Mitre no es posible señalar en cambio, ni una ni otra dimensión. Y sólo, tal vez, como lo sostenía su ya tan citado canciller Elizalde en su nota del 22 de noviembre de 1862, la última, radical, indeseable fe de que *los países americanos debían vincularse con Europa, en vez de crear obstáculos al libre intercambio de comercio e inmigrantes y buscar la paz y tranquilidad internacional en arreglos particulares en lugar de un sistema continental*. O también: *Evitar el antagonismo con los gobiernos y pueblos de Europa y atraer por el contrario todas las fuerzas y elementos que poseen, para desenvolver nuestros medios de prosperidad y poder*.

Sé que estas fórmulas eran prácticamente las de todos. Sé que los propios rivales letrados del mitrismo las compartían. ¿Por qué no? Pero lo que yace tras su decorosa sensatez no es la posibilidad de un desarrollo autónomo ni el destino de un gran potencial mundial sino el “status” semicolonial que por un siglo más comenzaba a formalizarse.

X

Con todo, se quiere sostener que la Defensa de Payandú consolidó la independencia nacional. Ipuche lo ha hecho y lo ha reiterado, incluso, la palabra oficial. Déjese de lado el persistente panglosismo humano, que trata de encontrar algo positivo en todas las calamidades. Porque la Defensa fue seguida por una caída y ésta es la que se inscribió efectivamente en la historia. Si a los prodigios de la Defensa misma hubiera sucedido un movimiento unánime de entusiasmo, fraternidad, repudio al invasor, sea. Y en verdad, algo de eso, un horror, una indignación difusa recorrió seguramente las profundidades del país. Pero también es cierto que los nuevos dueños de la situación sancionan severamente gestos tan pacíficos como celebraciones religiosas de la memoria de Leandro Gómez. También es cierto que treinta años después de los hechos, cuando las pasiones podían haberse aquietado, muere, en 1898, Juan José De Herrera, que, juvenil canciller de Berro, libró una batalla de retaguardia, desesperada pero habilísima, altiva, valerosa, para preservar la entidad del país. Era la oportunidad para un gesto de reconocimiento, para un cordial impulso de integración suprapartidaria. Pero la comisión legislativa, encargada de dictaminar sobre la pensión atribuible a su viuda, resolvió por mayoría que los merecimientos del muerto no tenían entidad suficiente como para merecer ninguna liberalidad del Estado.

Anécdotas se dirá. Y se recordará también que tras 1865 se dieron airesos episodios de afirmación soberana con Julio Herrera y Obes de Canciller. Y el movimiento nacionalizador que en la cultura tuvo

sus expresiones en el certamen de la Florida, en la obra de Zorrilla de San Martín, de Bauzá, de Acevedo Díaz. Y se subrayará igualmente que nunca más las fuerzas brasileñas se hicieron presentes en el Uruguay y que la penetración pacífica en el Norte fue el fenómeno —estrictamente social— de una colectividad poderosa y vital que desborda sobre una vecina.

Tiene algo de enigmático el hecho de que cuando Brasil afirmó su hegemonía sobre el Uruguay de modo incontrastable fue para renunciar poco después a su presa. ¿Resultó esto, como se dice con optimismo, una consecuencia ineluctable de la defensa de Paysandú? ¿O lo que ocurrió es que los planteos geopolíticos desinteresaron a Brasil del contralor del Uruguay (de un Uruguay, por otra parte, tan disminuido)? Hoy se sabe que durante medio siglo, por lo menos, la cancellería de San Cristóbal vivió bajo la obsesión del peligro paraguayo y de la comunicación de la costa con el "hinterland" brasileño. La política frente a Rosas, la mediatización del Uruguay, el propósito de abrirse paso —y asegurárselo después— por el abanico de los ríos, responden a ella. Posteriormente, la destrucción del Paraguay y el desarrollo del ferrocarril, envejecieron, después de 1870, este repertorio de terapéuticas.

¿Tiene algo que ver con ello la Defensa de Paysandú?

Es notable, por otra parte, el desprejuicio con que maneja la historia documental los conceptos que no son nada unívocos. Uno de ellos es el de "independencia nacional". Porque se dirá: seguimos existiendo y aun arrojados a una guerra contra la voluntad casi unánime del país, no fuimos Nicaragua ni la República Dominicana, ni una Malta o un Gibraltar brasileños. Siguió oficiando una República Oriental del Uruguay en el concierto de América y del mundo. Formalmente soberanos entre otras soberanías más fuertes, fuimos, sí, independientes, si por tales se entiende la subsistencia de una entidad política diferenciada. Cuarenta años después, gracias a la lúcida decisión nacionalizadora de Batlle, recuperamos para el país, fuentes de riqueza y servicios sociales decisivos.

Todo esto es cierto. Pero no es menos cierto que solos, o en la averiada comunidad panamericana, nada contamos en el mundo. No

es menos cierto que crecientemente atornillados a los grandes circuitos de la economía internacional, crecimos sólo lo que se nos dejó crecer. No es menos cierto que sometidos al prestigio caleidoscópico de los patrones culturales que los países centrales de Occidente promulgan, fuimos meros receptores, dóciles consumidores.

Si todo esto es "consolidar la independencia nacional" los optimistas tienen razón. La Defensa de Paysandú lo aseguró. O tal vez un matiz de horas o de días: la Caída de la plaza. Aunque más no sea que como un mero símbolo.

ELITES Y DESARROLLO EN AMERICA LATINA

La Pantalla de las Elites Funcionales

I

Es difícil negar con visos de razón que las diversas funciones sociales y los sectores que las cumplen son casi impensables sin la existencia de personas que los dirijan y vigilen, orienten e incidan en ese cumplimiento. No sólo en las sociedades llamadas "modernas", sino también en las que hoy se califican pudorosamente de "en vías de desarrollo", su presencia es un hecho susceptible de positiva verificación. Llamémoslas o no "elites funcionales", como tiende ahora a llamárselas, parece igualmente cierto que esas personas situadas en cada tope constituyen grupos dotados de una relativa estabilidad de posición, que para esto utilizan gran variedad de recursos formales e informales, alcanzan un efectivo liderazgo sobre sus dirigidos y, mediante todo ello, ni son sustituidos así como así ni "representan", de modo demasiado fiel, demasiado puntual, las características de sus bases o unas aspiraciones, una voluntad que casi siempre sólo es a su nivel que se articula con claridad.

Todo lo anterior posee volumen suficiente como para que el estudio de las "elites funcionales" no sea fácil de desahuciar. Sin embargo, si este estudio desplaza el de otro punto conexo y ese desplazamiento se sostiene con una persistencia que cabe sospechar de sistemática, es del caso preguntarse si no se está ante la pretensión de imponer una imagen de la sociedad que ronda la literal falsedad, que es "ideológica" en el peor sentido del término. Porque "la sociedad" es un término demasiado abstracto y hay que decir: la sociedad occiden-

tal o las diversas sociedades nacionales que aquella comprende y sobre las cuales de manera inevitable, debe aplicarse cualquier análisis. La sospecha de que algo ilegítimo quiere deslizarse al socaire de una atención así centrada en las "elites funcionales" puede verse en una sencilla pregunta: ¿se mueven —en una sociedad de clases, o burguesa, moderna o tradicional—: se mueven al mismo nivel, pongamos por caso, la elite obrera y la elite empresaria, la elite agropecuaria o la elite activista estudiantil? ¿Poseen la misma cuota de poder? ¿Son al mismo título elite, o selección decisoria, o acaso el concepto puede cubrir todas las variedades de modo tan tenue que reduce drásticamente su pretendida eficacia?

Creo, con todo, que la interrogación se contesta aun con más seguridad si se sitúa esta especial insistencia de la sociología y la ciencia política estadounidenses respecto a las "elites funcionales", en su inocultable función de réplica al renacimiento de la temática de la "clase dirigente" de Gaetano Mosca, cumplido por C. Wright Mills en su "The Power Elite" (1956). No se conoce con seguridad tanto como este clásico de la sociología contemporánea (clásico pese a sus muchos cabos sueltos, a sus serias imprecisiones teóricas) la multitud de réplicas que el libro de Mills provocó. Y es justo que así sea. Ni las objeciones de Parsons, de Dahl, de Bell y de tantos otros invalidaron lo esencial de aquel diagnóstico del "fin de las ideologías" y otros temas de igual jaez. Ni la infinitamente más aguda de Parsons destacando entre los supuestos de Mills la noción de cierta cantidad "limitada" de poder, una noción que en verdad no es imprescindible al planteo de Mills pero que, también, es muy difícil de destruir en la pequeña área de esas decisiones supremas que condicionan e imantan todas las otras. Ni tampoco las objeciones de Robert Dahl, ingeniosas pero últimamente sofisticadas, exigiendo "la prueba" de la "elite del poder" sobre el examen de situaciones en las que esta elite propiciara una decisión y el resto de la sociedad otra, y se probase efectivamente el triunfo de la primera. (Con lo que olvida que en una sociedad modelada por una efectiva concentración de poder la "alternativa popular" ya se halla modelada parcialmente por el querer de la minoría y ésta ni documenta sus decisiones (ni siquiera las adopta formalmente) y menos las propicia por sí, sino por sus personeros del nivel medio.)¹

Pero nuestro tiempo es el tiempo científico de los "modelos" y ha sido la vía del "modelo de la elite dirigente" la que, como respuesta lateral a la tesis de Mills parece haber rendido mejores servicios a esa ciencia social norteamericana siempre tan desvelada en la justificación de los poderes socioeconómicos establecidos. A ella y a esos sociólogos del ancho mundo habituados —por una especie de reflejo condicionado— a hacerse eco de todas sus opiniones, tal como Gino Germani lo simplificaba no hace mucho tiempo en una encuesta planeada por una revista de Montevideo.²

Dije "el modelo" de la elite dirigente. Habría que decir "un modelo". Todo consiste en dotar a la "crema del poder" de tales características de trabazón interna, origen y comportamientos comunes, estabilidad, renovación cooptativa y autosuficiencia en la adopción y el cumplimiento de decisiones que, en la práctica, en ninguna sociedad contemporánea pueda confirmarse. Todo es cuestión de acentuar los trazos. Tras lo cual, sus autores quedan muy tranquilos, muy seguros de vivir en colectividades de acentuada y democrática "movilidad social", libres, habría que creerlo, de cualquier hegemonía de clase, esa rémora de las "sociedades tradicionales" que una aséptica "modernización" cancelará.

Todas estas reflexiones y muchas más suscita el considerable volumen en el que se ha reunido los trabajos aportados al seminario sobre elites en América Latina que tuvo lugar en nuestra ciudad, durante el mes de junio de 1965, bajo el patrocinio de la Universidad de Montevideo, el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de California, en Berkeley y el decedido Congreso por la Libertad de la Cultura.³ Como tal vez algún lector de "Marcha" podrá recordar, esta reunión provocó en nuestro medio algunas reservas —cuyo rol me cupo iniciar—⁴ y también ciertas aclaraciones que hicieron más perentorias su relativa coincidencia con las muy mentadas indagaciones de opinión tipo "Camelot" y el barullo en cadena sobre el ya citado Congreso por la Libertad de la Cultura, a partir de las revelaciones del "New York Times". Dejados atrás estos meteoros de escándalo es a resultados a los que hay que atenerse, y el volumen los despliega con generosidad.

II

Es comprensible que todo estudioso —“científico” o no— mire la realidad desde una particular perspectiva, tenga sus propios puntos de vista, adhiera a ciertos valores (morales, sociales, culturales) y rechace otros. Si quiere empujar su saber en “ciencia”, alcanzar conclusiones compartibles, ser “objetivo”, esta aspiración casi se identifica con su éxito en reducir el margen de deformación que esa carga personal inevitablemente impone. Toda ciencia —y más la ciencia social— es de alguna manera la síntesis dialéctica entre las inducciones que un material proporciona y las inducciones que, desde el hombre que lo maneja, se ejercen sobre ese material. Todo esto es obvio, naturalmente, al mismo tiempo que plantea las más delicadas cuestiones que sobre las posibilidades y modalidades de la verdad existan. Cualquier investigador honesto lo reconoce así y se sujeta a la resta que, a su aspiración a la absoluta objetividad, sus condicionantes practican.

Decir que la mayor parte de los contribuyentes a “Elites y desarrollo en América Latina” parecen haber dejado de lado esas cautelas no importa negarles esa honestidad a que me refería, por lo menos (o por lo más) subjetivamente entendida. Pero la sociología norteamericana es un cuantioso cuerpo de conocimiento poseído de modo creciente por la conciencia de la seguridad de sus métodos y de la certidumbre de sus resultados. No escapa, sin duda, y más bien simboliza, ese síndrome de soberbia nacional, ese pecado de “hybris” que tantos norteamericanos advertidos han denunciado como difusa enfermedad de su pueblo. Digamos también, como factor decisivo de la creciente y frontal resistencia que en tantos otros pueblos despierta. Agréguese todavía que cuando esa sociología —política o no— del “scholar” estadounidense aplica sus métodos al resto del mundo esa inconsciencia de sus supuestos, esa carencia epistemológica, le hace caer en un “etnocentrismo” que todos sus cultores conocen teóricamente muy bien y del que en la práctica no escapan casi nunca. Algunos autores norteamericanos, caso de Holt y Turner, han señalado cómo ciertos acatados planteos —tal es la teoría de las “fun-

ciones políticas” de Gabriel Almond— convierten a los Estados Unidos y su sociedad en una especie de gran “escatón”, de gran estadio final de bienaventuranza para todos los pueblos del mundo. Y un teórico tan moderado como Georges Burdeau no ahorra sus ironías sobre la dogmática preferencia que esta corriente de pensamiento confiere al “control social” sobre el “control estatal” (es decir: al control que ejercen los grandes poderes sociales decisivos, sobre cualquier contrapeso que un estado y un gobierno apoyados en los sectores populares puedan querer oponerles).⁵

Me atrevo a decir que si algo tiene de globalmente valioso el libro compilado por Lipset y Solari es la transparencia con que se ofrece tal tipo de supuestos. Y si se piensa que ellos son los de la mayor masa de estudios que sobre Latinoamérica se está acumulando (la contribución estadounidense excede largamente todas las contribuciones sureñas sumadas); si se piensa todavía que de esa masa se desprenden direcciones y modelos para una labor latinoamericana crecientemente menesterosa y dependiente, creo que vale la pena enunciar, de modo breve, cuáles son esos supuestos, dejando a la opinión de cada uno apreciar su actual o potencial significado.

El primero y omnipresente es el que la meta a que las sociedades latinoamericanas aspiran o deben aspirar es la llamada “modernización”.

Pero el de modernización (y es el segundo supuesto), importa un concepto abstracto; en cuanto se concreta en “modelo” ese modelo es el de las naciones industrializadas y maduras de Occidente: un pasito más, imperceptible, y son los Estados Unidos. En suma: la meta de Latinoamérica es parecerse a los Estados Unidos, y creo que sólo en una ocasión se acepta en todo el libro, que la modernización tenga otras versiones posibles. (Es cuando Lipset reconoce —aunque muy de paso— que los valores de “universalismo” y “eficiencia” tienen más alta realización en la educación de los países socialistas que en cualquier otra parte).

Un tercer supuesto, nunca fundado pero siempre sostenido, es que esta “modernización” puede ser cumplida de modo suave, evolucionario, si se da con la debida estrategia.

Con la debida estrategia o tal vez (es el cuarto supuesto) con los debidos protagonistas. La modernización parecería imponer antes que otros requerimientos, el de elites capaces de dirigirla (y de ahí el presente libro). La clase empresaria, los sectores técnicos, los dirigentes gremiales obreros, constituyen los grupos más responsables y capaces de propiciarla y, a menudo lo hacen, sin despreciar tampoco el aporte esencial de una educación no sólo más difundida, sino capaz de socializar los valores adecuados.

En Latinoamérica —y es el quinto supuesto— los comportamientos modernizadores no sólo son débiles por su general incipiencia, sino porque están amenazados por dos descomunales peligros. Esos peligros son la “tradición” y el “extremismo”. Puesto que ocurre que, a un lado, varios sectores (agropecuarios, militares, eclesiásticos) la combaten y tienen armas poderosas para hacerlo; se supone que estos grupos “feudales” actúan como lo hacen no por el “interés de clase”, como habitualmente se entiende, sino por reflejos o valores hostiles a la anhelada modernización. Pero es por el otro cabo, sobre todo, que las cosas alarman, ya que todos estos sociólogos (o la mayoría de ellos) consideran al “extremismo” la forma suprema de indeseabilidad entre todas las vías de modernización que puedan concebirse.

Resulta impresionante, en verdad, el modo ingenuo con que tantos universitarios afamados sostienen con el mayor desprecio y acompañados por todas las fanfarrias de la “ciencia”, supuestos tan descarnadamente “ideológicos”. Sobre el último punto, especialmente, contra ese “extremismo” tan disfuncional al dominio pacífico de la superpotencia, cuatro o cinco aportantes ofrecen una verdadera antología de fundamentaciones. Unas fundamentaciones tan fervientes, tan inseguras, que son capaces por sí solas de despertar en el más incauto, recelos sobre la validez general de muchas conclusiones que bien se pueden defender.

(-----)

Quienes tratan de hacer pasar bajo su presunta autoridad profesoral tan meras opiniones no resisten, sin embargo, la tentación de

comillar sarcásticamente todos los términos usuales del lenguaje cívico latinoamericano, lo que no sólo es un rasgo de este libro, sino también del enorme material que engruesa. Pues parece que nunca un sociólogo de esta dirección se hurte a subrayar el presunto origen pasional de nuestras claves políticas de uso si no escribe “socialismo” y “capitalismo”, “oligarquía”, “marxismo” y (sobre todo) “imperialismo yanqui”, ese calumniado fantasma.

Algún día, y con más tiempo, habrá que examinar a lo largo y a lo ancho todas las derivaciones que se desprenden de una corriente intelectual (y que este libro representa cabalmente) que bien puede considerarse hoy el más poderoso instrumento de alienación y colonización cultural que entre nosotros se está menejando.

Tendrá que indagarse, por ejemplo, qué implicaciones ideológicas posee la empecinada, tediosa percusión de metas tan abstractas, tan asépticas como esas que representan la “modernización” o el “cambio”. Unas metas, unos señuelos que, como es obvio, no son adheridos ni abrazados existencialmente por ninguna postura o grupo o clase social en cuanto tales. Lo son, sí, a través de fines, imágenes y contenidos que son inevitablemente facciosos a esa noción primera, genérica e irreal, con que quieren encauzarse reclamos y domar impacencias.⁶ La “revolución” es una fórmula, aunque no la única: las clases dirigentes tienen también las suyas, si bien más discretas.

Casi todos los aportadores al libro han adoptado (y es común que se haga) el sistema de las variables-pautas de Talcott Parsons, presuntamente adecuadas para marcar los contrastes entre una sociedad moderna y una sociedad tradicional. Siempre han existido inventores y han existido séquitos, y es inevitable que para varios de los contribuyentes al volumen (cuya relativísima capacidad intelectual transparece en cada una de sus líneas) cualquier categoría interpretativa se convierta en verdaderas anteojerías, ya capaces de filtrar toda realidad pasible de ser adecuada a ella, ya de dejar fuera del campo toda la que se resiste a tal manejo. Poco importa que su creador o los críticos más autorizados hayan aseverado que “sociedad moderna” y “sociedad tradicional”, tal como se definen por cada lote homogéneo de “variables pautas” representan meras

abstracciones: no hay un aventajado discípulo que no rellene sus pergeños hasta la exasperación con "universalismo" y "particularismo", "especificidad" y "difusividad", "adscripción" y "logro", "neutralidad emocional" o "afectividad".

Tediosas o no, importa mucho más señalar que tanto este instrumento conceptual como la pretensión universal de toda una serie de teorías sobre las funciones del "sistema político" implican por una parte esa deliberada idealización (apenas cautelada en ocasiones: págs. 18-19, 143) de la sociedad norteamericana, en tanto que apenas se vela (y la cortesía no es muy frecuente) el profundo desprecio que nuestros países, a veces en sus mejores calidades, les inspiran. A esos Estados Unidos donde predomina el "igualitarismo", donde reinan el "universalismo" y la "orientación hacia la comunidad", donde ninguna clase considera *supremos* sus intereses, modelo de *sociedad moderna pluralista*, donde todas las funciones políticas están claramente diferenciadas⁷ se opone Latinoamérica como la sombra a la luz. Mucho le objetan estos profesores y casi todas las objeciones son ciertas, aunque sin atender, y es natural, hasta qué punto la proyección exterior del sector público y privado de los Estados Unidos ha sido decisivo (que lo diga el área del Caribe) en el mantenimiento (y aun en la existencia) de las rémoras que señalan.

Con todo, el contraste es más que un mero contraste y su intención es tan clara que el más desprevenido puede advertirlo en casi todas las páginas del estudio de Lipset que abre el volumen. La gran incriminación que se hace a la sociedad latinoamericana es que a causa de su "tradicionalismo" (¿por qué no, también, de su disperso "extremismo"?), no se disponga a parecerse rápidamente a los Estados Unidos, demore la "*esperada norteamericanización*" (p. 230). Con lo que: a no engañarse. A través del atuendo científico y el arsenal de citas que casi todo este conjunto maneja, estamos ante la enésima versión de esas invitaciones que desde los inicios del siglo pasado se nos dirige a los pueblos latinoamericanos con el fin de convencernos de que nos parezcamos a las "naciones adelantadas". El procedimiento se ha refinado y ya no se nos propone tanto las exterioridades institucionales (parlamentos, partidos u otras recetas), ya no se nos ofrece las "añadiduras" (para usar el

término evangélico) sino los comportamientos y los valores radicales que llevaron a ellas. Algo se ha progresado. Aunque no lo bastante, empero, hasta comprender que, acaso, aunque aceptemos la meta (y algunos sudamericanos del siglo XIX estuvieron cerca de entenderlo), el camino, las formas, las técnicas y las instituciones idóneas tal vez hubieran tenido que ser, tal vez tengan que ser las más disímiles que pueda concebirse a las que los adelantados nos propusieron o nos preconizan.

(-----)

La cultura, las metas y el desarrollo

Con todo lo ya —y demasiado— dicho, todavía no he rozado siquiera las dos implicaciones mayores, más insistentes, más céntricas, del volumen. Son las que se refieren a las opciones capitales de índole cultural que el desarrollo importa y al papel (o la función o el rol) que los intelectuales asumen en ellas.

Lipset plantea con extrema claridad el primer punto. El desarrollo económico y social se moviliza tanto en procesos de orden económico como a través de una global sustitución de los valores culturales de una sociedad dada. Es estéril o últimamente insoluble cualquier problema de prelación: en último término las dos series de variables, se hacen presentes; la relevancia de la primera ha adquirido categoría de lugar común; no lo tiene, en cambio la segunda, aunque, para una amplia opinión, investigaciones como las de Max Weber sobre la relación entre la ética protestante y el capitalismo posean un valor no sólo probatorio sino generalizable. Japón, África y América Latina son los ejemplos que Lipset maneja para apuntar tres situaciones radicalmente distintas de esta relación entre desarrollo y valores culturales. Japón representó históricamente la feliz *conciliación* entre la perduración de los valores culturales tradicionales (de tipo

“particularista”) y los valores modernos y “universalistas”. En las nuevas naciones de África el *rechazo* frontal de los valores tradicionales se hace posible al identificarse esos valores con un pasado de subordinación y explotación coloniales: la adopción de los valores modernos no encontrará en ellas otros obstáculos que aquellos que signifiquen ciertos comportamientos remanentes huérfanos —es de presumir— de toda coherencia doctrinal. América Latina es, inversamente, el caso de la persistencia estéril y el apego a los valores de tipo tradicional. Y la correlativa hostilidad a todos los valores modernos que condicionan el desarrollo se explica (o se explicaría) en que tanto el espíritu como las actitudes que le son adversas se suponen identificadas con la personalidad misma, con la vocación ideal de nuestras sociedades.

Poco más, en concreto, sostiene Lipset, pero de lo afirmado es fácil colegir hasta qué punto, hasta qué grado son importantes las cuestiones que en ello están implicadas. Y como yo creo falso, impreciso y hasta sofístico el supuesto tríptico del sociólogo de Berkeley y Harvard, voy a tratar de discurrir a través de una serie de interrogaciones. Es un viejo recurso retórico, pero en la ocasión presente nos servirá y no es tampoco, en ella, artificioso.

Primera: ¿existe un núcleo unitario, compacto, de valores tradicionales igualmente inadecuados, o contraproducentes, o “disfuncionales” al desarrollo? Si nos movemos dentro del repertorio de “variables - pautas” con que estos científicos-sociales se manejan; esto es: si para el juego respetamos unas reglas que mucho tienen discutible, no es difícil concluir que algunos de los valores que bien pueden caracterizar nuestras sociedades tradicionales resultan, efectivamente, hostiles a cualquier tipo de desarrollo concebible.

Esta incompatibilidad, por ejemplo, sería más que evidente en el caso de lo que en la jerga de los profesionales se denomina “adscripción” y “particularismo”. O sea, traducido al entendimiento común, en el primero: la valoración del individuo en base a sus antecedentes, o nacimiento, u origen y no por sus capacidades concretas; en el segundo, entre otras versiones posibles, el predominio de criterios personalizados, singularizados, cargados de afectividad respecto a los que cabe categorizar como impersonales, o generales, o racionales. Imagínese la

organización de una empresa, la selección de su personal, su gestión y se entenderá claramente el significado de la incompatibilidad. También suele agregarse la “orientación hacia sí” y no “hacia la colectividad” y el “elitismo” frente al “igualitarismo”, esta última variable un personal agregado de Lipset a la serie de Parsons que habilita, por parte, para abrir una interrogación que no sólo a él compete. Pues lo que habría que preguntar es hasta dónde estos “valores” o actitudes que los sociólogos norteamericanos le endilgan a la sociedad latinoamericana no son patrones de conducta que en la propia sociedad norteamericana sobreabundan, sin que al parecer dañen sustancialmente su fuerza económica. Hasta qué punto, también, tales pautas —y especialmente la de la “orientación hacia sí”— caracterizan mejor a una sociedad tradicional relativamente armónica que a la más competitiva y ultramoderna. Como ya lo recordaba en mi primera nota, Lipset y sus seguidores, adelantando la objeción, se refugian en la afirmación de que “sociedad tradicional” y “sociedad moderna” son tipos puros y extremos, por lo que tampoco los Estados Unidos o las sociedades occidentales europeas acceden plenamente a la segunda categoría. Es un reconocimiento, sin duda, esta dilución de la antítesis. Pero tal vez tampoco llegue él, de esta manera, a conjurar el impacto que sobre la antítesis misma, por abstracta que sea, ejercen fenómenos como el tan señalado en las empresas norteamericanas de un “elitismo” sin embozo y una creciente significación de los criterios adscriptivos de origen y compadrazgo, capricho y acumulación de títulos formales (que no testimonian ningún logro ni lo aseguran en el futuro, como bien se sabe).

Segunda interrogación: esos “valores” o comportamientos hostiles al desarrollo económico y social —aun agregando a los anteriores el más global del desinterés aristocrático y “espiritualista” por todo lo económico, práctico, productivo—, esos comportamientos digo, ¿son defendidos, son adheridos por todos los sectores latinoamericanos? Mediante un arbitrio de “personificación” muy poco científico, Lipset parece suponerlo así: esa Latinoamérica hipostasiada, desprecia los medios y las conductas que permitieron alcanzar las metas yanquis. Algo habrá que decir del “arielismo” que a troche y moche estos extranjeros nos atribuyen, pero antes de hacerlo hay que sostener con

gran seguridad que el predominio de la "adscripción" (origen, vinculaciones sociales), el "elitismo", el diletantismo, el "espiritualismo" decorativo, la mímica del "desinterés" sólo pueden valer, y esto bastante relativamente, como características de ciertos sectores muy tradicionales. Estos sectores, tan inclinados a cierto empaque reaccionario del subtipo paternalista, sólo son obstáculo gravísimo en cuanto disfrutan de una situación hemisférica de poder, de un cuadro de fuerzas en el que es, justamente, ingrediente supremo la presencia de todas las agencias estadounidenses de influjo. Jorge Graciarena ha escrito⁹ algunas páginas muy agudas sobre la paradoja implicada en que las modalidades del poder yanqui aparezcan asociadas en los hechos, y asociadas de manera tan firme, con la capa social más regresiva y por regresiva más impenetrable a todos los comportamientos propicios a ese "desarrollo", y aun a su idea misma, al que los dirigentes norteamericanos dicen aspirar para nosotros. Puede defenderse, en cambio, con buen acopio de razones, que bastante ajenas son a todas esas rémoras justamente aquellas clases y grupos cuyos capítulos de aspiraciones bloquea hoy, y sin resquicios, la omnipresente suspicacia "antisubversiva" de los medios de penetración de los Estados Unidos.

El ejemplo de Cuba nunca, curiosamente, es tenido en cuenta por estos teorizadores sociales, va por otras razones de más complejo diagnóstico. Y en verdad es lástima, porque Cuba demuestra del modo más fehaciente que el presunto apego a los valores culturales hostiles al desarrollo representa, más que otra cosa, tendencias superestructurales, remanencias factibles de erradicar con rapidez cuando se trastoca el sistema de poder característico de cada sociedad global, por lo que, inversamente, sólo impregnan a ésta en tanto esa estructura de poder se mantiene.

Cada respuesta a las interrogaciones que me voy planteando desbroza el paso de las posteriores y puede ahora abreviarse. *Tercera pregunta:* ¿existe un núcleo compacto —e indivisible— de valores y pautas "modernas" y favorables al desarrollo que Latinoamérica se resista a adoptar y que deba adoptarse? Dejando al margen la reserva, ya apuntada, de que haya "una Latinoamérica" socio-cultural a la que puedan imputarse una u otra actitud, la respuesta parece positiva, y positiva de manera harto clara, respecto a ciertas "pautas-variables",

si es que seguimos usando la jerga de moda. Es el caso del principio de "eficiencia" o "logro", en el que bien podríamos subsumir el dinamismo laboral, triaca de la famosa "pereza" latinoamericana que tanta tinta hizo correr en el siglo pasado. Es el caso también del "universalismo" concebido como impersonalidad y racionalidad imprescindibles, aunque tantas otras acepciones quepan en él. (Lo que de paso me permite insinuar que estas prestigiosísimas "variables-pautas" del profesor Parsons no sólo son meramente enunciativas y harto completables (el mismo Lipsset agrega otras en el presente volumen): no sólo (ya lo decía también) no son imputables con claridad inequívoca a uno u otro tipo de sociedad —tradicional o moderna—; no sólo son todo eso, sino además —y el "universalismo" es un caso— deliciosamente equívocas y flotantes.)

Volviendo a lo que buenamente podemos reconocer como necesario a nuestro desarrollo, a todo lo que al presente asume escasa cuantía en Latinoamérica, agreguemos todavía el "igualitarismo" y la "orientación hacia la colectividad", no sin dejar de asombrarnos (vuelvo a remitirme *ut-supra*) que estos distribuidores de pautas y de roles se los concedan con tanta facilidad a su encomiada aunque no siempre encomiable sociedad.¹⁰

Tras esa línea de requerimientos se desliza otra, y esto es lo que hace muy peligrosos estos planteos, tan urgentes de una inquisición y reducción "ideológicas", aun tediosa, como la que estoy tratando de cumplir. Tras estos requerimientos, y amplió así una observación preliminar, se desliza todo el lote de comportamientos y valores que identifican a la sociedad capitalista occidental en su fase monopolista: en suma, a los Estados Unidos. Vale la pena mencionarlos aunque para ello haya que recurrir al testimonio de las artes y a los vituperados "sociólogos populares", si bien David Riesman no esté considerado tal y mucho nos haya enseñado; con su excepción, a los sociólogos "serios" no les gusta incursionar en estos temas. Simplemente enumero: la "orientación hacia sí", el feroz egoísmo del éxito a todo trance, la pugna afanosa por un "status", cuyo índice son ciertos símbolos materiales a cuya posesión el hombre lo subordina todo. La soledad y la incomunicación humanas, la ruptura de los vínculos comunitarios, difusos o concretos, y la tendencia a un aislamiento local y sectorial

en el que se expresan crecientes tensiones raciales y de clase, en el que se materializan —aun se visualizan— procesos de deterioro de una integración social de pasada y evidente efectividad.¹¹ Sumemos la “racionalización” impasible (de alguna manera hay que llamarla) y la desautenticación de los vínculos interindividuales, que ya codificaron hace décadas esos *abyectos catecismos* para la influencia sobre las gentes, del tipo de los del famoso Dale Carnegie. Y la identificación de la felicidad con la dependencia total a “las cosas” y a consumos de más en más prescindibles y hasta atrofiadores del ejercicio vital. La “integración” y el “consenso” sociales logrados por un “ajuste” gestado, no sólo por la percusión implacable de los medios de masa, sino también por técnicas cada vez más intrusivas, más violatorias del íntimo fuero personal. Y un optimismo medicinal, de radio corto, sin aliento histórico ni esperanza temporal, en el que la misma fe religiosa, venta de seguridad ultramundana para ejecutivos precavidos es (aparte de serlo de conformismo social) un rodaje más de la máquina que anima el estereotipo del dinamismo y de la alegría. El “inside-dopster” y el “other-directed”, en suma, como modelos psicosociales a ofrecer a un mundo ansioso y admirativo.

Se dirá que estoy replanteando a nivel 1967 las objeciones de Rodó al 900. Pero Rodó amonestaba contra la imitación de un dechado nacional, que era el de los Estados Unidos, a cuyo “genio colectivo” específico, en proceso de corrupción, de pérdida de su hálito original, creía poder imputarlo todo. Y mal, podía saber mucho —todavía era una realidad incipiente— de la sociedad de masas tal como el capitalismo la inflexiona (hay otras versiones eventuales pero, ahora, descartables). En cambio, hoy creemos conocer que los módulos, las pautas de comportamiento, los valores con que —tras el “logro”, el “universalismo” y la “neutralidad emocional”— se quiere colonizarlos, sólo por un curso —y aun un absceso— de fijación pueden ser llamados estadounidenses. (Con lo que el desglose franquea la esperanza, felizmente, de que tal como nosotros, que hemos sido menos tocados por ellas, sus mismos promotores y víctimas puedan domesticar algún día tales venturas, ponerlas al servicio de una existencia plenamente humana.)

Ahora una *cuarta* (y casi última) *interrogación*. Supuesta la posibilidad de deslindar lo positivo y lo negativo que contengan estos valores modernos (es decir, lo moderno estrictamente y el avatar noratlántico de la modernidad), ¿puede concebirse que el destino deseable de nuestras sociedades sea la adopción plena, irrestricta de todas esas “pautas” (“especificidad”, “universalismo”, “neutralidad emocional” o “logro”) que han de facilitarnos el desarrollo? Debajo de su aparente abstracción, la pregunta arrastra un dilema en el que muy bien puede enhebrarse toda la lucha anticolonial y antimperalista en Asia, África y América Latina (y aun España hasta hoy y aun todo el siglo XIX ruso hasta la decisión que representó la revolución de 1917).

El dilema es y ha sido éste: ¿para abandonar la condición de “objetos” de la historia universal, para acceder a la condición de protagonistas en el ascenso de las sociedades de la especie hacia el pleno dominio del contorno físico y social, la riqueza, la libertad, la racionalidad, hemos de buscar parecernos o (mejor), identificarnos miméticamente con las sociedades noratlánticas más adelantadas o cabe otra posibilidad, otro camino, otra solución más deseable y (también) más compleja? ¿Cabe, acaso, la posibilidad de apoderarnos de las claves secretas del desarrollo modernizador y remodelar con ellas la estructura de sociedades que permanezcan sustancialmente fieles a sí mismas? O, sintetizando, ¿qué es más remunerativo: la sustitución total o la compaginación de los valores foráneos y los valores de la peculiaridad nacional y cultural? Con el término remunerativo quiero significar, ya que el vocablo no es inequívoco, posibilidades históricas creadoras a largo plazo, adecuación del contorno social a las mejores metas del hombre y, aun, esa “felicidad”, ese equilibrio interno, ese quicio que hombres y sociedades (pero ahora “todos los hombres”, sociedades enteras) alcanzaron en el pasado casi siempre tan precaria, tan fugazmente como el mismo Goethe, desde la cumbre de su vejez gloriosa, decía que había sido la felicidad para él. Sin la intención de agotar todos los rubros de un debate que ya mereció la atención de un pionero ensayo latinoamericano,¹² los partidarios de la segunda postura pueden bien invocar hoy que la copia formal de las instituciones y valores noratlánticos más prestigiosos, no logró casi siempre más que ahondar el penoso dualismo estructural de nues-

tras colectividades, acrecentar su vulnerabilidad económica e ideológica, aumentar, a través de la permanencia del "status" colonial, la distancia siempre mayor que les alejaba de la constelación de las metrópolis.

El intelectual, chivo emisario

... El intelectual no es un tipo humano fácil de caracterizar. ¿Es el creador de productos culturales y el custodio de una "tradición" en el sentido que Eliot le confería al término? ¿Es el que vive los datos de la realidad a través de su trasmutación en ideas y a ese nivel lo problematiza y replantea todo? ¿Es quien expresa, asumiendo a los demás, las cuestiones del sentido de la existencia, de la condición del hombre, de los fines y los valores de cada sociedad? ¿Es el órgano predilecto con que, en cada momento, se estructura a nivel de totalidad esa imagen del cosmos que es, radicalmente, la cultura? ¿Es el "especialista en generalidades"? Como se ve, muy largas, muy complejas, muy embarazosas cuestiones. Pero a los efectos de este planteo se nos abre un atajo brevísimo: como iniciaba esta nota un intelectual, y un intelectual latinoamericano es, por muchos cuerpos de ventaja, el tipo que más detestan algunos de los sociólogos que contribuyeron al volumen compilado por Lipset y Solari, y como hay que suponer que la abominación los hace clarividentes, operacionalmente —como se dice ahora— los tomaremos por guía. Lo cierto es que no faltan en varios estudios que la obra presenta y menos en el prólogo del mismo Lipset referencias hostiles al intelectual latinoamericano. Pero si alguien ha leído mis anteriores apuntes podrá suponer que la marca más alta de agresividad la ofrecen los aportes de esos dos fervientes candidatos a la yanquidad que son el brasileño Dillon Soares y el presumible puertorriqueño Frank Bonilla. En ellos, y a veces en las páginas de Lipset y de Scott, se amontonan los heteróclitos dictámenes de "tradicionalistas" y "terroristas", se les acusa de creer, ¡oh máximo pecado!, que en Estados Unidos exista una "elite del poder"; en ellos

se reitera que todo intelectual que se radicaliza es un "alienado" y que quien se pone al servicio de la revolución abdica de su papel de intelectual y en ellos, también, cada vez que hay que hacer referencia a nuestros filósofos o ensayistas se les designa de este modo: "pensadores".

Llegados aquí parecería innecesario precisar que esta bronca global contra el intelectual se endereza contra un residuo extra y/o aprofesionalizable. El "técnico", el "profesional" y el "científico" natural, tres papeles intelectuales claramente definidos, no les suscitan reservas sino, por el contrario, parecen merecerles amplia aprobación. Los tres son modelos de "especificidad" y de presuntos "logros" y los tres, probables y corporativamente, ya sea subordinados por la ayuda exterior, ya inscritos en la estratificación social dominante, no aparentan ofrecer grandes peligros de disidencia y "terrorismo". La zona que a nuestros investigadores les gustaría terraplenar es muy verosímilmente aquella que empieza a caracterizarse por la primacía del profesor universitario, el escritor y el periodista político. Y es explicable: por su misma condición de escasa o relativamente profesionalizados, son ellos los que tienden, y esto es cierto, a mediatizar el aspecto formal de su papel a un contenido, una ideología o una postura a prestigiar: reléase el admirable discurso de Mario Vargas Llosa en Caracas¹⁶ y se entenderá no sólo lo que quiero decir sino también, con perfección cabal, por qué detesta a los intelectuales, escritores y bichos pensantes en general, cierto tipo de sociólogo flacsista.

Persistiendo en su vocación de pensar y crear a todas las intemperies, profesionalizándose allá donde, como en Cuba, se cotiza la contribución del intelectual nativo a nivel más alto que los "tapes", los "readers" y otros medios de imbecilización en masa; desalojado por el especialista en las felices sociedades industriales, su destino fatal es la "alienación" más desesperada. De las "variables-pautas" de Parsons es la "difusividad", en último término, la gran culpable. ¿Qué menos "específico" —o especializado— que temas como el sentido de la lucha nacional o el significado de presencia del hombre en el mundo o el sempiterno cuerpo a cuerpo con los feroces torcedores de la soledad, del amor, de la muerte?

El profesor Soares reconoce que éste es el sino del intelectual pero, relativamente ciego a los valores que tal sino representa, tiende a verlo como una dificultad o una carencia. El intelectual de raza sabe que eso forma parte de su lote y afronta sus consecuencias.

Verifico hechos: que no se trata tampoco de "idealizar" al intelectual; al intelectual latinoamericano ni al de ninguna otra latitud. Demasiado difícil y amenazada es su condición en casi todas las circunstancias como para que, entendido como tipo, el intelectual no alce en torno a sí, defensas (a veces formas muy negativas de resentimiento, más a menudo de una insufrible egolatría) que no lo hacen un espécimen particularmente agradable. Lo que se trata de indagar ahora es otra cosa y esa otra cosa son los móviles de una diatriba que cubre bajo el rótulo general a tipos tan distantes como un académico del Instituto "Caro y Cuervo" colombiano, a un ensayista brasileño que pasó por el I.S.E.B. o a un rioplatense devoto de Lukács, de Sartre, o de Levi-Strauss. Digamos también de una diatriba que cubre a justos y a pecadores (si se visualizan esos aspectos negativos tan difíciles de escamotear) y aun apunta más contra los primeros que contra los segundos, pues suelen ser aquéllos, precisamente, los más eficaces, los que poseen acción de mayor alcance.

¿Por qué esta insistencia contra "estos seres políticamente radicales y socialmente conservadores" (pág. 211), "tradicionalistas y anti-modernos", atacados por todas partes bajo acusaciones de "deslealtad y subversión deliberada" (pág. 191)? La ignorancia del profesor Bonilla en todo lo que tiene que ver con la historia cultural latinoamericana le lleva a subrayar con especial énfasis para nuestro continente la general incompatibilidad entre el hombre de acción y el hombre de ideas, lo que tiene ciertos visos de verdad si se toman los extremos y se olvida la armonía entre teoría y praxis que testimonian tantos grandes jefes revolucionarios de nuestro siglo, sean ellos Lenin, Mao, Ho Chi Minh y aun hombres de otra latitud ideológica, como de Gaulle. Pero Frank Bonilla parece desconocer más directamente el ejemplo cimero de Martí y aun toda la generación argentina de los emigrados (un Mitre, un Sarmiento, un Alberdi) que, nos guste o no, echó las bases de un país distinto. Entendida en términos continentales, la afirmación de Dillon Soares de que en el pasado nuestros intelectuales

poseían "un papel claramente definido" (pág. 193) es aun más errónea: únicamente, y éste indeciso, lo tenían en cuanto miembros de las oligarquías gobernantes: fuera de ellas sólo podían contar ya sea con la persecución, ya con la inocuidad, el silencio o la displicente relegación. Y si es cierto que nuestros intelectuales y escritores han fracasado en alcanzar una síntesis que "dé sentido, coherencia y expresión dramática a la vida regional" (Pág. 199), si no han cumplido las tres tareas asignadas por el profesor Friedman de "servir de mediadores a los nuevos valores, formular una ideología eficaz, crear una imagen convincente de la colectividad" (pág. 33), ¿hasta qué punto no nos nutrimos de estos fracasos y persistimos en la tarea de lograrlo y hasta qué punto —miren en torno estos científicos la realidad del país cuyos poderes sirven— lo han alcanzado los intelectuales y escritores norteamericanos? ¿En qué desván, en qué congeladora está la tradición de generosidad, libertad, igualdad y universalidad que representaron Lincoln y la "Great Generation" y que fue luz de nuestra Latinoamérica durante medio siglo? ¿O acaso lo que se les reprocha a los intelectuales de nuestro continente no es que no lo hayan conseguido —larga, trabajosa tarea que nunca alcanzarán ellos por sí mismos— sino justamente el pecado imperdonable de que lo busquen?

Quiero decir: que busquen esa "*síntesis, esa ideología, esa expresión dramática de la vida regional*" por las vías más antipódicas de lo que los flacsistas querrían que lo hicieran. La hostilidad al intelectual no tiene otro móvil, digámoslo ya, pues llegó el momento de ser concreto. Con todas las deserciones penosas pero excepcionales que puedan apuntarse (y pienso en un Jorge Luis Borges más ciego de emoción americana que de miopía física, rubricante dócil de todas las ineptias de la propaganda enemiga), con todas las deserciones, los intelectuales siguen constituyendo el núcleo más resistente a la seducción o a la intimidación foránea. Técnicos, profesionales, hombres de ciencia son fáciles de copar si su bagaje ideológico es borroso o el apetito material muy despierto; al intelectual "cultural" o "difuso" nunca se le ha ganado por entero y cada baja que un seducido representa es ocupada por otros que tendrán la palabra traición a flor de labios.

Para explicar la disidencia prácticamente masiva del intelectual latinoamericano frente a este desarrollo manso, a este desarrollo en "adagissimo" que cultura y política norteamericanas nos proponen, la sociología yanqui-flacsista dispone de un nutrido lote de estereotipos.

El primero y más usado, el más importante, consiste en atribuir la resistencia a la yanquización al hecho de que los intelectuales son "arielistas". Se encuentra con bastante profusión en el presente volumen pero ya había sido articulado por el desaprensivo Kalman Silvert en un mediocre libro sobre América Latina que, inexplicablemente, mereció los honores de la traducción al castellano.¹⁷ Según esa "categoría analítica" sería la hostilidad al "pragmatismo" y al "materialismo" de los Estados Unidos, el desprecio al trabajo y a la eficiencia, el desinterés por la actividad económica, la adhesión a valores estético-hedónicos de localización social aristocrática, los que promoverían la negación intelectual latinoamericana a la vía, aparentemente apacible y anchísima, que nos llevará a identificarnos con la "plenty society". Pruebas corroborantes: hay un arielismo antiyanquista "de derecha" (de "ciertos 'pensadores' de la derecha" habla Lipset). Pruebas corroborantes: las remuneraciones generalmente misérrimas del universitario latinoamericano son casi una condición impuesta por la propia víctima como medio de no renunciar a sus prejuicios aristocráticos a favor de una labor intelectual gratuita o semigratuita (pp. 38 - 39). Como si esto fuera poco, el corolario risible del "ariélismo" que denuncian Silvert, Lipset, Bonilla y el profesor Gláucio Ary Dillon Soares es la convicción presunta de la superioridad moral latinoamericana frente a los Estados Unidos. Este "mito" (pág. 192) el profesor Bonilla parece husmearlo en todos lados. Y se dedica a fumigarlo en serio.

Pero es el "a moro muerto, gran lanzada" de un viejo adagio español. Ya nadie medianamente despierto cree en esas justas deportivas, con "ranking" previo y tabla de posiciones, por la superioridad moral o intelectual entre conglomerados de pueblos. Por lo menos entre los nuestros, desde que los últimos fuegos del "ariélismo" se han ido apagando y el tema sólo repta ocasionalmente en el lugar común

de las infra-ideologías. De lo que ocurra en otras veredas del mundo no estamos tan seguros.

En la nota precedente de esta ya tediosa serie, examiné con cierta detención el mar de ambigüedades que el manejo de las categorías de lo "moderno" y lo "tradicional" conlleva cuando es la sociología norteamericana la que los maneja. En esa misma nota, por ello, subrayé que los valores de la modernidad capitalista y que —aun los prohibidos— no se conciben como incompatibles con otro lote de valores, tradiciones y comportamientos que connotan desde sus más sumergidos estratos populares y culturales a nuestros pueblos. Que estos valores poco o nada tienen que ver con el "ariélismo" sólo puede ignorarlo quien desconozca la estricta localización de ese "ariélismo" en un marco de vigencias culturales que sólo en las primeras décadas del siglo poseyeron cierta tenue vitalidad y que fueron acremente revisadas tras la primera guerra mundial. En el primer "Cuaderno de Marcha" dedicado al cincuentenario de la muerte de Rodó tuve ocasión de desarrollar el tema y allí mismo de apuntar cómo los mismos sectores intelectuales esclarecidos de las oligarquías latinoamericanas rechazaron por contraproducente y ambigua la normativa ariélica. Los textos que colacioné de Francisco García Calderón y de José de la Riva Agüero (el ideólogo más eminente de la clase dirigente peruana, como lo recordaba no hace mucho Bourricaud) no escondían su estupefacción ante una preceptiva del desinterés, la contemplación y el ocio noble propiciada en un continente hundido en el atraso, la pobreza, la dependencia y las estériles querellas facciosas.¹⁸ Las generaciones que siguieron —dejando, claro está, al margen, un buen número de despistados— han persistido en tal actitud: la diferencia sustancial sólo radica, tal vez, en la concepción de los beneficiarios de los debidos (y nada ariélicos) comportamientos a fomentar.

NOTAS

- 1 Robert Dahl: "A Critique of the Ruling Class Model", en "Sociology: the Progress of a Decade". Prentice Hall, Inc., 1961. Puede seguir una ver-

- sión de las objeciones de Dahl en las pp. 21-22 del libro de François Bourricaud: "Poder y sociedad en el Perú contemporáneo", Buenos Aires, 1967. Digamos de paso que lo mismo ocurre con el concepto de "grupos de presión" (tan caro ya a nuestros repúblicos) cuando con su uso se pretende escamotear el hecho de que cada uno de ellos actúa a un determinado nivel de clase y que es este nivel el que determina o condiciona su influencia. O dicho en términos uruguayos: que un tipo de grupo de presión lo ejemplifica la Federación Rural o la Asociación de Bancos y otro muy distinto los jubilados de don Paulino González o los lectores de la Biblioteca de Villa Colón. Aunque tal vez no haya corte de continuidad entre los extremos, hay sí un abismo entre los medios de que disponen unos y otros.
- 2 "La Rueda", Montevideo, diciembre de 1965.
 - 3 Seymour M. Lipset y Aldo L. Solari (compiladores): "Elites y desarrollo en América Latina", Buenos Aires, Editorial Paidós, 1967, 515 págs. En la revista "Aportes" (publicación del I.L.A.R.I.), No. 1, julio de 1966, pp. 121-151 puede leerse un agudo aunque objetable balance del encuentro y las tesis presentadas, de François Bourricaud. (La revista "Aportes" no debe ser confundida con estos cuadernos, homónimos pero honrados —Paréntesis de los editores.)
 - 4 "Universidad: dos compañeros de ruta", en "Marcha" No. 1253, 7 de mayo de 1965.
 - 5 John Holt y Robert Turner: "The Political Basis of Economic Development", New York, Van Nostrand And Co., 1963; Georges Burdeau: "Método de la ciencia política", Buenos Aires, Depalma, 1964, pp. 258-263.
 - 6 De los lemas o estribillos sobre el cambio y/o desarrollo "acelerados" o "agresivos" habría que decir cosas mucho más serias, pero el libro no maneja estas fórmulas.
 - 7 Entre estas teorías, la de Gabriel Almond, por ejemplo, afirma que la diferenciación —y con ella la autonomía de ciertas "funciones": socialización, comunicación, información— es lo que caracteriza a una sociedad "moderna" o "madura". Traducido a términos concretos, significa que es su diferenciación respecto al estado y su asiento inverso en la "sociedad", y sólo si se piensa en la estratificación de la sociedad norteamericana y en el poder prácticamente incontrastado de sus sectores económicos más fuertes, se capta totalmente lo que la "teoría" implica. No hace mucho tiempo, el periodista Bob Fitch decía que los sociólogos norteamericanos consideran "moderna" una sociedad cuando los mismos que deciden la línea de las carrocerías deciden cuáles han de ser las modas intelectuales que dominen en las universidades. (En "Marcha" del 19 de mayo de 1967: "Los movimientos de liberación en África.") Es un sarcasmo, pero un sarcasmo que da en el blanco.

- 8 Aunque no pertenezcan a los trabajos de Bonilla y Soares, el libro ofrece algunos ejemplos deliciosos de estos subrayados de lo obvio que ofrecen blanco fácil a una sátira antisociológica a veces igualmente fácil. (Porque, se dice, una cosa es tener pareceres sobre los hechos y otra tenerlos verificados.) Pero voy al grano. El profesor Lipset cita con elogio (p. 17) las investigaciones del profesor McClelland, cumplidas a escala mundial, sobre la correlación entre los "valores de eficacia" tal como se ofrecen en los textos escolares de diversos países y el aumento en el consumo de energía eléctrica. Quedará, es claro, para otros esforzados investigadores indagar en las posibles correlaciones entre cualquiera de estas dos variables y unos cuantos cientos de otras más y posibles. El profesor Walker, después de analizar los resultados de cuidadosas encuestas llega a la luminosa conclusión de que "la educación superior no aumenta la confianza en las instituciones políticas democráticas en las sociedades donde dichas instituciones carecen de estabilidad" (p. 480). Dicho en otras palabras: no aumentan la confianza en lo que no hay. La creencia en lo que no percibimos sensorialmente se llama "fe" y cualquier conocedor de nuestro tiempo sabe que, de polo a polo, las "instituciones políticas democráticas" en la acepción liberal burguesa, no suscitan la "fe" de nadie. A lo más, cuando existen efectivamente, adhesión sí, aceptación, consenso sobre ellas.
- 9 Jorge Graciarena, en "Argentina, sociedad de masas", Buenos Aires, 1965, pp. 249-271.
- 10 Debe reconocerse, con todo, que el desigualitarismo norteamericano tiene otras modalidades que el nuestro y que la lucha feroz por el "status" no está tan reñida con la noción de ciertas posibilidades abiertas a todos los hombres como los comportamientos cínicamente antipopulares y antinacionales de minorías dirigentes latinoamericanas.
- 11 Me refiero al fenómeno muy estudiado del aislamiento de las gentes en barrios, en clubes, en instituciones estancas según pautas cada vez más sofisticadas de estratificación. Cada oveja con su pareja. En él se inserta, y tiene una de sus causas, el drama de los choques raciales en los grandes centros urbanos de los E.E.U.U.
- 12 Leopoldo Zea: "América en la historia", México, 1937.
- 13 Observaré que el marxismo, fuerza ideológica de primera entidad en la proyectiva social de los países del Tercer Mundo, enjuicia habitualmente todos estos valores como "reaccionarios" y hostiles a las pautas imprescriptibles de una modernización que tiene, como es natural, su modelo en las naciones socialistas. Pero sería tema extremadamente fascinante señalar como en la misma concepción del humanismo socialista, supuesta sobre todo la culminación del proceso que marca el tránsito hacia el comunismo, estos valores, anatematizados como reaccionarios, se dan en un nuevo contexto. No en balde recordaba Sartre en una entrevista no lejana

la afirmación de un hombre de ciencia soviético en el sentido de que cuando el hombre hubiera domeñado las fatalidades económicas, sociales y naturales, tan sólo entonces la dimensión trágica de la vida asumiría su entidad cabal. (Aunque pudiera aseverarse que en esta materia no hay un "antes" ni un "después", sino una irremisible simultaneidad.) Tomando otra variable: la afirmación de la victoria humana sobre la naturaleza, la típica nota prometeica del marxismo, no excluye la armonía y la efusión con ella y en ella: buena parte de la poesía y narrativa soviéticas abunda en este registro. Y nada tiene que ver, ciertamente, con el super-naturalismo socialista el aspecto más ingrato y repulsivo de la modernidad burguesa en relación con el ámbito natural. Me refiero, como es claro, al encanallamiento de los más espléndidos espectáculos naturales con la imbecilidad y la sordidez de la propaganda comercial. Pero aún se podrían inferir otros motivos en la hostilidad referida inicialmente en esta nota. Una es la tradición polémica entre la corriente antioccidental de sello eslavista-populista que representaron en la Rusia del siglo XIX figuras como Bielinski. Otra, la lógica aspiración por no dejarse desbordar o desafiar por direcciones culturales que mal pueden considerarse desarrollos "inmanentes" —en el sentido de Lefebvre— del marxismo. Y así, resistiéndolos, evitar la irrupción de esa mixtura de ingredientes socialistas-nacionalistas-populistas y religioso-tradicionales que es, sin embargo, y debe pensarse que por alguna razón profunda, la caracterización ideológica de una buena parte de las colectividades insurgentes del Tercer Mundo. Una última razón la constituiría la resistencia a elementos que chocan obviamente con la versión abaratada de los ingredientes racionalistas y optimistas del marxismo y, ni qué decirlo, con el aspecto tan perecedero y adjetivo que representa su dirección mecanicista.

14. Peter Worsley: "El Tercer Mundo", México, 1966, capítulos cuarto y quinto.

15. Todo esto debe ser entendido sin olvidar que este "espigar" en valores y comportamientos (una imagen, en suma) no es tarea nada fácil y hay mil formas de parar en un callejón sin salida contra una de éxito factible. La India representa un ejemplo aleccionador de tales dificultades, cuya superación bien puede pensarse que convoca una capacidad de invención histórico-social que hasta hoy ninguna experiencia nacional y social exhibe de modo fehaciente.

16. En "Marcha", No. 1367, 26 de agosto de 1967.

17. "La sociedad-problema", Buenos Aires, 1962, pp. 144-159.

18. En "Rodó", "Cuadernos de Marcha", No. 1, pp. 75-76.

HERRERA: EL CENTENARIO INCLEMENTE

Configuración de un liderazgo

El 22 de julio de 1873 nació en Montevideo quien sería el organizador y movilizador del Partido Nacional uruguayo en la etapa de la lucha política reglamentada. Fueron sus padres el doctor Juan José de Herrera y doña Manuela Quevedo Lafone. Del primero, canciller juvenil del presidente Berro y cerebro diplomático de la denodada resistencia oriental ante la avasalladora intromisión brasileña, recibió Herrera un mandato de recuperación y de revancha. Fue fiel a él, indeclinablemente. Pero —y éste es ya trazo decisivo de su figura— el revanchismo de los magnánimos y los perceptivos tiene —tuvo en él— características muy especiales. Digamos: es expansivo en vez de ser excluyente, incorpora e integra en vez de perseguir y proscibir, concede y reconoce en vez de fulminar, acoge a amigos y enemigos en el ancho regazo de la comunidad y los convierte de su erizada calidad primera en meros adversarios.

Esta actitud, esta proclividad suya por los entendimientos y acuerdos a veces más inesperados —y en nada reñida, dígame, con su fuerte estilo de luchador— ya permitiría inferir que fue la consistencia, la integridad de nuestra "patria chica" su más firme cuidado. Soterrada u ostensiblemente, el tema de la viabilidad material del país, la impecabilidad del consenso colectivo que lo afirmara como proyecto unitario hacia el futuro, los peligros que lo rondaban, siempre se entrelazó con su pasión de combatiente partidario y con las metas de más corto aliento del juego político. El angosto horizonte, así, del afán cotidiano y las grandes perspectivas del tiempo y de la historia no hicieron colisión en su persona ni afectaron la riqueza ni el interés que en dos dimensiones tan distintas ostenta su personalidad.

Si como pensador del destino nacional se le considera, parecería ya urgente sostener que su verdadera fertilidad estará en dar pie

al repensamiento del problema en otros términos, los de hoy, en sus-
 citar la reflexión analógica sobre cuáles serían sus posturas en un con-
 texto bastante distinto al suyo. Pues es evidente que su planteo es
 fiel expresión de las condiciones —también de los peligros— en que el
 Uruguay vivió esa etapa privilegiada, relativamente corta y probable-
 mente irreplicable de sus posibilidades de autonomía. Digamos: entre
 1880 y 1940. Anterior, por tanto, a las filosofías económico-sociales
 del desarrollo nacional que imponen en calidad de supuesto indiscu-
 tido la condición de un crecimiento industrial de base como habili-
 tante indiscutible de cualquier posible margen de autosuficiencia y
 crecimiento. Previo también, por supuesto, a las exigencias de la revo-
 lución científico-tecnológica posterior a 1945 que fija los requerimien-
 tos materiales de una comunidad independiente en un umbral casi
 inalcanzable ya no para las pequeñas naciones a medio desarrollar,
 sino incluso a todas las menos grandes.

Tal vez haya sido buena la oquedad y la hosquedad de estos
 cien años suyos para hacer amainar las brisas del Eolo oratorio a un
 diminuto soplo, para dejar incólumes en su seriedad, en su grave
 trascendencia, las múltiples cuestiones que su vida, su obra y su tiem-
 po suscitan en esta hora dolorosa de autoexamen.

Siempre el fenómeno de un liderazgo político de masas obliga
 a revisar la modalidad simplista, mayormente mecánica, con que se
 ha hecho hoy casi un dogma la deducción de lo político por lo social
 y lo económico.

La "libido dominandi", la busca del poder sobre los hombres a
 través de esa forma específica de mando llamada autoridad no cancela,
 por supuesto, las determinaciones que vienen de la implantación del
 individuo en el grupo o la clase social; no silencia el dictado de los
 intereses que derivan de esa implantación y de su sustento económi-
 co. Pero siempre, de algún modo, ensancha la gama de aquellas deter-
 minaciones, siempre hace menos estrechos esos intereses, menos exclu-
 sivista su afirmación. En muchos casos, todavía, y son los del auténti-
 co líder, esa pasión del poder puede convertirse en una alternativa
 absoluta y novedosa para el profundo impulso de imposición indivi-

dual: tan retributiva, tan sustancial como las satisfacciones de la for-
 tuna o la gratificación del prestigio, todo el destino del individuo es
 susceptible de jugarse en ella y por ella.

Agreguemos que si esto ocurre en el caso del poder político
 mismo o de las metas impersonales que con él pueden alcanzarse, esta
 fuerza se acrecienta regularmente cuando es el poder político la vía
 hacia el más alto "status" económico, como ocurre en las numerosas
 "nuevas naciones" de África. O un título al usufructo de bienes cuya
 propiedad estricta está más o menos vedada, como sucede en las socie-
 dades socialistas. O un complemento sabroso y hartó sustancial de la
 función pública (y también un camino hacia la riqueza privada) como
 pasa en el caso de los menos acaudalados en los llamados sistemas
 políticos pluralistas.

La trayectoria pública de Herrera, líder del Partido Nacional,
 ofrece una apasionante riqueza de atisbos para ceñir el problema y
 ejemplificar esta variedad de posibilidades. Pues ocurre que apenas nos
 acercamos a ella, dos evidencias muy diferentes se nos imponen. Una
 es la de su conservadurismo. Casi todas sus actitudes en materia eco-
 nómica y social corroboran. Con todos los trazos con que se la matice
 es inderogable y nadie en su época, en que tan mal se comprendieron
 otros aspectos de su pensamiento y actitud, nadie, repetimos, se equi-
 vocó, en este punto. La otra evidencia es la que con Batlle (tal vez
 con Rivera, reajustando hacia el pasado la categoría) fue Herrera el
 más notorio de los líderes populistas de nuestra historia.

¿Por qué vías se dio, se tendió una contradicción tan ostensible,
 tan estridente?

Comencemos diciendo que no hemos sido los primeros en reca-
 pitular un estilo de comunicación política y unos rasgos personales
 que dotaron a Herrera de un enorme desembarazo de acción sobre las
 multitudes de su partido. Campechanía y calidez deliberadas de trato,
 actividad incesante, memoria asombrosa de gente y episodios, manipu-
 lación de los temas y los giros lingüísticos más apropiados a sus varios
 tipos de público: todo eso y mucho más estuvo en su registro. Y más
 perceptibles resultaron de lo que pudieran serlo en otros ambientes si
 se los coteja con el modo más bien solemne y proceral, un si es no es
 envarado, de los doctores de su partido. Por esto frente a ellos no le

fue difícil ganar el carácter de líder popular y oponer su modalidad de identificación con las multitudes al gusto de la acción en conciliábulo de sus iguales y rivales intrapartidarios. Como de raíz caudillesco que era, tan distinto a la recelosa distancia que la clase media trató de guardar ante el “mero pueblo”, tanto también como el desdén tradicional de nuestros letrados por el “pajuncio” analfabeto, todo este lote de posibilidades a las que Herrera recurrió, no es diferente a lo que con término probablemente excesivo se suele designar como la índole “democrática” de nuestros caudillos. También Herrera poseyó, como otros, esa aptitud de mimetismo que sería mejor llamar “demófila”, ese reflejo del dirigente político rioplatense en el que concurren por lo habitual afabilidad, llaneza, seguridad de maneras y hondo conocimiento de la vida rural. Ese mimetismo, esa facilidad para parecerse a las gentes que lo entornan no importaba en casi ningún caudillo clásico y tampoco importó en Herrera una identificación cabal entre el líder y sus masas; no impidió que, interrumpido el contacto, el jefe fuera otra cosa, en comportamiento y lenguaje, que el que parecía que era. Y si todo lo anterior es rasgo de nuestro mundo caudillesco, también lo es, más llanamente, de todas las vocaciones políticas (no digamos tanto como las ocasiones políticas . . .) que producen las altas clases rurales. Esto, sobre todo en un medio en el que subsistían y aún subsisten los lazos de dependencia y reverencia tradicionales, un medio en el que se agradecía casi como una excentricidad la “ida al pueblo” de quienes no pertenecían a él.

Todo esto tiene evidente referencia con el “populismo” de Herrera, un calificativo de su postura que no sólo acrecentó su curso después de su muerte sino que, muy probablemente, hubiera rechazado. Y sería explicable que así lo hubiera hecho si se reflexiona en que el “populismo” como actitud de correspondencia y aun de concesión hacia los sectores sociales más desfavorecidos no es nunca —aunque exista quien ha creído lo contrario— una autodesignación. Es, a la inversa, un rótulo que colocan otros y que conlleva un ánimo crítico y hasta hostil: “populista” es aquel que siente algún oscuro impulso por los más débiles pero no es de los suyos, quien los halaga y alivia —a veces sólo los usa— pero no altera, en lo sustancial, sus condiciones de vida.

En el caso de Herrera, sin embargo, había algo más. Y esa porción supletoria tiene que ver, en parte, con la situación de clase del personaje y, en parte, asimismo, con las exigencias de su función.

En lo que tiene que ver con la primera, Haedo le ha llamado “desertor del ambiente en que se había creado”; quien esto escribe, en anterior ocasión lo calificó de “catilinario”, como también a Batlle; ambos patricios parcialmente desclasados de su condición que se acercan a “la plebe” y son capaces de hacerse sus intérpretes.

En este punto hay que recordar la declinación económica de su familia, cuyos bienes —entre ellos la famosa estancia “Las Bolas”— se perdieron en el financiamiento de la fallida revolución del Quebracho (1886), en los primeros arduos años de la juventud, en los que llegó a revistar como guardiacivil del departamento de San José (si bien no usara uniforme). Más tarde, en 1905, a los treinta y dos años, presentó junto a Carlos Roxlo y Julián Quintana, un paquete de proyectos de leyes laborales que la mayoría colorada enterró sin mucha ceremonia y fue sustituyendo después con los suyos propios. No eran los del tercio planteos muy radicales —ni siquiera para su época—, no fueron respaldados con especial empeño por sus propios autores, pero son algo. Y sobre todo, y a aquella altura (piénsese en las constelaciones políticas de Chile, Colombia, México, etc.), no excedían la postura habitual de una política conservadora. Algunos años más tarde, y a través de su matrimonio, se adscribió Herrera al más alto nivel, de la fortuna agropecuaria y parecería que tras ello nunca estuvo tentado a salir de sus contornos. Parecería que a cierta altura de su vida no velaba nada al afirmar: “No pertenecemos a ningún consorcio comercial, no tenemos acciones en ninguna sociedad anónima ni bancaria; no frecuentamos ninguna legación; nunca nos hemos ofrecido, como cosas, al mercantilismo de los poderosos”. Si se atiende a la negación que falta: era notoria su ligazón con el más poderoso clan agropecuario del país, no es difícil una especie de generalización. Como en el llamado “socialismo tory” del “burgués ciudadano” —si cabe el pleonismo— a los sectores dependientes del campo y nutrir de ese modo, con su apoyo, un gran séquito político.

Todo esto hasta cierta altura de su vida; digamos hasta pasados sus sesenta años. Tras ellos, durante más de dos décadas, este hombre

de hábitos señorialmente frugales, este político que reparte su tiempo entre el tejemanejo partidario y una oposición de demoledora eficacia, la febril lectura y composición histórica y una juvenil disponibilidad afectiva sufre, entonces sí, un proceso que no es excesivo calificar de "desclasamiento". Determinantes psicológicas, pasión por el poder a alcanzar, ansia de revancha política, abrieron su perspectiva social hasta una desusada anchura. Repásense, si se duda, sus consideraciones sobre el "bogotazo" de 1918. Aunque siempre escasamente atento a los fenómenos económicos de la sociedad, siempre vertido —a lo de Gaulle— sobre las realidades de la fuerza nacional y del sistema internacional, hubo en este hombre ya viejo un fenómeno, muy difícil de explicar en términos racionales, de literal sumersión en la masa, en esa **multitud nunca abandonada (. . .) en cuya matriz nos hicimos**. Expresiones tuvo entonces como ésta, en las que aun descontando la dosis incancelable de retórica, parece total esa especie de anegamiento erótico de toda su personalidad. En ese bálsamo de un cálido fervor de turba (muchas mujeres, niños y ancianos, sobre todo) envolviéndolo, entró en la muerte y en la historia, ostensiblemente victorioso, secretamente derrotado.

DEL MANUSCRITO INEDITO SOBRE LA CRISIS DE LA UNIVERSIDAD

He aquí un libro —uno de los tantos— perteneciente a esa clase sobre la que puede predecirse que "no conformará a nadie". Ni a tirios ni troyanos, romanos o cartagineses, rojos, azules o blancos. Las razones de este barrunto no son para ser expuestas ahora y quien siga adelante podrá advertirlas. Sea. Pero el riesgo de ser mal entendido es un riesgo que debe correrse cuando en el silencio, en la mudez, en la oquedad se hace necesario que alguien, aun sin especial calificación, hable para que alguien atienda y, si cabe, entienda. Por la multiplicidad de estos entendimientos, aun onerosos para el atendido, se puede llegar a un hacerse cargo de la situación que abra el camino a mejores planteos y a nuevos puntos de partida. A todo riesgo, pues, he compuesto estas páginas y ello podría valer como una disculpa para sus muchos vacíos y sus posibles injusticias. Pues no sólo es una casi seguridad ser mal entendido sino, incluso, un álea ser entendido punto, y aun poder ser oído de alguna manera. Así en tan extraordinaria coyuntura están las cosas.

Necesario parecería decir a quien no me conozca que este planteo sobre nuestra universidad y nuestra enseñanza si no es un "testimonio personal" ni asume el cariz narrativo o autobiográfico pasa inexorablemente por la calidad primera: es un observador-participante el que aquí se explaya, al mismo tiempo funcionalmente "actor" entre los muchos del drama dentro de su especializado alvéolo que "contemplador" del conflicto y tal vez más lo segundo que lo primero por cierta irrestañable vocación por la distancia y la marginalidad.

No hay crisis —ni aun crisis represiva— de una institución o un sistema social que no sea factible de permitirle acceder a niveles más altos de calidad y realización. Esto, claro está, se halla sometido como todas las obras y los logros humanos a la más radical contingencia aunque también puede decirse, apodícticamente, que uno de los arbi-

trios que sirven a la mejor alternativa es la conciencia que, de todo lo globalmente ocurrido, se haya ganado.

Este ensayo —que eso es— está concebido desde determinada perspectiva y opta por determinados valores. Por ello me resulta leal para quien siga sus páginas e incluso sincerador para mí mismo recapitular aunque sea muy apretadamente los elementos de esa perspectiva y la naturaleza de esos valores.

Existe, creo que es afirmación que debe encabezarlo todo, una "cultura", un patrimonio inmaterial objetivado que es valioso. Sin su recepción y asimilación no hay vida espiritual cabal, es decir vida plenamente humana en las dimensiones superiores de percepción de la realidad y del propio ser, dominio y comprensión del contorno, aprehensión de sentidos y significados, experiencias de trascendencia y objetivación liberadoras. No da la felicidad, es cierto, pero toda felicidad previa a su posesión corre peligro de acercarse a la mera plenitud biológica o animal; no es remedio para las alienaciones y ajenamientos que el hombre sufra pero toda humanización, todo pleno dominio que de ella prescinda, será de muy corto radio y de muy baja altura.

Verdad es que todo conocimiento, toda ciencia, toda cultura resultan inicialmente externos a cada hombre, ajenos, impositivos, autoritarios. Pero **esto es sólo el comienzo de un proceso dialéctico de recepción, rechazo, enriquecimiento, continuación e invención**, en el que todo lo que empieza siendo traba, envolvimiento y a la vez sostén, se internaliza, se autentifica, se hace el capital peculiarísimo, inconfundible, de cada uno de nosotros. Y si es cierto que un cierto ingrediente de imposición, de externidad nunca desaparece, habría que encontrar el caso de alguna sociedad que no socialice, de algún grupo humano que no trate de imponer sus pautas de valor y conducta a cada uno de sus integrantes y arrostrar tras ello que esas pautas sean cuestionadas, revisadas, modificadas.

Esa ciencia, esa cultura, ese conocimiento representan un capital pero un capital de entidad y nobleza muy distinta al material y su **posesión, pienso, representa un fenómeno social harto más ambiguo, más contingente que la del capital físico**. Si por un lado puede fundar privilegios por el otro es capaz de promover una intensa movilidad

vertical de hombres y grupos, una de las modalidades de ella más eficaces, reiteradas, trascendentes y pacíficas que las sociedades actuales conozcan.

Toda cultura, ciencia o conocimiento dignos de ese nombre **poseen una altura de calidad, riqueza o complejidad máxima que deben ser celosamente guardadas**: toda sociedad se culturiza a partir de ese máximo nivel por efusión, divulgación y simplificación y no a la inversa. Y aunque no quepa una relación aritmética entre el patrimonio cultural y los que hayan de participar en él es casi seguro que la universalización de los bienes culturales ya sea a través de prácticas informales ya sea por medio de la educación formalizada en el sistema de enseñanza corre peligro de debilitar o desatender ese plano más elevado sin cuya plena actividad la vitalidad cultural se debilita y los valores culturales se estereotipan y resecan.

Atender esa actividad de continuidad, asimilación y creación, entrenar a los más capaces en ella, formar los más aptos para desempeñar los roles sociales más delicados y decisivos sobre una base de competencia abierta es la tarea prioritaria de la educación en su más ambicioso escalón que es el universitario. Esa faena, y no la de dar un barniz de cultura o ciencia a todo el que la reclame, debe ser el cuidado primero **no porque se trate "sólo" de formar élites** —es obvio que no, para la conciencia democrática contemporánea— **sino porque formar alguna élite es una entre sus muchas, insoslayables tareas**. No hay sociedad madura, en puridad, que exista sin ellas en la acepción más estricta que esas élites tienen reservas de alta destreza, selecciones del deber y de logro sustancial, órganos de conservación y enriquecimiento de los valores sociales. Si las sociedades estables intentan conseguirlo a través de los órganos más rutinarios de la enseñanza, las revoluciones también tratan de alcanzar el elenco seguro y escogido a través del cual las funciones de dirección, continuidad y selección de metas y medios indispensables al vivir colectivo puedan ser cumplidas. Contra todo lo que mal se diga de la meritocracia resisten bravamente las dos obviedades de que **toda sociedad necesita dirigentes y la competencia abierta del mérito (aunque éste sea sustantivo tremendamente equívoco) resulta el más racional arbitrio de promoción**.

El conocimiento y el dominio científico-matemático-natural del universo no necesita al presente defensa como no sea contra alguna de sus consecuencias —caso de la polución y la destrucción del medio físico— que se han mostrado tan letalmente disfuncionales para la vida del hombre. Cabe en cambio precisar que estoy afiliado con vehemencia a **la defensa de esa otra perspectiva de percepción y estimación que engloba el término “cultura”**. No es fácil circuir el campo de ella y apenas será un pobre acercamiento precisando que es un saber —y un hacer— que involucran una visión cualitativa de la realidad, las dimensiones de lo existencial, lo concreto y lo experimentado, la respuesta a los fines y metas de la acción humana, los significados del hombre, del mundo, de la vida. Se trata de una actitud en la que se inscriben como elementos a la vez la relatividad de todo conocimiento, el agudo sentido del espesor inextricable de lo real, la confianza en el valor de las viejas, tradicionales evidencias, la conciencia en la “pluridimensionalidad” del mundo y de la vida, el valor de las formas de conocimiento extradiscursivo, extrarracional. Hay en ella —o por lo menos en sus mejores dimensiones— una permanente evidencia de la dimensión trágica y de la finitud de la existencia, una nostalgia y un esfuerzo por restablecer la armonía y la comunicación entre cada ser y sus prójimos, el medio natural y el universo todo, una inquebrantable convicción de que en ciertas experiencias de despersonalización y contemplación identificadora y desinteresada radica la fugaz, secreta clave de la más alta, valiosa felicidad.

Todo esto, que se nos ofrece en la “cultura” más rotundamente entendida y no en el esquematismo de las ideologías o en la simplificación también empobrecedora de las convicciones tradicionales debe ser defendido y resguardado de la visión científico-matemática-natural aunque los dos orbes no puedan quedar comunicados ni menos dejar de concurrir de modo muy característico a un tercer nivel —el científico-histórico-social— al que deberá igualmente hacerse referencia.

Si se concibe, no obstante, el enorme caudal que las dos o hasta las tres “culturas” o “saberes” representan se hace patente la **verdad de la ya no reciente afirmación de que “nadie sabe lo que se sabe”**. También se hace patente que si a la custodia, actualización, prolongación y el entrenamiento en aquellos saberes se suman otras funcio-

nes igualmente tradicionales y perentorias de la alta enseñanza sea un fenómeno universal el de que esos centros en que la alta enseñanza se imparte han roto o están en vías de romper todas sus costuras y el que la **“universidad” ya no sea tal sino esté deviniendo la “multiversidad” más desparramada e inestructurable**. Si ésta es, al más ancho plano, la realidad creo que ningún remedio podrá arbitrarse a través de macroinstituciones más inmanejables y congestionadas aún que las presentes y que la salida —si es que la hay— está en la mayor desconcentración, pluralidad y variedad que sea posible. Ello **implicará igualmente, es de suponer, una considerable especialización de todos los grandes centros de estudios existentes o por crearse**, el empeño más acentuado por cubrir sólo el área de estudio o de entrenamiento que pueda cubrirse hasta el fondo con unos medios materiales disponibles cada vez mayores pero más pobres frente a los crecientes costos. Lo que también vale decir un no dispersar esos medios y el esfuerzo en una miríada de facultades e institutos de planteo desprolijo y logros indigentes.

Con todo, sobrevive creo, a cualquier cuestionamiento, la idea de que esa cultura y ciencia objetivadas y valiosas **pueden y deben ser internalizadas y socializadas por medio de una práctica llamada “enseñanza” que se estructura inicialmente en una relación que es impositiva por un cabo y receptiva y pasiva por el otro y de que para la efectivación de esa relación no son sustituibles determinados centros (universidades, institutos)** cuyo espíritu monopolista, si lo tienen, debe ser combatido pero que, también, maguer cualquier culpa no son susceptibles si es que los precedentes supuestos son aceptados. Lo que vale decir igualmente que los que existan son tan dignos de ser preservados como probablemente, sometidos a redefinición y a renovación.

De lo anterior es de suponer que se desprende con claridad mi posición de que la **autoridad y la primacía del profesor deben ser mantenidas en la relación enseñante**, aunque, como tendré ocasión de aseverarlo, éste no pueda navegar a ciegas de los reclamos y reacciones de los estudiantes. Ni incomunicarse, tras la mampara de la actitud magistral, de las experiencias y percepciones del hombre práctico y común.

De otro origen es mi convicción —sobre la que asimismo tendré ocasión de volver— **de que la cultura y la ciencia, por lo menos en las sociedades más complejas y desarrolladas, no son mera y puntualmente un instrumento, un refuerzo del sistema social-político de poder.** Que en ciertas coyunturas y estructuras lo han sido y aun a menudo lo son parece incontestable; de que a cierta altura de madurez social el subsistema de vigencias culturales adquiere una sustantividad y margen de latitud muy crecidas puede, como lo haré, defenderse.

En la estructura enseñante, barómetro sensibilísimo, resuenan con desmedida intensidad la conmoción universal de la contradicción de generaciones, de la crisis e indigencia de todos los sistemas socio-culturales de la "civilización" o la "cultura" en su sentido más lato. Pero en la cuestión de que sean preservadas las instituciones y comportamientos que más radicalmente implican una "enseñanza", una "educación" se involucra el que otros sistemas sociales más humanos y ricos, otra civilización, otra cultura dignas de ese nombre —y no la llana barbarie, aún tecnificada— sean susceptibles de existir un día.

Todo lo anterior, vale la pena precisarlo, se relaciona con la conestación educativa a nivel mundial y, más específicamente, a nivel de las sociedades desarrolladas. La condición de la enseñanza en los países calificables de marginales impone otras opciones de tipo complementario por mucho que no deje ya —como volveremos enseñada— de exigir aquéllas.

La primera de esas opciones, la más amplia, la más radical está, creo, en **la admisión de la autenticidad y la legitimidad de una insurgencia juvenil** que es de algún modo el ministerio, el instrumento de los más hondos desajustes y embotellamientos sociales, el eco sensible de la lucha entre las alternativas entre los modelos de desarrollo y aún de la pugna más ciega y cerril por el mantenimiento de insostenibles condiciones presentes. Si esa insurgencia es registro de conflictos sociales, generacionales y nacionales valederos, ello equivale a decir que no es ni mera delincuencia, expresión anómica o resultado de una actividad de conspiración-instigación por parte de fuerzas externas a la propia juventud estudiantil. Pero esta aceptación inicial abre un ancho espacio a una gran latitud de posiciones y la que aquí se sostendrá no es la de una especie de pasividad algo abyecta a todas sus manifesta-

ciones sino la de un delicado equilibrio entre la comprensión de los fenómenos y un ejercicio de autoridad firme que amortice sus efectos más disruptivos y permita la continuidad y eficiencia de toda la actividad académica. Aceptar la generación de "frustraciones" —como despectivamente se las califica— en cuanto efectos de la educación, lo que significa también suscitar desajustes sin salida inmediata, **habilitar la enseñanza para ser órgano de la crítica de lo que existe ante los patrones de más altos ideales y valores de humanidad y racionalidad no es legalizar cualquier estéril ejercicio verbal de demolición del "statu quo".** Sólo el que se vierte en moldes de decoro intelectual, sea múltiple y no concertado, no estereotipado ni partidario y suene como único auténtico es capaz de vitalizar la actividad enseñante y no malarla. No hay enseñanza completa, empero, que quiera y tenga que justificarse ante los ojos de la sociedad de la que últimamente depende que no deba asumir la pesada, nada fácil tarea de flexibilizar a sus gentes, y al mismo tiempo, para lo real y para lo posible, "ajustar" y a la vez "trascendentalizar", preparar para nuevas contingencias y servir satisfactoriamente a las necesidades del sistema social que hay, con las estructuras de dominación que tiene, con los reclamos, no siempre tan unívocos como éstas quisieran, que a la enseñanza le planteen.

DEL MANUSCRITO INEDITO SOBRE LOS ORIGENES DE LA NACIONALIDAD URUGUAYA

La tesis independentista tradicional

Excesivo sería —además de científicamente peligroso— homogenizar en un solo, indiscriminado lote, a todos aquellos historiadores que desde Bauzá y Ramírez prohijaron lo que cabe llamar la tesis independentista clásica o tradicional. Sus rasgos comunes exigen, como es más que previsible, la debida matización; con todo, es también imposible no advertir en ellos la presencia de determinados supuestos prácticamente invariables, la operación de un específico estilo argumental. Identificar esos trazos y esos supuestos-generalización, en cierto modo, de todo lo anterior, no es estrictamente fácil ni, menos apacible. Sin embargo, puede y debe intentarse, por lo menos a cuenta de un más cabal acierto y abriéndole el camino.

El conocimiento tiene muchas funciones y algunas de ellas tienden a presentarse, esto a plano psicológico o existencial, en forma antinómica. La función descriptivo-explicativa y la argumentativo-justificativa constituyen una de las más habituales. Todo el progreso de la ciencia histórica se ha ganado insistiendo en el primero —el descriptivo (o narrativo) y explicativo de los términos de la antítesis. Inocultablemente, empero, el tema de la independencia nacional se ha movido por lo general sobre el quicio argumentativo-explicativo. Inocultablemente embanderado, ardorosamente a veces, el abogado reemplaza o desplaza al examen historiográfico desapasionado en todo lo que tiene que ver con los orígenes de la nación a la que pertenecemos.

El tema, hay que reconocerlo, es más implicate, más comprometedor que otros. Con todo, vale la pena marcarlo, entre esta admisión y la aceptación de un discurso histórico que parece montado

invariablemente en un lote de presunciones "juria et de jure" (digámoslo con el término jurídico) hay alguna sino una sustancial distancia.

Si se toma alguna distancia —vale la pena hacerlo— la singularidad del hecho se diluye mucho y la índole acrítica, dogmática y bastante desprolija de tal núcleo historiográfico resulta, en una indagación comparativa con otras de igual tema, más la norma que la excepción.

Como lo ha destacado José Luis Romero fue con el romanticismo que la historia asumió como tarea preferente el definir y justificar las nacionalidades⁽¹⁾. Subrayó más ácidamente Dankart Rustow la aparente necesidad de una historia equivocada, mítica o mitificada, como de factor de sostén de toda "vitalidad nacional", así como la correlativa actitud que lleva a ver un peligro, una amenaza en todo avance de los estudios sobre esa zona tabuizada⁽²⁾. Hay también percepciones nacionales de esta tendencia y tiene gran importancia la que sigue, sobre todo por provenir de alguien tan insospechable de irreverencia histórica como Francisco Bauzá. Decía éste en 1887, en su estudio sobre "La Constitución uruguaya" que "la revolución de 1825 no ha descendido aun de las regiones de la leyenda a las páginas de la historia (. . .) Por efecto de esta conspiración patriótica (. . .) la crítica ha vacilado entre rendirse a ese (. . .) homenaje nacional, o introducir una nota discordante en medio de tantas armonías. De aquí proviene aquella especie de convención tácita que impera respecto a aquella época, y el afán de conservar sus tradiciones más bien como un elemento imaginativo que como un precedente histórico. Sin embargo, cada época tiene sus exigencias, y la nuestra que es de mayoría solicita el aclaramiento de las cosas. El pueblo uruguayo, ya no es un pueblo infante (. . .) Necesita pues saber lo que han hecho sus mayores, para decidir lo que debe hacer él mismo."⁽³⁾

Escaso éxito tuvo el reclamo de Bauzá y escaso ha seguido —con unas pocas y valerosas excepciones— hasta nuestros días. Y el reclamo de una historia afirmativa, candente, peleona, se escalona desde la distribía al "espíritu negativo" de Berra que hiciera Gustavo Gallinal en el histórico debate parlamentario de 1923⁽⁴⁾ hasta la extrañeza ante las "páginas frías que sobre aquél punto escribiera Bauzá que se

expide en el devoto y hasta abrumador prólogo que a su obra más importante el historiador Pivel Devoto le dedicara⁽⁵⁾. Extraño es el reclamo de una más alta "temperatura" emocional y no de una más alta lucidez hecha a un historiador profesional (y esto por otro que se supone que lo es) a una altura de la trayectoria de la historiografía en que ya no se podía dejar de ser "científico" sin riesgo de dejar de ser historiador "tout court". Si asombroso es en puridad el reproche no deja tampoco de dar con gran fidelidad de indicador el clima intelectual en que ha vivido y vegetado una tesis cuyas líneas dominantes nos ocupan ahora.

Nosotros nos encontramos en cambio entre los que creemos que la historia debe escribirse a la temperatura normal del espíritu, ni frío ni febricitante y energuménico o, lo que quiere decir lo mismo, que no debe escribirse como tesis. Para ser más precisos en este punto tan susceptible a todo tipo de malos entendidos: que si existe un material histórico en bruto que ha de estructurarse, ordenarse, hacerse inteligible en sus grandes líneas sobre una irreductible base de opacidad y densidad, ese material no debe "inducirse" y organizarse con vistas a una demostración no intrínseca a la materia histórica misma, lo que vale decir también: previa a su manejo y a las sugerencias que de su más amplio, más desapasionado manejo puedan desprenderse. En verdad, si la difícil carrera hacia la "objetividad" histórico-científica admite final feliz, ingenuo es tratar de descartar el propósito del investigador. Pues es obvio que el investigador elige temas y descarta otros, acota una realidad y pone otra a su lado. Pero ese investigador no infringe el espíritu científico si elige y selecciona por una inquietud problemática que su circunstancia existencial o su labor histórica anterior le haya planteado, algo muy diferente, en suma, que trabajar predeterminadamente un material, organizarlo en vistas a una ratificación de algo que provenga meramente de su órbita de valores y preferencias ideológicas. Lo precedente significa que tras la exposición de la tesis independentista clásica no se practicará su síntesis con vistas a enfrentarla a otra tesis opuesta y supuestamente más idónea. Se tratará sí, de marcar los puntos débiles que en sus supuestos se enmascaran, la caducidad de ciertos puntales que sólo piden la mano que los empuje para volver a la nada ideatoria de la que provienen. Es una

tarea si se quiere fácil, un trabajo de desmitificación de una doctrina cuya vigencia cultural, en especial a nivel de enseñanza, traba —dentro de lo relativo en que las perspectivas históricas pueden influir— una correcta concepción de nuestra situación en el mundo como comunidad definida.

Mostraremos más adelante cómo todo lo que ocurrió entre 1823 y 1828 llevó casi invariablemente de la pluralidad de direcciones, de la ambigüedad de las actitudes y los comportamientos, de la perplejidad que una cambiante situación provocara en la inmensa mayoría de los actores, de la variabilidad de posiciones que las drásticas alternativas de la coyuntura promovía, de la casi total imposibilidad de establecer una postura mayoritaria, invariable, firme (en caso de que ella haya existido) por la parvedad de los datos auténticos y la equívocidad de los indicios que pudieran completarlos.

a) En realidad todas las manifestaciones típicas de la tesis independentista tradicional pueden colocarse bajo el signo de un apresuramiento judicial, global, de una postura apodíctica que preestablece la primacía absoluta o por lo menos absolutamente mayoritaria y prácticamente invariable de una voluntad autonómica oriental de índole tempranamente “nacional” y pondera todos los acontecimientos y posiciones, las aprueba o condena moralmente incluso sin la menor reticencia. A la luz (es un modo de decir) de esta regla de oro, se interpretan —a veces bastante coercitivamente— todos los tornasoles de la opinión y todos los documentos: la actitud inductiva ante lo que resulte del material histórico se invierte, de modo ostensible, hacia el más literal “pre-juicio”; toda duda que se desprenda de un caudal testimonial habitualmente ambiguo se despeja perentoriamente en una sola dirección. Todo lo precedente, sùmese todavía, se carga éticamente de acentos normativos y valorativos; quienes así plantean el tema parecen pensar que su condición de buenos uruguayos no les permite concebir otra alternativa y, aun, que sería delictuoso hacerlo⁽⁶⁾.

b) Rasgo desglosable de la postura así definida y muy común, por otra parte, de todo historicismo ingenuo, es el de caer en la trampa de la coherencia “a posteriori” que los hechos pasados pueden asumir cuando se los examina desde perspectivas de mayor o menor ulte-

rrioridad. Un proceso que fue, como es perfectamente demostrable, de lento desarrollo, lleno de ondulaciones y rodeos, resultado de coyunturas diversas, de experiencias contradictorias, de presiones y compulsiones exteriores se uniforma y enrigidece sobre categorías extrapoladas del presente y sobre situaciones de data muy posterior. Y si es cierto que toda visión histórica se reestructura y perspectiva desde un irreductible presente, este enclave que es a la vez servidumbre y franquía para la visión se extralimitó, sobre todo entre 1885 y 1950 —años de pico de la suficiencia uruguaya, a juzgar desde ellos todo lo ocurrido anteriormente. “Es evidente —dice Zum Felde— que los escritores uruguayos que han estudiado los sucesos de aquellos primordios nacionales, han padecido, en general, de un error de criterio muy explicable, al juzgar las ideas de los hombres de entonces según los conceptos propios de la época posterior en que han escrito”⁽⁷⁾. La ilusión de “coherencia retrospectiva”, como la llama Raymond Aron, es generalísima, pero no hay muchos términos de comparación para la ingenuidad con que en todo este problema se cae en ella.

c) Dentro de estos contornos precisemos algunos estereotipos de tal discurso historiográfico. Nada se presta mejor a un ánimo “demostrativo” más que “indagatorio” de la investigación que el recurso a las deducciones forzadas, excesivas, de la que de los documentos resulta, que la prolongación de sus evidencias más allá de todo lo razonable. A menudo, cuando se traspasan los límites en que esta violencia es ejercida, tal práctica intelectual se convierte en no otra cosa que en invertir, lisa y llanamente, el tenor y el sentido del documento⁽⁸⁾.

d) Especie más reducida dentro de esta ancha categoría de “actitudes de inferencia”, esto es, de capacidad de deducir fácilmente lo muy difícil de hacerlo, con cierta estrictez científica es la de discriminar fluidamente entre muchos significados diversos uno emergente y así privilegiado. Cualquier historizador sensato se enfrentará con gran cautela y enormes perplejidades con el torbellino de actitudes, declaraciones y comportamientos de 1825, 1826 y 1827. ¿Qué se debe imputar, por ejemplo, a auténticas resistencias, al obvio afán centralizador y absorbente del gobierno porteño en los de Rivera y Lavalleja, y qué a los impulsos hegemónicos connaturales con la misma práctica y vocación caudillesca y qué a los celos sensibilísimos

de los jefes y qué a transitorios aflojamientos del aliento independentista popular, etc.? La más elemental prudencia aconseja poner un signo de condicionalidad y provisoriedad (tal vez permanente) a cualquier conclusión que se llegue. Sin embargo la historiografía independentista tradicional ha tenido una seguridad infalible en el merecimiento de la mejor interpretación, ya sea para Rivera, ya para Lavalleja según el viento de sus simpatías ⁽⁹⁾.

e) A los ojos de una crítica histórica que asuma el rigor medio que a nivel mundial ésta exige, más persuasivos resultarían, en verdad, ciertos asertos atendibles de la apologetica independentista tradicional si ellos ostentaran una más baja aleación de sofismas, elusiones, juicios indocumentados y meramente presuntivos, meras hipótesis que sin el menor esfuerzo de verificación pretenda hacerse pasar por verdad probada. El expediente en este punto podría hacerse voluminosísimo pero aun al más azaroso rastreo la cosecha de tales debilidades es de una entidad ingente ⁽¹⁰⁾.

f) Hay dentro de este conglomerado general modalidades muy características y tipificables. Una muy relevante es el vaivén del literalismo al inefabilismo que al análisis de los documentos se aplica según el texto de ese documento convenga o no a los propósitos del esquema demostrativo. Pues existen, claro está, declaraciones de claro sentido "orientalista" y autonomista y declaraciones de obvio significado confederacionista y unionista. Todos, o ambos lotes, pueden ser procesados o mediatizados a la misma tesis si se usan como recursos dialécticos alternativos ya sea el literalismo jurídico de las fórmulas o el inefabilismo de intenciones que se suponen transparentes aunque incorrectamente verbalizadas. El primero se aplica así cuando refuerza, por precariamente que lo haga, la intención deseada y así se argumentará la invalidez del acta de unión del 25 de agosto de 1825 mediante los términos del artículo primero de la Convención Preliminar de Paz y de su referencia a la "provincia Cisplatina". Poco importa que el texto—a diferencia del acta de unión—haya sido negociado bajo presiones; poco que el artículo, redactado cuando ya la renuncia estaba consumada, no teniendo otro fin que el de evitar una dilación inútil. Cuando, por el contrario, la tesis ha de enfrentarse a textos como el del acta misma de unión del 25 de agos-

to o a todas las declaraciones orientales posteriores al 19 de abril entonces, como ya se ha visto ⁽¹¹⁾ son los no-articulados designios autonomistas, las inadecuadas exteriorizaciones, los "subconscientes" colectivos, los anhelos mal vertidos bajo la compulsión alienante de las fórmulas los que parecen importar. . . .

Todo lo precedente podría involucrarse bajo el rótulo de modalidades de razonamiento eminentemente formales, a "estilos de pensar" que pueden incidir sobre materias y temas muy variados. Lo que sigue tiene en cambio un mucho más específico valor material o de contenido y su importancia es, por ello, más crecida.

g) Conviene así comenzarse preguntando ¿qué documenta con valor de certeza un estado de ánimo independentista nacional hacia 1823, 1825, 1828 o cualquiera de los momentos intermedios? Mística como es la concepción de una voluntad colectiva única hay de algún modo tendencia a concebirla psico-socialmente como una vasta suma de estados de espíritu y de actitudes. En un territorio de población dispersa, con un gran sector social prácticamente inarticulado, con analfabetismo casi general, con un bajísimo nivel de comunicaciones físicas y sociales, sin prácticas regulares o amplias de representación y de sufragio, sin órganos de prensa, sin nada de eso y en base meramente a algunas cartas, a algunos oficios, a dos o tres pareceres diplomáticos, a las inferencias deducidas de algunos antagonismos personales la tesis tradicional se siente capaz de tener seguridad sobre qué estado de espíritu, entre 1825 y 1828, era no digamos ya el mayoritario, sino el prácticamente unánime del país, el inmovible, el inequívoco. Dejemos para después estos rasgos y vayamos antes al método de la misma concepción de ese estado de espíritu. No ha podido dejar de reconocerse, como alguna vez lo expresó Gustavo Gallinal que "los hombres cultos" aspiraron muchos a la unión con la Argentina ⁽¹²⁾, que infinidad de documentos y otros testimonios corroboran la misma voluntad. Pero esto no representa una real dificultad para la tesis. Pues entra entonces a actuar de refuerzo un estereotipo interpretativo de gran boga en los últimos tiempos puesto que ha sido prohijado tanto por el revisionismo de izquierda como por el de derecha aunque con diferentes motivaciones ⁽¹³⁾. Si aquello era la actitud de "los hombres cultos", se asevera, en suma, la dominante en

el seno de la "oligarquía" ("doctoral", "liberal", "urbana", "portuaria", "europeizante", "alienada", cualquier apodo es válido), ni los caudillos, intérpretes del sentir profundo de "las masas", ni las masas mismas vacilaron jamás en sus indefectibles sentir y querer autonomista, independentista y literalmente "nacionalista". Que ni en unos ni en otras la aguja de la brújula nunca se separó de esta meta es casi la pauta obligada de la historiografía oficial y neo-oficial. Múltiples testimonios cabe allegar de esta postura aún renovada en las últimas décadas. Entre 1825 y 1828, "los caudillos, con el aporte de los campesinos definen los destinos de la nacionalidad", dice globalizando Pivel Devoto, pues "contaban, eso sí, con un aporte que no falló; la colaboración del pueblo oriental"⁽¹⁴⁾. La historia y el pueblo hablan por boca de sus héroes aunque, como en el caso presente, tenga tantos be-moles lo que los héroes hablaron, aunque ni parezca importar que los documentos y los comportamientos testimonien tantas variantes y tantas oscilaciones en los dos caudillos o jefes de relevancia decisiva en aquella etapa, tanta, incluso, perplejidad y tanto desabrimiento al recibir noticia de la solución arbitrada y, supuestamente, anhelada en forma tan suprema⁽¹⁵⁾. No parece, por otra parte, obrar advertencia de que si las masas hablaban por boca de los caudillos, como tanto énfasis ha persistido en afirmarlo apodóticamente Pivel Devoto y todos prácticamente con él, serían necesarias a una verificación medianamente científica del aserto algunas condiciones que infortunadamente no se dan. Esto es: primero, la posibilidad de que en este punto o en otros hubieran estado en el caso de articular directamente sus puntos de vista sin la mediación de fidelidad tan problemática de quienes las encuadraban en sus séquitos con vistas a sus propósitos de influencia y de poder; segundo: que lo expresado o articulado en esas manifestaciones propias hubiese sido coincidente con lo que los caudillos expresaban. No existen, con todo, mensajes ni contenidos de mensajes autónomamente emitidos por esas "masas" en condiciones de ser comparados con los por otra parte nada unívocos de "los caudillos", puesto que no lo permitía ni el nivel cultural de aquéllas ni el grado de dispersión física y escasez de comunicaciones que al país caracterizaba y que hacía tan problemático incluso conocer el estado de algo parecido a una "opinión pública" de la región por parte de

aquéllos que necesitaban tenerlo como un dato para la adopción de decisiones⁽¹⁶⁾.

Podrá alegarse, es claro, que las masas populares tienen su forma natural de expresión política en comportamientos concretos de participación y no en declaraciones, que su concurrencia a la lucha independentista es la prueba suprema e irrefragable de su voluntad. Suponiendo esto y suponiendo incluso (lo que supone una clarificación intelectual o institucional ya harto problemática) su identificación con una forma "nacional" explícita, la prueba, aun así, deja bastante que desear. Ya Bauzá, en el cálculo de las torrenciales "masas campesinas" invocadas más tarde, cuestionaba severamente las cifras brindadas por Lavalleja y reducía a medidas relativamente ínfimas el elemento primeramente movilizado⁽¹⁷⁾. Acevedo, también, ponderaba en la mitad de los recursos humanos disponibles, los que anteriormente habría podido conscribir Artigas en su resistencia a la invasión portuguesa⁽¹⁸⁾. Los textos de 1825 tampoco faltan en quejas a la renuencia popular en combatir lo que ha dado pie a juicios tal vez demasiado drásticos como los de Lorenzo Carnelli⁽¹⁹⁾. En todos los documentos de las guerras por la independencia el tema de las deserciones es una preocupación reiterada, seguramente no en grado mayor que en la inmensa mayoría de otros procesos bélicos. Pero si aun suponiendo que no fueron estímulos prebendarios especialmente poderosos en el estado de privación habitual del hombre de campo ("El aire libre y carne gorda" de décadas más tarde) o necesidades de supervivencia o aquella coacción desnuda que llenaba de refugiados de ella los montes criollos más impenetrables de las márgenes de nuestros ríos o arroyos; aun suponiendo decimos, un muy decoroso alto nivel de vocación por el combate y altruismo patrio ese nivel, en suma, ni fue tan alto, ni tan continuo, ni tan excepcional como para ser señal de esa devoción infalible que la apologética invoca. Y para reemplazar, sobre todo, la falta de otro tipo de manifestaciones fehacientes que, como lo fundamentamos, no existieron.

Tampoco despunta en este sector justificativo de la tesis oficial ningún intento comparativo del valor de esta alianza presunta caudillos-masas con lo que parece ser la pauta de los sujetos socio-históricos de promoción de los procesos de "edificación nacional" o "nation-

al building". Pues aunque quepan alternativas al modelo —y una de ellas podría ser la uruguaya— una casi abrumadora jurisprudencia abona la primacía promotora de grupos minoritarios orgánicos —tal vez, peyorativamente "oligarquías"— respecto tanto a los grandes sujetos individuales como a esas masivas mayorías numéricas cuya función regular parecería ser la de secuencia del proceso y de ámbito decisivo, pero terminal, de su robustecimiento (20).

i) Si estos preconceptos obran sobre los necesarios sujetos de una voluntad común, otros aún más claros presiden la interpretación del contenido de sus mensajes. En todo lo que abarcó el proceso revolucionario y, en especial, desde 1825 un reiterado lote de términos fue invocado, esgrimido, reiterado. Con funciones de expresión, de justificación, de apuntalamiento, de agresión corrieron por proclamas, oficios, declaraciones y preámbulos de leyes los términos "patria", "país", "independencia", "nación", "estado", "provincia", "república", "libertad" y todos sus derivados. Material explosivo son siempre las "grandes palabras", ese candente manejo de las abstracciones más prestigiosas con el que en cada período de la historia los hombres (a veces más perplejos de lo que retrospectivamente han lucido) tienden a cohonestar sus intenciones, sus propósitos, sus ambiciones. Material peligroso también, por cuanto es casi ilimitada su capacidad de traicionar esas intenciones, de desfigurarlas, de hacerlas ir mucho más allá —o hacerlas quedar mucho más acá— de lo que auténticamente quisieron ir.

Conocida hasta el lugar común en la historiografía, la politología y la lingüística es la universal ambigüedad y polisemia del lenguaje político, el más cargado por las connotaciones, los embozos y los desajustes de todos los posibles. ¿Cuántas veces no se ha observado esto con la irreductible equivocidad de la "democracia", de la "libertad"? En el período que ahora nos preocupa esta ambigüedad estaba incrementada por lo novedoso y aun irresistiblemente atractivo de muchos de estos términos: el de "nación", en la acepción que le había dado la experiencia revolucionaria francesa es tal vez el caso más conspicuo. En estas circunstancias el desajuste siempre incancelable entre el real contenido volitivo e intencional y el vocablo que se cree es su vehículo puede crecer más allá de toda medida. Y si ello ocurre en los

niveles socio-culturales mejor dotados y por ello mejor enterados de la carga semántica de cada término, piénsese lo que ocurrirá cuando en una coyuntura de movilización social global todos los niveles, prácticamente, se echan a usar, esgrimir y a valerse de las palabras mágicas. . . Y atiéndase todavía a las inextricables confusiones que son dables de ocurrir cuando el lote de términos en la especial coyuntura de una lucha librada en pluralidad de planos: local, provincial, confederal, latamente nacional es empleado en función calificativa o sustitutiva o atributiva de cualquiera de ellos sin la explícita distinción que sería necesaria y en muchas ocasiones probablemente sin mucha conciencia de lo que mentan por parte de quienes los emplean.

Actitud corriente de la historiografía tradicional ha sido señalar la presencia de tales palabras y suponer que el objeto-referencia de ellas era el territorio oriental y su población, salvo que del contexto resulte demasiado ostensiblemente otro, si bien esta línea de prudencia se ultrapasara muchas veces como en el comentario a un famoso texto tendremos oportunidad de marcarlo (21). Más en general puede afirmarse sin temor a injusticia que hallar con infalible justeza el sentido independentista radical, "nacional", de los términos más ambiguos y referirlo unívocamente a la Provincia Oriental ha sido la proclividad incontenible de la historiografía mencionada. Pocas veces se ha acogido frontalmente la dificultad y cuando ello ha ocurrido es para saltar graciosamente sobre ella (22).

Todo muestra la ambigüedad de los términos incluso en algunos célebres testimonios (23) y aun la polisemia de cada uno en boca o mano de un solo personaje (24). Pero nadie, y es tarea que habría que realizar con premura a la vez que con el mayor cuidado, ha emprendido la tarea de levantar las grandes tablas del uso de los términos decisivos, caso de los de "país" y su derivado "paisanos" (25), con la de "patria" y "patriotas", etc. (26), con la de "estado" y "nación" (27).

No es fácil, en verdad, orientarse en este maremagnum de significaciones tan resbaladizas, un fenómeno por otra parte universal (28), pero la única posición científicamente imposible e insostenible es justamente la que buena parte de la tesis tradicional ha adoptado, esto es, escoger aquellas significaciones que por su vaguedad mejor (o sólo me-

nos mal) parecen servir a la postura previamente adoptada y descartar olímpicamente todas las otras (y aun las falacias de las aceptadas).

Injustos seríamos, empero, si callásemos que no todos los historiadores han caído en esta desprolijidad y en esta deshonestidad argumental. Arcos Ferrand, por ejemplo, destacando la ambigüedad terminológica inocultable, sostuvo sobre la simultaneidad de los términos "provincia" e "independencia", que esta última sólo era sinónimo de la extinción del poder portugués (29). Salgado, refiriéndose más ampliamente a la cuestión, al tiempo que subrayaba la importancia que en ella asumió, del uso de las palabras, redujo drásticamente la significación que en su tiempo se le asignaba a las de "independencia" y "libertad" en las cartas de Pereira, en las de Oribe y Lavalleja, en la de Anaya (testimonio de un ciudadano privado), en el "inverso-símil" de Basilio Pereira de la Luz (30). Zum Felde, ya en 1919, afirmaba con alta sensatez que "la diferencia entre autonomía provincial, confederación de Estados y repúblicas independientes, resulta sutil y confusa para la concepción política de los caudillos y aun de los cabildantes. Cuando dicen "independencia" no quieren precisamente decir país desligado, sino ausencia de todo gobierno exterior que imponga normas y jefes. Los orientales siempre han querido gobernarse ellos mismos, es indudable, pero en el sentido de la autonomía regional, no de la nacionalidad absoluta. La palabra "patria" no figura en ningún escrito ni discurso de los orientales refiriéndose a la Banda Oriental hasta 1830: dicen "mi país, mi provincia" (31). De Gandía, también, buen conocedor del período, critica en textos como la obra de Lorenzo Belinzon "La revolución emancipadora uruguaya" emplear con significación de "voluntad nacional" "testimonios independentistas" que "son simples frases en que la palabra independencia se usa como sinónimo de libertad o autonomía provincial", es decir, en el mismo sentido que se le daba en los Estados Unidos cuando la "unión de los trece estados" (32). Bruscher, igualmente, apoyándose en Acevedo, ha marcado el peligro de apoyarse a los mismos fines en una acepción demasiado literal de palabras o expresiones como "independencia", "libertad", "yugo ominoso del extranjero", etc. (33).

j) Todas estas facilidades confluyen a configurar una suerte de tesis oficial que si tal vez no formulada en toda su rotundidad a nivel

de algún decoro historiográfico subyace bajo todas las atenuaciones o limados que se lo imprima. Esa tesis es ésta: desde comienzos del proceso social y poblacional que tuvo por escenario la zona oriental del río Uruguay y norte del Río de la Plata se marca en él una voluntad de conducta autonómica y una efectiva y ostensible diferenciación con los grupos espaciales o lindantes que, retrospectivamente apreciada y aun antes de configurarse en una meta ideológicamente "nacional" implicaba potencialmente, aspiraba a ser, rotundamente, una "nación". Subconscientemente primero, conscientemente después, esa voluntad y esa peculiaridad rotundamente "nacionales" fueron atributo de los comportamientos de la inmensa mayoría, por no decir de la unanimidad, de los orientales; extremadamente fijos, mantuvieron incluso esa inamovilidad en condición de subyacencia aun en todas las coyunturas que la presión de las circunstancias compelió a la adhesión o al mero consentimiento a cualesquiera otras formas que pudieran contradecir. tan irrestañable tendencia.

Desarticulando la tesis en sus elementos, podría decirse que ella implica: a) la tendencia a la datación remota o arcaizante de la voluntad independentista y autonomista; b) el rechazo de su índole superviniente y el énfasis antagónico en su fijeza desde los orígenes; c) la identificación de "localismo" y "nacionalismo"; d) la unanimidad o cuando menos la aplastante mayoría del querer independentista en condiciones de alta invariabilidad.

Aunque de todo lo anterior puede ya desprenderse abundante ejemplario de tales articulaciones, vale la pena decir —para comenzar con el primer elemento— que siendo como fue bastante notorio, desde los orígenes orientales, un ánimo por lograr un margen de diferenciación y autonomía nada le ha costado a las fórmulas extremistas de la tesis oficial retrogradarlo —si bien en expresiones voluntariamente vagas e "inefables"— hasta la misma instancia del Uruguay indígena. Se salta, como es obvio, alegremente sobre el hecho de que todas las estructuras tribales son tales justamente por esa vocación autonomista (la única diferencia entre ellas es su mayor o menor voluntad en preservarla) así como que una suma de estructuras tribales no constituyen jamás, por mucho que se fuerce la analogía, una "sociedad na-

cional'. (Dejemos de lado de que en el caso de que hipotéticamente lo hubieran hecho, nosotros, los uruguayos actuales, no descendemos de ella.) (34)

Se concibe, decía, de modo esencialmente fijista, esta presunta verificación de vitalidad interna, de clara base intelectual romántico-biologista. Bauzá sostenía que todavía en 1815 hubiera sido posible 'sacar del hervidero de las pasiones en choque la fórmula que salvase intacta la existencia de una gran patria común' (35). Más papista que su papa la tesis independentista tradicional prefiere suponer la alternativa optada inamoviblemente ya atienda a los conflictos locales entre Montevideo y Buenos Aires, el artiguismo, a la protesta anticisplatina o a la insurrección de los patrias. Bajo la movilidad de las situaciones, bajo la perplejidad que ellas pudieran haber generado, bajo la ambigüedad de las perspectivas ante las que había que optar y actuar el suelo roqueño, incólume, velaba por el radiante futuro.

Y, lo que es igualmente importante todo lo que social y ética-mente valía, estaba en tal postura. Un análisis histórico ecuanime no deja, claro está, de advertir posiciones de tipo independentista y nacionalista durante la Cisplatina y, mucho más tenuemente hacia 1827. No se trata de negar —sería infantil— una de las opciones posibles sino de apreciar (cuantificar es imposible) su probable volumen y su capacidad de influir en los acontecimientos (36). La postura independentista tradicional, a lo más, vuelve la cautela por pasiva y se limita a aceptar, cuando muy urgida, que la posición independentista (todavía en 1828) pudiera no haber sido "unánime" (37). La variedad, la complejidad, la casi total inasibilidad de los estados del espíritu público civil y militar entre 1825 y 1828 es sacrificada en aras a la presunta existencia de un sólo designio auténtico. Naturalmente el de la independencia "absoluta" o "nacional" respecto al cual todos los otros (esto cuando se incurre en su mera constancia) son decretados avatares de la desorientación o de la más negra malicia (de las "oligarquías", naturalmente, pues los "caudillos" y las "masas" quedan inmunes a ella).

Poco agrega ya a lo dicho señalar la identificación que opera entre "hechos de localismo" y "actos de nacionalidad" como dijo Domingo Arena en 1923 (38), manifestaciones localistas con mani-

festaciones nacionales, tendencias espontáneas que se dan por doquier y se daban entonces con la forma histórica perfectamente datada y acuñada que los meteoros de la europeización fueron imponiendo por el mundo con posterioridad a la Revolución Francesa. Toda manifestación se hace entonces indicador de una "predestinación nacional" (39), de una "conciencia nacional" (40) y aun de una "nacionalidad" cabal (41). La prueba semántica, difícil pero no imposible, nadie parece considerarla necesaria.

k) Todo lo que sigue constituye, en verdad, corolarios de lo que hemos llamado la tesis central y sus articulaciones fundamentales. Vale la pena, empero, de una recapitulación.

Todo unionismo —el de la declaración del 25 de agosto tal vez incluido en él— desvirtuaba, decía Pivel Devoto "la revolución de 1825", "tan francamente oriental" (42). Una desprolijidad dialéctica muy peligrosa es la de encontrar contradicciones allí donde no las hay. En el caso que nos importa se trata de desconocer que el apego inso-bornable al "pago", al "país", a la "región" era muy susceptible de amplificarse hacia la solidaridad confederacionista y aun hasta un cabal horizonte "sudamericano". No otro tránsito se dio en el artiguismo, como se vio (43), pues ciertamente Bolívar y San Martín no fueron los dueños exclusivos de tal visión.

l) También se trata de una falsa, amañada antítesis la que está implícita en la aparente dicotomía de un dictamen que resuelva si nos hicimos nación por "donación" o por el "propio esfuerzo". La paz de 1828 decía ya Bauzá, no fue "una concesión graciosa" sino "una necesidad impuesta por los sucesos" (44) y hace también medio siglo, en el debate de 1923 Gallinal sostenía que nuestra independencia "no fue una creación artificial de la diplomacia sino la aspiración auténtica de los espíritus" (45). El "uno u otro", el contraste y la opción por "el propio esfuerzo" resulta muy ganador para los intereses de la tesis tradicional y tiene el color de simplismo que tan bien casa con ella. Porque ¿es real tal antítesis? ¿Existen muchos "casos puros" de promociones nacionales por una u otra vía? ¿Quién parece haberse planteado que ese logro que es una independencia y una implantación nacional no es siempre el resultado de una decisión compleja y multilateral que implica regularmente un compromiso y una compatibili-

zación de posiciones en la que pesen firmezas de propósitos más o menos férvidas por una parte, conveniencias diversas por la otra u otras, renunciaciones, abstenciones, concesiones, admisiones de "situaciones de hecho" incalculables? No uno (esfuerzo) u otra (promoción o creación diplomática) sino uno y otra y aun otros y otras en ese entrelazamiento prácticamente inextricable que son esas decisiones complejas y multilaterales de que hablamos como la que declaró la existencia de una nueva nación y un nuevo estado en agosto de 1828 (46).

m) Dotada de una alta capacidad diferencial de ponderación para las posiciones que considera positiva y aquéllas que repudia, la historiografía independentista tradicional ha juzgado la presuntamente verificable voluntad autonómica, independentista y siempre latente mente "nacional" no sólo como prácticamente unánime e invariable sino —también— como loable en grado supremo. Y así, en correlación estricta, se decreta, además de mendaz, minoritario y doloso, merecedor de los más duros calificativos, todo comportamiento o arbitrio que, desde cualquier data, afirmara la unificación platense (47). Todo esto descansa en un supuesto nunca explicitado pero visible y sobre el que impone explicarse. La sólida realidad que hasta hoy siguen siendo las naciones, esa sólida realidad tan persistente a todos los meteoros de la creciente independencia tiene su fundamento en la voluntad de existencia diferenciada y autónoma de muchos grupos humanos globales y en la suficiencia de las condiciones de viabilidad para que esa voluntad se haga factible. Pero no toda existencia de intereses diferenciales y propios de los grupos espacialmente asentados ni aun la más viva conciencia de ellos explica por sí la emergencia de una "nación". Los múltiples regionalismos, provincialismos y localismos que todo gran conjunto nacional ostenta juegan dialécticamente dentro de él en tensión con la totalidad que ese conjunto comporte sin hacerlo por ello explotar en cien naciones diferentes. Quiere todo esto decir no existe de por sí una estricta correlación entre la maximización del bien común de una colectividad con intereses y personalidad suficientemente diferenciada y su institucionalización en una entidad nacional y estatal. Se dice que no hay "estricta correlación"; puede decirse asimismo que no hay "necesaria correlación", lo que no significa que no pueda

ella existir ponderando en cada caso los costos, los riesgos y las retribuciones comparativas entre el modelo de erección de un Estado soberano y el modelo de integración con las áreas humano-espaciales afines. Esta dilucidación cuidadosa y distante de todo automatismo es justamente lo que falta de modo más ostensible en la tesis historiográfica tradicional; sólo Berra (en nada típico por su perspectiva y su misma nacionalidad argentina) planteó alguna vez la suposición irreflexiva que en este punto domina (48). Incluso podría observarse algo más y es que cuando se ha retrasado el proceso de la diferenciación oriental se ha caído en la tosuda ignorancia de que, al contrario de la excepcionalidad que se le supone, algo muy similar ocurra en todos los grupos humanos dejados a la acción de los meteoros espontáneos, incontrarrestados de los intereses, las pasiones y las influencias externas. Esa tendencia centrífuga se acentúa todavía en aquéllos unidos —como lo fue el del Virreinato— por un proceso de amalgamación corto e insuficiente. Más en general ha tendido a soslayarse el hecho de que la tendencia natural de casi todos los grupos humanos es la desintegración y la multiplicación: las naciones cabales y las supernaciones son y han sido siempre resultado y consolidación de determinadas acciones persistentes y lúcidas, deliberadas y felices, de compulsión, si bien no sólo de ella. Sujeta, en cambio, a los mismos prestigios ideológicos que hasta nuestro tiempo han prolongado su acción en la ambigua y tal vez aciaga reordenación de Africa, la tesis independentista ha visto como invariablemente positiva la "balcanización" o lo que algunos prefieren hoy designar la "arabización" o la "africanización". Sin pesar, más bien con orgullo se ha señalado lo difícil que fue comunicarnos del conjunto platense; como ha dicho alguno de sus portavoces "el proceso de diferenciación de nuestro destino del de los países limítrofes, había de resultar (. . .) lento y difícil". Herrera elogió en Ponsonby su capacidad de ver que "en la inmensidad des poblada del Sur hay poblado (sic; ¿sobrado?) para muchas autonomías" (49). Siempre se verá así la indiferenciación e identificación iniciales como una rémora una convicción de la que tal vez hubieran podido participar los cincuenta y tantos estados de la Unión norteamericana, los veinte de Brasil y las otras tantas repúblicas de la U.R.S.S., nostálgicas, de seguro, de no ser poderosas repúblicas independientes.

n) Todo lo precedente conduce a un estereotipo expositivo que también es fácil de advertir. La cuestión del grado de independencia y autonomía de decisión deseado, deseable y asequible (la "soberanía" del vocabulario jurídico-político) se ve así como una alternativa entre todo o nada, entre tener o querer algo absolutamente o no tenerlo o quererlo en modo alguno, entre sujeción absoluta y aseidad absoluta. Concibiendo un discontinuo radical entre la colectividad oriental y las que, del mismo origen, cultura y costumbres la rodeaban no vacila en identificar con una voluntad de nación sobrona la muy demostrable de no-absorción, de diferenciación, que podía ser, como lo fue en largo y verificado trecho, puramente provincial; que podía ser también, como tantas veces se planteó, federal o confederal.

o) De voluntad se está hablando y ello lleva a señalar que toda la cuestión nacional se plantea desde el ángulo historiográfico como una cuestión de vitalidad o querencia colectivas de sesgo acentuadamente voluntarista y aun subjetivista, a la que se supone, por lo demás, dable de rastreo y verificación. Es ésta una variable de importancia grandísima entre los recursos comprometidos en una "construcción nacional" pero que se acompaña comúnmente en los estudios sobre procesos de esta índole con otra, implicada en el término de viabilidad. La viabilidad, categoría objetiva, sintética de representación de la totalidad de medios y recursos para una plena existencia nacional decorosa, no ha atraído —vale la pena subrayarlo— ni de lejos atención similar a la de aquella voluntad de diferenciación que —en aquellas múltiples ocasiones en que puede no tener sostén fáctico posible— es sólo uno de sus elementos.

p) Un trazo más —podríamos alargar aun el recuento— de las habituales formulaciones de la tesis independentista clásica es el de su proclividad microanalítica y aun cominera, tanto en la ponderación de las personalidades intervinientes como en la del contexto en que los acontecimientos se procesaron. Si hoy está en baja por obra del imperativo tradicionalismo que compele a distribuir equitativamente los méritos y a igualar en el encomio a los héroes más antagónicos, fue en cambio tenazmente ostensible una primera desaprensiva, entusiasta y hasta cándida tendenciosidad partidaria. Con los dos jefes de las parcialidades tradicionales actuando en ese tiempo y con

la prórroga emocional de esas parcialidades hasta la misma época de los estudiosos, se hace más que explicable que la "historia-alegato" que tanto cultivaron anteriores generaciones haya encontrado en los hechos del año 25 y subsiguientes algo más que un enérgico acicate. Para los historiadores colorados, especialmente, la disyunción entre la proclama inicial del 19 de abril o el acta unionista del 25 de agosto y el resultado final de la contienda se explica harto fácilmente. Lavalleja era porteñista como fue más tarde federal lo que hace lógico que mientras él mantuviera la preminencia fueran los acentos unionistas y anexionistas los que predominaran. Pero allí estaba Rivera, fácilmente purificado de su cisplatinismo, allí su querencia de autonomía absoluta y su fértil inventiva estratégica para darle la réplica y obtener a través de la conquista de las Misiones el logro definitivo, el anhelo largamente acariciado "desde los tiempos de Artigas". Bauzá, incluso con el fin de exaltar a Rivera, se ocupó en dividir por cuatro los contingentes que alegaba tener Lavalleja⁽⁵⁰⁾. Pero también Alberto Zum Felde, Leogardo M. Torterolo, Falcao Espalter, José Luciano Martínez, Angel H. Vidal⁽⁵¹⁾ y muchos otros se alinearon después en una simplificación de procesos personales que, como se muestra en otra parte de este trabajo fueron bastante más complejos, más sinuosos de lo que ha solido presentárselos⁽⁵²⁾. Del lado blanco nacionalista no ha operado énfasis parejamente intenso, ya sea por la índole minoritaria y defensiva que su historiografía presentó hasta la cuarta década de este siglo, ya sea (razón que no excluye la primera) que el bulto más ostensible de los hechos alegaran por sí mismos a favor de sus intereses. Con todo, también se ha estilizado la postura lavallejista con bastante desprecio de textos y de gastos.

Segunda dirección, adelantamos, tiene la tendencia microanalítica o, por mejor decirlo, aislacionista. Si como tantas veces se ha recordado el proceso de implantación nacional uruguaya se inscribe en un proceso prácticamente universal, cumplido bajo determinados meteoros ideológicos, alentado por una dada estructura mundial de hegemonía, la tesis historiográfica tradicional tenderá a negar todo esto. Nada significó para ella ese preciso enclave histórico que es el comienzo del siglo XIX, en el que bajo el impulso de los prestigios doctrinarios del nacionalismo liberal, los nuevos imperialismos comer-

ciales preceden a una reordenación del mundo que involucra liquidación de los viejos Imperios y la promoción de "naciones" allí donde existan autonomismos grupales perceptibles y enérgicos. La tendencia "anticonectiva" que alguna vez caracterizamos ⁽⁵³⁾, concibió el proceso histórico del país autogenerado en el estricto dinamismo de los factores locales; a lo más concedió la acción de las variables exteriores intervinientes a título de meras perturbaciones o interferencias. Los resultados a la vista están.

NOTAS

- (1) 330, p. 15.
- (2) 331, p. 44.
- (3) 67, pp. 10-11. Obsérvese que pasar de la "leyenda" a la "historia" no es bajar sino subir, que saber lo que hicieron nuestros antepasados no es guía nada segura para decidir en un mundo tan espectacularmente distinto al de ellos. De cualquier manera (y esto dice algo del Uruguay) la afirmación mantiene a casi un siglo de hecha su total vigencia.
- (4) 117, p. 325.
- (5) 217, p. 242.
- (6) Difícil es escoger ejemplos específicos de cada uno de estos rasgos. Todos los que se colacionen aquí y toda la exposición precedente sirve en la práctica para este y todos los que siguen. Pero vayan los siguientes como muestra. a) en el ensayo juvenil de Pivel Devoto, "El proceso de la independencia nacional" (202) se hace partir de 1825 —de este 1825 de la proclama de la Agraciada y del "acta de unión"— la "guerra de los patrias" por la "independencia absoluta" y se afirma que Lavalleja, de línea a menudo tan perpleja, es "el continuador fiel de la tradición artiguista en lo que ésta tiene de intransigente cuando defiende la autonomía de los derechos provinciales" (p. 254). En otra circunstancia, refiriéndose al texto internacional de 1828, destaca Pivel que "en estos artículos iniciales se omite toda referencia a la voluntad de los orientales que era la que había impuesto la independencia (. . .) La Convención omitió expresar que la independencia que ella reconocía consagraba la voluntad del pueblo oriental. Esa omisión (que) desconocía el valor de los hechos. . ." (213). También más adelante alude a "los agentes de Pedro I" y a "la independencia absoluta que no podían ya impedir". Como se ve, Pivel Devoto elude sin razón precisa la prueba de esa voluntad tan temprana de "independencia absoluta", aunque esto no lo

inhiba para criticar sobre esa omisión a la Convención Preliminar de Paz y mencionar más tarde esa "independencia absoluta que no podían ya impedir", como si ello fuera un resultado probado de la voluntad oriental y no un logro extraño de la indecisión de la situación, de la falta de resistencia explícita a tal dictado y de la imperiosa mediación británica. Años más tarde todavía, suponiendo un sentido explícito y una voluntad deliberada al comienzo del proceso, hablaría de "Lavalleja (. . .) que no compartía en ninguna forma las directivas de la Legislatura que había desvirtuado la revolución oriental de 1825, la disolvió el 4 de octubre de 1827" (210, p. 471). b) a su vez la señora Campos de Garabelli (88, p. 66) ha contado con instrumentos cuantitativos para resolver que de los tres partidos presuntamente existentes en 1825 el independentista "era a todas luces el más numeroso", creencia a la que parece llegar presuponiendo que ese bando independentista era "el que respondía al verdadero sentir del pueblo oriental", una evidencia que la Sra. de Garabelli posee pese a que no la haya avalado jamás ningún testimonio incontrovertible. De estas dos inferencias más bien imaginarias se llega a una tercera que lo es igualmente y que es la de que el partido independentista no estaba integrado sólo por "un círculo políticamente activo", sino también por "un gran sector de la población" (de los otros sectores también someramente "grandes" nada nos dice), "por el pueblo llano".

(7) 219, p. 100.

(8) Para la señora Campos de Garabelli del hecho que Larrañaga afirmara que la Banda Oriental había sido abandonada por Buenos Aires y las demás provincias se deduce que esto "equivalía a decir" (puede en verdad suponerse otra cosa) que "la Banda Oriental había sido un estado libre, independiente y soberano". De los textos de Antonio Díaz que justificaban el federalismo deduce a la vez que "ellos explican la verdadera significación de la verdadera solución que había arraigado en el núcleo de patriotas que pensaban que la provincia sólo podía "ser feliz con su independencia absoluta". También, de los artículos de Díaz en "La Aurora" en los que se contemplaba la alternativa entre la independencia absoluta o la alianza y convención con las demás provincias, extrae la conclusión a favor de la independencia absoluta. Lo hace deduciendo que si la pluralidad de posiciones que Díaz planteaba era factible ello equivale a decir que "el pueblo oriental" "había traído a primer plano la idea de la independencia absoluta, de su más completa autonomía" (88, pp. 66 y 74-75). Todo esto durante los años de la Cisplatina.

(9) Nos parece representativo de esta equivocidad, que los historiadores lavallejistas fallan del modo más benéfico al vencedor de Sarandí lo que refleja el oficio de Agüero a Lavalleja de 16.VI.1826 (134, pp. 104 y 116-119). Lavalleja no cumplía la ley nacional de nacionalización de las aduanas y permitía una amplia corriente de contrabando y negocios con las plazas sitiadas de Montevideo y Colonia, sin otra disculpa que la necesidad de recaudar impuestos y de las exigencias de la guerra. (Ya a fines de la resistencia artiguista los jefes orientales habían incurrido en la misma práctica, según oficio de Bowles a Crocker, de 31.VIII.1819 (152). Tampoco Lavalleja dejaba el mando político de la provin-

cia ni enviaba diputados al Congreso ni se pronunciaba, positiva o negativamente, sobre la forma de gobierno proyectada, procediendo a manejar por sí mismo las relaciones exteriores de la Provincia. Todo esto será visto como resistencia federalista, al mismo tiempo lúcida y coherente y totalmente abnegada e impersonal por los historiadores más afectos al Jefe de la Cruzada, así como los adversos verán en el golpe de estado de octubre de 1827 la mera satisfacción de la ambición personal y ninguna motivación que desborde de ella (vgr. 169, pp. 207-208). Otro tanto ocurrirá con el oscuro y mal dilucidado episodio de la sublevación de los Dragones de Durazno (1826) y los propósitos de ella. José L. Martínez (idem, pp. 233-235) suponiendo a Dorrego anexionista interpreta sus choques con Rivera y su apoyo a López como la prueba irrefragable del independentismo de Rivera. No se le ocurrió al parecer que Dorrego podía tener infinidad de motivos para malquerer o desconfiar de Rivera, al margen todo ello de supuestas filiaciones.

(10) Además de los ejemplos de mala conducta intelectual que citaremos en el apéndice a este capítulo vayan estas simples muestras de un mucho más vasto repertorio posible: a) Casi ningún comentarista transcribe el manifiesto lavallejista del 19 de abril con su auténtico encabezamiento de "Argentinos-Orientales". Hay que leer el texto facsimilar para advertirlo. b) Según Falcao Espalter (122, p.150) "los patricios de la Legislatura no se prestaban de buen grado a la voluntad dictatorial de Lavalleja y la cosa concluyó con la disolución de la Legislatura. El poder civil quedó así anonadado desde el 4 de octubre de 1826 (. . .) este golpe de Estado (. . .) había tenido cierto principio en los propósitos centralistas de Rivadavia, resistidos por la Legislatura y aceptados, más o menos de buen grado, por Lavalleja. La consecuencia de esto fue (. . .) el sometimiento de Lavalleja a los designios de Buenos Aires (. . .) Al general (sic) Rivera le tocaría reivindicar la soberanía uruguaya y el derecho de iniciativa en las operaciones militares que se verán coronadas por la realización práctica (sic) de la independencia nacional". Pero el golpe a que alude Falcao ocurrió exactamente un año más tarde, cuando ya Rivadavia había renunciado a la Presidencia. c) Vayan como ejemplo entre los escritores más autorizados recientes, estos pasajes extraídos del interesante preámbulo del profesor Flavio García a los textos de la misión de Ignacio Núñez a la Banda Oriental (1826) (134). Sostiene García que "el olvido, postergación y desconocimiento del esfuerzo oriental fue generalmente soslayado (original modo de soslayar ya no reconocimientos sino olvidos) por la concesión de premios y felicitaciones (sic) por parte del gobierno central" (p. 81). Se apoya también en la hipótesis inverificable e inverificable de Blanco de que en las cartas perdidas entre Trápani y Lavalleja correspondientes a agosto y setiembre de 1826 se consultaba a los responsables orientales —los primeros entre todas las partes— sobre la base de la independencia absoluta de la Provincia propuesta por Ponsonby. También lo hace sobre Arnold Wright (pp. 81-83) autoridad muy sospechosamente invocada por Blanco ya que no da de él ni título de obra, ni lugar, ni fecha de publicación. Sobre estas seguridades descansan los dogmas oficiales de nuestra historiografía, pero esto no inmuta al profesor

García quien aunque reconoce que "no existe un documento claro de (sic) estos hechos". Empero, a pura corazonada, concluye: "es evidente que la base de la independencia de los orientales ya estaba expuesta a la consideración pública" (p. 83). Sobre esto conviene señalar que a mediados de 1826 Ponsonby empleó extraordinarias cautelas para presentar a las autoridades brasileñas la base del entendimiento que implicaba la erección de una república independiente de la Banda Oriental. Para García, todo habría cambiado "corriendo el rumor de bases independentistas (sic) para la Banda Oriental que decidirían la misma guerra" (sic) (p. 86). Sobre esta suposición de fortaleza menos que impecable el autor edifica otra: "Se debe suponer (que) en forma verbal se le dio (a Núñez) un cometido tendiente a ampliar el triunfo (sic) del unitarismo y cruzar (sic) los inconvenientes de la base presunta de independencia de los orientales prevista (sic) en las propuestas de Lord Ponsonby" (p.88). "La causa calificada de nacional" (sic) (p. 88) tenía que recurrir a estos artífices. d) Sala de Tournon y Rodríguez que pese a su línea invariablemente marxista-leninista se inscriben en este punto en la ortodoxia historiográfica oficial, tras recordar el apoyo británico al Brasil y la diversidad de posiciones que hacia 1825 se desplegaron concluyen que "la política de los ingleses en el Río de la Plata no tuvo ahora, como no lo tendría durante la Guerra Grande, una orientación uniforme. Mal puede basarse en ella toda la problemática de la independencia oriental" (246, pp. 201-202). No se entiende bien por qué truco genético o metodológico una política pueda ser base de "toda" "una problemática" y no ya —en su verdadero significado y su impacto— uno de los elementos que la componen.

(11) Nota 24 del cap. 5 y cap. 24.

(12) 110 h.

(13) Al revisionismo conservador el poder personal tiende a serle instintivamente simpático, salvo que se ejerza frontal y drásticamente en beneficio de los sectores menos favorecidos. Como esto no sucediera —pese a todas las idealizaciones— con la inmensa mayoría de los caudillos, es fácil así que tienda a ver a éstos como un positivo de encuadramiento de masas y una firme garantía de los más sólidos intereses, un dictamen que en la generalidad de los casos ha probado su corrección. Por otra parte, y desde el lado de los factores de masa, la multitud caudillesca lució comúnmente como socialmente sumisa, obediente, muy fácil de satisfacer con ínfimas retribuciones prebendarias o simbólicas. También el revisionismo conservador advierte en las oligarquías ilustradas, y más precisamente europeizadas, doctorales y liberales el género "intelectual" al que detesta como crítico, perfeccionista y nunca debidamente respetuoso del dinero y del poder físico, un juicio que, con toda la ambigüedad que las oligarquías doctorales ostentan, tiene también su sólido carozo de verdad. El revisionismo de izquierda, a su vez, detesta a las oligarquías y a los doctores, no sólo por liberales y europeizantes sino más que nada por no ser populares y ser, en suma, "élites". Siente a su vez una afinidad cordial y profunda con la masa crío-

lla, ya se halle inarticulada, ya se manifieste a través de un conductor de acción claramente progresiva, del tipo de Artigas, o cuando menos, de algunos otros capaces de mimetizarse a ella (pero no más) en reflejos y comportamientos. En ese caso, aun señalando los elementos de ambigüedad y traición que la relación pueda involucrar, preferiré ese compuesto bastante amorfo al alternativo que las oligarquías doctorales comportan. Sin advertir, me parece, que con toda la ambigüedad que estas exhiben, en una sociedad estratificada esas oligarquías representan siempre, mal que bien, la función intelectual, esto es, la función crítica, la proposición de alternativas al "status quo", el respeto a prestigios diferentes al del dinero, el nacimiento o el poder material, toda una serie de actitudes, en suma, con la que la izquierda bien puede sentirse identificada.

(14) 210, p. 457. Dos tendencias se planteaban de esta manera: la "localista" de los caudillos y la masa y la de "los hombres llamados de casaca", ex-cisplatinos, porteñistas, etc., filiación que según Pivel los caudillos no habrían nunca ostentado (idem, pp. 457, 465). También se ha endosado a "la insurrección de las masas campesinas" (204), a esas masas mismas, al "pueblo olvidado", según Bauzá, la protesta popular contra la aprobación del 31.III. 1827 de la constitución de 1826 (67, pp. 76-80). También Gallinal ha aseverado que en su "corriente popular" la Revolución de 1825 fue una "revolución de independencia absoluta" (117, pp. 321-325).

(15) V. cap. 28, Las perplejidades de los caudillos.

(16) Fueron esas condiciones las que explican justamente que una de las tareas encargadas a la misión de Ignacio Núñez a la Banda Oriental fuera indagar "cual" es el verdadero sentir popular respecto a la contemplada mediación". El mismo Núñez, ya en el Uruguay, registra que en el arroyo de las Vacas no se sabía nada de lo que ocurría en el interior de la provincia (oficio del 21.VI. 1826) (pp. 83 y 113). En el memorial de José Valentín Gómez a la cancillería brasileña (15.IX. 1823) se afirma que la "campana (de la Banda Oriental) está organizada del mismo modo que todas las demás del continente americano, en que la población es tan escasa y está dividida en departamentos sujetos a sus jefes inmediatos, etc. (52, p. 950). En esas condiciones en que no se conocía prácticamente nada de lo que ocurría a escasa distancia se pretende a más de un siglo de distancia decretar apodóticamente cuál era el estado de espíritu dominante y presuntamente único.

(17) 67, pp. 17-20: según Bauzá no 3500 sino sólo 500 a 1200, en una región de 40.000 habitantes.

(18) 48, pp. 274-275: de 8000 posibles a la mitad, 4000, a causa de la actitud del "palsanaje indiferente".

(19) Decía Lorenzo Carnelli en su "Orlíbe", citado por Traversoni (284, p.92) que "la Junta tenía que arrear gente para engrosar los ejércitos, obligando a servir por medio de decretos compulsivos, a los negros, vagos y mal entretenidos".

(20) Desde el punto de vista renacentista, epitomizado por Maquiavelo, concluyendo las naciones fundadas por héroes, por grandes líderes, por creadores de Estados (303, p. 28; 331, pp. 153-157) la historiografía de los procesos naciona-

les ha subrayado el papel sobresaliente de las clases altas y las elites en la articulación de las demandas nacionales que admitían ser procesadas como aceptables por las potencias externas que estaban en el caso de sostenerlas o contrarrestarlas. Según lo destacó el eminente Sir Lewis Namier en su estudio sobre "1848" esto parecía aceptable aun para socialistas doctrinarios como Blanqui y Marx (326, pp. 37 y 61). Deutsch y Folz, en forma más abstracta afirman la importancia de la existencia de un grupo que imponga el criterio diferenciador puesto que "lo que prevalece en cada instancia es la fuerza y decisión de los decisores ("decision-makers") y que "si una unidad social ha de ser considerada un nuevo agregado a un grupo depende sólo en quién determina lo característico de acuerdo a lo cual un pueblo ha de ser diferenciado" (303, pp. 36-38 y 43).

(21) Apéndice a este cap.: el informe de Blanco Acevedo (74).

(22) Gallinal sostenía en 1923 que el uso de la "palabra provincia", argumento "que se esgrime con aire triunfal" por los contradictores "tiene un valor menos que relativo", puesto que "no teníamos nombre, ni organización, ni forma definitiva", usándose indiferentemente los términos de Provincia, Estado, Banda, República. Era para él en cambio evidente que el "propósito de independencia" se dio siempre, se sostuvo "sin abdicar jamás de ese ideal", lo que se percibiría "bajo la superficie engañosa" "de las declaraciones, de los documentos" (117, p.321). Fórmula cabal del inefabilismo, como se ve. Respecto al uso tan indiferente de los términos v. notas 25 y siguientes.

(23) Caso de ambigüedad de significados es el texto a menudo citado de Francisco Joaquín Muñoz quien manifestaba en carta de 26.II.1827 que "no se han hecho (. . .) tantos sacrificios (. . .) para sólo cambiar de amos". ¿Se refería al nuevo amo porteño, lo que es improbable dada la filiación unitaria de Muñoz o más bien a los nuevos amos que los caudillos lucían ya ir siendo?

(24) Esta ambigüedad se advierte no sólo comparando formulaciones de diversos dirigentes sino, incluso, analizando las expresiones de uno sólo. El coronel Simón del Pino, por ejemplo, uno de los Treinta y Tres, registra que en agosto de 1825 se iza "la bandera nacional" y más tarde la "de las Provincias Unidas". Pero del Pino hablaba empero de "Provincia Oriental" y no de "nación". Pese a ello comenta su biógrafo: "Allí se ponía de manifiesto una expresión inequívoca para formar una nación" (47, pp. 269-271).

(25) "País" se origina de "pagus", paisaje, es decir, marco físico, entorno (Corominas, Block y Warburg). Su uso entre 1825 y 1828 fue intenso y de indudable importancia. "País" y "Paisanos" aparecen entonces identificados con la Provincia o sus habitantes y aún con el "nuevo Estado", desde 1828 (vgr. 16, pp. 25, 26, 104, 105, 106, 124, 131, 132, etc.; 132, p. 42, etc.). Hay alguna ocasión, empero, en que su extensión parece ambigua, caso del empleo en Lavalleja (16, p. 59).

(26) "Patria", de "patres", mentando raíz telúrica, continuidad, responsabilidad por lo que asumimos a través del mero acto de nacer fue, como se sabe, novedad conceptual fulgurante de la Revolución Francesa y del proceso mundial que ésta desencadenó. Zum Felde sostiene que "la palabra patria no figura

en ningún escrito ni discurso de los orientales, refiriéndose a la Banda Oriental hasta 1830, dicen: mi país, mi provincia. . ." (290, p. 104). La afirmación no es exacta pero de un examen lexicológico en las dos muestras documentales ya empleadas (v. n. anterior) es evidente que resulta el vocablo de sentido más ambiguo. En ocasiones parece referirse a la provincia, especialmente cuando el mensaje estaba dirigido a sus habitantes (incluso en su proclama del 3.I.1826 el general Las Heras distinguía claramente entre "patria" "oriental" y "nación" (52, p. 990). Lo mismo se advierte en la proclama de Lavalleja y Rivera a la Provincia Oriental, en la que se habla de "Patria", de su "libertad", del "patriotismo para alcanzarla", o en el mensaje de Lavalleja a la Asamblea de la Florida, de 14.VI.1825 en el que se menta a "los extranjeros que se consideran señores de nuestra Patria", lo que no podría referirse más que a la Banda Oriental (16, p.33), o en el oficio de Balcarce de fines 1825 en que se identifican "patria", "provincia" y "país", o en 1826 (16, 104-106, 124), o en texto en que se invoca el "patriotismo" de los "compatriotas" en la cesación de las hostilidades entre Rivera y Oribe (2.VI.1828) (132, p. 34). En otras oportunidades "patria" aparece identificada con "la Nación" obviamente argentina o platense, como cuando se habla de "las fuerzas de la Patria en la Provincia Oriental" (13.VI.1825), o de pertenecer a un "gobierno patrio" como entidad claramente diferenciada del gobierno provisorio de la Provincia (21.VI.1825), o se invoca el móvil de una patria común, de "nuestra Patria", del "mismo patriotismo", como Rivera lo hacía a Estanislao López en 19.VII.1828 y 12.X.1828, o cuando ambos caudillos, Rivera y López, entienden que el valor "patria" sea participado por dirigentes de otras provincias (oficio a León Solá, de Entre Ríos, de 12.V.1825) o en pasajes de la correspondencia entre Rivera y Espinosa en los imposibles distinguir entre Nación, Gobierno General, República y Patria (especialmente los textos de 14.III.1828 y 2.VI.1828) (16, pp. 26, 31, 69, 147, etc.; 132, pp. 18, 35, 60, 91, 105, etc.). General es así la ambigüedad del uso de "patria" que parece haber servido para invocar emocionalmente tanto a la Provincia como a la Nación, República y Estado comunes hasta la ablación de 1828 (16, pp. 26, 59, 104-106, 131-132, etc.).

(27) Durante todo el período, en cambio, fueron perfectamente deslindables los usos que tuvieron en la documentación de la época los términos que designaban a las entidades de la Nación, el Estado, el Poder, el Poder Ejecutivo, el Gobierno (Nacional) y la Provincia, "los pueblos de la Provincia", "el Gobierno Provisorio de la Provincia" (acta del 29.X.1823, acta de 25.VIII.1825, poder a Trápani de 13.XII.1825, oficio de Santa Lucía de 4.VI.1825, oficio a Las Heras sobre la provincia y sus relaciones con aquellas con las que la unen "sagrados vínculos", comunicación de Rivera y Lavalleja a Estanislao López de 12.V.1825, etc. (16, pp. 22-23, 25, 28, 34, 98, 104-106, 132 "et passim").

(28) Como análisis de la polisemia del lenguaje político v. el de H. Hallet-Carr sobre el uso de los términos "federación" y "unidad" durante los primeros años de la Revolución Soviética (313, p. 46).

(29) 56, p. 160.

(30) 249, pp. 67, 75-81.

(31) 290, p. 104. El no uso de la palabra "patria" en n. 26.

(32) 131, pp. 232-234.

(33) 80, p. 12.

(34) Se ha reiterado recientemente con bastante énfasis este punto de vista tan erróneo.

(35) 64, p. 25.

(36) V. nota 4, cap. 11.

(37) Gallinal: 118, p. 87.

(38) 117, p. 74. Castillo también lo señaló respecto a Blanco y a sus "actos de nacionalidad".

(39) "La independencia oriental estaba escrita en el libro del destino desde antes de la Revolución de Mayo" (227, p. 50).

(40) Entre 1825 y 1827 "Rivadavia en Buenos Aires pretendía someternos al yugo unitario, haciendo desaparecer nuestra conciencia nacional" (122, p. 124). La señora Campos de Garabelli encuentra también en los orientales que resistían a la invasión portuguesa "el sentimiento de nacionalidad que animaba a los habitantes de la Provincia" y que les hacía comportarse de esa manera (83). Y en debate del Congreso Cisplatino ve la lucha entre un "sentimiento patriótico y nacionalista, vivo, espontáneo, pujante que animaba a la gran masa de la población" y las ideas de la Ilustración que movían a los fanáticos del orden, a los que creían en la "superioridad de la razón para remodelar los sentimientos y el carácter de los pueblos" (idem), una función, digámoslo por nuestro lado, cuya eficacia histórica abona de manera bastante idónea, contra todos los irracionalismos románticos de mera coonestación todo el curso de la Modernidad. Y que, por otra parte, sólo se hace tan necesaria y aun desmesuradamente ambiciosa cuando se ha decretado, de forma casi apodíctica, un místico "carácter local" destinado a resistirle empecinadamente.

(41) Agustín Beraza sostiene que el pueblo uruguayo ya se hizo una nación a raíz de los hechos posteriores al armisticio del 28.X.1811 (69).

(42) 210, p. 470.

(43) Cap. 22.

(44) 67, p. 80; 278, p. 78. También 121, p. 26, afirmaba imperativamente que "Ni la Argentina ni el Brasil, ni Inglaterra hubieran podido darnos sino lo que nosotros quieráramos y lo que ellos entenderían por nuestro querer". Como se ve, telescopa una cosa en la otra y no admite, siquiera, la posibilidad de un malentendido, tan factible por lo general y sobre todo en una colectividad que, como ya se marcó, era prácticamente imposible de sondear con relativa objetividad (v. not. 16).

(45) 117, p. 165.

(46) Bruscher, 80, p. 24, es el único estudioso de la cuestión que, a estar a nuestra noticia, parece haber tenido conciencia de la necesidad de un enfoque multifactorial que supere la infantil línea polémica del "ganado" o "negociado-concedido".

(47) 69, p. 238, entre muchos, habla del propósito "aleve" de refundir ejércitos en 1811.

(48) 71, p. 663: "nunca se justifica la independencia por la independencia misma. Puede ser muy meritoria o muy deplorable, según sea conveniente o inconveniente a los progresos morales y materiales (. . .) Con conciencia de lo que importaría para el porvenir de su patria, o sin ella, los orientales no la deseasen nunca y la desearon alguna vez. La aceptaban ahora (1828) como se acepta un hecho necesario. ¿Tenían por qué felicitarse. . .?"

(49) 149, p. 9.

(50) 67, pp. 17-20; 76-80.

(51) Vgr. 278, p. 16; 122, p. 139; 169, pp. 208-209; 105 a, etc.

(52) Cap. 28.

(53) "Bernardo Berro, el puritano en la tormenta", en "Guerra y revolución en la cuenca del Plata", "Cuadernos de Marcha", No. 5, setiembre de 1967, Montevideo.

PROLOGO A "ARIEL"

I

La costumbre presente de considerar "Ariel" como mera, libre y personal proposición de ideas —esto es, como "ensayo"— soslaya muy probablemente su inscripción en otra categoría literaria más acuñada y precisa. Se trata de un género hoy casi perimido pero que, en relativo auge hace tres cuartos de siglo, presentaba caracteres definidos y se regulaba por normas cuya identificación mucho ilumina el mensaje que la juventud latinoamericana había de recibir desde principios del año 1900.

Ferdinand Brunetière, en su imaginativa tesis de 1889 sobre la "evolución de los géneros", vio la oratoria sagrada del "Grand Siècle" convirtiéndose en la "prosa sensible" de Rousseau y ésta en la efusión lírica de Hugo, Lamartine y Vigny. Pero las vías por las que transcurren las sustancias literarias son tal vez más intrincadas que esta continuidad lineal y, en verdad, la elocuencia del púlpito, el empuje crítico demoledor de los "ilustrados" y el subjetivismo poético y político del soñador ginebrino y de su descendencia confluyeron para generar en la segunda mitad del ochocientos una constelación literario-ideológica de prolongada visibilidad.

Aunque estrictamente hablando vinieran de más larga data, fue a esa altura de los tiempos que adquirieron un nuevo significado muchas oraciones rectorales de colación de grados y otras piezas de elocuencia académica que las diversas circunstancias del trámite universitario suelen reclamar. Este significado —que seguirían conservando hasta nuestros días en ciertas áreas culturales— fue el de constituir una especie de "discursos del trono" de un siempre pretendiente "poder cultural", una suerte de presencia expansiva y aun imperativa del sistema educativo superior en la sociedad. Y si bien apuntaran primordialmente a las tendencias, los logros y los peligros que en el ambiente

académico fueran dables de advertir, era también habitual que esos mensajes no se inhibieran de extralimitarse a ser coherentes pareceres sobre el rumbo societal, o sobre los deberes más acuciantes de la "intelligentsia" nacional o, muy especialmente, sobre el estado de ánimo juvenil.

Es de creer que algunos de los textos más memorables de ese ejercicio hayan estado al alcance del joven despierto a todas las suscitaciones de Europa y de su entorno rioplatense que el Rodó de los veinte años era; es de creer, asimismo, que pudieran haber dejado en él una muy ahincada y callada semilla de emulación. Y si en su propio espacio americano se rastrea, es seguro que conociera la pieza muy formal con que Andrés Bello inició en 1843 su tarea rectoral en la universidad chilena; es algo menos seguro, pero muy posible, que el famoso "speech" que su admirado Emerson pronunciara en 1837 sobre "The American Scholar" y sus deberes sociales hubiera estado por entonces a su disposición. Con todo, mucho más cercana e indisputablemente se conscriben entre las fuentes de "Ariel" los discursos rectorales de Lucio Vicente López en la universidad porteña de los años noventa: como se ha demostrado alguna vez, son más que casuales los contactos doctrinales, temáticos y hasta verbales entre esos textos y la obra que al cerrar la década los seguiría.¹

Fue, empero, más probablemente desde el medio universitario francés que el eco y el magisterio de esta modalidad pudo llegar más fuertemente hasta nuestro ámbito intelectual juvenil, tan alerta siempre a toda novedad de aquél, tan dócil a seguir, refleja, vicariamente todas sus alternativas.

De lo que a través del libro ha accedido hasta nosotros puede presumirse que el género a que se hace referencia representaba un tipo literario-ideológico intenso y hasta severamente normado. Jules Simon, uno de los maestros de la Francia republicana, sostenía que los profesores de filosofía debían ser "predicadores laicos", siempre dispuestos a exaltar el valor del ideal, del servicio devoto a la causa común, la grandeza del potencial juvenil, y el género profuso del "discours aux jeunes gens"² parece haber seguido, hasta con monotonía, este guión. Ernest Renan mismo, autoridad máxima sobre el Rodó juvenil, pronunció en 1896 ante la Asociación de Estudiantes de

París un "sermon laïque" en el que pulsaba bastante puntualmente casi todas las que serían las cuerdas del encordado arielico.³ Pero Renan sólo importa aquí como ejemplo y, en realidad, todos los "dii maiores" de la universidad laica y radical de aquellos años propiciaron y practicaron esta forma de extensión universitaria, como lo prueba la presencia en el volumen que recogió su discurso de los entonces también resonantes nombres de Jules Ferry, Anatole France, Ernest Lavisse, Leon Bourgeois y Jules Simon.⁴

De "predicadores laicos" hablaba, como se dijo, este último y son muchas las razones que propiciaron en toda esta literatura de exhortación una modalidad de tono que fuerza a incluirla en lo que entonces el igualmente prestigioso Emile Faguet llamaría —comentando "Le devoir présent" (1892), de Paul Desjardins— una "literatura religiosa-laica".⁵

Tenía, ciertamente, intensos determinantes en todo Occidente una postura comunicativa para-religiosa que —no es ocioso recordarlo— marcó en forma indeleble un planteo que, como el de Rodó, sería tempranamente abrumado por identificaciones del tipo de las de "sermón laico", "evangelio laico" y "breviario laico".

¿Desde dónde y desde cuándo se generó esta ostensible similitud con una predicación eclesiástica ya secularmente codificada en su retórica y hasta en sus temas?

Debe comenzarse suponiendo a aquéllos que tales piezas emitían plena, gravemente poseídos por la noción de la solemnidad de la circunstancia y por la índole del público al que el mensaje se dirigía. La "unción" a la que aspiraba esta oratoria se explica así urdiéndose con la nota de gravedad, con la del sentido de la trascendencia de la oportunidad, con la del fervor en lo afirmado, con la de la esperanza en los frutos de la palabra. Concebido un auditorio que recibía no pasiva pero, sí, ávida, respetuosamente la voz de la lucidez y de la sabiduría, gustaba de allí imaginarse una corriente mágica de suscitación y respuesta capaz de ir elevando el tono hasta alturas y dulzuras literalmente religiosas.

Importaba también mucho el emisor del llamado. Guyau, una de las autoridades máximas para el Rodó de esos años, había recordado en un libro de vasta nombradía la frase de Victor Hugo: "Le poète

a charge des âmes", un aserto que cifra muy bien la convicción romántica en la responsabilidad del escritor en cuanto heredero de las autoridades espirituales tradicionales en su función de guía, orientador de la sociedad y oteador de caminos inéditos. Pese a los grandes altibajos que en el curso del siglo esta concepción había experimentado, zonas de muy alta revaloración de esta creencia se relevaban hacia el fin del ochocientos. Legatario de la tarea revolucionaria de la promoción de los "filósofos", del "poeta-Moisés" de Vigny, baqueano en la tierra prometida, del "artista-faro" de Baudelaire, el escritor siente a menudo recaer sobre él la función de dar significado nuevo a una existencia individual y a un vivir social cuyos rumores parecían perderse entre la anarquía ideológica, el pesimismo y la delicuescencia decadentista.

Si de tal manera se concebía la misión del *clerc*, es explicable que cierta altivez magistral, docente, sea inseparable de estos empeños que no pueden imaginarse cumplidos en el nivel igualitario (y entonces inconcebible) del diálogo y que corran así a menudo el riesgo de caer en la más literal pedantería. Rodó, recordémoslo, se hurtó con habilidad a este peligro, que agravaban entonces en su caso sus meros veintiocho años de edad y su promisoría, pero nada más, condición de crítico literario.⁶

Tales piezas implicaban igualmente —y ello en forma mucho más decisiva— la tremenda importancia de la audiencia, real o ficticia, a la que eran dirigidas. Esto lleva, inevitablemente, a la mención de ese tema tan rico y complejo que es el de la significación que la juventud y aun una "mística de la juventud" venía adquiriendo desde el romanticismo bajo la acción de meteoros históricos que aquí no pueden ni siquiera enumerarse.⁷ De cualquier manera, como decía Próspero, siempre se entendía que hablar a la juventud era un *género de oratoria sagrada* y ningún sentido, en puridad, habrían tenido estos mensajes si no se creyera desmesuradamente —o si no se conviniera en hacerlo— en su eficacia, si no se supusiera la infinita disponibilidad, labilidad y riqueza germinativa de la grey bisoña a la que habrían de llegar.

El optimismo —que en "Ariel" es cauteloso, "paradójico", como allí se declararía, o "agonístico", o "trágico", o "medicinal", como con distinta intención se le ha calificado—, el optimismo siempre, es una verdadera ley del género, además de una necesidad tácti-

ca para la eficacia de la comunicación. También lo son para ésta amabilidad y don persuasivo, dos trazos en verdad inseparables de un lenguaje proposicional que, al margen del supuesto prestigio de quien hable, no puede invocar ningún lazo institucional de obediencia y que, por lo tanto, debía imaginar modos muy suaves, muy diestros para ganar esa masa de voluntades y querencias pasajera y puesta al alcance pero a la que —era forzoso— había de suponerse tan promisoría y generosa como turbulenta, volaria y eventualmente infiel.

Optimismo y juvenilismo confluyen así, casi necesariamente, hacia un tono de apelación que no es exagerado calificar de mesiánico cuando, más allá de cualquier manipulación, mantienen aquéllos un calor cierto de autenticidad. La expectativa de indefinidos, risueños avatares humanos dibuja siempre una lontananza a la que la gravedad, la afirmatividad del mensaje supone acercar al ámbito en el que las flamantes energías alumbradas han concretamente de ejercerse. El progresismo, que venía impostando el pensamiento del porvenir desde antes de Condorcet, se unirá para esta emergencia con el inenarrable universalismo del pensamiento liberal, al hallarse éste desatendido o resistir formalmente todo cargar sobre una entidad social definida —clase, nación, raza, etc.— cualquier dialéctica finalista y ascendente que en la historia pueda desplegarse. Excluidos tales sujetos de un acontecer con sentido, habría de ser entonces la "juventud", esto es, la irrupción indiscriminada, genérica, de nuevas ondas de la vida humana en el escenario, la que tomara sobre sus hombros la palingenesia de todo lo existente, el advenimiento, inmemorialmente anhelado, de todo lo mejor. "El que vendrá", que Rodó había anunciado en 1897, se transforma así en "los que vendrán". Suponiendo, como es obvio, lo que entonces realizarían.

Clara es también en el texto uruguayo de 1900 la acción del principio central de un género tan esencialmente "parenético" y admonitivo y, por ello, tan imborrablemente "retórico", esto en la más literal de las acepciones. Para seguir usando un término que en tiempos de Rodó aún no había sido revalidado, prima la retórica (o también la "oratoria", en el sentido de Croce) cuando es el impacto mismo de la comunicación, la visualización y previsión de los efectos lo que domina y cuando ella lo hace tanto sobre cualquier motivación

de raíz expresiva como sobre todo cuidado por registrar los procesos ideatorios mismos, la andadura, el ejercicio estricto del pensamiento. Si ello ocurre así, y aunque la complexión de efectos previstos no sea tarea simple ni a forzar frontalmente, es indudable que tal clase de admoniciones deba mostrar una acentuada afirmatividad, puesto que además son concebidas para motivar, rectificar o dinamizar conductas. En un mundo cultural tan distante al de las indisputadas convicciones que reinaban en el de un Bossuet o un Masillon, este trazo —vale la pena marcarlo— no podía dejar de suscitar contradicciones con un clima intelectual reinante como aquel en que Rodó se movía, no podía dejar de chirriar con muchos templos intelectuales, como al que a Rodó caracterizaba, tan marcado, por un relativismo, un colectivismo y hasta una querencia de “amplitud” que era dable de llegar —como en la “tolerancia” de Rodó se ha señalado— hasta un virtual desfibramiento valorativo.

“Ariel” también, podría argüirse, quiso ser una especie de derivado intimista de esa clase de alocuciones, pues resulta transparente que aunque Rodó se haya valido de la clase final del maestro Próspero, aspiró en puridad a mucho más que a ese pasajero contacto, pretendió la frecuentación habitual y solitaria de un lector de devoción siempre acrecentada. Revalidaba así la línea, ya muy borrosa, del “enquiri-dión” y el “libro de cabecera”, concebido para que periódicamente alguien vuelva a él en busca de orientación para sus perplejidades o de fortaleza para sus desmayos. Pero al acceder por esta vía a un molde literario derivado, todas las anteriores exigencias: autoridad, efusión, logro de efectos, acrecentaban su peso.

Deriva seguramente también de aquí la índole mixta o anfibia literario-ideológica y literario-filosófica del discurso montevidiano y aun de buena parte de la obra de Rodó. Aquí hay que dejar de lado la cuestión siempre replanteada de si era un “filósofo” y un “pensador original” o un “repensador” y reformulador de cuestiones ya pensadas, más afecto que a otra cosa a preocuparse por la incidencia que éstas hubieran de tener en el comportamiento concreto de las gentes y, sobre todo, en la sociedad latinoamericana. Pero aun soslayando el punto,⁸ no deja de ser señalable la ambigüedad de Rodó tanto en la “gran literatura iberoamericana” como al nivel más influyente y seve-

ro del pensamiento latinoamericano. Una de las razones de esta ambigüedad reside, probablemente, en la plena vigencia que para él tenía la “prosa-artista”, una modalidad expresiva que hoy ha desaparecido lo suficiente de la crítica y del ensayo como para que no podamos verla desde una cómoda perspectiva histórica. El esteticismo modernista había puesto su sello en esta clase de escritura, que conoció con él logros de tanta calidad como los de algunos textos de Valle Inclán y Manuel Díaz Rodríguez. Pero también llevaba las marcas más lejanas del “poema en prosa” bajo-romántico, impresionista y simbolista y aun de otros orígenes. En el caso de obras como “Ariel” la “prosa-artista” pretendió sostener una especie de mayéutica intelectual que alentaba una fe suprema en la fuerza de alumbramiento de *la imagen que nos enamora*, en el poder de convivencia de toda *“fermosa cobertura”*. Para la índole de las cuestiones que el discurso de Rodó planteaba, es difícil concebir qué resultaría de la actual primacía de una prosa prosaica y de la preferencia por un registro lo más auténtico y denotativo posible de un curso de pensamiento desdénso a recurrir, una vez cumplido, a aditamento alguno. Faltaría, claro está, el aparato de persuasión que en la “forma bella” se confiaba y que parecía tan inseparable del impacto que se pretendía lograr.

Pese a la creencia en la necesidad de tal despliegue de encantos, suponían habitualmente estos textos la existencia de una sólida relación de prestigio e influencia (aun de “magisterio”) entre quienes a aquel despliegue recurrían y aquellos a los que amonestaban, advertían o estimulaban. Había, en suma, un sistema cultural relativamente homogéneo; existía, pese a todas las fisuras generacionales, una sustancial continuidad, una secuencia que, por amenazada que pareciera, se suponía restaurable mediante acciones de sinceramiento y clarificación entre la generación reinante y la generación emergente.⁹

La operación de un campo de referencia, la presencia de un contorno común en el área de lo debatible tiene consecuencias significativas. Como lo muestra, por ejemplo, la indagación de las fuentes, las ideas claves de “Ariel” flotaban dentro de ese contorno y fueron en su mayoría tomadas por Rodó en el estado de elaboración que, como tales ideas, se encontraban. Fue un hoy olvidado crítico chileno quien en

1900 lo indicó certeramente cuando decía que el autor *no sutiliza, no inventa y toma las cuestiones* en el estado en que las halla.¹⁰ Esto no significa, naturalmente, que esas cuestiones estén expuestas a un manejo torpe o primario; significa, sí, que se perciba que lo más exigente y primordial fue el esfuerzo de ordenación, taracea y soldadura, la labor anfiónica de composición aspirando a lograr la visibilidad armónica de una "theoria" y la fluidez sin costuras de un argumento.

Esta comunidad cultural de valores y vigencias se percibe incluso, puede agregarse, en el muy peculiar ejercicio de colación que en el texto se cumple con todo el material de citas, autoridades, referencias y alusiones. Ya se mencionen al pasar como datos conocidos, ya sean anteceditos por un subrayado de su importancia como ocurre —caso de Renan o de Guyau— con los más conspicuos y atendidos, todo este lote de auténticos prestigios que integran los recién nombrados juntos con Amiel, Bagehot, Tocqueville, Emerson o Bourget, supone cierta familiaridad mínima del lector con su significado. Descuenta, incluso, el asentimiento a su valor y a la positividad de su doctrina.

II

Levemente pleonástica podrá tal vez resultar cualquier advertencia sobre los supuestos ideológicos del tipo de literatura que aquí se repasa y en la que expedía sus puntos de vista un fuerte sector de la "intelligentsia" burguesa y liberal. Lo hacía en una etapa muy característica y compleja, en un trance histórico que políticamente puede fijarse entre la efectividad de los regímenes constitucionales elitistas de la primera mitad del siglo, con sus prácticas de participación limitada y condicionada por sólidas jerarquías sociales y culturales, y el advenimiento de las democracias de masa o de sus variantes

bonapartistas, crecientemente basadas en grandes organizaciones burocrático-estatales o burocrático-partidarias. Era el momento cenital de una específica interacción entre las tendencias del capitalismo a la concentración monopólica y la competencia imperialista por los enclaves coloniales; era en cambio el momento incipiente, pero que ya parecía amenazador, de la revolución de las expectativas y las demandas de bienestar y de una difusa, reptante masificación y materialización de los comportamientos sociales. La sociedad industrial estaba en plena marcha hacia su posterior madurez, las clases medias insurgían hacia la dirección o, por lo menos, hacia la plena audiencia, el proletariado obrero se organizaba poderosamente y el poder del dinero procedía a unificar y reificar todas las valoraciones sociales, mordiendo cada vez más en aquellas zonas de amortiguación de que habló Schumpeter, lo que quiere decir también que confinando a una melancólica postura de protesta y retaguardia a todas las autoridades legítimas de la sociedad tradicional. Las metas de la sociedad occidental, los símbolos de la Modernidad que son ciencia, progreso, razón, justicia, libertad se les escapan a esos núcleos, por así decirlo, de las manos y en un tipo de sociedad progresivamente uniformada, vulgarizada y ferozmente competitiva un número creciente de sus devotos no reconocen ya el rostro de los antiguos dioses. Recordando este trance diría hace ya un cuarto de siglo André Malraux que aquellas voces que anunciaban *un nouvel espoir du monde*, aquellas en las que Victor Hugo, Whitman, Renan y Berthelot *avaient chargé progrès, science, raison, démocratie: celui de la conquête du monde, avaient perdu vite son accent victorieux. Non que la science fût réellement attaquée: son aptitude à résoudre les problèmes métaphysiques le fût, par contre, de façon mortelle. L'Europe avait vu surgir ces grands espoirs sans contrepartie; nous savons maintenant que nos paix sont aussi vulnérables que les précédentes, que la démocratie porte en elle le capitalisme et les polices totalitaires . . . La civilisation occidentale commençait à se mettre en question. De la guerre, démon majeur, aux complexes, démons mineurs, la part démoniaque rentrait en scène.*¹¹

Mientras muchos de los desorientados abjuraban derechamente de los viejos ídolos —es entonces cuando se produce en la inteligencia francesa el proceso que Richard Griffiths ha seguido como “The Reactionary Revolution”— una multitud de otros devotos —sobre todo en sociedades en las que las ciudadelas de resistencia tradicional eran más endebles— buscarían más moderada, más trabajosamente, todas las armonizaciones factibles.

Precisa etapa en la historia de las motivaciones sociales es la que de este contexto podía resultar y tener aguda incidencia en el tipo literario que estamos recapitulando. Puede definirse como un interludio en el que las necesidades de “significado” del mundo y de la existencia, los requerimientos de “propósito” y “sentido” de la propia acción individual ya no eran —en un área cultural que se había secularizado drásticamente— atendidas por ninguna religión histórica, esto por lo menos para las multitudes juveniles inmersas en las corrientes de una cultura orgullosamente moderna.¹² Al mismo tiempo, las ideologías omnicomprendivas, formalmente tales, estaban todavía lejos de alcanzar las capacidades de movilización y socialización que más tarde exhibirían y los Partidos-Iglesia, los Estados-Iglesia y las “religiones políticas” eran aún meras virtualidades en las entrañas revueltas de Occidente. Tampoco —y era una tercera alternativa posible— los hombres mostraban aún la aptitud para subsistir e incluso crear —prodigiosa, empecinadamente— en el vacío axial y social al que habrían más tarde de habituarse. Es cierto que la poderosa masonería de las naciones céntricas trataba de colmar este vacío por múltiples medios, uno de los cuales fue justamente esta literatura de admonición y guía a la que se está haciendo referencia. Se trata de una filiación inferible por muchas señas, una de las cuales puede ser la presencia en los conjuros oratorios ya mencionados de aquel lote de grandes universitarios, todos ligados muy probablemente a las jerarquías de la secta. De cualquier manera, con tal sello o no, es más genéricamente el poder cultural, por boca de sus gestores más famosos, el que se sentía abocado a formular las nuevas reglas de conducta y estimación que fueran capaces de precaver de aquella angustia y aquella decadente laxitud sobre las que “Ariel” advertía, aun de

aquella “anómia” cuya emergencia ya había advertido Augusto Comte y acuñaría terminológicamente por esos años Emile Durkheim.

III

Las piezas europeas con cuyas características el discipular texto uruguayo resulta esclarecido eran ostensiblemente “literatura de circunstancia”, en el sentido goetheano, literatura estrictamente ceñida a los problemas y las urgencias concretas de un medio sociocultural céntrico y tal como sus élites intelectuales y docentes las veían. Sobre tan definida implantación grupal, social, cultural y nacional operaba, obviamente, el consabido proceso de generalización y justificación que está implícito en todo pensamiento ideológico, si bien, de cualquier manera, la posición privilegiada de las culturas y las economías europeas en el mundo del novecientos no hacía a tales posturas más “ideológicas” de lo que buena parte de todo pensamiento corrientemente es, no suponían una universalidad más mendaz de lo que ésta suele presentarse. Al realizarse, en cambio, la transferencia de postulados de ese ámbito de generación a otros medios culturales meramente receptores, la refracción de tales posiciones llevaba implícita la pretensión a una cierta especie de “universalidad delegada” con toda la cuota de autoengaño o de autoerror que esto significaba, trampa involuntaria y siempre exitosa respecto a la cual puede decirse que algunos puntos de la doctrina de “Ariel” no son más que uno de los múltiples ejemplos que pueden espigarse desde los orígenes de la cultura latinoamericana hasta nuestros días.¹³

En tres cuartos de siglo —con todo— las características de esa cultura latinoamericana han girado lo suficiente como para que no nos sea dable advertir la alta especificidad del tipo ideatorio que la obra representa y asume tan plenamente. Las pautas culturales —digámoslo en forma abreviada— parecían plenamente universales, ello por más que fuera habitual admitir que su ejercicio en un tiempo y en un espacio dados pudiera marcar índices diferentes de ajuste, congenialidad

o felicidad. Normas y modelos no se generaban, de cualquier manera, desde la interacción de metas y valores (éstos sí, imposiblemente "locales") y la propia realidad humana y social en que se harían efectivos y la incidencia de esa realidad quedaba así limitada al mayor o menor margen de permisibilidad que ofreciese. Tampoco, parece ocioso decirlo, se daba reflexión perceptible en torno a otro tipo de interacción y de determinación tan inexcusable como es la que puede marcarse entre los distintos niveles y subsistemas sociales: técnico-material, político, económico y cultural.¹⁴

Esta ancha pasividad receptora importaba —digamos que tácitamente, puesto que no se concebía en puridad otra alternativa— una compensación. Y ello estaba en que la situación latinoamericana, periférica como era a las plataformas de lanzamiento y de prestigio de ideales y doctrinas, parecía permitir el acogimiento y la selección más diestra, cuerda y ecuánime de aquéllas. Y aun había más, puesto que aun admitiéndose —más bien con pesar— la existencia de un punto de partida hispánico-tradicional único, todo el proceso latinoamericano posterior se veía como un deseable sincretismo de aportaciones ajenas. Importaban sobre todo las ideológicas y las demográficas, ambas muy entrelazadas a través de la firme creencia en los "caracteres nacionales"; ambas clases se creían susceptibles de compaginarse razonablemente según las conveniencias del medio aculturado por ellas. Determinadas dosis de "idealismo" y de "realismo", de "aristocracia" y de "igualitarismo", de "razón" y de "emoción"; determinadas proporciones de componente francés, o alemán, o italiano, o hispánico, o inglés, o norteamericano (el espectro se cerraba implacablemente en ellos) resultarían en el compuesto más adecuado, si bien variablemente dosificado según se le concibiera a plano demográfico, económico, científico-técnico, político o artístico. En realidad, era la sucesión de etapas o capas (que análisis como el de Northrop registraría en la estructura social mexicana) la que entonces parecía querer manipular sincrónicamente, una pretensión que si bien la segunda guerra mundial vio crudecer, el impulso de los nacionalismos posteriores a 1930 ha debilitado de modo muy sustancial. Tenían, en cambio, hacia el novecientos, plena vigencia estas adhesiones emocionales, intelectuales y hasta casi deportivas hacia las diversas sociedades y culturas céntricas, las

que valían muy a menudo por un pleno, total y muy definitorio compromiso personal. El mismo recordado distingo de Rodó sobre los Estados Unidos (atiéndase bien a él), el *los admiro pero no los amo*, supone una alternativa según la cual esas notorias entificaciones que son las naciones —no las gentes concretas, la vida, los logros culturales, la realidad física y tantas otras cosas—, las naciones, los países, repetimos, sean, exceptuando el propio, literalmente "amables".

No era esto todo, y aún se concebían las emergentes culturas periféricas como un discipulado muy atento de ciertos períodos cenitales del pasado, fijados para siempre, cuajados suprahistóricamente en una ejemplaridad sin mácula. Grecia —y más singularmente Atenas—, el Renacimiento, el Siglo de Oro español, a veces la Roma republicana o imperial en vísperas de sumarse todavía a la lista la ("vieja" o "nueva") Edad Media, eran esos dechados disponibles según la orientación de los promotores o la actividad social a sublimar. Innece-sario es destacar la virtual "tiranía" —como la llamó Eliza Butler para el caso alemán¹⁵— que el modelo griego ejerció sobre un tipo de pensamiento en el que "Ariel" se inscribe tan plenamente.

Ante la riqueza que en este repertorio de excelencias se ofrecía, cabía, como es natural, realizar con la mayor amplitud y ambición que cupieran, la selección de lo valioso. Y como la compaginación no se daba hecha, se fijaba por ese camino, en una de sus varias configuraciones, esa línea reiterada de "armonismo" que había tenido concreciones tan conspicuas como el erasmismo y el krausismo hispánicos, esa vocación sintetizadora que años más tarde (1936) Alfonso Reyes subrayaría en "la constelación americana" y que nada quiere perder de lo que parece axiológicamente positivo, tendiendo a olvidar así, penosamente, que en la elección de las metas culturales se agazapa, como en la de las económicas, más de una dramática, incancelable opción. Mírense las postulaciones básicas de "Ariel": activa, enérgica incidencia en lo real pero —también— contemplación morosa; apetencias dinamizadoras del hacer humano pero —también— "desinterés" e "idealidad"; forzosa socialidad de la existencia pero —también— defendida retracción en lo íntimo; eficacia necesaria de la tarea individual pero —también— multiplicidad y versatilidad de atenciones; normas morales heredocristianas pero —también— "estética de la con-

ducta"; igualdad democrática pero —también— autoridad de las "élites del valor"; firme sostén físico-natural de la realidad pero —también— un ideal que emerge de él y lo corona. Atendiendo a ellas, y aun si se advierte con qué fuerza de preferencia iban mente y corazón hacia el segundo término de cada par, se ve hasta qué punto siguió Rodó puntualmente aquella dirección. El movimiento pendular de reconocimientos muy ecuanímenes de lo que meramente aceptaba en su indiscutible facticidad de signo de los tiempos, de exigencias de la vida —un criterio de validación historicista, en el sentido de Popper, del que nunca se apearía—, se acompaña por la inevitable secuencia de los "pero", los "también" y los "no tanto", para alcanzar tras ellos la síntesis nominal de contrarios. Como le pasó a Don Quijote con su escudo recompuesto, difícil es saber si le importaba mucho en 1900 —después puede haber sido una fuente de ácidas experiencias— que esa síntesis nominal pasara de tal, verificar si en el ámbito de lo concreto pasiones y obsesiones, intereses e impulsos habrían de limitarse recíprocamente, apearse de su irreductible unilateralidad, alcanzar, con tan sumaria dialéctica, dichoso y logrado equilibrio. Hay una expresión que caracteriza bien el procedimiento conciliatorio, al mismo tiempo ingenuo e intrépido, en el que Rodó confiaba. *Baste insistir*, propone en el pasaje de "Ariel" en el que postula la compaginación entre el igualitarismo social y la autoridad de aquellas "selecciones" que tanto invocaban los ensayistas del novecientos. *Baste insistir*, sostiene, en el arbitrio integrador (o yuxtapositivo) esbozado.

Toda esta actividad tenía hondos raíces, hay que reconocerlo, en su temperamento intelectual, tan arbitral y hasta irónico, muy receptivo, muy prudente, siempre tímido para las exclusiones y los desdenes, fácil a la imaginación de posiciones muy distantes de la suya. Pero también mantenía contactos con una tradición ideológica muy altamente apreciada por él, que tal era la del pensamiento integrador de Esteban Echeverría, del "Dogma Socialista" y la "Asociación de Mayo". Era, por fin, signo natural de un tiempo histórico muy proclive a suponer la recíproca tolerancia de inspiraciones histórico-culturales cargadas casi siempre de un dinamismo hostil y conclusivo.

IV

La primera edición de "Ariel" salió de imprenta —la de Dornaleche y Reyes— en febrero de 1900; es historia sabida que en el correr de algunos años la obra hubo de constituirse en uno de los primeros, auténticos éxitos de una literatura latinoamericana que comenzaba a cobrar conciencia de su unidad. Pero ello, como se dijo, no ocurrió enseguida y el lapso que antecede a este momento muestra hasta qué punto Rodó rubricó el significado e intención de su texto con una actividad de difusión literalmente apostólica ("milicia literaria concurrente" la llamó con razón Roberto Ibáñez). En realidad, hasta que las grandes editoriales de alcance euroamericano, es decir, dotadas de una adecuada red de distribución en todo el continente, tomaron a su cargo la tarea —en el caso de "Ariel" fue primeramente y desde 1908 el sello valenciano de Sempere—, hasta ese momento Rodó debió asumir por sí mismo el ensanchar el íntimo radio de difusión con que podía contar una edición uruguaya. El modo como lo llevó a cabo constituye un fascinante capítulo de vida y de estrategia literarias. Los ejemplares enviados a librería fueron rápidamente vendidos, pese a lo angosto del mercado local lector de entonces. Pero mucha mayor significación difusiva tuvieron probablemente los que Rodó retiró para sí y remitió por su propia mano. El autor distribuyó generosamente lo que entonces era un opúsculo abultado, ya que las proporciones de libro cabal las adquirió cuando se le adosó regularmente la polémica de 1906 sobre "Liberalismo y Jacobinismo". Se sirvió para los envíos del cuaderno de corresponsales y lectores de la ya fenecida *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* (1895-1897) que había codirigido.

(. . .)

Pocos casos comparables existen —es de creer— de una tan radical "descrematización" de la circulación literaria, un fenómeno que sólo puede concebirse en el contexto de una literatura todavía "gen-

til" —para usar el término de Ludwig Lewisohn— y de una tan marcada mediatización propagandística como la que "Ariel" comportó.

De cualquier manera, el cuidadoso trabajo distributivo de Rodó y las ediciones posteriores fueron estimulando una difusión cuyo proceso puede seguirse con bastante claridad a través de la correspondencia del escritor y de otros testimonios de esos años.¹⁹

Con todo, y pese a lo que contrariamente se haya sostenido y sea lugar común, el éxito amplio e incontestable de "Ariel" no fue inmediato ni mucho menos. No es por ello posible asentir a afirmaciones como las de su biógrafo Pérez Petit, de que *cundió rápidamente en América, levantando clamorosa resonancia*²⁰ o con ésta, aún más dramática, de otro compatriota, el pedagogo Hipólito Coirolo, de que *la América entera, presa de estupor en los primeros instantes, sobreco-gida por el vago temblor con que se contemplan las obras sobrehumanas, rompió luego en el más clamoroso aplauso que estremeciera* (sic) *su suelo*.²¹

Erróneos parecen hoy estos retrospectos más devotos que cuerdos y que dan, por otra parte, el tan módico nivel cultural en que vivió buena parte de este fenómeno de congregación y entusiasmo masivos. Sin embargo, hay un instante en la vida de Rodó en que afluyeron caudalosamente los testimonios de una triunfal resonancia, en el que la copiosa correspondencia que el escritor recibía abundó en reafirmaciones de este prestigio.²² Diversos críticos han señalado esta hegemonía incontestable que el manifiesto ariélico mantuvo por bastante dilatado período y uno de los más equilibrados, Alberto Zum Felde, sostuvo que *Durante más de veinte años, "Ariel" colmó las aspiraciones de la conciencia américo-latina, siendo su evangelio. El numen alado y gracioso, en actitud de levantar el vuelo, se alzó frente al mundo y frente a los Estados Unidos, como el símbolo exhaustivo de todo sentido de la cultura. Escritores de todo el continente, en libros y discursos, han glosado sus conceptos, invocado la autoridad de sus citas y usado de epígrafe sus frases*.²³ En España recordó Juan Ramón Jiménez que *Una misteriosa actividad nos cojía a algunos jóvenes españoles cuando hacia 1900 se nombraba en nuestras reuniones de Madrid a Rodó. "Ariel", en su único ejemplar conocido por nosotros, andaba de mano en mano sorprendiéndonos*.²⁴

Vistas las cosas a la distancia, parece tan fuera de duda esta profundidad de la incidencia como las razones de ella. "Ariel" condensaba con suma destreza la imagen más benévola, más ennoblecida que el "ethos" prospectivo de la "intelligentsia" juvenil latinoamericana y española podían tener de sí mismas. Todas sus inclinaciones, gustos, devociones eran elevadas a virtudes; todas sus aprensiones se veían como peligros globales y enfrentables por la entidad hispano-latinoamericana; toda su latente ajenidad ante el curso de los procesos socio-culturales de modernización y economización de los comportamientos colectivos se trasmutaba en principios y valores a reprimir o restaurar.

Tal vez ese ajuste —déjese por lo menos esto aquí insinuado— explique el escaso valor esclarecedor del eco crítico primero que saludó en América la obra: tan cabal admiración podía bastarse —y en verdad se bastaba— con la glosa puntual, el inventivo ditirambo y el inmovible-conmovido propósito de trabajar por la difusión de la nueva palabra de vida. Tal vez fue éste el patrón, bastante monótono, de los primeros textos nominalmente críticos, una regla a la que sólo escapaban unos pocos, alguno de Pedro Henríquez Ureña entre ellos.

Más desglosable del coro aprobatorio y mucho más decisivo (en todo lo que la crítica puede serlo) al éxito de la obra fue el bastante nutrido juicio español. Leopoldo Alas ("Clarín"), Juan Valera y Miguel de Unamuno, los más importantes; también el comentarista "Andrenio" (Eduardo Gómez de Baquero) y Rafael Altamira, universitario e historiador destacado significaban en junto —y esto entre otros varios testimonios— opiniones más nutridas, equilibradas e influyentes que las del correspondiente lote de pareceres trasatlánticos.²⁵ Todos subrayaron la importancia de la obra sin caer en el incondicionalismo, a veces pueril, de la aprobación cercana y su dictamen tuvo peso. El "meridiano intelectual" del continente, a diferencia de lo muy discutible que sería ello un cuarto de siglo más adelante, pasaba todavía por Madrid y toda Latinoamérica estaba —ya lo sabían Darío y otros muchos— muy atenta a sus pareceres. Eco auténtico tuvo así la nueva obra de Rodó ante una crítica más dada a aprobaciones displicentes de lo americano que a verdaderas estimaciones y es imposible

no ver en ese eco un momento muy especial de confluencia entre modernismo, americanismo y "generación del 98". De cualquier modo, y ello aunque ostenten cierta comunidad de orígenes más reactiva que de otra naturaleza, las tres orientaciones recién mencionadas estaban y seguirían estando lo suficientemente diferenciadas para que en España la resonancia del "manifiesto" haya sido un episodio pasajero. Era el sesgo noventayochista el que había de constituirse en el hilo central de la dialéctica ideológica y generacional.

V

En América, por el contrario, el proceso fue muy diferente y puede pensarse, en verdad, que en obra de concepción tan retóricamente admonitiva y exhortativa, tan concebida a efectos y a traducción praxiológica, latía ya no la aceptación sino la invitación a que su significado se entrelazase irremisiblemente con el curso de vida de las élites universitarias e intelectuales que la acogieran, con la transformación de sus comportamientos y valores, con la refracción que sus temas mismos fueran sufriendo bajo la incidencia de distintas coyunturas y de nuevas influencias intelectuales. Texto, contexto y pretexto se unimismaron entonces legítimamente sobre la obra a un punto bastante desusado.

En 1908 y en Monterrey, ya al cierre del México porfirista, y seguramente a instancias de su hijo Alfonso, el gobernador del Estado, general Bernardo Reyes, hizo publicar la que fuera una de las primeras ediciones de "Ariel". En su prólogo se hablaba ya de un lote de devociones militantes y se estampaba para designarlas el término de "arielistas" que rápidamente hizo fortuna. Las admiraciones más reiteradas y responsables y, en especial, algunos acontecimientos de la índole de los primeros congresos estudiantiles latinoamericanos que fueron congregándose a partir del de Montevideo de 1908, le dieron vuelo al rótulo. ¿Quiénes eran? Muchos intelectuales latinoamericanos jóvenes entre ese momento y hasta 1920 ostentaron o aceptaron la identi-

ficación arielista pero, más allá de una pequeña patrulla fiel fijada quizás como tal —y es el caso del cubano Jesús Castellanos y del colombiano Carlos Arturo Torres— por lo temprano de su muerte; más allá de los otros innegables del peruano Francisco García Calderón, del dominicano Federico García Godoy, de los venezolanos Zumeta, Coll y Dominici, muy poco segura es la identificación de un lote, seguramente mayor pero nada estable, de participantes. Buena señal de ello es, digamos, que quien lo haya intentado para su diatriba como una tarea casi profesional —nos referimos a Luis Alberto Sánchez²⁶— haya oscilado tanto en la elaboración de un rol indiscutible de "arielistas". Porque ocurre que muchos otros, más allá de los recién nombrados —y aun estos mismos—, digamos: Rufino Blanco Fombona, Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano, Pedro Henríquez Ureña, Joaquín García Monje y muchos otros siguieron tras un fugaz, intenso apasionamiento juvenil, un curso de crecimiento personal que los situó a varios de ellos muy lejos del inicial punto de partida.

De cualquier manera, hubo entre 1905 y 1915 —probables fechas extremas— un núcleo intelectual latinoamericano que profesó las proposiciones conceptuales de "Ariel" como definición ideológica y que puede, por eso, admitir el predicho calificativo.

Era la juventud con "ideales" y con "sueños" (dos términos conmutables a todos los efectos). Hoy sabemos con cierta precisión que era la promoción juvenil y cultivada de las capas altas y medias de aquel tiempo, todavía no, por tal causa, expuesta a las contradicciones y compromisos implícitos en la brega del diario vivir. Tenía la mayor parte de ella —o la estaba adquiriendo— esa formación universitaria que era habitual que tuvieran los hijos de la élite dirigente y los avocados a integrarse a ella. Dándole formulación al prospecto de esa sub-sociedad juvenil, Rodó se encontró profeta y evangelista de ese "arielismo" que después le valdría algunos remezones y, por ahí, abriendo la cuenta de los "Maestros de Juventud", una función en la que lo siguieron sucesiva y a veces simultáneamente José Ingenieros, Alfredo Palacios y José Vasconcelos (hubo también "Maestro de la Raza").

Se habla del "arielismo" como de una ideología. Pero ¿tuvo realmente los alcances de tal? ¿Fue una suerte de sub-ideología dentro de ideología mayor que representó el liberalismo —racionalista, euro-

peísta, burgués— que profesaba la gran mayoría del alto nivel social del novecientos? ¿Representó la versión idealista y decorativa —como dirían tantos más tarde— de un prototipo infinitamente más crudo y concreto? ¿O acaso significó una especie de extremismo juvenil y romántico que cedió el paso a posturas muy distintas cuando los que lo profesaban se comprometieron con la vida y el “statu quo” que tanto —por “vulgar”— parecían desdeñar? El Uruguay ya había generado —tres décadas hacía— otro extremismo juvenil de ese tipo —que algo de eso fue el “principismo” político— y el proceso de su digestión resultó similar, también paró en múltiples casos en esos ejemplares *contentos y ubicados* que el severo Crispo Acosta señaló en los “arielistas” de 1917, bien avenidos con lo que en el Uruguay se llama “la situación”. ¿O acaso la sustancia del “arielismo” es más compleja y se sumaban en él la función cohonestadora de todas las ideologías y una apertura a valores limpiamente universales que la vocación intelectual y su cuota inexorable de desarraigo social hace factible y que la etapa juvenil permite percibir sin las mediaciones (y las distorsiones) que después pesarán ilevantablemente?

VI

Sería falso, con todo, suponer un asentimiento total, entusiasta, masivo, a los significados del mensaje rodoniano. Esto, por lo menos, desde los niveles en que las opiniones cuentan con algún peso y articulación. En realidad, el vasto eco aprobatorio que “Ariel” suscitó suele dejar en la sombra una corriente, nada aquiescente, de críticas. El rechazo del especialismo, una postulación de valores últimos muy marcadamente intelectualista y esteticista, la concepción de las relaciones entre democracia y selección, el dictamen sobre los Estados Unidos, el ostensible desvío por lo fáctico y lo material que en el discurso campea despertaron objeciones y reservas que no es posible recapitular aquí y menos en toda su anchura. Diversas y hasta contradictorias como estas posturas negativas suelen ser, existe, empero, un lote de

ellas que, desde nuestra perspectiva histórica presente, resulta, de modo inequívoco, el más importante. Es el que tuvo que ver con la idoneidad —pudiéramos decir, con término más actual, con la funcionalidad— de las proposiciones centrales del mensaje en el medio juvenil y culto latinoamericano para el que habían sido formuladas. O, para expresarlo de otro modo, con la socialización de su impacto en cuanto éste pudiera concretarse, ideológica y praxiológicamente, en las nuevas promociones de edad que estaban irrumpiendo.

El tema de lo eventualmente contraproducente que el modelo arielino podía resultar en Latinoamérica fue planteado en muy temprana instancia y lo ha seguido siendo hasta casi nuestros días.²⁷ Muy bien lo hicieron en la primera hora dos intelectuales jóvenes de la clase alta peruana que cumplirían después significativa carrera. El primero de ellos, José de la Riva-Agüero, decía que: *Francamente, si la sinceridad de Rodó no se transparentara en cada una de sus páginas, era de sospechar que “Ariel” esconde una intención secreta, una sangrienta burla, un sarcasmo acerbo y mortal. Proponer la Grecia antigua como modelo para una raza contaminada con el híbrido mestizaje con indios y negros; hablarle de recreo y juego libre de la fantasía a una raza que si sucumbe será por una espantosa frivolidad; celebrar el ocio clásico ante una raza que se muere de pereza.* . . .²⁸

Su compatriota Francisco García Calderón señalaba a su vez que la enseñanza del libro *parece (...) prematura en naciones donde rodea a la capital estrecho núcleo de civilización, una vasta zona semibárbara. ¿Cómo fundar la verdadera democracia, la libre selección de capacidades, cuando domina el caciquismo y se perpetúan, sobre la multitud analfabeta, las viejas tiranías feudales? Rodó aconseja el ocio clásico en repúblicas amenazadas por una abundante burocracia, el reposo consagrado a la alta cultura cuando la tierra solicita todos los esfuerzos, y de la conquista de la riqueza nace un brillante materialismo. Su misma campaña liberal, enemiga del estrecho dogmatismo, parece extraña en naciones abrumadas por una sola herencia católica y jacobina.*²⁹

Estos razonamientos de inadecuación a postulados cuyo valor ucrónico y utópico en realidad los peruanos no niegan, eran factibles también de vertirse en la proposición de un “calibanismo prologal”,

tras de cuyos logros recuperarían intemporal validez los ideales de la obra. Este es el sentido de la reflexión que "Ariel" suscitó a la entonces promisorio juventud de Juan Carlos Blanco Acevedo, cuyas "Narraciones" Rodó había prologado dos años antes. *Mientras la evolución de la sociedad oprima de un modo cada vez más terrible a los obreros (...) mientras la impiedad siga arrojando sobre ellos el inmenso peso del edificio social —cada vez habrá más cuerpos que obedezcan ciegamente— como piezas que cumplido su destino van y vienen en el organismo de una inmensa máquina. La libertad de reflexión huirá cada vez más hacia las zonas superiores (...) Cuando la existencia para estas últimas clases sea más desahogada, cuando el obrero pueda detener un instante su máquina o su herramienta (...) la luz volverá a difundirse y se podrá aspirar entonces a una democracia inteligente y pensadora.*³⁰

Fácil es advertir —nos parece—, desde nuestro ángulo presente de visión, todas las implicaciones que estas reservas conllevan. En la de Blanco Acevedo, el condicionamiento de esta *paideia de stirpe genuina*, como dijera Emilio Oribe, a una ultimidad o lontananza sólo asequible tras la transformación total, revolucionaria de todas las estructuras sociales y de sus corolarios culturales. En las de Riva Agüero y García Calderón, la eventualidad más específicamente latinoamericana de una solución "a la japonesa", esto es, de preservación de "espíritu" y "valores" tradicionales intrínsecos con una asimilación total de "técnica" y una adopción discriminada de "instituciones" y "comportamientos" ajenos. O, para usar los eficaces términos de Toynbee, una vía media entre "herodianismo" y "zelotismo".

Si se atiende a dónde estaban estas instituciones, técnicas y comportamientos adoptables, no es de sorprender que muchas de las reservas que la obra mereció se entrelacen con la reivindicación de los Estados Unidos y con la objeción a la posible injusticia del juicio que sobre ellos en "Ariel" se articula. Si así se pensaba, los Estados Unidos se proponían naturalmente como medio de un emprendimiento deseable, lo que hace que la crítica del libro, aun en firma minoritaria, haya insistido en un encomio que una o dos generaciones antes había sido casi total.³¹

Ir contra la corriente no fue fácil en ese momento porque parece más allá de toda duda que el largo pasaje —casi un cuarto de texto— sobre los Estados Unidos y la "nordomanía" ha contribuido —y esto hasta nuestros días— a su dilatado eco más que ningún otro núcleo temático de la obra y, sobre todo, que otros más abstractos. Poco parece haber pesado que en aquel dictamen la labor de armado y taracea resulta más advertible que en otras partes del discurso, que buena parte de sus opiniones fueran tomadas demasiado puntualmente de otros testimonios —algunos, argentinos, como se ha demostrado³²—; poco que aquéllas trasciendan de modo ostensible, aunque convenientemente atenuado, el sesgo muy conservador, aristocratizante y aun racista que, como el de Paul Bourget o el de Groussac, exhiben algunas de sus fuentes; poco también que otros enfoques latinoamericanos, si bien menos accesibles y menos ceñidos —caso de los de Martí, Varona, Ugarte, Vasconcelos—, ya hubieran ofrecido o lo hicieran a poco andar visiones harto más concretas, directas, ricas y matizadas que la que en "Ariel" se expide. Más allá de todas estas restas, es indisputable que con un pasaje de tan admirable composición y tan aparentemente ecuaníme ejercicio del rechazo, Rodó se situaba muy conspicuamente en una tradición temática de firme continuidad y sostenida resonancia. También es cierto que con su tan peculiar andar de balance e inventario de excelencias y fallas, de huecos y relieves, al terminar diciendo lo que el lector latinoamericano durante generaciones ha querido oír, ofrecía a la ya ulcerada sensibilidad colectiva de nuestras naciones argumentos que sonaron más sólidos de lo que han solido hacerlo muchas diatribas más contundentes.³³

VII

Muy diferente era la actitud ante el celebrado mensaje en aquella línea de objeción que se ha podido seguir y que, sobre este punto, ya se expedía en la primera resonancia crítica en una nota de Francisco García Calderón.³⁴ Aquí paga la pena señalar que buena parte

de ese caudal de disenso adelantaba muy singularmente, y ello por más de medio siglo, a las andanadas que desde las baterías de los sociólogos norteamericanos de la modernización dedicados a Latinoamérica se han lanzado sobre un objetivo llamado "arielismo" y aun contra la obra en que éste se cifraba. En realidad los ataques que han llevado, entre otros, Russell H. Fitzgibbon, Kalman Silver, Seymour M. Lipset, Frank Bonilla y Joseph Hodara³⁵ identifican como "arielista" un tipo de intelectual con supuestos culturales y comportamientos irremisiblemente "tradicionales" que desde el lejano novecientos hasta nuestros días habría mantenido la hegemonía del prestigio y de la influencia intelectuales con nefastos resultados para las sociedades que se las otorgan. Aunque haga tanto tiempo que ningún intelectual de Latinoamérica se autodesigne como tal, empleando, con todo, el término extensiva, analógicamente, el "arielista" o "pensador" —como también con sorna se le llama— mantendría con su distante prototipo los fuertes rasgos comunes de la postura elitista, el desprecio y la ajenez al mundo de la ciencia, la técnica, la especialización y el desarrollo material, la vacua idealidad supuestamente compensatoria de todas las carencias clamorosas e inerradicadas de sociedades culpablemente raquílicas. Objeto de una incriminación múltiple y contradictoria, de una acusación que lo hace al mismo tiempo tradicionalista y utopista, elitista y subversivo, idealista y materialista, trascendentalista y ateo, el intelectual "generalista" de este jaez daría el triste espectáculo de su apego a valores estériles o secundarios en sociedades menesterosas de todas las técnicas y destrezas idóneas a la ampliación de una base material capaz de brindar a la inmensa mayoría "vulgar" las condiciones mínimas para una vida decorosa y humana.³⁶

No es ésta la única señal posible, pero sí una de las más importantes, de cómo la refracción de "Ariel", sobre todo después de la muerte de Rodó en 1917, se hizo inseparable de las variantes y tornasoles del pensamiento latinoamericano, de la progresiva toma de conciencia de su unidad, de sus deberes y del entorno histórico-espacial en el que debe desenvolverse (aun del juicio, como se vio, que desde fuera Latinoamérica sea objeto).

Muchas razones han existido para un destino crítico de tal índole y una (tal vez la más) importante fue el mismo propósito del men-

saje rodoniano. Rodó fijó en "Ariel" la responsabilidad de la promoción vital juvenil y amonestó, en particular, sobre los peligros y desviaciones que acechaban modalmente la incidencia social de su fuerza. Activismo desenfrenado, unilateralismo especialista, inmediateísmo utilitario e "interesado", igualitarismo nivelador, eticismo inelegante, socialización invasora de la intimidad se inscribían estrictamente en la condición de desviaciones a esos modos de acción que enhebran tácitamente el hilo del discurso. Si a ello se atiende, es visible también que en "Ariel" no se fijan "metas" u "objetivos", estrictamente tales, a ese curso de acción, como no sean ellos —puede argumentarse— las sociedades que emergieron del predominio de los modos y estilos de comportamiento y valoración deseables. Que el orden de los fines esté inscrito en el movimiento mismo es un trazo del pensamiento dialéctico, una presencia, si bien borrosa, que pudo llegar hasta Rodó desde el influjo de Renan y el a su vez difuso hegelianismo del sabio francés. También es cierto que, salvo algunas referencias a la coyuntura latinoamericana —la "nordomanía", las ciudades amenazadas por el "espíritu cartaginés" pertenecen a esa categoría—, ese curso de acción se concibió en puridad abstraído del contexto continental en el que debía morder. Las dos carencias se marcaron sostenidamente en la ola crítica de un "antiarielismo" que cobró vuelo casi simultáneamente al coro de dítirambos que acompañaron a la muerte de Rodó en Italia y al retorno de sus restos al país natal, tres años después. Una corriente de "revisiones", extremada algunas veces hasta la intención demoledora, se nutrió de la laxitud teleológica de la ética rodoniana (una reserva que involucraba también a "Motivos de Proteo") y sobre la desatención a las realidades americanas que "Ariel" muestra pero que también —con todas las restas que su implantación montevideana e intelectual comporta— una buena parte de la obra de Rodó desmiente.

El ciclo de revisión de la obra, la pretensión de establecer su estricto valor, la urgente tarea de podar los tropicalismos que el trance necrológico hizo crecer sin medida, incidió muy a fondo sobre las tesis del discurso arielico, considerándolo con justeza, si no lo más entrañable, sí lo más difundido y actuante de aquella obra. El "antiarielismo" nació así, en puridad, de una reacción contra la exalta-

ción apologética que lo había antecedido y de una verificación de todo lo que la obra (y sobre todo "Ariel") no brindaba. Esto, en especial, al no atender cuáles eran los límites y el designio estricto del famoso mensaje y al contrastar sus carencias con la pretensión anterior de hacer de éste un "evangelio", aun unas "sagradas escrituras" completas o una "summa" de todo lo pensable e importante. Teniendo su mera letra en vista, se hace obvio que no pudieran encontrar asidero en ella todas las nuevas modalidades que insurgieron en la cultura latinoamericana a partir de la primera guerra mundial, ya fueran éstas el ansia espiritual de creencias sólidas e inamovibles significados o la primacía de una acción común y organizada capaz de transformar drásticamente la entraña y la fisonomía de nuestras sociedades y su sistema de relaciones con el mundo. Ni el auge vitalista, ni la afirmación fanática de los "ismos", ni la "rebelión de las masas" encontraron ni eco ni respuesta en el somero cuerpo del discurso rodoniano.

Sería recién en el último cuarto del siglo cuando se realizó un deslinde más equitativo entre lo valedero de la obra y lo que ella, como todas, comportó de hojarasca, de obra muerta. En esa labor ha sido especialmente significativa la aportación de algunos estudiosos de sus textos, como es el caso del poeta Roberto Ibáñez, ordenador y original intérprete de su legado manuscrito, de Emir Rodríguez Monegal, crítico y editor de sus "Obras Completas", del español José Gaos, que, desde su exilio mexicano, encuadró las características de la obra rodoniana dentro de la categoría más amplia —y tan esclarecedora— del "pensamiento de lengua española". Rodó merecía ser estudiado según lo está siendo, es decir, como el gran escritor latinoamericano (y no otra cosa) que fue, inscrito en un contexto histórico-espiritual muy diferente del nuestro. Podía ser seguido —y lo está siendo también— en tantas líneas de interés que de su obra arrancan y que en su tiempo fueron escasamente advertidas. Podía ser valorado —y ello, en realidad, nunca dejó de serlo— como un arquetipo de devoción americana, de responsabilidad militante, de seriedad y generosidad intelectual, de ejemplar ecuanimidad estimativa.

NOTAS

- 1 V. nuestro artículo "Ariel, libro porteño", en *La Nación*, Buenos Aires, 18 y 25 de julio de 1971 (3a. sección), y en "Historia visible e historia esotérica", Montevideo, Arca-Calicanto, 1975, p. 167.
- 2 V. por ej. el volumen, con este título, de Jules Malapert, Paris, 1913.
- 3 Además de afirmar, harto demagógicamente, que no existe "rien de meilleur que la jeunesse", sostenía que "il faut s'occuper de beaucoup de choses à la fois, il ne faut s'absorber en une seule" (p.14).
- 4 "Discours aux étudiants", Paris, Armand Colin, 1900.
- 5 "Propos littéraires", t. IV, Paris, Société d'Imprimerie et de Libraire, 1907.
- 6 No existiendo distancia suficiente de edad, se explica bien el que Rodó, siguiendo las leyes no escritas del género, haya elegido un personaje selecto e identificable con el Próspero shakespiriano. Pero hay que tener también en cuenta la temprana maduración intelectual y hasta física (en ésta, incluso, obsolescencia) del escritor y el tan diferente al actual ritmo de la vida humana en 1900.
- 7 Arnold Hauser: "The Social History of Art", London, Routledge and Kegan Paul, 1951, p. 683.
- 8 Aun considerando que se trata de una cuestión de grado y objetivamente insoluble —¿desde dónde se es un filósofo original?—, nos inclinamos por la tesis del "repensador"; posición diferente ha sido sostenida por el profesor Arturo Ardao en su esclarecedor estudio "La conciencia filosófica de Rodó" y más recientemente por la profesora Helena Costábile de Amorín.
- 9 Tal vez esta continuidad fuera la dominante en la vida intelectual francesa hasta principios de siglo, pero no tras 1910 y el comienzo de la revuelta contra "el espíritu de la Sorbona" que representaron "Las Cahiers de la Quinzaine" de Péguy, la campaña de "Agathon" (Henri Massis) y la fundación de la "Action Française".
- 10 Eduardo Lamas, en "La Revista de Chile", Santiago, 1901, t. VI, No.2, p. 41.
- 11 "Les voix du silence", Paris, N.R.F., La Galerie de la Pléiade, 1951, pp. 538 - 39.
- 12 Esta afirmación no olvida la tenaz presencia católica en el más alto nivel cultural que se dio en Francia durante el último cuarto del siglo XIX y el primero del XX, pero el fenómeno no se repetía en este orden ni en la América Latina ni en ninguna otra cultura nacional.
- 13 Esto no significa, al menos en nuestra opinión, que todo pensamiento sea "ideológico" ni que toda influencia o contacto de culturas resulte "alienante" y signo de "dependencia", como tan peligrosamente tiende a

considerarse en la actualidad en muchos centros culturales del mundo periférico. Tampoco que la formulación de un pensamiento lo menos ideológico posible —o lo más funcionalmente tal— pueda concebirse como generándose casi secretivamente de una realidad humana y espacial específica, sin la mediación y la interacción con ingredientes axiológicos y estructuras conceptuales siempre formalmente universales y, por ahí, "foráneas" a las áreas en las que han de incidir.

- 14 Podría observarse con acierto que no faltaron en realidad algo más que barruntos de una mejor percepción crítica. En zonas de alta urgencia social así ocurrió, como es el caso de los argumentos cambiados en los diversos debates nacionales sobre proteccionismo y librecambismo que se trabaron en la segunda mitad del siglo XIX o como lo es también el de las reservas sobre la viabilidad de los modelos constitucionales euro-americanos que se registró en diversos centros del continente desde mucho más atrás. En el plano de lo mucho menos inmediato —el de la cultura, por ejemplo—, era general en cambio la inocencia respecto a la índole condicionada y justificativa de las ideologías y aun a sus contraefectos e inadecuación cuando se las exploraba desde el medio de su generación a otros distintos.
- 15 "The Tyranny of Greece over Germany", Boston, Beacon Press, 1958.
- 19 Sobre este punto, y espigando en el epistolario de Rodó y otro material de la época: nuestro trabajo de concurso "Significación y trascendencia literario-filosófica de "Ariel": 1900-1950", Montevideo, 1950 (ined.), pp. 61-62. En 1903 no se leía aún en México (carta de J. Martínez Dolz de 7-VII-1903) y en 1907 no lo conocía allí todavía Enrique González (carta de 17-II-1907). En 1904 "nadie lo había leído en Cuba" (carta de Max Henríquez Ureña de 7-VIII-1904) y todavía en 1910 "lo conocían pocos" según el devoto Jesús Castellanos (en Hugo Barbagelata: "Epistolario" de Rodó, París, 1921, p. 69). En 1901 no circulaba en el Paraguay (artículo de Ignacio Pane en "Revista del Instituto Paraguayo", agosto, 1901) y en 1909 no se hallaba difundido en Chile (carta de Ernesto Guzmán, de 13-XII-1909) aunque desde 1901 había recibido de allí pedidos de libreros (carta de Eduardo Lamas de 19-II-1901). En 1903 le preguntaba en Ecuador un crítico a otro "qué era Ariel" (Alejandro Andrade Coello: "José Enrique Rodó", Quito, 1917, pp. 47 y ss. Las respuestas al grado de su divulgación en España variaban en 1902 desde el "poco" al "bastante" (cartas de Salvador Canals, de 4.V.1901 y 20.XII.1902 y de Rodríguez Setra, de 4.V.1902), aunque todavía en 1910 no lo conocieran militantes de un hispanoamericanismo y un antiyanquismo activos (Rafael María de Labra a Rodó, 13.VIII.1910). Seguramente fue, como se decía, a partir de la edición española de Sempere de 1908 cuando la obra comenzó a conocer una distribución metódica y a poder ser hallada regularmente en librerías (carta de Rodó a Norberto Estrada, de 19.VI.1909), con lo que, de un modo aproximado, puede fijarse la segun-

da década del siglo como el período de su conocimiento efectivo. Múltiples testimonios existen de su boga en ese tiempo y muchos de diferentes niveles. Vayan como muestra estos dos. En 1912 le escribía el argentino Tomás Jofré que "en Mercedes, Provincia de Buenos Aires, se lee más a 'Ariel' (que) a France y a D'Annunzio", y don Juan Bautista López, nada menos que "importador-comisionista" en Manizales, Caldas, Colombia, le confesaba al autor en carta del 24 de marzo de 1913: "vendiendo en mi librería su libro 'Ariel' y el público que lo lee ve con indecible simpatía su publicación". Sin embargo, aún en ese 1913 no tenía una biblioteca mexicana una buena edición de la obra (carta de Ismael Magaña, de 16.XII.1913) ni un año más tarde le era posible a un lector hallarlo en Chile (carta de Carlos Nieto, de 29.XII.1914).

- 20 En "Rodó. Su vida. Su obra.", Montevideo, La Bolsa de los Libros, 1931, 2a. edic. p. 227.
- 21 En "La Hormiga", No. 42, junio 1917, p. 8.
- 22 Ya en carta de 27 de febrero de 1900 le decía César Zumeta que "era una fuerza" en América; cinco años después podría llegarle a Rodó un mensaje de 1o. de enero de 1905 sin otra constancia en el sobre que la de "Al sublime Ariel" (Arch. Rodó).
- 23 En "Proceso intelectual del Uruguay", Montevideo, 1930, t. II, pp.95-96.
- 24 En "Españoles de tres mundos", Buenos Aires, Editorial Losada, 1942, p. 62.
- 25 Leopoldo Alas ("Clarín") comentó la obra en los "Lunes del Imparcial", de 23 de abril de 1900. El artículo de Valera, reproducido en el vol. XLIV de sus "Obras completas", fue publicado por "El Siglo", de Montevideo, de 22 de octubre de 1900. El de Unamuno, que comentó la obra junto con "La Raza de Caín", salió en la revista "La Lectura", enero de 1901. El de Eduardo Gómez de Baquero lo hizo en "España Moderna", junio de 1900 (pp. 126-130). Rafael Altamira se ocupó de la obra en "El Liberal", de Madrid, de 4 de junio de 1900 y en "La Revista Crítica", de Oviedo, de junio-julio del mismo año. También le dedicaron a "Ariel" textos de diverso valor Salvador Rueda, Gregorio Martínez Sierra, Antonio Rubió y Lluch, Andrés Ovejero, Luis Morote, etc.
- 26 Especialmente en "Balance y liquidación del 900", Santiago de Chile, Ercilla, 1940.
- 27 En 1919, en "Opiniones literarias", Alberto Lasplacés reiteró, muy serenamente, casi todas estas reservas. En 1927 replanteó la crítica Carlos Quijano, en "El País", de Montevideo (26-IX-1927) y aún en 1953 éstas fueron retomadas por Roberto Fabregat Cúneo (en "Mundo Uruguayo", de 9-IX-1953) y por Arnaldo Gomensoro en "Marcha".
- 28 En "Carácter de la literatura del Perú independiente", Lima, 1905, p.263.
- 29 En "La creación de un continente", París, Librería Ollendorf, 1912, p.98.
- 30 En "El Siglo", de Montevideo, 31-III-1900.

- 31 V. José de Onís: "Los Estados Unidos vistos por escritores hispanoamericanos", Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1956.
- 32 V. Nota 1.
- 33 Si ello es así, se hace explicable que los testimonios de la época registren pasajes de aprobación casi delirante a esta parte de la obra. Su conmlitón Víctor Pérez Petit, por ejemplo, decía, explicándola, que "también es anatema a la burguesía triunfante, atiborrada de carne de puerco, forrada en largos gabanes de piel, sin otra misión en la tierra que la conquista de libras esterlinas . . . Y es precisamente la lucha del estómago y la cabeza lo que preocupa a nuestro escritor. A los que nos presentan la nación americana como un verdadero modelo, se les contesta en el libro presentándole sus defectos y rastrerías. Aquellos quieren darle trabajo al páncreas; nosotros estamos empeñados en dárselo a las células cerebrales. . . A nosotros, los que llevamos la sangre azul de los últimos caballeros del mundo, se quiere imponer la raza brutal" (en "El Mercurio de América", Buenos Aires, mayo-junio de 1900). Estas desmesuras tuvieron otras, bastante simétricas. Entre los papeles de Rodó se conserva una carta —supónese que inédita hasta hoy— firmada por el entusiasta jingoísta que se escondía bajo el paradójico nombre de Aurelio Cotta: "Como ciudadano de los Estados Unidos, no puedo callar ante las apreciaciones que sobre mi país ha formulado Ud. en las páginas de su folleto "Ariel". Cuando la guerra de España tuvimos ocasión de mostrar a todas las naciones de Europa y Sudamérica que éramos la primera potencia marítima, después de haber probado en torneos y exposiciones que éramos la primera potencia comercial e industrial de los tiempos modernos. Llegado el caso, también probaremos que somos, por el cultivo de las letras y las bellas artes, una nueva Atenas. Sus apreciaciones sobre los norteamericanos son más literarias y declamatorias que fundadas y verdaderas. Ellas están conformes con el espíritu levantisco y engreído de su raza. A Uds. no les queda más que la soberbia de los grandes venidos a menos. Constituyen una raza en decadencia y están llamados a desaparecer en plazo no muy lejano. En cambio, nosotros somos la raza del porvenir. Con nosotros concluirá el mundo . . ." (de 25 de junio de 1900, en Archivo Rodó, cit.).
- 34 V. su nota en "Puerto Rico Herald", New York, mayo de 1901, reproducida en "Cuba Libre", de 23 de junio de 1901.
- 35 Fizzgibbon en "American Political Science Review"; Silvert, el más moderado en el dictamen, en "La sociedad problema", Buenos Aires, Paidós, 1964; Lipset y Bonilla en S.M. Lipset y Aldo Solari (edit.) "Elites y desarrollo en América Latina", Buenos Aires, Paidós, 1967, pp. 190-211 "et passim"; Hodara, el más sarcástico, en "El fin de los intelectuales", "Aportes", París, No. 25, julio de 1912.
- 36 V. nuestro análisis de esta postura en la obra conjunta "La sociología subdesarrollante", Montevideo, Aportes, 1969, pp. 160-170.

SOBRE CARLOS REAL DE AZUA

LAS PARADOJAS DE REAL DE AZUA

Emir Rodríguez Monegal

De los escritores importantes del 45, Real de Azúa (n. 1916) es sin duda alguna el que escribe peor. Es también el que organiza más desordenadamente sus libros ("El Patriciado Uruguayo" empieza con una llamada que remite al lector a una advertencia que figura como apéndice y que cualquiera hubiera puesto como introducción); es el que ha padecido menos la popularidad. Todo esto no impide que Real sea el ensayista más valioso, el más típicamente fermental y enriquecedor de su período. Alguien ha hecho la observación que Real de Azúa es capaz de convertir un telegrama en un tratado de diez volúmenes; otro acuñó hace tiempo y en *Marcha* la frase: Real colabora una sola vez por año pero colabora todo el año, porque él fue sino el inventor el más ferviente práctico de esos artículos que empezaban siendo (en la promesa) una notita bibliográfica y terminaban convertidos en dos páginas de semanario que se continuaban en el número siguiente y en el siguiente al siguiente, por lo menos. Cada trabajo de Real de Azúa (hablo sobre todo de la década del 50) solía ir creciendo en las galeras, encontraba forma de aumentarse subrepticamente en las pruebas de páginas, y siempre parecía inconcluso a la voluntad expansionista del autor. Muchos de sus libros son desarrollos de artículos publicados originariamente en alguna revista.

Otro rasgo que caracteriza al ensayismo de Real de Azúa: suele partir del pretexto provocado por alguna obra ajena, sobre un tema que le interesa y que muchas veces conoce mejor que el mismo autor. A medida que empieza a reseñarla, va enriqueciendo su comentario de material propio o de observaciones metodológicas muy atinadas,

hasta que su trabajo se convierte en un examen más valioso y autorizado que el libro que le sirvió de pretexto: es casi como otro libro, un contra-libro que modestamente asume la forma de reseña. Este método, que se parece al de los comentarios publicados en revistas especializadas, fue practicado durante años por Real de Azúa en *Marcha*. Allí se pueden encontrar artículos, o serie de artículos, que rectifican seriamente las tonterías de Luis Alberto Sánchez sobre Rodó y su influencia ("El inventor del arielismo", junio 20, 1953) o la bien intencionada inepticia de Glicerio Albarrán, autor de un centón medieval de citas que se llama "El pensamiento de Rodó" (mayo 7, 1954). Más importante aún es la larga reseña que dedica al "Índice de la Literatura Hispanoamericana. La Ensayística", de Alberto Zum Felde, monstruoso libro que pretende abarcarlo todo y aprieta muy poco, a pesar de que a veces aprieta lo bueno. A ese libro, a sus errores metodológicos, a sus aciertos y fallas dedica Real de Azúa una serie de artículos (octubre 28, noviembre 11 y 25, 1955) que culmina con un intercambio polémico con Zum Felde (diciembre 16, 1955). También importa y también es polémico un trabajo que dedica a una prematura sociología uruguaya de Carlos Rama y al que éste replica en la misma publicación (enero 24, febrero 7 y 28, 1958). En todos estos casos, la inteligencia sutil de Real de Azúa, su conocimiento sazonado del tema, su amplia perspectiva, le permiten rectificar enfoques o teorías que otros autores han sido incapaces de madurar.

Uno de los motivos de la dificultad de persuadir que tienen estos artículos que ahora evoco es su estilo: abundan en frases que daban la vuelta entera sobre sí mismas para morderse la cola, o que incluían paréntesis que disparaban el pensamiento hacia otras dimensiones (Real parece escribir siempre en relieve y necesitar un medio que permita la construcción arquitectónica y sólida de la frase) o que pululaban en llamadas en que el tema resultaba muchas veces desarrollado en forma inesperada y tantalizadora. Las dificultades de su estilo explican ciertas confusiones de sus lectores y justifican la pereza de muchos. También justifican que se le haya creído caótico, cuando es la lucidez misma.

El caos aparente de una mente que no tiene nada de caótica, que abunda en temas y perspectivas, pero que conserva siempre una

noción muy clara (milagrosamente sutil) del rumbo de su pensamiento, que conoce con precisión inaparente el lugar exacto de inserción de un matiz ideológico; de una mente cuya complejidad para pensar es indudable y no lo es menor en su complejidad para juzgar, ha justificado que como ensayista Real de Azúa se manifieste por lo general en formas desordenadas de exposición. De la conversación con él, ha dicho Martínez Moreno que es como estar descorchando siempre nuevas botellas sin acabar realmente ninguna. Pero ese caos existe más en la exposición del pensamiento que en el pensamiento mismo. Por otra parte, sus últimos libros y en particular "El impulso y su freno" (1964) demuestran que en la madurez, Real de Azúa está aprendiendo a domar a sus fieras interiores.

También su conducta política se ha prestado a equívocos. Católico y colorado, Real de Azúa creyó en su juventud en la Cruzada de Franco. Victorioso el caudillo, fue a España y allí descubrió lo que era la Falange, lo que era la Hispanidad, lo que era una doctrina que en el papel y a la distancia lo había entusiasmado como una guerra santa. Pudo haberse ahorrado el viaje de leer a fondo libros como "Les grands cimitières sous la lune" (del francés Georges Bernanos) o "Detrás de la Cruz" (del español José Bergamín). Esos libros habrían de influirle, pero después. El necesitó ir y ver y volver. Otro ser más cobarde se habría callado: al fin y al cabo su adhesión ya era muy notoria y el Caudillo había triunfado. Pero Real de Azúa ha sido siempre fiel a una convicción interior; y si Gide a su regreso de la URSS denunció la mentira de Stalin, el joven uruguayo cantó la palinodia en un libro de pasión y rectificación que le valió más de un insulto. "España de cerca y de lejos" (1943) se convirtió así en una de las primeras y más singulares manifestaciones de la generación del 45. Su motivo es sobre todo dar un alerta a un hispanoamericanismo que le parece amenazado por la Hispanidad. Leído a la distancia de los años el libro parece en buena medida muy ingenuo y tiene la fecha de su redacción muy marcada en cada una de sus páginas. Son esos los años en que la lucha de las democracias occidentales y de la Unión Soviética contra el enemigo común, el nazismo, justifica los peores excesos retóricos de la esperanza. Por esos años, Pablo Neruda en un discurso pronunciado en Montevideo (1939) exalta, por ejemplo, la

figura de Roosevelt. Entonces no había ocurrido Yalta. No es extraño que Real de Azúa, que ya veía bien los peligros de la absorción norteamericana del continente hispánico (su enfoque era menos candoroso, naturalmente, que el de Rodó), aplaudiera sin embargo una colaboración entrañable que se hacía bajo el signo de la Buena Vecindad y parecía asegurada para siempre. Esta parte del libro no es sin embargo la más importante ahora sino aquella que se refiere a una conciencia hispanoamericana nueva y amenazada con toda razón por la voluntad imperial de la Hispanidad. Lo mejor del libro, aún hoy, es esa visión entusiástica y esperanzada de una América general que ya revela el ensayista en una época en que muchos de los antiyankis de hoy estaban deletreando con esfuerzo a Proust o a Julien Green. Por eso, Real de Azúa no necesitó ni de Perón, ni de la revolución boliviana, ni de Guatemala, ni naturalmente de Cuba, para descubrir que el destino del Uruguay está en América y para volcar la mirada sobre nuestro olvidado continente.

Más tarde, su visión algo libresca y literaria del mundo circundante se fue acendrando y enriqueciendo también con una acuciosa inquisición nacional. A través de los libros que ha juntado con fervor de erudito y de un conocimiento único y muy menudo de la *petite histoire* de las familias uruguayas (hay una veta saintsimoniana en este ensayista), Real de Azúa ha ido elaborando una visión del Uruguay que es hoy de las más variadas y complejas. El fugaz contacto con el grupo ruralista sirvió para demostrar que hay en este ensayista, como lo reveló antes su adhesión juvenil a Franco, una tendencia a sucumbir ante espejismos políticos. Como Lockhart, este otro especialista del intelecto tiene su veta de irracionalidad, de pasión, de debilidad por cualquier forma del vitalismo. Pero por suerte, en él está seriamente amonestada por una inteligencia de primer orden.

Pero no es sólo la inteligencia excepcional lo que define a Real, y lo destaca dentro de su promoción. En él la tendencia hacia el vitalismo, una suerte de simpatía por ciertas manifestaciones de la irracionalidad, es sólo la máscara de una apertura más honda ante el misterio, una sensibilidad para lo trascendente, una dimensión religiosa en fin. Desde sus orígenes Real de Azúa ha practicado el catolicismo un poco a la francesa. Vinculado ideológicamente al grupo personalista de

Emmanuel Mounier y de la revista *Esprit*, nunca ha faltado en sus escritos esa preocupación que suele estar ausente en la cultura uruguaya, o adquiere cuando se manifiesta un tono dulzarrón y meramente emocional. En él, por el contrario, se da la lucidez unida a la emoción ante el misterio del Ser. Su fe es firme y también razonada. En esta misma generación, creo que sólo Rodolfo Fonseca Muñoz (1919-1956) llegó a un equilibrio similar, aunque había en Fonseca una veta de proselitismo que falta por completo en Real de Azúa.

(. . .)

Como crítico literario y profesor (enseña literatura hispanoamericana y teoría literaria en el Instituto de Profesores) Real de Azúa ha dejado ya algunos trabajos notables en que se pone en evidencia esa doble dimensión, immanente y trascendente, de sus inquietudes. (. . .) En estos trabajos (. . .) brilla no sólo una minuciosa y hasta inesperada erudición sino una capacidad muy singular de seguir en todos sus meandros la génesis de un pensamiento, las filiaciones más sutiles de una ideología, las fuentes que alimentan la meditación de algunos autores. Como crítico estrictamente literario, Real de Azúa no se destaca demasiado en una generación en que abundan. Tiene una incurable propensión a la condescendencia, al catálogo, a la imprevisión del juicio. Pero estas limitaciones aparecen más que compensadas en lo que cabría llamar su crítica trascendental e intelectual. Como lo que realmente interesa son las ideas, los pensamientos, las creencias, puede estudiar minuciosamente la obra de un escritor mediocre (como es el caso de Mallea) porque le parece importante su inserción en una determinada realidad, o puede pasar por alto virtudes puramente literarias de un escritor cuyo pensamiento o visión no le interese.

En sus estudios, todo un panorama aparece fácilmente ordenado y jerarquizado, visto en sus contradicciones y secreta armonía. De esta zona de su obra, una de sus mejores expresiones es el artículo "Ambiente espiritual del 900" que publicó la revista *Número* (enero-junio 1950) y del que hay separata. Allí se advierte su familiaridad hasta

con las más oscuras tendencias, las más peregrinas ideologías, los libros más inaccesibles de ese largo crepúsculo del siglo XIX y comienzos del XX; así como se advierte también allí la inteligencia y originalidad con que vincula esa tradición espiritual extranjera con los ejemplos locales y las circunstancias concretas de este país. A diferencia de los bachilleres (que suelen sintetizar bien y aplicar mal), Real de Azúa tiene la capacidad de elaborar el material ajeno y hacerlo propio por su aplicación específica. En este sentido, su obra de interpretación de la realidad nacional está totalmente libre de las falacias del nacionalismo o de los resentimientos provincianos que limitan y hasta condenan a otros ensayistas. Su inteligencia, su familiaridad con las culturas europeas, le permiten moverse siempre entre las fuentes sin deslumbramientos pero también sin rencores. Por eso mismo Real de Azúa que parece tan enraizado en la historia patria, tan agusanado de antiguallas, es por temperamento y afición un hombre moderno a quien le interesan vitalmente el deporte y el cine, que lee con avidez las novedades europeas o norteamericanas, que no confunde radicación con anteojeras provincianas.

(. . .)

En dos de los libros que ha publicado últimamente Real de Azúa se encuentra expresada directamente su visión más abarcadora del país. En "El Patriado uruguayo" (de 1961) y en "El impulso y su freno" (de 1964) alcanza a tocar sistemáticamente un par de temas capitales y reconstruye en su riqueza histórica e ideológica en su matiz y hasta en su contradicción, dos períodos decisivos de nuestra historia. No son libros de historia, tampoco son libros de ensayo, y menos aún son libros de sociología. Pero ambos participan de todas esas disciplinas, las utilizan con autoridad, y de su aplicación conjunta extraen su eficacia. En "El Patriado uruguayo" se examina un grupo que no es una clase social aunque a veces actúe como clase en el sentido marxista de la palabra y que está en la base del Uruguay moderno; allí se demuestra, pasando con increíble agilidad del dato menudísimo y familiar a la visión panorámica, que ese grupo se quedó con la patria creada por Artigas, expulsando al héroe en complicidad con los ex-

tranjeros, y para orientarla cada vez más hacia ese Uruguay europeizado y democrático en el papel que conocemos en este siglo. En "El impulso y su freno" se estudia otra etapa de esa misma europeización laica impuesta desde arriba por otra clase dirigente y por el peso mayúsculo de un hombre providencial; también se examinan allí apasionadamente las consecuencias funestas de ciertos aspectos de esta dinámica política que concluye en el reparto y el quietismo. En un libro que Real prepara para este verano próximo de 1966, se continúa la historia de este proceso hasta nuestros días, arrancando precisamente del golpe de estado de Terra, en marzo 31 de 1933. Ese período será encarado (asegura el autor) no sólo como historia sino como experiencia personal. Lo que los dos libros publicados, y tal vez el proyectado, tienen de común es precisamente una visión de ciertas realidades y constantes del país que los historiadores que están muy preocupados por definir lo *nacional* o lo *tehúrico* casi no ven: ese otro Uruguay que se crea por voluntad europea y europeizante y que al realizarse (mal o bien, monstruosa o naturalmente) acaba por adquirir tanta verdad como el otro. Incluso es, en muchos aspectos, más verdadero. Lo que Real aporta al examen de nuestro pasado y nuestro presente es un sentido muy concreto de la realidad y de sus carencias.

CARLOS REAL DE AZUA (1916 - 1977)

Angel Rama

... éste era el momento en que esperábamos que Real de Azúa se concentrara en ese mítico archivo donde había acumulado tantos originales, tantos estudios (frecuentemente abandonados por otras exigencias del momento), tantos análisis de la realidad de América Latina y en particular de la cuenca platense, tantos fulgurantes bocetos renovadores de las tesis imperantes en materia de historia, de pensamiento, de crítica literaria, a los cuales proporcionaba luego un aparato documental de tal envergadura y de tales proyecciones universales, que muchas veces él mismo era vencido por esa acumulación y esa incesante floración de sus planteos.

Eso que se ha llamado la imaginación sociológica tuvo en él un brillante exponente y siempre he pensado que no se trató simplemente de un don intelectual recibido gratuitamente, sino de una invención intelectual hija de su temperamento, la que fue construyendo a lo largo de su vida. Esa existencia llena de entusiasmos, posiciones y beligerancias, pronto reconvertidas, estoy por decir escurridas, para adquirir una nueva disponibilidad, sin que esto afectara una raigal conducta moral que hacía de la función intelectual una ética (por lo cual se le podía emparentar al zigzagueante camino de André Gide y a su misma persecución de la autenticidad en un mundo cuya opacidad exigía constantes esfuerzos de reconversión y adaptación) contribuyó a desarrollar un pensamiento siempre crítico, forzosamente independiente, cuyo campo de ejecución sólo podía ser el de la oposición: de ahí que sus mejores contribuciones se desarrollen mediante el enfrentamiento con tesis o sistemas, los cuales sometía a nervioso análisis y los invadía de un pensamiento desarticulante y problematizador.

Pero tal tarea, más que invalidar, corregía, tornaba más complejo el problema, lo dimensionaba sobre otros campos del conocimiento

donde sus debilidades se volvían ciertas, mostraba con evidencia las ambigüedades de la historia, sus juegos contrastantes y los equilibrios con que se trazaba su recorrido, enriquecía la perspectiva estética dotándola de una amplificación social o ideológica, distinguía las variables individuales hasta que su crecimiento ponía en entredicho la coherencia de cualquier interpretación generalizadora. Su visible resistencia al espíritu de sistema, que se diría vazferreiriana si no fuera uno de los elementos constitutivos del pensamiento dominante del Uruguay en la primera mitad del XX, acrecentado en el proceso de crisis que se inaugura en 1933 y se desarrolla en las décadas siguientes, impidió que construyera otro, sustitutivo, contribuyó a que en cierto modo aceptara la fundamental lección historicista y culturalista que había desarrollado el país en el primer tercio del siglo, aunque cuestionara la mayor parte de sus soluciones.

Efectivamente, su contribución crítica rotó en torno de dos ejes animadores: la historia y la cultura, como función de esa misma historia, en circunstancias y sociedades determinadas cuya originalidad defendió ardientemente oponiéndose a la aplicación de rejillas importadas que distorsionaban la realidad en beneficio de un orden ficto, clarificador y útil sólo a la acción. Por lo cual debió elegir una marginalidad operativa que le permitiera comprender el complejo proceso histórico en su intrarrealidad (para usar un término de sus educadores iniciales, de Unamuno a Keyserling y Martínez Estrada), cosa que podía cumplir mejor refiriéndose a un pasado lejano visto desde la perspectiva de un puro conocimiento intelectual, que si debía realizarse en el confuso presente. Hablo, es cierto, desde el ángulo de mis discrepancias políticas, es decir, desde mi percepción del proceso histórico, mucho más anclada en la confianza en los esquemas sociales marxistas que la suya, débilmente económica y más instalada en la creencia en el voluntarismo y la originalidad de los hombres como hacedores de ese proceso. Pero también hablo pensando en su misma conducta, que en los años turbulentos de la juventud lo integró al movimiento falangista español, hipnotizado por la personalidad de José Antonio, y dos años después del triunfo franquista lo apartó de esa militancia mediante un libro, "España de cerca y de lejos", que

parecía dar una réplica paralela al libro publicado por André Gide, "Regreso de la URSS". Otra vez la disponibilidad.

Creo que fue su tendencia culturalista y el imperio que ejerció sobre él la historia, lo que lo condujo gradualmente a alejarse de las artes y la literatura, transformándose en un analista del pensamiento y la política uruguayas y latinoamericanas y, de hecho, en un crítico de la cultura. La fascinación por la historia no sólo fue consecuencia de la orientación latinoamericana en ese período marcado por el magisterio de Pedro Henríquez Ureña, sino también una particular inclinación de Real derivada de su percepción de la vida familiar y de esos valores que llamamos "tradicionales", cuya alta significación sólo parece concederse íntegramente a aquellos que se sienten unidos al movimiento histórico prolongado de la nacionalidad por la tarea de sus ancestros. Desde este punto de vista es comprensible que ni yo ni mi hermano Carlos (para evocar su rudo enfrentamiento ideológico con Real), hijos de campesinos españoles inmigrantes que se integraron a la nacionalidad uruguaya en el seno del proletariado aluvional de los años veinte de donde surgió una baja clase media, nos sintiéramos concernidos en la misma forma por la totalidad del pasado nacional, ni dispusiéramos de una estimación (más sensible que intelectual) por los elementos históricos que se opusieron a la que entendíamos la línea del progresismo, la que del liberalismo principista encarnaba en el batllismo y se expandía en el socialismo o al menos en el sindicalismo del XX. Real vivió esa totalidad del pasado histórico desde una cierta intimidad aristocratizante, con nostalgias que refrenaba mediante el análisis crítico, saboreando lo particular de las conductas individuales, comprendiendo, por lo tanto aceptando, aunque también juzgando, la oligarquía del XIX. Algo de eso compone la excelencia de su libro "El patriciado uruguayo".

(...)

Ese libro, que me consta Real siguió trabajando y rehaciendo, aunque sin decidirse a autorizar una segunda edición como le pedíamos, es algo más que una vivaz reconstrucción de una clase y de su período histórico: es una convivencia interpretativa, como habría podido hacer un romántico de la escuela de Thierry si estuviera dotado de un lúcido aparato crítico moderno y si creyera que nada debe conce-

derse al emocionalismo porque en una estética aristocrática sólo debe traducirse una estructura intelectual y normativa. Las limitaciones que en cambio percibí en "El impulso y su freno", aunque se trata del mayor esfuerzo de comprensión de Real por el movimiento emergente de las clases medias y artesanas que acaudilló Batlle y Ordóñez en las primeras décadas del XX, creo que derivan del menor grado de placentero adentramiento en una materia y forzoso es reconocer el alto grado de hedonismo que circula por la ensayística de Real de Azúa y enciende su escritura.

El fue marcado, desde la adolescencia, por el encantamiento de la belleza que está en el nacimiento de todo artista. Pudo ser escritor, pues esa fascinación se ejerció, para él, a través de la palabra: era la lengua castellana, la gran tradición hispánica del arte, una sensibilidad placentera por un léxico a veces atrabiliario. Pero, de conformidad con un modelo que estableció Freud para comprender a Leonardo, necesitó pasar del reino de la belleza al del conocimiento. Desconfianza o temor de sí mismo, ansia de comprender y de desentrañar el significado oculto del mecanismo (o juguete) que tenía entre las manos, búsqueda de un orden normativo que equilibrara el desorden gustoso de los sentidos, podría adelantar varias explicaciones de ese tránsito que hizo de él un crítico y profesor de literatura y luego, con la ayuda de los años, un crítico de la cultura, del pensamiento, y lo que llaman con fea palabra los mexicanos, un politólogo. Pero este nuevo horizonte en que produjo sus mejores trabajos no aniquiló ese subyacente ámbito formativo: hubo siempre en él un esteticista, aun más que un gustador de la belleza literaria, y un esteticista que rayó en el nihilismo propio de esta tendencia.

Es el lugar del placer, que tantas veces queda oculto en la actividad intelectual del ensayista y el investigador, un placer que podía ser descocado y frívolo, abrupto y desmedido como el de un niño, autorizándole a recuperar esa imaginación libérrima infantil que se rehúsa a las imposiciones rígidas y responsables, concediéndole pasiones inseguras pero voraces, entusiasmos desmelenados, materias todas sobre las que luego se ejercía, a veces condenatoriamente, su mismo espíritu crítico. En esa confusa amalgama viven algunos de sus mejores ensayos literarios, como es el caso de los dedicados a José E. Rodó,

autor de quien pudo sentirse cerca más por analogías vitales que por afinidades intelectuales, y al que supo leer realmente desde dentro de su organización intelectual y de su vasta lectura de época.

Pocos ensayistas tan empecinadamente productivos como Real de Azúa, a pesar de su gusto por la sociabilidad y aun la mundanidad, su manera divertida y chismosa, caprichosa y antojadiza, de las relaciones sociales, su recorrida de tantos niveles distintos que curioseaba con la atracción de un personaje proustiano. Los libros que publicó, incluyendo su vasta antología de la crítica uruguaya, sus múltiples panoramas de las letras del país que parecieron señalarlo como el reemplazante (y modernizador) de la tarea historiográfica cumplida por Alberto Zum Felde, y su única recopilación de ensayos sobre temas americanos aparecida en Arca el año pasado, "Historia esotérica e historia visible", no dan la medida de la vastedad de su trabajo intelectual que ni siquiera puede percibirse en los múltiples artículos y ensayos que desperdigó en tantas revistas y que sólo podrá medirse cabalmente cuando se edite su archivo personal, celosamente guardado por años. Se percibirá entonces que fue uno de los ensayistas claves de América Latina, a pesar de que su nombre trascendió poco las fronteras de su país y de que sólo mediada su carrera extendió a otras áreas del continente la investigación histórica y estética que había concentrado sobre la región platense a la que perteneció raigalmente.

Carlos Real de Azúa

Lisa Block de Behar

Toda evocación póstuma padece de más de una justa aprensión: la indiscreción y abuso de un testimonio necesariamente parcial contra el silencio más inapelable; la solemnidad ritual, la ceremonia puntual, contradictoria, que observa el réquiem; y, sobre todo, el escalofrío ante otra aventura escatológica. La evocación arriesga en esta aventura repetir un tránsito tenebroso, el trance gratuito de un Orfeo siempre más displicente que inconsolable porque su empresa aunque afectuosa sin duda, no excluye ni la vanidad tan desafiante como inútil de intentar rescatar lo que ya no existe, ni disminuye tampoco la irresponsabilidad soberbia del gesto fatal: esa impertinente mirada retrospectiva que vaga lábilmente entre la fidelidad y la traición; escaso querer y ambiguo es el de Orfeo, menos pasión que compasión, más intrepidez impaciente que entrañable lealtad.

Cuando se requiere una imagen de Carlos Real de Azúa, estos escrúpulos pesarosos contra privilegios de sobreviviente inquietan todavía más porque él sentía, como pocos, una aversión severa, casi bíblica, contra la representación —visual, verbal— de su figura. Las contadas fotografías que se conservan no escasean por indiferencia personal ni incuria familiar sino por la más deliberada resistencia al retrato, a cualquier tipo de fijación, a la importancia supersticiosa (por excesiva) que se suele atribuir a la imagen.

La misma pertinaz repugnancia le impedía aceptar toda referencia —o reverencia, no es demasiado diferente— a su persona. Su actitud no se podría confundir con desaires de altivez egofista ni de afectada ocultación de vicios y menos de aristocrática protección de privacidad sino algo así como “Le moi est haïssable” de Pascal, que se encarnizaba en un rechazo ascético, como la convicción más humilde de la insignificancia individual.

Rehuyendo cualquier reconocimiento, su rechazo era más evidente cuando se trataba de las demostraciones por las que se desviven hombres públicos y los que se pretenden tales, quienes confunden existir con éxito, notorios no siempre notables. Difícilmente se hacía presente en mesas redondas, conferencias, actos. Solía colaborar enviando escritos, los más extensos, los más eruditos, los más peculiares, pero apareciendo a destiempo o desapareciendo a último momento. Nada de timidez ni golpes de efecto sensacionalistas sino su inquebrantable certeza de intrascendencia, la ni siquiera comentable repulsión a toda figuración. Por eso tantos escrúpulos al evocarlo.

Ya se dijo: Real de Azúa aborrecía dejarse fotografiar tanto como detestaba ser objeto de mención propia o, incontrolablemente, ajena. Pero, "On est quelquefois aussi différent de soi-même que des autres" decía La Rochefoucauld, y en la intimidad contradecía esa aversión —abstención o abstinencia— con la misma exagerada intransigencia: registraba desafortunadamente cuantos acontecimientos personales, los más cotidianos, los más generales, abrumadoramente triviales o, por el contrario, los decisivos. Con minuciosidad excesiva, inverosímil en su precisión, practicaba una "obsesión textual" —paronomasia implícita— que se asimila legítimamente al gusto curioso que define ambiguamente Roland Barthes en "Le plaisir du texte". De la misma manera que Leonardo Woolf registraba las mínimas ocurrencias de la vida de Virginia, aparecen multiplicados, en agendas y cuadernos interminables que la familia de Real de Azúa conserva parcialmente, los detalles que cifran pequeñas compras diarias, gustos íntimos, menús, reflexiones, recuerdos, conversaciones telefónicas (a veces fútiles pero igualmente transcritas): hora, duración, tema, alternativas, diligencias menores, gestiones administrativas, encuentros triviales, distribución de su tiempo en lecturas, preferencias literarias, conflictos personales, sus preocupaciones más atormentadoras. Anotaciones farragosas, impublicables por la atención disipada, la rigurosa falta de selección. Cuenta Borges que "los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él" y esta representación que por exacta y perfecta deja de serlo, recuerda las anotaciones descomedidas, infinitas —por inacabadas y múltiples—, imperfectas por la carencia de

elaboración: caos cotidiano e inconcebible, imitativo del otro caos primero y mayor, el nuestro, el de todos, esa realidad que Real de Azúa padecía dolorosamente precaria, circunstancial y revocable. Aprieta impenetrablemente datos con el espesor de hechos, materia prima estratificada, descargas fácticas libradas a su contingencia y que no se soportan fácilmente.

Cuando un editor, coordinando una publicación colectiva, le sugirió que redujera la redacción demasiado dilatada y digresiva de uno de esos párrafos que Rodríguez Monegal calificara como "arborescentes", le hizo gracia la ingenua pretensión de simplificar la versión de un fenómeno real que, como tal, solo entendía vertiginosamente dialéctico.

Por eso también su intransigencia frente a comentarios que aunque irrelevantes no le pasaban inadvertidos. Al contrario, estimulado por la cortedad de reprobaciones apresuradas o estereotipadas, rechazaba con objetada (no por equivocada sino por "tolerante") benevolencia la crítica que se formula desde lugares comunes, los repudios ad hoc y denuestos demasiado homogéneos, así como el encomio sospechosamente sistemático y obediente de panegíricos tan reiterativos como acríticamente acomodados. Pero y por sobre todo, sin que sus pronunciamientos se dirigieran nunca a conciliar una aleatoria posición de conveniencia que le preocupaba no adoptar: nada del equilibrio oportunista por oscilante, contemporizador, a prueba de riesgos radicales, a favor de protectoras prebendas o seguridades promisorias. Todo lo contrario: era el suyo un oyente agredido, generalmente colectivo —difusor potencial— de sus enfadosas opiniones, el más indicado para no oírlas.

Sin embargo, estas frecuentes divergencias circunstanciales tampoco valían como desafíos provocadores de polémicas ni brillantes extravagancias de un arrogante dandismo, obsoleto y decadente, "pour-épater- le (surtout pas) bourgeois", a contracorriente, sino como revulsiva cruzada de lucidez, espontánea, juiciosa. Era un antagonismo prevenido contra la atracción condicionada y fluctuante de opiniones partidarias —y por partidarias, parciales— de omisiones selectivas y, en el mejor de los casos, obnubilismos involuntarios, divisas distinciones rotuladoras de verdades a corto plazo, poco comprensivas

o demasiado ortodoxas, aptas solo para servir de bandera monocromática a complacencias tendenciosas.

La irrefutabilidad abrumadora de su respuesta interrumpía la ritual mecánica dialógica: la respuesta-“contestación”, la dicción-contradicción (Wort/Antwort), que define etimológicamente la intervención de un interlocutor que se encuentra, por situación, enfrentado pendularmente al hablante, concluía con su palabra, porque más ya no se podía decir.

Ocurría que el comentario o la noticia recién mencionada disparaba subrepticamente del plano de concreción contingente, inmediata y particular, a un enfoque generalizador que se apartaba de la eventualidad fluctuante de la historia, desdibujándose en una inobjetable permanencia filosófica. Si “Omnis determinatio est negatio”, Real de Azúa debatía y se debatía espinosamente en ese espectro de insondable variedad que toda afirmación excluye pero supone.

Por eso la profusión agobiante —ya mítica— de ideas preambulatorias, introductorias o intermediarias que preceden a un desarrollo, que lo interceptan o lo derivan hacia una referencia aparentemente lateral, un desarrollo que se estrella contra cualquier reducción taxativa, lineal, por medio de una precisa diversión que distrae la **reflexión** pensamiento sí pero también repetición e imagen— en una **refracción** múltiple, mostrando las distorsiones que deforman las inadvertencias de planos diferentes y visiones limitadas.

La convergencia original de puntos de vista distintos que le impedía observar esquemáticamente cualquier fenómeno, condicionaba la complejidad de una elocuencia que desajustaba curiosamente algunas de las solidaridades más obvias del discurso. Su vocabulario de pasmosa precisión desconcertaba en estructuras poco regulares donde la linealidad consecutiva de la sintaxis se desaforaba en haces de incisos, aclaraciones, digresiones, que apenas seguían el itinerario de un pensamiento mercurialmente especulativo.

Así desarticulada su sintaxis, proclive a anacolutos de aparente incoherencia, daba cuenta más verosímil de una realidad que naturalmente no tiene lógica, apenas si soporta en forma discontinua la que arduamente desde siglos le viene construyendo el hombre.

No se trataba de una “incorrección”, desprestigiada por purista, sino de la recurrencia a una figura que resulta especialmente apta por el “clivaje” (usando una palabra que solía preferir) necesario a una exposición abundante pero nunca viciosa.

Un hablante gozosamente locuaz que agredía sus apreciaciones por medio de una tartamudez imprevisible y expresiva, más recurso que falla, una escisión que se extendía hasta un juego humorístico, sobre todo familiar, donde la certeza de sus afirmaciones se desconectaba por gestos que no venían al caso, a veces en colisión con el enunciado, que desamarraba todavía más un discurso ya de por sí elusivo o poco accesible.

Tanto la voz, el gesto, los súbitos neologismos, la sintaxis, divertían (por quiebra y esparcimiento) en una disociación de ideas sorprendentemente imaginativas pero que no se deslizaban en un hablar con puntos sueltos, cabos arrojados fugazmente, casi inasibles. Algo de esta restallante opulencia se advierte en la ya legendaria fisonomía de su escritura pero donde la fijación del texto hace posible la recuperación del despilfarro porque la dicción se espacializa y la lectura ancla tantas veces como sea necesario. Así la coherencia siempre queda asegurada por las gestiones de un lector —selector, colector— que cuenta con el estar ahí de la palabra escrita, conservada.

Ese posible rescate disminuía o se negaba en la irreversible sucesión de la conversación, apenas interrumpida por la tímida, anonadada aquiescencia de un oyente solo insinuante, inevitablemente atento, nunca fascinado. Porque la desbordante fluidez de su pensamiento —y no la consabida facilidad de palabra— no se expresaba como raptó oratorio ni carmen seductor. Lejos de la persuasión incantatoria del orador, las dificultades de su exposición, más las dislocaciones gestuales, conformaban una especie de involuntario “extrañamiento”. Renunciando a los atractivos requiebros de una retórica cautivadora, establecía una distante diferencia, una desigualdad que apartaba su palabra, como su figura, fugitiva, inquietante, siempre a punto de alejarse.

Mi Tío Carlos

Santiago Real de Azúa

La literatura de parientes es un género que ha gozado tradicionalmente de buena salud en el Río de la Plata, a tal punto que más de una voz autorizada estimó que rebasaba los límites de lo razonable. Entre ellas se contaba la de Carlos Real de Azúa, mi tío Carlos, simplemente Carlitos para los más. Mientras leía la carta de Tulio Halperin Donghi en la que me pedía una semblanza suya, me parecía estarlo viendo —manos en los bolsillos, mirada perdida, sonrisa leve— haciendo bromas sobre algunas dinastías culturales que, legítimamente o no, pasaban lo más claro de sus días fomentando o promocionando a sus diferentes miembros.

Seguramente influido por mi tío, la primera reacción fue negarme. Después pensé, sin embargo, que varias razones bien podían justificar la empresa, empezando por la cantidad de interesados en la comprensión de la historia política, cultural y literaria de Uruguay y aún de América Latina, que se referirán obligadamente a sus escritos y que tendrán a través de éstos una imagen muy diferente que la que se hicieron las generaciones enteras que, a nivel universitario o secundario, asistieron a sus cursos, o quienes —y fueron legiones— recibieron sus sugerencias, a veces sus libros y siempre su entusiasta apoyo para los más diversos trabajos.

Tampoco se me escapó entonces que si es cierto que hay cosas cuyo trato conviene dejar a terceros, otras están reservadas casi al más estrecho entorno de las personas. Por último, pensé en la enorme cantidad de uruguayos desparramados por el mundo que deberán recurrir a sus libros para entender no solo el pasado, sino también el porvenir del Uruguay; y para los cuales Carlos Real de Azúa será pura y exclusivamente el autor de esas obras.

Si todo ser humano es muchas cosas a la vez para los demás, para mí Carlitos empezó siendo un hinchado de Peñarol y durante algunos años esa fue su condición más importante. Le gustaba el

fútbol y solía llevarme al Estadio con alguna regularidad. Tímido, retraído, "oso" (para usar su terminología), el fútbol le permitía en cierto modo participar en pasiones colectivas y populares que de otra manera le estaban prácticamente vedadas. Durante algunos años incluso, las tardes de estadios repletos debieron reconfortar su nostalgia político-estética de un nacionalismo popular. Todo ello no le impedía, claro está, ser un hinchita muy particular que desconcertaba al niño de 10 años que por entonces yo era. Entre el primer y segundo tiempo de cada partido, sacaba una novela, a veces un ensayo, y en medio de las febriles discusiones de los demás espectadores, leía . . . Al término de los partidos, solía escuchar los comentarios radiales, mientras sostenía alegremente que el comentarista en cuestión era "un Hegel de la crítica deportiva".

Con el paso del tiempo, la imagen del hinchita de Peñarol fue cediendo el paso a otras más complejas y matizadas, sin que nunca se borrara del todo esa etapa inicial, certeza tranquilizadora de saber que con ese personaje excéntrico y distante, unánimemente considerado "maniático" en la familia, podía hablar de cualquier cosa, fútbol incluido. Progresivamente me fui dando cuenta —fue un largo aprendizaje— que Carlitos hablaba con más frecuencia y seguridad de los temas que no le importaban demasiado, rasgo que por momentos podía resultar irritante; en cambio se mostraba enormemente reservado con los que le parecían decisivos. Podría pensarse que esto derivaba de su percepción de los interlocutores, y quizás sea parcialmente cierto, pero más sustancial me parece el hecho de que en él se aunaban un estilo de pensar denso y matizado a una dificultad de expresión evidente y a una naturaleza frívola por zonas, lúdica, como suspendida en el aire. El primer polo afloraba en sus escritos, el segundo sobre todo en sus conversaciones. "¿Tú crees, como dicen por ahí, que no digo más que pavadas?", me preguntó varias veces, visiblemente divertido. Sea como fuere, y ya se tratara de libros, de la vida cotidiana, de política uruguaya o internacional, el chiste, la salida humorosa o el juego de palabras aparecían fatalmente en sus labios, bromas casi todas plagadas de sobrentendidos y de referencias que solían escapar a sus perplejos interlocutores.

Partidos de fútbol y esporádicos encuentros familiares mediante, al llegar a mis catorce años sabía que ese personaje inasequible para los más era, además de mi tío, mi amigo, un amigo mucho mayor con el que nunca me aburriría. De esa época datan los primeros "planes estivales de lectura", listas de libros que preparábamos juntos en diciembre y que debían ocupar mis vacaciones hasta la reanudación de las clases, en marzo, y que mucho lamento no tener ahora conmigo. Consciente de la utilidad de las buenas biografías, devoré por entonces gracias a él libros tan variados como el "Rosas" de Carlos Ibarguren, las vidas de Manuel García Moreno o de Hipólito Yrigoyen, de Manuel Galvez, la de Francia de Justo Pastor Benítez, o aún las de la Reina Victoria o de Lincoln, de Lytton Strachey y Carl Sandburg. Esos planes eran, obviamente, demasiado ambiciosos para mi edad y tiempo disponible, pero no le importaba demasiado. "Los planes de lecturas, decía, son como los económicos; están hechos para no ser cumplidos, pero sirven para orientar el caos". Llevado por su entusiasmo, no prestaba excesiva atención a la necesaria progresión que debe guiar todo esfuerzo pedagógico: todavía no había cumplido 15 años cuando me pasó el "Estudio de la Historia" de Toynbee, claro que —se defendía— en la versión abreviada que hizo Somervell . . .

Cumplidos o no, esos planes de lectura confeccionados por iniciativa suya me dejaban entrever ya la excepcional variedad y profundidad de su gama de intereses: la historia, la literatura y la cultura uruguayas, pero también continentales, sin olvidar sus sólidos conocimientos de literatura española (Quevedo era uno de sus poetas preferidos), francesa (por sugerencia suya devoré "Les hommes de bonne volonté", de Jules Romains, y a él le debo también deliciosas referencias literarias sobre l'Île Saint Louis con que me maravilló una noche de verano en un café frente al Pont Luis Philippe), y aún anglosajona. Lector infatigable y de excepcional capacidad digestiva, sostenía que "en el fondo, no hay libro malo", ya que, "bien leído", todo libro resulta provechoso. Quienes recurrieron a su biblioteca (llegó a reunir unos 15.000 volúmenes) con la frecuencia que yo lo hice, pudieron entregarse al placer de leer a dos niveles, es decir, los libros por un lado y las ano-

taciones de Carlitos por otro, enormes casi siempre, visibles, plagadas de flechas horizontales y transversales, de subrayados, de "ojos" que escribía cuando algo le parecía discutible y de verdaderos índices temáticos paralelos, que confeccionaba ya fuera en las contratas o en hojas sueltas, que después servirían para ordenar trabajos, y que guardaba —en una provisoriedad que se hizo definitiva— en sobres grandes, junto con su artesanal e impar archivo de recortes de diarios. Carlitos sabía de sobra que prácticamente nadie en Europa o en Estados Unidos trabajaba como él lo hacía, que todos los profesores e investigadores disponían de instituciones públicas y de documentalistas, pero también sabía que en ese su estilo de trabajo había un placer y un aprendizaje que una fotocopidora o una documentalista no lo pueden dar: a propósito de sus fichas, escritas sobre almanques de los años 40, sobre restos de hojas electorales o de enseñanza secundaria, alguna vez me habló de su "irremontable tradicionalismo".

Los planes de lectura y sus archivos personales ilustran bien el combate implacable (y alegre) que mi tío Carlos libró contra su dispersión natural, contra su inclinación contemplativa y, en cierto modo, contra su ilimitada curiosidad. Todo lo anotaba —cigarrillos fumados, horas de lectura, objetos a transportar, llamados telefónicos a hacer— como manera —explicaba— de "estar más disponible después", y cierta vez me habló incluso del "efecto liberador de la escritura". Este disperso disciplinado era también un melancólico a veces depresivo; en esos momentos, aconsejaba, "trato de ordenar y enumerar mis angustias, y después me siento mejor".

En todo caso, su melancolía nunca fue desmovilizadora, ni le impidió trabajar. La noción misma de "vacaciones" le era completamente desconocida, como en cierto modo le fue también la de "trabajo". Sus clases, sus artículos, sus libros, sus recortes, todo estaba tan integrado a su propia vida que no había entre él y sus actividades ese divorcio, esa cesura que suele existir en la existencia de la mayoría de la gente. Quizás por eso diera siempre una envidiable impresión de disponibilidad, de apertura, de que no estaba haciendo nada y de que permanentemente estaba pronto para interesarse por algo nuevo.

Autoridad indiscutida en cantidad de terrenos, Carlitos carecía de esa gravedad y de esa sequedad que suelen acompañar a ciertos intelectuales. A su lado, la vida cultural uruguaya y no solo uruguaya, se transformaba casi en un "asunto de familia", condimentado hasta el infinito con historias, anécdotas y digresiones, todo lo cual conspiraba contra la coherencia y la estabilidad del diálogo. Mi tío tendía, además (y sostenía era un "rasgo de familia") a personalizar como nadie todos los temas, y ya se hablara de cine, de fútbol, de política o de literatura, una referencia concreta, un parentesco descubierto o una peripecia sabrosa afloraban irremisiblemente en él. Ocurre que este ser retraído y aparentemente distraído vivió fascinado por la variedad de los destinos individuales, por la singularidad de los mismos (y, al final, por la estrechez de las zonas vitales compartibles) y, si bien daba una engañosa impresión de levitación, fue un observador psicológico de rara perspicacia. "Hay que querer a la gente" solía decir en tono de invitación, versión simplificada de una frase de Camus que empleaba para combatir mis intransigencias adolescentes ("il y a dans l'homme plus de choses à admirer que de choses à mépriser").

De esa pasión por la gente y sus cosas venía su predilección por la "prosa del mirar y del vivir" que siempre cultivó. Nunca, ni aún en los últimos años, cuando comenzó a orientarse netamente hacia la ciencia política, dejó de leer novelas, memorias, biografías, libros de viaje, un tipo de lectura que él llamaba "amable" y que solía hacer por noches o en su casa de descanso, al calor de una estufa de leña. También a esta veta habría que atribuir su interés por el cine (iba dos o tres veces por semana, y leía cuidadosamente las críticas) y por el teatro.

Trabajador infatigable, pues, Carlitos practicaba como nadie la virtud de "no tomarse en serio", o al menos, de hacerlo de manera sutilísima. Pocas, muy pocas veces, aceptaba hablar de sus propios libros sin desviar precipitadamente el tema. Creo ser de las pocas personas con quien se explayó al respecto y algunas de sus fórmulas todavía me rondan en la cabeza: ¿"El Patriciado Uruguayo"? "Una payada sensata, hecha a base de olfato histórico-social más que a partir de investigaciones". Con la "Antología del Ensayo Uruguayo

Contemporáneo" me dijo que se "divirtió la mar" viendo "qué poco de todo lo que escribimos es rescatable unos meses después". Sobre su contribución en "Uruguay hoy" recuerdo haberle oído que "si me leen bien, me van a quedar muy pocos amigos". De "España de cerca y de lejos" solo accedió a decirme que lo había escrito prácticamente de un tirón en un hotel de Atlántida, y siempre rehuyó el tema, por lo que deduzco que realmente le importaba, y personalmente me animaría a afirmar que es mucho más interesante y distinguido de lo que él parecía creer.

Se tomara o no en serio, había abandonado casi toda esperanza colectiva en los últimos años, pero practicaba sin embargo una suerte de pesimismo activo, de escepticismo dinámico, que lo llevó a continuar sus actividades aún cuando —como me decía por carta— "no esperara gran cosa de la vida". Vivía una especie de comezón intelectual que se traducía de mil maneras y que resultaba patente cuando me pedía le enviara material relativo a la problemática eurocentro-periferia, pues tenía miedo de "estar diciendo trabajosamente y mal" cosas que otros en otros lados ya han dicho "fácilmente y bien", prueba de su horror al encierro cultural y a la marginalización progresiva que su circunstancia le había impuesto. Es natural que él, un "hombre del siglo XVIII" o "ser de amaneceres", como alguna vez se autodefinió, viviera dolorosa y púdicamente esas y otras alternativas similares.

"Tener un proyecto propio, me escribía en diciembre de 1974, implica cierto egoísmo sagrado bastante distinto del egoísmo ventajero, predatorio, pichulero". Sin quererlo, no se refería a él mismo, estaba resumiendo la clave de su propia trayectoria: Carlitos renunció a una vasta gama de opciones posibles —a nivel afectivo, social, profesional— en nombre de una coherencia íntima, de ese egoísmo sagrado de que hablaba y no estaba exento ni de atención, ni de solidaridad ni aún de calor hacia el prójimo. Sagrado, habría que apuntar, ese egoísmo lo fue solo a corto plazo y de radio reducido; en esta hora de balances quizás habría que agradecerse por lo que nos dejó.

Claro que para mí, se comprenderá fácilmente, Carlos Real de Azúa será siempre mucho más que todo eso: alternativa y sucesiva-

mente, compañero de tardes soleadas y aurinegras en el Estadio Centenario, tío excéntrico e invariablemente afectuoso, amigo incondicional y comprensivo, maestro sin solemnidad, cómplice divertido, interlocutor desbordante de acidez y carente de maldad, cruce de mil caminos solo en apariencia contradictorios, distinción sin afectación, claridad sin simplificaciones.

"Ce que leur affection aura été pour moi —anotaba su admirado Julien Green a propósito de los Maritain en junio de 1955— nul ne pourra le savoir tout à fait. Une des plus grandes faveurs que Dieu m'ait faites a été de mettre Jacques sur ma route, en 1925. Je tiens à le dire". Guardando las debidas distancias, siento que podría haber escrito lo mismo a propósito suyo.

París, enero de 1980

P.D. Estas líneas fueron escritas teniendo en cuenta la férrea censura que imperaba entonces en Uruguay. Ello explica la ausencia casi de referencias políticas explícitas. Sin embargo, no creemos se justifique rehacerlas en función de la libertad recuperada. La política, que habitó literalmente a Carlitos en tanto que preocupación intelectual, ocupó un lugar relativamente marginal en su relación con el entorno inmediato, sobre todo en su variante partidista, contra la que parecía estar vacunado. Si sus escritos y tomas de posición de los últimos años permiten legítimamente asociarlo a una izquierda nacional en su sentido más lato, su talante individualista, aristocratizante, consensual y apartidista, no fue, ni de lejos, el de un hombre de izquierda. Como confiara alguna vez de manera muy suya era "básicamente un conservador, cuyo único progresismo consiste en creer que queda muy poco por conservar".

Fue ese complejo talante, ajeno a sectarismos pero no exento de alergias personales, lo que inspiró lo que podríamos llamar su "conducta política" y cuyas principales constantes quizás hayan sido

la integridad personal, cierto despegue intelectual y la convicción de que, además de un programa, todo esfuerzo colectivo comporta una poesía.

Obviamente, vivió con inmenso pero siempre recatado dolor el ocaso de su mundo, repugnado por la emergencia de prácticas y figuras que consideraba indignas, lo que a menudo disimulaba, combatía, con humor. Pero por sobre todas las cosas, Carlitos Real de Azúa se empeñó por entender, situar en perspectiva, vislumbrar el curso de vida latente bajo el mundo que agonizaba ante él, casi con él.

Nueva York, diciembre de 1986.

INDICE

Prólogo, por Tulio Halperin Donghi	5
Sobre el presente volumen.	47
De "España de cerca y de lejos"	
- La predilecta de Cristo	49
- La Hispanidad. América de hielo a hielo	59
Las ideas políticas en América	81
Sarmiento insepulto	85
Una carrera literaria	95
Ambiente espiritual del 900.	145
La historia del ensayo: el juicio y el lenguaje.	167
Los problemas nacionales y la sociología	175
Fin de una polémica.	177
Partidos políticos y literatura en Uruguay	185
Liberalismo y principismo.	207
Batlle y su época: anatomía del exclusivismo	217
Pequeña historia mayor	223
Política internacional e ideologías en el Uruguay	233
Las dos dimensiones de la defensa de Paysandú	263
Elites y desarrollo en América Latina	287
Herrera: el centenario inclemente	311
Del manuscrito inédito sobre la crisis de la Universidad	317
Del manuscrito inédito sobre los orígenes de la nacionalidad uruguaya	325

Prólogo a "Ariel"	353
Las paradojas de Real de Azúa, por Emir Rodríguez Monegal. . . .	385
Carlos Real de Azúa (1916-1977) por Angel Rama.	393
Carlos Real de Azúa por Lisa Block de Behar	399
Mi Tío Carlos por Santiago Real de Azúa	405

Esta edición de "Escritos" se terminó de imprimir en los talleres gráficos de ARCA Editorial S.R.L., Andes 1118, en el mes de agosto de 1987.

Depósito legal No. 225.544/87

Comisión del Papel - Edición amparada al Art. 79 de la ley No. 13.349

*El caos aparente de una mente que no tiene nada de caótica,
que abunda en temas y perspectivas, pero que conserva
siempre una noción muy clara (milagrosamente sutil) del
rumbo de su pensamiento, que conoce con precisión
inaparente el lugar exacto de inserción de un matiz
ideológico; de una mente cuya complejidad para pensar es
indudable y no lo es menor en su complejidad para juzgar,
ha justificado que como ensayista Real de Azúa se
manifieste por lo general en formas desordenadas de
exposición. De la conversación con él, ha dicho Martínez
Moreno que es como estar descorchando siempre nuevas
botellas sin acabar realmente ninguna. (. . .) no es solo la
inteligencia excepcional lo que define a Real, y lo destaca
dentro de su promoción. En él, la tendencia hacia el
vitalismo, una suerte de simpatía por ciertas manifestaciones
de la irracionalidad, es sólo la máscara de una apertura más
honda ante el misterio, una sensibilidad para lo trascendente,
una dimensión religiosa en fin.*

Emir Rodríguez Monegal